TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXVI-XXX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL

APÉNDICE HISTÓRICO-GEOGRÁFICO DE
FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 177



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

Depósito Legal: M. 3969-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1609-3. Tomo V.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6543.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen está basada en el texto latino de la edición de R. S. Conway y S. K. Johnson (Oxford, 1985) con las salvedades de XXVI 32, 8 *(pollicens hoc)* y 41, 18 *(uestro transissent);* XXVII 29, 10 *(annuo)* y 48, 14 *(dextrum);* XXVIII 3, 3 *(Bastetanae);* 7, 9; 11 y 13 *(Thronium);* 9, 13 *(exercitus);* 15, 9 *(cadere);* 25, 13 *(non),* y 45, 9 *(mallet ex duobus qui ibi essent);* y XXIX 1, 20 *(rebantur);* 10, 3 *(nam);* 10, 6 *(exta);* 19, 12 *(segniter),* y 35, 14 *(naualia castra).*

LIBRO XXVI

SINOPSIS

AÑO 211 a. C.

Asignación de mandos y provincias (1, 1 - 2, 6).

Acusación tribunicia contra Gneo Fulvio, que acaba exiliándose (2, 7 - 3).

Capua: llegada de Aníbal, batalla, retirada de Aníbal (4-6).

Aníbal inicia la marcha sobre Roma. Reacción en la Urbe (7-8).

Medidas de emergencia en Roma. Combate de la caballería. Aníbal inicia la retirada (9-11).

En Capua se agrava la situación. Discurso de Vibio Virrio ante el senado (12-13).

Suicidio colectivo de veintisiete senadores de Capua, rendición y medidas posteriores (14-16).

En Hispania, Nerón se enfrenta a Asdrúbal. Roma elige a Publio Cornelio Escipión como general supremo (17-18).

Semblanza de Escipión. Su llegada a Hispania y primeras operaciones (19 - 20, 7).

Flota púnica en Tarento. Ovación para Marcelo. Operaciones en Sicilia (20, 7 - 21).

AÑO 210 a. C.

Elecciones en Roma. Juegos. Prodigios (22-23).

Pacto romano con los etolios contra Filipo. Ocupación de Antícira (24 - 26, 4).

Asignación de mandos y provincias

1 Los cónsules Gneo Fulvio Centumalo y Publio Sulpicio Galba entraron en funciones el quince de marzo[1]. Convocaron al senado en el Capitolio y abrieron un debate sobre la situación del Estado, la dirección de la guerra y la distribución de provincias y ejér-
2 citos. A los cónsules del año anterior, Quinto Fulvio y

[1] El año comenzaba entonces en los idus de marzo, y la primera sesión del senado se celebraba en el templo de Júpiter en el Capitolio.

Apio Claudio, se les prorrogó el mando y se les asignaron
los ejércitos que ya tenían, dándoles además instrucciones
de no abandonar el asedio de Capua hasta tomarla al asalto.
Era ésta la preocupación que tenía más en vilo a los 3
romanos, no tanto por resentimiento, que nunca estuvo
más justificado contra ninguna otra ciudad, como por la 4
sensación que había de que una ciudad tan famosa y pode-
rosa, igual que había arrastrado tras de sí con su defección
a bastantes pueblos [2], así también, una vez reconquistada,
haría que el sentir general se orientase una vez más hacia
el respeto por el antiguo imperio. También a los pretores 5
del año anterior les fue prorrogado el mando, en Etruria
a Marco Junio y en la Galia a Publio Sempronio, cada
uno con las dos legiones que tenía [3]. Se le prorrogó asi- 6
mismo el mando a Marco Marcelo para que llevase a tér-
mino la guerra en Sicilia como procónsul con el mismo
ejército que tenía; si necesitaba refuerzos, que los sacase 7
de las legiones que mandaba en Sicilia el propretor Publio
Cornelio, a condición de no escoger a ninguno de los sol- 8
dados a los que el senado había negado el licenciamiento
o la vuelta a la patria antes de que finalizara la guerra [4].
A Gayo Sulpicio le tocó Sicilia, asignándosele las dos le- 9
giones que había mandado Publio Cornelio con refuerzos
del ejército de Gneo Fulvio, que había sido vergonzosa-
mente desbaratado y puesto en fuga el año anterior en Apu-
lia [5]. A este contingente de soldados el senado le había 10
fijado el final del servicio militar en los mismos términos

[2] Tras la batalla de Cannas. Ver XXIII 6.

[3] Desde la entrada de Aníbal por el norte de Italia, los romanos tenían dos pretores, con dos legiones cada uno, cerca de Rímini y en Etruria en prevención de un eventual ataque de los galos.

[4] Cf. XXIV 18, 9, y XXV 7, 4.

[5] En las cercanías de Herdónea. Ver XXV 21.

que a los de Cannas. A la ignominia de unos y otros se añadió además la prohibición de invernar en las plazas fuertes o emplazar sus cuarteles de invierno a menos de diez
11 millas de ninguna ciudad. A Lucio Cornelio se le asignaron, en Cerdeña, las dos legiones que había mandado Quinto Mucio; en caso de ser necesarios refuerzos, se dio orden
12 a los cónsules de que los alistasen. A Tito Otacilio y Marco Valerio les fueron asignadas las costas de Sicilia y Grecia con las legiones y flotas que ya tenían a su mando: Grecia tenía cien naves y una legión, Sicilia cien naves y dos legio-
13 nes. Las legiones romanas con las que se hizo la guerra aquel año por tierra y por mar fueron veintitrés [6].

2 A principios de aquel año se sometió un escrito de Lucio Marcio [7] a la deliberación del senado; a éste le parecieron magníficas las acciones llevadas a cabo, pero el título que se arrogaba escribiendo «el propretor al senado», mando que no le había conferido ni el mandato del pueblo ni la autoridad del senado, resultaba irritante para gran
2 parte de la ciudadanía. Se consideraba un mal precedente el que los generales fueran elegidos por el ejército y que el ritual solemne de la toma de auspicios en los comicios fuera sustraído al control de las leyes y de los magistrados y trasladado a los cuarteles, a las provincias, al arbitrio
3 de los militares. Algunos opinaban que se debía someter la cuestión a la consideración del senado, pero pareció mejor posponer la deliberación hasta que se marcharan los
4 jinetes que habían traído el escrito de Marcio. Con relación al trigo y las ropas del ejército, se acordó contestar por escrito que el senado se ocuparía de ambas cosas; pero no se estimó oportuno utilizar la fórmula «al propretor

[6] Sin contar los efectivos de Hispania.

[7] Cf. XXV 37-39.

Lucio Marcio», para que éste no diese por zanjada la cues-
tión que precisamente quedaba por debatir. Fue esto lo 5
primero que sometieron los cónsules a debate cuando par-
tieron los jinetes, y todos los pareceres coincidían en pro-
poner a los tribunos de la plebe que cuanto antes consulta-
sen al pueblo a quién quería que se enviase a Hispania
con mando de general sobre el ejército que había mandado
con plenos poderes Gneo Escipión. La propuesta fue tratada 6
con los tribunos y hecha pública. Pero otra discusión cons-
tituía el centro de la atención.

Acusación tribunicia contra Gneo Fulvio, que acaba exiliándose

Gayo Sempronio Bleso [8] presentó de- 7
manda de comparecencia en juicio con-
tra Gneo Fulvio, al que acusaba en las
asambleas por haber perdido el ejército
en Apulia; decía y repetía que muchos ge-
nerales, por temeridad o falta de cono-
cimientos, habían llevado a la ruina a su ejército, pero 8
que únicamente Gneo Fulvio había corrompido a sus le-
giones con toda clase de vicios antes de traicionarlas; por
eso se podía decir con razón que estaban perdidas antes
de ver al enemigo, y que no era Aníbal sino su propio
general quien las había vencido. A la hora de emitir el 9
voto, nadie considera suficientemente a quién confía el
mando y el ejército. ¿Que cuál era la diferencia entre Tito
Sempronio y Gneo Fulvio? A Tito Sempronio se le había 10
entregado un ejército de esclavos [9] y en poco tiempo, a
fuerza de disciplina y autoridad, había conseguido que nin-
guno de ellos pensase en su origen y condición en el campo
de batalla, sino que defendiesen a sus aliados y aterrasen

[8] Tribuno de la plebe; había sido cuestor en 217. Exceptuada la rama de los Sempronio Longo, hasta el 170, los Sempronios eran oponentes de los Escipiones.

[9] Cf. XXIII 32, 1.

a sus enemigos; prácticamente habían arrancado Cumas, Benevento y otras ciudades de las fauces de Aníbal y se
11 las habían devuelto al pueblo romano; Gneo Fulvio había imbuido de vicios propios de esclavos a un ejército de ciudadanos romanos bien nacidos, educados en la libertad; con ello había conseguido que fuesen arrogantes y turbulentos ante los aliados y cobardes y pusilánimes ante los enemigos, y que no pudieran resistir no ya el ataque sino
12 ni siquiera el grito de guerra de los cartagineses; y no era de extrañar, por Hércules, que los soldados hubiesen retrocedido en el frente de combate cuando el general era el
13 primero en echar a correr: más le sorprendía que algunos hubieran caído a pie firme y que no hubieran acompañado todos a Gneo Fulvio en su huida despavorida. Gayo Flaminio, Lucio Paulo, Lucio Postumio, Gneo y Publio Escipión habían preferido caer en el campo de batalla antes
14 que abandonar a sus ejércitos rodeados [10]; Gneo Fulvio había vuelto casi solo a Roma con la noticia de la destrucción de su ejército. Era indignante y escandaloso que el ejército de Cannas, por haber huido del campo de batalla, hubiera sido deportado a Sicilia sin permitirle salir de allí hasta que el enemigo abandonase Italia, y que últimamente se hubiese tomado la misma decisión en el caso de las
15 legiones de Gneo Fulvio, mientras quedaba impune la fuga del propio Gneo Fulvio de una batalla emprendida por su propia temeridad, y que él fuese a pasar la vejez en las ta-
16 bernas y burdeles donde había pasado la juventud mientras que los soldados, cuyo único delito era haberse parecido a su general, estaban sujetos a un servicio militar ignominioso, prácticamente relegados al destierro: ¡hasta ese ex-

[10] Flaminio en Trasimeno, Paulo (Emilio) en Cannas, Postumio frente a los galos y los Escipiones en Hispania.

tremo eran distintas en Roma las condiciones de la libertad para el rico y para el pobre, para el que desempeñaba un cargo y para el simple ciudadano!

El acusado cargaba sobre los soldados su propia culpa: 3
Ellos clamaban por la batalla, y se les había llevado al campo de combate no el día que ellos querían, porque era demasiado tarde, pero sí al día siguiente, y una vez formados en momento y lugar favorable, no habían resistido la fama o la fuerza del enemigo; al huir todos en desban- 2
dada, él también se había visto envuelto en el tropel, igual que Varrón en la batalla de Cannas, igual que tantos otros generales. ¿Cómo podía él haber ayudado a su país resis- 3
tiendo en solitario, a no ser que su muerte fuese a servir de remedio a los desastres públicos? No se había metido 4
incautamente en terreno desfavorable por falta de provisiones, no se había visto envuelto en una emboscada al avanzar sin un reconocimiento previo del terreno: había sido vencido con las armas en un ataque en campo abierto; no había dependido de él la moral de los suyos ni la de los enemigos, la propia manera de ser hace a cada uno audaz o cobarde. Fue acusado por dos veces con petición 5
de multa. A la tercera, después de escuchar a los testigos, como, aparte de echar sobre él toda clase de improperios, muchísimos declaraban bajo juramento que era el pretor quien había iniciado la huida despavorida y que los sol- 6
dados, abandonados por él, habían emprendido la fuga porque suponían fundado el pánico de su general, hubo un estallido tal de indignación que la asamblea pedía a gritos la pena de muerte. También sobre este punto [11] se 7
suscitó una nueva disputa, pues al haber pedido Bleso pe-

[11] Es decir, sobre la posibilidad legal de solicitar una pena más severa después de haber pedido la de multa en las dos primeras sesiones.

na de multa en dos ocasiones y pedir ahora la pena capital,
8 los otros tribunos de la plebe, a los que apeló el acusado, dijeron que ellos no se oponían a que su colega, como le permitía la tradición, pidiese en el proceso contra un particular la pena capital o la de multa, ateniéndose a
9 la ley o a la costumbre según él prefiriera. Entonces Sempronio dijo que acusaba a Fulvio de alta traición y pidió al pretor urbano Gayo Calpurnio que fijase la fecha de
10 los comicios [12]. Intentó entonces el acusado otra salida: la posibilidad de que le asistiese en el juicio su hermano Quinto Fulvio, que entonces gozaba de gran prestigio por la fama de sus hazañas y la expectativa de una pronta to-
11 ma de Capua. Fulvio lo solicitó en una carta redactada en tono de súplica por la vida de su hermano, pero los senadores dijeron que el interés del Estado no permitía que
12 se alejase de Capua. Al aproximarse la fecha de los comicios, Gneo Fulvio se exilió a Tarquinios [13]. Un plebiscito declaró cumplida la ley con aquel exilio [14].

Capua: llegada de Aníbal, batalla, retirada de Aníbal

4 Entretanto todo el peso de la guerra tenía su centro en Capua. Se ponía mayor empeño, sin embargo, en el asedio que en el ataque, y la plebe y los esclavos no podían ni soportar el hambre ni enviar mensajeros a Aníbal por entre tan
2 estrechos puestos de vigilancia. Se encontró un númida que aseguró que si le entregaban una carta pasaría al otro lado y cumpliría su compromiso; salió durante la noche por entre las líneas romanas y dio esperanzas a los campa-

---

[12] *Comitia centuriata,* para la cuarta y última sesión y veredicto final por votación del pueblo.

[13] Una de las ciudades helenizadas de la costa de Etruria, con la que Roma tuvo buenas relaciones hasta entrar en guerra en 397. Cf. V 16, 2.

[14] Cf. XXV 4, 9, para un plebiscito similar.

nos para intentar, mientras les quedaban fuerzas, una salida general. Por otra parte, en numerosos enfrentamientos, 3
solían tener éxito en los combates de la caballería y resultar vencidos en los de infantería, pero los romanos estaban menos contentos por vencer que dolidos por ser doblegados en algún terreno por un enemigo sitiado y casi vencido.
Al fin se ideó un sistema para compensar con ingenio lo 4
que faltaba de fuerzas. Se escogieron de entre todas las legiones los jóvenes más veloces por el vigor y la agilidad de sus miembros; se les entregaron escudos más pequeños que los de la caballería y siete venablos a cada uno, de cuatro pies de largo y con punta de hierro como la que
llevan las lanzas de la infantería ligera. Cada jinete cogía 5
a uno de ellos sobre su caballo habituándolo a mantenerse a su grupa y saltar rápidamente a tierra a una señal dada.
Cuando después de un entrenamiento diario se estimó que 6
eran capaces de hacerlo con suficiente seguridad, avanzaron hasta la explanada que se extendía entre su campamento y la muralla, contra las formaciones de la caballería
campana; cuando estuvieron a tiro se dio la señal y los 7
vélites desmontaron de un salto. Inmediatamente la formación de infantería sale de repente de entre la caballería lanzándose sobre los jinetes enemigos y disparando un dardo
tras otro; al lanzarlos a mansalva en gran cantidad sobre 8
hombres y caballos, hirieron a un gran número, pero fue aún mayor el pánico suscitado por lo inusitado e imprevisto de la maniobra, y la caballería cargó sobre un enemigo descompuesto y le hizo huir, causándole estragos, hasta
las puertas. A partir de entonces los romanos fueron 9
también superiores con la caballería, quedando establecida 10
la norma de que hubiese vélites en las legiones. Quien propuso combinar infantería y caballería fue, según dicen, el centurión Quinto Navio, y por ello lo honró su general.

5 Mientras en Capua la situación estaba así, dos empeños contrapuestos tenían indeciso a Aníbal: el de apoderarse de la ciudadela de Tarento, y el de no perder Capua.
2 Prevaleció, sin embargo, la consideración de Capua, en la que veía centrada la atención de todos, aliados y enemigos, y que iba a constituir un precedente, cualquiera que
3 fuese el resultado final de su secesión de Roma. Dejó, pues, gran parte de la impedimenta y todo el armamento más pesado en el Brucio, se preparó lo mejor que pudo para una marcha rápida con tropas escogidas de infantería y caballería y marchó hacia la Campania. No obstante, a pesar de lo precipitado de su avance, lo siguieron treinta
4 y tres elefantes. Hizo alto en un valle escondido detrás del Tifata, monte que domina Capua. Sobre la marcha tomó la fortaleza de Calacia, después de echar por la fuerza a la guarnición, y se volvió contra los que sitiaban Capua.
5 Mandó mensajeros a la ciudad a decir en qué momento pensaba atacar el campamento romano para que estuviesen preparados para una salida brusca y se lanzasen al exterior simultáneamente por todas las puertas, con lo cual
6 provocó una alarma muy considerable, pues él atacó por un lado y por el otro salieron bruscamente los campanos en masa, caballería e infantería, y junto con ellos la guarnición púnica mandada por Bóstar y Hannón.

7 En vista de lo apurado de la situación, los romanos, para no dejar brechas en su defensa si se concentraban todos en un solo frente, distribuyeron así las fuerzas:
8 Apio Claudio se situó frente a los campanos, y Fulvio frente a Aníbal; el propretor Gayo Nerón tomó posición en la calzada que lleva a Suésula con la caballería de seis legiones, y el legado Gayo Fulvio Flaco en dirección al
9 río Volturno con la caballería aliada. La batalla dio comienzo no sólo con el grito de guerra y el estrépito de

costumbre, sino que, además del fragor de armas, hombres y caballos, multitud de campanos no combatientes colocados en las murallas batiendo bronces, como es costumbre hacer en el silencio de la noche durante los eclipses de luna, armaban tal alboroto que distraían incluso la atención de los combatientes. Apio mantenía alejados de la em- 10
palizada sin dificultad a los campanos; en el lado opuesto, Fulvio sufría un acoso más intenso de Aníbal y los cartagineses. Allí la sexta legión cedió terreno; rechazada ésta, 11
una cohorte de hispanos con tres elefantes penetró hasta la empalizada; había abierto brecha en el frente romano por el centro y estaba indecisa entre una esperanza y un riesgo, la de abrirse paso hasta el campamento y el de quedar aislada de los suyos. Cuando Fulvio vio la legión en 12
apuros y el campamento en peligro, incitó a Quinto Navio y otros primeros centuriones a lanzarse sobre la cohorte enemiga que combatía al pie mismo de la empalizada; la situación era muy crítica: había que dejar pasar a los 13
hispanos, y entonces les iba a costar menos trabajo irrumpir en el campamento que antes abrir brecha en sus líneas compactas, o bien había que acabar con ellos al pie de la empalizada; no era un empeño especialmente difícil: 14
eran pocos, y aislados de los suyos; además, si se volvía contra el enemigo desde ambos lados el frente que parecía roto mientras les duraba el pánico a los romanos, los cogería entre dos fuegos con su doble ataque. Cuando Navio 15
oyó estas palabras de su general, le arrebató la enseña al portaestandarte del segundo manípulo de la primera línea y la llevó en dirección a los enemigos amenazando con lanzarla en medio de éstos si los soldados no le seguían al instante y tomaban parte en la ofensiva. Era de gran 16
estatura, realzada por su armadura; la enseña que llevaba en alto era el centro de atracción de las miradas de compa-

17 triotas y enemigos. Cuando ya había llegado hasta la
vanguardia de los hispanos le dispararon trágulas [15] desde
todas partes y casi toda la cohorte se volvió contra él solo,
pero ni la multitud de enemigos ni la lluvia de dardos pu-
dieron frenar la acometida de aquel guerrero.

6 También entonces el legado Marco Atilio dirigió la
enseña del primer manípulo de la segunda línea de comba-
te de la sexta legión contra la cohorte de hispanos, y los
legados Lucio Porcio Lícino y Tito Popilio, que estaban
al mando del campamento, se batían con denuedo delante
de la empalizada y encima mismo de ésta mataron a los
2 elefantes que la estaban cruzando. Sus cuerpos llenaron
el foso, dando paso al enemigo como si se hubiera levanta-
do un terraplén o tendido un puente; allí, entre las moles
de los elefantes abatidos, se produjo una horrible carnicería.
3 En el otro lado del campamento ya habían sido rechazados
los campanos y la guarnición cartaginesa, y se combatía
al pie mismo de la puerta de Capua que da al río Volturno.
4 Más que una resistencia armada al asalto de los romanos,
a los enemigos los mantenía a distancia con sus proyectiles
un dispositivo de ballestas y escorpiones que había en la
5 puerta. Refrenó también los ímpetus de los romanos una
herida del general Apio Claudio, al que alcanzó una jaba-
lina pesada en lo alto del pecho, debajo del hombro iz-
quierdo, cuando arengaba a sus hombres delante de las
enseñas de vanguardia. A pesar de todo, se dio muerte
a un gran número de enemigos delante de la puerta, y los
demás fueron rechazados en tropel adentro de la ciudad.
6 En cuanto a Aníbal, al ver los estragos causados en la
cohorte de hispanos y la encarnizada defensa del campa-
mento enemigo renunció al asalto e inició la retirada de

[15] Especie de venablos provistos de una correa para lanzarlos.

las enseñas y el repliegue de la infantería, cubriendo su retaguardia con la caballería para prevenir el hostigamiento por parte del enemigo. Las legiones persiguieron febrilmente 7 al enemigo, pero Flaco ordenó tocar a retirada considerando suficientemente cubierto un doble objetivo: que se dieran cuenta los campanos de lo poco que significaba la protección de Aníbal, y que el propio Aníbal comprendiera esto mismo. Los historiadores de esta batalla dicen que 8 murieron aquel día ocho mil hombres del ejército de Aníbal y tres mil de los campanos, y que se les tomaron quince enseñas a los cartagineses y dieciocho a los campanos.

En otros relatos he encontrado que la batalla no tuvo 9 ni con mucho tales proporciones, que fue mayor la alarma que la lucha al irrumpir inesperadamente en el campamento romano, númidas e hispanos con elefantes, derribando 10 éstos con gran estrépito las tiendas a su paso por el medio del campamento y provocando la huida de las acémilas, que rompían las ataduras; que a la confusión se añadió 11 una argucia, pues Aníbal hizo entrar a hombres que sabían hablar latín, vestidos a la usanza itálica, para que transmitieran a los soldados de parte de los cónsules la orden de huir a los montes cercanos, cada uno por sus propios medios, ya que el campamento estaba perdido; pero que el 12 engaño fue rápidamente descubierto y neutralizado, con una gran matanza de enemigos, y que se hizo salir del campamento a los elefantes con fuego.

Comoquiera que fuese su comienzo y su final, esta ba- 13 talla fue la última antes de la rendición de Capua. El *medix tuticus*, que entre los campanos es el más alto magistrado, era aquel año Sepio Lesio, hombre de origen oscuro y escasos medios. Cuentan que su madre en cierta ocasión 14 en que siendo él pequeño ofrecía un sacrificio expiatorio de un prodigio que atañía a la familia, al anunciarle el

arúspice que la más alta magistratura de Capua recaería
15 en aquel niño, no encontrando base alguna para semejante
expectativa exclamó: «Sin duda te refieres a una situación
de ruina para los campanos, cuando el más alto cargo re-
16 caiga sobre mi hijo». Aquella ironía acerca de algo que
era verdad resultó a su vez una verdad. En efecto, cuando
estaban acosados por el hambre y las armas y no había
ya ninguna esperanza de poder resistir, cuando rehusaban
los cargos quienes por nacimiento estaban destinados a ellos,
17 Lesio, lamentándose porque los principales dejaban des-
asistida y hacían traición a Capua, asumió la suprema ma-
gistratura, siendo el último campano que lo hizo.

Aníbal inicia la marcha sobre Roma. Reacción en la Urbe

7 Aníbal entonces, al ver que no era
posible ni atraer al enemigo a más com-
bates ni abrirse paso hasta Capua a tra-
2 vés de su campamento, temiendo que los
nuevos cónsules le interceptasen también
a él el abastecimiento, decidió renunciar a su inútil intento
3 y alejar de Capua el campamento. Mientras barajaba di-
versas posibilidades sobre la dirección a tomar a continua-
ción, le asaltó el impulso de ir directamente al centro
mismo de la guerra, a Roma, empresa ésta siempre ambi-
cionada cuya oportunidad había dejado escapar tras la ba-
talla de Cannas, como otros murmuraban y él mismo reco-
4 nocía. Cabía esperar que con el pánico y la confusión de
la sorpresa se podría ocupar alguna zona de la ciudad
5 y que al estar Roma en peligro abandonasen inmediata-
mente Capua o bien los dos o al menos uno de los genera-
les romanos; y si dividían las fuerzas resultarían más débi-
les ambos, brindándole a él o a los campanos la eventua-
6 lidad de un triunfo. Lo único que le inquietaba era la
posibilidad de que los campanos se rindieran inmediata-
mente después de su marcha. Convenció con regalos a un

númida dispuesto a cualquier osadía para que cogiera una carta, entrara en el campamento romano fingiéndose desertor, y saliera subrepticiamente por el otro lado en dirección a Capua. La carta estaba llena de palabras de aliento: 7
su marcha iba a resultar beneficiosa para ellos, pues se iba a llevar del asedio de Capua a los generales romanos y sus ejércitos para defender Roma; que no se desmoraliza- 8
sen, que aguantando unos cuantos días se librarían por completo del asedio. A continuación dio orden de coger las 9
naves del río Volturno y llevarlas río arriba hacia el fuerte que ya anteriormente había construido como medio de defensa. Cuando le informaron de que había tantas que se 10
podía trasladar a todo el ejército en una sola noche, hizo preparar provisiones para diez días, llevó por la noche las tropas hasta el río y pasó a la otra orilla antes del amanecer.

Fulvio Flaco se había enterado de esta operación por 8
unos desertores antes de que se iniciara, y cuando informó de ello por carta al senado de Roma, la noticia produjo reacciones diversas según el talante de cada cual. Convocado 2
inmediatamente el senado ante semejante emergencia, Publio Cornelio, cuyo sobrenombre era Asina, proponía que se hiciese venir de toda Italia a todos los generales y todos los ejércitos para defender la ciudad, sin pensar en Capua ni en ninguna otra cosa. Fabio Máximo consideraba ver- 3
gonzoso retirarse de Capua y echarse a temblar y andar de acá para allá al menor gesto o amenaza de Aníbal; ¿él, que a pesar de resultar vencedor en Cannas no se 4
había atrevido sin embargo a marchar sobre Roma, ahora, rechazado de Capua, se había hecho la ilusión de apoderarse de la ciudad de Roma? No venía a asediar Roma 5
sino a liberar Capua. Junto con el ejército que estaba en la ciudad, a Roma la defenderían Júpiter, testigo de la violación de los tratados por parte de Aníbal, y los demás

6 dioses. Sobre estos puntos de vista extremos prevaleció
otro intermedio, el de Publio Valerio Flaco; éste, conci-
liando ambas cosas, propuso que se escribiese a los genera-
les que estaban en Capua informándoles de qué efectivos
había para la defensa de la ciudad; ellos sabían personal-
mente cuántas tropas llevaba consigo Aníbal y qué fuerzas
7 se requerían para el asedio de Capua; si era posible enviar
a Roma a uno de los jefes con parte del ejército de forma
que el otro jefe y el resto del ejército mantuviesen adecua-
8 damente el asedio de Capua, que Claudio y Fulvio decidie-
sen de común acuerdo cuál de ellos debía asediar Capua
y cuál debía acudir a Roma para impedir el asedio de su
9 patria. Trasladada a Capua esta resolución del senado,
el procónsul Quinto Fulvio, que era quien tenía que volver
a Roma por encontrarse mal su colega a causa de la heri-
da, escogió entre los tres ejércitos unos quince mil solda-
dos de infantería y mil de caballería y cruzó el Volturno.
10 A continuación, después de asegurarse bien de que Aníbal
avanzaría por la Vía Latina, mandó aviso a las poblacio-
nes de la Vía Apia o cercanas a ella, como Secia, Cora
11 y Lavinio, para que tuviesen preparados víveres en las
ciudades y que los hiciesen traer a la calzada desde los
campos alejados, concentrando en las ciudades las guarni-
ciones para tener cada una el control de su propia defensa.

Medidas de emergencia en Roma. Combate de la caballería. Aníbal inicia la retirada

9 Aníbal el día que cruzó el Volturno
2 acampó a poca distancia del río; al día
siguiente dejó atrás Cales y llegó hasta
territorio de los sidicinos. Se detuvo allí
un día haciendo incursiones de saqueo y
continuó por la Vía Latina, cruzando los
territorios de Suesa, Alifas y Casino. Al
pie de Casino estuvo acampado dos días, saqueando en to-
3 das direcciones. Luego, dejando atrás Interamna y Aquino,

llegó hasta el río Liris [16], en territorio fregelano, donde encontró el puente destruido por los fregelanos para retardar su marcha. También Fulvio se vio retenido por el 4
río Volturno, pues Aníbal había quemado las embarcaciones, y debido a la gran escasez de madera tenía dificultades para procurarse balsas con que pasar al ejército al otro lado. Una vez pasado el ejército en las balsas, Fulvio 5
tenía expedito el resto del camino, pues tanto en las ciudades como a los lados de la calzada había dispuestos víveres en abundancia; los soldados, enfebrecidos, se incitaban unos a otros a apretar el paso conscientes de que acudían a defender a la patria. En Roma, un mensajero fregelano 6
que había viajado día y noche sin interrupción suscitó un gran movimiento de pánico. La alarma conmocionó la ciudad entera al correr la gente de un lado para otro exagerando lo que había oído, creándose una confusión mayor de lo que correspondía a las noticias recibidas. Se oían 7
llantos de mujeres en los domicilios, y además las matronas se echaban a la calle por todas partes y corrían de un templo a otro barriendo los altares con los cabellos sueltos, arrodilladas, tendiendo las palmas vueltas hacia el 8
cielo, hacia los dioses, suplicándoles que arrancasen la ciudad de Roma de las manos del enemigo y conservasen indemnes a las madres romanas y a sus hijos pequeños. El senado estaba en el foro a disposición de los magis- 9
trados por si querían consultarlo sobre algo. Unos reciben órdenes y se van a cumplir cada uno su cometido, otros se ofrecen por si su colaboración puede ser útil en alguna parte. Se apostan retenes en el Capitolio, en la ciudadela, en las murallas, alrededor de la ciudad, incluso en el mon-

[16] La Vía Latina cruzaba el río Liris cerca de Fregelas.

10 te Albano y en el fuerte de Éfula [17]. En medio de esta agitación, llega la noticia de que el procónsul Quinto Fulvio ha salido de Capua con un ejército; para que no se vea restringida su autoridad si entra en la ciudad, el senado decreta que su autoridad sea igual a la de los cónsules.
11 Aníbal, después de devastar el territorio de Fregelas con mayor saña porque habían destruido los puentes, llega a territorio de Labicos [18] después de cruzar los de Frusinón [19],
12 Ferentino y Anagnia. Desde allí se dirige a Túsculo por el Álgido [20], y al no permitírsele entrar en sus murallas tuerce a la derecha y desciende hacia Gabios. Desde allí desciende con su ejército hacia Pupinia [21] y acampa a ocho
13 millas de Roma. Cuanto más se iba acercando el enemigo, mayor era la matanza de fugitivos, pues por delante iban los númidas, y mayor el número de prisioneros de toda edad y condición.

10 En medio de esta conmoción, entró en Roma Fulvio Flaco por la puerta Capena con su ejército y se dirigió a las Esquilias por el centro de la ciudad cruzando las Carinas [22], y a continuación salió y acampó entre las puertas
2 Esquilina y Colina. Los ediles de la plebe le llevaron allí provisiones; los cónsules y el senado fueron al campamento, donde se debatió acerca de la situación general. Se acor-

[17] Situado, no lejos de Tíbur, al Sur. Posiblemente se fundó allí una colonia en 247.

[18] En Labicos se había fundado una colonia en 418. Cf. IV 47, 6.

[19] Actual Frosinone. Situada en la Vía Latina a unos ochenta Kms. al sudeste de Roma.

[20] Relieve montañoso situado en territorio ecuo entre los montes Albanos y la Vía Latina.

[21] Demarcación ubicada entre Roma y Túsculo que dio nombre a la tribu Pupinia.

[22] El que sería barrio aristocrático de Roma en época imperial.

dó que los cónsules acamparan fuera de las puertas Colina y Esquilina, que el pretor urbano Gayo Calpurnio tuviese el mando del Capitolio y la ciudadela, y que el senado en pleno permaneciera reunido en el foro por si era preciso consultarlo dada la situación de emergencia. Entretanto, 3
Aníbal trasladó su campamento al río Anio, a tres millas de la ciudad. Después de establecerse allí avanzó con dos mil jinetes hacia la puerta Colina, hasta el templo de Hércules, y acercándose a caballo todo lo posible, examinó las murallas y la posición de la ciudad. A Flaco le pareció 4
vergonzoso que lo hiciera con tanta libertad y comodidad; envió por tanto a sus jinetes con orden de rechazar a la caballería enemiga haciendo que regresara al campamento. Cuando se inició el combate los cónsules ordenaron a los 5
tránsfugas númidas (cerca de mil doscientos había entonces en el Aventino) que cruzaran las Esquilias por el centro de la ciudad, pues pensaban que éstos serían los más indi- 6
cados para combatir en aquellas vaguadas, edificios ajardinados, huertos, tumbas y calles encajonadas. Cuando algunos los vieron bajar al galope desde la ciudadela y el Capitolio por la Cuesta Publicia [23], se pusieron a gritar que el Aventino estaba tomado. Esto provocó tal confusión y 7
tales carreras que la aterrada multitud se habría precipitado en masa al exterior de la ciudad de no ser porque allí estaba el campamento cartaginés; entonces buscaban refugio en las casas y recintos cubiertos y atacaban con piedras y objetos arrojadizos a los suyos, tomándolos por enemigos, cuando cruzaban las calles. No se podía frenar el 8
tumulto y deshacer el malentendido debido a que las calles estaban atestadas de campesinos y cabezas de ganado arras-

[23] Calle que bajaba desde el Aventino hacia el noroeste del Circo Máximo.

trados en masa hacia la ciudad por la súbita alarma.
9 El combate de la caballería fue favorable y los enemigos
fueron rechazados. Por otra parte, como había que con-
trolar los tumultos que se originaban sin fundamento en
numerosos sitios, se acordó que todo aquel que hubiese
sido dictador, cónsul o censor tuviese el más alto grado
de autoridad hasta que el enemigo se retirara de las mura-
10 llas. Durante el resto del día y la noche siguiente se susci-
taron muchas alarmas infundadas, que fueron controladas.

11 Al día siguiente, Aníbal cruzó el Anio y formó todas
sus tropas en orden de batalla; Flaco y los cónsules no
2 rehusaron el combate. Cuando ambos ejércitos estaban
preparados para correr el albur de una batalla en que el
trofeo del vencedor sería la ciudad de Roma, una lluvia
torrencial mezclada con granizo causó tal confusión en am-
bas formaciones, que se retiraron a los campamentos casi
sin poder sostener las armas, con tanto miedo como el que
3 tenían al enemigo. También al día siguiente una borrasca
parecida separó a los contendientes, alineados en el mismo
sitio; en cuanto se refugiaban en los campamentos, la at-
4 mósfera se serenaba con una calma sorprendente. Los
cartagineses atribuyeron un significado religioso a esta cir-
cunstancia, y cuentan que se le oyó decir a Aníbal que
unas veces le faltaba voluntad y otras suerte para apode-
5 rarse de la ciudad de Roma. Sus esperanzas se vieron
además mermadas por un par de circunstancias, trivial una
e importante la otra. La importante fue que, mientras él
estaba acampado con sus tropas al pie de las murallas de
la ciudad de Roma, se enteró de que partían hacia Hispa-
6 nia tropas de refuerzo con sus banderas al frente, y la otra
fue que se supo por un prisionero que aquellos mismos
días había sido vendida casualmente la tierra sobre la que
él estaba acampado sin que por ello se hubiera rebajado

el precio lo más mínimo. Pues bien, el hecho de que se 7
hubiera encontrado en Roma un comprador para el suelo del que él era dueño por ocupación armada le pareció tan desafiante y ultrajante que inmediatamente llamó al pregonero y le ordenó poner en venta las oficinas de banca situadas en torno al foro romano.

Impresionado por estos sucesos retiró su campamento 8
en dirección al río Tucia, a seis millas de Roma. Desde allí continuó la marcha hacia el bosque sagrado de Feronia [24], cuyo templo era en aquellos tiempos famoso por sus riquezas. Los habitantes de Capena y demás conveci- 9
nos llevaban allí las primicias de sus cosechas y otros presentes, de acuerdo con sus posibilidades, y lo habían adornado con gran cantidad de oro y plata. De todas estas donaciones fue entonces despojado el templo. Después de la marcha de Aníbal se hallaron grandes montones de bronce, pues los soldados tiraban las piezas impulsados por el temor religioso. Sobre el despojo de este templo no hay 10
ninguna duda entre los historiadores. Celio sostiene que Aníbal se desvió hacia allí desde Ereto cuando marchaba hacia Roma y dice que se inició su itinerario en Reate, Cutilias y Amiterno; que pasó desde la Campania al Sam- 11
nio y de allí a territorio peligno, y que pasó al país de los marrucinos dejando a un lado la plaza de Sulmona; que luego fue por el territorio de Alba [25] al de los marsos, y de aquí a Amiterno y a la aldea de Fórulos. En esto 12
no hay error, pues las huellas de un ejército y un general de este calibre no pudieron confundirse en el recuerdo en tan breve espacio de tiempo: está efectivamente comproba-

[24] Feronia tenía dos santuarios: éste, situado al pie del monte Soracte, en el sur de Etruria, y otro cerca de Anxur.

[25] Alba *Fucens*, al noroeste del lago Fucino.

13 do que siguió esa ruta; lo único en que hay divergencias es si fue ése el itinerario de su marcha hacia Roma o el de su vuelta de Roma a la Campania.

En Capua se agrava la situación. Discurso de Vibio Virrio ante el senado

12 Por otra parte, Aníbal no tuvo tanta tenacidad para defender Capua como los
2 romanos para estrechar el cerco. En efecto, atravesó el Samnio, Apulia y Lucania hacia territorio brucio y hasta el Estrecho, hasta Regio, con tal rapidez que su llegada casi repentina los sorprendió des-
3 prevenidos. A pesar de que durante aquellos días había sufrido un asedio no menos riguroso, con todo, Capua notó la llegada de Flaco, y sorprendió mucho que no hubiera
4 vuelto también Aníbal. A través de conversaciones posteriores supieron que los cartagineses los habían dejado solos y abandonados y habían perdido las esperanzas de con-
5 servar Capua. A esto se sumó un edicto de los procónsules hecho público y difundido entre los enemigos con el refrendo del senado, disponiendo que ningún ciudadano campano que se pasase a los romanos antes de una fecha de-
6 terminada sufriría daño. No se pasó nadie; más que la lealtad, los retraía el miedo, porque con su defección habían incurrido en una responsabilidad demasiado grave co-
7 mo para que se les perdonase. Pero a pesar de que nadie tomaba personalmente la decisión de pasarse al enemigo,
8 tampoco se buscaba salida colectiva de ningún tipo. Los nobles se habían desentendido de los asuntos públicos y no había forma de reunirlos en el senado; estaba en el poder alguien que, más que honrarse con él, con su falta de dignidad le había quitado fuerza y autoridad al cargo
9 que desempeñaba [26]. Ya ni siquiera aparecía por el foro

---

[26] Sepio Lesio, el *medix tuticus*.

o los lugares públicos ninguno de los principales; encerrados en sus casas esperaban de un día para otro el hundimiento de la patria y su propio final.

El peso de la responsabilidad recaía por entero en 10
Bóstar y Hannón, jefes de la guarnición cartaginesa, preocupados por su propio peligro y no por el de sus aliados.
Éstos le escribieron una carta a Aníbal en la que de forma 11
rotunda e incluso amarga le reprochaban no sólo haber entregado Capua en manos del enemigo sino de haberlos expuesto a ellos y a la guarnición a toda clase de torturas;
él se había marchado al Brucio como apartándose para 12
que Capua no fuese tomada ante sus propios ojos, y sin embargo, por Hércules, a los romanos ni siquiera el ataque de Roma había podido alejarlos del asedio de Capua:
¡cuánto más constantes eran los romanos como enemigos 13
que los cartagineses como amigos! Si regresaba a Capua y concentraba allí toda la acción bélica, tanto ellos como
los campanos estarían preparados para una salida; no ha- 14
bían cruzado los Alpes para hacer la guerra contra Regio y Tarento, los ejércitos cartagineses debían estar allí donde estuvieran las legiones romanas; así se había conseguido la victoria en Cannas, y en el Trasimeno: actuando a la vez, acampando frente al enemigo, tentando a la suerte.
Redactada la carta en estos términos, se la entregaron a 15
unos númidas que se comprometieron a la empresa por un precio convenido. Éstos, fingiéndose desertores, fueron al campamento de Flaco para abandonarlo después en el momento oportuno —el hambre que se pasaba en Capua desde hacía tanto tiempo daba a cualquiera un motivo razonable para la deserción—. De pronto se presenta en el 16
campamento una mujer campana, amante de uno de los desertores, y descubre al general romano que los númidas han preparado un plan para desertar y llevar una carta

17 a Aníbal, que ella está dispuesta a tener un careo con uno de ellos que le había revelado el plan. Hicieron que compareciera, y al principio simulaba con bastante firmeza que no conocía a la mujer; después, convicto poco a poco de la verdad, viendo que se reclamaban y preparaban los instrumentos de tortura, confesó que efectivamente era así
18 y presentó la carta. A lo denunciado añadió además algo que permanecía oculto: que otros númidas andaban por
19 el campamento romano con apariencia de desertores. Fueron apresados más de setenta y azotados con varas junto con los últimos desertores, y enviados de nuevo a Capua con las manos cortadas [27].

13 La vista de un suplicio tan atroz quebrantó la moral de los campanos. La aglomeración de la población ante la curia obligó a Lesio a reunir al senado; se amenazaba abiertamente a los ciudadanos principales, que se venían ausentando desde hacía ya tiempo de las deliberaciones públicas, con ir a sus casas si no acudían al senado y sacarlos a todos a la calle por la fuerza. Esta amenaza le procuró
2 al magistrado un senado muy concurrido. En él, mientras los demás hablaban de que era obligado enviar embajadores a los generales romanos, Vibio Virrio [28], que había si-
3 do el promotor de la ruptura con Roma, cuando se le preguntó su parecer dijo que quienes hablaban de embajadores, y de paz, y de capitulación, no tenían en cuenta ni lo que habrían hecho ellos si tuvieran a los romanos en su poder, ni lo que ellos mismos iban a tener que sopor-
4 tar. «¿Es que creéis —dijo— que esa rendición va a ser como la otra vez, cuando les entregamos a los romanos nuestras personas y cuanto teníamos para conseguir su apo-

[27] Castigo habitual para los espías.
[28] Cf. XXIII 6.

yo frente a los samnitas [29]? ¿Ya habéis olvidado en qué 5
momento y en qué circunstancias nos separamos del pue-
blo romano? ¿Ya habéis olvidado cómo, al romper con
ellos, dimos muerte entre escarnios y suplicios a la guarni-
ción, a la que se podía haber dejado marchar [30]?, ¿en 6
cuántas ocasiones, y con qué rabia, hicimos salidas contra
los sitiadores, atacamos su campamento, y llamamos a Aní-
bal para que los aplastara?, ¿y lo último, que desde aquí
lo enviamos a atacar Roma? Por otra parte, pensad con 7
qué saña han actuado contra nosotros, para deducir de
ahí qué cabe esperar. Cuando en Italia había un enemigo
extranjero —¡y el enemigo era Aníbal— y la conflagración
bélica era total, se desentendieron de todo, se desentendie-
ron incluso de Aníbal y enviaron a ambos cónsules y los
dos ejércitos consulares al asalto de Capua. Llevan ya 8
años debilitándonos por hambre, teniéndonos rodeados y
encerrados entre sus trincheras, soportando ellos mismos
con nosotros peligros extremos y fatigas durísimas, sufrien-
do frecuentes bajas en la empalizada y las trincheras, y
últimamente casi privados de su campamento. Pero paso 9
esto por alto, no es nada nuevo o inusual pasar fatigas
y peligros cuando una ciudad enemiga es asediada. Pero
hay otro aspecto que sí demuestra un resentimiento y un
odio implacable e inexorable: Aníbal, con un enorme 10
ejército de infantería y caballería, atacó su campamento
y en parte lo tomó; la gravedad del peligro no les hizo
desistir en absoluto del asedio. Cruzó el Volturno y pasó
a fuego el territorio de Cales, y no se alejaron ni un paso
ante semejante desastre de sus aliados. Dirigió la ofensiva 11
contra la propia ciudad de Roma, y ni siquiera se preocu-

[29] Referencia a lo relatado en VII 31.

[30] No concuerda con lo dicho en XXIII 7, 3.

paron de la amenaza de semejante tormenta. Cruzó el Anio
y plantó su campamento a tres millas de la ciudad, y por
último se acercó a las mismas murallas y puertas, les hizo
ver que les quitaría Roma si no dejaban Capua: no la
12 dejaron. Los animales salvajes, impulsados por el furor
de un instinto ciego, si vas contra sus cubiles y sus crías,
puedes hacer que se vuelvan para defender a los suyos;
13 a los romanos no los alejó de Capua ni el asedio de
Roma, ni sus mujeres e hijos, cuyos llantos se podían oír
casi desde aquí, ni los altares, los hogares, los santuarios
de los dioses, ni las tumbas de sus mayores profanadas
y violadas: tan intensas eran sus ansias de castigarnos, tan
14 grande su sed de beberse nuestra sangre. Y tal vez con
razón; nosotros habríamos también hecho lo mismo de
habérsenos presentado la oportunidad. Por eso, puesto que
ha sido otra la voluntad de los dioses inmortales y yo ni
siquiera puedo rehusar la muerte, sí puedo, mientras soy
libre y dueño de mí, evitar con una muerte honrosa y a
la vez dulce los suplicios y ultrajes que el enemigo prepara.
15 Yo no veré a Apio Claudio y Quinto Fulvio exultantes
con su insolente victoria, ni me veré, cargado de cadenas,
arrastrado por la ciudad de Roma dando vistosidad a su
triunfo para después ser metido en una prisión o atado
a un poste y doblegar el cuello ante un hacha romana,
con la espalda destrozada por las varas; no veré cómo es
incendiada y arrasada mi patria, y arrastradas para ser des-
honradas las madres campanas y las doncellas y los mu-
16 chachos libres. Arrasaron hasta los cimientos Alba, de
donde ellos eran oriundos, para que no quedase memoria
de su estirpe y sus orígenes; mucho menos voy a creer que
perdonarán a Capua, a la que odian más que a Cartago.
17 Conque aquellos de vosotros que quieran plegarse ante
el destino antes de ver todos estos horrores tienen hoy

preparado y dispuesto un convite en mi casa. Una vez 18
saciados de vino y comida, irá pasando por turno la misma copa que me será presentada a mí; esa bebida librará el cuerpo de los suplicios, el espíritu de los ultrajes, los ojos y los oídos de ver y oír todas las atrocidades e ignominias que esperan a los vencidos. Habrá alguien preparado para arrojar nuestros cuerpos sin vida a una gran pira
encendida en el patio de mi casa. Ésta es la única posi- 19
bilidad de una muerte honorable y libre. Los propios enemigos admirarán nuestro valor y además Aníbal sabrá que ha abandonado y traicionado a unos aliados valerosos».

Suicidio colectivo de veintisiete senadores de Capua, rendición y medidas posteriores

Fueron más los que asintieron a este 14
discurso de Virrio que los que tuvieron el valor de poner en práctica lo que apro-
baban. La mayoría de los senadores, 2
confiando en que tampoco con ellos sería implacable el pueblo romano que tantas veces en numerosas guerras había dado muestras de clemencia, votaron y enviaron embajadores para entregar Capua a los romanos.
Unos veintisiete senadores acompañaron a Vibio Virrio 3
a su casa y después de comer con él y aturdir con el vino sus mentes cuanto les fue posible para no ser conscientes de su inminente desgracia, bebieron todos el veneno;
después, abandonando el convite, dándose la mano y un 4
último abrazo y llorando por su fin y el de la patria, unos se quedaron para ser quemados en la misma pira y otros
se marcharon a sus casas. El exceso de comida y bebida en 5
sus venas restó eficacia a la fuerza del veneno para precipitar su muerte, por eso la mayoría de ellos continuaron con vida durante toda la noche y parte del día siguiente, pero antes de que se les abrieran las puertas a los enemigos expiraron todos.

6 Al siguiente día, por orden de los procónsules, se
abrió la puerta de Júpiter, que quedaba frente al campa-
mento romano. Por ella entró una legión y dos escuadro-
7 nes [31] de caballería con el legado Gayo Fulvio. Éste, como
primera medida, dispuso que se le entregasen todas las ar-
mas que había en Capua, tanto defensivas como ofensivas,
y después de apostar guardias en todas las puertas para
que nadie pudiera salir o escapar, arrestó a toda la guarni-
ción cartaginesa y ordenó al senado campano que fuera
al campamento, a presencia de los generales romanos.
8 Cuando llegaron allí, inmediatamente fueron todos encade-
nados y recibieron orden de entregar a los cuestores el oro
y la plata que poseían. El oro pesó dos mil setenta libras
9 y la plata treinta y un mil doscientas. Veinticinco sena-
dores fueron enviados a Cales para su custodia y veintio-
cho a Teano, cuyo voto estaba comprobado que había si-
do decisivo para rebelarse contra los romanos.

15 En lo referente al castigo del senado campano, Fulvio
y Claudio tenían criterios muy distintos. Claudio era pro-
clive a conceder el perdón, Fulvio era partidario de mayor
2 rigor. Por eso Apio se inclinaba por remitir al senado, a
3 Roma, cualquier decisión sobre el asunto; lo que procedía
era que los senadores tuvieran la posibilidad de indagar
si los campanos habían compartido sus planes con alguno
de los pueblos latinos aliados, y si habían contado con su
4 colaboración en la guerra. Pero Fulvio decía que había
que evitar por encima de todo que los ánimos de los alia-
dos leales se viesen turbados por acusaciones dudosas y
expuestos a las denuncias de quienes no tenían el menor
escrúpulo en decir o hacer cualquier cosa; él, por tanto,
pensaba obstaculizar y hacer imposible tal investigación.

[31] Unidades aliadas de caballería, de 500 hombres cada una.

Después de este cambio de impresiones se separaron y 5
Apio estaba seguro de que, a pesar de la dureza de sus
palabras, en una cuestión de tanta trascendencia su colega
esperaría a recibir carta de Roma, pero Fulvio, precisa- 6
mente para evitar que ello obstaculizase sus propósitos, di-
solvió el consejo militar y ordenó a los tribunos militares
y a los prefectos de los aliados que seleccionaran a dos
mil jinetes y les dieran instrucciones de estar preparados
al toque del tercer relevo de la guardia.

Partió por la noche para Teano con estas fuerzas de 7
caballería y al amanecer cruzó la puerta y se dirigió al fo-
ro. Nada más entrar los jinetes se produjo una aglomera-
ción de gente; mandó llamar al magistrado [32] sidicino y
le ordenó que trajera a los campanos que tenía bajo custo-
dia. Los trajeron a todos y fueron azotados con las varas 8
y decapitados. De allí marchó a galope tendido a Cales;
una vez allí, cuando ya se había sentado en el tribunal
y los campanos, que había mandado traer, estaban siendo
atados al palo, llegó de Roma un jinete a toda velocidad
y le entregó a Fulvio una carta del pretor Gayo Calpurnio
y un decreto del senado. Desde el tribunal corrió por 9
toda la asamblea el rumor de que todo lo referente a los
campanos pasaba a competencia del senado. Fulvio, con-
vencido de que así era, cogió la carta y la guardó entre
su ropa sin abrirla y ordenó al pregonero que mandase
al lictor proceder de acuerdo con la ley. De esta forma
fueron también ejecutados los que estaban en Cales. Des- 10
pués se dio lectura a la carta y al decreto del senado, de-
masiado tarde para impedir una ejecución cuyo cumpli-
miento se había apresurado por todos los medios para que
nada pudiese impedirla. Cuando ya se estaba levantando 11

[32] El *medix tuticus* de Teano (sidicino).

Fulvio, el campano Táurea Vibelio, avanzando entre la mul-
titud, lo llamó por su nombre, y cuando Flaco se sentó
de nuevo preguntándose sorprendido qué querría de él,
12 dijo: «Haz que me maten a mí también, para que puedas
presumir de haber dado muerte a un hombre mucho más
13 valiente que tú». Flaco dijo que sin duda no estaba en sus
cabales, pero que aunque quisiera hacerlo se lo impedía
14 un decreto del senado; entonces Vibelio dijo: «Puesto que,
después de haber sido tomada mi patria y haber perdido
a mis parientes y amigos, pues yo mismo quité la vida a
mi esposa y a mis hijos con mis propias manos para que
no sufrieran ningún ultraje, a mí ni siquiera se me da la
oportunidad de morir como estos compatriotas míos, que
15 sea mi valor el que me libere de esta vida odiosa». Y así,
atravesándose el pecho con una espada que había escondi-
do entre su ropa, cayó agonizante a los pies del general.

16 Como el hecho de la ejecución de los campanos y
muchos otros se llevaron a cabo por decisión de Flaco ex-
clusivamente, algunos historiadores [33] dicen que Apio Clau-
2 dio murió justo antes de la rendición de Capua, y también
que este Táurea ni fue a Cales voluntariamente ni se quitó
la vida por su propia mano, sino que cuando era atado
al poste con los demás, Flaco ordenó imponer silencio por-
que en medio de aquel ruido había dificultad para oír lo
3 que éste gritaba, y entonces Táurea pronunció las palabras
ya mencionadas: que él, un hombre muy valeroso, moría
por orden de quien no se le podía comparar en valor; tras
estas palabras, el pregonero, por orden del procónsul, sen-
tenció: «Lictor, aplícale las varas a ese valiente y comienza
4 por él la aplicación de la ley». Algunos autores sostienen
además que antes de la ejecución se leyó el decreto del

[33] Cf. ZONARAS, IX 6.

senado, pero como en éste se añadía que «si le parecía» [34]
remitiese al senado toda la cuestión, interpretó que se de-
jaba a su criterio el valorar lo que consideraba como lo
mejor para el Estado.
De Cales regresó a Capua, y recibió la sumisión de 5
Atela y Calacia; también aquí fueron castigados los res-
ponsables políticos. Así, fueron ejecutados en torno a 6
setenta [35] senadores de los más significados; cerca de tres-
cientos nobles campanos fueron metidos en prisión; otros
fueron repartidos por las ciudades latinas aliadas, para su
custodia, y murieron por diferentes circunstancias; el resto
de la ciudadanía campana fueron vendidos como esclavos.
Se debatió luego acerca del destino de la ciudad y su 7
territorio, opinando algunos que una ciudad tan poderosa,
tan próxima y tan hostil debía ser arrasada. Pero prevale-
cieron las razones de tipo práctico inmediato, pues en con-
sideración a su territorio, que sin duda era el primero de
Italia por la fertilidad de su tierra, que producía en abun-
dancia frutos de todas clases, se conservó la ciudad para
que sirviera de residencia de los labradores. Para poblar 8
la ciudad se dejó que siguiera allí la multitud de residentes
forasteros, de libertos, de pequeños comerciantes y artesa-
nos; todo el territorio y los edificios pasaron a propie-
dad del pueblo romano. Pero se acordó que Capua fuese 9
una ciudad sólo en el sentido de lugar de residencia, tem-
poral o permanente, o sea que no hubiese ningún organismo
político: ni senado, ni asamblea popular ni magistraturas;
que fuese una masa que al no tener consejo público ni 10
autoridad, nada que la aglutinase, fuese incapaz de poner-

[34] Era la fórmula de cortesía habitual cuando el senado daba instrucciones a un magistrado, (cf. XXII 39, 9, y XXV 41, 9).

[35] Incluyendo a los de Teano y Cales.

se de acuerdo; para administrar justicia se enviaría todos
11 los años un prefecto [36] desde Roma. Se organizó así la
situación de Capua con un plan encomiable desde todos
los puntos de vista. Se tomaron medidas severas y rápidas
con los máximos responsables; la masa de ciudadanos fue
12 dispersada sin ninguna esperanza de retorno; no se aplicó
el drástico recurso del fuego o la demolición contra las
murallas o los edificios, que no tenían culpa, y aparte de
otras ventajas se consiguió también aparecer como clemen-
tes ante los aliados al dejar intacta una ciudad nobilísima
y riquísima cuya destrucción habría deplorado toda la Cam-
13 pania y todos los pueblos vecinos a ella. El enemigo se
vio forzado a reconocer lo enérgicos que eran los romanos
a la hora de castigar a los aliados desleales y lo nulo que
era el apoyo de Aníbal para defender a los que se habían
puesto bajo su protección.

En Hispania, Nerón se enfrenta a Asdrúbal. Roma elige a Publio Cornelio Escipión como general supremo

17 Libre de preocupación en lo que a
Capua se refería, el senado romano acor-
dó asignar a Gayo Nerón seis mil solda-
dos de infantería y trescientos de caballe-
ría, elegidos por él entre las dos legiones
que había tenido a sus órdenes en Ca-
pua, y otros tantos soldados de a pie y
ochocientos jinetes de los aliados de la
2 confederación latina. Este ejército em-
barcó en Putéolos y Nerón lo condujo
a Hispania. Llegó a Tarragona con las naves, desembarcó
allí las tropas, y después de varar las naves armó también
a las tripulaciones para incrementar el número de tropas;
3 partió hacia el Ebro y se hizo cargo del ejército de Tiberio
Fonteyo y Lucio Marcio. Después emprendió la marcha

[36] *Praefectus iure dicundo,* elegido por votación popular.

en dirección al enemigo. Asdrúbal el de Amílcar tenía 4
su campamento en Piedras Negras [37], lugar éste situado
en la Ausetania entre las plazas de Iliturgi y Mentisa.
Era un desfiladero, cuya entrada ocupó Nerón. Asdrúbal, 5
ante el temor a verse atrapado, envió un parlamentario
con la promesa de que si le permitía salir de allí sacaría
de Hispania todas sus tropas. El romano aceptó la pro- 6
puesta de muy buen grado y Asdrúbal pidió una entrevista
para el día siguiente para acordar personalmente los térmi-
nos de la entrega de las ciudadelas de las ciudades y fijar
la fecha de la retirada de las guarniciones de forma que
los cartagineses pudieran llevarse todas sus cosas sin daño.
Aceptado esto, Asdrúbal ordenó que las tropas más pesadas 7
fueran saliendo del desfiladero por donde pudieran, co-
menzando al anochecer y continuando durante toda la
noche. Puso el mayor cuidado en que no salieran muchos 8
aquella noche, puesto que un número reducido era en sí
más adecuado tanto para pasar en silencio sin que el ene-
migo se diera cuenta como para escapar por veredas an-
gostas y difíciles. Al día siguiente, acudieron a la con- 9
ferencia, pero se pasó el día hablando mucho y escribiendo
deliberadamente detalles que no venían al caso, y hubo
que dejarlo para el día siguiente. El contar con otra 10
noche dio lugar a evacuar a más hombres, y tampoco
al otro día se acabó la cosa. De esta forma pasaron varios 11
días discutiendo públicamente las condiciones y varias no-
ches haciendo salir en secreto cartagineses del campamen-
to. Y cuando ya había salido la mayor parte del ejército,
ya ni siquiera se mantenían las propias propuestas iniciales

[37] Es muy problemática su localización debido a la confusión de topónimos, ya que Ausetania estaba en la zona circundante a Vich, mientras que Iliturgi pertenecía a la lejana Bética (cf. XXI 23, 2, y XXIII 49, 5).

12 y el acuerdo estaba cada vez más lejano, pues había menos
motivos para mantener la palabra a medida que había menos que temer. Cuando ya habían salido del desfiladero casi todas las tropas de infantería, un día, al amanecer, una densa niebla envolvió por completo el desfiladero y los campos del contorno. Nada más percatarse de ello, Asdrúbal mandó a Nerón aviso para que se aplazasen las conversaciones para el día siguiente, pues aquel día por motivos religiosos los cartagineses no podían tratar ningún asun-
13 to importante. Como ni siquiera entonces se sospechó el engaño, se les concedió aquel día de favor, y Asdrúbal, saliendo inmediatamente del campamento con la caballería y los elefantes sin hacer ruido alguno llegó a lugar seguro.
14 Aproximadamente tres horas después de amanecer, el sol disipó la niebla y abrió el día, y los romanos vieron vacío
15 el campamento enemigo. Por fin entonces se dio cuenta Claudio del engaño cartaginés, y nada más comprender que había caído en una trampa se lanzó en persecución de los que se habían marchado, preparado para entrar en combate.
16 Pero el enemigo rehuía el enfrentamiento. Se producían, no obstante, pequeñas escaramuzas entre la retaguardia de la columna cartaginesa y la vanguardia de los romanos.

18 Entretanto los pueblos de Hispania que se habían rebelado contra los romanos después de la derrota [38] sufrida por éstos no volvían a su lado, y tampoco se rebelaban
2 otros nuevos. En Roma, una vez reconquistada Capua, tanto el pueblo como el senado estaban ahora más preocupados por Hispania que por Italia. Se consideraba conveniente reforzar el ejército y enviar allí un general [39].
3 No había acuerdo acerca de qué persona enviar, aunque

[38] Narrada en XXV 32-36.

[39] Nerón, como propretor, tenía rango inferior.

sí en que había que elegir con el mayor cuidado, para un frente en el que habían caído en el espacio de treinta días dos grandes generales, a la persona que había de reemplazarlos a los dos. Como se proponían diferentes nombres, 4
finalmente se llegó a la solución de convocar los comicios para la elección de un procónsul para Hispania, y los cónsules fijaron la fecha de la convocatoria. En un principio 5
se esperaba que presentasen su candidatura aquellos que se considerasen dignos de tan alto mando; cuando esta expectativa se frustró, se reprodujo el dolor por la derrota sufrida y de nuevo se echó de menos a los generales perdidos.

La ciudadanía, por tanto, estaba abatida y sin saber 6
qué hacer, pero no obstante bajó al Campo de Marte el día de los comicios; vuelta hacia los magistrados, observaba los rostros de los ciudadanos principales, que a su vez se miraban unos a otros, y murmuraba que la situación era tan desesperada y se confiaba tan poco en la supervivencia del Estado que nadie tenía el valor de hacerse cargo del mando supremo en Hispania; entonces Publio Cornelio, 7
hijo del Publio que había caído en Hispania, joven de unos veinticuatro años de edad, manifestó de pronto que optaba al cargo y se colocó en un lugar más elevado, donde se le pudiera ver. Cuando todas las miradas se concen- 8
traron en él, los gritos y aplausos hicieron presagiar inmediatamente un mando feliz y afortunado. Luego, cuando 9
se les pidió que emitieran su voto, todos sin excepción, no sólo las centurias en conjunto sino cada uno individualmente, decidieron que el mando de Hispania fuese para Publio Escipión. Pero después de finalizada la votación, 10
cuando en los ánimos se calmó la impetuosidad y la euforia, se produjo un repentino silencio y una callada reflexión sobre lo que habían hecho, no fuera a ser que la

11 simpatía se hubiera impuesto a la razón. Les preocupaba sobre todo su corta edad [40]; algunos se estremecían además pensando en el sino de aquella casa y en el nombre de quien pertenecía a dos familias de luto y marchaba a unas provincias donde la acción se desarrollaría entre las tumbas de su padre y de su tío.

Semblanza de Escipión. Su llegada a Hispania y primeras operaciones

19 Cuando Escipión advirtió este desasosiego y preocupación de la multitud después de una votación llevada a cabo con tanto entusiasmo, convocó una asamblea y disertó acerca de su edad, del mando que se le había confiado y de la guerra que tenía que dirigir, con una amplitud de espíritu y un
2 tono tan elevado que despertó de nuevo y reavivó el entusiasmo que se había apagado y llenó a la gente de una esperanza más firme que la que suele inspirar la confianza en las promesas de los hombres o la consideración racional
3 de los hechos. Y es que Escipión no sólo fue admirable por sus cualidades reales sino que estaba además dotado desde su juventud de una especie de arte para hacerlas
4 resaltar, presentando a la gente la mayoría de sus acciones como sugeridas por visiones nocturnas o inspiradas por la divinidad, tal vez porque él mismo estaba poseído por alguna forma de superstición o tal vez para que sus órdenes y sus consejos fuesen ejecutados sin vacilar como si ema-
5 naran de la respuesta de un oráculo. Además, para predisponer los ánimos ya desde el principio, desde que vistió la toga viril, su primera acción de todos los días, tanto pública como privada, era dirigirse al Capitolio y una vez dentro del templo sentarse y pasar un tiempo allí retirado,

[40] Había destacado ya a los 17 años en la batalla del Tesino (XXI 46, 7-10).

ordinariamente a solas. Esta costumbre, que conservó du- 6
rante toda su vida, hizo que algunos dieran fe a la creencia, difundida casual o intencionadamente, de que era un hombre de estirpe divina, e hizo que se repitieran las habladu- 7
rías que ya antes habían corrido acerca de Alejandro Magno, igualmente inconsistentes y fantásticas, de que había sido engendrado en el concúbito con una enorme serpiente y que la prodigiosa aparición había sido vista varias veces en la habitación de su madre, deslizándose y desapareciendo de repente de la vista cuando llegaba gente. Personal- 8
mente nunca desmintió tales maravillas, es más, incluso les dio pábulo con una especial habilidad para no negar ni afirmar abiertamente nada semejante. Muchos otros 9
detalles del mismo género, unos verdaderos y otros inventados, habían sobrepasado en el caso de aquel joven los límites de la admiración por un ser humano. Fundándose en ellos entonces, los ciudadanos confiaron tan importante empresa y tan alto mando a quien por su edad no había alcanzado la madurez.

A las tropas que quedaban en Hispania del antiguo 10
ejército y a las que habían pasado en barco desde Putéolos con Gayo Nerón se añadieron diez mil hombres de infantería y mil de caballería, y el propretor Marco Junio Silano le fue asignado como ayudante para dirigir las operaciones. Así, con una flota de treinta naves —todas quinquerremes, 11
por otra parte—, salió de la desembocadura del Tíber siguiendo la costa del mar Etrusco y después de contornear los Alpes y el golfo Gálico y el promontorio de los Pirineos desembarcó las tropas en Ampurias [41], ciudad griega cuyos habitantes son también [42] oriundos de Focea. Desde 12

[41] Cf. XXI 60, 2.

[42] Al igual que los masilienses.

allí, después de ordenar a las naves que continuaran, marchó por tierra a Tarragona, donde celebró una reunión con todos los aliados, pues al correrse la voz de su llegada ha-
13 bían afluido delegaciones desde toda la provincia. Allí hizo sacar a tierra las naves y reenvió las cuatro trirremes marsellesas que le habían dado escolta de honor desde su
14 país. A continuación procedió a dar respuesta a las delegaciones, que estaban en suspenso ante la diversidad de acontecimientos tan numerosos, y lo hizo con tal grandeza de ánimo, basada en la enorme confianza que tenía en su propia valía, que no salió de sus labios ni una palabra arrogante, y todo lo que dijo rebosaba autoridad y sinceridad.

20 Partió de Tarragona y se dirigió a las ciudades aliadas y a los cuarteles de invierno del ejército, y felicitó a las tropas porque habían mantenido la provincia a pesar de ha-
2 ber sufrido dos derrotas sucesivas tan serias y, sin dejarle al enemigo sacar ventaja de sus éxitos, lo habían mantenido alejado de todo el territorio del lado de acá del Ebro, y
3 porque habían protegido fielmente a sus aliados. Tenía a Marcio a su lado y lo trataba con tanta consideración que resultaba evidente que la última cosa que le preocupaba era que alguien fuese un obstáculo para su propia glo-
4 ria. Después, Silano reemplazó a Nerón, y las nuevas tropas fueron conducidas a los cuarteles de invierno. Escipión, después de iniciar y llevar a cabo sin pérdida de tiempo todo lo que era preciso poner en marcha y hacer, regresó
5 a Tarragona. Entre los enemigos la fama de Escipión era tan grande como entre sus conciudadanos y aliados, y un vago presentimiento de lo que iba a ocurrir les hacía sentir un miedo tanto mayor cuanto menos explicable era racio-
6 nalmente ese miedo, surgido sin motivo aparente. Habían ido a establecer sus cuarteles de invierno en distintas direcciones: Asdrúbal el de Gisgón, hacia Cádiz, en el Océano;

Magón, hacia el interior, concretamente al norte del macizo de Cástulo [43]; Asdrúbal el hijo de Amílcar invernó cerca del Ebro, en las proximidades de Sagunto [44].

Flota púnica en Tarento. Ovación para Marcelo. Operaciones en Sicilia

A finales del verano en que fue toma- 7
da Capua y Escipión llegó a Hispania, una flota cartaginesa llamada de Sicilia a Tarento para impedir el aprovisionamiento de la guarnición romana que se encontraba en la ciudadela de Tarento
había bloqueado, es cierto, todas las vías de acceso a la 8
ciudadela desde el mar, pero al prolongar demasiado el bloqueo hacía más aguda la escasez de víveres para sus
aliados que para el enemigo, pues a pesar de que la costa 9
estaba tranquila y los puertos abiertos gracias a la protección de las naves cartaginesas, aun así no se les podía suministrar a los tarentinos tanto trigo como consumía la propia flota, con una tripulación en la que se entremezcla-
ban gentes de todo tipo, de suerte que la guarnición de la 10
ciudadela, al ser poco numerosa, aun sin llegarle provisiones podía sustentarse con las que se habían almacenado previamente, mientras que los tarentinos y la flota ni si-
quiera con nuevos suministros tenían suficiente. Al final 11
la flota se retiró [45], y su marcha produjo mayor satisfacción que su llegada. Pero la escasez no se alivió gran cosa, porque al cesar la protección naval no se podía suministrar trigo.

---

[43] Sierra Morena. La población de Cástulo estaba en la margen derecha del Guadalimar a unos cinco Kms. de Linares. Su nombre medieval es Cazlona.

[44] Había sido reconquistada por los romanos en el 214 (XXIV 42, 9-10).

[45] Los tarentinos, según Polibio (IX 9, 11), pidieron a Bomilcar que se marchara con su flota.

21 Al finalizar aquel mismo verano regresó Marco Mar-
celo de la provincia de Sicilia a Roma, y el pretor Gayo
Calpurnio le concedió una audiencia del senado junto al
2 templo de Belona. En ella, después de hacer un relato de
sus campañas y quejarse sin acritud, más por sus hombres
que por él, por el hecho de que no se le hubiera permitido
traer al ejército una vez cumplida su misión, pidió que se
3 le permitiera entrar en triunfo en la ciudad. No lo con-
siguió. Se discutió largamente qué sería más improcedente:
negarle el triunfo ahora que estaba presente a un hombre
en cuyo nombre se había decretado una acción de gracias
cuando estaba ausente y se había honrado a los dioses in-
4 mortales por los éxitos conseguidos bajo su mando, o que
un general a quien se había dado orden de entregar el
ejército a su sucesor —cosa que sólo se decretaba cuando
una provincia continuaba en guerra— celebrase el triunfo
como si la guerra hubiera concluido y sin contar con la
presencia del ejército que podía atestiguar si el triunfo era
merecido o no. Se optó por una salida intermedia: que
5 entrase en Roma con los honores de la ovación. Los tri-
bunos de la plebe, con la autorización del senado, presen-
taron al pueblo la propuesta de que Marco Marcelo se in-
vistiese del poder supremo el día que entrase en la ciudad
6 recibiendo la ovación. La víspera de su entrada en Roma
celebró el triunfo en el monte Albano [46]. Después, durante
la ovación, entró en la ciudad precedido por un botín con-
7 siderable. Junto con una representación de la toma de
Siracusa, con catapultas, ballestas y todas las restantes má-
quinas de guerra, iban los objetos con que una realeza opu-
8 lenta había decorado una larga paz, gran cantidad de bronce
y plata labrada y otros objetos y telas preciosas, así como

[46] Cf. XLV 38, 4.

muchas estatuas famosas con las que se había engalanado
Siracusa como las principales ciudades de Grecia. También, 9
como expresión de la victoria sobre los cartagineses, desfi-
laron ocho elefantes, y no fue menos digno de ver el espec-
táculo de Sosis el siracusano y Mérico [47] el hispano, que
iban delante con coronas de oro; el primero de ellos había 10
dirigido la entrada nocturna en Siracusa, y el segundo ha-
bía entregado Naso y su guarnición. A estos dos se les 11
concedió la ciudadanía y quinientas yugadas de tierra a
cada uno, a Sosis en el territorio siracusano que hubiera
pertenecido al rey o a enemigos del pueblo romano, y en
Siracusa una casa elegida por él entre las de aquellos que
habían sido castigados conforme a las leyes de la guerra;
a Mérico y los hispanos que se habían pasado con él se 12
acordó concederles en Sicilia una ciudad, con su territorio,
de las que habían abandonado la causa de Roma. Se en- 13
cargó a Marco Cornelio [48] de asignarles la ciudad y el te-
rritorio donde le pareciera. En ese mismo territorio se le
asignaron cuatrocientas yugadas de tierra a Beligene, que
había inducido a Mérico a pasarse al otro bando. Después 14
de marchar Marcelo de Sicilia, la flota cartaginesa desem-
barcó ocho mil soldados de a pie y tres mil jinetes númi-
das. Las ciudades de Murgencia y Ergecio se pasaron a
su bando, defección que secundaron Hibla y Macela y al-
gunas otras menos conocidas. Los númidas, a las órdenes 15
de su prefecto Mútines, recorrían toda Sicilia prendiendo
fuego a las tierras de labor de los aliados del pueblo roma-
no. Por otro lado, las tropas romanas, irritadas en parte 16
porque no se les había permitido abandonar la provincia
junto con su general y en parte porque se les había prohi-

[47] Cf. XXV 30, 2 ss.

[48] Cetego, sucesor de Marcelo en Sicilia.

bido pasar el invierno en las ciudades, cumplían con desgana sus obligaciones militares y si no se amotinaban era
17 más por falta de un líder que de voluntad. En medio de estas dificultades, el pretor Marco Cornelio calmó los ánimos de los soldados a base de alentarlos unas veces y de castigarlos otras, y además sometió de nuevo a obediencia a las ciudades que se habían sublevado y una de ellas, Murgencia [49], se la asignó a los hispanos, a quienes por decreto del senado se les debía una ciudad con su territorio.

Elecciones en Roma. Juegos. Prodigios

22 Como los dos cónsules tenían por provincia Apulia y como Aníbal y los cartagineses representaban ya menor peligro, se les dieron instrucciones de echar a suertes Apulia y Macedonia. A Sulpicio le
2 correspondió Macedonia, reemplazando a Levino. Fulvio fue llamado a Roma para las elecciones, y cuando estaba celebrando los comicios para elegir cónsules, la centuria prerrogativa [50], la Voturia de jóvenes, votó a Tito Manlio
3 Torcuato y Tito Otacilio. Como la multitud se aglomeró alrededor de Manlio, que estaba presente, para darle la enhorabuena, y el sentir común popular no ofrecía dudas, él, escoltado por un gran número de gente, se acercó al
4 tribunal del cónsul y le pidió que escuchase unas breves palabras suyas y mandase llamar otra vez a la centuria que
5 había emitido el voto. Mientras todos estaban expectantes, atentos a lo que iría a pedir, alegó como excusa una enfer-
6 medad de la vista diciendo que no tenía pudor un gobernante o un general que, a pesar de tener que hacerlo todo por medio de los ojos de otros, demandaba que le fueran
7 confiadas la vida y la suerte de los demás; por consiguien-

[49] Ver XXIV 27, 5.

[50] La que, previo sorteo, tenía derecho a votar la primera.

te, si al cónsul le parecía bien, que hiciese votar otra vez a la Voturia de jóvenes y le hiciese recordar, a la hora de elegir cónsules, la guerra que había en Italia y las circunstancias que atravesaba el Estado; apenas si había dejado 8
de zumbar en sus oídos el estrépito tumultuoso que había producido el enemigo al aproximarse a las murallas de Roma hacía pocos meses. Tras estas palabras, la centuria, con un nutrido clamor, manifestó que no cambiaba lo más mínimo su opinión y que volvería a votar a los mismos cónsules. Entonces Torcuato dijo: «Ni yo podré, si soy cónsul, 9
aguantar vuestra manera de comportaros ni vosotros mi autoridad. Volved a votar y pensad que la guerra púnica está en Italia y que el general enemigo es Aníbal». La 10
centuria, entonces, impresionada por la autoridad de aquel hombre y por los murmullos de admiración de los circunstantes, pidió al cónsul que llamara a la Voturia de mayores, que ellos querían cambiar impresiones con los de más 11
edad y votar a los cónsules teniendo en cuenta su autoridad. Llamados los mayores de la Voturia se les concedió un tiempo para hablar aparte con ellos en el Cercado [51]. Los mayores dijeron que había que deliberar acerca de tres 12
candidatos: dos que habían desempeñado ya muchos cargos, Quinto Fabio y Marco Marcelo, y, si de verdad querían que se eligiese cónsul a alguien nuevo para enfrentarse a los cartagineses, Marco Valerio Levino, que había llevado a cabo una brillante campaña por tierra y mar contra el rey Filipo. Una vez expuestas las opiniones acerca de 13
los tres, los mayores se retiraron y los jóvenes emitieron sufragio. Dieron su voto para el consulado a Marco Claudio, en el candelero entonces por el sometimiento de Sici-

[51] Un amplio espacio cerrado, en el Campo de Marte, para las votaciones.

lia, y a Marco Valerio, ausentes ambos. Todas las centu-
14 rias siguieron el ejemplo de la prerrogativa. ¡Como para burlarse ahora de los que admiran el pasado! Si existiera una ciudad de sabios como, más que conocer, imaginan los filósofos, yo, la verdad, no creo que pudieran constituirla ni unos notables más ponderados y menos dominados por la ambición de poder ni una masa con mejor con-
15 ducta. Francamente, que una centuria de jóvenes haya querido consultar a los mayores a quién confiar el mando con su voto, parece algo casi increíble en estos tiempos en que incluso la autoridad de los padres carece de valor y de peso ante los hijos.

23 Se celebraron a continuación las elecciones de pretores. Fueron elegidos Publio Manlio Volsón, Lucio Manlio Aci-
2 dino, Gayo Letorio y Lucio Cincio Alimento [52]. Casualmente ocurrió que una vez finalizados los comicios llegó la noticia de que había fallecido en Sicilia Tito Otacilio, al que según todos los indicios el pueblo estaba dispuesto a elegir en su ausencia como colega de Tito Manlio de no
3 haberse interrumpido el orden de las elecciones. Los Juegos Apolinares se habían celebrado el año anterior, y el senado, a propuesta del pretor Calpurnio, decretó que se celebrasen también aquel año y se prometiesen con voto para
4 todos los años. Aquel mismo año fueron observados y anunciados varios prodigios. La Victoria que estaba sobre el pináculo del templo de la Concordia [53], alcanzada por un rayo y derribada, quedó enganchada en las Victorias
5 que había en las antefijas y no se cayó al suelo. También llegaron noticias de que en Anagnia y Fregelas la mu-

[52] El analista.

[53] En el foro. Dedicado en 304 (cf. IX 46, 6). Había otro en la ciudadela, dedicado en 216 (cf. XXIII 21, 7).

ralla y las puertas habían sido alcanzadas por rayos, que
en el foro de Suberto habían corrido arroyos de sangre
durante un día entero, que en Ereto había llovido piedra
y en Reate había parido una mula. Estos prodigios fueron 6
expiados con víctimas mayores y se fijó un día de plegarias
públicas y un novenario sacro. Varios sacerdotes públicos 7
murieron aquel año y se nombraron sustitutos: Marco Emi-
lio Lépido, para ocupar la plaza de Manio Emilio Númi-
da, decénviro de los sacrificios; para el puesto de Marco
Pomponio Matón, pontífice, Gayo Livio; en lugar de Es-
purio Carvilio Máximo, augur, Marco Servilio. No se hizo 8
nombramiento para ocupar la plaza del pontífice Tito Ota-
cilio Craso porque murió al finalizar el año. Gayo Clau-
dio, flamen de Júpiter, renunció a su cargo porque había
presentado de forma indebida las entrañas de la víctima
de un sacrificio.

Pacto romano con los etolios contra Filipo. Ocupación de Anticira

Por las mismas fechas, Marco Valerio 24
Levino, después de haber sondeado en
conversaciones secretas la actitud de los
jefes etolios, acudió con una flota ligera
a la asamblea de los etolios, cuya cele-
bración había sido señalada previamente
con ese expreso fin. En ella presentó la toma de Siracusa 2
y de Capua como pruebas de los éxitos romanos en Sicilia
y en Italia, y añadió que los romanos tenían una cos- 3
tumbre que les venía ya de sus antepasados: tratar bien
a sus aliados; a unos les habían dado la ciudadanía en igual-
dad de derechos con ellos mismos y a otros los mantenían
en una situación tal que preferían ser aliados mejor que
ciudadanos; siendo los etolios el primer pueblo de ultramar 4
en estrechar lazos de amistad con Roma gozarían por ello
de mayor consideración; Filipo y los macedonios eran 5
vecinos peligrosos para ellos, y él había quebrantado ya

su poder y su orgullo y además los iba a reducir a tal situación que no sólo tendrían que abandonar las ciudades que les habían quitado a los etolios por la fuerza sino que in-
6 cluso Macedonia sería poco segura para ellos; y a los acarnanios, que se habían separado de la federación de los etolios con gran disgusto de éstos, los iba a reducir de nuevo a la antigua situación, sometidos a su ley y su
7 control. Las promesas contenidas en estas palabras del general romano las confirmaron con su autoridad Escopas, que entonces era pretor [54] de aquel pueblo, y Dorímaco, un etolio muy notable, exaltando el poder y la majestad del pueblo romano más fielmente y con menos reservas.
8 Con todo, lo que más les atraía era la esperanza de apoderarse de Acarnania. Se consignaron por escrito, por consiguiente, las condiciones en que pasaban a ser amigos y
9 aliados del pueblo romano, añadiendo que si les parecía bien y querían, tuviesen los mismos vínculos de amistad los eleos y los lacedemonios y Átalo y Pléurato y Escerdiledo, reyes, Átalo de Asia y los otros dos de los tracios
10 y los ilirios; los etolios iniciarían de inmediato una ofensiva por tierra contra Filipo, y los romanos les ayudarían
11 con no menos de veinticinco quinquerremes; el suelo, los edificios, los muros y los campos de las ciudades desde Etolia hasta Corcira serían para los etolios, y para el pueblo romano todo el resto del botín, y los romanos pondrían los medios para que los etolios se hicieran con Acar-
12 nania; en caso de que los etolios firmaran la paz con Filipo, se haría constar por escrito en el tratado que la paz sería firme si desistía de hacer la guerra a los romanos y sus aliados y los pueblos que estaban sometidos a ellos;
13 igualmente, el pueblo romano, en caso de llegar a una

[54] Traducción habitual para *strategós*.

alianza con el rey, pondría los medios para que éste no tuviese derecho a hacerles la guerra a los etolios y sus aliados. Éstos fueron los términos del acuerdo, y el docu- 14
mento fue depositado dos años más tarde en Olimpia por los etolios y en el Capitolio por los romanos, para que hubiera testimonio en los sagrados monumentos. El motivo 15
del retraso fue el largo tiempo que estuvieron retenidos en Roma los embajadores etolios, lo cual no fue obstáculo, sin embargo, para pasar a la acción. Los etolios iniciaron inmediatamente la ofensiva contra Filipo y Levino tomó Zacinto [55] —es una pequeña isla próxima a Etolia; tiene una sola ciudad, del mismo nombre; la tomó al asalto excepto la ciudadela—, las Eníadas y Naso, en Acarnania, y se las entregó a los etolios. Convencido de que 16
Filipo estaba bastante ocupado en la guerra que tenía al lado como para poder pensar en Italia y en los cartagineses y en sus pactos con Aníbal, Levino se retiró a Corcira.

La noticia de la defección de los etolios [56] le llegó a 25
Filipo cuando estaba en Pela [57] en sus cuarteles de invierno. Por ello, como al comienzo de la primavera pensaba mar- 2
char a Grecia con su ejército, con el objeto de que en Macedonia, a su retaguardia, el miedo mantuviera quietos a los ilirios y las ciudades vecinas a ellos, hizo una incursión por sorpresa en territorio de los oricinos [58] y apoloniatas, y a estos últimos, que habían salido fuera de sus muros, los rechazó otra vez hacia dentro, aterrados y presa de pá-

[55] Independiente hasta su toma por Filipo en 217 (Polibio, V 102, 10). Filipo la reconquistó de nuevo, probablemente en 207.

[56] Habían suscrito un acuerdo con Filipo hacía seis años.

[57] Capital de Macedonia.

[58] Orico, situado entre Apolonia y Corcira, había sido aliado de Roma desde 214 (XXIV 40).

3 nico. Después de devastar la zona próxima de Iliria dirigió
su marcha hacia Pelagonia con igual rapidez; a continua-
ción tomó Sintia, ciudad de los dárdanos que podría ser-
4 virles de paso a éstos hacia Macedonia. Después de estas
rápidas acciones, pensando en la guerra de los etolios com-
binada con la de los romanos bajó a Tesalia atravesando
5 Pelagonia, Linco [59] y Botiea, pues estaba convencido de
que podría inducir a estos pueblos a emprender con él la
guerra contra los etolios; dejó a Perseo con cuatro mil hom-
bres en las gargantas de entrada a Tesalia para impedirles
6 el paso a los etolios; él, antes de meterse en operaciones
más importantes, llevó el ejército a Macedonia, y de allí
7 a Tracia, al país de los medos. Tenían éstos por costumbre
hacer incursiones en Macedonia desde que se dieron cuen-
ta de que el rey estaba ocupado en una guerra exterior
8 y el reino estaba desprotegido. Por eso, para quebrantar
las fuerzas de este pueblo, comenzó a devastar sus tierras
y simultáneamente a sitiar Ianforina, capital y fortaleza
9 de la Médica. Escopas, nada más enterarse de que el
rey había partido para Tracia y que estaba allí empeñado
en una guerra, armó a toda la juventud etolia y se dispuso
10 a invadir Acarnania. La población de los acarnanios era
inferior en fuerzas y además había perdido ya las Eníadas
y Naso, y veía que se le venía encima también una guerra
con Roma; para hacerles frente preparó una ofensiva, fruto
11 más de la rabia que de una decisión meditada. Después
de enviar a sus mujeres e hijos y a los mayores de sesenta
años al cercano Epiro, los que tenían entre dieciséis y se-
senta años juraron no volver si no era como vencedores;
12 para que nadie acogiese en su ciudad, en su casa, a su
mesa, en su hogar, al que abandonase vencido el campo

[59] Zona montañosa entre el alto Peneo y el Áoo.

de batalla, formularon una terrible maldición contra sus compatriotas, y contra sus huéspedes el conjuro más solemne de que fueron capaces; al mismo tiempo rogaron 13
a los epirotas que enterrasen en una tumba común a todos los suyos que hubiesen caído en el campo de batalla y que sobre ella pusieran el siguiente epitafio: «Aquí yacen los 14
acarnanios que sucumbieron luchando por su patria contra la injusta violencia de los etolios». Encendido así su coraje, 15
acamparon frente al enemigo casi en su frontera. Enviaron mensajeros a informar a Filipo de lo crítico de su situación obligándolo a dejar la guerra que tenía al alcance de la mano, con Ianforina rendida y otros resultados favorables. Al principio, la noticia del juramento de los acarnanios ha- 16
bía retrasado el ataque de los etolios; después, la de que llegaba Filipo les hizo incluso retroceder al interior de su territorio. Filipo, aunque había avanzado a marchas forza- 17
das para evitar que los acarnanes fueran aplastados, no pasó de Dío [60]; cuando después se enteró de que los etolios se habían retirado de Acarnania, regresó a su vez a Pela.

A comienzos de la primavera, salió Levino de Corcira 26
con su flota, dobló el promontorio de Léucade y llegó a Naupacto, donde anunció que se dirigía a Antícira [61], para que Escopas y los etolios estuviesen allí preparados. Antí- 2
cira está situada en la Lócride, a la izquierda según se entra en el golfo de Corinto. Está a corta distancia de Naupacto tanto por tierra como por mar. Menos de tres días 3
después comenzó el ataque simultáneo por tierra y mar. El acoso por mar era más fuerte porque por ese lado ata-

[60] Al pie del monte Olimpo, por la cara norte. Dominaba dos calzadas de gran importancia estratégica.

[61] Ésta de Locros (a poco más de treinta Kms. del golfo de Corinto) es menos conocida que su homónima de la Fócide, en la costa sur, a unos quince Kms. de Delfos.

caban los romanos y a bordo de las naves había máquinas
y artillería de todo tipo. Así, a los pocos días la ciudad
se rindió y les fue entregada a los etolios; el botín, de acuer-
4 do con lo pactado, fue para los romanos. Levino recibió
una carta notificándole que había sido elegido cónsul en
su ausencia y que llegaba Publio Sulpicio para relevarle.
Pero él regresó a Roma más tarde de lo que todos espera-
ban, pues lo retuvo allí una larga enfermedad.

Marcelo, cónsul, es acusado por los sicilianos. Incendio en Roma. Embajada de Capua

5 Marco Marcelo tomó posesión del con-
sulado el quince de marzo y ese mismo
día reunió al senado simplemente porque
ésa era la costumbre, y manifestó que
mientras estuviera ausente su colega, no
trataría ningún asunto concerniente al Es-
6 tado o a las provincias; dijo que estaba
al corriente de que había muchos sicilianos en las cercanías
de Roma en las villas de sus detractores; que estaba tan
lejos de ser él quien les impidiese difundir abiertamente
en Roma las acusaciones que le achacaban sus enemigos,
7 que él mismo les habría concedido inmediatamente audien-
cia ante el senado si no anduvieran simulando sentir cier-
tos reparos en hablar de un cónsul en ausencia de su cole-
ga; ahora bien, en cuanto llegase su colega, no permitiría
que se tratase ninguna cuestión antes de que los sicilianos
8 se presentasen ante el senado; Marco Cornelio casi había
hecho una leva en toda Sicilia para que viniera a Roma
el mayor número a presentar quejas contra él, y había lle-
nado la ciudad de cartas con el embuste de que en Sicilia
9 continuaba la guerra, para rebajar su gloria. El cónsul
adquirió aquel día reputación de hombre moderado, despi-
dió al senado, y parecía que iba a haber una suspensión
total de los asuntos públicos hasta que el otro cónsul llega-
se a la ciudad.

La inactividad, como de costumbre, suscitó rumores 10
entre la población. Se quejaban de la duración de la guerra
y de la devastación, en las cercanías de Roma, de las tie-
rras por donde había pasado Aníbal con su columna a la
ofensiva, de las movilizaciones que habían extenuado Ita-
lia, de que casi cada año era aniquilado un ejército, de la 11
elección para el consulado de dos hombres belicosos, fogo-
sos y soberbios en demasía que serían capaces de desenca-
denar una guerra incluso en tiempos de paz y calma, y
con mayor razón durante la guerra iban a dejar sin resue-
llo a la ciudadanía.

Un incendio que estalló en varios puntos a la vez 27
alrededor del foro la noche anterior al Quincuatro [62] cor-
tó estos comentarios. Ardieron al mismo tiempo las siete 2
tiendas —cinco más tarde— y las oficinas de cambio que
ahora se llaman Tiendas Nuevas; después fueron alcanza- 3
dos por las llamas los edificios privados [63] —pues por en-
tonces no había basílicas—, las Canteras [64], la Plaza del
Pescado y el Atrio Regio [65]. El templo de Vesta se salvó, 4
a duras penas, gracias sobre todo a los esfuerzos de trece
esclavos, que fueron rescatados a expensas del Estado y
manumitidos. El incendio continuó toda la noche y el día 5
siguiente, y nadie dudaba de que había sido intencionado,
porque las llamas habían aparecido a la vez en numerosos
puntos, alejados entre sí además. Por ello, el cónsul, con 6
la autorización del senado, anunció en asamblea pública

[62] Festividad de Minerva que se celebraba del 19 al 23 de marzo *(Quinquatrus maior)*. Había otra *(Quinquatrus minor)* a mediados de junio.

[63] Las «tiendas» del foro, que se alquilaban sobre todo a cambistas y banqueros, eran de propiedad pública.

[64] Las *lautumiae* eran antiguas cuevas en las que se emplazaron las cárceles.

[65] O Atrio de Vesta. Casa de las vestales.

que quien diese información acerca de los responsables del incendio sería recompensado con dinero si era libre y con
7 la libertad si era esclavo. Atraído por esta recompensa, un esclavo de los Calavios de Capua —su nombre era Mano— declaró que eran sus amos y otros cinco jóvenes de la nobleza campana cuyos padres habían sido decapitados por Quinto Fulvio quienes habían provocado aquel incendio e iban a provocar otros por toda la ciudad si no
8 eran detenidos. Fueron arrestados ellos y sus esclavos. Al principio trataron de restar crédito a la denuncia y al delator diciendo que éste el día anterior había sido azotado con las varas y se había escapado de sus amos, y por resentimiento, sin base alguna, a partir de un hecho fortuito
9 se había inventado un delito. Pero cuando se los sometió a un careo y en medio del foro comenzó el interrogatorio [66] de los cómplices del delito, confesaron todos y fueron castigados tanto los amos como sus esclavos cómplices. El delator fue recompensado con la libertad y con veinte mil ases.

10 A su paso por Capua, los campanos rodearon en masa al cónsul Levino suplicándole entre lágrimas que les permitiese ir a Roma a rogarle al senado que, si al menos entonces podía ablandarlo un poco la compasión, no consumase su perdición permitiendo que Quinto Flaco borrase para
11 siempre la estirpe de los campanos. Flaco aseguraba que él no tenía ninguna animosidad personal contra los campanos; era una enemistad patriótica, y lo seguiría siendo mientras supiera que su actitud hacia el pueblo romano no cam-
12 biaba, pues no había sobre la tierra ninguna nación, ningún pueblo más hostil al nombre romano. Por eso los mantenía encerrados en sus murallas, porque cuando algunos por

[66] Bajo tortura, al tratarse de esclavos.

el medio que fuera lograban escapar vagaban por el campo como animales salvajes destrozando y matando cuanto encontraban a su paso. Unos habían huido al lado de Aníbal, 13
otros habían ido a Roma para incendiarla; el cónsul encontraría en el foro medio devorado por las llamas las huellas del crimen de los campanos. Habían asaltado el templo 14
de Vesta con su llama perenne, prenda del imperio de Roma marcada por el destino, custodiada en su santuario; en su opinión, era de lo más arriesgado darles a los campanos la posibilidad de entrar en las murallas de Roma. Levino les dijo a los campanos que lo siguieran a Roma, 15
después de que se comprometieron bajo juramento ante Flaco a estar de vuelta en Capua cinco días después de haber recibido la respuesta del senado. Flanqueado por 16
esta multitud, así como por los sicilianos que habían salido a su encuentro y lo habían seguido a Roma, daba la imagen de un hombre pesaroso por la destrucción de dos famosísimas ciudades que conducía a Roma como acusadores a los vencidos en la guerra por dos celebérrimos guerreros. Sin embargo, los dos cónsules sometieron primero a 17
debate en el senado la situación del Estado y las provincias.

Informe ante el senado. Medidas militares. Marcelo cede Sicilia a su colega

Allí hizo Levino una exposición sobre 28
cómo estaban las cosas en Macedonia, en Grecia, con los etolios, los acarnanios y los locrenses, y sobre las operaciones que él había llevado allí a cabo por tierra y por mar; Filipo había sido rechazado por 2
él a Macedonia cuando les estaba haciendo la guerra a los etolios, y se había retirado al interior de su reino; y por tanto se podía retirar de allí la legión: bastaba la flota para mantener al rey alejado de Italia. Éste fue el informe del cónsul en relación 3
con él mismo y con la provincia que le había sido enco-

mendada. A continuación los dos cónsules sometieron a
debate el reparto de provincias. El senado decretó que uno
de los cónsules se hiciera cargo de Italia y de la guerra
con Aníbal, y que el otro se responsabilizara de la flota
que había mandado Tito Otacilio y de Sicilia, con la colabo-
4 ración del pretor Lucio Cincio. Les fueron asignados los
dos ejércitos que estaban en Etruria y en la Galia, com-
puestos por cuatro legiones: las dos urbanas del año ante-
rior serían enviadas a Etruria, y a la Galia las dos que
5 había mandado el cónsul Sulpicio. Galia y sus legiones
estarían bajo el mando de quien designase el cónsul al que
6 correspondiese Italia. A Etruria fue enviado Gayo Cal-
purnio, al que después de su pretura le fue prorrogado
el mando por un año; también a Quinto Fulvio le fue asig-
nada Capua como provincia y se le prorrogó el mando por
7 un año; se le dieron instrucciones de reducir el ejército
de ciudadanos y de aliados de manera que de las dos legio-
nes se formase una sola con cinco mil hombres de a pie
8 y trescientos de a caballo, licenciando a los más veteranos,
y que se mantuvieran siete mil aliados de infantería y tres-
cientos de caballería siguiendo el mismo criterio de los años
9 de servicios para licenciar a los antiguos soldados. A Gneo
Fulvio, cónsul del año anterior, se le mantuvo la provin-
cia, Apulia, y el ejército, sin ningún cambio; se le prorro-
gó el mando solamente por un año. Publio Sulpicio, su
colega, recibió instrucciones de licenciar a todo su ejérci-
10 to [67] salvo las tripulaciones de las naves. También se dio
orden de licenciar al ejército de Sicilia mandado por Mar-
11 co Cornelio cuando el cónsul llegara a la provincia. Al
pretor Lucio Cincio se le asignaron los excombatientes de

[67] Pero según se dice en XXVII 7, 15, mantenía aún una legión al año siguiente.

Cannas, dos legiones aproximadamente, para defender Sicilia. Otras tantas legiones le fueron asignadas al pretor 12
Volsón, para Cerdeña: las que había comandado Lucio Cornelio el año anterior en la misma provincia. Los cónsules 13
recibieron órdenes de alistar legiones urbanas sin incluir a ningún soldado de los que habían servido en los ejércitos de Marco Claudio, de Marco Valerio o de Quinto Fulvio, y sin que las legiones romanas sobrepasasen la cifra de veintiuna.

Una vez aprobados estos decretos del senado, los cón- 29
sules sortearon las provincias. A Marcelo le correspondió Sicilia y la flota, a Levino, Italia y la guerra con Aníbal. Los sicilianos, que estaban de pie a la espera del sorteo 2
con los ojos puestos en los cónsules, quedaron tan anonadados con este resultado, como si de nuevo hubiera sido tomada Siracusa, que sus llantos y lamentos atrajeron al instante todas las miradas y después dieron pie a comentarios. Vestidos de duelo visitaban los domicilios de los 3
senadores asegurando que abandonarían sus respectivas ciudades e incluso Sicilia entera si Marcelo volvía allí para un nuevo mandato; si éste se había mostrado implacable 4
con ellos la vez anterior sin que se lo merecieran en absoluto, ¿qué haría ahora, irritado porque sabía que los sicilianos habían acudido a Roma a presentar quejas contra él? Más le hubiera valido a aquella isla quedar sepultada bajo las cenizas del Etna o inundada por el mar, antes que ser entregada, por decirlo así, a su enemigo personal, para ser castigada. Estas lamentaciones de los sicilianos, presen- 5
tadas primero por los domicilios de la nobleza uno tras otro, difundidas después en conversaciones que hacía surgir en parte la compasión hacia los sicilianos y en parte la antipatía hacia Marcelo, llegaron también hasta el senado. Se les pidió a los cónsules que sometieran a deliberación 6

del senado una permuta de provincias. Marcelo decía que
si los sicilianos hubieran sido oídos ya por el senado, su
7 parecer sería distinto probablemente, pero que, para que
nadie pudiera decir que el temor les impedía exponer libre-
mente sus quejas contra quien los iba a tener en breve bajo
su mando, él estaba dispuesto a permutar la provincia si
8 su colega no tenía ningún inconveniente; pero pedía que
previamente se pronunciara el senado, pues si era injusto
dejarle al colega la opción de elegir provincia sin echarlo
a suertes, ¿no era una injusticia mucho mayor, y hasta
un insulto, traspasarle al colega lo que la suerte le había
deparado a él?

9 Así, una vez que el senado expresó su parecer pero
sin formalizar un decreto, se levantó la sesión. La permuta
de provincias se llevó a efecto por acuerdo entre los cónsu-
les, arrastrando el destino a Marcelo en dirección a Aníbal
10 de suerte que sería el último de los generales romanos en
caer precisamente cuando mayores eran los éxitos bélicos,
para gloria de un enemigo sobre el que obtuvo el honor
de una victoria [68] después de tan severas derrotas.

Los sicilianos acusan a Marcelo ante el senado. Réplica de Marcelo y apoyo del senado

30 Verificada la permuta de provincias,
los sicilianos, recibidos en el senado, se
extendieron hablando de la inalterable
lealtad del rey Hierón con el pueblo ro-
mano, haciendo de ella un motivo de re-
2 conocimiento para todos; a Jerónimo,
y después a los tiranos Hipócrates y Epi-
cides, los habían odiado aparte de otros
motivos por haber abandonado a los romanos pasándose
a Aníbal; por esa razón los jóvenes de la aristocracia ha-
bían dado muerte a Jerónimo poco menos que por deci-

[68] La victoria de Nola, relatada en XXIII 16.

sión pública, y se habían conjurado setenta jóvenes de 3
la más alta nobleza para matar a Epicides e Hipócrates; aquéllos, faltos de apoyo debido al retraso de Marcelo, que no había acercado su ejército a Siracusa en el momento convenido, habían sido delatados y los tiranos los habían
matado a todos; incluso esa misma tiranía de Hipócrates 4
y Epicides la había fomentado Marcelo al saquear Leonti-
nos [69] de forma brutal. A partir de entonces los jefes de 5
los siracusanos no habían cesado en ningún momento de dirigirse a Marcelo y asegurarle que le entregarían la ciudad cuando él quisiera; pero él, primero, había preferido
tomarla por la fuerza, y después, como no lo había conse- 6
guido a pesar de intentarlo todo por tierra y por mar, había preferido como garantes de la entrega de Siracusa al herrero Sosis y al hispano Mérico antes que a los siracusanos principales, que tantas veces se le habían ofrecido infructuosamente para ello, evidentemente para tener un pretexto más plausible para expoliar y masacrar a los más
antiguos aliados del pueblo romano. Si no hubiera sido 7
Jerónimo sino el pueblo y el senado de Siracusa los que se hubiesen pasado a Aníbal, si a Marcelo le hubieran cerrado las puertas los siracusanos por decisión oficial y no los tiranos Hipócrates y Epicides que oprimían a los siracusanos, si le hubieran hecho la guerra al pueblo romano con
el encono de los cartagineses, ¿qué habría podido hacer 8
Marcelo peor que lo que había hecho, salvo destruir Sira-
cusa? Realmente, aparte de las murallas y las casas de la 9
ciudad saqueadas, aparte de los templos de los dioses, violados y expoliados llevándose a los propios dioses con sus ornamentos, aparte de esto en Siracusa no quedaba
nada. A muchos además les habían sido arrebatados sus 10

[69] En XXIV 30, se relatan las imputaciones sobre el saqueo.

bienes hasta el extremo de que ni siquiera con el desnudo suelo podían sustentarse ellos y los suyos con lo que les quedaba de su fortuna saqueada. Rogaban a los senadores que hicieran restituir a sus propietarios, si no todo, sí al
11 menos lo que quedaba y podía ser identificado. Después que expusieron estas quejas, Levino les mandó salir del recinto para que los senadores pudieran deliberar acerca de
12 sus demandas, pero Marcelo dijo: «Mejor que se queden para dar mi réplica con ellos delante, puesto que dirigimos la guerra por vosotros, padres conscriptos, en la condición de tener por acusadores a quienes hemos vencido con las armas y de que las dos ciudades conquistadas este año sienten en el banquillo Capua a Fulvio y Siracusa a Marcelo».

31 Introducidos de nuevo en la curia los enviados, el cónsul dijo: «No me he olvidado, padres conscriptos, de la majestad del pueblo romano y de mi autoridad hasta el extremo de pensar en defenderme, yo, un cónsul, frente a las acusaciones de unos griegos [70], si los cargos fueran
2 dirigidos contra mí personalmente; pero lo que está en cuestión no es lo que hice yo, ya que las leyes de la guerra me amparan en todo lo que hice frente a unos enemigos, sino más bien el trato que éstos debían recibir. Si ellos no fueron enemigos nuestros, no importa en absoluto si
3 yo traté mal a Siracusa ahora o en vida de Hierón. Pero si, por el contrario, se rebelaron contra el pueblo romano, si atacaron con armas de hierro a nuestros embajadores [71], si cerraron las murallas y la ciudad y las defendieron contra nosotros con tropas cartaginesas, ¿quién se va a indignar porque se haya tratado como a enemigos a quienes
4 actuaron como tales? Rechacé la oferta de entrega de la

---

[70] Referencia al origen de las ciudades sicilianas como colonias griegas.

[71] Cf. XXIV 33, 2.

ciudad hecha por los jefes siracusanos; preferí confiar en Sosis y el hispano Mérico para una empresa tan importante. Vosotros no sois los más humildes de los siracusanos, o no echaríais a otros en cara su baja condición social; ¿quién de vosotros me prometió en firme que me abriría 5
las puertas, que dejaría entrar en la ciudad a mis soldados armados? Odiáis y maldecís a quienes lo hicieron, y ni siquiera aquí os priváis de pronunciar improperios contra ellos: ¡tan lejos estáis de haber tenido vosotros mismos intención de hacer algo semejante! Precisamente, padres 6
conscriptos, la humilde condición de esos dos, que éstos me echan en cara, es la mejor prueba de que yo no rechacé a nadie que quisiera prestar un servicio a nuestro país. Además, antes de poner sitio a Siracusa intenté la paz, 7
bien enviando embajadores o bien participando personalmente en conversaciones, y en vista de que no tenían recato en maltratar a mis embajadores y que ni a mí mismo se me daba una respuesta cuando me entrevisté delante de las puertas de la ciudad con sus jefes, después de pasar muchos trabajos por tierra y mar acabé por conquistar Siracusa con la fuerza de las armas. De lo que les ocurrió 8
a los vencidos, sería más lógico que se quejaran ante Aníbal y sus derrotados cartagineses, y no ante el senado del pueblo vencedor. Si yo, padres conscriptos, hubiera tenido 9
intención de negar que había entrado a saco en Siracusa, nunca adornaría la ciudad de Roma con sus despojos. Y en cuanto a lo que como vencedor le quité o le di a cada uno, sé perfectamente que actué de acuerdo con las leyes de la guerra, por un lado, y de acuerdo con lo que cada uno merecía, por otro. El que vosotros, padres conscrip- 10
tos, ratifiquéis o no lo hecho, afecta más al Estado que a mí. Mi compromiso está realmente cumplido; concierne al Estado el que no hagáis para el futuro más remisos a

11 otros generales si desautorizáis mi actuación. Y puesto que habéis escuchado directamente mis palabras y las de los siracusanos, padres conscriptos, saldremos a la vez de la curia para que el senado pueda deliberar con mayor libertad no estando yo presente». Así, se retiraron los sicilianos y él se dirigió al Capitolio para ocuparse de la recluta.

32 El otro cónsul abrió el debate acerca de las demandas de los sicilianos. Durante el mismo se expusieron diferentes puntos de vista durante largo tiempo. Una gran parte
2 del senado, encabezada por Tito Manlio Torcuato, opinaba que se debía haber dirigido la guerra contra los tiranos, enemigos a un tiempo de Siracusa y del pueblo romano, y no haber tomado la ciudad por la fuerza sino haberla recuperado para darle estabilidad, una vez recuperada, sobre sus antiguas leyes y libertad, en lugar de quebrantarla con una guerra cuando estaba ya exhausta por su desdi-
3 chada esclavitud. En los enfrentamientos entre los tiranos y el general romano, situada en medio como premio del vencedor, había sucumbido una ciudad muy hermosa y muy noble, granero y tesoro del pueblo romano en otro tiempo, cuyas magníficas aportaciones habían ayudado y equipado al Estado en numerosas ocasiones, y, sin ir más lejos, en
4 aquella misma guerra púnica [72]. Si el rey Hierón, el amigo más fiel del imperio romano, levantara la cabeza, ¿con qué cara se le podría enseñar Siracusa o Roma si, después de ver a su patria medio derruida y expoliada, cuando entrase en Roma iba a ver en el vestíbulo de la ciudad, casi a
5 la puerta, los despojos de su patria [73]? A pesar de que se decía esto y cosas parecidas por hostilidad hacia Marce-

[72] Véase, por ejemplo, XXII 37, 1, y XXIII 21, 5 y 38, 13.

[73] Referencia a la ornamentación de los templos construidos por Marcelo fuera de la puerta Capena.

lo y compasión hacia los sicilianos, con todo, los senadores
adoptaron un acuerdo más moderado: lo que Marco Mar- 6
celo había hecho en el curso de la guerra y después de
la victoria, había que ratificarlo; en adelante se haría car-
go el senado de los asuntos de Siracusa y encargaría al
cónsul Levino que se ocupase de la suerte de aquella ciu-
dad cuanto pudiese sin daño para el Estado. Se envió a 7
dos senadores al Capitolio para que volviera el cónsul a
la curia, se hizo entrar a los sicilianos y se leyó el decreto
del senado. Los sicilianos, saludados y despedidos cortés- 8
mente, se echaron a los pies del cónsul Marcelo suplicán-
dole que disculpara las cosas que habían dicho para deplo-
rar y aliviar su desgracia, y que los acogiera a ellos y a
la ciudad de Siracusa bajo su protección y patronazgo. El
cónsul prometió hacerlo, les habló en tono amistoso y los
despidió.

El senado recibe a los campanos y acuerda deportar a la mayoría

A continuación se les concedió audien- 33
cia en el senado a los campanos; su dis-
curso fue más conmovedor, su caso era
más difícil. Efectivamente, ni podían 2
negar que habían merecido castigo, ni ha-
bía tiranos a los que echar las culpas;
pero creían que con tantos senadores muertos por el vene-
no y tantos decapitados habían pagado suficiente castigo;
quedaban vivos unos pocos nobles a los que no había lle- 3
vado al suicidio su propia conciencia o condenado a muer-
te la ira del vencedor; éstos, como ciudadanos [74] romanos
unidos a Roma en gran parte por parentesco y por víncu-
los ya muy estrechos por matrimonios de antiguo, pedían
la libertad para sí y para sus hijos y una parte de sus bienes.

[74] Ciudadanía concedida a los caballeros en 340 (VIII 11, 16), y a
todos, *sine suffragio*, en 338 (VIII 14, 10).

4 Cuando se retiraron de la curia, durante unos momentos se dudó sobre si se debía hacer venir de Capua a Quinto Fulvio —pues el cónsul Claudio había muerto después [75] de la toma de la ciudad— para que estuviese presente en el debate el general que había dirigido las operaciones igual que se había discutido entre Marcelo y los sicilianos.
5 Después, al ver en el senado a Marco Atilio y Gayo Fulvio el hermano de Flaco, legados de éste ambos, y a Quinto Minucio y Lucio Veturio Filón, legados a su vez de Claudio, que habían participado en el desarrollo de todas las operaciones, ya que, por otra parte, no se quería ni hacer venir de Capua a Fulvio ni posponer la cuestión
6 de los campanos, se le pidió su opinión a Marco Atilio Régulo, la persona de más rango entre los que habían esta-
7 do en Capua, y dijo: «Testifico que asistí al consejo con los cónsules después de la toma de Capua cuando se planteó la cuestión de si había algún campano que hubiese pres-
8 tado algún buen servicio a nuestro país. Resultó que había dos mujeres, Vestia Opia, una atelana residente en Capua, y Pácula Cluvia, que en otro tiempo había comerciado con su cuerpo. La primera había ofrecido diariamente sacrificios por la salvación y la victoria del pueblo romano, y la segunda había suministrado clandestinamente alimentos
9 a nuestros prisioneros; la actitud de todos los demás campanos con respecto a nosotros había sido como la de los cartagineses, y Quinto Fulvio hizo decapitar no a los más
10 culpables sino a los más influyentes. No veo cómo, sin un mandato del pueblo, puede el senado tratar la cuestión de los campanos, que son ciudadanos romanos; también en tiempo de nuestros antepasados, cuando la rebelión de los satricanos, se hizo así: el tribuno de la plebe Marco Antis-

[75] Ver 16, 1.

tio propuso previamente a la plebe, y ésta lo aprobó, que el senado quedase facultado para pronunciarse acerca de los satricanos. Mi opinión es, por consiguiente, que hay 11
que llegar a un acuerdo con los tribunos de la plebe para que uno de ellos, o varios, presenten una propuesta a la plebe en virtud de la cual tengamos la facultad de decidir acerca de los campanos». El tribuno de la plebe Lucio Ati- 12
lio, por iniciativa del senado, presentó la propuesta al pueblo en estos términos: «Con todos los campanos, atelanos, calatinos y sabatinos que se entregaron al procónsul Quinto Fulvio sometiéndose a la voluntad y al poder del pueblo romano, y con todos los que se entregaron juntamente con 13
ellos, y con todas las cosas que entregaron junto con sus personas: territorio, ciudad, cosas divinas y humanas, utensilios o cualquier otra cosa que entregaron, con todo esto yo os pregunto, Quirites, qué queréis que se haga». La 14
plebe expresó así su voluntad: «Lo que el senado por mayoría de los presentes acuerde bajo juramento, eso queremos y ordenamos».

En virtud de este plebiscito, un decreto del senado 34
les restituyó, como primera medida, los bienes y la libertad a Opia y a Cluvia: si querían reclamar del senado alguna otra compensación, que viniesen ellas a Roma. En cuanto 2
a los campanos, se adoptaron para cada familia resoluciones que no vale la pena enumerar en su totalidad. A unos 3
les serían confiscados los bienes, y ellos y sus hijos y esposas serían vendidos a excepción de las hijas que se hubiesen casado fuera antes de caer en poder del pueblo romano; otros serían encarcelados y más tarde se vería qué se 4
hacía con ellos; respecto a otros campanos, se hizo una división según el nivel de renta para confiscar o no sus bienes. Se acordó que les fuera devuelto a sus dueños el 5
ganado aprehendido excepto los caballos, y también los

esclavos, excepto los adultos de sexo masculino, y los bienes
6 muebles. Todos los campanos, atelanos, calatinos y sabatinos, a no ser los que estaban con el enemigo ellos o sus
7 padres, se dispuso que fuesen libres con la condición de que ninguno de ellos fuese ciudadano romano o de la confederación latina y que ninguno de los que habían estado en Capua mientras las puertas estaban cerradas se quedase en la ciudad o en territorio campano después de una fecha
8 determinada; se les asignaría un lugar donde residir, al otro lado del Tíber pero no colindante con el río; respecto a los que no habían estado ni en Capua ni en ninguna ciudad campana que se hubiese levantado en armas contra el pueblo romano, se acordó que fuesen confinados a este
9 lado del río Liris, el que da a Roma, y que los que se habían pasado a los romanos antes de la llegada de Aníbal a Capua fuesen confinados al lado de acá del Volturno sin que ninguno de ellos fuese propietario de tierras o edificios
10 a menos de quince millas del mar; los que fueran deportados más allá del Tíber, únicamente harían adquisiciones o tendrían posesiones en territorio de Veyos, Sutrio o Nepe, y esto sin sobrepasar el tope de las cincuenta yugadas
11 de tierra. Se acordó que fueran vendidos en Capua los bienes de todos los senadores y de quienes habían desempeñado magistraturas en Capua, Atela o Calacia, y que fueran enviados a Roma y en Roma vendidos los hombres
12 libres que habían sido destinados a la venta. Los cuadros y las estatuas de bronce que se decían tomados al enemigo fueron remitidos al colegio de los pontífices para determi-
13 nar cuáles eran sagrados y cuáles profanos. Debido a estos decretos, los campanos se fueron bastante más abatidos que cuando habían venido a Roma, y ya no protestaban de la falta de humanidad de Quinto Fulvio para con ellos, sino de la injusticia de los dioses y de su detestable suerte.

Recluta a expensas de particulares. Aportaciones de oro. Situación de la guerra

Después de despedir a los sicilianos y 35
los campanos, se hizo el reclutamiento. Una vez alistadas las tropas se comenzó a tratar del complemento de remeros. Como para ese propósito no había ni 2
hombres bastantes ni en aquellas circunstancias dinero alguno en el tesoro público con el que agenciarlos y pagarles la soldada, los cónsules 3
publicaron un decreto disponiendo que los particulares, a tenor de su renta y de su clase, como se había hecho ya en otra ocasión [76], proporcionasen remeros con paga y víveres para treinta días. Ante este edicto fue tal la agita- 4
ción, tal la indignación de la población, que más que condiciones para una sedición lo que faltó fue quien la capitaneara. Después de los sicilianos y los campanos, se pensaba, los cónsules la habían emprendido con el pueblo romano para arruinarlo y destrozarlo. Esquilmado por 5
tantos años de impuestos, no le quedaba más que la tierra desnuda y devastada. Las casas las había quemado el enemigo, los esclavos que cultivaban la tierra se los había llevado el Estado, bien comprándolos a bajo precio para el ejército o bien reclamándolos como remeros. Si a alguien 6
le quedaba algo de plata o de bronce, se les había ido en pagas a los remeros o en los impuestos anuales. A dar lo que no tenían no había fuerza ni autoridad que pudiera obligarlos. Que vendieran sus bienes, que se ensañaran en sus personas, lo único que les quedaba. Ni siquiera para rescatarse a sí mismos les quedaba nada. Protestas de este 7
tipo se proferían, no en secreto, sino abiertamente en el foro, a la vista de los propios cónsules, por parte de una gran multitud que los rodeaba; los cónsules no eran capaces

[76] En 214. Cf. XXIV 11, 7-9.

de calmarla ni con recriminaciones ni con buenas palabras.
8 Finalmente, anunciaron que les daban tres días de plazo
para reflexionar, y ellos a su vez los dedicaron a examinar
9 la situación y buscarle una salida. Reunieron al senado al
día siguiente con el suplemento de remeros como tema.
En la sesión, después de extenderse en consideraciones acer-
ca de lo justificado de la negativa del pueblo, la conclusión
a que apuntaron las intervenciones fue que era preciso im-
poner aquella carga a los particulares, fuese o no justa;
10 en efecto, ¿con qué se iban a procurar tripulaciones, si
en el tesoro público no había dinero? Ahora bien, sin flota
¿cómo se podía conservar Sicilia, o tener a Filipo alejado
de Italia, o mantener la seguridad de las costas de Italia?
36 En esta difícil situación el debate no avanzaba y las
mentes estaban como embotadas; entonces el cónsul Levino
2 dijo que así como los magistrados eran superiores en auto-
ridad al senado y el senado al pueblo, así también debían
ser los primeros a la hora de asumir las cargas pesadas
3 y desagradables. «Si pretendes imponer algo a un inferior,
los tendrás a todos más dispuestos a obedecer si primero
tú te impones esa obligación a ti mismo y a los tuyos.
Un impuesto no resulta gravoso cuando los demás ven que
todos los principales cargan con una parte del mismo ma-
4 yor de la que corresponde por individuo. Por consiguiente,
si queremos que el pueblo romano tenga flotas y las equi-
pe, y que los particulares aporten remeros sin protestar,
impongámonos primero nosotros esa misma obligación.
5 Llevemos mañana los senadores al tesoro público todo nues-
tro oro, plata y bronce acuñado, dejando cada uno un ani-
llo para él, su mujer y sus hijos, y la *bulla* [77] para su peque-
ño; y los que tengan mujer e hijas, una libra de oro por cada

[77] Que llevaban colgada del cuello los niños romanos nacidos libres.

una. Los que desempeñaron una magistratura curul, que 6
conserven una libra de plata y los arneses del caballo, para
que puedan tener un salero y un platillo para el culto de
los dioses. Los demás senadores, solamente una libra de 7
plata. En cuanto al bronce acuñado, dejémosle cinco mil
ases a cada cabeza de familia. Pero todo el oro restante, 8
la plata y el bronce acuñado llevémoslo inmediatamente
a los triúnviros de finanzas antes de aprobar ningún sena-
doconsulto, a fin de que esta contribución voluntaria y es-
ta porfía por prestar un servicio al Estado suscite la emula-
ción del orden ecuestre en primer lugar y del resto de la
población después. Éste es el único camino que hemos 9
encontrado los cónsules después de largas conversaciones
entre nosotros; seguidlo, y que los dioses nos ayuden. Un
Estado sólido preserva también fácilmente las propiedades
privadas; abandonando lo que es de todos, en vano tratas
de conservar lo que es tuyo».

Esta propuesta encontró una aceptación tan entusiásti- 10
ca que incluso se les dieron las gracias a los cónsules.
Se levantó la sesión, y cada uno de ellos lleva al tesoro 11
público su oro, plata y bronce acuñado en una porfía tal
que todos quieren que su nombre figure el primero, o en-
tre los primeros, en el registro público, de forma que no
dan abasto los triúnviros a recoger y los escribas a anotar.
A la respuesta unánime del senado siguió la del orden ecues- 12
tre, y a ésta, la de la plebe. Así, sin edictos, sin coerción
por parte de los magistrados, al Estado no le faltaron ni
remeros de complemento ni dinero [78] para pagarles, y cuan-
do todo estuvo dispuesto para la guerra los cónsules par-
tieron hacia sus provincias.

[78] Estas contribuciones voluntarias fueron reembolsadas en los últimos años de la guerra. Cf. XXIX 16, 1-3.

37 En ningún otro período de la guerra estuvieron los
cartagineses y los romanos más inciertos entre el miedo
y la esperanza, envueltos por igual en alternativas opuestas.
2 Para los romanos, en efecto, en las provincias, las derrotas
de Hispania de una parte y los éxitos de Sicilia de otra
3 habían equilibrado duelos y alegrías, mientras que en
Italia la pérdida de Tarento supuso daños y dolor, pero
el hecho de conservar, contra toda esperanza, la ciudadela
4 y su guarnición fue motivo de júbilo; y la alarma ines-
perada y el pánico del asedio y el ataque de Roma se trocó
5 en alegría con la toma de Capua a los pocos días. Tam-
bién en ultramar se contrapesaban las operaciones en una
especie de alternancia: Filipo se había vuelto enemigo en
un momento poco oportuno, pero se habían incorporado
como nuevos aliados los etolios y el rey asiático Átalo,
como si la fortuna anticipase ya el dominio de Oriente pa-
6 ra los romanos. A su vez los cartagineses veían compen-
sada la pérdida de Capua con la toma de Tarento, y si por
un lado anotaban en su haber la gloria de haber llegado
hasta las murallas de Roma sin que nadie se lo impidiera,
por otro estaban pesarosos por haber fracasado en su in-
7 tento y sentían la humillación de haber sido tomados tan
poco en serio que se había hecho salir hacia Hispania un
ejército romano por otra puerta cuando ellos estaban acam-
8 pados al pie de las murallas romanas. Incluso en la pro-
pia Hispania, cuando con la destrucción de dos ejércitos
y la muerte de dos generales tan importantes habían sido
mayores sus esperanzas de liquidar la guerra y expulsar
de allí a los romanos, más indignación sentían por el he-
cho de que Lucio Marcio, un jefe de circunstancias, hubie-
9 ra reducido a nada y frustrado su victoria. Así, al equi-
librarse la suerte, todo estaba en el aire para ambos ban-

dos, intactas las esperanzas, intacto el temor, como si las primeras acciones bélicas se iniciasen entonces.

Salapia

Lo que más inquietaba a Aníbal era 38
el hecho de que Capua, atacada por los romanos con más tenacidad de la que él ponía en defenderla, le había enajenado la voluntad de muchos pueblos de Italia,
a los que no podía tener sujetos con guarniciones a menos 2
que quisiera fragmentar su ejército en muchos cuerpos pequeños, cosa que entonces no era en absoluto conveniente, ni podía tampoco retirar las guarniciones y dejar la lealtad de los aliados abierta a la esperanza o condicionada por
el miedo. Su temperamento propenso a la codicia y la cruel- 3
dad lo indujo a saquear lo que no podía defender, para
dejárselo arrasado al enemigo. Fue ésta una estrategia 4
indigna tanto en su concepción como en sus resultados. Se enajenaba, en efecto, los ánimos no sólo de los que sufrían inmerecidamente sino también del resto, pues el
precedente tenía repercusiones en muchos. Tampoco el 5
cónsul romano dejaba de tantear las ciudades por si por alguna parte despuntaba alguna esperanza.

En Salapia [79] los ciudadanos principales eran Dasio y 6
Blatio. Dasio era amigo de Aníbal; Blatio favorecía la causa de Roma cuanto podía sin comprometerse, y por medio de mensajes secretos le había hecho concebir a Marcelo esperanzas de una rendición; pero sin la colaboración de
Dasio no era posible llevar a efecto tal cosa. Después de 7
dudarlo mucho y durante largo tiempo, e incluso entonces más por falta de un plan mejor que por esperar que diera resultado, llamó a Dasio; pero éste, contrario al proyecto

[79] Entre Arpos y Cannas. Llegó a ser puerto del Adriático mediante la apertura de un canal.

por un lado y enemigo personal de su rival en el poder
8 por otro, le desveló a Aníbal el plan. Mandados llamar
los dos, cuando Aníbal estaba delante del tribunal despa-
chando algunos asuntos con intención de entrar en el de
Blatio en breve, cuando después de retirarse la gente que-
daban esperando el acusador y el acusado, Blatio propuso
9 a Dasio entregar la ciudad. Pero éste, como si fuera algo
evidente, dice en voz alta que ante los ojos de Aníbal se
le está proponiendo una traición. A Aníbal y al resto de
los presentes les pareció esto demasiado audaz para ser ve-
10 rosímil: sin duda, no era más que rivalidad y animosidad,
y se hacía una acusación que podía ser inventada sin ma-
yor inconveniente porque no podía tener testigos. Así pues,
11 se les mandó marchar. Pero Blatio no cejó en su audaz
empeño hasta que a fuerza de insistir y hacer ver lo venta-
joso que ello sería para ellos y para la ciudad consiguió
que Salapia y la guarnición cartaginesa, formada por qui-
12 nientos númidas, fuese entregada a Marcelo. No se pudo
llevar a cabo la rendición sin un gran derramamiento de
sangre. Aquellos jinetes eran con mucho los más aguerri-
dos de todo el ejército cartaginés. Por eso, a pesar de que
fue una acción por sorpresa y los caballos dentro de la
ciudad no podían evolucionar, sin embargo en pleno tu-
13 multo cogieron las armas e intentaron una salida, y como
no pudieron escapar, cayeron combatiendo hasta el últi-
mo, y no fueron más de cincuenta los que cayeron vivos en
14 poder del enemigo. La pérdida de este escuadrón de jinetes
fue para Aníbal bastante más sensible que la de Salapia [80];
a partir de entonces, el cartaginés ya nunca fue superior
con la caballería, en la que había radicado su mayor fuer-
za con gran diferencia.

[80] La había tenido seis años en su poder.

Tarento

Por las mismas fechas en la ciudadela 39 de Tarento la falta de víveres era casi insoportable; todas las esperanzas de la guarnición romana que se encontraba allí y del prefecto de la guarnición y de la ciudadela, Marco Livio, estaban puestas en los suministros enviados desde Sicilia; para que éstos se desplazaran sin 2 riesgo a través de las costas de Italia estaba estacionada en Regio una flota de cerca de veinte naves. Al mando de la flota y del convoy estaba Decio Quincio, un hombre 3 de nacimiento oscuro pero de historial militar brillante por muchas acciones intrépidas. En un principio, Marcelo le 4 había dejado cinco naves, las mayores de ellas dos trirremes; después, debido a la intrepidez de sus frecuentes acciones, le fueron asignadas además tres quinquerremes; por último, a fuerza de exigir de los aliados Regio [81], Velia 5 y Pesto las naves a que el pacto los obligaba, él mismo reunió una flota de veinte naves, como ya se ha dicho. A esta flota, que había salido de Regio, la salió al paso 6 Demócrates con igual número de naves tarentinas a unas quince millas de Tarento, cerca de Sapriporte. El romano, 7 que no preveía el encuentro que se iba a producir, navegaba a vela; pero cerca de Crotona y Síbaris [82] se había provisto de un suplemento de remeros y contaba con una flota muy bien equipada y armada en proporción al tamaño de las naves. Se dio la coincidencia, por otra parte, de que 8 amainó por completo el viento en el momento mismo en

[81] Regio había estado bajo protección romana desde el año 280. La tomaron los campanos, pero Roma los desalojó en el 270. Un tratado la obligaba a suministrar tropas, pero por lo demás era independiente. Pesto, con población griega en su mayor parte, fue colonia romana desde 273.

[82] Nombre antiguo de Turios (cf. XXV 15, 9).

que fueron avistados los enemigos, de modo que hubo tiempo suficiente para recoger el velamen y preparar remeros
9 y soldados para el combate inminente. Rara vez en otras ocasiones fueron al choque con tanto ímpetu flotas regulares, y es que en su combate ponían en juego algo mucho
10 más importante que ellas mismas: los tarentinos, que les habían quitado otra vez la ciudad a los romanos después de casi cien años [83], combatían para liberar también la ciudadela y además con la esperanza de cortarle los suministros al enemigo si le arrebataban el dominio del mar en
11 una batalla naval; los romanos combatían para demostrar, conservando la posesión de la ciudadela, que la pérdida de Tarento se debía no a la fuerza y el valor, sino a la traición y el engaño.

12 Así, pues, dada la señal, por ambas partes se lanzaron con los espolones al ataque; no hacían retroceder ninguna nave ni dejaban que el enemigo se distanciase cuando alguien le había enganchado una nave lanzando un gancho de hierro, y combatían a tan corta distancia que se desarrollaba la acción no sólo con armas arrojadizas sino con
13 la espada casi cuerpo a cuerpo. Las proas estaban pegadas una a otra, las popas viraban impulsadas por los remos enemigos; estaban tan apiñadas las naves que apenas caía en el mar sin dar en el blanco ningún proyectil; se atacaban frontalmente como si fueran formaciones de infantería, y los combatientes podían pasar de una nave a otra.
14 Sin embargo, destacó entre las demás la lucha de las dos naves que iban a la cabeza de sus escuadras, que chocaron

[83] Tarento fue aliada de Roma desde su rendición en 272, hacía 62 años. Aunque su paso al bando de Aníbal fue responsabilidad de una minoría (XXV 8 ss.), su independencia quedó aminorada tras ser reconquistada por Roma.

entre sí. En la nave romana estaba el propio Quincio, en 15
la tarentina Nicón, Percón de sobrenombre, que odiaba
a los romanos y era odiado por ellos a nivel no sólo públi-
co sino personal porque pertenecía a la facción que había
entregado Tarento a Aníbal. Mientras Quincio peleaba y 16
a la vez alentaba a los suyos sin cubrirse, Nicón lo atrave-
só con la lanza; cuando cayó con las armas en la mano
desplomándose en la parte delantera de la proa, el taren- 17
tino vencedor saltó prontamente a su nave, desconcertada
por la pérdida del comandante, y rechazó al enemigo; la
proa era ya de los tarentinos, la popa la maldefendían los
romanos apelotonados; de pronto apareció por popa otra
trirreme enemiga; cogida así en medio, la nave romana fue 18
capturada. Cundió entonces el pánico en las demás, al ver
apresada la nave pretoria, y huyendo en desbandada, unas
se fueron a pique en alta mar y otras, impulsadas a remo
hacia tierra, fueron presa en breve de los turinos y los me-
tapontinos. De las naves de transporte que iban detrás con 19
los suministros, unas pocas cayeron en poder del enemigo
y las otras, reorientando continuamente las velas a favor
de los vientos cambiantes, se dirigieron a alta mar.

Por aquellos mismos días se desarrolló en Tarento la 20
acción con suerte bien diferente. Unos cuatro mil hombres
que habían salido a aprovisionarse de trigo vagaban dis-
persos por los campos, y entonces, Livio, que mandaba la 21
ciudadela y la guarnición romana, atento a cualquier opor-
tunidad para entrar en acción, envió desde la ciudadela
dos mil quinientos hombres armados a las órdenes de Ga-
yo Persio, un hombre de acción. Cayó éste sobre los que 22
vagaban desperdigados por los campos, haciendo estragos
en ellos a mansalva durante largo tiempo, y a los pocos
que se libraron los rechazó al interior de la ciudad, a cuyas
puertas a medio abrir se lanzaron en su atropellada huida,

faltando poco para que la ciudad fuera tomada en aquel
23 mismo ataque. Quedó así equilibrada la situación en Tarento, venciendo los romanos en tierra y los cartagineses por mar. Unos y otros vieron igualmente frustradas las esperanzas de víveres, que habían tenido al alcance de sus ojos.

Sicilia

40 Por las mismas fechas, cuando ya había transcurrido gran parte del año, llegó a Sicilia el cónsul Levino, esperado por los antiguos y los nuevos aliados; ante todo y sobre todo pensó en arreglar la situación de Siracusa, en desorden aún, pues la paz era re-
2 ciente; a continuación marchó con sus tropas a Agrigento, donde la guerra aún continuaba, y que estaba ocupada por los cartagineses con una fuerte guarnición. La fortuna, ade-
3 más, favoreció su propósito. El general de los cartagineses era Hannón, pero todas las esperanzas estaban deposi-
4 tadas en Mútines [84] y sus númidas. Éste andaba por toda Sicilia arrancándoles botín a los aliados de los romanos y no había forma de impedirle el regreso a Agrigento ni por la fuerza ni por la astucia, ni de impedirle salir cuando
5 quería. Como debido a esto su fama hacía sombra ya incluso al renombre de su general, acabó por redundar en envidia, de suerte que ni siquiera sus triunfos, por venir
6 de él, resultaban demasiado gratos a Hannón. Éste, al fin, le confió el mando de Mútines a su propio hijo, en el convencimiento de que quitándole el mando acabaría también
7 con el ascendiente que tenía entre los númidas. Pero el resultado fue muy otro, pues incrementó la popularidad de aquél con su antipatía; además, Mútines no toleró la humillación de aquella injusticia y al instante envió clan-

[84] Enviado por Aníbal: XXV 40.

destinamente mensajeros a Levino para entregarle Agrigen-
to. Después que éstos dieron garantías y se acordó la forma 8
de llevar a cabo la operación, los númidas ocuparon la
puerta que daba al mar después de poner en fuga o dar
muerte a sus guardianes, e hicieron entrar en la ciudad
a los romanos enviados precisamente con ese propósito.
Cuando la columna avanzaba ya por el centro de la ciudad 9
y por el foro con gran tumulto, Hannón, pensando que
no era más que un motín, una sublevación de los númidas
como ya había ocurrido en otra ocasión, se puso en mar-
cha para reprimir la revuelta. Pero cuando divisó desde 10
lejos una multitud más numerosa que la de los númidas
y llegó a sus oídos el sonido de voces romanas que tan
bien conocía, emprendió la huida antes de llegar a la dis-
tancia de un tiro de dardo. Salió por la puerta del otro 11
lado acompañado de Epicides y con unos pocos más llegó
hasta el mar; encontraron muy a punto una pequeña em-
barcación y dejando al enemigo en Sicilia, por la que ha-
bían combatido tantos años, cruzaron a África. La mul- 12
titud restante de cartagineses y sicilianos, sin intentar
siquiera oponer resistencia, se lanzaron a una huida ciega,
y como las salidas estaban bloqueadas fueron muertos jun-
to a las puertas.

Una vez en su poder la ciudad, Levino hizo azotar y 13
decapitar a los que mandaban en Agrigento; a los demás
los vendió junto con el botín; el dinero lo mandó todo
a Roma. Al difundirse por Sicilia la noticia del desastre 14
de los agrigentinos, todos se pusieron de pronto a favor
de los romanos. En poco tiempo se rindieron veinte pla-
zas, seis fueron tomadas por la fuerza y cerca de cuarenta
se pusieron voluntariamente bajo la protección de Roma.
El cónsul recompensó y castigó a los principales de estas 15
ciudades según los merecimientos de cada cual, y obligó

a los sicilianos a deponer por fin las armas y dedicarse
16 al cultivo de la tierra para que la isla produjese alimentos para sus habitantes y además aliviase la falta de víveres de Roma y de Italia igual que había hecho en multitud de ocasiones. De Agatirna [85] se llevó consigo a Italia a
17 una muchedumbre abigarrada. Eran cuatro mil hombres, una mezcolanza de las más diversas procedencias: desterrados, deudores insolventes, en su mayoría autores de homicidios cometidos cuando vivían en sus propias ciudades y bajo sus leyes, los cuales después que el azar los había reunido por motivos diversos en Agatirna malvivían del
18 robo y del pillaje. Levino consideró poco seguro dejar en la isla, que entonces comenzaba a consolidarse sobre la paz reciente, a aquella gente germen de disturbios, que, por otra parte, podía ser de utilidad para los reginos, necesitados de gente habituada al pillaje con miras a devastar el Brucio. Y por lo que a Sicilia se refiere, la guerra quedó resuelta aquel año.

En Hispania, Escipión inicia la marcha sobre Cartagena

41 En Hispania [86], a principios de la primavera, Publio Escipión botó al mar sus naves y mediante un edicto citó en Tarragona a las fuerzas aliadas auxiliares, y ordenó a la flota y las naves de transporte dirigirse de allí a la desembocadura del río Ebro.
2 Después de dar orden de que acudieran también allí las legiones desde los cuarteles de invierno, él salió de Tarragona con cinco mil aliados para unirse al ejército. Cuando llegó, consideró que debía hablar especialmente a los veteranos supervivientes a tantas derrotas; convocada la asam-
3 blea, habló así: «Ningún general nuevo anterior a mí pudo dar las gracias justa y merecidamente a sus hombres antes

[85] Puerto situado en la costa nororiental de Sicilia, al oeste de *Tyndaris.*
[86] Se retoma la narración interrumpida en 20, 6.

de haber contado con sus servicios; la fortuna ha hecho 4
que yo, antes de tomar contacto con la provincia o el cam-
pamento, os estuviera agradecido, en primer lugar, por la
devoción que profesasteis a mi padre y a mi tío antes y
después de su muerte y, en segundo lugar, porque con 5
vuestro valor conservasteis intacta para el pueblo romano
y para mí, su sucesor, la posesión de esta provincia, perdi-
da con tan graves reveses. Pero ahora que por la bondad 6
de los dioses nos preparamos y ponemos manos a la obra
no para quedarnos nosotros en Hispania sino para que no
se queden los cartagineses, no para impedir el paso al ene-
migo manteniéndonos quietos ante la orilla del Ebro sino
para pasar nosotros al otro lado y llevar allí la guerra,
temo que a alguno de vosotros pueda parecerle este pro- 7
yecto más ambicioso y audaz de lo que corresponde al
recuerdo de las derrotas sufridas recientemente y a mi
edad. Las derrotas de Hispania nadie puede olvidarlas 8
menos que yo, pues mataron a mi padre y a mi tío en un
espacio de treinta días para que en nuestra familia se suce-
diera un motivo de luto tras otro; pero así como el ser 9
casi huérfano y estar casi solo en mi familia me rompe
el corazón, así también la fortuna y el valor de mi país
me llevan a no desesperar del resultado final. Por alguna
forma de la fatalidad, nuestro destino es que en todas las
guerras importantes salgamos victoriosos de las derrotas.

Prescindo de las antiguas, de Porsena, de los galos, 10
de los samnitas; comenzaré desde las guerras púnicas.
¿Cuántas flotas, cuántos generales, cuántos ejércitos no se
perdieron en la primera? ¿Qué decir de ésta de ahora? 11
Estuve presente en todas las derrotas, y aquellas en las que
no estuve presente las sentí más que nadie. Trebia, Trasi-
meno, Cannas, ¿qué son sino recordatorios de la pérdida
de ejércitos y cónsules romanos? Añádase la defección de 12

Italia, de la mayor parte de Sicilia, de Cerdeña; añádase el pánico de la amenaza definitiva, el campamento cartaginés plantado entre el Anio y las murallas romanas, y la visión de Aníbal victorioso casi a las puertas. Cuando todo se venía así abajo, se mantuvo íntegro e inmutable el valor del pueblo romano; levantó todas estas ruinas y las man-
13 tuvo en pie. Vosotros, soldados, bajo el mando y los auspicios de mi padre, fuisteis los primeros haciendo frente a Asdrúbal cuando, después de la derrota de Cannas, se dirigía hacia los Alpes e Italia, y si se hubiese reunido con su hermano ya no existiría el nombre de Roma; y este
14 éxito compensó aquel revés. Ahora, por la benevolencia de los dioses, las cosas se desarrollan en Italia y en Sicilia de forma favorable y próspera todas, mejor y más afortu-
15 nadas de día en día. En Sicilia hemos tomado Siracusa y Agrigento, los enemigos han sido arrojados de toda la isla, y la provincia, reconquistada, está bajo el dominio del pueblo romano. En Italia hemos recuperado Arpos, y
16 Capua ha caído. Aníbal, después de recorrer todo el camino de vuelta desde la ciudad de Roma en precipitada huida, rechazado hasta el más apartado rincón del territorio del Brucio, no pide ya a los dioses nada mejor que poder
17 retirarse y salir con vida del territorio enemigo. ¿No sería el mayor de los contrasentidos, soldados, que decayera vuestra moral ahora que allí todo es favorable y sonriente, cuando vosotros aquí con mis padres —permítaseme equipararlos incluso con el mismo honroso título— sostuvisteis la vacilante fortuna del pueblo romano en un momento en que los desastres se sucedían unos a otros y hasta los pro-
18 pios dioses parecían estar de parte de Aníbal? ¡Ojalá también los acontecimientos recientes se hubieran desarrollado sin mayor duelo por mi parte que por la vuestra! [87].

---

[87] Seguimos la hipótesis *uestro transissent* para la laguna del texto.

Ahora, los dioses inmortales protectores del imperio romano que inspiraron a todas las centurias la voluntad de que se me diera el mando, esos mismos dioses, con augurios y auspicios, e incluso por medio de visiones nocturnas, sólo me vaticinan éxito y prosperidad. También mi ins- 19
tinto, mi adivino más fiable hasta la fecha, presiente que Hispania es nuestra, que en breve todos los cartagineses, arrojados de aquí, llenarán mares y tierras con una huida
vergonzosa. Eso que el instinto por sí solo presiente se ve 20
confirmado por un razonamiento que no engaña. Maltratados por ellos, sus aliados imploran vuestra protección por medio de embajadas; tres generales, mal avenidos hasta el extremo casi de traicionarse unos a otros, desmembraron el ejército en tres cuerpos tirando de ellos en direccio-
nes completamente opuestas. Cae sobre ellos la misma 21
mala suerte que antes nos agobió a nosotros, pues son abandonados por sus aliados igual que antes nosotros por los celtíberos, y han dividido las fuerzas, cosa que significó
la ruina para mi padre y mi tío; ni las desavenencias 22
internas les permitirán unirse, ni podrán resistírsenos por separado. Vosotros, soldados, basta con que seáis leales al nombre de los Escipiones, al vástago de vuestros generales que rebrota como cuando se corta del tronco una rama.
Adelante, veteranos, conducid al nuevo ejército y al nuevo 23
general al otro lado del Ebro, llevadlos a esas tierras tantas veces recorridas por vosotros con tantas acciones valerosas.
Igual que ahora reconocéis en mí el rostro, la mirada, 24
los rasgos físicos de mi padre y de mi tío, yo conseguiré en breve devolveros también la imagen de su genio, su lealtad y su valor, de forma que pueda decirse a sí mismo cada uno de vosotros que el general Escipión ha resucitado o ha vuelto a nacer».

42 Después de caldear los ánimos de los soldados con
esta arenga dejó a Marco Silano con tres mil hombres de
a pie y trescientos de a caballo para defender aquella co-
marca y cruzó el Ebro con todas las tropas restantes, vein-
ticinco mil hombres de infantería y dos mil quinientos de
2 caballería. Algunos entonces trataron de convencerlo para
que, puesto que los ejércitos cartagineses se habían separa-
do en tres direcciones tan distintas, atacase al más próxi-
mo; él pensó que tal acción entrañaba el peligro de llevar-
los a reunirse y no poder hacer frente uno solo a tantos
3 ejércitos, y decidió atacar entretanto Cartagena, ciudad
de por sí opulenta por sus propios recursos y llena además
de toda clase de material bélico del enemigo. Allí estaban
las armas, allí estaba el dinero, allí estaban los rehenes
4 de toda Hispania; su situación, por otra parte, era muy
a propósito para cruzar a África y además dominaba un
puerto suficientemente amplio para cualquier tipo de flota,
y no sé si el único de la costa de Hispania de cara al Medi-
terráneo.

5 Salvo Gayo Lelio, nadie en absoluto sabía a dónde se
dirigían. Éste había recibido instrucciones de dar un rodeo
con la flota controlando la velocidad de las naves de for-
ma que entrase en el puerto la flota al mismo tiempo que
6 Escipión aparecía por tierra con el ejército. Seis días des-
pués de dejar el Ebro llegaron a Cartagena al mismo tiem-
po por tierra y por mar. El campamento se situó en la
zona norte de la ciudad; en la parte de atrás se levantó
una empalizada, pues el frente estaba protegido por la na-
7 turaleza del terreno. Y es que la situación de Cartagena
es la siguiente [88]: aproximadamente en el centro de la costa

[88] Los errores de orientación de la ciudad (en torno a los noventa grados) aparecen en Polibio, cuya descripción es más detallada.

de Hispania hay una bahía abierta especialmente al viento del sudoeste; entra tierra adentro unas dos millas y media, con una anchura de algo más de mil doscientos pies.
A la entrada de esta ensenada, una pequeña isla hace de 8
barrera frente al mar abierto y resguarda el puerto de todos los vientos salvo el sudoeste. De la parte más entrante de la bahía arranca una península, precisamente el relieve sobre el que está construida la ciudad, rodeada por el mar al este y al sur; al oeste la cierra una laguna, que se extiende también un poco hacia el norte, con una profundidad
variable según esté alta o baja la marea. Una loma de 9
cerca de doscientos cincuenta pasos de ancho une la ciudad al continente. A pesar de que por este lado la fortificación no hubiera sido muy laboriosa, el general romano no levantó empalizada, tal vez para mostrar ante el enemigo una orgullosa confianza o tal vez para tener libre el camino de vuelta cada vez que se acercase a las murallas de la ciudad.

Nueva arenga de Escipión. Primer y segundo asalto a Cartagena

Después de concluir todos los demás 43
trabajos de fortificación que eran necesarios alineó además las naves en el puerto dando a entender que el bloqueo era también marítimo; pasó revista a la flota y advirtió a los capitanes de las naves que estuviesen muy atentos a no descuidar las guardias nocturnas, que el enemigo al principio del asedio lo intenta todo por cualquier
punto. De regreso al campamento, con el objeto de expli- 2
carles a los soldados las razones de su plan de iniciar las operaciones precisamente con el asedio de una ciudad y de infundirles con su arenga la confianza en conquistarla, reunió la asamblea y habló en estos términos:

«El que se imagine que os he traído aquí, soldados, 3
únicamente para atacar una ciudad, ha calculado vuestro

trabajo más que las ventajas; es verdad, efectivamente, que vais a atacar las murallas de una sola ciudad, pero en esta
4 única ciudad conquistaréis Hispania entera. Aquí están los rehenes de todos los reyes y pueblos más conocidos, que una vez en vuestro poder os harán dueños de todo lo que
5 está bajo el dominio de los cartagineses. Aquí está todo el dinero de los enemigos, sin el cual ellos no pueden llevar adelante la guerra, puesto que mantienen ejércitos mercenarios, y a nosotros nos será sumamente útil para atraernos
6 la voluntad de los bárbaros. Aquí están las catapultas, las armas y todo el material bélico, que os equipará a vosotros y al mismo tiempo dejará sin nada al enemigo.
7 Tomaremos, además, una ciudad muy hermosa y rica, muy estratégica, por otra parte, por su magnífico puerto, desde donde se nos puede suministrar por tierra y por mar todo lo que requiere la práctica de la guerra. Esto representará una gran ventaja para nosotros y una pérdida mu-
8 cho mayor para el enemigo. Ésta es su ciudadela, su granero, su tesoro público, su arsenal, aquí es donde lo almacenan todo; hasta aquí se llega desde África directamente; éste es el único fondeadero desde los Pirineos hasta Cádiz; desde aquí amenaza África a toda Hispania...»[89].

44 ...había armado. Al ver que se preparaba el ataque por tierra y por mar, dispuso sus tropas de la forma
2 siguiente: situó a dos mil habitantes de la plaza en el lado próximo al campamento romano, puso en la ciudadela[90] una guarnición de quinientos hombres, colocó otros quinientos donde la ciudad se elevaba hacia el este; a todos los demás les ordenó estar pendientes de todo y acudir a

[89] Se ha perdido la parte final del discurso de Escipión y el comienzo del capítulo siguiente.

[90] Próxima a la muralla por su lado noroeste.

donde los gritos o una emergencia reclamasen su presencia. Después abrió la puerta y mandó salir a los que había 3 alineado en el camino que llevaba al campamento enemigo. Los romanos, siguiendo órdenes personales del general, retrocedieron un poco para estar más cerca de los refuerzos que se iban a enviar en el momento mismo del combate. Al principio se enfrentaron contingentes simila- 4 res de tropas; después, los refuerzos enviados sucesivamente desde el campamento obligaron a los enemigos a emprender la huida, siguiéndolos además tan de cerca en su desbandada que si no hubiese mandado tocar a retirada podrían haber irrumpido en la ciudad juntamente con los fugitivos.

La alarma no fue ciertamente menor en toda la ciudad 5 que en el campo de batalla; muchos puestos de guardia fueron abandonados en una huida despavorida, y también los muros al saltar de ellos cada uno por donde le cogía más a mano. Cuando Escipión, que había salido hasta 6 la llamada Colina de Mercurio, se percató de que las murallas estaban desguarnecidas de defensores en muchos tramos, hizo salir a todos del campamento y les dio orden de avanzar al asalto de la ciudad y llevar escalas. Él, 7 protegido por los escudos que tres jóvenes vigorosos sostenían ante él, pues era ya muy grande la cantidad de dardos de todo tipo que salían volando de los muros, se acercó a la ciudad. Animaba, daba las órdenes precisas, y, cosa 8 que tenía gran importancia para enardecer los ánimos de los soldados, estaba allí presente como testigo ocular del valor o la cobardía de cada cual. Por eso corren arros- 9 trando heridas y armas arrojadizas; ni los muros ni los combatientes que hay sobre ellos pueden impedir que rivalicen por escalarlos. También se inició al mismo tiempo 10 el ataque naval de la parte de la ciudad que baña el mar;

pero por ese lado era mayor el ruido que la fuerza que
11 se podía emplear. Mientras abordan, mientras desembarcan
precipitadamente escalas y hombres, mientras se apresuran
a saltar a tierra por el sitio más a mano, se estorban unos
a otros con las propias prisas por ser los primeros.

45 Entretanto el cartaginés había llenado ya las murallas
de nuevo con hombres armados; tenían a su disposición
un buen número de la enorme cantidad de proyectiles acu-
2 mulada, pero la mejor defensa no eran los combatientes ni
los proyectiles ni ninguna otra cosa, sino las propias mura-
llas. Pocas escalas, en efecto, podían alcanzar su altura,
y las que eran más largas eran por ello menos sólidas.
3 En consecuencia, como el que iba en cabeza no podía
ganar el muro y sin embargo subían otros detrás, se rom-
pían con el peso. Aun en caso de resistir las escalas, algu-
nos caían a tierra al nublárseles la vista con la altura.
4 Como escalas y hombres se estaban viniendo abajo en
todas partes y precisamente este resultado incrementaba la
audacia y el entusiasmo de los enemigos, se dio la señal
5 de retirada, y esto de momento les dio a los sitiados un
respiro después de las fatigas de tan reñido combate y ade-
más la esperanza de que tampoco en el futuro se podría
tomar la ciudad con escalas o cerco, mientras que los tra-
bajos de asedio eran difíciles y darían tiempo a que sus
generales acudieran en su ayuda.

6 Apenas se había calmado la confusión del primer asalto
cuando Escipión ordenó que otros hombres de refresco se
hicieran cargo de las escalas de los que estaban agotados
7 o heridos y atacaran la ciudad con mayor brío. En cuanto
se le informó de que bajaba la marea, como unos pescado-
res tarraconenses que habían recorrido la laguna en barcas
o a pie cuando éstas quedaban varadas le habían dicho
que se podía pasar a pie hasta la muralla sin dificultad,

marchó hacia allí llevando consigo quinientos hombres. Era cerca de mediodía, y aparte de que al bajar la marea 8
en su movimiento natural hacía decrecer el nivel del agua, se levantó además un fuerte viento del norte que empujaba el agua de la laguna a favor de la bajamar, dejando los vados con tan poco nivel que en algunos sitios el agua sólo llegaba al ombligo y en otros apenas llegaba más arriba de las rodillas. Esta circunstancia la había previsto Escipión 9
después de un cuidadoso examen, pero la atribuyó a una intervención extraordinaria de los dioses, los cuales, para que pudieran pasar los romanos, hacían retroceder al mar y vaciaban la laguna abriendo caminos jamás pisados hasta entonces por el pie del hombre. Ordenó seguir a Neptuno como guía de su marcha y avanzar por el centro de la laguna hasta salir a las murallas.

Toma y saqueo de Cartagena. Botín. Recompensas

Los que atacaban desde tierra tenían 46
enormes dificultades. Aparte del obstáculo que suponía la altura de las murallas, los defensores tenían a los romanos a merced de sus disparos desde los dos lados, de forma que los que subían tenían más amenazados los flancos que el frente. Pero, en el otro lado, a los quinientos 2
les fue fácil cruzar la laguna y subir a continuación a la muralla, pues no se había construido ninguna protección en aquel sector por considerarlo suficientemente guarnecido por su posición y por la laguna, y tampoco había la barrera de ningún puesto de guardia o vigilancia, al estar todos pendientes de acudir a ayudar allí donde se presentara el peligro.

Una vez que penetraron en la ciudad sin resistencia, 3
siguieron adelante, corriendo cuanto podían, hacia la puerta en torno a la cual se había concentrado toda la acción. Tan centrados estaban en ella no sólo los ánimos sino los 4

ojos y los oídos de todos los combatientes y de los que
5 observaban y animaban a los combatientes, que nadie se
dio cuenta de que detrás de ellos la ciudad había sido ocu-
pada hasta que los dardos cayeron sobre sus espaldas y
6 el enemigo los tenía entre dos fuegos. Cundió entonces
el pánico entre los defensores, y se ocuparon los muros
y comenzó el derribo de la puerta tanto desde dentro como
desde el exterior; en poco tiempo, destrozados a fuerza de
cortes los batientes y retirados para que no estorbasen el
7 paso, entraron las tropas a la carga. También salvó las
murallas un gran número, pero éstos se dedicaron a hacer
estragos a mansalva entre los habitantes de la ciudad; los
que habían penetrado por la puerta, en formación regular
con sus jefes, avanzaron en filas hacia el foro por el centro
8 de la ciudad. Desde allí vio Escipión que los enemigos
huían en dos direcciones, unos hacia la loma que quedaba
al este y que estaba defendida por una guarnición de qui-
nientos hombres, y otros hacia la ciudadela, donde había
ido a refugiarse el propio Magón con casi todos los efecti-
vos desalojados de las murallas; entonces envió parte de
sus tropas a asaltar la loma y él marchó hacia la ciudadela
9 al frente del resto. La loma fue tomada al primer asalto,
y Magón, después de intentar defender la ciudadela, al ver
que todo estaba lleno de enemigos y que las esperanzas
eran nulas, se entregó con la ciudadela y la guarnición.
10 Hasta que se rindió la ciudadela, la matanza indiscri-
minada continuó en toda la ciudad sin perdonar a ninguno
de cuantos adultos se encontraron; después, a una señal
dada, se puso fin a la matanza, dedicando los vence-
dores su atención al botín, que fue enorme y de todo
tipo.

47 Fueron hechos prisioneros cerca de diez mil varones
libres; de éstos, a los que eran ciudadanos de Cartagena

Escipión les devolvió la ciudad y todo lo que les pertenecía
y que la contienda había respetado. Cerca de dos mil 2
eran artesanos; a éstos los declaró propiedad del pueblo
romano, con la posibilidad de una liberación cercana si
colaboraban eficazmente en los trabajos de la guerra.
A los demás, residentes jóvenes y esclavos sanos, los des- 3
tinó como remeros de refuerzo a la flota, que se había
incrementado con la captura de ocho [91] naves. Además 4
de toda esta multitud estaban los rehenes hispanos, que
fueron tratados con la misma consideración que si fueran
hijos de aliados. Se aprehendió también una enorme canti- 5
dad de material bélico: ciento veinte catapultas de las de
mayor tamaño, doscientas ochenta y una más pequeñas;
ballestas grandes, veintitrés; pequeñas, cincuenta y dos; una 6
enorme cantidad de escorpiones grandes y pequeños, y de
armas defensivas y ofensivas; setenta y cuatro enseñas mi-
litares. También se le llevó al general gran cantidad de 7
oro y plata: doscientas setenta y seis páteras de oro, casi
todas de una libra de peso; dieciocho mil trescientas libras
de plata, acuñada y en bruto, y un gran número de vasos
de plata. Todo esto fue pesado y contado por el cuestor 8
Gayo Flaminio. Y cuatrocientos mil modios de trigo y dos-
cientos setenta mil de cebada. Sesenta y tres naves de 9
carga fueron abordadas y capturadas en el puerto, algunas
con su cargamento: trigo, armas, y también bronce y hie-
rro, y velas, y esparto y otros materiales navales para equi-
par una flota, de forma que la propia Cartagena fue lo 10
menos importante entre tanto material de guerra conquis-
tado.

Aquel mismo día Escipión encargó a Gayo Lelio de 48
la vigilancia de la ciudad con las tripulaciones de las naves,

---

[91] Según Polibio, dieciocho.

2 llevó él mismo las legiones de vuelta al campamento y mandó reponer fuerzas a sus hombres extenuados por todas las acciones de guerra de aquel día, puesto que habían combatido en una batalla campal y habían afrontado tantos trabajos y tanto peligro para tomar la ciudad, y después de tomarla habían luchado, desde una posición desfavorable además, con los que se habían refugiado en la
3 ciudadela. Al día siguiente reunió a las tropas de tierra y a la marinería y en primer lugar rindió alabanza y dio gracias a los dioses inmortales, que no sólo le habían hecho dueño en un solo día de la ciudad más rica de Hispania sino que anteriormente habían concentrado en ella todas las riquezas de África y de Hispania, de forma que al enemigo no le quedaba nada y a él y los suyos les sobra-
4 ba de todo. A continuación elogió el valor de sus hombres porque ni la salida de los enemigos, ni la altura de las murallas, ni el desconocimiento de los vados de la laguna, ni el fuerte situado en lo alto de una colina, ni la ciudadela bien fortificada les había impedido abrir brecha y superar-
5 lo todo. Por eso, aunque se lo debía todo a todos, el principal honor, el de la corona mural, era para el primero que se había encaramado a la muralla; que se presentara
6 el que se considerase merecedor de tal galardón. Se presentaron dos, Quinto Trebelio, centurión de la cuarta legión, y Sexto Digicio, un soldado de marina. La rivalidad entre ellos dos era menos fuerte que la pasión que suscitó
7 cada uno de ellos entre los hombres de su ejército. Gayo Lelio, prefecto de la flota, estaba a favor de los soldados de marina, y Marco Sempronio Tuditano, de los legionarios.
8 Como este enfrentamiento estaba a punto de degenerar en una revuelta, Escipión hizo saber que iba a nombrar tres jueces árbitros para que después de hacer una investigación y oír a los testigos decidiesen cuál de los dos había

salvado el muro de la ciudad en primer lugar; además de 9
Gayo Lelio y Marco Sempronio, defensores cada uno de
una de las partes, nombró a Publio Cornelio Caudino, neu-
tral, y ordenó que los tres, como jueces, se sentaran y exa-
minaran la causa. Como el asunto suscitaba mayores dis- 10
cusiones por haber dejado de lado a unas personas tan
autorizadas, que, más que defensores, habían sido mode-
radores de las posturas encontradas, Gayo Lelio dejó la
comisión, se acercó a donde estaba sentado Escipión y le 11
hizo ver que se estaba llevando la cuestión sin comedimiento
ni honestidad y poco faltaba para que vinieran a las ma-
nos; que, por otra parte, aunque no se llegase a la violen-
cia, la forma de tratar el asunto era un precedente detesta-
ble, puesto que se intentaba conseguir con trampas y per-
jurio una recompensa honorífica al valor; a un lado estaban 12
los legionarios, al otro los soldados de marina, dispuestos
a jurar por todos los dioses no lo que sabían que era cierto
sino lo que deseaban que lo fuera, y a comprometer con
el perjurio no sólo su propia persona y su vida sino las
enseñas militares y las águilas y el compromiso del jura-
mento solemne; todo esto se lo comunicaba puesto de acuer- 13
do con Publio Cornelio y Marco Sempronio. Escipión dio
las gracias a Lelio, convocó la asamblea y manifestó que
estaba convencido de que Quinto Trebelio y Sexto Digicio
habían escalado la muralla al mismo tiempo y que les con-
cedía a los dos la corona mural al valor. Después recom- 14
pensó a los demás a tenor del mérito y el valor de cada
cual; particularmente distinguió al prefecto de la flota, Gayo
Lelio, poniéndolo a su mismo nivel con toda clase de elo-
gios, y lo recompensó con una corona de oro y treinta
bueyes.

Episodio de los rehenes hispanos

49 Después hizo venir a los rehenes de
las poblaciones de Hispania, cuyo número
no me atrevo a consignar, pues en unos
encuentro que eran trescientos, y en otros,
2 que tres mil setecientos veinticuatro. También
en otros datos hay discrepancias entre los historiadores.
Uno escribe que la guarnición cartaginesa constaba de
diez mil hombres, otro que de siete mil, otro que no sobrepasaba
los dos mil; en un sitio [92] encuentra uno que fueron
diez mil los prisioneros, en otro que más de veinticinco
3 mil. En cuanto a los escorpiones capturados, diría que
fueron cerca de sesenta entre grandes y pequeños si sigo
al historiador griego Sileno [93]; de seguir a Valerio Anciate,
diría que seis mil escorpiones grandes y trece mil peque-
4 ños: tan poco reparo hay en mentir. Ni siquiera en lo
referente a los generales hay coincidencia. Los más dicen
que la flota la mandaba Lelio, pero hay quien dice que
5 era Marco Junio Silano. Valerio Anciate sostiene que la
guarnición cartaginesa la mandaba Arines y que se rindió
a los romanos; según otros historiadores, era Magón.
6 Tampoco hay acuerdo en cuanto al número de naves
apresadas ni en cuanto al peso del oro y la plata y al dinero
reunido. Si hay que dar crédito a alguien, el término
7 medio es lo más cercano a la verdad. Como quiera que
sea, hizo venir a los rehenes y en primer lugar los exhortó
8 a que nadie se desalentase, pues habían pasado a poder
del pueblo romano, que prefería obligar a los hombres por
la gratitud más que por el miedo y tener a las naciones
extranjeras unidas a él con una alianza leal antes que so-

[92] En Polibio.

[93] Acompañó a Aníbal. Lo utilizaron como fuente Polibio y Celio Antípatro. Ésta es la única ocasión en que es mencionado por Livio.

metidas con una esclavitud digna de lástima. Luego, des- 9
pués que le dieron los nombres de sus ciudades, hizo re-
cuento de los prisioneros que había de cada pueblo y envió
mensajeros a sus casas para que vinieran a hacerse cargo
cada uno de los suyos. Si coincidía que había delegados 10
de alguna de las ciudades, les entregaba en el acto a los
suyos; los demás se los confió al cuestor Gayo Flaminio
para que los atendiera cuidadosamente. Entretanto salió 11
de entre la multitud una mujer entrada en años, esposa
de Mandonio el hermano de Indíbil, reyezuelo de los iler-
getes [94], se echó llorando a los pies del general y comenzó
a suplicarle que recomendara muy especialmente a los guar-
dianes atención y respeto con las mujeres. Escipión dijo 12
que no les iba a faltar de nada en absoluto, y entonces
la mujer replicó: «A eso no le damos demasiada importan-
cia, pues con cualquier cosa tenemos suficiente, dada nues-
tra situación. Es otra la preocupación que me inquieta al
considerar la edad de estas otras, pues yo ya estoy libre
del peligro de los ultrajes que puede sufrir una mujer».
Estaban en torno a ella, en la flor de la edad y de la 13
belleza, las hijas de Indíbil y otras igualmente nobles que
la veneraban como madre todas ellas. Entonces Escipión 14
le dijo: «Mis principios y los del pueblo romano me lleva-
rían a impedir que aquí se violase lo que en cualquier parte
es inviolable; ahora me impulsan además a ser más es- 15
crupuloso vuestra virtud y dignidad, ya que ni siquiera en
el infortunio os olvidáis de la honestidad de una matrona».
A continuación las entregó a un hombre de intachable 16
conducta ordenándole que las cuidara con el mismo respe-
to y consideración que si se tratara de las mujeres y ma-
dres de huéspedes.

[94] Cf. XXI 22, 3.

50 Después los soldados conducen a su presencia a una
prisionera, una muchacha joven de tan notable belleza que
2 atraía a su paso todas las miradas. Escipión le preguntó
de dónde procedía y quiénes eran sus padres, y entre otras
cosas se enteró de que era la prometida de un príncipe
3 celtíbero, un joven llamado Alucio. Mandó, pues, a buscar
inmediatamente a su tierra a sus padres y a su prometido,
y como entretanto se enteró de que éste moría de amor
por su prometida, en cuanto llegó se dirigió a él escogien-
do las palabras con más cuidado que cuando les habló a
4 los padres. «Te hablo como lo hace un joven a otro,
para que haya menos miramientos en nuestra conversación.
Tu prometida fue hecha prisionera, y conducida a mi pre-
sencia por mis soldados; he oído que la amas profunda-
5 mente, y su belleza lo hace creíble; como también yo, si
tuviera libertad para disfrutar de los placeres de la juven-
tud y sobre todo de un amor honesto y legítimo y no me
absorbiesen los asuntos del Estado, desearía que se fuese
indulgente conmigo por amar demasiado a mi prometida,
6 ya que está en mi mano quiero favorecer tu amor. A tu
prometida se le ha dispensado aquí a mi lado un trato tan
respetuoso como si estuviera en casa de sus padres, tus
futuros suegros; te la hemos preservado para poder hacer-
7 te un regalo respetado y digno de ti y de mí. La única
recompensa que pido a cambio de este presente es que
seas amigo del pueblo romano, y si me consideras un hom-
bre de bien como ya antes sabían estas gentes que lo eran
mi padre y mi tío, has de saber que en Roma hay muchos
8 como nosotros y no se puede citar hoy en todo el mundo
ningún otro pueblo al que puedas desear menos como ene-
9 migo tuyo y de los tuyos o preferir como amigo». El joven,
transido de alegría y de confusión al mismo tiempo, co-
giendo la diestra de Escipión invocaba a todos los dioses

para que lo recompensasen en su lugar, puesto que en modo alguno tenía los recursos proporcionados a lo que él sentía y Escipión se merecía de él; fueron llamados enton-
ces los padres y parientes de la doncella; éstos, ya que 10
se les devolvía gratis la muchacha para cuyo rescate habían
traído una cantidad bastante considerable de oro, comen- 11
zaron a rogar a Escipión que se lo aceptase como regalo asegurándole que no se lo iban a agradecer menos que el
hecho de haberles devuelto intacta a la muchacha. Escipión 12
dijo que lo aceptaría, ya que se lo pedían con tanta insistencia, hizo que lo depositaran a sus pies y llamando a su presencia a Alucio le dijo: «Éste es mi regalo de boda, para añadir a la dote que recibirás de tu suegro», y le mandó
coger el oro y quedarse con él. Feliz por el honor y el 13
regalo que se le hacía, marchó a su tierra, donde abrumó a sus paisanos hablándoles de los méritos de Escipión elogiosamente: había llegado un joven que se asemejaba mucho a los dioses, que lo conquistaba todo o bien con las
armas o bien a base de bondad y generosidad. Hizo, pues, 14
una leva entre sus súbditos y a los pocos días volvió junto a Escipión con mil cuatrocientos jinetes escogidos.

Maniobras militares. Marcha de Escipión a Tarragona

Escipión había retenido a su lado a 51
Lelio para contar con su consejo en la toma de medidas con los prisioneros y re-
henes y con el botín; una vez tomadas 2
convenientemente todas las medidas, le dio una quinquerreme, embarcó en seis naves a los prisioneros, entre ellos Magón y unos quince senadores apresados juntamente con él, y lo envió a Roma para informar
de la victoria. Él dedicó los pocos días que había decidido 3
quedarse en Cartagena a hacer maniobras con las tropas
de mar y de tierra. El primer día, las legiones, armadas, 4
hicieron ejercicios sobre un espacio de cuatro millas; el se-

gundo día, sus órdenes fueron atender al mantenimiento
y limpieza de las armas delante de las tiendas; el tercer
día hicieron un simulacro de batalla regular con palos y
lanzamiento de armas arrojadizas despuntadas; el cuarto
día fue dedicado al descanso; el quinto volvieron a hacer
5 maniobras con las armas. Mantuvieron la misma alter-
nancia de ejercicio y descanso mientras estuvieron en Car-
6 tagena. Los remeros y soldados de marina salían a alta
mar cuando había bonanza y probaban la movilidad de
7 las naves en simulacros de batallas navales. Estos ejercicios
fuera de la ciudad, en tierra y en el mar, ponían a punto
para la guerra sus cuerpos y sus espíritus; y la propia ciu-
dad resonaba con el ruido de los preparativos bélicos, con
toda clase de artesanos encerrados en los talleres públicos.
8 El general estaba pendiente de todo con igual dedicación:
tan pronto estaba con la flota en los muelles como en las
maniobras de las legiones o dedicando su tiempo a inspec-
cionar los trabajos que realizaba en los talleres o en el ar-
senal y en los muelles una enorme masa de obreros a por-
9 fía todos los días. Cuando todo esto estuvo en marcha
y se repararon las partes dañadas de la muralla y se orga-
nizó una guarnición para defender la ciudad, salió para
Tarragona, y en el trayecto se dirigieron a él sobre la mar-
10 cha numerosas delegaciones. A unas les dio respuesta y
las despidió sin detenerse, a otras las emplazó para Tarra-
gona, donde había citado a una reunión a todos los alia-
11 dos, antiguos y nuevos. Acudieron casi todos los pueblos
que habitan a este lado del Ebro, y también muchos de
la provincia del lado de allá. Al principio, los jefes cartagi-
neses ocultaron deliberadamente las noticias de la toma de
Cartagena; después, cuando el acontecimiento se divulgó
demasiado como para poder ocultarlo o disimularlo, trata-
12 ban de quitarle importancia diciendo que era sólo una

ciudad de Hispania la que había sido tomada en una acción por sorpresa y casi furtiva de un solo día; y que un joven arrogante, hinchado por el éxito de una operación tan poco importante, en su desmedido entusiasmo le había dado la apariencia de una gran victoria; pero en cuanto 13
oyese que se acercaban tres generales, con tres ejércitos enemigos victoriosos, inmediatamente le asaltaría el recuerdo de los funerales de su familia. Hacían circular tales bala- 14
dronadas, pero ellos sabían muy bien hasta qué punto había debilitado sus fuerzas en todos los sentidos la pérdida de Cartagena.

LIBRO XXVII

Sinopsis

Año 210 a. C.:

Aníbal destruye Herdónea. Conspiración en Capua (1-3).
Embajada de Sífax a Roma. Expedición contra la costa de África (4-5).

Año 209 a. C.:

Elecciones en Roma. Informe sobre Hispania (6 - 7, 6).
Asignación de provincias, nombramiento de decurión y otros (7, 7 - 8).
Rebelión de 12 de las 30 colonias latinas (9-11).
Marcelo persigue a Aníbal, arenga a sus hombres y consigue una victoria (12-14).
El cónsul Fabio recupera Tarento. Emboscada de Aníbal (15-16).
Campaña en Hispania. Victoria de Escipión sobre Asdrúbal en Bécula (17-18).
Escipión aclamado por los íberos. Medidas de los jefes cartagineses (19 - 20, 8).

Año 208 a. C.:

Elecciones en Roma. Marcelo, cónsul (20, 9 - 21).
Asignación de mandos. Portentos (22-23).
Medidas respecto a Arrecio y Tarento (24-25).

Emboscada cartaginesa y muerte de Marcelo (26-27).
Tentativa de Aníbal contra Salapia. Incursión naval en África (28-29).
Intervención de Filipo V en Grecia (30-31).
Filipo se retira a Macedonia (32 - 33, 5).

AÑO 207 a. C.:

Muerte del cónsul Crispino. Elecciones en Roma (33, 6 - 34).
Asignación de provincias, censo, juegos (35-36).
Portentos; levas (37-38).
Asdrúbal cruza los Alpes. Reacción en Roma (39-40).
Derrota de Aníbal en Grumento (41-42).
Interceptada una carta de Asdrúbal (43-44).
La marcha de Claudio Nerón para unirse al otro cónsul, Livio (45-46).
La batalla del Metauro (47-48).
Muerte de Asdrúbal. Eco de la victoria en Roma (49 - 51, 10).
Retirada de Aníbal al Brucio (51, 11 - 51, 13).

Aníbal destruye Herdónea. Conspiración en Capua

1 Así estaban las cosas en Hispania. En Italia el cónsul Marcelo recuperó Salapia merced a una traición y les tomó por la fuerza Marmóreas y Meles [95] a los samnitas.
2 Cerca de tres mil soldados de Aníbal, que habían quedado allí como guarnición, fueron aplastados; el botín —y fue bastante considerable— se les dejó a los soldados. Se encontraron también doscientos cuarenta mil modios de trigo y ciento diez mil de cebada.
3 Sin embargo, la satisfacción que esto produjo no fue tan grande como la derrota sufrida pocos días después no lejos

[95] Desconocidas ambas poblaciones.

de Herdónea [96]. Con la esperanza de recuperar esta ciudad, 4
que se había separado de Roma después de la derrota de
Cannas, el procónsul Gneo Fulvio estaba acampado allí,
en una posición poco segura y sin protección defensiva.
La negligencia característica del general se veía agravada 5
por su confianza, basada en un informe según el cual la
lealtad de los habitantes para con los cartagineses flaquea-
ba desde que había llegado la noticia de que Aníbal tras
la pérdida de Salapia se había marchado de aquella comar-
ca hacia el Brucio. Todo esto, puesto en conocimiento de 6
Aníbal desde Herdónea a través de mensajeros secretos,
suscitó en él el interés por conservar la ciudad aliada y
al mismo tiempo la esperanza de coger por sorpresa al ene-
migo. Con un ejército ligero, forzando la marcha para
anticiparse casi a la noticia de su llegada, avanzó hacia
Herdónea, y para infundir mayor pánico al enemigo se acer-
có en formación de batalla. El romano, igual a él en 7
audacia, inferior en habilidad y fuerza, sacó precipitada-
mente sus tropas y se fue al choque. La quinta legión y 8
el ala izquierda de la caballería entraron en acción con gran
fuerza. Pero Aníbal dio orden a sus jinetes de que, en cuan-
to las formaciones de infantería atrajesen las miradas y
la atención con la lucha entablada, dieran un rodeo y parte
de ellos atacaran el campamento enemigo mientras otros
sembraban el desconcierto entre los combatientes atacán-
dolos por la espalda; él, mofándose de la homonimia de 9
Gneo Fulvio, porque dos años antes había derrotado en
aquel mismo lugar al pretor Gneo Fulvio, aseguraba que
el resultado de la batalla iba a ser similar. No resultó 10
infundada esta esperanza. En efecto, a pesar de que los
romanos habían tenido muchas bajas en el combate cuer-

[96] En Apulia. Cf. XXV 21, 1.

po a cuerpo en la lucha de la infantería, resistían sin em-
11 bargo sus enseñas y sus líneas, pero la carga de la caballería por su retaguardia y a la vez el grito de guerra del enemigo desde el campamento hizo dar la vuelta a la sexta legión, que al estar formada en segunda línea fue desbaratada la primera por los númidas, y después a la quinta
12 y a los que estaban en vanguardia. Unos huyeron en desbandada y otros fueron muertos en su puesto, donde cayó también el propio Gneo Fulvio junto con once tribu-
13 nos militares. En cuanto al número de romanos y aliados muertos en aquella batalla, ¿quién podría darlo como cosa segura, si uno encuentra trece mil en una fuente y no más
14 de siete mil en otra? El vencedor se apoderó del campamento y del botín. Herdónea la quemó porque se enteró de que había estado a punto de pasarse a los romanos y no iba a permanecer fiel si él se marchaba de allí; la población la trasladó toda a Metaponto y Turios [97], pero hizo matar a los principales convictos de haber mantenido con-
15 tactos secretos con Fulvio. Los romanos que escaparon de semejante desastre llegaron huyendo medio desarmados por diferentes caminos hasta el cónsul Marcelo, en el Samnio.

2 Marcelo, sin inquietarse en absoluto por una derrota tan severa, escribió una carta al senado a Roma informando de la pérdida del general y del ejército cerca de Herdó-
2 nea, pero añadiendo que él, el mismo que había humillado a un Aníbal engreído por la victoria después de la batalla de Cannas, marchaba contra éste e iba a hacer que le du-
3 rara poco su exultante alegría. Pero en Roma, la verdad, era profundo el duelo por lo que había ocurrido, así como
4 el temor por lo porvenir. El cónsul pasó del Samnio a la

---

[97] *Síbaris* en XXVI 39, 7.

Lucania y acampó cerca de Numistrón [98] en una llanura a la vista de Aníbal, pues el cartaginés ocupaba una colina.
Dio además otra muestra de seguridad en sí mismo, por- 5
que fue el primero en presentar batalla; tampoco Aníbal se echó para atrás cuando vio que las enseñas salían puertas afuera. Formaron sus tropas, sin embargo, de modo que el cartaginés situó su ala derecha colina arriba y los romanos alinearon su ala izquierda junto a la ciudad.
Por parte romana entraron en acción la primera legión 6
y el ala derecha de la caballería, por la de Aníbal los soldados hispanos y los honderos baleares, y también los elefantes después de iniciarse el combate. La lucha se mantu-
vo incierta durante largo tiempo. Como prolongaron el com- 7
bate desde la tercera hora hasta la noche y las primeras líneas estaban agotadas de pelear, la legión tercera sustituyó a la primera y el ala izquierda a la derecha y por parte enemiga hombres de refresco tomaron el relevo de los que
estaban cansados. Un nuevo y encarnizado combate sur- 8
gió de pronto de las cenizas del que ya languidecía, al renovarse las fuerzas y la moral. Pero la noche separó a los
contendientes sin que la victoria estuviese decidida. Al día 9
siguiente los romanos permanecieron formados en orden de combate desde la salida del sol hasta bien entrado el día; en vista de que ningún enemigo salía a enfrentárseles, recogieron tranquilamente los despojos y quemaron a los
suyos después de apilarlos en un mismo sitio. A la noche 10
siguiente, Aníbal levantó silenciosamente el campamento y partió hacia Apulia. Marcelo, cuando la luz del día desveló la huida de los enemigos, dejó los heridos en Numistrón con una pequeña guarnición al mando del tribuno militar Lucio Furio Purpurión e inició una estrecha persecución.

[98] En Lucania norte, a 40 Kms. de Venusia.

11 Les dio alcance cerca de Venusia [99]. Allí durante unos
cuantos días se hacían salidas desde los puestos de van-
guardia y más que batallas hubo choques desordenados en
los que se entremezclaban infantería y caballería, favora-
12 bles a los romanos casi todos ellos. Desde allí los ejér-
citos recorrieron Apulia sin ninguna confrontación digna
de mención, pues Aníbal emprendía la marcha por la no-
che en busca de un sitio para una emboscada y Marcelo
sólo lo seguía en pleno día y después de reconocer el terreno.

3 Mientras tanto, en Capua, cuando Flaco mataba el
tiempo vendiendo los bienes de los principales y arrendan-
do la tierra que había sido confiscada [100] —con una renta
a pagar en trigo, en todos los casos—, para que no faltase
un motivo de ensañamiento contra los campanos se descu-
brió, gracias a una denuncia, una nueva conspiración que
2 se estaba tramando en secreto. Había hecho que los sol-
dados desalojaran las viviendas de la ciudad por una doble
razón: para alquilarlas juntamente con las tierras, y por
temor a que los demasiados placeres de la ciudad enerva-
sen también a su ejército igual que al de Aníbal, y los
había obligado a construirse sus propios barracones milita-
3 res junto a las puertas y los muros. Ahora bien, la mayoría
de éstos estaban hechos de zarzos y tablas, y otros de ca-
ñas entretejidas, cubiertos de paja, todo ello como hecho
4 a propósito para servir de pasto a las llamas. Ciento
setenta campanos capitaneados por los hermanos Blosios [101]
se habían conjurado para prenderles fuego a todos ellos a
5 una determinada hora de la noche. Denunciado el plan

[99] En Apulia. Cf. XXII 49, 14 y nota.

[100] Correspondía normalmente a los censores esta tarea de arrendar el *ager publicus* romano.

[101] Habían tomado partido por Aníbal al producirse la defección de Capua. Cf. XXIII 7.

por los esclavos de los Blosios, se cerraron inmediatamente
las puertas por orden del procónsul y a una señal dada
los soldados corrieron a las armas; fueron detenidos todos
los culpables y después de una investigación sumaria fue-
ron condenados y ajusticiados; a los delatores se les conce-
dió la libertad y diez mil ases a cada uno. Fulvio man- 6
dó a Roma, al senado, a los nucerinos y acerranos que
se quejaban de no tener dónde vivir al haber sido parcial-
mente incendiada Acerra y destruida Nuceria [102]. A los 7
acerranos se les dio autorización para reconstruir lo que
había sido incendiado; los nucerinos fueron trasladados,
de acuerdo con sus preferencias, a Atela, y se obligó a
los atelanos a emigrar a Calacia [103].

Entre los muchos e importantes acontecimientos tan 8
pronto favorables como adversos que ocupaban los pensa-
mientos de la gente, tampoco quedó en el olvido la ciuda-
dela de Tarento [104]. Salió para Etruria una delegación 9
formada por Marco Ogulnio y Publio Aquilio a comprar
trigo para mandarlo a Tarento, adonde se envió junto con
el trigo una guarnición de mil hombres del ejército urba-
no, mitad romanos y mitad aliados.

Embajada de Sífax a Roma. Incursión en la costa de África

El verano tocaba ya a su fin y se echa- 4
ba encima la fecha de los comicios con-
sulares. Pero una carta que envió Marce-
lo manifestando que no era buena políti-
ca alejarse ni un solo paso de Aníbal, que
retrocedía y rehusaba el combate y él
le iba pisando los talones, suscitó en los senadores la pre- 2

[102] Sobre el castigo aplicado por Aníbal a Nuceria y Acerra, ver XXII 15, 6, y 17, 7.

[103] Atela y Calacia se habían pasado a Aníbal después de Cannas (XXII 61, 11) y habían sido reconquistadas por Roma (XXVI 16, 5).

[104] Ciudad en poder de Aníbal, ciudadela ocupada por una guarnición romana.

ocupación de tener que retirar del frente al cónsul que entonces estaba comprometido tan a fondo en la acción, o bien que no hubiese cónsules para el año siguiente.
3 Se estimó que lo mejor era hacer venir de Sicilia al cónsul Valerio, aun a pesar de que estuviese fuera de Italia.
4 Siguiendo instrucciones del senado, el pretor urbano Lucio Manlio le envió una carta adjuntándole la del cónsul Marco Marcelo para que supiera qué motivo tenían los senadores para hacerle venir de su provincia a él y no a su colega.

5 Más o menos por las mismas fechas llegaron a Roma embajadores del rey Sífax [105] dando noticia de las victorias
6 obtenidas por éste sobre los cartagineses. El rey, afirmaban, consideraba al pueblo cartaginés su peor enemigo, y al pueblo romano su mejor amigo; anteriormente había enviado embajadores a Hispania, a los generales romanos Gneo y Publio Cornelio, pero ahora había querido ir a buscar la amistad romana en su misma fuente, por así decir.
7 El senado no sólo les respondió con cordialidad a los embajadores sino que envió sus propios embajadores, Lucio Genucio, Publio Petelio y Publio Popilio, con regalos
8 para el rey. Los obsequios que llevaron eran una toga y una túnica de púrpura, una silla [106] de marfil, y una pátera
9 de oro de cinco libras. Recibieron instrucciones de visitar también a continuación a otros reyezuelos de África; igualmente llevaron para regalarles togas pretextas y páteras de
10 oro de tres libras cada una. Enviados asimismo a Alejandría Marco Atilio y Manio Acilio como embajadores ante los reyes Tolomeo y Cleopatra [107] para conmemorar y renovar la amistad, llevaron como regalo una toga y una

[105] Cf. XXIV 48 y 49.

[106] Réplica de la silla curul.

[107] Hija de Tolomeo III, esposa de Tolomeo IV.

túnica de púrpura y una silla de marfil, y para la reina un manto bordado y un vestido de púrpura.

Durante el verano en que ocurrieron estos aconteci- 11
mientos llegaron desde las ciudades y campos cercanos noticias de muchos fenómenos extraños. En Túsculo había nacido un cordero con una tetilla que daba leche, y el pináculo del templo de Júpiter había sido alcanzado por un
rayo, quedando sin la mayor parte de la techumbre; apro- 12
ximadamente por las mismas fechas, en Anagnia [108] la tierra alcanzada por un rayo delante de una puerta había ardido durante un día y una noche sin que nada alimentase el fuego, y en el cruce [109] de Anagnia los pájaros habían abandonado sus nidos en los árboles en el bosque sagrado
de Diana; en Tarracina, en el mar, no lejos del puerto, 13
unas serpientes de extraordinario tamaño habían dado gran-
des saltos como peces juguetones; en Tarquinios había 14
nacido un cerdo con rostro humano, y en territorio de Capena, cerca del bosque sagrado de Feronia [110], cuatro estatuas habían trasudado gran cantidad de sangre durante un día y una noche.

Estos portentos fueron expiados, por decreto de los 15
pontífices, con víctimas mayores; además se proclamó un día de rogativas en Roma ante todos los altares, y otro en territorio capenate, en el bosque sagrado de Feronia.

El cónsul Marco Valerio, llamado por carta, dejó al 5
pretor Lucio Cincio al cargo de la provincia y del ejército, envió a Marco Valerio Mesala, prefecto de la flota, con parte de las naves a África a saquear y al mismo tiempo

[108] Esta localidad, situada en el Lacio en el antiguo territorio de los hérnicos, es recurrente en las referencias de *prodigia:* XXVI 23, 5; XXX 2, 11; XLIII 13, 2; XLV 16, 5...

[109] El cruce de la Vía Labicana (a 40 millas de Roma) con la Vía Latina.

[110] Cf. XXVI 11, 8.

observar lo que hacían y preparaban los cartagineses;
2 él partió para Roma con diez naves, llegando sin novedad; convocó inmediatamente al senado y le dio cuenta de lo
3 que había llevado a cabo: después de casi sesenta años de guerra por tierra y mar en Sicilia, con serios descalabros en multitud de ocasiones, él había cumplido su mi-
4 sión allí; no había ni un cartaginés en Sicilia, ningún siciliano estaba fuera; los que se habían alejado huyendo por temor estaban todos de vuelta en sus ciudades y sus
5 campos y araban y sembraban; se cultivaba de nuevo la tierra abandonada, fructífera al fin para sus propios agricultores y reserva segura de alimentos para el pueblo ro-
6 mano en tiempos de paz y de guerra. Introducidos después en el senado Mútines y aquellos que habían prestado servicios al pueblo romano, se les rindieron honores a todos para cumplir el compromiso contraído por el cónsul.
7 A Mútines se le concedió además la ciudadanía romana en virtud de una propuesta presentada por un tribuno de la plebe con el refrendo del senado.

8 Mientras ocurría esto en Roma, Marco Valerio abordó en África con setenta naves antes del amanecer e hizo un
9 desembarco por sorpresa en territorio de Útica [111]; devastó una amplia zona, cogió muchos prisioneros y presas de todas clases, regresó a las naves e hizo la travesía a Sicilia,
10 volviendo a Lilibeo a los trece días de su partida. Se sometió a los prisioneros a un interrogatorio, obteniendo las siguientes informaciones, que le fueron comunicadas por escrito con todo detalle al cónsul Levino para que supiese
11 cuál era la situación en África: en Cartago había cinco mil númidas con Masinisa [112], un joven intrépido hijo de

[111] Ver XXV 31, 12.

[112] Véase XXIV 49 y XXV 34.

Gala, y por toda África se estaban reclutando otras tropas
mercenarias para enviárselas a Hispania a Asdrúbal con el 12
objeto de que éste pasase a Italia cuanto antes con el ma-
yor ejército posible y se uniera a Aníbal; los cartagineses
estaban convencidos de que de ello dependía la victoria;
estaba siendo equipada además una poderosa flota para 13
recuperar Sicilia, y se creía que zarparía en breve. La lec- 14
tura de este informe por parte del cónsul causó tal impre-
sión en el senado que decidió que el cónsul no debía espe-
rar a los comicios sino que debía regresar inmediatamente
a su provincia después de nombrar un dictador para que
presidiera los comicios. Quedaba una cuestión por resolver: 15
el cónsul decía que una vez en Sicilia nombraría dictador
a Marco Valerio Mesala, que entonces mandaba la flota,
y los senadores decían que no se podía nombrar dictador
fuera del territorio romano, y que éste se circunscribía a
Italia. El tribuno de la plebe Marco Lucrecio consultó 16
sobre este punto al senado y éste decretó que el cónsul,
antes de abandonar la ciudad, preguntase al pueblo quién
quería que fuese nombrado dictador, y que nombrase dic-
tador a quien el pueblo mandase; si el cónsul se negaba,
que preguntase al pueblo el pretor; si tampoco éste acepta-
ba, que presentasen entonces la cuestión a la plebe los tri-
bunos. Como el cónsul dijo que él no le consultaría al 17
pueblo algo que era de su competencia y le prohibió al
pretor hacer la consulta, los tribunos preguntaron a la ple-
be y ésta expresó su voluntad de que se nombrase dictador
a Quinto Fulvio, que entonces se encontraba en Capua.
Pero el día en que se iba a celebrar la asamblea de la 18
plebe, el cónsul salió secretamente, de noche aún, para Si-
cilia, y los senadores, que habían quedado en la estacada,
acordaron enviarle una misiva a Marco Claudio para que
viniese en ayuda de su país, abandonado por su colega,

y nombrase dictador de acuerdo con el mandato del pueblo.
19 Así, Quinto Fulvio fue nombrado dictador por el cónsul Marco Claudio, y en virtud del mismo plebiscito, Quinto Fulvio nombró jefe de la caballería al pontífice máximo Publio Licinio Craso.

Elecciones en Roma. Informe sobre Hispania

6 Al llegar a Roma, el dictador envió al frente de Etruria a Gayo Sempronio Bleso, que había sido lugarteniente suyo en Capua, para reemplazar al pretor Gayo Calpurnio, al que reclamó por carta para
2 que tomase el mando de su ejército y de Capua. Fijó la fecha de los comicios [113] para el primer día hábil; éstos no pudieron llevarse a cabo debido a un enfrentamiento
3 entre los tribunos y el dictador. La centuria Galeria de jóvenes, designada por sorteo para ser la primera en emitir su voto, había votado cónsules a Quinto Fulvio y Quinto Fabio, y las demás centurias llamadas en debida forma a votar se habrían decantado en el mismo sentido si no hubiesen intervenido los tribunos de la plebe Gayo y Lucio
4 Arrenio afirmando que era inconstitucional mantener a un magistrado en el cargo y un ejemplo aún mucho más rechazable que se eligiese a la misma persona que presidía
5 los comicios; que, por consiguiente, en caso de que el dictador admitiese su propia candidatura, ellos pondrían el veto a los comicios; en caso de admitirse otras candidaturas que no fueran la suya, ellos no harían obstrucción
6 a los comicios. El dictador invocaba en apoyo de la legalidad de los comicios la autoridad del senado, el plebiscito,
7 y los antecedentes; efectivamente, siendo cónsul Gneo Servilio, al morir en el Trasimeno el otro cónsul, Gayo Flaminio, con el consentimiento del senado se había propuesto

[113] Para elegir los magistrados del año 209.

a la plebe y ésta había aprobado que mientras durase la
guerra en Italia el pueblo tendría derecho a reelegir cónsu-
les a quienes quisiese y cuantas veces quisiese entre aque-
llos que ya habían sido cónsules [114]; y aducía como pre- 8
cedentes en ese sentido uno antiguo, el de Lucio Postumio
Megelo, que siendo interrey había resultado elegido cón-
sul [115] junto con Gayo Junio Bubulco en los mismos comi-
cios que él presidía, y otro más reciente, el de Quinto Fa-
bio [116], que seguramente no habría consentido nunca que
se le renovara el consulado si ello no fuera de interés
público. Después de un prolongado debate oratorio, el 9
dictador y los tribunos llegaron por fin al acuerdo de ate-
nerse a la decisión del senado. Los senadores estimaron 10
que las circunstancias del Estado exigían confiar la direc-
ción de los asuntos públicos a generales veteranos, experi-
mentados y dotados de conocimientos bélicos; no les pare-
cía bien, por consiguiente, que se retrasasen los comicios.
Cedieron los tribunos y se celebraron los comicios; fueron 11
proclamados cónsules Quinto Fabio Máximo y Quinto Ful-
vio Flaco por quinta y cuarta vez respectivamente. A con- 12
tinuación fueron elegidos pretores Lucio Veturio Filón, Ti-
to Quincio Crispino, Gayo Hostilio Túbulo y Gayo Aurun-
culeyo. Una vez elegidos los magistrados para el año si-
guiente, Quinto Fulvio cesó como dictador.

A finales de aquel verano pasó a Cerdeña una flota 13
cartaginesa de cuarenta naves comandada por Amílcar; de-

[114] Circunstancia no recogida por Livio en el libro XXII. El plebiscito reseñado en VII 42, 2, con la exigencia de un intervalo de diez años, no se cumplió en períodos excepcionalmente críticos.

[115] En el año 291 (cónsul por tercera vez).

[116] Fabio Máximo Cunctátor, cónsul por cuarta vez en 214. Cf. XXIV 9, 7 y 9.

14 vastó primero el territorio de Olbia [117], y después, al aparecer por allí el pretor Publio Manlio Volsón con su ejército, dando un rodeo hacia el otro lado de la isla devastó el territorio de Cárales y regresó a África con toda clase de botín.

15 Aquel año fallecieron y fueron reemplazados varios sacerdotes romanos. Gayo Servilio fue elegido pontífice en sustitución de Tito Otacilio Craso, y Tiberio Sempronio Longo hijo de Tiberio fue elegido augur en sustitución de
16 Tito Otacilio Craso. Asimismo fue elegido decénviro de los sacrificios Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, para sustituir a Tiberio Sempronio Longo, hijo de Gayo. Fallecieron también Marco Marcio, rey de los sacrificios, y Marco Emilio Papo, curión máximo [118], y no se eligieron aquel año sacerdotes para ocupar sus plazas.

17 Además fueron censores aquel año Lucio Veturio Filón y Publio Licinio Craso, pontífice máximo. Craso Licinio no había sido cónsul ni pretor antes de ser elegido censor,
18 pasó directamente de edil a censor. Pero estos censores no actualizaron la lista de senadores ni hicieron ningún acto oficial: la muerte de Lucio Veturio puso fin a su man-
19 dato, con lo cual Licinio dimitió a su vez [119]. Los ediles curules Lucio Veturio [120] y Publio Licinio Varo continuaron un día más los Juegos Romanos. Los ediles plebeyos Quinto Cacio y Lucio Porcio Licino, con el dinero de las multas, dedicaron unas estatuas de bronce en el templo

[117] Olbia, en la costa nororiental (Terranuova), y Cárales (Cagliari) en el sur de Cerdeña, isla que fue conquistada por Roma después de la primera guerra púnica.

[118] Ver III 7, 6 y nota.

[119] Era el único cargo en que se cesaba por la muerte del colega.

[120] Sería cónsul en el año 206.

de Ceres e hicieron unos juegos magníficos con relación
a los recursos con que entonces se contaba.
A finales de aquel año, el legado de Escipión, Gayo 7
Lelio, llegó a Roma, a los treinta y tres días de su salida
de Tarragona. Cuando entró en la ciudad con una colum-
na de prisioneros atrajo una gran concurrencia de gente.
Recibido al día siguiente en el senado, informó de la toma 2
de Cartagena, capital de Hispania, en un solo día, y de
la reconquista de varias ciudades que se habían pasado al
enemigo, así como de la incorporación de otras nuevas co-
mo aliadas. De los prisioneros se obtuvieron informaciones 3
básicamente coincidentes con el contenido de la carta de
Marco Valerio Mesala [121]. Lo que más preocupó a los se-
nadores fue el paso de Asdrúbal a Italia, que ya tenía difi-
cultades para contener a Aníbal y su ejército. También 4
se presentó Lelio ante la asamblea del pueblo e hizo la
misma exposición detalladamente. El senado decretó un día
de acción de gracias por los éxitos obtenidos por Publio
Escipión y ordenó a Gayo Lelio que regresara cuanto antes
a Hispania con las naves que había traído. Siguiendo a 5
numerosos historiadores, he situado en este año la toma
de Cartagena, aun a sabiendas de que algunos dicen que
fue tomada al año siguiente, pero es que me parece menos 6
creíble que Escipión pasase un año entero en Hispania sin
hacer nada.

Asignación de provincias, nombramiento de curión y otros

El día quince de marzo, fecha en que 7
entraron en funciones los cónsules Quin-
to Fabio Máximo por quinta vez y Quin-
to Fulvio Flaco por la cuarta, se les asig-
nó a ambos Italia como provincia, pero
con el mando repartido en zonas distintas: Fabio operaría
en Tarento, Fulvio en la Lucania y el Brucio. A Marco 8

[121] Cf. 5, 8 y 10-13.

Claudio le fue prorrogado el mando por un año. Los pretores sortearon las provincias, correspondiendo la jurisdicción urbana a Gayo Hostilio Túbulo y la de extranjeros y la Galia a Lucio Veturio Filón, Capua a Tito Quincio
9 Crispino y Cerdeña a Gayo Aurunculeyo. Se repartieron las tropas entre las provincias como sigue: para Fulvio, las dos legiones urbanas que mandaba en Sicilia Marco Valerio Levino; para Fabio, las que había tenido a sus ór-
10 denes Gayo Calpurnio en Etruria; el ejército urbano sustituiría al de Etruria y Gayo Calpurnio mandaría esta misma provincia y su ejército; Tito Quincio se haría cargo de Capua y del ejército que había tenido a sus órdenes
11 Quinto Fulvio; Gayo Hostilio [122] recibiría del propretor Gayo Letorio la provincia y el ejército que en esos momentos se encontraba en Arímino. A Marco Marcelo se le asignaron las legiones con las que había operado siendo cónsul.
12 A Marco Valerio y Lucio Cincio —pues también a ellos se les prorrogó el mando en Sicilia— les fue asignado el ejército de Cannas, con instrucciones de completarlo con los soldados supervivientes de las legiones de Gneo Fulvio;
13 los cónsules los reunieron y los enviaron a Sicilia; se los obligó además a servir en las mismas condiciones ignominiosas en que servían los supervivientes de Cannas y los del ejército del pretor Gneo Fulvio, que el senado había enviado allá como represalia por una huida parecida.
14 A Gayo Aurunculeyo le fueron asignadas en Cerdeña las mismas legiones con que Publio Manlio Volsón había ocu-
15 pado dicha provincia. A Publio Sulpicio se le prorrogó el mando por un año, con orden de ocupar Macedonia con la misma legión y la misma flota. Se ordenó el envío de

[122] Debe de tratarse de una confusión de nombre de pretor, pues el urbano (Gayo Hostilio) debía permanecer en Roma.

treinta quinquerremes al cónsul Quinto Fabio, a Tarento,
desde Sicilia; se decidió que con el resto de la flota pasase 16
a saquear África el propio Marco Valerio Levino o enviase
a Lucio Cincio o bien a Marco Valerio Mesala, como él
prefiriera. En lo que se refiere a Hispania no se hizo 17
ningún cambio, salvo prorrogarle el mando a Escipión y
Silano no por un año sino hasta que el senado les mandase
volver [123]. Éste fue el reparto de las provincias y el mando
de los ejércitos para aquel año.

En medio de la preocupación por asuntos de mayor 8
trascendencia, la elección de curión máximo, pues había
que nombrar un sacerdote que sustituyera a Marco Emilio,
hizo resurgir los viejos enfrentamientos al negarse los 2
patricios a que se tomara en consideración la candidatura
del único plebeyo que se presentaba a la elección, Gayo
Mamilio Atelo, porque nadie que no fuera patricio había
ejercido antes aquel sacerdocio. Se apeló a los tribunos, 3
y éstos remitieron la cuestión al senado; el senado dejó
la decisión en manos del pueblo, y de esta forma Gayo
Mamilio Atelo fue el primer plebeyo elegido curión máximo.
Por otra parte, el pontífice máximo Publio Licinio obligó 4
a Gayo Valerio Flaco a dejarse consagrar flamen de Júpiter en contra de su voluntad. Para ocupar la plaza de Quinto
Mucio Escévola, que había fallecido, fue nombrado decénviro de los sacrificios Gayo Letorio. De buen grado habría 5
guardado silencio acerca del motivo de la consagración forzada del flamen si no se hubiese convertido en buena su
mala reputación. Gayo Flaco había sido elegido para flamen por el pontífice Publio Licinio debido a que vivía una
juventud ociosa y disipada y esos vicios lo habían hecho
odioso a su hermano Lucio Flaco y al resto de sus parientes.

[123] En cambio, en 22, 7, se dice que la prórroga fue de un año.

6 En cuanto lo absorbió la atención al culto y las ceremonias religiosas abandonó sus antiguas costumbres de forma tan repentina que no había entre todos los jóvenes ninguno que gozase de mayor estima entre los senadores princi-
7 pales, cercanos a él o no. Llevado por este reconocimiento unánime de su persona a una justificada confianza en sí mismo, reclamó un privilegio caído en desuso durante muchos años por la falta de dignidad de los flámenes anterio-
8 res: entrar en el senado. Cuando entró en la curia, el pretor Publio Licinio le hizo abandonarla y él apeló a los tribunos de la plebe. El flamen reivindicaba un antiguo derecho de su sacerdocio, concedido a este cargo a la vez
9 que la toga pretexta y la silla curul. El pretor pretendía que el derecho debería fundamentarse no en ejemplos sacados de los anales y caídos en desuso por su vetustez, sino en la práctica de las costumbres más recientes, y, que recordaran sus padres o sus abuelos, ningún sacerdote de Jú-
10 piter había ejercido semejante derecho. El dictamen de los tribunos fue que la caída en desuso del derecho por dejadez de los flámenes había ido en perjuicio personal de éstos, no de su sacerdocio; sin que ni siquiera el propio pretor se opusiera, fue admitido el flamen en el senado con grandes muestras de aprobación por parte del senado y de la plebe, y todos pensaban que había logrado aquel privilegio más por lo intachable de su conducta que por un derecho de su sacerdocio.

11 Antes de salir hacia sus provincias los cónsules alistaron dos legiones urbanas para reforzar con los hombres
12 necesarios el resto de los ejércitos. El cónsul Fulvio encargó al legado Gayo Fulvio Flaco —que era hermano suyo— de conducir a Etruria el ejército urbano del año anterior y a Roma las legiones que estaban en Etruria.
13 Por su parte, el cónsul Fabio encargó a su hijo Quinto

Máximo que llevara a Sicilia al procónsul Marco Valerio los supervivientes que se habían reunido del ejército de Fulvio, que eran cuatro mil trescientos cuarenta y cuatro, y recibir de él dos legiones y treinta quinquerremes. La re- 14
tirada de la isla de estas dos legiones no disminuyó en fuerzas reales ni aparentes las defensas de aquella provincia, pues aparte de las dos antiguas legiones, considerablemente 15
reforzadas, contaba además con un gran número de desertores númidas de infantería y caballería, y también se alistó como soldados a los sicilianos que habían militado en el ejército de Epicides o de los cartagineses, hombres que conocían bien la guerra. El procónsul incorporó dichas 16
tropas auxiliares extranjeras a cada una de las legiones romanas, manteniendo formalmente dos ejércitos. Con uno de ellos encargó a Lucio Cincio de la defensa de una parte de la isla, la que había ocupado el reino de Hierón; con el otro se encargaba personalmente de la defensa del 17
resto de la isla, separado en otro tiempo por los límites entre los dominios romano y cartaginés [124]; además había distribuido las setenta naves de la flota de forma que protegieran la costa en toda su extensión. Él recorría la 18
provincia con la caballería de Mútines para inspeccionar los campos tomando nota de cuáles estaban cultivados y cuáles sin cultivar, con el fin de felicitar o castigar, según el caso, a sus propietarios. Gracias a esta vigilancia se 19
produjo trigo suficiente como para enviar a Roma y además almacenarlo en Catania a fin de que pudiese abastecerse de allí el ejército que iba a pasar el verano acampado cerca de Tarento.

[124] Como no hay ningún dato referente a esta división de la isla, se han propuesto explicaciones diversas, una de ellas que Livio escribe «romano» en lugar de «griego».

9 *Rebelión de doce de las treinta colonias latinas*

Pero los soldados deportados a Sicilia, la mayoría de ellos de la confederación latina y de pueblos aliados, estuvieron a punto de provocar una grave revuelta: tanto dependen con frecuencia los gran-
2 des acontecimientos de hechos poco importantes. Comenzaron a oírse quejas, en efecto, en las reuniones de los latinos y los aliados, porque llevaban nueve años con la sangría de las levas y el dinero para la paga del ejército; casi todos los años se sufría un grave revés en el campo
3 de batalla; unos morían en el frente, a otros se los llevaba la enfermedad; perdían más ciudadanos cuando eran movilizados por los romanos que cuando los hacían prisioneros los cartagineses, pues el enemigo los devolvía gratis a su patria mientras que los romanos los deportaban fuera
4 de Italia, al exilio más que al servicio militar; allí se hacían viejos desde hacía ya siete años los soldados de Cannas, y morirían antes de que el enemigo, en esos momentos más
5 pujante de fuerzas que nunca, saliera de Italia. Si los soldados antiguos no regresaban a la patria y se reclutaban otros nuevos, en poco tiempo no quedaría nadie; era preciso, por consiguiente, negarle al pueblo romano lo que la propia realidad le iba a negar en breve, antes de verse reducidos a una absoluta carencia de población y de recur-
6 sos. Si los romanos veían a los aliados de acuerdo en este punto, con toda seguridad pensarían en llegar a un acuerdo de paz con los cartagineses; en caso contrario, mientras Aníbal estuviese vivo, Italia estaría siempre en guerra. Esto se decía en las reuniones.

7 Las colonias romanas eran entonces treinta. Todas tenían delegaciones en Roma, y doce de ellas dijeron a los cónsules que no tenían de donde sacar ni soldados ni dinero. Fueron éstas Árdea, Nepete, Sutrio, Alba, Carséolos,

Sora, Suesa, Circeyos, Secia, Cales, Narnia e Interamna.
Sorprendidos por esta actitud inesperada, los cónsules, en 8
su deseo de hacerles volverse atrás de tan inadmisible deci-
sión, pensaron que adelantarían más con amenazas y recri-
minaciones que tratándolos con suavidad, y les dijeron que 9
habían tenido la osadía de decirles a los cónsules algo que
los cónsules no podrían decidirse a repetir ante el senado,
pues aquello no era una negativa a sus obligaciones milita-
res sino una rebelión declarada contra el pueblo romano;
que se apresurasen, por tanto, a volver a sus colonias y 10
tratasen el asunto con sus conciudadanos como si se plan-
tease por vez primera y se hubiera comentado pero no to-
mado una decisión sobre un delito tan grave. Que les re-
cordaran que ellos no eran campanos ni tarentinos, sino
romanos, oriundos de Roma, enviados desde Roma a las 11
colonias, al territorio conquistado militarmente, para ha-
cer más grande su estirpe. Estaban tan obligados con los
romanos como los hijos con sus padres si es que les queda-
ba algún afecto filial, un recuerdo de su antigua patria.
Que volvieran por tanto a debatir la cuestión, pues lo 12
que entonces de forma precipitada habían planeado era tan-
to como traicionar al imperio romano, como entregarle a
Aníbal la victoria. A pesar de que durante largo tiempo 13
primero un cónsul y después el otro argumentaron en este
sentido, los delegados se mantuvieron en sus trece, dijeron
que ellos no tenían nada que volver a comunicar a su pa-
tria ni nada que consultar de nuevo a su senado, puesto
que no había ni soldados que reclutar ni dinero que apor-
tar para su paga. Viéndolos empecinados, los cónsules 14
trasladaron el asunto al senado, donde cundió el pánico
de tal forma que una gran parte de sus miembros decían
que el imperio estaba acabado: las demás colonias harían

otro tanto, y lo mismo los aliados, que se habían puesto
todos de acuerdo para entregarle Roma a Aníbal.
10 Los cónsules trataban de animar y confortar al senado
y decían que las otras colonias se mantendrían fieles a su
antiguo deber, y que incluso aquellas que habían faltado
a él tendrían respeto al imperio si se enviaban diputados
2 a dichas colonias no a suplicar sino a amenazar. El senado
los autorizó a tomar y poner en práctica cuantas medidas
estimasen conformes a los intereses del Estado, y después
de sondear la actitud de las otras colonias citaron a sus
delegados y les preguntaron si tenían preparados los solda-
3 dos conforme al texto acordado. Marco Sextilio Fregelano
respondió, en nombre de las dieciocho colonias, que esta-
ban preparados los soldados estipulados en el acuerdo, que
4 suministrarían más si se necesitaban más, y que pondrían
todo su empeño en hacer cualquier otra cosa que ordenase
y quisiese el pueblo romano, que para ello no les faltaban
5 recursos y les sobraba voluntad. Los cónsules les respon-
dieron que su propia voz les parecía poca cosa para felici-
tarlos como se merecían si el senado en pleno no les daba
las gracias en la curia, y los invitaron a acompañarles al
6 senado. El senado se dirigió a ellos en los términos más
honoríficos que cabía y encargó a los cónsules de presen-
tarlos también ante el pueblo y recordarle el servicio que
acababan de prestarle al Estado, uno más entre los muchos
e insignes que les habían prestado a ellos y a sus antepasa-
7 dos. Que ni siquiera ahora, después de tantos siglos, se
silencien sus nombres ni se les prive de la gloria que les
corresponde: fueron Signia, Norba, Satícula, Fregelas, Lu-
ceria, Venusia, Brundisio, Adria, Firmo y Arímino [125],

[125] Enumeradas casi por orden de año de fundación, desde el 495 (Signia y Norba) hasta el 246 (Brundisio).

y en el otro mar, Poncias, Pesto y Cosa, y en el interior, 8
Benevento, Esernia, Espoleto, Placencia y Cremona [126].
El imperio romano se mantuvo entonces en pie gracias a 9
la colaboración de estas colonias, y se les dieron las gracias
en el senado y ante el pueblo. El senado prohibió men- 10
cionar a las otras doce colonias que rehusaron obedecer,
y también que los cónsules despidieran o retuvieran o llamaran a sus delegados. Este sistema de castigarlos con el silencio pareció el más acorde con la dignidad del pueblo romano.

Mientras los cónsules hacían los preparativos necesa- 11
rios para la guerra se acordó sacar el oro de las vicésimas [127] que se guardaba en el tesoro público más intocable
para casos extremos. Se sacaron cerca de cuatro mil libras 12
de oro. De ellas se les dieron quinientas libras a cada uno de los cónsules y de los procónsules Marco Marcelo y Publio Sulpicio y al pretor Lucio Veturio, al cual le había
tocado en suerte la provincia de la Galia; el cónsul Fabio 13
recibió además un suplemento de cien libras de oro destinadas a la ciudadela de Tarento; el oro restante se empleó para pagar al contado la adquisición de ropa para el ejército que hacía la guerra en Hispania ganando buena fama junto con su general.

Se acordó también expiar los portentos antes de que los 11
cónsules se marcharan de Roma. En el monte Albano 2
habían sido alcanzados por un rayo una estatua de Júpiter y un árbol próximo al templo, igual que el lago de Os-

---

[126] Por estricto orden cronológico, desde el 313 (Poncias) hasta el 218 (Placencia y Cremona).

[127] El impuesto del 5% que se pagaba en las manumisiones. Reserva de oro en barras que se guardaba en el *aerarium sanctius* para casos de emergencia grave.

tia [128], y la muralla y el templo de la Fortuna en Capua y la muralla y una puerta en Sinuesa habían sido también
3 alcanzados por rayos. También contaban algunos que el agua del lago Albano había manado [129] teñida de sangre, y que en Roma, en el interior del santuario del templo de la Buena Fortuna, una estatuilla de la corona de la diosa se le había caído por sí sola desde la cabeza a la mano.
4 En Priverno se había constatado que había hablado un buey, y que un buitre había ido a posarse sobre una tienda cuando el foro estaba lleno de gente, y en Sinuesa había nacido una criatura de sexo ambiguo, mitad masculino y
5 mitad femenino, lo que vulgarmente se llama un andrógino empleando la lengua griega, que suele prestarse más a la formación de palabras compuestas; y había llovido leche, y había nacido un niño con cabeza de elefante.
6 Estos portentos fueron expiados con víctimas mayores y se decretó un día de rogativas y súplicas en todos los altares; también se decretó que el pretor Gayo Hostilio prometiese con voto y celebrase los Juegos Apolinares como se había hecho en aquellos últimos años.

7 Por aquellos días el cónsul Quinto Fulvio convocó también los comicios para la elección de censores. Fueron elegidos dos que aún no habían sido cónsules, Marco Cor-
8 nelio Cetego y Publio Sempronio Tuditano. Por iniciativa del senado se propuso al pueblo, y el pueblo lo sancionó, que estos censores arrendaran para su cultivo el campo de Capua.

9 La revisión de la lista de senadores se retrasó debido a un enfrentamiento entre los censores a propósito de la

[128] No hay otras referencias acerca de tal lago. Puede tener el significado de colector de una fuente pública. Cf. también el sentido de *lacus* en XXXIX 44, 5.

[129] Cf. V 16, 9.

designación del cabeza de lista. Le correspondía a Sempro- 10
nio hacer el nombramiento, pero Cornelio decía que se de-
bía seguir la costumbre que venía de los antepasados y nom-
brar cabeza de lista al más antiguo de los excensores vivos;
éste era Tito Manlio Torcuato. Sempronio sostenía que 11
a quien los dioses le habían concedido en el sorteo el dere-
cho a elegir, esos mismos dioses le habían dado el derecho
de elegir libremente; que él lo iba a hacer siguiendo su
propio criterio, y pensaba elegir a Quinto Fabio Máximo,
y que estaba dispuesto a demostrar que incluso a juicio
de Aníbal era el primer ciudadano de Roma. Después de 12
un largo debate su colega cedió, y Sempronio eligió al cón-
sul Quinto Fabio Máximo para encabezar la lista del sena-
do. A continuación se hizo la lista del resto de senadores
quedando excluidos ocho, entre los que estaba Marco Ce-
cilio Metelo, tristemente famoso por su propuesta de aban-
donar Italia [130] tras la derrota de Cannas. El mismo cri- 13
terio se siguió para excluir a los miembros del orden
ecuestre, pero eran realmente pocos los afectados por di-
cha nota infamante. Fueron privados de los caballos los 14
supervivientes de las legiones de Cannas que se hallaban
en Sicilia sirviendo en caballería, que eran muchos. La du-
reza de esta medida se incrementó con la prolongación del
servicio: no les contarían los años de servicio prestados
con caballo del Estado, y servirían diez años con caballo
propio. Los censores hicieron además una cuidadosa y 15
extensa relación de todos los que debían servir en caballe-
ría, y de éstos, a los que tenían diecisiete años al iniciarse
aquella guerra y no habían hecho el servicio militar los
redujeron al estado de ciudadanos sin voto. Después adjudi- 16
caron la reconstrucción de los edificios que había destrui-

[130] Cf. XXII 53, 5.

do el fuego alrededor del foro: siete tiendas, el mercado
de abastos y el Atrio Regio [131].

Marcelo persigue a Aníbal, arenga a sus hombres y consigue una victoria

12 Cumplido todo lo que había que hacer
en Roma, los cónsules salieron para el
2 frente. Primero se adelantó Fulvio hasta
Capua, y a los pocos días le dio alcance
Fabio; urgió éste a su colega de viva voz
y a Marcelo por carta a mantener aleja-
do a Aníbal con una durísima ofensiva
3 mientras él atacaba Tarento; cuando se le quitase esta
ciudad a un enemigo rechazado ya en todos los frentes
y que no tenía dónde hacer alto ni dónde volver la vista
y encontrar alguna lealtad, tampoco tendría motivo, sin
4 duda, para permanecer en Italia. También envió un men-
sajero a Regio, al prefecto de la guarnición apostada allí
5 por el cónsul Levino frente a los brucios, ocho mil hom-
bres en su mayor parte traídos de Agatirna, de Sicilia, co-
mo ya se ha dicho [132], habituados a vivir de la rapiña.
A éstos se habían sumado fugitivos de aquella zona, del
Brucio, igualmente osados y constreñidos a intentar cual-
6 quier cosa. Dio orden de llevar a esta partida primero
a devastar el territorio brucio y después a atacar la ciudad
de Caulonia [133]. Cumplieron las órdenes recibidas con pron-
titud e incluso con avidez, y después de despojar y disper-
sar a los agricultores se disponían a atacar la ciudad con
la mayor violencia.

7 Marcelo, animado por la carta del cónsul y en parte
también porque había llegado al convencimiento de que
aparte de él no había ningún otro general que se pudiera

[131] Véase XXVI 27, 2 ss.

[132] Ver XXVI 40.

[133] Al norte de Locros, en la costa.

parangonar con Aníbal, en cuanto hubo en los campos forraje suficiente abandonó los cuarteles de invierno y salió hacia Canusio [134] al encuentro de Aníbal. El cartaginés 8
trataba de inducir a los canusinos a pasarse a su bando, pero nada más oír que se acercaba Marcelo levantó de allí su campamento. La región era abierta, sin escondrijo alguno para una emboscada, por eso inició una retirada hacia zona montañosa. Marcelo le iba pisando los talones, situa- 9
ba el campamento frente por frente del suyo, y en cuanto finalizaba los trabajos defensivos formaba sus legiones en orden de combate. Aníbal entraba en pequeñas escaramuzas con algún escuadrón de caballería o con los lanzadores de infantería, pero no consideraba necesario arriesgarse a una batalla general. Se vio arrastrado, sin embargo, al 10
tipo de combate que trataba de evitar. Una noche, cuando se había adelantado, le dio alcance Marcelo en una zona abierta y llana y cuando estaba asentando el campamento le impidió continuar los trabajos atacando desde todas las direcciones a los zapadores. Se entabló así un combate con la totalidad de las tropas, y cuando ya la noche se echaba encima se separaron sin que se hubiera decidido el resultado. Antes del anochecer se atrincheraron a toda prisa los campamentos, muy poco distantes uno del otro. Al día 11
siguiente al rayar el alba formó Marcelo sus tropas en orden de combate; Aníbal no rehuyó la confrontación, dirigiendo antes una larga arenga a sus hombres para que se acordaran de Trasimeno y Cannas y quebraran la arrogancia del enemigo que les acosaba y se les echaba encima 12
y no les dejaba marchar tranquilos, ni acampar, ni respirar, ni mirar a su alrededor; un día tras otro tenían que ver simultáneamente la salida del sol y la formación de

[134] Canosa.

combate de los romanos en la llanura; si de un solo
combate el enemigo no salía sin derramar su sangre, en
adelante se tomaría la guerra con más calma y tranquili-
13 dad. Enardecidos con esta arenga y al propio tiempo can-
sados de la insolencia de un enemigo que todos los días
los acosaba y provocaba, entablaron el combate con gran
14 fuerza. La lucha duró más de dos horas. Después comen-
zaron a ceder terreno por parte romana el ala derecha de
la caballería y las fuerzas auxiliares. En cuanto Marcelo
15 lo vio, pasó la legión decimoctava a primera línea. Mientras
unos retrocedían en desorden y los otros los reemplazaban
sin demasiadas prisas se desorganizó todo el frente, des-
pués se rompió por completo, y al ser más fuerte el miedo
16 que la vergüenza emprendieron la huida. Cayeron en la
batalla y durante la huida unos dos mil setecientos entre
ciudadanos y aliados, entre ellos cuatro centuriones roma-
nos y dos tribunos militares, Marco Licinio y Marco Hel-
17 vio. Se perdieron cuatro enseñas militares del ala que
inició la huida y dos de la legión que reemplazó a los alia-
dos cuando retrocedían.

13 Después de regresar al campamento, Marcelo dirigió
a la tropa una arenga tan dura y tan acre que el discurso
de su irritado general fue para ellos más amargo que el
día entero de infausto combate que habían soportado.
2 «Doy gracias a los dioses inmortales» —dijo— «y los ala-
bo, habida cuenta de las circunstancias, porque el enemigo
no atacó también el campamento cuando vosotros os pre-
cipitabais con semejante pánico sobre la empalizada y las
puertas; sin duda habríais abandonado el campamento con
3 el mismo miedo con que dejasteis de luchar. ¿Qué miedo,
qué terror, qué repentino olvido de quiénes erais y contra
quiénes luchabais es este que hizo presa en vuestros áni-
mos? Sin duda estos enemigos son los mismos que os pa-

sasteis el último verano venciendo y persiguiendo una vez
vencidos, a los que durante estos últimos días pisasteis 4
los talones en su huida día y noche, a los que agotasteis
con tantos pequeños combates, a los que ayer no dejasteis
marchar ni acampar. Pero paso por alto aquello de lo que 5
podéis enorgulleceros; me referiré a aquello de lo que de-
béis estar avergonzados y pesarosos. El caso es que ayer
la batalla estaba equilibrada cuando la interrumpisteis.
¿Qué ha supuesto de nuevo la noche pasada, el día de 6
hoy? ¿Han disminuido en ese tiempo vuestras fuerzas, o
se han acrecentado las suyas? Realmente me parece que
no estoy hablando con mi ejército ni con soldados roma-
nos; sólo sus cuerpos y sus armas son los mismos. ¿Acaso, 7
si hubieseis tenido los mismos ánimos, os habría visto la
espalda el enemigo? ¿Le habría arrebatado las enseñas a
algún manípulo o alguna cohorte [135]? Hasta ahora se ufa-
naba de haber destruido legiones romanas; vosotros por
primera vez le habéis concedido hoy la gloria de poner en
fuga a un ejército». En ese momento se alzó un clamor 8
pidiendo que les concediera perdón por ese día, que pusie-
ra después a prueba cuando quisiese el valor de sus solda-
dos. «Y tanto que lo haré, soldados» —dijo—, «y mañana
os conduciré al campo de batalla para que como vencedo-
res, y no como vencidos, consigáis el perdón que ahora
pedís». A las cohortes que habían perdido las enseñas 9
dio orden de que se les diera cebada, y a los centuriones
de los manípulos a los que les habían quitado las enseñas
mandó ponerlos a un lado con las espadas desenvainadas
y sin cinturón; y ordenó que todos, los de a pie y los de
a caballo, se presentasen armados al día siguiente. Con 10

[135] Portaban enseña, en esta época, los manípulos en el caso de la legión y las cohortes en el caso de los aliados.

esto se disolvió la asamblea de los soldados, los cuales re-
conocían que habían sido justa y merecidamente reprendi-
dos y que aquel día en el ejército romano sólo había habi-
do un hombre, el general, al que tenían que dar satisfac-
ción con la muerte o con una brillante victoria.

11 Al día siguiente se presentan equipados, tal como se
había ordenado. El general los felicita y anuncia su inten-
ción de colocar en primera línea a los que iniciaron la hui-
da el día anterior y a las cohortes que perdieron las ense-
12 ñas; manifiesta que todos tienen ahora la obligación de
luchar y vencer, que individual y colectivamente deben em-
plearse a fondo para evitar que la noticia de la derrota
del día anterior llegue a Roma antes que la de su victoria
13 de ese día. A continuación se les dio orden de tomar
alimento para tener reserva de energías si la batalla se pro-
longaba, y una vez dicho y hecho todo aquello que contri-
buía a poner en tensión los ánimos de los soldados se for-
maron en orden de combate.

14 Cuando se informó de ello a Aníbal, comentó: «Real-
mente nos las vemos con un enemigo que no es capaz de
soportar ni la buena ni la mala fortuna. Si vence, acosa
sin piedad a los vencidos; si es derrotado, reemprende la
2 lucha contra su vencedor». Inmediatamente mandó dar la
señal y alineó sus tropas. Se peleó por ambas partes con
bastante más dureza que el día anterior, empeñados los
cartagineses en consolidar la victoria de la víspera y los
3 romanos en borrar su ignominia. En el lado romano com-
batían en primera línea el ala izquierda de la caballería
y las cohortes que habían perdido las enseñas, con la le-
4 gión decimoctava formada a la derecha. Los legados Lucio
Cornelio Léntulo y Gayo Claudio Nerón mandaban las alas;
Marcelo sostenía el centro como animador y como testigo
5 presencial. Por parte de Aníbal ocupaban la primera línea

los hispanos, que eran lo más sólido de todo su ejército.
Como el combate se mantenía incierto después de largo 6
tiempo, Aníbal hizo avanzar a primera línea a los elefantes
por si esta maniobra podía provocar el pánico y la confu-
sión en alguna medida, y al principio descompusieron las 7
enseñas y las filas, en parte pisoteando y en parte disper-
sando presa del pánico a los que estaban a su alrededor,
y dejaron desguarnecido uno de los flancos de la forma-
ción; el movimiento de fuga se habría extendido más 8
si el tribuno militar Gayo Decimio Flaco no hubiera arre-
batado la enseña del primer manípulo de lanceros orde-
nando a sus hombres que lo siguieran. Los condujo hasta
donde los elefantes en masa sembraban la confusión y or-
denó disparar contra ellos las jabalinas. Las armas arro- 9
jadizas dieron todas en el blanco, pues no resultaba difícil
el lanzamiento desde cerca sobre semejantes moles, tan api-
ñadas además en esos momentos. Pero si bien no todos
resultaron heridos, aquellos en cuya grupa quedaron clava-
dos los venablos emprendieron la huida y, como es una
especie muy cambiante, arrastraron consigo también a los
que no estaban heridos. Entonces no fue ya un solo ma- 10
nípulo el que disparaba sus jabalinas sino todos los solda-
dos por iniciativa propia siempre y cuando pudieran seguir
la marcha de la manada de elefantes fugitivos. Con ello
las bestias se precipitaron con mayor ímpetu sobre los su-
yos causando mayores estragos de los que habían causado
entre el enemigo, porque la bestia aterrorizada es arrastra-
da por el pánico de forma más incontrolada que cuando
la gobierna un guía sentado sobre ella. La infantería ro- 11
mana se lanza sobre el ejército convulsionado por el paso
de los elefantes y sin mayor esfuerzo lo dispersa y lo pone
en fuga presa del pánico. Marcelo lanza entonces la caba- 12
llería tras los fugitivos y sólo se pone fin a la persecución

cuando, despavoridos, son rechazados hasta el campamento. 13 Aparte de los otros motivos de pánico y confusión, se cayeron además dos elefantes en la puerta misma y los soldados se veían forzados a salvar el foso y la empalizada para precipitarse en el campamento. Fue allí donde se produjo la mayor matanza de enemigos: fueron muertos cerca 14 de ocho mil hombres, y cinco elefantes. Tampoco para los romanos fue incruenta la victoria: murieron cerca de mil setecientos de las dos legiones y más de mil trescientos aliados; los heridos, tanto ciudadanos como aliados, fue- 15 ron muy numerosos. La noche siguiente Aníbal levantó el campamento; Marcelo quería ir tras él, pero se lo impidió el gran número de heridos.

El cónsul Fabio recupera Tarento. Emboscada de Aníbal

15 Los exploradores enviados en seguimiento de la columna volvieron al día siguiente con la noticia de que Aníbal se dirigía al Brucio.

2 Más o menos por las mismas fechas se rindieron al cónsul Quinto Fulvio los hirpinos, los lucanos y los volceyentes [136] entregándole las guarniciones de Aníbal que tenían en sus ciudades, y el cónsul los acogió con clemencia, limitándose a unas pala- 3 bras de reconvención por su pasado descarrío. También a los brucios se les dieron parecidas esperanzas de perdón cuando vinieron en representación suya los hermanos Vibio y Pacio, las personas más nobles de su pueblo con diferencia, a pedir las mismas condiciones que se les habían concedido a los lucanos para rendirse.

4 El cónsul Quinto Fabio tomó al asalto la plaza de Manduria [137], en territorio salentino. En ella se cogieron cerca

[136] Esta importante población (Vulci) estaba en Lucania, aunque aquí parece aparte de los lucanos.

[137] Al este de Tarento, a unos treinta Kms.

de cuatro mil prisioneros y otro botín en cantidad considerable. De allí partió hacia Tarento y acampó a la entrada
misma del puerto. En parte de las naves que había tenido 5
Levino para proteger la llegada de suministros cargó artillería y material para atacar las murallas, y en otras, ballestas y piedras y toda clase de proyectiles, incluso en las
naves de carga, no sólo en las de remo, con el propósito 6
de que unos acarreasen hacia las murallas las escalas y la artillería y otros hostigasen a distancia, desde las naves,
a los defensores de las murallas. Se equiparon y alistaron 7
estas naves para atacar la ciudad desde mar abierto. El mar, por otra parte, estaba libre, pues la flota cartaginesa había sido trasladada a Corcira porque Filipo se disponía
a atacar a los etolios. Entretanto, en el Brucio, los que 8
asediaban Caulonia, ante la llegada de Aníbal temieron verse aplastados y se retiraron a una loma donde de momento estaban a cubierto de un ataque, aunque no ofrecía ninguna otra ventaja.

Un incidente apenas digno de mención ayudó a Fabio, 9
en su asedio de Tarento, a una importante conquista. Tenían los tarentinos una guarnición de brucios que les había proporcionado Aníbal. El prefecto de dicha guarnición estaba perdidamente enamorado de una mujer cuyo herma-
no servía en el ejército del cónsul Fabio. Enterado éste 10
por una carta de su hermana de su nueva relación con un rico extranjero tan considerado entre los suyos, concibió esperanzas de poder llevar a donde quisiera al amante de su hermana por mediación de ésta y comunicó al cónsul
las expectativas que tenía. Como la idea no parecía des- 11
cabellada, se le dieron instrucciones para que entrase en Tarento como desertor; se ganó la confianza del prefecto gracias a su hermana y empezó por sondear cuidadosamente su carácter; después, cuando tuvo pruebas suficien-

tes de su ligereza, por medio de los halagos de la mujer lo indujo a traicionar la custodia de la posición que tenía
12 a su cargo. Una vez acordados la manera y el momento de llevar la acción adelante, el soldado salió de noche furtivamente de la ciudad por un espacio no cubierto por los puestos de guardia e informó al cónsul de lo que había hecho y de lo que había quedado de acuerdo en hacer.
13 Durante el primer relevo de la guardia dio Fabio la señal a los que estaban en la ciudadela y a los que estaban de guardia en el puerto y él rodeó el puerto y tomó posi-
14 ciones en el lado oeste de la ciudad sin ser visto. A continuación sonaron las trompetas simultáneamente en la ciudadela, en el puerto y en las naves que habían avanzado desde alta mar; intencionadamente se organizó un griterío y un enorme alboroto en todos aquellos puntos donde era
15 menor el peligro. Mientras tanto el cónsul mantenía a sus hombres en silencio. Consiguientemente, Demócrates, que anteriormente había sido prefecto de la flota y casualmente tenía a su cargo aquel sector, al ver que alrededor suyo todo estaba tranquilo y que en otros sectores retumbaba un alboroto como cuando estallan gritos intermitentes al
16 ser tomada una ciudad, temiendo que mientras él andaba con dudas el cónsul lanzase algún ataque directo, se llevó a sus hombres hacia la ciudadela, de donde llegaba el es-
17 trépito más alarmante. Cuando por el tiempo transcurrido y por el propio silencio —puesto que no se oía voz alguna allí donde poco antes todo eran ruidos dando la alarma y llamando a las armas— Fabio comprendió que se habían alejado los que estaban de guardia, mandó arrimar las escalas al tramo de muro donde el promotor de la traición había dicho que estaría de guardia la cohorte de los bru-
18 cios. Fue allí donde primero se tomó la muralla, ayudándoles y dejándoles entrar los brucios, y se pasó a la ciudad;

después también se forzó la puerta más próxima para que
entrase una nutrida columna. Entonces se alzó el grito de 19
combate, llegaron hasta el foro casi al despuntar el día
sin encontrar ninguna resistencia armada, y sobre ellos se
lanzaron desde todas partes todos los que combatían en
la ciudadela y en el puerto.
A la entrada del foro se entabló un combate más 16
violento que prolongado. Los tarentinos eran inferiores a
los romanos en coraje, armas, técnica de combate, vigor
y fuerza física. De modo, pues, que únicamente lanzaron 2
las jabalinas y casi sin entrar en combate volvieron la es-
palda y se dispersaron por las bien conocidas calles de la
ciudad hacia sus casas y las de sus amigos. Dos de sus 3
jefes, Nicón y Demócrates, cayeron peleando valientemen-
te. Filémeno, promotor de la idea de pasarse a Aníbal,
se alejó del combate al galope de su caballo, y poco des- 4
pués el caballo fue visto vagando por la ciudad, pero no
se encontró su cuerpo por ninguna parte; la creencia gene-
ralizada era que se había precipitado desde el caballo a
un pozo abierto. A Cartalón, el prefecto de la guarnición 5
cartaginesa, lo mató un soldado con el que se encontró
cuando se dirigía, sin armas, al cónsul para recordarle la
hospitalidad que unía a sus padres. Otros soldados dieron 6
muerte indiscriminadamente a los que estaban armados y
a los que no, cartagineses y tarentinos por igual. También
fueron muertos a mansalva muchos brucios, bien por equi-
vocación o bien por el odio arraigado desde antiguo contra
ellos, o para acallar los rumores de la traición, dando más
bien la impresión de que Tarento había sido tomada por
la fuerza de las armas. A la matanza siguió el saqueo de 7
la ciudad. Dicen que fueron cogidos treinta mil esclavos,
una enorme cantidad de plata labrada o acuñada, tres mil
ochenta libras de oro, y casi tantas estatuas y cuadros co-

8 mo los que adornaban Siracusa. Pero Fabio fue más
magnánimo que Marcelo a la hora de respetar esa clase
de botín; cuando un escriba le preguntó qué quería que
se hiciera con unas estatuas de gran tamaño —se trataba
de dioses representados en actitud de combate, cada uno
con sus atributos—, ordenó dejarles a los tarentinos sus
9 dioses, airados con ellos. Después fue derruido y con-
vertido en escombro el muro que separaba la ciudad de
la ciudadela.

Mientras se desarrollaban estos hechos en Tarento, Aní-
bal, después de recibir la rendición de los que sitiaban Cau-
10 lonia, enterado del ataque a Tarento se apresuró a acudir
en su ayuda marchando día y noche a toda velocidad; y
cuando supo que la ciudad había caído dijo: «Los roma-
nos tienen también su propio Aníbal; hemos perdido Ta-
rento por el mismo procedimiento con que la habíamos
11 tomado». No obstante, para que su cambio de sentido en
la marcha no pareciera una huida, acampó en el lugar donde
había hecho alto, a unas cinco millas de la ciudad. Se que-
12 dó allí unos pocos días y se retiró a Metaponto. Desde
aquí le envió a Fabio, a Tarento, dos metapontinos con
una carta de los principales de la ciudad, para obtener del
cónsul garantías de que no habría represalias por su com-
portamiento anterior si entregaban Metaponto junto con
13 la guarnición cartaginesa. Fabio, convencido de que era
verdad lo que le proponían, fijó la fecha en que se presen-
taría en Metaponto y entregó una carta para los principa-
14 les, carta que le fue entregada a Aníbal. Francamente
satisfecho por el éxito del engaño, pues hasta Fabio había
caído en la trampa, preparó una emboscada no lejos de
15 Metaponto. Cuando Fabio consultó los auspicios antes de
marchar de Tarento, las aves no le fueron favorables ni
la primera vez ni la segunda. Consultó también a los dio-

ses sacrificando una víctima, y el arúspice anunció que había que prevenirse contra un ardid y una emboscada del
enemigo. Los metapontinos enviados de nuevo, en vista de 16
que no se presentaba en la fecha señalada, para animarlo si andaba remiso, fueron detenidos de pronto y desvelaron la celada por temor a un interrogatorio más duro.

Campaña en Hispania. Victoria de Escipión sobre Asdrúbal en Bécula

A principios del verano en que ocurría 17
todo esto, Publio Escipión, en Hispania [138], después de dedicar todo el invierno a ganarse la voluntad de los bárbaros a base, en parte, de regalos y en parte de devolver los rehenes y los prisioneros, recibió la visita de Edescón, jefe renombrado entre los
hispanos. Su mujer y sus hijos estaban en poder de los 2
romanos; pero aparte de esta circunstancia lo había impulsado también una especie de inclinación espontánea que había hecho volverse a Hispania entera del dominio cartaginés hacia el romano. La misma razón tuvieron Indíbil 3
y Mandonio, los hombres más importantes sin duda de toda Hispania, para abandonar a Asdrúbal junto con todos sus paisanos y retirarse a unas alturas que dominaban su campamento desde las que podían llegar sin riesgo hasta los romanos a través de una cadena ininterrumpida de montañas. Viendo Asdrúbal que las fuerzas del enemigo se 4
incrementaban y las suyas disminuían de forma tan considerable y que si no ponía en marcha algún golpe de audacia se precipitarían por el camino iniciado, decidió presentar batalla cuanto antes. Más ávido aún de combate estaba 5
Escipión, porque sus esperanzas aumentaban con el éxito de sus acciones y también porque prefería luchar contra un solo ejército y un solo general, antes de que se unieran

[138] Vuelve el relato al final del libro XXVI.

los ejércitos enemigos, en vez de hacerlo contra todos a
6 la vez. Sin embargo, por si tenía que combatir con muchos al mismo tiempo, había incrementado sus fuerzas con un hábil recurso. En efecto, viendo que las naves no eran de ninguna utilidad porque toda la costa de Hispania estaba libre de flotas cartaginesas, varó las naves en Tarragona
7 e incorporó las tripulaciones a las tropas de tierra. Además tenía armas suficientes con las que había tomado en Cartagena y las que había hecho fabricar tras la toma de ésta encerrando a tan elevado número de obreros.

8 Con estas tropas salió Escipión de Tarragona a principios de la primavera, pues ya había regresado de Roma Lelio, sin el cual no quería emprender ninguna acción im-
9 portante, y marchó directamente hacia el enemigo. Todo estaba tranquilo por donde avanzaba recibido y escoltado por los aliados de cada pueblo cuyos confines atravesaba, y entonces salieron a su encuentro Indíbil y Mandonio con
10 sus tropas. Habló Indíbil en nombre de los dos, y no al estilo necio e imprudente de un bárbaro sino más bien con respeto y ponderación, más atento a justificar como necesario su cambio de bando que a ufanarse de haber aprove-
11 chado la primera oportunidad para hacerlo; él sabía, en efecto, que la denominación de tránsfuga les resultaba odiosa a los aliados antiguos y sospechosa a los nuevos, y no censuraba esta costumbre universal siempre que no fuese la palabra sino la causa lo que produjera la doble
12 odiosidad. Recordó a continuación sus servicios a los generales cartagineses y la avaricia, la prepotencia y los desafueros de todo tipo por parte de éstos con respecto a él y sus
13 compatriotas; sólo físicamente, por tanto, había estado con ellos hasta ese momento; moralmente estaba desde hacía tiempo ya allí donde creía que se respetaba el derecho y la justicia. También aquellos que no pueden soportar la

violencia y las injusticias de los hombres buscan, suplican-
tes, refugio en los dioses; a Escipión le pedían que el 14
haber ellos cambiado de bando no se les tuviera en cuenta
ni como un delito ni como un mérito; que valorase su co-
laboración según las pruebas que tuviera de la misma a
partir de ese día.

El romano responde que así lo hará, sin duda, y que 15
no considerará tránsfugas a quienes no dieron validez a
una alianza en la que no había nada sagrado, ni divino
ni humano. Sus mujeres e hijos fueron conducidos entonces 16
a su presencia y les fueron devueltos mientras ellos llora-
ban de alegría. Se les dio hospitalidad aquel día, y al día 17
siguiente se selló el compromiso con un tratado y se les
envió a buscar sus tropas. En adelante plantaban sus tien-
das en el mismo campamento hasta que se llegó, con ellos
como guías, a la vista del enemigo.

El ejército cartaginés más próximo, el de Asdrúbal, 18
estaba cerca de la ciudad de Bécula [139]. Delante del cam-
pamento tenían avanzadillas de caballería. Los escaramu- 2
ceadores, las tropas de vanguardia y las que iban a la ca-
beza de la columna, sobre la marcha y antes de buscar
emplazamiento para el campamento, lanzaron un ataque
contra éstas tomándolas tan poco en serio que no había
duda sobre cuál era la moral de uno y otro bando. Los 3
jinetes fueron rechazados en una huida atropellada hasta
el campamento, y las enseñas romanas llegaron casi hasta
las mismas puertas. Aquel día simplemente se avivó el 4
espíritu de combate y los romanos acamparon. Por la 5
noche Asdrúbal replegó sus tropas a una altura que tenía
una explanada en la parte más alta. Por detrás había un
río y por delante y por los lados ceñía todo su contorno

[139] En la región minera, por las cercanías de Bailén.

6 una especie de ribazo abrupto. En la parte baja había
también otra planicie ligeramente inclinada, rodeada a su
7 vez por un saliente igualmente difícil de escalar. Cuando
al día siguiente vio Asdrúbal que el ejército romano estaba
formado delante del campamento, hizo bajar a esta plani-
cie inferior a los jinetes númidas y a los baleares y africa-
nos de armamento ligero.
8 Escipión recorría sus filas y enseñas y les hacía ver
cómo el enemigo, renunciando de antemano a la posibili-
dad de luchar en campo abierto, buscaba las alturas y esta-
ba allí a la vista confiado en la posición y no en el valor
y las armas; pero murallas más altas tenía Cartagena, y
9 los soldados romanos las habían escalado; ni las alturas,
ni la ciudadela, ni siquiera el mar habían resistido a sus
armas. Las alturas que habían ocupado les iban a servir
a los enemigos para escapar saltando por precipicios y des-
peñaderos, y él les iba a cortar también la huida por allí.
10 Ordenó a una cohorte ocupar la entrada del valle por
donde descendía el río, y a otra apostarse en el camino
que llevaba de la ciudad a los campos serpenteando por
la colina. Él, al frente de las tropas ligeras que el día ante-
rior habían rechazado los puestos avanzados del enemigo,
marchó contra los soldados de armamento ligero situados
11 en la plataforma de más abajo. Al principio avanzaron
por terreno escarpado sin otro impedimento que las difi-
cultades del camino; después, cuando estuvieron a tiro, ca-
yó de pronto sobre ellos una enorme cantidad de armas
12 arrojadizas de todas clases; ellos por su parte lanzaban
piedras que el terreno ofrecía por todas partes, casi todas
manejables, y no sólo los soldados sino también la masa
de siervos mezclados con ellos.
13 Pero a pesar de que el ascenso era dificultoso y casi
los cubrían los dardos y las piedras, gracias a su práctica

en escalar muros y a su tenacidad subieron los primeros. En cuanto éstos ocuparon un poco de espacio donde man- 14 tenerse a pie firme, desalojaron de la posición al enemigo, armado a la ligera y habituado a escaramuzas, combatiente seguro a distancia cuando se elude la batalla desde lejos a base de proyectiles, pero también carente de firmeza en la lucha cuerpo a cuerpo; causándole muchas bajas, lo empujaron hasta la formación que se mantenía en una parte más elevada de la colina. Entonces Escipión da orden a 15 los vencedores de lanzarse sobre el centro de la formación, reparte con Lelio las tropas restantes y le manda rodear la colina por el lado derecho hasta encontrar un camino de subida menos pendiente; él, describiendo un pequeño arco por la izquierda, se lanza sobre el flanco del enemigo. A partir de ahí se descompuso por primera vez el frente 16 al querer dirigir las alas hacia los gritos de guerra que suenan por todas partes en torno suyo y cambiar la orientación de las líneas. En medio de este tumulto subió tam- 17 bién Lelio, y mientras se replegaban para evitar ser heridos por la espalda, la primera línea se descompuso y dejó espacio para que llegaran también arriba los del centro; éstos nunca lo habrían conseguido, dado lo accidentado 18 del terreno, si se hubieran mantenido cerradas las filas con los elefantes colocados delante de las enseñas. Mientras 19 se producía una matanza en todos los frentes, Escipión, que había atacado el ala derecha con su ala izquierda, se empleaba a fondo combatiendo sus flancos desguarnecidos. Ya ni siquiera había espacio libre para la huida, pues 20 las avanzadas romanas habían ocupado las salidas a derecha e izquierda y, por otra parte, la puerta del campamento había sido cerrada al huir el general y los oficiales, sumándose a esto el pánico de los elefantes, tan temidos co-

mo el enemigo cuando se espantaban. En consecuencia, fueron muertos cerca de ocho mil hombres.

Escipión, aclamado por los íberos. Medidas de los jefes cartagineses

19 Asdrúbal, que ya antes de entrar en
combate había cogido el dinero y man-
dado por delante los elefantes, reunió to-
dos los fugitivos que pudo y se dirigió
2 al Pirineo cruzando el Tajo. Escipión
se apoderó del campamento enemigo y ce-
dió a la tropa todo el botín a excepción de los hombres
libres; al hacer el recuento de los prisioneros se encontró
con diez mil soldados de a pie y dos mil de a caballo.
De éstos, a los hispanos los envió a todos a sus casas sin
rescate, y en cuanto a los africanos le dio orden al cuestor
3 de que los vendiera. Entonces la multitud de hispanos que
se habían rendido antes o habían caído prisioneros el día
4 anterior lo rodearon aclamándolo rey al unísono. Entonces
Escipión impuso silencio por medio del heraldo y dijo que
para él el máximo título era el de *imperator* [140] con que
lo habían saludado sus soldados, que el título de rey, gran-
5 de en otros sitios, en Roma era intolerable. Si consideraban
que el talante real era la mayor de las cualidades humanas,
que juzgasen en silencio si él lo tenía, pero que se abstuvie-
6 ran de emplear esa palabra. Incluso ellos, unos bárbaros,
comprendieron la grandeza de espíritu de aquel hombre
que desde su altura desdeñaba un título ante el que otros
7 mortales quedan pasmados de admiración. Después se
distribuyeron obsequios entre los reyezuelos y príncipes his-
panos, y Escipión invitó a Indíbil a que eligiera los tres-
cientos caballos que prefiriera entre los muchos que se ha-
bían capturado.

---

[140] Primera vez que un general es saludado con este título por sus tropas.

Cuando el cuestor estaba vendiendo a los africanos 8
por orden del general, se enteró de que uno de ellos, un
muchacho muy apuesto, era de sangre real, y se lo envió
a Escipión. Cuando éste le preguntó quién era, y de dón- 9
de, y por qué a su edad estaba en un campamento, dijo
que era númida y que sus paisanos le llamaban Masiva;
que había quedado huérfano de padre y se había criado
con su abuelo materno Gala, rey de los númidas, y que
había pasado a Hispania con su tío Masinisa, el cual había
llegado hacía poco con caballería de refuerzo para los car-
tagineses; que nunca había entrado en combate anterior- 10
mente porque Masinisa no se lo había permitido debido
a su edad; que el día que se había combatido contra los
romanos había cogido armas y un caballo sin que lo supie-
ra su tío y había ido al frente, donde su caballo al resbalar
lo había despedido de cabeza y había caído prisionero de
los romanos. Escipión mandó dejar aparte al númida y 11
liquidó los asuntos que tenía que resolver en el tribunal;
después se retiró a su tienda, lo mandó llamar y le pregun-
tó si quería volver al lado de Masinisa. Saltándosele lágri- 12
mas de alegría dijo que sí lo deseaba, y entonces le dio
al chico un anillo de oro, una túnica laticlava junto con
un manto hispano, una fíbula de oro y un caballo enjaeza-
do, y lo despidió ordenando a sus jinetes que lo acompa-
ñaran hasta donde él quisiera.

Se celebró después un consejo de guerra. Aunque algu- 20
nos proponían salir en seguida en persecución de Asdrúbal,
Escipión estimó que había en ello el peligro de que uniesen 2
con éste sus tropas Mágón y el otro Asdrúbal [141] y envió
únicamente un destacamento a apostarse en los Pirineos,

[141] El de Gisgón.

y él dedicó el resto del verano a recibir la sumisión de los pueblos de Hispania.

3 Cuando pocos días después de la batalla de Bécula salió del macizo de Cástulo Escipión, que regresaba ya a Tarragona, los generales Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón vinieron desde la Hispania Ulterior a reunirse con Asdrúbal, ayuda tardía tras la derrota, pero muy oportuna con vistas a planificar los pasos siguientes de la guerra.
4 Cuando entonces contrastaron la actitud de los hispanos en la zona de cada uno de ellos, tan sólo Asdrúbal el de Gisgón mantenía que la costa del extremo de Hispania, la que da a Cádiz y al Océano, no sabía nada aún de los romanos y por ello se mantenía fiel a los cartagineses.
5 El otro Asdrúbal [142] y Magón coincidían en que la generosidad de Escipión había ganado la voluntad de toda la población tanto a nivel público como privado, y que no se pondría fin a las defecciones hasta que todos los soldados hispanos fuesen retirados a los últimos confines de His-
6 pania o trasladados a la Galia. Por consiguiente, aunque el senado cartaginés no lo hubiese acordado, Asdrúbal debía irse a Italia, epicentro de la guerra donde se decidía todo, llevándose al mismo tiempo a todos los hispanos le-
7 jos de Hispania y del nombre de Escipión; su ejército, debilitado en parte por las deserciones y en parte por la derrota, se completaría con soldados hispanos, y Magón dejaría sus tropas a Asdrúbal el de Gisgón y él pasaría a las Baleares con dinero abundante para contratar tropas
8 auxiliares; Asdrúbal el de Gisgón marcharía con su ejército al interior de Lusitania, evitando entrar en combate con los romanos; Masinisa, con lo mejor de la caballería hasta totalizar tres mil jinetes, recorrería la Hispania Citerior,

[142] El de Amílcar.

llevando ayuda a los aliados y arrasando las ciudades y los campos enemigos. Tomadas estas decisiones, los jefes se separaron para dar cumplimiento a lo que habían acordado. Esto fue lo que aconteció en Hispania durante aquel año [143].

Elecciones en Roma. Marcelo, cónsul

En Roma la fama de Escipión iba a 9
más de día en día; la toma de Tarento,
a pesar de deberse más a la astucia que
al valor, era un título de gloria para Fa-
bio; la fama de Fulvio declinaba; había 10
también comentarios adversos a Marcelo por el revés sufri-
do en su primer combate así como por haber llevado a
sus hombres a acantonarse en Venusia en mitad del verano
mientras persistían las correrías de Aníbal por Italia.
El tribuno de la plebe Gayo Publicio Bíbulo estaba perso- 11
nalmente enfrentado con él; ya desde la primera batalla
que había perdido no había cesado de desacreditar a Clau-
dio en sus intervenciones públicas haciéndolo odioso a la
plebe; incluso andaba ya intentando que se le quitara el 12
mando, y entonces los allegados de Claudio consiguieron
que Marcelo regresase a Roma, dejando un legado en Ve-
nusia, para defenderse de las imputaciones de sus adversa-
rios, y que mientras él estuviera ausente no se discutiera
la suspensión de su mando. Casualmente llegaron a un 13
mismo tiempo a Roma Marcelo para conjurar aquella igno-
minia y el cónsul Quinto Fabio para presidir las elecciones.

La cuestión del mando de Marcelo fue tratada en el 21
circo Flaminio con gran afluencia popular y de todos los
estamentos sociales. El tribuno de la plebe no acusó sólo 2
a Marcelo sino a toda la nobleza: por su falta de honesti-

[143] Polibio sitúa la batalla de Bécula en el 208, un año después que Livio.

dad y sus vacilaciones, Aníbal, desde hacía nueve años ya,
tenía a Italia como provincia suya y había vivido allí más
3 tiempo que en Cartago; el pueblo romano recogía el fruto
de haberle prorrogado el mando a Marcelo: su ejército,
destrozado por dos veces, pasaba el verano acantonado en
4 Venusia. Marcelo, con la enumeración de sus acciones,
sofocó este discurso del tribuno de forma tal que no sólo
fue rechazada la propuesta de quitarle el mando sino que
al día siguiente lo eligieron cónsul todas las centurias con
5 amplio consenso. Como colega fue elegido Tito Quincio
Crispino, que entonces era pretor. Al día siguiente fueron
elegidos pretores Publio Licinio Craso Dívite, pontífice máximo, Publio Licinio Varo, Sexto Julio César [144] y Quinto
Claudio.

6 En las fechas mismas de los comicios la sublevación
de Etruria causó inquietud en la ciudadanía. Gayo Calpurnio, que tenía a su cargo aquella provincia como propretor, había escrito diciendo que la sublevación se había ori-
7 ginado en Arrecio. Fue, pues, enviado allí inmediatamente
Marcelo, cónsul electo, para examinar la situación y, si
ésta lo requería, hacer venir al ejército y trasladar la guerra de Apulia a Etruria. Esta amenaza contuvo a los etrus-
8 cos, que se estuvieron quietos. El senado respondió a una
delegación de Tarento, que pedía la paz conservando la
libertad y sus propias leyes, que volviesen cuando el cónsul
Fabio estuviera de regreso en Roma.

9 Aquel año se prolongaron un día más tanto los Juegos
Romanos como los Plebeyos. Fueron ediles curules Lucio
Cornelio Caudino y Servio Sulpicio Galba, y ediles plebe-
10 yos Gayo Servilio y Quinto Cecilio Metelo. Se afirmaba

[144] Primer personaje de la familia Julia que aparece con el sobrenombre de César.

que Servilio no había sido tribuno de la plebe ni era edil legalmente porque su padre, que se había creído durante nueve años que lo habían matado los boyos cerca de Mútina cuando era triúnviro para el reparto de tierras, se tenía ahora la seguridad de que vivía [145] y estaba en poder del enemigo.

Asignación de mandos. Portentos

En el año undécimo [146] de la guerra 22
púnica entraron en funciones como cónsules Marco Marcelo por quinta vez —contando el consulado que no ejerció debido a una irregularidad en su nombramiento [147]— y Tito Quincio Crispino. A los dos cónsules 2
les fue asignada Italia como provincia y los dos ejércitos de los cónsules del año anterior (había un tercer ejército, que había mandado Marcelo, en Venusia entonces), con la posibilidad de elegir de entre los tres los dos que quisieran; el tercero le sería entregado a quien fuese designado por la suerte para hacerse cargo de Tarento y del territorio salentino. El resto de las áreas de competencia se distribu- 3
yó de la forma siguiente: para Publio Licinio Varo, la jurisdicción urbana; la de los extranjeros, yendo a donde el senado acordase, al pontífice máximo Publio Licinio Craso; a Sexto Julio César, Sicilia, y a Quinto Claudio, Tarento. Se le prorrogó por un año el mando a Quinto 4
Fulvio Flaco con el objeto de que se hiciese cargo, con una legión, de la provincia de Capua, que había sido del pretor Tito Quincio. También se le prorrogó el mando a Gayo Hostilio Túbulo para que como propretor sucediese en Etruria a Gayo Calpurnio en el mando de las dos legio-

[145] Mientras el padre, patricio, vivía, se consideraba nula la elección del hijo para cargos plebeyos sin su autorización.

[146] El 208.

[147] Cf. XXIII 31, 13.

5 nes. Asimismo le fue prorrogado el mando a Lucio Vetu-
rio Filón para que como propretor se hiciera cargo de la
provincia de la Galia con las mismas dos legiones que ha-
6 bía tenido siendo pretor. Lo mismo que en el caso de
Lucio Veturio, se tomó el acuerdo por parte del senado
y se presentó al pueblo la propuesta de la prórroga en el
mando para Gayo Aurunculeyo, que había tenido Cerdeña
a su cargo con dos legiones. Para la defensa de dicha pro-
vincia le fueron asignadas las cincuenta naves de guerra
7 que había enviado Publio Escipión desde Hispania. Tam-
bién a Publio Escipión y a Marco Silano les fueron confir-
madas por un año más sus provincias de Hispania y sus
ejércitos. Escipión recibió instrucciones de enviar a Cerde-
ña cincuenta de las ochenta naves que tenía entre las que
había llevado de Italia y las que había capturado en Carta-
8 gena, porque corrían rumores de que aquel año se estaban
haciendo en Cartago grandes preparativos navales con la
intención de llenar por completo las costas de Italia, Sici-
9 lia y Cerdeña con doscientas naves. Por lo que se refiere
a Sicilia, la distribución fue como sigue: a Sexto César se
le asignó el ejército de Cannas; Marco Valerio Levino (pues
también a él se le prorrogó el mando) mandaría la flota
de setenta naves que estaba en Sicilia, a las que añadiría
las treinta naves que habían operado en Tarento el año
anterior, y con esta flota de cien naves pasaría a África a
10 saquear si lo estimaba oportuno. También a Publio Sulpi-
cio le fue prorrogado el mando por un año para ocupar
las provincias de Macedonia y Grecia con la misma flota.
En cuanto a las dos legiones que habían estado en Roma
11 no se introdujo ningún cambio. Se autorizó a los cónsules
a reclutar tropas de complemento para donde fueran nece-
sarias. Aquel año el imperio romano contó con veintiuna
12 legiones para su defensa. Por otra parte, el pretor urbano

Publio Licinio Varo recibió el encargo de reparar las trein-
ta viejas naves de guerra que había en Ostia y dotar de
tripulación a otras veinte naves nuevas, de forma que se
pudiera proteger la costa cercana a Roma con una flota
de cincuenta naves. Gayo Calpurnio recibió órdenes tajan- 13
tes de no mover de Arrecio su ejército antes de la llegada
de su sucesor; lo mismo se le ordenó a Túbulo [148] para
que estuviese especialmente atento a que no surgiesen allí
nuevas revueltas.

Los pretores salieron hacia sus provincias; a los cón- 23
sules los retuvieron escrúpulos de orden religioso porque
no se acababan de obtener presagios favorables después
de haber llegado noticias de algunos fenómenos extraños.
De la Campania había llegado la noticia de que en Capua 2
habían sido alcanzados por rayos dos templos, el de la For-
tuna y el de Marte, y algunas tumbas; en Cumas —hasta
ese extremo la superstición hace intervenir a los dioses in-
cluso en los detalles más insignificantes— los ratones ha-
bían roído el oro en el templo de Júpiter; en Casino se
había posado en el foro un gran enjambre de abejas;
también en Ostia el rayo había alcanzado la muralla y 3
una puerta; en Cere un buitre había entrado volando en
el templo de Júpiter; en Volsinios el lago se había teñido
de sangre. Con motivo de estos portentos hubo un día de 4
rogativas. Durante varios días se sacrificaron víctimas ma-
yores sin resultados favorables, y durante largo tiempo no
se consiguió la paz con los dioses. Los funestos efectos
de estos hechos portentosos recayeron sobre la persona de
los cónsules, quedando a salvo el Estado.

Los Juegos Apolinares habían sido celebrados por pri- 5
mera vez por el pretor urbano Publio Cornelio Sila duran-

[148] Gayo Hostilio.

te el consulado de Quinto Fulvio y Apio Claudio [149]; a partir de entonces todos los pretores urbanos los habían celebrado, pero prometiéndolos con voto para un año so-
6 lamente, y sin señalar fecha fija. Aquel año asoló la ciudad y el campo una grave epidemia que sin embargo
7 causó enfermedades prolongadas más que mortales. Con motivo de esta epidemia se hicieron rogativas en todos los cruces de la ciudad y el pretor urbano Publio Licinio Varo recibió instrucciones de presentar al pueblo una proposición de ley disponiendo que se comprometiese con voto la celebración de aquellos juegos siempre en una fecha determinada. Fue así él el primero que los prometió con voto, señalándolos para el cinco de julio. En adelante se mantuvo como festivo este día.

Medidas respecto a Arrecio y Tarento

24 De Arrecio llegaban noticias más graves cada día y la preocupación del senado iba en aumento. Se le escribió, pues, a Gayo Hostilio para que cogiera inmediatamente rehenes de los arretinos, enviándole con plenos poderes a Gayo Terencio Varrón para que se
2 los entregara con el objeto de trasladarlos a Roma. En cuanto éste llegó, Hostilio ordenó a una legión que estaba acampada delante de la ciudad que entrase en la población y apostó guardias en los puntos estratégicos; a continuación convocó en el foro a los senadores y les exigió los
3 rehenes. Cuando el senado pidió dos días para deliberar, hizo saber que o bien se los entregaban ellos en el acto o bien él cogería al día siguiente a todos los hijos de los senadores. Después se les dieron órdenes a los tribunos militares, prefectos de los aliados y centuriones para que montaran guardia en las puertas a fin de que nadie saliera de

[149] El año 212.

la ciudad durante la noche. No hubo prisas ni cuidado en 4
cumplir esta orden, y antes de que se colocaran las guardias en las puertas escaparon con sus hijos siete de los senadores principales antes de la noche. Cuando al amanecer 5
del día siguiente se comenzó a citar en el foro al senado se los echó en falta y sus bienes fueron puestos en venta; de los otros senadores se tomaron ciento veinte rehenes, hijos suyos, y le fueron entregados a Gayo Terencio para que los llevara a Roma. Éste, en el senado, hizo que la 6
situación pareciera más alarmante que antes. Por eso, como si en Etruria fuese inminente una sublevación, el propio Gayo Terencio recibió instrucciones de marchar a Arrecio al frente de una de las dos legiones urbanas y mantenerla de guarnición en la ciudad; se aprobó que Gayo 7
Hostilio, con el resto del ejército, recorriera toda la provincia y tomara medidas para que no se les ofreciera la menor oportunidad a los que pretendían una sublevación. Cuando llegó a Arrecio con la legión Gayo Terencio les 8
pidió a los magistrados las llaves de las puertas; éstos le aseguraron que no aparecían, y, convencido de que no se habían perdido por descuido sino que habían sido sustraídas a mala fe, puso llaves nuevas en todas las puertas y se ocupó especialmente de que todo estuviese bajo su control. Puso aún mayor énfasis en prevenir a Hostilio para 9
que no confiase en que los etruscos iban a renunciar a cualquier intento si él previamente no tomaba medidas para que no hubiese posibilidad de la menor intentona.

A continuación se trató en el senado el tema de los 25
tarentinos, en presencia de Fabio, con un debate muy vivo, defendiendo él mismo a quienes había conquistado por las armas mientras que otros les eran hostiles y la mayoría proponía equipararlos a los campanos en responsabilidades y castigos. Siguiendo el criterio de Manio Acilio se 2

aprobó un senadoconsulto disponiendo que Tarento estuviese ocupada por una guarnición, que todos los tarentinos permanecieran dentro de las murallas, y que se volviese a tratar toda la cuestión más adelante, cuando la situación
3 en Italia estuviese más sosegada. No fue menos vivo el debate cuando se habló de Marco Livio, el prefecto de la ciudadela de Tarento; unos proponían que se aprobara un senadoconsulto de censura al prefecto porque su negligen-
4 cia había entregado Tarento al enemigo, y otros proponían concederle una recompensa porque había defendido la ciudadela a lo largo de un quinquenio y había contribuido
5 más que nadie a la recuperación de Tarento; otra opinión intermedia sostenía que esa cuestión era competencia de los censores y no del senado, opinión ésta de la que participó también Fabio. Añadió, no obstante, que él estaba de acuerdo en que se había recobrado Tarento gracias a la colaboración de Livio, como repetían una y otra vez en el senado, pero que no habría habido necesidad de recuperarla de no haberla perdido.

6 Uno de los cónsules, Tito Quincio Crispino, partió para la Lucania con refuerzos para el ejército que había
7 tenido a sus órdenes Quinto Fulvio Flaco. A Marcelo lo retenían en Roma una serie de escrúpulos religiosos que se le venían a la mente, entre ellos el hecho de que en Clastidio [150], durante la guerra con la Galia, había prometido con voto un templo al Honor y el Valor pero los pontífices ponían inconvenientes a la dedicación del mismo,
8 diciendo que en rigor un único santuario no podía ser dedicado más que a una única divinidad, porque si era alcanzado por un rayo o tenía lugar en él algún hecho portentoso, la expiación iba a ser problemática al no poder

[150] Ver XXI 48, 2.

saber a cuál de los dioses se ofrecía el culto, pues pro- 9
piamente una sola víctima no puede ser sacrificada a dos dioses salvo que estén bien determinados. Consiguientemente, se erigió también a toda prisa un santuario al Valor; pero no fue Marcelo, sin embargo, quien dedicó dichos santuarios. Entonces por fin partió, con refuerzos para el ejér- 10
cito que había dejado en Venusia el año anterior.

Crispino, en su intento de asaltar Locros, en el Bru- 11
cio, porque pensaba que la toma de Tarento le había reportado gran prestigio a Fabio, había hecho traer de Sicilia toda clase de máquinas de artillería y de asedio; también de allí se habían traído naves con que atacar la ciudad por el lado del mar. Pero el intento fue abandonado por- 12
que Aníbal se había acercado con sus tropas a Lacinio [151] y había noticias de que su colega, con el que quería unirse, había salido ya de Venusia con su ejército. Así que re- 13
tornó del Brucio a Apulia y los dos cónsules establecieron cada uno su campamento a menos de tres millas de distancia entre Venusia y Baucia. También Aníbal regresó a la 14
misma comarca, una vez alejada de Locros la guerra. Los cónsules, de carácter agresivo ambos, casi todos los días presentaban batalla con la firme esperanza de poder resolver la guerra si el enemigo se enfrentaba con los dos ejércitos consulares a la vez.

Emboscada cartaginesa y muerte de Marcelo

Aníbal, como el año anterior había 26
combatido dos veces contra Marcelo resultando vencedor en una y vencido en otra, tenía motivos para la confianza tanto como para el temor si fuera con él con quien tenía que luchar, pero no creía poder medirse con los dos cónsules. Dedicándose, pues, por entero 2

[151] Al sur de Crotona.

a su estrategia característica, buscaba un lugar para una
3 emboscada. Se producían, sin embargo, pequeñas escara-
muzas entre los dos campamentos, con resultados varia-
bles. Los cónsules, pensando que se podía pasar el verano
de esta forma, estaban convencidos de que se podía al mis-
mo tiempo atacar Locros y escribieron a Lucio Cincio pa-
4 ra que pasase de Sicilia a Locros con su flota, y con el
fin de poder atacar también desde tierra las murallas orde-
naron que se trasladase allí una parte del ejército que esta-
5 ba de guarnición en Tarento. Informado Aníbal por algunos
turinos de que esto iba a ocurrir, envió tropas a apostarse
en la carretera de Tarento, donde se emboscaron al pie
de la colina de Petelia [152] tres mil jinetes y dos mil soldados
6 de a pie. Los romanos, que avanzaban sin reconocer el
terreno, cayeron en la emboscada, resultando muertos unos
dos mil hombres y cayendo prisioneros cerca de mil qui-
nientos; los demás se dispersaron huyendo a través de los
campos y bosques y regresaron a Tarento.
7 Entre el campamento cartaginés y el romano había una
colina cubierta de bosque que no habían ocupado aún ni
unos ni otros, los romanos porque no sabían cuál era su
configuración por el lado que daba al campamento enemi-
go, y Aníbal por considerarla más a propósito para una
8 emboscada que para un campamento. Con ese propósito,
pues, envió por la noche algunos escuadrones de númidas
a esconderse en medio del boscaje; durante el día ninguno
de ellos se movía de su puesto para no ser divisados desde
9 lejos ellos o sus armas. En el campamento romano todo
el mundo comentaba que era preciso ocupar aquella colina
y asegurarla con un fuerte para no tener al enemigo enci-
ma de sus cabezas, por así decir, en caso de que fuera

[152] Petelia (XXIII 20, 4) estaba situada sobre una colina.

ocupada por Aníbal. Esto hizo efecto en Marcelo, que 10
dijo a su colega: «¿Por qué no vamos nosotros personal-
mente, con unos pocos jinetes, a efectuar un reconocimien-
to? Una inspección ocular nos permitirá tomar una deci-
sión con mayor seguridad». Crispino se mostró de acuerdo 11
y partieron con doscientos veinte jinetes, cuarenta de ellos
fregelanos y el resto etruscos; con ellos fueron los tribunos 12
militares Marco Marcelo, hijo del cónsul, y Aulo Manlio,
y también los dos prefectos de los aliados, Lucio Arrenio
y Manio Aulio. Según refieren algunos relatos, aquel día 13
el cónsul Marcelo ofreció un sacrificio y al inmolar la pri-
mera víctima apareció el hígado sin cabeza mientras que 14
en la segunda apareció todo lo que es habitual, viéndose
incluso un hígado con una cabeza mayor de lo normal;
esto no le gustó nada al arúspice, porque después de unas
entrañas incompletas y deformes habían aparecido otras
demasiado favorables.

Pero el cónsul Marcelo tenía tantas ganas de combatir 27
con Aníbal que nunca le parecía que estuvieran lo bastante
cerca sus campamentos. También en este caso cuando cru- 2
zaba la empalizada dio instrucciones para que los soldados
estuviesen preparados en sus puestos para coger los bártu-
los y seguirle si el reconocimiento que iban a hacer en la
colina resultaba satisfactorio.

Había una pequeña explanada delante del campamen- 3
to; de allí partía hacia la colina un camino abierto y visible
desde todas partes. Un explorador apostado allí no porque
se contase con un acontecimiento semejante, por cierto,
sino por si se podía sorprender a algún enemigo que se
hubiese alejado en exceso del campamento en busca de fo-
rraje o de leña, hizo una señal a los númidas para que
salieran todos a la vez de sus escondrijos. Los que tenían 4
que salirles al paso por delante desde la cima misma no

se presentaron hasta que los tuvieron rodeados los que te-
nían que cerrarles el paso por detrás; surgieron entonces
desde todas partes y alzando el grito de guerra se lanzaron
5 a la carga. Aunque los cónsules se encontraban en una
depresión del terreno tal que ni podían salir hacia la cima,
ocupada por el enemigo, ni era posible la retirada al estar
copados por retaguardia, con todo se habría podido pro-
longar el combate si no hubieran emprendido la huida los
etruscos haciendo que cundiera el pánico entre los demás.
6 Los fregelanos, a pesar de todo, aun habiéndolos dejado
solos los etruscos, no cesaron de combatir mientras los cón-
sules estaban ilesos y sostenían la acción dando ánimos y
7 colaborando personalmente en la lucha; pero cuando vie-
ron heridos a los dos cónsules, y más aún a Marcelo atra-
vesado por una lanza cayendo moribundo del caballo, en-
tonces huyeron ellos también —pero eran muy pocos los
que quedaban con vida— con el cónsul Crispino alcanzado
por dos venablos y con el joven Marcelo herido también.
8 Cayó el tribuno militar Aulo Manlio, y de los dos pre-
fectos de los aliados, Manio Aulio fue muerto y Lucio Arre-
nio hecho prisionero; también cayeron vivos en poder del
enemigo cinco lictores consulares, siendo muertos los de-
9 más o huyendo con el cónsul; en cuanto a los soldados
de caballería, cuarenta y tres cayeron en el combate o
10 durante la huida y dieciocho fueron cogidos vivos. Tam-
bién en el campamento se había producido un gran revuelo
para correr en ayuda de los cónsules, pero entonces vieron
venir hacia el campamento al cónsul y al hijo del otro cón-
sul, heridos, y a los escasos restos de la malhadada expedi-
11 ción. Fue una lástima la muerte de Marcelo aparte de
por otras razones porque, a pesar de su edad —pues tenía
ya más de sesenta años— y a pesar de su experiencia de

general veterano, había arriesgado tan incautamente su vida y la de su colega, y casi la república entera.

Muchas vueltas tendría que dar en torno a la misma 12
cuestión si pretendiera recoger todas las distintas versiones de los historiadores acerca de la muerte de Marcelo. Para 13
no hablar de los demás, Celio expone tres versiones de lo ocurrido: una, la tradicional; otra, escrita como elogio fúnebre por el hijo de Marcelo que había participado en la acción, y una tercera que presenta como resultado de su propia indagación. Pero a pesar de las diferencias entre 14
unos y otros, la mayoría refieren que salió del campamento a reconocer el terreno y todos que se vio envuelto en una emboscada.

Tentativa de Aníbal contra Salapia. Incursión naval en África

Convencido Aníbal de que la muerte 28
del cónsul y la herida del otro había sembrado el pánico entre los enemigos, a fin de no dejar escapar ninguna oportunidad trasladó inmediatamente el campamento a la colina en que había tenido lugar el combate. Allí encontró el cuerpo de Marcelo y lo enterró. Crispino, asus- 2
tado por la muerte de su colega y por su propia herida, emprendió la marcha en el silencio de la noche siguiente y alcanzó las montañas más próximas, donde acampó en una posición elevada y protegida por todas partes. Enton- 3
ces los dos generales comenzaron a moverse con astucia con el propósito el uno de tender una trampa y el otro de esquivarla. Aníbal había cogido del cadáver el anillo 4
de Marcelo. Crispino, temiendo que el cartaginés urdiese algún engaño usando el sello fraudulentamente, había enviado mensajeros a las ciudades del contorno para informar de que su colega había muerto y que el enemigo se había apoderado de su anillo, que no se fiasen de las cartas escritas en nombre de Marcelo. Este mensaje del cónsul 5

había llegado a Salapia poco antes de que trajesen una
carta de Aníbal escrita a nombre de Marcelo diciendo que
éste llegaría a Salapia la noche siguiente, que estuviesen
preparados los soldados de la guarnición por si eran nece-
6 sarios sus servicios. Los salapitanos se dieron cuenta de
la suplantación y pensaron que Aníbal buscaba la ocasión
de castigarlos, furioso por su defección así como por la
7 muerte de sus jinetes [153]; enviaron de vuelta al portador
de la carta —que era un desertor romano— para que los
soldados pudieran actuar sin testigos como quisieran y dis-
tribuyeron a los habitantes de la plaza por los muros y
8 los puntos estratégicos de la ciudad; organizaron con
especial cuidado para aquella noche las guardias y centine-
las, y cerca de la puerta por donde pensaban que se pre-
sentaría el enemigo apostaron lo mejor de la guarnición.
9 Aníbal llegó a la ciudad hacia el cuarto relevo de la
guardia. En cabeza de la columna iban los desertores ro-
manos y llevaban armas romanas. Cuando éstos llegan a
la puerta llaman a los guardias, hablando todos en latín,
10 y mandan abrir la puerta porque llega el cónsul. Los guar-
dias, como si los hubieran despertado sus gritos, se remue-
ven, se precipitan, tratan de abrir la puerta. El rastrillo
estaba echado; unos lo levantan con palancas, otros tiran
de él hacia arriba con cuerdas lo suficiente para poder pa-
11 sar a pie por debajo. Apenas había sitio suficiente para
pasar cuando los desertores irrumpieron a porfía por la
puerta; cuando habían entrado unos seiscientos se dejó suel-
ta la cuerda que sostenía en vilo el rastrillo y éste cayó
12 con gran estrépito. Parte de los salapitanos se lanzan
sobre los desertores, que después de la marcha llevaban
las armas despreocupadamente colgadas del hombro como

[153] Cf. XXVI 38.

cuando se está entre amigos, y otros mantienen a raya al
enemigo desde las torres de la puerta y desde las murallas
con piedras, palos y jabalinas. Cogido así en su propia 13
trampa, Aníbal se alejó de allí y emprendió el camino de
Locros para romper el asedio con que Lucio Cincio tenía
bloqueada la ciudad atacándola con extremada violencia
por medio de obras de asalto y de la artillería de todo tipo
que había hecho traer de Sicilia. Magón[154] apenas con- 14
fiaba ya en poder retener y defender la ciudad, y con la
noticia de la muerte de Marcelo brilló para él el primer
rayo de esperanza. A continuación llegó el mensaje de 15
que Aníbal había enviado por delante la caballería y él
venía detrás con la columna de infantería forzando la mar-
cha todo lo posible. Así que apenas se dio cuenta, por 16
las señales emitidas por los vigías, de que se acercaban los
númidas, mandó abrir de repente la puerta y se lanzó a
su vez con furia contra los enemigos. Al principio, el com-
bate era equilibrado, más por lo inesperado de su acción
que por estar en igualdad de fuerzas; después, cuando 17
aparecieron los númidas, les entró tal pánico a los roma-
nos que huyeron en desbandada en dirección al mar, hacia
las naves, abandonando los trabajos de asedio y la artille-
ría con que batían los muros. Así, con la llegada de Aníbal
quedó roto el asedio de Locros.

Cuando Crispino se enteró de la marcha de Aníbal al 29
Brucio ordenó al tribuno militar Marco Marcelo conducir
a Venusia el ejército que había mandado su colega. Él 2
salió para Capua con sus legiones, y, como soportaba con
dificultad el vaivén de la litera debido a la gravedad de
sus heridas, escribió a Roma dando cuenta de la muerte
de su colega y del peligro que corría él; no le era posible 3

154 El Magón de XXV 15 y 16.

acudir a Roma para los comicios porque no creía que pu-
diese soportar las fatigas del viaje, y estaba además preo-
cupado por Tarento, no fuera a ser que Aníbal se dirigiera
allí desde el Brucio; era preciso que le enviasen como dele-
gados a personas avisadas con las que poder discutir a vo-
4 luntad asuntos de Estado. La lectura de esta carta causó
un gran pesar por la muerte de uno de los cónsules y gra-
ves temores por el otro. Se envió, por tanto, a Quinto Fa-
bio hijo al ejército de Venusia, y tres delegados al cónsul:
Sexto Julio César, Lucio Licinio Polión y Lucio Cincio
Alimento, que había regresado de Sicilia pocos días antes.
5 Éstos recibieron instrucciones de decirle al cónsul que si
él no podía ir a Roma para las elecciones, que nombrase
en territorio romano un dictador para que presidiera los
6 comicios. En caso de que el cónsul hubiera partido hacia
Tarento, era voluntad del senado que el pretor Quinto Clau-
dio trasladase de allí las legiones a un punto desde donde
pudiese defender el mayor número de ciudades aliadas.

7 Aquel mismo verano cruzó Marco Valerio [155] desde Si-
cilia a África con una flota de cien naves; efectuado el
desembarco cerca de la ciudad de Clúpea [156], devastó am-
pliamente el territorio sin encontrar apenas resistencia ar-
mada. Después los saqueadores volvieron a subir precipita-
damente a las naves, porque de pronto se corrió la voz
8 de que se acercaba una flota cartaginesa. Eran ochenta
y tres naves. El romano se enfrentó a ellas con fortuna
no lejos de Clúpea. Capturó dieciocho naves, puso en fuga
a las demás y retornó a Lilibeo con un gran botín terrestre
y naval.

---

[155] Levino.

[156] Al sur del *promunturium Mercurii* (Cabo Bon).

También aquel mismo verano acudió Filipo en ayuda 9
de los aqueos, que se lo pidieron porque Macánidas, tirano de los lacedemonios, los hostigaba con una guerra en sus fronteras, y además les habían causado estragos los etolios, que habían pasado en barco un ejército a través del estrecho que separa Naupacto de Patras [157] (los habitantes de la zona lo llaman Ríon). También corrían noticias de 10
que Átalo, rey de Asia, tenía intención de pasar a Europa porque los etolios en su última asamblea anual le habían conferido la más alta magistratura de su nación.

Intervención de Filipo V en Grecia

Cuando Filipo, por estas razones, ba- 30
jaba hacia Grecia, cerca de la ciudad de Lamia [158] le salieron al paso los etolios capitaneados por Pirrias, que había sido elegido pretor para aquel año junto con Átalo, ausente. Tenían como refuerzo tropas enviadas por 2
Átalo y cerca de un millar de hombres de la flota romana enviados por Publio Sulpicio. Filipo combatió con éxito dos veces contra tal general y tales tropas, y en cada una de las batallas mató cerca de mil enemigos. Después, como 3
los etolios dominados por el miedo se mantenían dentro de las murallas de Lamia, Filipo marchó con su ejército a Fálara [159]. Es una localidad situada en el golfo Malíaco, muy poblada en otros tiempos debido a su excelente puerto, a la seguridad de los fondeaderos del contorno y a otras ventajas marítimas y terrestres. Allí acudieron embajado- 4
res de Tolomeo, rey de Egipto, de los rodios, de los atenienses y de Quíos, con el propósito de poner fin a la gue-

[157] Patras era uno de los miembros originarios de la Liga Aquea.

[158] Próxima al lado norte del golfo, al norte de la desembocadura del Asperqueyo.

[159] Al este de Lamia (era su puerto), cerca de Equino.

rra entre Filipo y los etolios. Éstos se valieron de su vecino
5 Aminandro, rey de los atamanos, como mediador. De
hecho, lo que a todos les preocupaba no era tanto los eto-
lios, que eran un pueblo más belicoso de lo que suelen ser
los griegos, como el impedir que Filipo y su reino se inmis-
cuyeran en los asuntos de Grecia, lo cual sería grave para
6 su libertad. La discusión acerca de la paz quedó aplazada
hasta la asamblea de los aqueos, fijándose el lugar y la
fecha precisa de dicha asamblea; mientras tanto, se consi-
7 guieron treinta días de tregua. A continuación el rey em-
prendió la marcha a través de Tesalia y Beocia y llegó a
Cálcide, en Eubea, para impedirle el acceso a los puertos
y el desembarco en las costas a Átalo, que según había
oído tenía intención de dirigirse a Eubea con su flota.
8 Dejó allí tropas para hacer frente a Átalo en caso de que
cruzase en ese tiempo, partió con un reducido número de
9 jinetes y tropas ligeras y llegó a Argos. Allí le fue confiada
por votación popular la presidencia de los Juegos Hereos
y Nemeos [160] debido a que los reyes de Macedonia se dicen
oriundos de aquella ciudad; finalizados los Hereos, desde
la propia fiesta se fue inmediatamente a Egio, a la asam-
blea de los aliados, cuya fecha se había señalado mucho
10 antes. En ella se trató de la finalización de la guerra etóli-
ca para que ni los romanos ni Átalo tuvieran motivo para
11 entrar en Grecia. Pero los etolios desbarataron todo este
plan una vez transcurrido el plazo de la tregua cuando se
enteraron de que Átalo había llegado a Egina [161] y que
12 la flota romana estaba anclada en Naupacto. Convocados,

[160] Los Juegos Hereos se celebraban en Argos en honor de Hera. Los Nemeos, panhelénicos, se celebraban los años segundo y cuarto de cada Olimpíada cerca de Nemea.

[161] Ocupada por los romanos en el año 210, éstos la habían transferido a los etolios en un tratado; los etolios la habían vendido a Átalo.

en efecto, a la asamblea de los aqueos en la que estaban presentes las mismas delegaciones que habían tenido conversaciones de paz en Fálara, comenzaron quejándose de pequeñas violaciones del compromiso contraído cometidas durante la tregua y acabaron asegurando que no se podía 13
poner fin a la guerra si los aqueos no les devolvían Pilo a los mesenios [162] y si no se les restituía Atintania [163] a los romanos y el territorio de los ardieos a Escerdiledo y Pléurato. A Filipo, la verdad, le pareció profundamente 14
indignante que los vencidos se adelantaran a ponerle condiciones a él, el vencedor, y dijo que ya la vez anterior había escuchado proposiciones de paz y había pactado una tregua no porque abrigara la más mínima esperanza de que los etolios fuesen a mantenerse tranquilos sino para tener a todos los aliados por testigos de que él había buscado motivos de paz y ellos de guerra. Con esto, sin llegar a 15
un arreglo de paz, disolvió la asamblea dejando cuatro mil hombres armados a los aqueos para su defensa y recibiendo cinco naves de guerra; estaba decidido a provocar una 16
batalla naval a los romanos, dueños del mar desde hacía tiempo en aquella zona, si juntaba estas naves con la flota cartaginesa que le habían enviado recientemente y con las que estaban en camino enviadas desde Bitinia por el rey Prusias. Él marchó de la asamblea de nuevo a Argos, pues 17
ya se aproximaba la fecha de los Juegos Nemeos, a los que quería atraer con su presencia a mucha gente.

31 Mientras el rey se dedicaba de lleno a los preparativos de los juegos y durante los días de fiesta se relajaba más de lo conveniente en tiempos de guerra, Publio Sulpicio

[162] Filipo había devastado el territorio mesenio e intentado tomar Mesene en 214 (Polibio, III 19, 11).

[163] Región montañosa al norte del Epiro, en el valle alto del Áoo.

salió de Naupacto, arribó con su flota entre Sición [164] y Corinto y devastó una amplia zona del territorio, famoso
2 por la fertilidad de su suelo. La noticia de esta incursión sacó a Filipo de los juegos; emprendió a toda prisa la marcha con la caballería, dando orden de seguirle a la infantería, y atacó a los romanos, que andaban diseminados por los campos cargados con el botín sin esperarse nada pare-
3 cido, rechazándolos hasta las naves. La flota romana retornó a Naupacto nada satisfecha de su botín. En cuanto a Filipo, con la fama de una victoria de importancia discutible pero conseguida al cabo sobre los romanos, atrajo
4 mayor concurrencia a lo que quedaba de los juegos. Se celebraron los días de fiesta con enorme regocijo, incrementado además por la circunstancia de que Filipo, demagógicamente, se quitó la diadema de la cabeza así como la púrpura y cualquier otro distintivo de la realeza igualando su aspecto al de los demás, cosa que agrada más que
5 nada a una población libre. Con este gesto habría dado esperanzas indudables de libertad si no lo hubiera afeado y estropeado todo con sus intolerables excesos. En efecto, día y noche andaba por los domicilios de los casados, con
6 uno o dos acompañantes, y rebajándose a la condición de un particular, y cuanto menos se le reconocía, más disoluto se mostraba, haciendo derivar por completo hacia la satisfacción de sus propios apetitos la libertad que infun-
7 dadamente les había hecho entrever a los demás. Porque no todo lo conseguía a base de dinero o de halagos sino que además utilizaba la violencia para sus criminales propósitos, y era peligroso para los maridos y los padres poner trabas al desenfreno del rey con una severidad inopor-
8 tuna. Incluso a un jefe de los aqueos, Arato, le quitó la

[164] En el Peloponeso norte, al noroeste de Corinto.

mujer, llamada Policracia, y se la llevó a Macedonia con
la promesa de una boda real.

Con este vergonzoso comportamiento pasaron las fiestas 9
de los Juegos Nemeos; transcurridos unos pocos días más,
se fue a Dimas[165] a expulsar una guarnición de etolios
que los eleos habían pedido y acogido dentro de la ciudad.
Cerca de Dimas le salieron al paso al rey los aqueos con 10
Cícladas, que tenía el mando supremo, inflamados de odio
contra los eleos porque no hacían causa común con el resto de los aqueos, y llenos de hostilidad contra los etolios
porque los consideraban responsables de haber atraído sobre ellos la guerra de los romanos. Reuniendo sus tropas 11
salieron de Dimas y cruzaron el río Lariso, que divide el
territorio eleo y el de Dimas.

Filipo se retira a Macedonia

El primer día de su penetración en 32
territorio enemigo lo dedicaron al saqueo.
Al siguiente se acercaron a la ciudad en
formación de combate enviando por delante tropas de caballería que cabalgasen
ante las puertas para provocar a los etolios, pueblo siempre dispuesto a las salidas.

Ignoraban que Sulpicio había cruzado de Naupacto a 2
Cilene con quince naves y, después de desembarcar cuatro
mil hombres durante el silencio de la noche para evitar
que la columna fuese vista, había entrado en Élide. Lo 3
inesperado de esta acción provocó el pánico consiguiente
cuando entre los etolios y eleos aparecieron enseñas y armas romanas. Al principio, el rey quiso retirar a los suyos; 4
después, iniciado ya el combate entre los etolios y los trales —pueblo ilirio éste—, al ver a los suyos en un aprieto

[165] Situada en la costa oeste del Peloponeso, en el lado sur del golfo de Patras.

cargó también el propio rey contra una cohorte romana
5 con su caballería. Entonces su caballo, traspasado por una
jabalina, despidió al rey por encima de la cabeza dando
con él en tierra y se suscitó una lucha encarnizada por am-
bas partes al lanzarse sobre el rey los romanos y protegerlo
6 la guardia real. También él se batió brillantemente, for-
zado a combatir a pie entre los jinetes; luego, como la
lucha era ahora desigual y en torno a él caían o eran heri-
dos muchos, los suyos lo cogieron y lo montaron sobre
7 otro caballo y huyó. Aquel mismo día acampó a cinco
millas de la ciudad de los eleos. Al día siguiente marchó
con todas sus tropas a una fortaleza cercana de los eleos
llamada Pirgo, donde había oído que por miedo se había
refugiado con su ganado un gran número de campesinos.
8 Esta multitud desorganizada e inerme cayó en sus manos
en el primer movimiento de pánico producido por su llega-
da, y con semejante botín compensó de alguna forma la
9 vergüenza sufrida en Élide. Cuando estaba repartiendo el
botín y los prisioneros —había cuatro mil hombres y cerca
de veinte mil cabezas de ganado de todas clases— llegó
de Macedonia la noticia de que un tal Aeropo había toma-
do Lícnido [166] después de sobornar al prefecto de la ciuda-
dela y de la guarnición, tenía además en su poder algunas
aldeas de los dasarecios y estaba incitando a la rebelión tam-
10 bién a los dárdanos. Renunciando, pues, a la guerra aquea
y etólica, pero dejando dos mil quinientos soldados de to-
do tipo bajo el mando de Menipo y Polifantes para la de-
11 fensa de los aliados, salió de Dimas y atravesando Acaya,
Beocia y Eubea, llegó a Demetríade [167], en Tesalia, en diez
jornadas.

[166] En la orilla nordeste del lago del mismo nombre (hoy Ocrida).

[167] Centro comercial de Tesalia.

Hasta allí llegaron noticias de otros problemas más 33
alarmantes: los dárdanos, que se habían extendido por Ma-
cedonia, eran dueños ya de Oréstide [168] y habían bajado
a la llanura de Argeste; además era un rumor muy difundi-
do entre los bárbaros el de que habían matado a Filipo.
En la expedición en que se había enfrentado con los sa- 2
queadores del territorio cerca de Sición el ímpetu de su
caballo lo lanzó contra un árbol y rompió uno de los cuer-
nos del yelmo contra el saliente de una rama; un etolio 3
encontró el cuerno y se lo llevó a Etolia, a Escerdiledo,
que conocía aquel adorno del yelmo, y se corrió la voz
de que el rey había muerto. Después de marchar de Acaya 4
el rey, Sulpicio salió para Egina con su flota y se reunió
con Átalo. Los aqueos combatieron con éxito contra los 5
etolios y los eleos no lejos de Mesene. El rey Átalo y Pu-
blio Sulpicio pasaron el invierno en Egina.

Muerte del cónsul Crispino. Elecciones en Roma

A finales de este año, después de nom- 6
brar a Tito Manlio Torcuato dictador pa-
ra la celebración de las elecciones [169] y
de los juegos, el cónsul Tito Quincio fa-
lleció a causa de su herida. Unos dicen 7
que murió en Tarento, otros que en la Campania. Ocurrió
así lo que no había ocurrido antes en ninguna guerra: los
dos cónsules murieron sin que hubiera ninguna batalla im-
portante y dejaron al Estado como huérfano. El dictador
Manlio nombró jefe de la caballería a Gayo Servilio, que
entonces era edil curul. El senado en su primera reunión 8
dio instrucciones al dictador para que celebrase los Gran-
des Juegos [170] que ya había celebrado el pretor urbano Mar-
co Emilio durante el consulado de Gayo Flaminio y Gneo

[168] Región circundante de la actual Kastoria.

[169] De magistrados para el año 207.

[170] Prometidos con voto en 217 (XXII 10, 7).

Servilio haciendo voto de celebrarlos durante cinco años. En esta ocasión el dictador celebró los juegos e hizo voto
9 de celebrarlos durante un quinquenio. Como por otra parte los dos ejércitos consulares se encontraban sin generales tan cerca del enemigo, el senado y el pueblo dejando de lado cualquier otro asunto se preocuparon principal y casi exclusivamente de elegir cónsules cuanto antes y sobre todo de elegir hombres cuya valía los pusiera a salvo
10 de los ardides púnicos, pues, si bien durante toda aquella guerra había sido funesto el temperamento precipitado y fogoso de los generales, precisamente aquel año los cónsules con su desmedido afán de entrar en combate con el
11 enemigo habían caído en trampas insospechadas; menos mal que los dioses inmortales, compadecidos del nombre romano, habían perdonado a los ejércitos inocentes y castigado con la muerte la temeridad de los cónsules.

34 Al buscar con la vista en torno suyo los senadores a quiénes elegir cónsules, destacaba notablemente sobre los
2 demás Gayo Claudio Nerón. Se trataba de buscarle un colega. Lo consideraban un hombre sobresaliente sin duda, pero más impulsivo y temperamental de lo que exigían las circunstancias de la guerra y un enemigo como Aníbal;
3 pensaban que era preciso moderar su talante impulsivo asignándole como colega un hombre comedido y prudente. Tal era Marco Livio, condenado hacía muchos años en un jui-
4 cio del pueblo al finalizar su consulado [171]; tan a mal había tomado esta deshonra que se había retirado al campo y durante muchos años había estado alejado de la ciu-
5 dad y de toda relación social. Unos siete años después de su condena lo habían traído de nuevo a la urbe los cónsules Marco Claudio Marcelo y Marco Valerio Levino; pero

[171] Cf. XXII 35.

llevaba ropas pasadas de moda y el pelo y la barba sin cortar, evidenciando en su rostro y en su aspecto el recuerdo palpable de la deshonra sufrida. Los censores Lucio 6
Veturio y Publio Licinio le hicieron afeitarse y quitarse aquella mugre, acudir al senado y cumplir con los demás deberes públicos. Pero incluso entonces asentía con una 7
palabra o votaba en silencio a favor de una propuesta, hasta que una causa en la que estaba en juego el buen nombre de un pariente suyo, Marco Livio Macato, lo obligó a ponerse de pie y exponer su criterio ante el senado.
El hecho de oír su voz después de tanto tiempo hizo que 8
todos volvieran la vista hacia él y suscitó comentarios como que el pueblo había cometido una injusticia con quien no se lo merecía y que había sido un grave perjuicio para el Estado el haberse visto privado de los servicios y el consejo de un hombre semejante en una guerra de tanta trascendencia. Gayo Nerón no podía tener por colega ni a 9
Quinto Fabio ni a Marco Valerio Levino, porque no era legal elegir a dos patricios; el mismo inconveniente había 10
en el caso de Tito Manlio, aparte de que ya había rehusado ser candidato al consulado [172] y volvería a rehusar; sería una excelente pareja de cónsules si a Gayo Claudio se sumaba Marco Livio como colega. Esta idea que había sur- 11
gido en el senado fue bien acogida también por el pueblo.
Entre toda la ciudadanía, el único que decía que no, era 12
aquel en quien recaía el honor, que acusaba de ligereza a la población: no se habían apiadado de él cuando era un reo vestido de duelo y le ofrecían la toga blanca cuando no la quería; amontonaban revueltos los honores y las condenas. Si lo consideraban un hombre de bien, ¿por qué 13
lo habían condenado de aquella forma como si fuera mal-

[172] Véase XXVI 22 ss.

vado y culpable? Si lo habían encontrado culpable, ¿por qué le confiaban un segundo consulado después de haberse equivocado de aquella forma al confiarle el primero?
14 Los senadores le reprendían por este tipo de argumentos y quejas recordándole que Marco Furio [173], vuelto del destierro, había colocado de nuevo a la patria en su sitio, del que había sido desalojada; la severidad de la patria, como la de los padres, hay que mitigarla con paciencia
15 y aguante. Poniendo todos su empeño eligieron cónsul a Marco Livio junto con Gayo Claudio.

35

Asignación de provincias, censo, juegos

Dos días después se celebraron las elecciones de pretores. Fueron elegidos Lucio Porcio Lícino, Gayo Mamilio, y Gayo y Aulo Hostilio Catón. Finalizados los comicios y celebrados los juegos, el dic-
2 tador y el jefe de la caballería dejaron sus cargos. Gayo Terencio Varrón fue enviado a Etruria como propretor con el fin de que Gayo Hostilio se trasladase de dicha provincia a Tarento para hacerse cargo del ejército que había
3 mandado el cónsul Tito Quincio. Lucio Manlio iría como legado al otro lado del mar y vería cómo marchaban allí las cosas, y al mismo tiempo, puesto que se iban a celebrar en aquella época en Olimpia los juegos, a los que concurriría
4 una enorme afluencia de griegos, si podía atravesar las líneas enemigas sin riesgo, acudiría a esta concentración con el fin de que los sicilianos refugiados de guerra y los ciudadanos tarentinos relegados allí por Aníbal volvieran a sus casas y supieran que el pueblo romano les devolvía todos los bienes que poseían antes de la guerra.

5 Como parecía que se avecinaba uno de los años más duros y el Estado estaba sin cónsules, todos estaban pen-

[173] Camilo. (Cf. V 32, 8-9).

dientes de los cónsules electos queriendo que sortearan las provincias cuanto antes, pues querían saber de antemano qué provincia y qué enemigo le tocaría a cada uno de ellos. También, por iniciativa de Quinto Fabio Máximo, se trató 6
en el senado acerca de su reconciliación, pues había entre 7
ellos una enemistad notoria, que en el caso de Livio se había vuelto más amarga y crispada debido a su desgracia porque se había sentido menospreciado en aquel infortunio. Por eso éste se mostraba más implacable y decía que no 8
había ninguna necesidad de reconciliación: pondrían mayor empeño y cuidado en todas sus acciones por temor a que su colega y enemigo personal tuviese la posibilidad de sacar ventaja a su costa.

Prevaleció, no obstante, la autoridad del senado en 9
orden a que depusieran su actitud hostil y sirvieran al Estado con unidad de criterios y de sentimientos. No se les 10
asignaron provincias en un territorio común a ambos, como en años anteriores, sino en los extremos opuestos de Italia: a uno el Brucio y la Lucania haciendo frente a Aníbal, y al otro la Galia frente a Asdrúbal, que se estaba acercando ya a los Alpes según se decía. Aquel al que 11
le tocase en suerte la Galia elegiría el que prefiriese de los dos ejércitos de la Galia y Etruria además del urbano. Aquel al que correspondiese la provincia del Brucio re- 12
clutaría nuevas legiones urbanas y se haría cargo del ejército consular del año anterior que prefiriera; del ejército 13
que él dejase se haría cargo el procónsul Quinto Fulvio, que tendría mando por un año. En cuanto a Gayo Hosti- 14
lio, que había sido trasladado de Etruria a Tarento, fue ahora trasladado de Tarento a Capua; se le asignó una legión que el año anterior había estado bajo el mando de Fulvio.

36 La preocupación por la llegada de Asdrúbal a Italia iba en aumento de día en día. Primeramente comunicaron unos emisarios marselleses que había pasado a la Galia
2 y que su llegada había excitado los ánimos de los galos porque se decía que había traído consigo gran cantidad
3 de oro para contratar mercenarios. Después se envió con ellos a Sexto Antistio y Marco Recio en representación de Roma para examinar la situación; éstos volvieron contando que habían enviado emisarios guiados por marselleses a recoger toda la información posible de los jefes galos relacionados con los marselleses por lazos de hospitalidad;
4 daban por cierto que Asdrúbal cruzaría los Alpes la próxima primavera con el enorme ejército que había reunido ya, y la única razón que entonces lo retenía era el hecho de que los Alpes estaban cerrados por el invierno.
5 En sustitución de Marco Marcelo fue elegido y consagrado augur Publio Elio Peto, y Gneo Cornelio Dolabela fue consagrado rey de los sacrificios para reemplazar a Mar-
6 co Marcio, que había muerto hacía dos años. También este mismo año cerraron el lustro [174] los censores Publio
7 Sempronio Tuditano y Marco Cornelio Cetego. Fueron censados ciento treinta y siete mil ciento ocho ciudadanos, número bastante inferior al de antes de la guerra [175].
8 Según la tradición, aquel año por primera vez desde la llegada de Aníbal a Italia se cubrió el comicio y se renovaron por un día los Juegos Romanos por parte de los
9 ediles curules Quinto Metelo y Gayo Servilio. También fueron renovados dos días más los Juegos Plebeyos por los ediles de la plebe Gayo Mamilio y Marco Cecilio Mete-

[174] Cf. I 44, 2.

[175] El censo de diez años atrás había dado un total de 270.000 ciudadanos (*Per.* XX).

lo, y estos mismos ofrecieron tres estatuas al templo de
Ceres. Hubo asimismo un banquete en honor de Júpiter
con motivo de los juegos.
A continuación entraron en funciones como cónsules 10
Gayo Claudio Nerón y por segunda vez Marco Livio. Co-
mo éstos ya habían sorteado sus provincias siendo cónsu-
les designados, ordenaron a los pretores sortear las suyas.
A Gayo Hostilio le correspondió la jurisdicción urbana, 11
y se le adjuntó también la de los extranjeros para que pu-
dieran salir tres pretores para las provincias. Le correspon-
dió Cerdeña a Aulo Hostilio, Sicilia a Gayo Mamilio y
la Galia a Lucio Porcio. Las legiones, veintitrés en total, 12
se repartieron entre las provincias como sigue: dos serían
para cada uno de los cónsules, Hispania tendría cuatro,
dos cada uno de los tres pretores en Sicilia, Cerdeña y la
Galia, dos Gayo Terencio en Etruria, dos Quinto Fulvio 13
en el Brucio, dos Quinto Claudio en la zona de Tarento
y salentina, una Gayo Hostilio Túbulo en Capua, y se alis-
tarían dos legiones urbanas. Los tribunos para las cuatro 14
primeras legiones [176] los eligió el pueblo, para las demás
los enviaron los cónsules.

Portentos; levas

Antes de que se marcharan los cón- 37
sules hubo un novenario sacro porque en
Veyos había llovido piedra. Como de 2
costumbre, a raíz de la mención de un
portento se contaron otros: en Mintur-
nas [177] habían sido alcanzados por rayos el templo de Jú-
piter y el bosque sagrado de Marica, al igual que la mura-
lla y una puerta de Atela; los minturnenses, para que el 3

[176] Las de los cónsules.

[177] Colonia cercana a la de Sinuesa, fundada, como ésta, en 295. Cf. X 21, 8.

horror fuese mayor, añadían que había brotado un regue-
ro de sangre en una puerta de la ciudad. Además, en Ca-
pua había entrado un lobo por una puerta durante la no-
4 che y había desgarrado al centinela. Estos fenómenos
extraños fueron expiados con víctimas mayores, y los pon-
tífices decretaron un día de rogativas. Después se repitió
otra vez el novenario porque en el Armilustro [178] se había
5 visto llover piedra. Cuando los ánimos se habían liberado
de los temores religiosos se vieron de nuevo turbados por
la noticia de que en Frusinón un recién nacido era igual
que un niño de cuatro años, y no era tanto su tamaño
lo sorprendente sino el hecho de que tampoco en este caso
se sabía con seguridad si era varón o hembra, como había
6 ocurrido en Sinuesa dos años antes. Pues bien, unos
arúspices a los que se hizo venir de Etruria declararon ver-
gonzoso y funesto este portento; había que sacarlo de te-
rritorio romano, lejos del contacto con la tierra, y sumer-
girlo en el mar. Lo metieron vivo en una caja y se lo lleva-
7 ron mar adentro, donde lo arrojaron. Decretaron además
los pontífices que tres grupos de nueve doncellas cada uno
recorrieran la ciudad cantando un himno. Cuando estaban
en el templo de Júpiter Estátor aprendiendo el himno, com-
puesto por el poeta Livio [179], cayó un rayo en el templo
8 de Juno Reina en el Aventino; y como los arúspices dije-
ron que este portento concernía a las matronas y que había
9 que aplacar a la diosa con una ofrenda, fueron convocadas
en el Capitolio por un edicto de los ediles curules las ma-
tronas que tenían el domicilio en Roma o en un radio de
diez millas de la ciudad, y eligieron a veinticinco entre ellas

[178] Lugar del Aventino donde todos los años en octubre se llevaba a cabo la purificación de las armas.

[179] Livio Andronico.

mismas para hacerles entrega de pequeñas cantidades tomadas de sus dotes. Con la suma se hizo una jofaina de 10
oro como presente que se llevó al Aventino, y las matronas ritualmente purificadas ofrecieron un sacrificio.

Los decénviros fijaron inmediatamente la fecha para 11
otro sacrificio a la misma diosa, y el orden fue el siguiente: desde el templo de Apolo [180] fueron conducidas a la ciudad dos terneras blancas por la puerta Carmental;
tras ellas eran portadas dos estatuas de Juno Reina de 12
madera de ciprés; detrás iban las veintisiete doncellas 13
ataviadas con largas vestimentas cantando a Juno Reina un himno digno tal vez de encomio en aquella época para aquellos rudos ingenios pero que si hoy fuese reproducido parecería tosco y de mal gusto; tras la fila de doncellas iban los decénviros coronados de laurel, con la toga pretexta. Desde la puerta se dirigieron al foro por el barrio 14
Iugario; en el foro, el cortejo hizo alto, y las doncellas, pasando una cuerda de mano en mano, avanzaron acompasando el sonido de su voz al movimiento de sus pies.
Siguieron después por el barrio Etrusco y el Velabro cru- 15
zando el mercado del ganado hasta la cuesta Publicia, hasta el templo de Juno Reina. Allí las dos víctimas fueron inmoladas por los decénviros, y las imágenes de ciprés fueron introducidas en el templo.

Debidamente aplacados los dioses, los cónsules llevaron 38
a cabo el reclutamiento con un rigor y un cuidado que nadie recordaba se hubiese aplicado en los años anteriores,
porque con la llegada a Italia del nuevo enemigo se había 2
multiplicado por dos la amenaza y, por otra parte, había
menos jóvenes que poder alistar. Se obligaba por ello a 3
proporcionar soldados incluso a las colonias de la costa,

[180] Situado en el Campo de Marte.

que se suponía tenían un derecho inviolable a la exención.
Ante su negativa, los cónsules fijaron una fecha precisa
para que expusieran ante el senado en qué derecho funda-
4 mentaba cada cual su exención. Ese día acudieron al
senado los pueblos de Ostia, Alsio, Ancio, Anxur, Mintur-
5 nas, Sinuesa, y Sena, del mar Adriático [181]. Cada pueblo
dio lectura a sus títulos para la exención, pero ésta no le
fue reconocida a ninguno mientras el enemigo estuviera
en Italia, salvo a los de Ancio y Ostia; a los jóvenes de
aquellas colonias se les hizo jurar que no pernoctarían más
de treinta días fuera de las murallas de su colonia mientras
el enemigo estuviese en Italia.

6 Todos pensaban que los cónsules debían marchar al fren-
te cuanto antes, pues había que salirle al paso a Asdrúbal
cuando bajase de los Alpes para evitar que se atrajese a
los galos cisalpinos y a Etruria, enfebrecida con la espe-
7 ranza de un cambio en la situación, y por otra parte había
que mantener a Aníbal empeñado en su propia guerra para
que no pudiera salir del Brucio e ir al encuentro de su
hermano. Pero Livio, que no confiaba demasiado en los
8 ejércitos de sus provincias mientras que su colega podía
escoger entre dos excelentes ejércitos consulares y un terce-
ro que mandaba en Tarento Quinto Claudio, no acababa
de decidirse, y había presentado una moción para que se
9 llamase de nuevo a filas a los esclavos voluntarios. El se-
nado dio libertad absoluta a los cónsules para que sacaran

[181] Sumando a éstas las que se enumeran en XXXVI 3, 6 *(Fregenae Castrum Album* y *Pyrgi* —aquí Anxur ya con el nombre de Terracina—), tenemos el total de las diez colonias *maritimae,* fundadas entre las guerras latina y de Aníbal, cuyos ciudadanos normalmente estaban exentos del servicio militar, exención que quizá no tuvieran (formalmente al menos) las colonias fundadas en 194 (cf. XXXII 29, 3-4, y XXXIV 1-5). Sena es la actual Senigallia o Sinigaglia *(Sena Gallica).*

tropas suplementarias de donde quisieran, para escoger a quienes quisieran de entre todos los ejércitos, y para cambiar de provincia a quienes considerasen que debían ser
trasladados en bien del Estado. Todo esto se hizo con un 10
perfecto acuerdo entre los cónsules. Los esclavos voluntarios fueron alistados en las legiones decimonona y vigési-
ma. Según algunos historiadores, también Publio Escipión 11
le envió desde Hispania a Marco Livio refuerzos muy considerables para aquella campaña: ocho mil hispanos y galos, dos mil soldados legionarios, y mil ochocientos jinetes
en parte númidas y en parte hispanos, tropas que trans- 12
portó Marco Lucrecio en naves; y también Gayo Mamilio envió a Sicilia cerca de tres mil arqueros y honderos.

Asdrúbal cruza los Alpes. Reacción en Roma

Una carta remitida desde la Galia por 39
el pretor Lucio Porcio incrementó la alar-
ma en Roma: Asdrúbal había salido de 2
los cuarteles de invierno y estaba ya cruzando los Alpes; ocho mil lígures, alistados y armados, se le unirían en cuanto pasase a Italia si no se enviaba a alguien contra ellos para mantenerlos ocupados con la guerra; él, con su débil ejército, avanzaría
hasta donde le pareciese que no corría riesgo. Esta carta 3
obligó a los cónsules a concluir precipitadamente la recluta y salir hacia sus provincias antes de lo que tenían pensado, con el propósito de mantener al enemigo cada uno en su provincia respectiva y no dejar que tomaran contacto re-
uniendo sus fuerzas. Mucho les ayudó en ese sentido un 4
error de cálculo de Aníbal, pues aunque estaba convencido de que su hermano pasaría a Italia aquel verano, sin embargo, recordando los agotadores esfuerzos que a él le había costado cruzar primero el Ródano y luego los Alpes peleando durante cinco meses con hombres y terreno,
no esperaba ni por asomo un paso tan fácil y rápido. 5

Ésa fue la razón de que dejara los cuarteles de invierno
6 más tarde de la cuenta. Pero a Asdrúbal le resultó todo más rápido y fácil de lo que tanto él como los demás se esperaban. En efecto, los arvernos y después otros pueblos galos y alpinos, aparte de darle acogida, lo siguieron a la
7 guerra; además, por un lado avanzaba por sitios antes impracticables, pero que la travesía de su hermano había abierto al paso, y por otro pasaba entre gentes ahora más tratables después de doce años de comunicación desde que
8 los Alpes se habían hecho transitables. Y es que al no haber sido visitados anteriormente por extranjeros y no estar ellos acostumbrados a ver en su tierra a ningún forastero, no tenían relación con ninguna clase de hombres, y la primera vez, como no sabían a dónde se dirigía el cartaginés, habían creído que iba por sus riscos y sus aldeas, a coger
9 animales y hombres; las posteriores noticias de la guerra púnica que abrasaba Italia desde hacía once años les habían hecho comprender que los Alpes eran un lugar de paso, y que dos poderosísimas ciudades separadas entre sí a enorme distancia por tierra y por mar se disputaban hegemonía y riqueza.

10 Estos motivos le habían abierto los Alpes a Asdrúbal.
11 Pero lo que había ganado con su rápida marcha, lo perdió con su demora en Placencia, asediándola en vano en
12 vez de atacarla. Creyó que era fácil el asalto a una ciudad situada en el llano y lo animó la fama de la colonia, convencido de que destruyendo aquella ciudad infundiría pá-
13 nico a las demás. Con aquel asedio se retrasó él y además retuvo a Aníbal, que ya abandonaba los cuarteles de invierno al tener noticias de su paso mucho más rápido de
14 lo que esperaba, pues echó cuentas no sólo del tiempo que lleva el asedio de una ciudad sino de lo inútiles que

habían resultado sus intentos con respecto a aquella misma colonia cuando regresaba victorioso del Trebia.

Al salir los cónsules de la ciudad en direcciones opues- 40
tas es como si hubieran dividido entre dos guerras al mismo tiempo las inquietudes de la población, que por un lado recordaba los desastres que había traído a Italia la
primera llegada de Aníbal y al mismo tiempo se pregunta- 2
ba angustiada qué dioses irían a ser tan propicios a la urbe y al imperio como para que hubiese éxito en los dos frentes al mismo tiempo; hasta entonces se había ido tirando
a base de compensar reveses con triunfos. Cuando en Italia 3
la situación de Roma había hecho quiebra en el Trasimeno y en Cannas, los éxitos bélicos de Hispania la habían le-
vantado de su caída; después, cuando en Hispania una 4
serie de desastres, incluida la pérdida de dos eminentes generales, había destruido parcialmente dos ejércitos, numerosas acciones llevadas a cabo con éxito en Italia y Sicilia
habían apuntalado a la tambaleante república; la propia 5
distancia entre los frentes, dado que una de las guerras se desarrollaba en los últimos confines de la tierra, había
dado tiempo para respirar. Ahora tenían entre manos dos 6
guerras en Italia, dos generales renombradísimos ponían cerco a la ciudad de Roma, y la gravedad del peligro se había concentrado por entero en un mismo punto. Aquel de ellos que venciese el primero uniría su campamento con
el otro en cosa de pocos días. Causaba temor además el 7
recuerdo del año anterior, luctuoso por la muerte de los dos cónsules. Una población angustiada por tales preocupaciones acompañó a los cónsules en su marcha hacia las
provincias. Se cuenta que Marco Livio cuando partía para 8
la guerra lleno aún de resquemor contra sus conciudadanos, al advertirle Quinto Fabio que no entrase en combate imprudentemente antes de conocer las características de su

enemigo, respondió que combatiría en cuanto echase la vista
9 encima a la columna enemiga. Al preguntarle el motivo de
tantas prisas contestó: «Ganaré gran gloria a costa del ene-
migo, o si no, una satisfacción no honrosa pero sí justifi-
cada, sin duda, a costa de la derrota de mis conciudadanos».
10 Antes de que el cónsul Claudio llegase a su provincia,
Gayo Hostilio Túbulo atacó con tropas ligeras a Aníbal,
que marchaba al frente de su ejército hacia el país salenti-
no por el extremo del territorio larinate y sembró la confu-
11 sión en su desorganizada columna; mató cerca de cuatro
mil hombres y tomó nueve enseñas militares. Quinto Clau-
dio, que tenía campamentos preparados en las ciudades
del territorio salentino, había abandonado los cuarteles de
12 invierno al oír hablar del acercamiento del enemigo. Así que,
para no combatir contra dos ejércitos al mismo tiempo,
Aníbal durante la noche levantó su campamento de terri-
13 torio tarentino y se retiró hacia el Brucio. Claudio dirigió
la marcha hacia el Salentino, y Hostilio, que se dirigía a
Capua, se encontró con el cónsul Claudio cerca de Venusia.
14 Entonces seleccionaron de entre los dos ejércitos cuarenta
mil hombres de infantería y dos mil quinientos de caballe-
ría con vistas a que operase con ellos el cónsul frente a
Aníbal. En cuanto al resto de las tropas, se dio orden a
Hostilio de conducirlas a Capua para entregárselas al pro-
cónsul Quinto Fulvio.

Derrota de Aníbal en Grumento

41 Aníbal reunió las tropas que tenía por
todas partes, en los cuarteles de invierno
y en las guarniciones del Brucio, y se di-
rigió a Grumento [182], en la Lucania, es-
perando recuperar las plazas que por
2 miedo se habían pasado a los romanos. Allá se dirigió
también desde Venusia el cónsul romano, reconociendo pre-

[182] Cf. XXIII 37, 10.

viamente el terreno, y estableció su campamento a unos
mil quinientos pasos del enemigo. La empalizada carta- 3
ginesa parecía casi tocar las murallas de Grumento: dista-
ban quinientos pasos. Entre el campamento cartaginés y 4
el romano se extendía una llanura; sobre el flanco izquier-
do de los cartagineses y derecho de los romanos se alzaban
unas colinas peladas de las que no recelaban ni unos ni
otros porque no tenían bosque ni escondrijo alguno para
una emboscada. Corriendo desde los puestos de avanzada 5
entablaban pequeños combates en el centro de la llanura
que no merecen ser mencionados. Era evidente que lo úni-
co que pretendían los romanos era no dejar marchar al
enemigo, mientras que Aníbal, deseoso de salir de allí, pre-
sentaba batalla con todos sus efectivos. Entonces el cónsul, 6
echando mano de las artes de su enemigo, precisamente
porque no cabía temer una emboscada en unas colinas tan
al descubierto, mandó a cinco cohortes reforzadas con cin-
co manípulos ganar la cima durante la noche y apostarse
en la ladera opuesta; al tribuno militar Tiberio Claudio 7
Aselo y al prefecto de los aliados Publio Claudio, que man-
dó al frente de este contingente, les indicó el momento de
salir de la emboscada y atacar al enemigo. Él formó al 8
amanecer en orden de batalla a la totalidad de la infantería
y la caballería. Poco después también Aníbal dio la señal
de combate y se alzaron en el campamento los gritos de
los que corrían a las armas; a continuación se precipitaron
a porfía por las puertas los soldados de a pie y los de
a caballo y desplegándose por la llanura corrieron en di-
rección al enemigo. Cuando el cónsul los vio desplegados 9
ordenó a Gayo Aurunculeyo, tribuno militar de la tercera
legión, que lanzara a la caballería de su legión con el ma-
yor ímpetu posible contra los enemigos, que, como si 10
fuera una manada de reses en estampida, se habían espar-

cido por toda la llanura tan desordenadamente que se los podía abatir y aplastar antes de que se formaran en orden de combate.

42 Aníbal aún no había salido del campamento cuando oyó el griterío de los combatientes. El tumulto le hizo salir y dirigir precipitadamente sus tropas contra el enemigo.
2 El miedo a la caballería había hecho presa ya en los que iban en cabeza; también estaba entrando en combate la infantería de la primera legión y el ala derecha aliada; los enemigos, en desorden, se ponían a combatir contra quien el azar les ponía delante, fuese de a pie o de a caballo.
3 Con los refuerzos, la batalla cobraba mayores proporciones, incorporándose los que llegaban corriendo al combate; aun en medio de la confusión y el pánico Aníbal habría reorganizado a los combatientes —tarea no fácil salvo que se trate de un ejército veterano y un general experimentado—
4 si no hubiese cogido miedo a quedar aislado de su campamento cuando oyó a su espalda el grito de guerra de las cohortes y manípulos que corrían a la carga colinas abajo.
5 A partir de ahí cundió el pánico y se inició una huida en desbandada. La carnicería no fue mayor debido a que la proximidad del campamento hizo más corta su huida
6 despavorida. En efecto, a la espalda llevaban pegada a la caballería y por los flancos cargaban de través las cohortes que bajaban a la carrera colinas abajo por un camino fácil
7 y sin obstáculos. Con todo, fueron más de ocho mil los muertos y setecientos los prisioneros; se capturaron nueve enseñas militares; también fueron muertos cuatro elefantes y capturados dos; estos animales no habían sido de ningu-
8 na utilidad en una batalla repentina y embarullada. De los vencedores cayeron cerca de quinientos entre romanos y aliados.

Al día siguiente el cartaginés no hizo ningún movimien-
to. El romano, después de presentar batalla y ver que na-
die avanzaba enfrente, dio orden de recoger los despojos
de los enemigos muertos y sepultar los cadáveres de los
suyos después de reunirlos en un montón. Después, du- 9
rante bastantes días seguidos se acercó tanto a las puertas
del campamento que parecía a punto de atacarlo, hasta 10
que Aníbal emprendió la marcha durante el tercer relevo
de la guardia dejando tiendas y fogatas muy numerosas
en la parte del campamento orientada hacia el enemigo
y unos pocos númidas para que se hicieran ver en la empa-
lizada y en las puertas, y tomó la dirección de Apulia.
Al amanecer, el ejército romano se acercó a la empalizada, 11
y los númidas, según lo convenido, se hicieron ver durante
algún tiempo en las puertas y en la empalizada, y después
de engañar por un tiempo al enemigo espolearon sus caba-
llos y dieron alcance a la columna de los suyos. El cónsul, 12
cuando se dio cuenta del silencio del campamento y no
vio por ninguna parte ni siquiera a los pocos que rondaban
por allí, envió dos jinetes a explorar el campamento y, una
vez cerciorado de que no había peligro, mandó irrumpir
dentro. Se entretuvo allí justo el tiempo que tardaron los 13
soldados en correr a por el botín, después mandó tocar
a retirada y mucho antes de la noche se llevó de nuevo
sus tropas. Al día siguiente se puso en camino al amanecer, 14
siguiendo a marchas forzadas, por referencias y por las
huellas, a la columna enemiga, y le dio alcance no lejos
de Venusia. También en este caso hubo una batalla pre- 15
cipitada; mataron a más de dos mil cartagineses. A conti-
nuación, el cartaginés se dirigió a Metaponto, marchando
de noche y por el monte para no dar la oportunidad de
un combate. Hannón, que era el que mandaba la guarni- 16
ción, fue enviado desde allí al Brucio con unos pocos hom-

bres a reunir un nuevo ejército; Aníbal unió las fuerzas
de éste a las suyas y retrocedió de nuevo hacia Venusia
por los mismos caminos por donde había venido, y de allí
17 avanzó hacia Canusio. Nerón no había perdido en ningún
momento el rastro del enemigo, y como él marchaba a Metaponto, hizo venir a la Lucania a Quinto Fulvio para que
no quedase desguarnecida esta zona.

Interceptada una carta de Asdrúbal

43 Entre tanto, Asdrúbal, que había renunciado al asedio de Placencia, envió a cuatro jinetes galos y dos númidas con una carta para Aníbal; después de recorrer Italia en casi toda su extensión atravesan-
2 do territorio enemigo, cuando iban en pos de Aníbal que se
retiraba hacia Metaponto, su desconocimiento de los caminos los llevó a Tarento, y unos forrajeadores romanos que
andaban por los campos los condujeron ante el propretor
3 Quinto Claudio. Al principio trataron de eludirlo con respuestas vagas, pero cuando el miedo a la tortura los obligó
a confesar la verdad, revelaron que llevaban una carta de
4 Asdrúbal para Aníbal. Junto con dicha carta, sellada como
estaba, fueron entregados al tribuno militar Lucio Virgi-
5 nio para su traslado ante el cónsul Claudio, enviando además dos escuadrones de samnitas como escolta. Llegaron
a presencia del cónsul, se leyó la carta por medio de un
6 intérprete y se interrogó a los prisioneros; entonces Claudio
pensó que las circunstancias del Estado no eran como para
que cada uno, según la práctica habitual, hiciese la guerra
dentro de los límites de su provincia con su propio ejército
7 contra el enemigo señalado por el senado, sino que hacía
falta un golpe de audacia e imaginación, algo imprevisto,
inesperado, que en un principio provocaría tanta alarma
entre los ciudadanos como entre los enemigos pero que
al final les haría pasar de un gran temor a una gran ale-

gría. Envió a Roma, al senado, la carta de Asdrúbal y 8
al mismo tiempo les expuso a los padres conscriptos qué
se proponía; les aconsejó que, puesto que Asdrúbal le es-
cribía a su hermano que se encontraría con él en Umbría,
hiciesen venir a Roma a la legión de Capua, ordenasen una 9
leva en Roma, y enviasen el ejército urbano a hacer frente
al enemigo en Narnia. Esto escribió al senado. Envió 10
también mensajes al territorio larinate, marrucino, frenta-
no y pretuciano por donde iba a pasar con su ejército, para
que todos ellos sacasen de los campos y las ciudades a la
carretera provisiones preparadas para alimentar a los sol-
dados; y que sacasen caballos y otras bestias de carga a
fin de que hubiese medios de transporte en abundancia pa-
ra los que estuviesen agotados. Escogió personalmente los 11
mejores hombres, romanos y aliados, de todo su ejército,
seis mil de a pie y mil de a caballo; les hizo saber que
quería ocupar la ciudad de Lucania más próxima junto
con su guarnición cartaginesa, que estuviesen todos prepa-
rados para la marcha. Salió de noche y giró en dirección 12
al Piceno.

El cónsul avanzaba hacia su colega, forzando por cierto la marcha todo lo que podía, después de dejar al frente del campamento a su legado Quinto Cacio.

En Roma el pánico y la confusión eran tan intensos 44
como hacía cuatro años, cuando se había emplazado el
campamento cartaginés delante de las puertas y las mura-
llas de la ciudad. Por otra parte, no se sabía muy bien
si alabar o censurar la audacia de la marcha del cónsul;
era evidente que la valoración iba a depender del resulta- 2
do, lo cual es absolutamente injusto. Cerca de un enemigo
como Aníbal se había dejado un campamento sin general
con un ejército al que se había quitado lo que más valía,
lo más escogido; y el cónsul había dado a entender que

marchaba a la Lucania cuando en realidad se dirigía al
3 Piceno y la Galia, y la mejor protección que dejaba al
campamento era la ignorancia del enemigo, que no sabía
que lo habían abandonado el general y parte del ejército.
4 ¿Qué ocurriría si esto se descubría y Aníbal quería per-
seguir con todo su ejército a Nerón, que había marchado
con seis mil hombres, o atacar el campamento dejado co-
5 mo botín, sin fuerzas, sin mando, sin auspicios? Aumenta-
ban el pánico las antiguas derrotas de aquella guerra y la
muerte de los dos cónsules el año anterior; todo ello, ade-
más, había ocurrido cuando había en Italia un solo gene-
ral, un único ejército enemigo; ahora habían pasado a ser
dos las guerras púnicas, en Italia había dos ejércitos enor-
6 mes, casi dos Aníbales. Porque Asdrúbal, hijo del mismo
Amílcar, era un general igualmente activo, con la expe-
riencia adquirida a lo largo de tantos años en la guerra
contra Roma en Hispania, con la fama de su doble victo-
ria aniquilando a dos ejércitos con sus brillantísimos gene-
7 rales. Podía, en efecto, ufanarse mucho más que el propio
Aníbal, sin lugar a dudas, por la rapidez de su marcha
desde Hispania y por haber concitado en armas a los pue-
8 blos galos, puesto que él había reunido un ejército en
los mismos parajes donde a Aníbal se le habían muerto
de hambre y de frío, que son las formas de morir más
9 dignas de lástima, la mayor parte de sus hombres. Añadían
además los expertos en temas hispanos que él iba a enfren-
tarse con un general, Gayo Nerón, que no le era descono-
cido, al que había burlado igual que a un chiquillo, cuan-
do por casualidad le había cogido en un desfiladero de
difícil salida, a base de consignar engañosas condiciones
10 de paz [183]. Se exageraban además por completo las fuerzas

[183] Ver XXVI 17.

del enemigo y se rebajaban las propias al dejarse guiar por
el miedo, que siempre se pone en lo peor.

La marcha de Claudio Nerón para unirse al otro cónsul, Livio

Cuando Nerón ya había dejado al ene- 45
migo a tanta distancia que ya no entra-
ñaba riesgo desvelar su plan, dirigió a sus
hombres unas breves palabras. Les ase- 2
guró que ningún proyecto de ningún ge-
neral había sido aparentemente más audaz, pero en reali-
dad menos arriesgado que el suyo; que él los llevaba a
una victoria segura; su colega, en efecto, había salido 3
para aquella campaña bélica sólo después que el senado
le había concedido tropas de infantería y de caballería has-
ta que él había dicho basta, más numerosas y mejor equi-
padas que si marchara contra el propio Aníbal: si ellos
añadían su refuerzo, fuese más o menos importante, incli-
narían por completo la situación a su favor. Bastaba con 4
que en el campo de batalla —pues él se ocuparía de que
no ocurriese antes— se oyese decir que había llegado otro
cónsul y otro ejército; esto les aseguraría la victoria.
Un rumor decide una guerra, y detalles sin importancia 5
inclinan los ánimos hacia el temor o la esperanza. Los ho-
nores de la gloria consiguiente a una acción bien conduci-
da se los iban a llevar ellos sin lugar a dudas; lo que se 6
añade al final siempre parece que es lo que determina la
totalidad de un acontecimiento. Ellos mismos estaban vien-
do con cuánta concurrencia, con cuánta admiración, con
qué simpatía presenciaba la gente su paso.

Y, por Hércules, que en todas partes flanqueaban su 7
paso filas de hombres y mujeres que afluían de cualquier
parte del campo entre votos y súplicas y vítores. Les llama-
ban defensores de la patria, libertadores de la ciudad y
del imperio de Roma, de cuyas armas y de cuyas manos
dependía su libertad y salvación y la de sus hijos. Supli- 8

caban a todos los dioses y diosas para que fuese feliz su marcha, favorable la batalla, pronta su victoria sobre el enemigo; pedían verse obligados a cumplir los votos que
9 hacían por ellos para que de la misma forma que en esos momentos los acompañaban llenos de preocupación, también después de unos pocos días saliesen alegres a su en-
10 cuentro en el entusiasmo de la victoria. Después los invitaban, les hacían ofrecimientos, los importunaban porfiando cada uno con el ruego de que le cogiesen a él antes que a los demás lo que necesitaban para ellos y para sus monturas; todo se lo daban de buena gana y en abundancia.
11 Los soldados se mostraban a cual más parco, no tomando más que lo necesario; tomaban el alimento sin detenerse ni alejarse de las enseñas; marchaban día y noche; apenas concedían al descanso lo imprescindible para las necesida-
12 des naturales del organismo. Por otra parte se le habían enviado mensajeros al colega para anunciarle su llegada y preguntarle si quería que llegasen en secreto o abiertamente, durante el día o por la noche, y que se estableciesen en su mismo campamento o en otro. Pareció preferible que entrasen de noche y en secreto.

46 El cónsul Livio había hecho circular por el campamento la consigna [184] de que acogiesen los tribunos a tribunos, los centuriones a centuriones, los soldados de caballería a los de caballería y los de infantería a los de infantería,
2 pues era preciso que no se ampliase el campamento para que el enemigo no se diese cuenta de la llegada del otro cónsul; iba a resultar relativamente fácil, por otra parte, apretarse más en poco espacio en las tiendas porque el ejército de Claudio no había llevado consigo casi nada más

[184] En la tablilla en que iba la contraseña se cursaban también instrucciones para la noche.

que las armas a aquella expedición. Pero durante la propia 3
marcha se habían incrementado los efectivos con voluntarios, pues se habían presentado espontáneamente tanto soldados veteranos que ya habían cumplido el servicio de las armas como jóvenes que rivalizaban por dar su nombre, y a los que había alistado si por su aspecto físico y su robustez parecían aptos para la milicia. El campamento 4
del otro cónsul estaba cerca de Sena, y Asdrúbal estaba a unos quinientos pasos de distancia. Por eso, cuando ya se estaba aproximando Nerón, hizo alto oculto detrás de los montes para no entrar en el campamento antes de la noche. Entraron en silencio y fueron conducidos cada uno 5
a la tienda de un camarada de su misma graduación, tributándoles todos una grata acogida. Al día siguiente hubo consejo, al que asistió también el pretor Lucio Porcio Lícino. Tenía éste su campamento pegado al de los cónsules, 6
y antes de que ellos llegaran había jugado con el enemigo con toda clase de maniobras bélicas, conduciendo su ejército por las alturas, apostándose unas veces en los pasos angostos para cerrar el paso y otras hostigando los flancos o la retaguardia de la columna; y ahora asistía al consejo. Muchos en sus intervenciones se inclinaban por retrasar 7
el momento de la batalla mientras se recuperaban los soldados de Nerón agotados por la marcha y la falta de sueño y al mismo tiempo éste se tomaba algunos días para informarse acerca del enemigo. Nerón insistió en aconsejar 8
e incluso rogar con el mayor encarecimiento que no convirtiesen en temerario, dando largas, un plan como el suyo que la celeridad había hecho seguro; por un error que 9
no iba a durar mucho, Aníbal, como paralizado, no había atacado su campamento que había quedado sin general ni había salido en su persecución; antes de que se moviese se podía destruir el ejército de Asdrúbal y regresar a Apu-

10 lia; quien por andar con vacilaciones concediese tiempo al enemigo, le entregaba a Aníbal aquel campamento y además le abría paso hacia la Galia para que se reuniera tran-
11 quilamente con Asdrúbal cuando quisiera; había que dar la señal inmediatamente y salir al campo de combate, y aprovecharse del error del enemigo ausente y del presente mientras ignoraba que se las veía aquél con menos y éste
12 con más de los que pensaba, y además más fuertes. Se disolvió el consejo, se dio la señal de combate y en seguida salieron al campo de batalla.

La batalla del Metauro

47 Los enemigos estaban ya formados delante del campamento. Pero el combate no comenzó aún, porque Asdrúbal, adelantándose a las enseñas con unos cuantos jinetes, observó entre los enemigos unos escudos viejos que antes no había visto y caballos más flacos, pareciéndole también las tropas más numero-
2 sas de lo habitual. Sospechando, pues, lo que ocurría, mandó tocar en seguida a retirada y envió unos hombres al río donde se abastecían de agua y donde se podía coger algún prisionero y observar a ver si algunos tenían la tez cur-
3 tida como después de una marcha reciente; al mismo tiempo ordenó dar una vuelta a distancia en torno al campamento y observar si en algún punto se había ampliado la empalizada, prestando atención a ver si en el campamento sona-
4 ba la señal una vez o dos. Se le informó puntualmente de todo ello, y le indujo a error el hecho de que los campamentos no hubieran sido ampliados en absoluto; había dos, igual que antes de la llegada del otro cónsul, uno el de Marco Livio y el otro el de Lucio Porcio; en ninguno de los dos había ningún añadido en el atrincheramiento
5 con vistas a tener más sitio para las tiendas. Pero lo que llamó la atención del veterano general familiarizado con

los romanos como enemigos fue que, según le informaban,
la señal había sonado una sola vez en el campamento del
pretor y dos veces en el consular; sin duda había dos cón-
sules, y le inquietaba el interrogante de cómo se había ale-
jado de Aníbal uno de ellos. No podía sospechar de 6
ninguna manera lo que era una realidad, que Aníbal hu-
biese sido engañado y burlado en algo tan importante has-
ta el extremo de no saber dónde estaba el general y el ejér-
cito que tenía el campamento al lado del suyo; atemorizado 7
tras una seria derrota, seguramente no se había decidido
a perseguirlo; mucho se temía haber llegado en su ayuda
demasiado tarde, cuando no había ya nada que hacer, y
que los romanos tenían ahora en Italia la misma suerte
que en Hispania. Había momentos en que creía que su 8
carta no había llegado hasta él, que el cónsul la había in-
terceptado y se había apresurado a sorprenderle. Agitado
por estos interrogantes hizo apagar las hogueras y durante
el primer relevo de la guardia dio la señal para recoger
en silencio los petates y ordenó emprender la marcha.
Con las prisas y el barullo de la noche se descuidó la 9
vigilancia de los guías y uno se ocultó en un escondite que
tenía pensado ya de antemano, mientras que el otro cruzó
a nado el río Metauro, cuyos vados conocía bien. Abando-
nado así por los guías el ejército, en un principio anduvo
extraviado por los campos; algunos, rendidos por el sueño
y las vigilias, se tumbaban en cualquier sitio y dejaban des-
guarnecidas de hombres las enseñas. Asdrúbal dio orden 10
de avanzar por la orilla del río mientras la luz del día deja-
ba ver el camino, y en vista de que no avanzaba gran cosa
al volver sobre sus pasos por los entrantes y revueltas del
tortuoso cauce, tenía el propósito de atravesar en cuanto
las primeras luces dejasen ver un lugar apropiado para ha-
cerlo. Pero cuanto más se alejaba del mar, más altas eran 11

las riberas que encajonaban el río y como no encontró va-
dos perdió el día y dio al enemigo tiempo para darle
alcance.

48 Primero llegó Nerón con toda la caballería; después
2 le siguió Porcio con las tropas ligeras. Éstos, con rápidos
ataques, hostigaban desde todas partes a la cansada co-
lumna, y el cartaginés, desistiendo de una marcha tan pa-
recida a una huida, quería emplazar su campamento en
3 una altura sobre la orilla del río; entonces se presentó
Livio con todas las tropas de infantería no en orden de
marcha sino formadas y armadas para entrar en combate
4 inmediatamente. Pero se unieron todas las fuerzas y se
formó el frente de combate situándose Claudio en el ala
derecha y Livio en la izquierda; al pretor se le confió el
5 centro. Asdrúbal, desistiendo de atrincherar el campamento
al ver que había que combatir, colocó los elefantes en pri-
mera línea delante de las enseñas; junto a ellos situó en
el ala izquierda a los galos frente a Claudio, no tanto por-
que confiase en ellos como porque creía que el enemigo
6 los temía; él se hizo cargo del ala derecha frente a Marco
Livio con los hispanos —en estos soldados veteranos sí es-
7 taban depositadas sus mayores esperanzas—; los lígures
fueron alineados en el centro, detrás de los elefantes. Pero
el frente de combate era más profundo que largo; una coli-
8 na que sobresalía cubría a los galos. El frente que ocu-
paban los hispanos chocó con el ala izquierda de los roma-
nos; la parte derecha de la formación romana, situada más
allá de la línea de combate, permanecía inactiva: la colina
que tenían delante les impedía atacar tanto de frente como
de flanco.

9 Entre Livio y Asdrúbal se había entablado un durísimo
combate y por ambos bandos se producía una carnicería
10 atroz. Allí estaban ambos generales, allí la mayor parte

de la infantería y la caballería romanas, allí los veteranos soldados hispanos, buenos conocedores del estilo de combate romano, y los lígures, raza dura para la guerra. Hacia allí se volvieron los elefantes, que en su primera carga habían hecho estragos en la vanguardia y ya habían hecho retroceder a las enseñas; cuando después fueron a más 11
la lucha y el griterío, no hubo forma de controlarlos y andaban sin rumbo entre los dos frentes como si no supiesen a quién pertenecían, igual que naves a la deriva sin timonel. Claudio les gritaba a sus hombres: «¿Para qué 12
hemos recorrido, entonces, tan largo camino tan aprisa?», e intentó en vano escalar la colina de enfrente; cuando 13
vio que por aquella parte no era posible llegar hasta el enemigo, retiró algunas cohortes del ala derecha donde iban a estar inactivos más que tomando parte en la lucha y dando un rodeo las llevó por detrás de las líneas romanas atacando el flanco derecho enemigo, cosa con la que ni 14
siquiera los suyos contaban, cuánto menos los enemigos. La maniobra fue tan rápida que apenas habían aparecido por el flanco cuando ya estaban atacando la retaguardia. Hispanos y lígures eran así diezmados desde todas partes, 15
el frente, los flancos y la espalda, y la matanza había alcanzado ya a los galos. Allí la lucha fue mínima, pues 16
gran parte de ellos habían abandonado las enseñas dispersándose durante la noche y echándose a dormir en cualquier sitio por los campos, y los que quedaban, agotados por la marcha y la falta de sueño, incapaces como son de soportar la fatiga, a duras penas sostenían las armas sobre los hombros. Además era ya mediodía y la sed y 17
el calor los dejaba, con la boca abierta, expuestos al degüello o la captura en masa.

Muerte de Asdrúbal. Eco de la victoria en Roma

49 Fueron más los elefantes muertos por sus propios guías que por el enemigo [185]. Los guías tenían un martillo y un escoplo de carpintero y cuando las bestias comenzaban a encabritarse les colocaban el escoplo entre las orejas en el punto donde se articulan la cabeza y el cuello y se lo clavaban dándoles un golpe con
2 todas sus fuerzas. Éste era el método más rápido que se había encontrado para dar muerte a una bestia de tan enorme tamaño cuando su violencia sobrepasaba la posibilidad de controlarla, y el primero en introducir este sistema había sido Asdrúbal, general que merece ser recordado por
3 tantas otras batallas, pero sobre todo por ésta. Él sostuvo a los combatientes alentándolos y arrostrando sus mismos peligros; él, unas veces rogándoles y otras increpándolos, enardeció a quienes estaban negados y rendidos por el desaliento y la fatiga; él hizo volver a los que huían y restableció la lucha que en algunos puntos se había interrumpi-
4 do; por último, cuando el triunfo del enemigo era indudable, para no sobrevivir a aquel ejército tan grande que había seguido su nombre espoleó su caballo y se lanzó contra una cohorte romana. Allí cayó peleando, sin desmerecer de su padre Amílcar y de su hermano Aníbal.

5 Jamás durante aquella guerra se dio muerte a tantos enemigos en una sola batalla; daba la impresión de que se les había devuelto un desastre equiparable al de Cannas por la destrucción del ejército y la muerte del general:
6 cincuenta y siete mil enemigos muertos, y cinco mil cuatrocientos hechos prisioneros [186]; considerable botín de todas
7 clases, incluso de oro y plata; también se recuperó a más

---

[185] Según Polibio, fueron muertos seis y capturados cuatro.

[186] Polibio cifra las bajas en 10.000 muertos y 2.000 prisioneros.

de cuatro mil ciudadanos romanos que estaban prisioneros
en poder del enemigo, siendo ésta una compensación por
los soldados perdidos en aquella batalla. Porque la victo-
ria estuvo muy lejos de ser incruenta: fueron muertos unos
ocho mil entre romanos y aliados, y hasta los vencedores 8
estaban tan hastiados de la sangre y la carnicería que cuan-
do al día siguiente se le comunicó al cónsul Livio que los
galos cisalpinos y los lígures que no habían participado
en el combate o habían huido durante la masacre se aleja-
ban todos juntos sin un guía regular, sin enseñas, sin nin-
gún orden ni disciplina, y que se los podía aniquilar a 9
todos sólo con enviar un escuadrón de caballería, replicó:
«Mejor que haya algunos supervivientes que anuncien la
derrota del enemigo y nuestro valor».

La misma noche que siguió a la batalla partió Nerón 50
hacia Apulia marchando más aprisa que a la venida,
y al sexto día llegó a su campamento permanente, cerca
del enemigo. Su paso fue celebrado con menor afluencia 2
de gente, pues no le había precedido ningún mensajero,
pero con un entusiasmo tan grande que no podían contro-
lar su alegría. Y en cuanto a Roma, no es posible describir 3
adecuadamente los dos sentimientos que embargaron a la
población, la incertidumbre con que esperó el resultado
y la forma en que recibió la noticia de la victoria.

A lo largo de todos aquellos días desde que llegó la 4
noticia de que el cónsul Claudio había partido, en ningún
momento desde la salida hasta la puesta del sol abandonó
la curia o a los magistrados ni un solo senador, ni el pue-
blo el foro. Las matronas, ya que no podían prestar 5
ningún otro servicio, se dedicaron a las plegarias y los con-
juros y abrumaban a los dioses con súplicas y votos reco-
rriendo todos los templos. Así de inquieta y en vilo estaba 6
la población cuando le llegaron primero vagas noticias de

que dos jinetes narnienses venidos del frente habían llegado al campamento que bloqueaba las gargantas de Umbría [187], anunciando que se había hecho trizas al enemigo.
7 Al principio se prestó oídos a la noticia sin darle crédito, pues era demasiado importante y feliz como para hacerse a la idea y acabar de creerla; además le restaba credibilidad su propia celeridad, porque según se decía la batalla ha-
8 bía tenido lugar hacía dos días. Después llegó una carta remitida por Lucio Manlio Acidino desde el campamento in-
9 formando de la llegada de los jinetes narnienses. Esta carta, portada al tribunal del pretor a través del foro, hizo salir de la curia al senado, y la población acudió corriendo hacia las puertas de la curia tan a porfía y atropelladamente que el mensajero no podía entrar sino que era llevado a rastras entre preguntas y gritos de que se leyese la carta
10 en los Rostros antes que en el senado. Por fin los magistrados apartaron y contuvieron a la masa y se pudo difundir la alegría en unos ánimos incapaces de controlarla.
11 La carta fue leída primero en el senado y después en asamblea pública, y según el talante de cada cual, unos se alegraban ya sin reservas y otros no estaban dispuestos a darle el menor crédito hasta oír a un enviado o una carta de los cónsules.

51 Precisamente llegó a continuación la noticia de que se acercaban los emisarios.

Entonces sí que corrieron a su encuentro las gentes de todas las edades, impaciente cada uno por ser el primero
2 en apurar con sus ojos y sus oídos tanta dicha. Una hi-
3 lera ininterrumpida llegó hasta el puente Milvio. Los emisarios —eran Lucio Veturio Filón, Publio Licinio Varo y Quinto Cecilio Metelo—, flanqueados por gente de toda

[187] El paso de Furli.

condición social, llegaron hasta el foro mientras unos les 4
preguntaban a ellos y otros a sus acompañantes qué había
ocurrido. Y a medida que cada uno se enteraba de que
había sido destruido el ejército cartaginés y muerto su ge-
neral, y de que las legiones romanas estaban intactas y a
salvo los cónsules, inmediatamente lo comunicaba a los
demás y compartía su alegría. Después de llegar, con difi- 5
cultad, a la curia y de retirar, con mucha más dificultad,
a la multitud para que no se metiese entre los senadores,
se leyó la carta en el senado. Después los emisarios fueron
conducidos ante la asamblea. Lucio Veturio, una vez leída 6
la carta, hizo una exposición personal más detallada de todo
lo ocurrido en medio de grandes muestras de aprobación
y al final incluso del clamor de todos los reunidos, que no
cabían en sí de gozo. De allí salieron corriendo, unos hacia 7
los templos de los dioses a darles las gracias y otros a sus
casas para compartir con sus mujeres y sus hijos tan gratas
noticias. El senado decretó un triduo de acción de gracias, 8
ya que los cónsules Marco Livio y Gayo Claudio salvando
su ejército habían destruido las legiones enemigas y a su
general. El pretor Gayo Hostilio proclamó ante la asam-
blea del pueblo dicha celebración, en la que hubo una gran
afluencia de hombres y mujeres. Todos los templos se 9
vieron igualmente llenos por una multitud durante los tres
días; las matronas, con sus mejores atavíos, acompañadas
de sus hijos, daban gracias a los dioses inmortales libera-
das de todo temor como si la guerra hubiese terminado.
Aquella victoria cambió además la situación de la vida 10
ciudadana hasta el punto de que a partir de entonces, co-
mo si fueran tiempos de paz, se aventuraban a hacer tran-
sacciones vendiendo, comprando, prestando dinero y de-
volviendo los préstamos.

Retirada de Aníbal al Brucio

11 El cónsul Gayo Claudio de vuelta al campamento mandó arrojar delante de los puestos de guardia enemigos la cabeza de Asdrúbal que había llevado conservándola cuidadosamente, y exponer a la vista encadenados como estaban a los prisioneros africanos, e incluso mandó liberar a dos de ellos para que fueran a con-
12 tarle a Aníbal lo que había ocurrido. Cuentan que Aníbal, muy afectado por tan grave quebranto público y familiar al mismo tiempo, dijo que veía claro el destino de Carta-
13 go; y levantando el campamento con el propósito de concentrar en el último rincón de Italia, en el Brucio, todas las fuerzas auxiliares que no podía proteger por estar demasiado dispersas, trasladó a territorio del Brucio a toda la población de Metaponto sacándola de sus lugares de residencia y también a los lucanos que estaban sometidos a él.

LIBRO XXVIII

Sinopsis

Año 207 a. C.:

En Hispania, Marco Silano vence a los celtíberos (1-2).
Toma de Orongis (3 - 4, 4).
Incursión en la costa de África (4, 5 - 4, 7).
Operaciones en Grecia. Toma de Oreo (5-6).
Filipo se retira al Peloponeso, acude a la reunión de los aqueos y vuelve a Macedonia (7-8).

Año 206 a. C.:

Roma: triunfo, elecciones, asignación de mandos (9-10).
Prodigios. Medidas para la agricultura. Elogio de Aníbal (11 - 12, 9).
La guerra en Hispania (12, 10 - 13).
Batalla de Silpia, con victoria de Escipión (14-15).
Masinisa se une a los romanos. Acercamiento de Escipión al rey Sífax (16-17).
Escipión y Asdrúbal juntos ante Sífax (18).
Aplastamiento de Iliturgi. Rendición de Cástulo (19-20).
Juegos funerarios. Horror en Astapa. Operaciones contra Cádiz (21-23).
Motín en el ejército al caer enfermo Escipión (24-26).
Discurso de Escipión a los rebeldes. Castigo de los cabecillas (27-29).

Victoria naval romana. Tentativa de revancha cartaginesa (30-31).
Arenga de Escipión. Aplastamiento de la sublevación de Indíbil y Mandonio (32-34).
Entrevista de Escipión con Masinisa. Retirada de Magón a las Baleares. Rendición de Cádiz (35-37).

AÑO 205 a. C.:

Elecciones consulares en Roma. Candidatura de Escipión. Embajada de los saguntinos (38-39).
Discurso de Fabio en contra del plan de Escipión (40-42).
Discurso de réplica de Escipión (43-44).
Preparativos para la expedición de Escipión a África. Desembarco de Magón en Liguria (45-46).

En Hispania, Marco Silano vence a los celtíberos

1 Cuando parecía que la guerra había basculado hacia Italia con el paso de Asdrúbal, en la misma medida en que había perdido peso en Hispania [188], de pronto se rompieron otra vez aquí las hostilida-
2 des igual que antes. En aquella época las Hispanias estaban ocupadas por los romanos y los cartagineses de la forma siguiente: Asdrúbal, el hijo de Gisgón, se había retirado
3 hasta los confines del Océano, a Cádiz; la costa del Mediterráneo y casi toda la zona este de Hispania estaba bajo
4 el dominio de Escipión y de Roma. Un nuevo general, Hannón, que había cruzado desde África con un nuevo ejército para reemplazar a Asdrúbal Barca y se había unido a Magón, en poco tiempo había armado un gran número de hombres en Celtiberia, que está situada entre los dos

[188] El relato de la guerra de Hispania se había interrumpido en XXVII 20, 8.

mares; Escipión envió contra él a Marco Silano[189] con 5
no más de diez mil hombres de a pie y quinientos de a
caballo. Silano forzó cuanto pudo la marcha y, a pesar 6
del obstáculo que suponían las rutas accidentadas y los pa-
sos encajonados entre espesos bosques, como ocurre en bue-
na parte de Hispania, se adelantó no sólo a los mensajeros
sino incluso a los rumores de su llegada, y guiado por de-
sertores de la propia Celtiberia llegó hasta el enemigo.
Por informes de estos guías supo, cuando estaban a unas 7
diez millas del enemigo, que había dos campamentos junto
a la ruta que seguían; que los celtíberos, un ejército nuevo
de más de nueve mil hombres, tenían su campamento a
la izquierda, y los cartagineses el suyo a la derecha; que 8
éste estaba adecuadamente defendido con puestos de guar-
dia, con centinelas y con todas las medidas regulares de
seguridad militar, y que en el otro había indisciplina y fal-
ta de precauciones como es propio de bárbaros y de nova-
tos que estaban menos en guardia por el hecho de encon-
trarse en su propia tierra.

Silano consideró que había que atacar éste primero y 9
ordenó dirigir la marcha hacia la izquierda lo más posible
para evitar ser avistado desde algún puesto de guardia car-
taginés. Envió por delante exploradores y él se dirigió di-
rectamente hacia el enemigo acelerando la marcha.

Estaban casi a tres millas y el enemigo no había de- 2
tectado su presencia, pues el terreno era accidentado y les
servían de cobertura unas colinas pobladas de arbustos.
Allí, en un valle profundo y no visible por consiguiente, 2
dio orden a sus hombres de hacer alto y tomar alimento.
Entretanto llegaron los exploradores confirmando lo dicho
por los desertores. Entonces los romanos depositan allí mis- 3

[189] Marco Junio Silano, pretor en 212 (XXVI 19, 10).

mo los bagajes, empuñan las armas y avanzan en forma-
ción de batalla. Estaban a una milla de distancia cuando
el enemigo los avistó y comenzó inmediatamente la activi-
dad; también acudió al galope desde su campamento Ma-
4 gón al iniciarse los gritos y el tumulto. En el ejército celti-
bérico había cuatro mil hombres armados con escudo lar-
go y doscientos jinetes. Situó en primera línea esta legión
regular —que venía a ser la fuerza principal—; el resto,
5 infantería ligera, lo dejó de reserva. Cuando los sacaba
del campamento formados en este orden y apenas habían
cruzado la empalizada, los romanos lanzaron sobre ellos
6 sus jabalinas. Los hispanos se agacharon ante los dardos
disparados por el enemigo y después se reincorporaron pa-
ra disparar a su vez; los romanos, en formación cerrada
como de costumbre, recibieron los dardos juntando los es-
cudos y después se inició el cuerpo a cuerpo combatiendo
7 a espada. Pero lo accidentado del terreno hacía inútil la
rapidez de los celtíberos, que suelen combatir a base de
carreras sucesivas, mientras que para los romanos, habi-
tuados a combatir a pie firme, esta circunstancia no era
8 desfavorable, con la salvedad de que la escasez de espacio
y los arbustos que crecían aquí y allá rompían la continui-
dad de las filas y se veían obligados a combatir de uno
en uno o de dos en dos, como en duelos por parejas.
9 Precisamente lo que obstaculizaba la huida de los enemi-
gos los dejaba expuestos al degüello como maniatados;
10 muertos ya casi todos los celtíberos armados de escudo,
eran abatidas y exterminadas las tropas ligeras y los carta-
gineses que habían venido a ayudar desde el otro campa-
11 mento. No más allá de los dos mil hombres de infantería
y toda la caballería huyeron con Magón apenas iniciado
el combate. Hannón, el otro general, fue capturado vivo
junto con los que habían llegado al final, cuando la batalla

estaba ya perdida. Casi toda la caballería y los veteranos 12
de infantería que habían seguido a Magón en su huida llegaron a los nueve días al lado de Asdrúbal [190], a la circunscripción de Cádiz. Los reclutas celtíberos se dispersaron por los bosques vecinos y de allí huyeron a sus distintos lugares de residencia.

Tan oportuna victoria no sofocó la conflagración bé- 13
lica que se había desencadenado, es cierto, pero sí ahogó el germen de la guerra que habría sobrevenido si los cartagineses hubieran tenido la posibilidad de levantar en armas
a otros pueblos después de sublevar a los celtíberos. Por 14
eso Escipión felicitó vivamente a Silano y, abrigando la esperanza de poner fin a la guerra si él mismo no lo frustraba por andar remiso, marchó contra Asdrúbal, al último confín de Hispania, que era lo que quedaba de la guerra.
Precisamente entonces el cartaginés estaba acampado en la 15
Bética para asegurar la lealtad de los aliados; inmediatamente levantó el campamento y en lo que más parecía una huida que una marcha se dirigió a Cádiz, al borde del Océa-
no. Considerando, por otra parte, que mientras mantuviese 16
juntas sus tropas constituiría un objetivo bélico, antes de cruzar la bahía hacia Cádiz distribuyó todo su ejército por distintas ciudades para defender las murallas con sus armas y para que las murallas a su vez les sirvieran de defensa.

Toma de Orongis

Cuando Escipión cayó en la cuenta de 3
que la guerra se fragmentaba en diversos frentes y que llevar la ofensiva a cada una de las ciudades era una tarea no laboriosa pero sí larga, emprendió el camino de
vuelta. Con todo, para no dejarle aquella zona al enemigo 2
envió a su hermano Lucio Escipión con diez mil hombres

[190] El de Gisgón.

de infantería y mil de caballería a atacar la ciudad más
rica de aquella comarca —Orongis [191] la llamaban los
3 bárbaros—. Está situada en el territorio de los meseses,
rama de los bastetanos; su suelo es fértil; sus habitantes,
además, tienen minas de plata. Había sido la fortaleza des-
de la que Asdrúbal hacía incursiones a los pueblos del inte-
4 rior. Escipión acampó cerca de la ciudad y antes de cir-
cunvalarla envió hombres a sus puertas para que entraran
en conversación con sus habitantes, sondearan sus senti-
mientos y les aconsejaran que experimentasen la amistad
5 antes que la fuerza de los romanos. Como la respuesta
no fue nada amistosa, rodeó la ciudad de foso y doble
empalizada, y dividió el ejército en tres cuerpos, a fin
de que hubiese siempre uno al ataque mientras dos des-
6 cansaban. Cuando el primer cuerpo inició el ataque hubo
una lucha terrible pero de resultado incierto: no resultaba
fácil acercarse a los muros ni aplicar escalas debido a los
7 proyectiles que caían; incluso si alguien conseguía engan-
char las escalas al muro era derribado con horcas construi-
das al efecto o, desde arriba, le echaban encima garfios
de hierro de forma que corrían peligro de ser levantados
8 en vilo hasta lo alto del muro. Cuando Escipión se dio
cuenta de que la lucha estaba igualada a pesar del reducido
número de los suyos y que la ventaja del enemigo radicaba
en estar combatiendo desde lo alto de la muralla, retiró
la primera sección y atacó la ciudad con las otras dos si-
9 multáneamente. Esto provocó tal pánico entre los sitiados,
agotados ya de luchar contra los anteriores, que los habi-
tantes de la plaza huyeron de repente abandonando las mu-
rallas, y la guarnición cartaginesa, temiendo que la ciudad

[191] Podría tratarse de la Auringe de XXIV 42, 5, es decir, Aurgi (Jaén).

hubiese sido rendida a traición, abandonó sus puestos y
se concentró en un solo punto.
Después, los habitantes cogieron miedo a que el enemi- 10
go, en caso de penetrar en la ciudad, degollase a mansalva
a todo el que encontrase, cartaginés o hispano indiscrimi-
nadamente. Abriendo, pues, repentinamente la puerta, se 11
echaron en masa fuera de la ciudad poniendo los escudos
por delante por si les disparaban venablos desde lejos y
mostrando desnudas las diestras para que se viera bien que
habían arrojado las espadas. No se sabe con certeza si 12
la distancia impidió captar bien esta circunstancia o si se
sospechó una trampa; se cargó con saña contra los tráns-
fugas y fueron destrozados como si fuera una formación
que presentaba batalla; y por aquella misma puerta se irrum- 13
pió violentamente en la ciudad. Mientras tanto, en otros
puntos se destrozaban y echaban abajo las puertas con ha-
chas y dolabras y, a medida que iban entrando los jinetes,
se dirigían a galope a ocupar el foro, pues ésas eran las
órdenes recibidas; a la caballería se había sumado también 14
un cuerpo de triarios; los legionarios invadieron los restan-
tes puntos de la ciudad. Se abstuvieron de saquear y de
matar a los que encontraban, salvo si ofrecían resistencia
armada. Fueron puestos bajo custodia todos los cartagine- 15
ses y también los cerca de trescientos habitantes de la plaza
que habían cerrado las puertas; a los demás les fue entre-
gada la ciudad y devueltos sus bienes. En el asalto de 16
aquella ciudad cayeron cerca de dos mil enemigos y no
más de noventa romanos.

La toma de esta plaza por la fuerza alegró tanto a los 4
que participaron en la acción como al general y al resto
del ejército. Fue muy vistosa su llegada llevando ante sí
una gran turba de prisioneros. Escipión felicitó a su her- 2
mano en los términos más elogiosos que le fue posible,

parangonando la toma de Orongis con la toma de Cartagena
3 que él mismo había llevado a cabo, y como se echaba encima el invierno y no podía atacar Cádiz ni seguirle los pasos al ejército de Asdrúbal, fraccionado aquí y allá por la región, retiró todas sus tropas a la Hispania citerior.
4 Mandó las legiones a los cuarteles de invierno, envió a Roma a su hermano Lucio Escipión con el general enemigo Hannón y los demás prisioneros nobles y él se retiró a Tarragona.

Incursión en la costa de África

5 Aquel mismo año una flota romana mandada por el procónsul Marco Valerio Levino hizo la travesía desde Sicilia a África y devastó una gran extensión del territorio uticense y cartaginés. Se cogieron presas desde los límites de los cartagineses hasta el pie
6 mismo de las murallas de Útica. Cuando retornaban a Sicilia se encontraron con una flota cartaginesa de setenta naves de guerra, diecisiete de las cuales fueron capturadas, cuatro echadas a pique y el resto dispersadas y puestas en
7 fuga. Victorioso en tierra y mar, el romano se dirigió de nuevo a Lilibeo con gran cantidad de botín de todo tipo. Consiguientemente seguro el mar tras la dispersión de las naves enemigas, se enviaron a Roma grandes cargamentos de grano.

Operaciones en Grecia. Toma de Oreo

5 A principios del verano en que se desarrollaron estos acontecimientos, el procónsul Publio Sulpicio y el rey Átalo, que como antes se ha dicho habían pasado el invierno en Egina [192], unieron sus flotas, de veinticinco quinquerremes la romana y de treinta y cinco
2 la del rey, y se trasladaron de allí a Lemnos. También

[192] Retoma la narración bélica interrumpida en XXVII 33, 5.

Filipo bajó hacia el mar, a Demetríade, para estar prepa-
rado frente a cualquier intento si era necesario salirle al
paso al enemigo tanto por tierra como por mar, y señaló
la fecha en que debía concentrarse el ejército en Larisa [193].
Ante la noticia de la llegada del rey acudieron de todas 3
partes a Demetríade delegaciones de sus aliados. Los eto- 4
lios, en efecto, habían cobrado ánimos a partir de su alian-
za con los romanos y de la llegada de Átalo y se dedicaban
a saquear a sus vecinos; estaban muy atemorizados no 5
sólo los acarnanes y beocios y los habitantes de Eubea, sino
los aqueos, a los que además de la guerra de los etolios
amenazaba también Macánidas, el tirano lacedemonio, que
había colocado su campamento no lejos de la frontera de
los argivos. Todos éstos pedían ayuda al rey, exponiendo 6
cada uno los peligros que amenazaban a su ciudad por
tierra y por mar. Ni siquiera de su reino le llegaban noti- 7
cias tranquilizadoras: por un lado, se habían levantado en
armas Escerdiledo y Pléurato, y, por otro, los tracios, es-
pecialmente los medos, iban a invadir la zona macedónica
más próxima, si el rey estaba absorbido por una guerra
lejana. Por otra parte, los beocios y los pueblos del interior 8
de Grecia informaron de que el desfiladero de las Termó-
pilas, en el punto en que una angosta garganta estrecha
la senda, había sido cortado por los etolios con foso y
empalizada para impedir que Filipo pasara a defender las
ciudades de sus aliados.

Tantos conflictos en torno suyo tenían la virtualidad 9
de poner en acción incluso a un general indolente. Despi-
dió a las delegaciones prometiéndoles que a medida que

[193] Conquistada probablemente en 210. Hay dos Larisa: la que constituía el principal centro de la Tesalia nororiental, en la región de la Pelagóstide, y la Larisa Cremaste de la Ftiótide, al oeste de Antronas.

lo permitieran la ocasión y las circunstancias les prestaría
10 ayuda a todos. Como era lo que más urgía de momento,
envió a Pepareto [194] una guarnición para la ciudad, de don-
de habían llegado noticias de que Átalo, después de cruzar
desde Lemnos con su flota, había arrasado todo el territo-
11 rio circundante. Envió a Beocia a Polifantes con un peque-
ño destacamento, y a Menipo, uno de los oficiales del pro-
pio rey, lo envió a la Cálcide con mil peltados —la *pel-*
12 *ta* no es muy diferente de la *caetra*—, añadiendo quinientos
agrianes [195] para que pudiera defender todos los puntos
de la isla. Él marchó a Escotusa [196], adonde ordenó que
13 se trasladasen desde Larisa las tropas macedónicas. Allí
le llegaron noticias de que había sido convocada una asam-
blea de etolios en Heraclea y que pensaba acudir Átalo
14 para discutir las directrices de la guerra. Para desbaratar
esta convención con su llegada por sorpresa se dirigió a
15 Heraclea [197] a marchas aceleradas. Llegó cuando la asam-
blea se había disuelto; sin embargo, arruinó por completo
las cosechas, que estaban ya a punto de madurar, sobre
todo en el golfo de los enianes [198], y retornó con sus tro-
pas a Escotusa. Allí dejó todo el ejército y se retiró a De-
16 metríade con la guardia real. De allí, para poder afrontar
cualquier movimiento del enemigo, envió hombres a la Fó-
cide, Eubea y Pepareto a que eligieran puntos elevados des-
de donde fueran bien visibles fogatas encendidas sobre ellos;

---

[194] Isla (y ciudad) del Egeo situada al sur de Magnesia.

[195] Tribu tracia que vivía al este de los dárdanos. Suministraba tropas auxiliares a los macedonios.

[196] En Tesalia, cerca de Cinoscéfalas.

[197] No lejos de las Termópilas por el Oeste.

[198] El golfo Malíaco. El pueblo de los enianes, perteneciente a la Liga Etolia, vivía al sur de Tesalia.

él mismo dispuso en el Tiseo [199], monte cuya cima se 17
eleva a gran altura, un lugar de observación para captar al instante, por los fuegos encendidos a lo lejos, la indicación de dónde realizaban algún movimiento los enemigos.

El general romano y el rey Átalo se trasladaron de 18
Pepareto a Nicea [200]; de allí enviaron la flota a Eubea, a la ciudad de Oreo [201], que es la primera de las ciudades de Eubea situada a la izquierda yendo desde el golfo de Demetríade a la Cálcide y el Euripo. Átalo y Sulpicio con- 19
vinieron que los romanos atacarían por mar y las fuerzas del rey desde tierra.

Cuatro días después de arribar la flota iniciaron el 6
ataque a la ciudad. Habían dedicado ese tiempo a entrevistas secretas con Plátor, puesto por Filipo al mando de la ciudad. Tiene ésta dos ciudadelas, una que domina el mar 2
y la otra en el centro de la población; una galería conduce desde ésta al mar, cuyo acceso está bloqueado por una torre de cinco pisos, un notable elemento defensivo. Aquí se 3
entabló un encarnizado combate, pues la torre estaba equipada con toda clase de armas arrojadizas, y por otra parte, para atacarla, se habían desembarcado de las naves ballestas y máquinas de asedio. Mientras los ojos y la aten- 4
ción de todos se centraban en aquella lucha, Plátor dejó entrar a los romanos por la puerta de la ciudadela que daba al mar, y en un instante la ciudadela fue ocupada. Desalojados de allí, los defensores corrieron hacia el centro de la ciudad, hacia la otra ciudadela, pero allí había 5
hombres apostados para impedir el movimiento de los ba-

---

[199] Monte situado en el extremo sur de Magnesia.

[200] A cerca de cuatro Kms. de las Termópilas por el Este, entre el desfiladero y Tronio.

[201] En la costa norte de Eubea. Su antiguo nombre era *Histiaea*.

tientes de la puerta. Atrapados de esta forma, fueron muer-
6 tos o hechos prisioneros. La guarnición macedónica se mantuvo apelotonada al pie de la muralla de la ciudadela sin huir en desbandada ni ofrecer una resistencia demasia-
7 do tenaz. Plátor, con el consentimiento de Sulpicio, los metió en las naves y los desembarcó en Demetrio [202], en la Ftiótide; él se retiró al lado de Átalo.

8 Con la moral alta por una victoria tan fácil en Oreo, Sulpicio se dirigió en seguida con la flota victoriosa a Cálcide, donde los resultados no respondieron en modo algu-
9 no a lo que esperaba. El mar, abierto por ambos lados, pasa a estrecharse presentando a primera vista la apariencia de un doble puerto con entrada en las dos direcciones, pero difícilmente habrá un fondeadero más peligroso para una
10 flota. En efecto, desde los altos montes de ambas orillas se abaten inesperadamente vientos borrascosos, y además en el propio estrecho del Euripo no sube y baja la marea en períodos regulares siete veces al día, como se dice, sino que, en el mar revuelto y como un torrente que se precipita desde una montaña escarpada, cambia de modo irregular en una u otra dirección, a merced del viento. De esta forma, las naves no tienen reposo ni de día ni de noche.
11 La flota fondeó en tan peligrosas aguas y por otra parte se mostró firme e inexpugnable la ciudad, a un lado defendida por el mar, y a otro, el de tierra, muy bien fortificada y protegida por una fuerte guarnición y por la lealtad de sus jefes militares y civiles, lealtad que en Oreo no había
12 sido constante ni consistente. Dado lo temerario de la acción emprendida, el romano actuó con sensatez, porque en vista de las dificultades desistió en seguida del empeño para no perder el tiempo inútilmente, y de allí se trasladó

[202] A cuatro Kms. de la Tebas de Ftiótide. Era el puerto de Pirasos.

con la flota a Cino, en la Lócride, que es el emporio de la ciudad de Opunte [203], situada a una milla del mar.

Filipo se retira al Peloponeso, asiste a la reunión de los aqueos y vuelve a Macedonia

Las fogatas encendidas en Oreo habían 7
advertido a Filipo, pero debido a la traición de Plátor habían aparecido demasiado tarde en la atalaya, aparte de que el acceso a la isla no era cosa fácil para su flota, inferior entonces en fuerzas. Debido al retraso, abandonó la empresa 2
y en cuanto recibió una señal se puso prontamente en marcha para ayudar a Cálcide, pues aunque ésta es una ciudad de la misma isla, sin embargo está separada por un estrecho tan angosto que se comunica con el continente a través de un puente y se accede a ella más fácilmente por tierra que por mar. Filipo, pues, marchó 3
de Demetríade a Escotusa, de donde partió al tercer relevo de la guardia, desalojó a la guarnición y derrotó a los etolios que ocupaban el desfiladero de las Termópilas, haciendo huir al enemigo en tropel hasta Heraclea, y en un solo día llegó a Elacia [204], en la Fócide, a más de sesenta millas de allí. En torno a la misma fecha la ciudad de los opun- 4
cios era tomada y saqueada por el rey Átalo; Sulpicio se la había dejado al rey como botín porque pocos días antes los soldados romanos habían saqueado Oreo sin que los del rey participasen. La flota romana se había retirado a 5
Oreo, y Átalo, ignorante de la llegada de Filipo, mataba el tiempo recabando dinero de los notables; la llegada fue 6
tan inesperada que de no haber avistado a lo lejos a la

---

[203] A poco más de treinta Kms. al este de Elacia. Su puerto, Cino, estaba a unos doce Kms. al Oeste.

[204] Esta importante ciudad de la Fócide dominaba las vías de comunicación entre Macedonia y Tesalia por el valle del Peneo.

columna enemiga unos cretenses que casualmente se habían
alejado de la ciudad para buscar forraje, podía haber sido
7 aplastado. Sin armas y en desorden huyó Átalo en desban-
dada hacia el mar, a las naves, y cuando estaban echando
al agua las naves se presentó Filipo e incluso desde tierra
8 sembró el desconcierto entre la marinería. De allí retornó
a Opunte, quejándose amargamente contra los dioses y los
hombres por haber perdido la oportunidad de tan impor-
tante triunfo, que se le había escapado casi ante sus propios
9 ojos. Irritado por este motivo, increpó también a los opun-
cios porque, pudiendo resistir el asedio hasta su llegada,
se habían entregado casi espontáneamente nada más ver
al enemigo.

Normalizada la situación en Opunte, salió para Tro-
10 nio [205]. Átalo se retiró primeramente a Oreo; a continua-
ción, al llegarle noticias de que Prusias, rey de Bitinia, ha-
bía invadido las fronteras de su reino, se desentendió de
los intereses romanos y de la guerra etolia y se trasladó
11 a Asia. También Sulpicio se retiró con su flota a Egina,
de donde había salido al comienzo de la primavera. A Fili-
po no le costó más trabajo tomar Tronio que a Átalo tomar
12 Opunte. Habitaban aquella ciudad refugiados de la Tebas
de Ftiótide [206]; al ser tomada por Filipo su ciudad, se ha-
bían puesto bajo la protección de los etolios y éstos les
habían asignado como lugar de residencia aquella ciudad
devastada y despoblada durante la anterior guerra con el
13 propio Filipo. Una vez recuperada Tronio, como se ha
dicho hace poco, emprendió la marcha y tomó Titronio

[205] En la Lócride, al sur de Nicea.

[206] En Acaya, a tres Kms. del *sinus Pegasaeus*. De Ftiótide, para distinguirla de la capital de Beocia. Conquistada en 217 por Filipo, la paz de Tempe la devolvió a los etolios. Tras la derrota de Antíoco fue adscrita a Tesalia.

y Drumias, pequeñas y oscuras poblaciones de la Dóride.
De allí marchó a Elacia, donde tenían instrucciones de es-
perarle [207] los embajadores de Tolomeo y de los rodios.
Cuando se estaba discutiendo allí acerca de cómo poner 14
fin a la guerra etolia —pues los embajadores habían parti-
cipado hacía poco en la asamblea de romanos y etolios
en Heraclea— llegó la noticia de que Macánidas había de-
cidido atacar a los eleos mientras preparaban la celebración
de los Juegos Olímpicos. Pensó que era preciso conjurar 15
este peligro; despidió a los embajadores con una respuesta
amistosa —él no había provocado aquella guerra ni pon-
dría obstáculos a la paz siempre que fuera en condiciones 16
justas y honrosas—, partió con tropas ligeras, bajó a Mé-
gara [208] atravesando Beocia y de allí a Corinto, de donde
marchó a Fliunte y Feneo [209] después de abastecerse de
provisiones. Cuando ya había llegado a Herea [210], al oír 17
que Macánidas se había refugiado en Lacedemonia asusta-
do por la noticia de su llegada, se dirigió a Egio, a la asam-
blea de los aqueos, convencido además de que encontraría
allí a la flota cartaginesa que había reclamado para contar
también con alguna fuerza por mar. Pocos días antes 18
los cartagineses habían zarpado de allí hacia las Oxeas [211],
y después, al enterarse de que Átalo y los romanos habían
abandonado Oreo, se habían dirigido a los puertos acarna-
nios por temor a ser atacados y aplastados en Ríon [212],
que es la entrada del golfo de Corinto.

---

[207] Cf. XXVII 30, 4.

[208] Miembro de la Liga Aquea desde 243.

[209] Fliunte, en la Argólide al suroeste de Sición. Feneo, más al oeste, en la Arcadia, junto al monte Cilene.

[210] En la Arcadia oeste junto al río Alfeo.

[211] Pequeñas islas junto a la desembocadura del Aqueloo.

[212] En el lado sur. Enfrente, en la orilla etolia, Antiríon.

8 Filipo estaba disgustado y atormentado porque a pesar
de la rapidez con que había acudido a todas partes no ha-
bía llegado a tiempo a ninguna, y la fortuna, arrebatándo-
selo todo delante de los ojos, había frustrado su cele-
2 ridad. Con todo, en la asamblea disimuló su disgusto y
habló con optimismo, poniendo por testigos a los dioses
y los hombres de que en ningún momento ni lugar había
dejado de acudir con la mayor rapidez posible allí donde
3 hubiese ruido de armas enemigas; pero era difícil determi-
nar si en el desarrollo de la guerra había sido más audaz
él o más pronto en huir el enemigo. Así se le habían esca-
pado Átalo de Opunte y Sulpicio de la Cálcide, y así se
le había ido de las manos Macánidas aquellos mismos días.
4 Pero no siempre consigue la huida su objetivo, ni hay
que considerar difícil una guerra en la que basta con entrar
5 en contacto con el enemigo para vencer. Lo más importan-
te era que él tenía el reconocimiento por parte del enemigo
de su manifiesta inferioridad; en breve tendría una victoria
indudable, y ellos no iban a obtener unos resultados mejo-
res de los que podían esperar combatiendo contra él.

6 Los aliados escucharon con gusto al rey. A continua-
ción les devolvió a los aqueos Herea y Trifulia [213], mien-
tras que Alifera [214] se la restituyó a los megalopolitas
porque presentaban pruebas suficientes de que había perte-
7 necido a su territorio. Después, con las naves que le pro-
porcionaron los aqueos —se trataba de tres cuatrirremes
8 y otras tantas birremes—, pasó a Antícira [215]. De allí,
con siete quinquerremes y más de veinte embarcaciones li-

[213] Denominación general de la región situada al oeste del Peloponeso entre el Alfeo y el Neda. Ocupada por Filipo en 219/218.

[214] Situada al sur de Herea, tomada también por Filipo a los eleos en la misma fecha.

[215] De la Lócride.

geras que había enviado al golfo de Corinto para incorpo-
rarlas a la flota cartaginesa, marchó a Erutras [216], que está
cerca de Eupalio, en Etolia, y desembarcó. No engañó a 9
los etolios: toda la gente del campo y los poblados cerca-
nos de Potidania [217] y Apolonia huyó a los bosques y a
los montes; el ganado que con las prisas no habían podido 10
llevarse fue cogido y metido en las naves. Envió a Nicias,
pretor de los aqueos, con el ganado y el resto del botín
a Egio, él se dirigió a Corinto y de allí hizo conducir por
tierra a través de Beocia a las tropas de a pie mientras 11
él, zarpando en Céncreas [218] y bordeando la costa ática,
rebasó el Sunio y llegó a Cálcide casi por entre las flotas
enemigas. Elogió su lealtad y su valor porque ni el temor 12
ni la esperanza habían doblegado su voluntad, y animán-
dolos a mantenerse en el futuro dentro de la alianza con
la misma constancia si preferían su suerte a la de los orita-
nos y opuncios, se trasladó en barco de Cálcide a Oreo; 13
confió el gobierno y la defensa de la ciudad a los notables
que habían preferido huir antes que entregarse a los roma-
nos una vez tomada la ciudad, y cruzó de Eubea a Deme-
tríade, de donde había salido inicialmente para ayudar a
sus aliados. Luego, una vez carenadas en Casandrea [219] 14
cien naves, tarea para cuya finalización hizo venir a un
elevado número de obreros navales, como la situación en
Grecia estaba tranquila debido a la marcha de Átalo y a
que él había prestado ayuda en el momento oportuno a

---

[216] Puerto de mar perteneciente en esta época a los etolios. Eupalio quedaba hacia el Norte en el interior.

[217] Al noroeste de Erutras y Antícira, en el curso alto del Dafno. Esta Apolonia era una posición fortificada próxima a Potidania.

[218] El puerto de Corinto.

[219] Nombre que recibió Potidea a raíz de su refundación por Casandro en 316. En la orilla oriental del golfo Termaico.

sus aliados, cuando estaban en dificultades, regresó a su
reino para hacer la guerra a los dárdanos.

Roma: triunfo, elecciones, asignación de mandos

9 A finales del verano en que se desarro-
llaron estos hechos en Grecia, Quinto Fa-
bio Máximo hijo fue enviado a Roma por
el cónsul Marco Livio a comunicar al se-
nado que, en opinión del cónsul, Lucio
Porcio y sus legiones se bastaban para defender la Galia,
2 que él podía retirarse de allí y llevarse el ejército consular.
El senado dispuso que volvieran a Roma tanto Marco Li-
3 vio como su colega Gayo Claudio. La única diferencia
que el decreto establecía era la orden de que volviera el
ejército de Marco Livio y que las legiones de Nerón se
4 quedasen en la provincia para hacer frente a Aníbal. Los
cónsules, por carta, convinieron en que así como habían
llevado de común acuerdo los intereses públicos, así tam-
bién entrarían en Roma al mismo tiempo, aunque desde
puntos opuestos; el que llegase primero a Preneste espera-
5 ría allí a su colega. Se dio la coincidencia de que llega-
ron los dos a Preneste el mismo día. Desde allí enviaron
un edicto disponiendo que el senado en pleno estuviese re-
unido de allí a tres días en el templo de Belona [220], y se
acercaron a la ciudad rodeados por toda la población que
6 salió a su encuentro. Todos, agolpándose en torno a
ellos, los saludaban y, deseosos de tocar personalmente las
diestras victoriosas de los cónsules, unos los felicitaban y
otros les daban las gracias porque con su actuación se ha-
7 bía salvado la república. En el senado, siguiendo la cos-
tumbre de todos los generales, dieron cuenta de todas las
operaciones que habían llevado a cabo y después pidieron

[220] Como era habitual cuando los generales de regreso pensaban solicitar el triunfo.

que en consideración a su valiente y afortunada dirección
de los intereses del Estado se tributasen honores a los dio-
ses inmortales y a ellos se les concediera la entrada triunfal
en Roma; los senadores respondieron que efectivamente con- 8
cedían lo solicitado porque así lo merecían, primero los
dioses, y después de los dioses, los cónsules. Una vez 9
decretada una acción de gracias pública en nombre de los
dos y el triunfo de ambos, ellos, a fin de no ir separados
en el triunfo después de haber actuado al unísono en la
guerra, llegaron al siguiente acuerdo: puesto que la acción 10
había tenido lugar en la provincia de Marco Livio y era
éste quien había tomado los auspicios el día en que se iba
a dar la batalla, y como, por otra parte, el ejército de
Livio había vuelto a Roma, mientras que el de Nerón no
había podido salir de la provincia, Marco Livio debía en-
trar en la ciudad en cuadriga seguido de sus tropas, y Ga-
yo Claudio, a caballo sin soldados.

El triunfo así compartido redundó en mayor gloria 11
de los dos, pero sobre todo de quien había cedido en ho-
nor a su colega tanto como lo sobrepasaba en méritos.
El que iba a caballo, decía la gente, había recorrido Italia 12
de punta a punta en un espacio de seis días y se había
enfrentado en el campo de batalla con Asdrúbal en la Ga-
lia el mismo día en que Aníbal lo creía en Apulia acampa-
do frente a él; así, un solo cónsul, en los dos extremos 13
de Italia, se había enfrentado a dos ejércitos y dos genera-
les, con su ingenio contra uno y con su propia persona
contra el otro; el nombre de Nerón había bastado para 14
mantener a Aníbal en su campamento, y en cuanto a As-
drúbal, ¿qué otra cosa más que su llegada lo había hundi-
do y destruido?; por consiguiente, ya podía el otro cónsul 15
marchar bien erguido en un carro tirado por muchos caba-
llos si quería: el verdadero triunfador avanzaba por la ciu-

dad llevado por un solo caballo, e incluso marchando a pie Nerón sería recordado por la gloria conquistada en aque-
16 lla guerra y desdeñada en aquel triunfo. Estos comentarios de los espectadores siguieron a Nerón hasta el Capitolio. En dinero, ingresaron en el tesoro público tres millones
17 de sestercios y ochenta mil ases. Marco Livio repartió entre los soldados cincuenta y seis ases por cabeza, y otros tantos prometió dar Gayo Claudio a sus hombres ausentes
18 cuando volviese al frente. Se cuenta que aquel día la tropa en sus chanzas dirigió más obscenidades a Gayo Claudio
19 que a su propio cónsul, que los soldados de caballería elogiaron muy vivamente a los legados Lucio Veturio y Quinto Cecilio y animaron a la plebe a elegirlos cónsules
20 para el año siguiente [221], y que a esta tendencia de voto preliminar de los jinetes sumaron los cónsules su autoridad en la asamblea del día siguiente poniendo de relieve la valiente y leal colaboración que habían tenido sobre todo de parte de los dos legados.

10 Como se aproximaba la fecha de los comicios y se había acordado que los presidiese un dictador, el cónsul Gayo Claudio nombró dictador a su colega Marco Livio y éste nombró jefe de la caballería a Quinto Cecilio.
2 El dictador proclamó cónsules a Lucio Veturio y a Quinto Cecilio, el mismo que entonces era jefe de la caballería.
3 Se celebraron después las elecciones de pretores; fueron elegidos Gayo Servilio [222], Marco Cecilio Metelo, Tiberio Claudio Aselo y Quinto Mamilio Turrino, que entonces
4 era edil de la plebe. Finalizados los comicios, el dictador dejó el cargo y licenció al ejército, y en virtud de un decre-
5 to del senado marchó a Etruria para hacer una investiga-

[221] El 206 a. C.

[222] Gémino, el cónsul de 203.

ción acerca de cuáles eran los pueblos etruscos y umbros que a raíz de la llegada de Asdrúbal habían planeado abandonar a los romanos y pasarse a él, y cuáles los que le habían ayudado con hombres, provisiones o cualquier otro tipo de colaboración. Éstos fueron los acontecimientos 6
civiles y militares de aquel año.

Los Juegos Romanos fueron reinaugurados tres veces por los ediles curules Gneo Servilio Cepión y Servio Cornelio Léntulo; también los Juegos Plebeyos fueron repeti- 7
dos una vez, por los ediles de la plebe Marco Pomponio Matón y Quinto Mamilio Turrino.

El año decimotercero de la guerra púnica, siendo cón- 8
sules Lucio Veturio Filón y Quinto Cecilio Metelo, les fue asignada a ambos la provincia del Brucio para que dirigieran las operaciones bélicas frente a Aníbal. A continua- 9
ción se hizo el sorteo de las preturas, correspondiendo la urbana a Marco Cecilio Metelo, la de extranjeros a Quinto Mamilio, Sicilia a Gayo Servilio y Cerdeña a Tiberio Claudio. Los ejércitos se distribuyeron como sigue: a uno de 10
los cónsules el que había mandado Gayo Claudio, el cónsul del año anterior, y al otro el que había mandado el propretor Quinto Claudio, formados ambos por dos legiones; en Etruria el procónsul Marco Livio, cuyo mando 11
había sido prorrogado por un año, se haría cargo de las dos legiones de esclavos voluntarios del propretor Gayo Terencio; se decretó que Quinto Mamilio dejara su juris- 12
dicción a su colega [223] y ocupara la Galia con el ejército que había mandado el pretor Lucio Porcio, dándosele instrucciones de devastar las tierras de los galos que se habían pasado a los cartagineses a la llegada de Asdrúbal. La 13
defensa de Sicilia con las dos legiones de Cannas le fue

[223] Al pretor urbano.

confiada a Gayo Servilio, igual que antes a Gayo Mamilio.
14 El antiguo ejército que había mandado Aulo Hostilio fue retirado de Cerdeña, y los cónsules alistaron una nueva
15 legión para que la trasladase allí Tiberio Claudio. Se les prorrogó el mando por un año para que se hiciesen cargo Quinto Claudio de Tarento y Gayo Hostilio Túbulo de Ca-
16 pua. El procónsul Marco Valerio, que había estado al frente de la defensa de las costas de Sicilia, recibió orden de entregar treinta naves al pretor Gayo Servilio y regresar a Roma con el resto de la flota.

Prodigios. Medidas para la agricultura. Elogio de Aníbal

11 Como la población, en su inquietud ante tan críticos momentos de la guerra, atribuía a los dioses la causalidad de todos los acontecimientos favorables y adversos, circulaban noticias de numerosos
2 prodigios. En Tarracina había sido alcanzado por el rayo el templo de Júpiter, y en Sátrico el de Mater Matuta; no menos atemorizados tenían a los satricanos dos serpientes que se habían deslizado dentro del templo de Júpiter por la puerta misma; de Ancio llegaron noticias de que a unos segadores les habían parecido ensangrentadas algunas espi-
3 gas; en Cere había nacido un cerdo con dos cabezas y un cordero macho y hembra a la vez; también se decía que en Alba se habían visto dos soles y que en Fregelas
4 había resurgido la claridad durante la noche; decían también que había hablado un buey en el campo romano y que el altar de Neptuno en el Circo Flaminio había trasudado en abundancia, y que los templos de Ceres, de la Salud y de Quirino habían sido alcanzados por rayos.
5 Se encargó a los cónsules que expiaran los prodigios con víctimas mayores y celebraran un día de rogativas. Todo ello se llevó a cabo, en virtud de un decreto del senado.
6 Más que todos los prodigios anunciados de fuera o vistos

en la ciudad, atemorizó a las gentes el hecho de que se
apagara el fuego del templo de Vesta, y por orden del pon-
tífice Publio Licinio fue azotada la vestal que había estado
de guardia aquella noche. Aunque esta circunstancia se 7
había debido no a una admonición de los dioses sino a
un descuido humano, se acordó, no obstante, hacer una
expiación con víctimas mayores y una rogativa en el tem-
plo de Vesta.

Antes de partir para el frente, los cónsules recibieron 8
del senado la encomienda de ocuparse de que la gente re-
tornase a los campos: por la bondad de los dioses se había
alejado la guerra de la ciudad de Roma y del Lacio, y
se podía vivir en el campo sin temor; no era razonable
en absoluto ocuparse del cultivo de Sicilia más que del de
Italia. Pero la cosa no era tan fácil para la población, 9
dado que la guerra se había llevado a los agricultores libres
y los esclavos escaseaban, y que el ganado había sido sa-
queado y las granjas destruidas o incendiadas; a pesar de
todo, un buen número, impulsados por la autoridad de
los cónsules, retornaron de nuevo a los campos. Se había 10
suscitado esta cuestión porque una delegación de los pla-
centinos y cremonenses se quejaban de que sus vecinos ga-
los invadían y devastaban su territorio, y que gran parte
de sus colonos habían sido dispersados y en esos momen-
tos sus ciudades estaban despobladas y sus campos devasta-
dos y abandonados. Se encargó al pretor Mamilio proteger 11
las colonias contra el enemigo; los cónsules, en cumpli-
miento de un decreto del senado, hicieron pública la orden
de que los ciudadanos cremonenses y placentinos regresa-
sen a sus colonias antes de una fecha determinada.

Después, a comienzos de la primavera, partieron tam-
bién ellos para la guerra. Quinto Cecilio se hizo cargo 12
del ejército de Gayo Nerón, y Lucio Veturio recibió el del

propretor Quinto Claudio, completándolo con los nuevos
13 soldados que él mismo había reclutado. Los cónsules marcharon sobre el territorio consentino [224] al frente de sus ejércitos, saqueándolo a lo largo y ancho; cuando las tropas estaban ya cargadas de botín, brucios y tiradores númidas sembraron el desconcierto entre ellos en un paso
14 estrecho, hasta el punto de que corrió peligro el botín e incluso los hombres. Fue mayor, sin embargo, la alarma que la lucha efectiva, y las legiones, después de mandar por delante el botín, salieron sanas y salvas a zona cultiva-
15 da. De allí marcharon a la Lucania, donde todos los pueblos, sin ofrecer resistencia armada, retornaron al dominio de Roma.

12 Durante aquel año no se desarrolló ninguna acción contra Aníbal, pues ni él presentó batalla al estar aún tan reciente la herida sufrida por su país y por él en particular, ni los romanos lo hostigaron en su inactividad: tal era la fuerza que atribuían a aquel general único, aunque todo
2 se derrumbara en torno a él. Y no sé si fue más admi-
3 rable en la adversidad que en el éxito, él, que en tierra enemiga, durante trece años, tan lejos de su patria, con suerte diversa hacía la guerra con un ejército no de su propia nación, sino formado por un conglomerado de todo tipo de pueblos que no tenían ni leyes, ni costumbres, ni
4 una lengua común, sino aspecto diferente, indumentaria, armas, ritos, religiones, casi dioses diferentes, fundidos entre sí por una especie de vínculo único de tal forma que no estalló ninguna sedición ni entre ellos ni contra su gene-
5 ral a pesar de que a menudo faltaba dinero para la paga y abastecimiento en territorio enemigo, falta por la que en la guerra púnica anterior se habían cometido muchas

[224] De Consencia; cf. XXIII 30, 5.

atrocidades entre los jefes y la tropa. Realmente, tras la 6
destrucción del ejército de Asdrúbal y del propio general,
en los que se cifraba la única esperanza de vencer, y tras
la retirada a los últimos confines del Brucio renunciando
al resto de Italia, ¿a quién no le parece sorprendente que
no se produjera motín alguno en el campamento? Efecti- 7
vamente, a las demás circunstancias se había sumado tam-
bién el hecho de que ni siquiera para alimentar al ejército
había otra perspectiva que el territorio del Brucio, y aun-
que se cultivase éste en su totalidad, resultaba escaso para
alimentar a un ejército tan numeroso; entonces una gran 8
parte de la juventud había sido detraída del cultivo de los
campos y se dedicaba a la guerra, y aquellas gentes tenían
innata la mala costumbre de hacer la guerra saqueando.
Tampoco se le hacía ningún envío desde su patria, pre- 9
ocupada por conservar Hispania, como si en Italia mar-
chase todo bien.

La guerra en Hispania

En Hispania las cosas corrían una suer- 10
te en parte idéntica y en parte muy dife-
rente. Idéntica, porque los cartagineses,
vencidos en batalla y perdido un general,
habían sido rechazados a la costa his-
pana más alejada, junto al Océano; diferente, en cambio, 11
porque Hispania, debido a la naturaleza del terreno y a
la manera de ser de los hombres, era más apropiada no
ya que Italia, sino que cualquier otra parte del mundo para
un relanzamiento de la guerra. Por esa razón, siendo la 12
primera provincia en que penetraron los romanos —de las
que pertenecen al continente, claro está—, fue la última
de todas en ser sometida, y sólo en nuestra época, bajo
el mando y los auspicios de Augusto César[225]. Allí en- 13

[225] Dato que se suele aducir al establecer la fecha de la composición

tonces Asdrúbal el de Gisgón, el general más grande y bri-
llante de aquella guerra después de los Barca, regresó de
Cádiz con esperanzas de reemprender la acción armada, y
con la ayuda de Magón, el hijo de Amílcar, hizo una leva
en la Hispania ulterior y armó cerca de cincuenta mil sol-
dados de infantería y cuatro mil quinientos de a caballo.
14 En lo referente a la cifra de jinetes, prácticamente hay
acuerdo entre los historiadores; en cuanto a la infantería,
algunos escriben que se concentraron cerca de setenta mil
15 hombres en la ciudad de Silpia[226]. Aquí, dominando
unas llanuras abiertas, tomaron posiciones los dos genera-
les cartagineses, decididos a no rehuir el combate.

13 Cuando le llegaron noticias de la formación de un
ejército tan numeroso, Escipión pensó que con las legiones
romanas no iba a poder igualar tales fuerzas si no les en-
frentaba, al menos aparentemente, tropas auxiliares bárba-
2 ras, pero que por otra parte no debía dar a estas últi-
mas tanta consistencia que fuesen a tener una gran tras-
cendencia en caso de pasarse al enemigo, cosa que había
3 significado la derrota de su padre y de su tío. Envió por
delante a Silano ante Culca, que reinaba en veintiocho po-
blaciones, para que le hiciera entrega de los soldados de
a pie y de a caballo que se había comprometido a reclutar
4 durante el invierno; él salió de Tarragona, y después de
recoger los pequeños contingentes de tropas entregados por
los aliados que habitaban cerca de la carretera, sin dete-
5 nerse, llegó a Cástulo. Allí le llevó Silano las tropas auxi-
liares, tres mil soldados de infantería y quinientos de caba-

del libro XXVIII, puesto que con Agripa se dio por finalizada la conquista el 19 a. C.

[226] La batalla de Silpia o Ilipa (Alcalá del Río), que Livio sitúa en el año 206, suele ser referida al 207.

llería. Desde allí avanzó hacia la ciudad de Bécula con todo su ejército, cuarenta y cinco mil hombres entre romanos y aliados, infantería y caballería. Cuando estaban asen- 6
tando el campamento los atacaron Magón y Masinisa con toda su caballería, y habrían interrumpido los trabajos de fortificación de no haberlos atacado a ellos por sorpresa cuando estaban dispersos unos jinetes que Escipión había ocultado detrás de una colina muy oportunamente situada al efecto. Éstos, nada más iniciarse el combate, abatieron 7
a los más decididos y a los que más se habían acercado a la empalizada y lanzado contra los propios zapadores. Con los demás, que habían avanzado bajo las enseñas y en ordenada formación, la lucha fue más larga e incierta durante mucho tiempo. Pero cuando llegaron primero 8
cohortes ligeras desde los puestos de guardia y después soldados retirados de los trabajos de fortificación a los que se había ordenado empuñar las armas para sustituir, frescos y cada vez más numerosos, a los que estaban agotados, y cuando desde el campamento corrió al combate un contingente muy grande ya de hombres armados, los cartagineses y númidas emprendieron una franca huida. Al prin- 9
cipio se retiraban ordenadamente, sin que el miedo o la precipitación descompusiera en absoluto sus filas; después, a medida que los romanos caían con mayor contundencia sobre los últimos y no era posible resistir la carga, no pensaron ya en la formación y se dispersaron huyendo cada uno por el camino más corto. A pesar de que aquel com- 10
bate fortaleció bastante la moral de los romanos y debilitó la del enemigo, con todo, en ningún momento se interrumpieron las incursiones de la caballería y las tropas ligeras durante varios días más.

Batalla de Silpia, con victoria de Escipión

14 Una vez tanteadas suficientemente las fuerzas en estas escaramuzas, sacó primero Asdrúbal sus tropas en orden de batalla, y a continuación se alinearon tam-
2 bién los romanos; pero los dos ejércitos permanecieron formados delante de la empalizada, y como ni uno ni otro iniciaba el combate, cuando el día ya declinaba retiraron sus tropas al campamento, primero el car-
3 taginés y después el romano. Esto mismo se repitió durante varios días. Siempre era el cartaginés el primero en sacar sus tropas del campamento, y el primero en dar la señal de retirada a los hombres cansados de estar a pie firme; por ninguna de las dos partes se hacía un movimiento hacia adelante ni se lanzaba un dardo o se daba
4 un grito. El centro de la formación lo ocupaban en un frente los romanos y en el otro los cartagineses mezclados con los africanos; las alas las ocupaban los aliados, que eran hispanos en ambos bandos; delante de las alas de la formación cartaginesa, desde lejos, los elefantes parecían
5 fortalezas. En ambos campamentos se hablaba ya de que combatirían tal como se habían alineado, que se enfrentarían los centros de las formaciones, los romanos y los cartagineses, en los que estaban las razones de la guerra, con
6 igual fuerza de ánimo y de armas. Cuando Escipión se dio cuenta de que había esta firme creencia, deliberadamente cambió todo su plan para el día en que iba a dar
7 la batalla. Por la tarde hizo circular por el campamento la orden de que antes del amanecer estuviesen preparados y alimentados hombres y caballos, que los jinetes, armados, tuviesen embridados y ensillados [227] los caballos.
8 Apenas hubo clareado el día, lanzó toda la caballería

[227] No debe entenderse el término en su sentido estricto.

y la infantería ligera contra los puestos de vanguardia cartagineses; a continuación avanzó él rápidamente con la infantería pesada de las legiones reforzando las alas con 9
soldados romanos y colocando a los aliados en el centro, contrariamente al convencimiento que tenían tanto sus hombres como el enemigo. Cuando Asdrúbal, alertado por el 10
grito de guerra de la caballería, saltó fuera de su tienda y vio el tumulto delante de la empalizada y la agitación de sus hombres, y a distancia el brillar de las enseñas de las legiones y la llanura cubierta de enemigos, inmediatamente lanzó toda su caballería contra los jinetes; él salió 11
del campamento con las fuerzas de infantería y no cambió en nada el orden habitual de la formación de combate. La batalla de la infantería se mantenía indecisa desde 12
hacía ya tiempo y no podía resolverse por sí sola porque si eran rechazados, cosa que ocurría casi por turnos, tenían refugio seguro entre las líneas de infantería. Pero 13
cuando no había más de quinientos pasos de distancia entre los frentes mandó Escipión tocar a retirada y, abriendo las filas, dejó pasar por el centro a toda la caballería y las tropas ligeras, que repartió en dos grupos y colocó como reserva detrás de las alas. Después, llegado ya el 14
momento de iniciar la batalla, dio orden de avanzar a paso lento a los hispanos, que constituían el centro de la formación; desde el ala derecha —pues allí tenía el mando él 15
personalmente— mandó aviso a Silano y Marcio para que extendiesen hacia la izquierda su ala en la forma en que viesen que él se escoraba hacia la derecha, y que entraran 16
en combate con la infantería ligera y la caballería antes de que los centros pudieran encontrarse. Desplegadas así 17
las alas con tres cohortes de infantería y tres escuadrones de caballería cada una además de los vélites, avanzaban con rapidez hacia el enemigo siguiéndoles los demás en dia-

18 gonal; la línea era cóncava en el centro; donde las enseñas
de los hispanos se desplazaban más lentamente.
19 Se había producido ya el choque entre las alas cuando
el núcleo de la formación enemiga, los veteranos cartagi-
neses y africanos, no estaban aún a tiro de dardo y no
se atrevían a correr en ayuda de los combatientes de las
alas para no abrir el centro al enemigo que venía de frente;
20 sus alas eran objeto de un doble acoso: la caballería y
las tropas ligeras y los vélites las habían rodeado y las ata-
caban de flanco, y de frente las presionaban las cohortes
para aislarlas del resto de la formación.

15 La lucha era desigual en todas partes, sobre todo por-
que la masa de baleares y reclutas hispanos se enfrentaba
2 a soldados romanos y latinos. Además, a medida que avan-
zaba el día comenzaron a fallarles las fuerzas a las tropas
de Asdrúbal, cogidas por sorpresa en el ataque matutino
y forzadas a salir precipitadamente al campo de batalla
3 antes de coger fuerzas tomando alimento. Precisamente por
eso Escipión había ido dejando que transcurriera el día,
para que se demorase la batalla; era, en efecto, la hora
séptima cuando por fin las enseñas de la infantería se lan-
4 zaron contra las alas; la lucha llegó al centro bastante más
tarde, de suerte que el calor sofocante del sol de mediodía
y el cansancio de mantenerse en pie bajo las armas, y al
mismo tiempo el hambre y la sed agotaron sus fuerzas antes
5 de entrar en acción con el enemigo. Por eso se mantenían
en pie apoyándose en los escudos. Aparte de esto, los ele-
fantes, espantados por la forma desordenada de combatir
de la caballería y de los vélites y las tropas ligeras, se habían
6 desplazado desde las alas hacia el centro. Agotados, pues,
física y anímicamente, retrocedieron, manteniendo sin em-
bargo las filas como si se replegara el ejército entero a
una orden del general.

Pero como los que iban venciendo cargaban desde todas 7
partes con mayor violencia precisamente porque eran cons-
cientes de su ventaja, y como no resultaba fácil resistir
su empuje a pesar de que Asdrúbal trataba de contener 8
a los que retrocedían poniéndose delante y diciéndoles a
gritos que a su espalda había unas colinas, un refugio se-
guro si se replegaban ordenadamente, fue superior sin em- 9
bargo el miedo a la vergüenza, y al caer los más cercanos
al enemigo, volvieron la espalda inmediatamente y empren-
dieron todos la huida. Primero comenzaron a pararse las 10
enseñas al pie de las colinas llamando de nuevo a los sol-
dados a las filas, ya que los romanos dudaban en subir
con sus tropas colina arriba; después, cuando vieron que
las enseñas avanzaban sin vacilar reemprendieron la huida
y fueron rechazados, despavoridos, hasta el campamento.
Los romanos no estaban lejos de la empalizada y en seme- 11
jante acometida habrían tomado el campamento de no ser
porque, tras un sol abrasador como el que brilla entre
nubes cargadas de lluvia, cayó un aguacero tan fuerte que
los vencedores se retiraron con dificultad a su propio cam-
pamento, sintiendo algunos además escrúpulos religiosos
en intentar ninguna otra cosa durante aquel día. Aunque 12
la noche y la lluvia invitaban a los cartagineses agotados
por el esfuerzo y las heridas a un descanso que necesitaban,
sin embargo, como el miedo y el peligro no les dejaban 13
lugar para la inactividad ante la perspectiva de que el ene-
migo atacase el campamento al amanecer, reforzaron el
atrincheramiento con piedras recogidas por todo el contor-
no en los valles cercanos, dispuestos a defenderse con la
fortificación si en las armas tenían una defensa insuficien-
te. Pero la deserción de sus aliados hizo que la huida 14
les pareciera más segura que la resistencia. La deserción

la inició Atenes, un reyezuelo de los turdetanos [228]; deser-
15 tó con una gran partida de coterráneos. A continuación le fueron entregadas a Escipión por sus prefectos dos pla-
16 zas fuertes con sus guarniciones, y en prevención de que una vez inclinados los ánimos a la defección la cosa adquiriese mayores proporciones, Asdrúbal levantó el campamento en el silencio de la noche siguiente.

Masinisa se une a los romanos. Acercamiento de Escipión al rey Sífax

16 Al amanecer, los que estaban en los puestos de guardia informaron de que se habían marchado los enemigos; entonces Escipión mandó por delante la caballería
2 y dio la orden de marcha. Ésta fue tan rápida que de haber seguido las huellas sin desviarse les habrían dado alcance sin duda; pero se hizo caso a los guías, según los cuales había otro camino más corto en dirección al río Betis para atacar al enemigo
3 mientras lo cruzaba. Asdrúbal, al estar bloqueado el paso del río, torció hacia el Océano, marchando a partir de entonces dispersos como fugitivos y dejando así a bastante
4 distancia a las legiones romanas. La caballería y las tropas ligeras, atacándolos unas veces por retaguardia y otras por
5 los flancos, los inquietaban y retrasaban, y cuando, ante la frecuencia de los ataques, hicieron alto las enseñas y libraron combates con la caballería o bien con los vélites
6 y la infantería aliada, se presentaron las legiones. A partir de ese momento, más que una batalla aquello era una matanza, como si fueran animales, hasta que el propio general tomó la iniciativa de la huida y escapó con seis mil hombres medio desarmados a las colinas más cercanas; los
7 demás fueron exterminados o cogidos prisioneros. Los cartagineses atrincheraron precipitadamente un campamento

[228] Cf. XXI 6, 1.

de emergencia en una colina muy elevada y desde allí se defendieron sin dificultad tras los vanos intentos del enemigo para superar la áspera subida. Pero difícilmente se 8
podía sostener unos pocos días el asedio en un terreno pelado y carente de recursos, por lo cual se producían deserciones. Finalmente el propio general hizo venir algunas naves —el mar no quedaba lejos de allí— y una noche abandonó al ejército y huyó a Cádiz. Enterado Escipión 9
de la huida del general dejó a Silano diez mil hombres de infantería y mil de caballería para el asedio del campamento, y él, con el resto de las tropas, regresó a Tarragona 10
en setenta etapas examinando sobre la marcha la trayectoria de los régulos y las poblaciones para poder dar recompensas de acuerdo con una justa valoración de los méritos. Después de su partida, Masinisa se entrevistó en secreto 11
con Silano y luego cruzó a África con un reducido número de compatriotas para asegurarse de que su pueblo secundara sus nuevos planes. No quedó entonces tan claro el 12
motivo de tan inesperado cambio, pero sí se demostró más tarde, con el ejemplo de su lealtad ininterrumpida hasta el último momento de su ancianidad [229], que tampoco entonces actuó sin una razón plausible. Magón, cuando 13
Asdrúbal le envió de nuevo las naves, se dirigió a Cádiz; los demás, abandonados por sus jefes, o desertaron o bien huyeron, dispersándose por las ciudades más próximas sin que ningún grupo se significase por su número o su fuerza.

Así, a grandes rasgos, bajo el mando y los auspicios 14
de Publio Escipión fueron expulsados de Hispania los cartagineses trece años después de iniciada la guerra y cuatro después de que Publio Escipión se hizo cargo de la provin-

[229] Murió cumplidos los noventa años.

15 cia y del ejército. No mucho después volvió Silano a
Tarragona a reunirse con Escipión con la noticia de que
la guerra estaba resuelta.

17 Lucio Escipión, con un elevado número de prisioneros
nobles, fue enviado a Roma a informar de la reconquista
2 de Hispania. Mientras los demás se hacían lenguas de
semejante proeza con enorme júbilo y alabanzas, única-
mente el que la había llevado a cabo, insaciable en su de-
seo de valor y auténtica gloria, consideraba la reconquista
de Hispania como una pequeña muestra de lo que sus es-
peranzas y su grandeza de espíritu habían concebido.
3 Su perspectiva era ya el África y la gran Cartago y la
gloria de llevar a término allí la guerra en busca de ho-
4 nor y renombre. Convencido, pues, de que debía dar
los pasos previos y ganarse las voluntades de los reyes y
los pueblos, decidió tantear en primer término al rey Sífax.
5 Era éste rey de los masesulios; los masesulios, pueblo que
limita con los moros, miran hacia Hispania, más o menos
6 hacia donde queda Cartagena. Había por entonces un tra-
tado entre el rey y los cartagineses, pero Escipión supuso
que no tendría más peso ni sería más inviolable de lo que
suele ocurrir entre los bárbaros, cuya lealtad depende de
7 la fortuna, y le envió como embajador a Gayo Lelio,
8 con presentes. Encantado con ellos el bárbaro, y como
por otra parte a los romanos les iban bien las cosas en
todas partes mientras que para los cartagineses la situación
era desfavorable en Italia y ya no tenían nada que hacer
en Hispania, consintió en aceptar la amistad de los roma-
nos, pero dijo que no hacía ni aceptaba la ratificación for-
mal de la misma si no era en presencia del general romano.
9 Recibidas, pues, garantías de que éste podría llegar hasta
allí sin peligro únicamente con tal propósito, Lelio volvió
junto a Escipión.

Para quien se proponía África como objetivo, en todos 10
los sentidos tenía mucha importancia Sífax, el rey más opu-
lento de aquella tierra, que ya había tenido la experiencia
de una guerra contra los propios cartagineses; además, los
confines de su reino estaban muy bien situados respecto
a Hispania, de la cual lo separaba un pequeño estrecho.
Por ello Escipión pensó que valía la pena el intento aun 11
a costa de grave peligro, ya que no había otra posibilidad;
dejó para la defensa de Hispania a Lucio Marcio en Tarra-
gona y a Marco Silano en Cartagena, adonde se había des-
plazado a marchas aceleradas por tierra desde Tarragona,
y él junto con Gayo Lelio salió de Cartagena con dos 12
quinquerremes e hizo la travesía hasta África [230], a remo
en su mayor parte por estar el mar en calma, y a veces con
un viento suave a favor. Se dio la coincidencia de que 13
en esos mismos momentos Asdrúbal, expulsado de Hispa-
nia, entraba en el puerto con siete trirremes, y echaba an-
clas arrimando las naves a tierra; la vista de las dos quinque-
rremes que sin la menor duda eran enemigas y que podían 14
ser aplastadas antes de entrar en el puerto por las suyas,
más numerosas, sirvió sólo para provocar desconcierto y
confusión entre los soldados y la tripulación, que en vano
intentaron disponer las armas y las naves. En efecto, las 15
velas, impulsadas desde alta mar por un viento ligeramente
más fuerte, metieron las quinquerremes en el puerto antes
de que los cartagineses levasen anclas, y por otra parte 16
nadie se atrevía a provocar más perturbación en un puerto
del rey. Saltaron, pues, a tierra, primero Asdrúbal y al
poco Escipión y Lelio, y se dirigieron hacia el rey.

[230] Sífax residía entonces en Siga, cerca de la actual Orán.

Escipión y Asdrúbal juntos ante Sífax

18 A Sífax le pareció espléndido —y realmente lo era— que los generales de los dos pueblos por entonces más poderosos hubiesen llegado el mismo día a pedirle la paz y la amistad.

2 Les ofreció su hospitalidad tanto a uno como al otro y, puesto que la casualidad había querido que estuviesen bajo el mismo techo y ante los mismos penates, intentó reunirlos en una entrevista para que dirimieran sus dife-
3 rencias. Escipión rehusó diciendo que él no tenía ningún resentimiento personal contra el cartaginés para solucionarlo en una entrevista, y que sin un mandato del senado no podía negociar con el enemigo ningún asunto de Estado.
4 El rey, para que no pareciera excluido de su mesa uno de sus huéspedes, hizo un gran esfuerzo por convencerle para que asistiera al mismo ágape; no se negó, y cenaron
5 juntos con el rey; incluso, por complacerlo, ocuparon el
6 mismo lecho Escipión y Asdrúbal. Por cierto, era tal la cortesía de Escipión y su tacto natural para todas las cosas, que con la soltura de su conversación se ganó no sólo a Sífax, un bárbaro no habituado a los modales romanos,
7 sino incluso a su encarnizado enemigo, el cual andaba después diciendo sin rebozo que le había parecido más admirable en su encuentro personal con él que en sus hazañas de
8 guerra y que no le cabía duda de que Sífax y su reino estaban ya en poder de los romanos: tal era la habilidad de
9 aquel hombre para granjearse simpatías. Por consiguiente, lo que tenían que hacer los cartagineses era no tanto investigar cómo habían perdido las Hispanias sino pensar en la
10 forma de conservar África. Si un general romano de tanta talla había dejado una provincia recién dominada, había dejado sus ejércitos, había cruzado a África con un par de naves y se había arriesgado en un país hostil en los

dominios de un rey de cuya lealtad no tenía pruebas, no era por viajar al extranjero ni hacer una gira de placer por la costa sino porque abrigaba la esperanza de conquistar África; hacía tiempo que Escipión andaba dándole 11
vueltas a esta idea, de esto se lamentaba abiertamente: de no estar haciendo la guerra en África, de la misma forma que Aníbal la hacía en Italia. Después de firmar un trata- 12
do con Sífax, Escipión dejó África, y tres días más tarde, sufriendo en alta mar el azote de vientos variables y a menudo violentos, llegó al puerto de Cartagena.

Aplastamiento de Iliturgi; rendición de Cástulo

Si bien las Hispanias no estaban ya 19
conmocionadas por la Guerra Púnica, también resultaba evidente que era el miedo, por saberse culpables, más que la lealtad lo que mantenía quietas a algunas ciudades; entre éstas las más destacables por su importancia y por su responsabilidad eran Iliturgi y Cástulo. Ésta 2
había sido aliada cuando las cosas marchaban bien, y después del desastre de los Escipiones y sus ejércitos se había pasado a los cartagineses; los iliturgitanos habían añadido a la defección el delito de entregar o matar a los fugitivos de aquel desastre que habían buscado refugio a su lado. Tomar represalias contra estas poblaciones inmediatamente 3
después de llegar, cuando las Hispanias no estaban aseguradas, habría sido más justo que útil; como ahora que la 4
situación estaba tranquila ya parecía llegado el momento de aplicar el castigo, hizo venir de Tarragona a Lucio Marcio y le envió a atacar Cástulo con la tercera parte de las tropas, y él, con el resto del ejército, llegó a Iliturgi en unas cinco jornadas. Estaban cerradas las puertas y todo 5
preparado y a punto para repeler un ataque; hasta ese extremo la conciencia de lo que se merecían había equivalido para ellos a una declaración de guerra. En esta circuns- 6

tancia basó Escipión el arranque de su arenga a las tropas; los propios hispanos, al cerrar sus puertas, habían dado a entender lo justificados que estaban sus temores; por tanto, había que combatir contra ellos con mayor encarnizamien-
7 to que contra los cartagineses, pues, en efecto, con éstos se luchaba casi sin cólera por el imperio y la gloria, y a aquéllos había que hacerles pagar su perfidia, su crueldad
8 y su crimen. Había llegado el momento de vengar la infame muerte de sus camaradas y la trampa preparada también contra ellos mismos en caso de que la huida les hubiese conducido allí, y de dejar sentado para siempre un precedente temible a fin de que nadie en ningún momento, en ninguna circunstancia, considerase susceptible de afrenta a un ciudadano o un soldado romano.

9 Acicateados por esta arenga de su general, reparten escalas entre hombres escogidos en cada manípulo, dividen el ejército en dos cuerpos tomando el mando de uno de ellos el legado Lelio, y atacan la ciudad en dos puntos a
10 la vez, duplicando los motivos de pánico. Lo que anima a los habitantes de la plaza a defender con denuedo la ciudad no es un jefe militar o varios civiles sino el miedo que cada uno siente por la conciencia de su culpabilidad.
11 Tenían presente, y se lo recordaban a los demás, que lo que se pretendía con ellos no era vencerles sino castigarles; en el momento en que todos se enfrentaban con la muerte, la elección estaba entre morir en combate en el campo de batalla, donde la suerte común de la guerra a menudo
12 levanta al vencido y abate al vencedor, o morir más tarde, una vez incendiada y arrasada la ciudad, ante los ojos de sus mujeres y de sus hijos prisioneros, maniatados y azota-
13 dos, tras sufrir toda clase de horrores y vejaciones. Consiguientemente, no intervienen sólo los hombres en edad militar ni sólo los varones sino las mujeres y los niños,

más allá del límite de sus fuerzas físicas y morales, les al-
canzan armas a los combatientes, les llevan piedras a los
que refuerzan los muros. No estaba en juego únicamente 14
la libertad, que sólo sirve de acicate a los valientes, sino
que todos tenían ante los ojos la perspectiva de unos supli-
cios extremos y una muerte infame. Su coraje se inflamaba
rivalizando en el esfuerzo y el riesgo y mirándose unos a
otros. Por eso se inició el combate con tal ardimiento 15
que aquel ejército dominador de Hispania entera fue re-
chazado varias veces de las murallas por la juventud de
una sola ciudad y anduvo amedrentado en una batalla no
demasiado gloriosa. Cuando Escipión vio esto, temiendo 16
que con tantos esfuerzos baldíos de los suyos se acreciese
la moral del enemigo y se minase la de sus hombres, pensó
que debía participar personalmente en el esfuerzo y el peli-
gro, e increpando a los soldados por su cobardía mandó
traer escalas y amenazó con subir él mismo si los demás
vacilaban. Había llegado ya, con grave peligro, hasta el 17
pie de las murallas cuando se alzaron por todas partes los
gritos de los soldados inquietos por la suerte de su general,
y en muchos puntos al mismo tiempo comenzaron a alzar-
se las escalas; por su parte, Lelio presionó desde el otro 18
lado. Vencida entonces la resistencia de los habitantes de
la plaza y abatidos los defensores de los muros, son ocupa-
dos éstos.

También la ciudadela fue tomada en medio de la con-
fusión por el lado por donde se la suponía inexpugnable.

Los desertores africanos que entonces militaban entre 20
las tropas auxiliares romanas, mientras los habitantes se
dedicaban a defender aquellos puntos donde parecía que
había peligro y los romanos subían al asalto por donde 2
podían, vieron que la parte más elevada de la ciudad no
tenía fortificación ninguna y estaba desprovista de defen-

sores porque estaba protegida por una roca muy alta.
3 Hombres ligeros de peso y rápidos debido al mucho ejercicio, provistos de clavos de hierro, escalaron la roca por
4 donde lo permitían sus salientes y desigualdades. Si en algún punto encontraban demasiado vertical y lisa la roca, hincaban los clavos a cortos intervalos formando una especie de escalones, y alzando a mano los primeros a los que iban detrás y aupando los últimos a los que les precedían
5 llegaron a la cima. Desde allí bajaron gritando y corriendo
6 hacia la ciudad tomada ya por los romanos. Entonces sí que quedó patente que el ataque a la ciudad era debido a la rabia y el odio. Nadie pensó en coger prisioneros, nadie pensó en el botín a pesar de que todo se ofrecía al saqueo; degollaron indiscriminadamente a los que tenían armas y a los que estaban desarmados, a las mujeres y a los hombres; en su airada crueldad llegaron a dar muerte a los
7 niños de corta edad. Después prendieron fuego a las casas y arrasaron lo que no podía ser consumido por las llamas, tales ansias tenían de borrar incluso las huellas de la ciudad y hacer desaparecer el recuerdo del lugar donde residían sus enemigos.

8 A continuación Escipión marchó a Cástulo con su ejército; defendían esta ciudad tanto fugitivos hispanos como supervivientes del ejército cartaginés reagrupados tras una
9 huida en desbandada. Pero la llegada de Escipión venía precedida de la derrota de los iliturgitanos, a raíz de la
10 cual había cundido el pánico y la desesperación. Como además los intereses eran encontrados y cada uno quería mirar por sí y desentenderse del otro, primero una desconfianza tácita y después una discordia manifiesta provocó
11 la escisión entre cartagineses e hispanos. En éstos mandaba Cerdubelo, decidido partidario de la capitulación, y en los auxiliares cartagineses mandaba Himilcón; Cerdubelo

entregó a los romanos a éste y sus tropas junto con la ciudad, después de recibir garantía en secreto. En esta vic- 12
toria hubo mayor clemencia, pues la falta cometida no era tan grave, y por otra parte la entrega voluntaria había aplacado un tanto las iras.

Juegos funerarios. Horror en Astapa. Operaciones contra Cádiz

Después fue enviado Marcio a reducir 21
a obediencia a los bárbaros que no estaban aún sometidos por completo. Escipión regresó a Cartagena para cumplir los votos hechos a los dioses y celebrar el espectáculo de gladiadores que había preparado en memoria de la muerte de su padre y de su tío. Los gladiadores 2
que tomaron parte en el espectáculo no eran los que habitualmente presentan los lanistas, esclavos procedentes de la tarima de venta y libres que ponen precio a su sangre; la colaboración de los luchadores fue por entero voluntaria y gratuita. Algunos, en efecto, los enviaron los régu- 3
los para hacer una demostración del valor innato de su raza, otros manifestaron espontáneamente que ellos lu- 4
charían para hacer honor a su general, a otros los movió el espíritu de rivalidad para hacer y aceptar desafíos, y algunos resolvieron con el hierro las diferencias que 5
no habían podido o no habían querido resolver pacíficamente, poniéndose previamente de acuerdo en que el objeto de las diferencias sería para el vencedor. Unos primos 6
hermanos que no eran personas de origen oscuro sino famosas e ilustres, Corbis y Orsua, que se disputaban la primacía de una ciudad llamada Ibe [231], manifestaron que lo decidirían con las armas. Corbis era el de más edad; el 7
padre de Orsua había sido el último en detentar el poder, que había recibido de su hermano mayor a la muerte de éste.

[231] Única ocasión en que aparece.

8 Escipión quería discutir la cuestión hablando y calmar sus iras, pero los dos dijeron que ya habían rechazado esa propuesta a sus parientes comunes y que no pensaban admitir por juez a hombre o dios alguno a no ser a Marte.
9 Confiado el mayor en su fuerza y el menor en su florida juventud, preferían morir en el combate a someterse uno a la autoridad del otro, no fue posible sacarlos de su encono y brindaron al ejército un espectáculo notable y una prueba de lo calamitosa que es para los mortales la ambi-
10 ción de poder. El mayor, con su práctica en el manejo de las armas y su astucia, se impuso fácilmente a la fuerza bruta del más joven. Este espectáculo de gladiadores fue seguido de unos juegos fúnebres acordes con los recursos de una provincia y el equipamiento de un campamento.
22 Entretanto los legados desarrollaban igualmente las operaciones. Marcio cruzó el río Betis, que los indígenas llaman Certis, y consiguió sin lucha la rendición de dos poderosas ciudades. Astapa [232] era una ciudad que siempre
2 había tomado partido por los cartagineses; pero más que esta circunstancia, provocaba la cólera de los romanos el hecho de que, al margen de las exigencias de la guerra,
3 sentía un odio especial hacia ellos. Y sin embargo no tenían una ciudad cuya seguridad en razón del emplazamiento o la fortificación pudiera inspirarles mayor audacia; pero el carácter de sus moradores, inclinado al bandolerismo, los había llevado a realizar incursiones en el vecino territorio de los aliados del pueblo romano y a capturar soldados romanos extraviados y cantineros y mercaderes.
4 Incluso habían exterminado a una caravana muy numerosa —ya que yendo pocos se corría peligro— tras tenderle una emboscada en una zona abrupta cuando atravesaba su te-

[232] Estepa.

rritorio. Cuando el ejército marchó a atacar esta ciudad, 5
sus habitantes, conscientes de sus fechorías, como no les
parecía seguro entregarse a tan enconados enemigos y no
tenían esperanzas de defender su vida con las murallas o
las armas, tomaron una resolución horrible y salvaje con-
tra sí mismos y contra los suyos. Eligieron en el foro un 6
lugar donde apilar sus objetos de más valor. Sobre el mon-
tón hicieron que se colocasen sus mujeres e hijos y alrede-
dor pusieron leña metiendo en medio haces de ramaje.
Después ordenaron a cincuenta jóvenes armados que per- 7
maneciesen allí cuidando los bienes y las personas, más
queridas que los bienes, mientras el resultado del combate
se mantuviera incierto; si veían que se decantaba en contra 8
y que la ciudad estaba a punto de ser tomada, que supie-
ran que todos los que veían marchar al combate encontra-
rían la muerte en la propia batalla; por los dioses de lo 9
alto y de las profundidades les suplicaban que pensasen
en la libertad, que aquel día debía terminar en una muerte
honrosa o en una esclavitud ignominiosa, y no dejasen na-
da en lo que pudiera ensañarse su airado enemigo; tenían 10
en la mano el hierro y el fuego: que las manos amigas
y fieles destruyesen lo que estaba destinado a perecer, an-
tes de que los enemigos lo escarneciesen entre burlas inso-
lentes. A estas exhortaciones siguió una terrible maldición 11
contra todo aquel que se desviase de esta decisión por vana
esperanza o por blandura.

A continuación se abrieron las puertas y salieron con
gran estrépito en impetuoso tropel; no había la oposición 12
de ningún puesto de guardia suficientemente sólido porque
cualquier cosa era de temer menos que se atrevieran a salir
de las murallas. Escuadrones de caballería muy reducidos
y tropas ligeras enviadas al instante desde el campamento
con ese fin expreso les salieron al paso. La lucha fue dura 13

por su impetuosidad y coraje más que organizada y orde-
nada en forma alguna. Así, el repliegue de la caballería,
que se había enfrentado la primera con el enemigo, sem-
bró el pánico entre las tropas ligeras, y se habría llegado
a combatir al pie mismo de la empalizada si no se hubiese
alineado en orden de batalla el grueso de las legiones, a
14 las que se dio un tiempo muy breve para formar. También
entonces hubo unos instantes de desconcierto en torno a
las enseñas, pues se lanzaban ciegos de furia, con audacia
insensata, contra el hierro que los hería; después, los sol-
dados veteranos, impertérritos frente a la temeraria embes-
tida, abatieron a los primeros conteniendo a los que venían
15 detrás. Poco después intentaron avanzar a su vez, y cuan-
do vieron que nadie retrocedía y que estaban todos decidi-
dos a morir en su puesto abrieron el frente, cosa que les
permitía hacer sin dificultad su elevado número, envolvie-
ron por los lados al enemigo que peleaba formando círculo
y los abatieron a todos sin excepción.

23 Sin embargo, estos actos eran los que suelen hacer los
enemigos encolerizados, que entonces más que nunca com-
batían de acuerdo con las leyes de la guerra contra hom-
2 bres armados que oponían resistencia; pero otra masacre
más horrible tenía lugar en la ciudad, donde daban muerte
a la multitud débil e indefensa de mujeres y niños sus pro-
pios conciudadanos y arrojaban a la pira encendida sus
cuerpos, aún con vida la mayoría, y torrentes de sangre
apagaban las incipientes llamas; al final, también ellos, can-
sados de la lamentable tarea de dar muerte a los suyos,
3 se arrojaron con las armas en medio de las llamas. Los
romanos victoriosos llegaron cuando la carnicería había
finalizado. Al ver por primera vez tan horrible espectáculo
4 quedaron unos instantes paralizados por la sorpresa; luego,
cuando llevados por la codicia connatural al hombre qui-

sieron rescatar del fuego el oro y la plata que brillaban entre los objetos del montón, unos se vieron envueltos por las llamas y otros quemados por las bocanadas de aire abrasador, pues los primeros no podían retroceder debido a la gran masa que los presionaba por detrás. Así fue des- 5
truida Astapa por el hierro y el fuego, sin botín para los soldados. Marcio consiguió por el miedo la rendición de los demás pueblos de aquella comarca y volvió al lado de Escipión, a Cartagena, al frente de su ejército victorioso.

Por aquellos mismos días llegaron de Cádiz unos deser- 6
tores ofreciéndose a entregar la ciudad y la guarnición cartaginesa que había en ella, y al jefe de la guarnición junto con la flota. Magón se había detenido allí en su huida y 7
después de recoger las naves del Océano había reunido bastantes tropas auxiliares procedentes tanto de la costa de África, al otro lado del estrecho, como, gracias a la labor de su prefecto Hannón, de los lugares de Hispania más próximos. Después de un compromiso mutuo con los 8
desertores fueron enviados allí Marcio, con cohortes ligeras, y Lelio, con siete trirremes y una quinquerreme, para dirigir las operaciones en un plan combinado por tierra y por mar.

Motín en el ejército al caer enfermo Escipión

Una grave enfermedad que afectó al 24
propio Escipión, cuya gravedad sin embargo exageraron las habladurías, pues cada cual añadía algo a lo que había oído por esa propensión innata del ser humano a alimentar adrede los rumores, conmocionó la provincia entera y especialmente los puntos más alejados. Se vio 2
claramente que de haber sido cierta tal calamidad habría provocado una perturbación de grandes proporciones, cuando un rumor infundado desató tales tempestades. Ni los aliados se mantuvieron fieles ni el ejército se mantuvo en

3 el cumplimiento de su deber. Mandonio e Indíbil, que se
habían hecho ilusiones de dominar Hispania una vez ex-
pulsados de ella los cartagineses, como nada se había desa-
4 rrollado de acuerdo con sus expectativas, concitaron a sus
coterráneos —que eran los lacetanos—, sublevaron a la ju-
ventud de los celtíberos y devastaron con saña el territorio
de los suesetanos [233] y sedetanos [234], aliados del pueblo
romano.

5 Otro levantamiento, de ciudadanos romanos éste, esta-
lló en el campamento [235] cercano al Sucrón; había allí ocho
mil hombres, destacados como protección para las gentes
6 que habitan a este lado del Ebro. Ahora bien, su actitud
turbulenta no se originó entonces, cuando circularon los
inciertos rumores acerca de la vida del general, sino antes
ya, con la indisciplina derivada, como suele ocurrir, de una
prolongada inactividad, y también porque las condiciones
en momentos de paz eran particularmente duras para quie-
nes estaban acostumbrados a vivir más a sus anchas de
7 la rapiña en territorio enemigo. Al principio simplemente
se dejaban caer comentarios en privado: si había guerra
en la provincia, ¿qué pintaban ellos entre poblaciones so-
metidas?; si la guerra estaba terminada y su misión cum-
8 plida, ¿por qué no se les llevaba de vuelta a Italia? Tam-
bién se reclamó la paga con mayor descaro del que corres-
pondía a los hábitos y la disciplina militar, y los centinelas
lanzaron insultos a los tribunos que hacían la ronda por
los puestos de guardia, y por la noche algunos salieron
a saquear al territorio amigo de los alrededores; finalmen-
te abandonaban sin permiso las enseñas a pleno día y abier-
9 tamente. Todo se hacía siguiendo el arbitrio caprichoso de

[233] Cf. XXV 34, 6. ¿En el valle de Sangüesa, hacia el Ebro?

[234] En el entorno a Zaragoza, al norte o al sur del Ebro.

[235] Donde se encuentra Albalat, junto al Júcar.

los soldados, en nada se observaban las ordenanzas y la disciplina militar ni las órdenes de los que tenían el mando. La apariencia formal de un campamento romano se 10
mantenía, a pesar de todo, sobre la base únicamente de esta expectativa: convencidos de que los tribunos, contagiados de su desatino, no se mantendrían al margen de la sedición y la revuelta, les permitían ejercer su autoridad en el cuartel general, les pedían las contraseñas y acudían a los turnos de guardia y centinela; si bien le habían quitado la 11
fuerza a la autoridad, con todo mantenían la apariencia de quien acata las órdenes mandándose ellos espontáneamente.

El motín estalló después, cuando se percataron de que 12
los tribunos reprendían y desaprobaban su comportamiento, trataban de hacerles frente y manifestaban abiertamente que no se harían partícipes de su locura. Expulsados, 13
pues, los tribunos del cuartel general, y poco después, del campamento se les confirió el mando por acuerdo unánime a los cabecillas de la revuelta, los soldados rasos Gayo Albio Caleno y Gayo Atrio Umbro. Éstos, no contentos con 14
los distintivos tribunicios, tuvieron incluso la osadía de poner sus manos en los emblemas del más alto mando, las fasces y las hachas, sin pararse a pensar que sobre sus espaldas y su cuello pendían aquellas varas y hachas que hacían llevar delante de ellos para atemorizar a otros. Cega- 15
ba sus mentes su infundada creencia en la muerte de Escipión, no dudando de que en cuanto se difundiese la noticia, la conflagración bélica alcanzaría a Hispania entera, y que en la confusión resultante podrían exigir dinero a 16
los aliados y saquear las ciudades cercanas; además, dada la perturbación general en la que todos cometerían cualquier osadía, iba a pasar más desapercibido lo que ellos hubieran hecho.

25 Esperaban de un momento a otro nuevas noticias no
sólo de la muerte sino de los funerales también, y como
no llegaba ninguna y se desvanecían los rumores surgidos
sin fundamento, se comenzó a indagar de quién había par-
2 tido. Como todos se desentendían para dar la impresión
de que habían creído un poco a la ligera una cosa semejan-
te pero que no la habían inventado, los cabecillas, faltos
de apoyo, veían con horror que bien pronto se iban a vol-
ver en contra suya sus propios distintivos de mando y el
poder efectivo y legítimo, en lugar de la vana apariencia
3 de autoridad que detentaban. El motín se iba así parali-
zando y llegaron noticias seguras, primero, de que Esci-
pión estaba vivo y, poco después, de que incluso estaba
bien de salud; entonces se presentaron siete tribunos mili-
4 tares enviados por el propio Escipión. Al principio, su lle-
gada crispó los ánimos, que después se calmaron cuando
ellos se pusieron a hablar amigablemente, en un tono sose-
5 gado, con los conocidos que encontraban. Comenzaron,
en efecto, por darse una vuelta por las tiendas; después,
si veían grupos hablando entre sí en corrillos ante las tien-
das del mando o la del general, se dirigían a ellos más
bien preguntando cuál era la causa de su irritación y su
inesperado amotinamiento que echándoles la culpa de lo
6 ocurrido. La respuesta más común era que no se había
abonado la paga puntualmente y que en el momento en
que había ocurrido la traición de Iliturgi, después de la
pérdida de los dos generales y los dos ejércitos, a pesar
de que ellos habían defendido el nombre de Roma y con-
servado la provincia con su valor, los iliturgitanos tenían
el castigo merecido por su falta pero a ellos no había quien
7 les diera una recompensa por sus buenos servicios. A estas
quejas respondían que lo que se pedía era justo y que ellos
las trasladarían al general; que se alegraban de que no se

tratara de algo más serio y difícil de solucionar; que, gra-
cias a los dioses, tanto Publio Escipión como el Estado
estaban en disposición de demostrar su gratitud.
Escipión, avezado a las guerras pero falto de experien- 8
cia en las borrascas de los amotinamientos, estaba preocu-
pado por el asunto por temor a que el ejército fuera dema-
siado lejos en su desviado proceder o bien él se excediera
en el castigo. De momento le pareció preferible seguir ac- 9
tuando con suavidad y dar esperanzas de que se cobraría
pronto la paga enviando recaudadores a las ciudades esti-
pendiarias del contorno. A continuación hizo pública una 10
orden disponiendo que fueran a Cartagena a buscar la pa-
ga por grupos aislados o todos juntos, como prefirieran.
El motín, que ya se estaba debilitando por sí solo, se apa- 11
ciguó del todo con la repentina vuelta a la calma de los
rebeldes hispanos. Renunciando, en efecto, a su propósito 12
cuando llegó la noticia de que Escipión estaba vivo, Man-
donio e Indíbil habían retornado a su territorio, y los amo-
tinados ya no tenían a nadie, ni compatriota ni extranjero,
a quien asociar a su desatino. Examinadas todas las posi- 13
bilidades, no tenían más que una forma, y no segura del
todo, de salir de su mal acuerdo: confiarse a la justa ira
de su general o a su clemencia, en la que no había que
perder las esperanzas, pues hasta con los enemigos a los
que se había enfrentado con las armas había sido indul-
gente; su sedición no había causado heridas ni derrama- 14
miento de sangre, no había sido inhumana en sí misma
ni merecía un castigo inhumano. Hasta ese extremo es la
naturaleza humana más propensa de la cuenta a atenuar
la propia responsabilidad. Sólo dudaban sobre cómo ir a 15
buscar la paga, por cohortes aisladas o todos juntos. Pre-
valeció el criterio de ir todos juntos, porque les parecía
más seguro.

26 Por los mismos días en que ellos discutían esta cuestión, en Cartagena tenía lugar un consejo referente a ellos
2 y se debatían dos propuestas: si se actuaba únicamente contra los cabecillas de la revuelta, que no eran más de treinta y cinco, o si se debía castigar con el suplicio de un número más amplio tan vergonzoso ejemplo de rebelión, más que
3 de amotinamiento. Prevaleció la propuesta más suave: aplicar el castigo donde estaba el origen del delito; para la
4 masa bastaba con una reprimenda. Para que no pareciera que era esto lo que se había tratado, una vez disuelto el consejo, se le anunció al ejército que estaba en Cartagena una expedición contra Mandonio e Indíbil y se le dio or-
5 den de preparar víveres para varios días. Los siete tribunos que habían ido anteriormente al Sucrón a apaciguar la revuelta fueron enviados al encuentro del ejército, dándoles a cada uno los nombres de cinco de los cabecillas del mo-
6 tín a fin de que, por medio de las personas apropiadas, les ofrecieran hospitalidad de buenos modos y con palabras amables, y, después de embriagarlos, los ataran.
7 Estaban ya cerca de Cartagena cuando se enteraron por los que habían salido a su encuentro de que al día siguiente salía todo el ejército con Marco Silano contra los lacetanos; la noticia, aparte de liberarlos por completo del temor que anidaba en silencio en sus ánimos, les produjo una intensa alegría porque iban a tener al general solo a su
8 merced en lugar de estar ellos en su poder. A la puesta del sol entraron en la ciudad y vieron al otro ejército pre-
9 parándolo todo para la marcha. Recibidos con el comentario deliberadamente preparado de que el general se alegraba de su oportuna llegada porque habían venido justo en el momento en que marchaba el otro ejército, repararon
10 fuerzas. Los tribunos, sin el menor alboroto, después de hacer que personas apropiadas hospedasen a los promoto-

res de la revuelta, los arrestaron y ataron. A la hora del 11
cuarto relevo de la guardia inició su salida la impedimenta
del ejército cuya marcha se simulaba; al amanecer se pu-
sieron en movimiento las tropas, pero la columna hizo alto
cerca de la puerta y se mandaron centinelas a todas las
puertas para que no saliese nadie de la ciudad. Llamados 12
después a asamblea los que habían llegado el día anterior,
corrieron amenazadoramente al foro hacia la tribuna del
general con el propósito de intimidarlo ellos primero con
sus gritos. De forma simultánea subió el general a la tari- 13
ma, y los hombres armados, que habían dado la vuelta,
desde la puerta se distribuyeron por detrás de la asamblea
desarmada. Entonces se desinfló por completo su arrogan- 14
cia y, tal como confesaban más tarde, nada los asustó tan-
to como la energía y el color del rostro del general, cosa
con la que no contaban, pues estaban convencidos de que
lo iban a ver quebrantado, y una expresión en su mirada
como no recordaban, decían, ni siquiera en el campo de
batalla. Permaneció unos instantes sentado en silencio has- 15
ta que fue informado de que los promotores de la sedición
habían sido conducidos al foro y que todo estaba dispuesto.

Discurso de Escipión a los rebeldes. Castigo de los cabecillas

Entonces impuso silencio por medio del 27
heraldo y comenzó de esta forma:
«Jamás hubiera creído que llegarían a
faltarme las palabras para dirigirme a mi
ejército, no porque haya practicado más 2
la palabra que la acción sino porque al haber vivido casi
desde la infancia en los cuarteles estoy avezado a la mane-
ra de ser de los soldados. Al estar ante vosotros no se 3
me ocurre qué deciros ni cómo hacerlo; ni siquiera sé con
qué nombre debo llamaros. ¿Ciudadanos, vosotros que 4
os rebelasteis contra vuestra patria? ¿Soldados acaso,
vosotros que rechazasteis la autoridad más alta y los

auspicios, y quebrantasteis la inviolabilidad del juramen-
to? ¿Enemigos? Reconozco los cuerpos, los rostros, la in-
dumentaria, el aspecto de ciudadanos; veo los hechos, las
palabras, los propósitos, los sentimientos de enemigos.
5 ¿Qué otra cosa deseasteis o esperasteis, en efecto, sino lo
mismo que los ilergetes y los lacetanos? Éstos, al menos,
secundaron en su desvarío el liderazgo de Mandonio e In-
díbil, hombres de regia nobleza; vosotros entregasteis los
auspicios y el mando supremo a un umbro, Atrio, y a un
6 caleno, Albio. Decidme, soldados, que no todos vosotros lo
hicisteis ni quisisteis que se hiciese; de buen grado creeré, si
lo negáis, que fue un desatino insensato de unos cuantos,
pues se perpetraron tales cosas que de estar implicado todo
el ejército no es posible expiarlas sin tremendos sacrificios».
7 «A mi pesar pongo el dedo en estas llagas; pero es que
sin tocarlas y hurgar en ellas no es posible ponerles reme-
8 dio. Francamente, después de la expulsión de Hispania de
los cartagineses no creía que hubiera en toda la provincia
lugar ni persona alguna que aborreciese mi vida, dado
como yo me había comportado no sólo con los aliados sino
9 incluso con los enemigos. Resulta que en mi propio cam-
pamento —¡qué engañado estaba!— la noticia de mi muerte
10 fue no sólo creída sino incluso esperada. No es que yo
quiera atribuir a todos esta acción reprobable: sinceramen-
te, si yo creyese que todo mi ejército había deseado mi
muerte, moriría ahora mismo aquí ante vuestros ojos, pues
no sería agradable para mí una vida aborrecida por mis
11 compatriotas y mis soldados. Pero la naturaleza de la ma-
sa es como la del mar, inerte de por sí: la mueven los
vientos y la brisa; así también en vosotros hay calma o
tempestad, y la causa y el origen de cualquier trastorno
está en los agitadores. Vuestro desvarío se debe al contagio;
12 ni siquiera hoy me parece que sepáis a qué grado de insen-

satez habéis llegado, qué crimen os habéis atrevido a cometer contra mí, contra vuestra patria y vuestras mujeres e hijos, contra los dioses testigos de vuestro juramento, contra los auspicios bajo los que militáis, contra las costumbres de la vida militar y la disciplina tradicional, contra la majestad del mando supremo.

De mí mismo no digo nada; vamos a suponer que vues- 13
tra credulidad se debió más a la ligereza que a un deseo profundo, y, en último término, que yo soy una persona que no se sorprende en absoluto de que el ejército esté cansado de su mando. Pero, ¿qué mal os había hecho la patria, a la que traicionabais compartiendo los planes de Mandonio e Indíbil? ¿Qué os había hecho el pueblo roma- 14
no, que entregasteis el mando a unos particulares quitándoselo a los tribunos elegidos por votación popular, que no contentos con el hecho de tenerlos como tribunos, vosotros, un ejército romano, entregasteis las fasces de vuestro general a quienes nunca habían tenido ni un esclavo en quien mandar? Albio y Atrio plantaron su tienda en 15
el pretorio, la trompeta sonó delante de ellos, a ellos se les pidió la contraseña, se sentaron en el tribunal de Publio Escipión, los asistió el lictor, se apartaron los demás para dejarles paso, los precedieron las faces y las hachas. A vo- 16
sotros os parece que son portentos el que lluevan piedras, que caigan rayos del cielo, que los animales alumbren crías insólitas; éste es un portento que no puede expiar ninguna víctima, ninguna rogativa; sólo la sangre de quienes osaron hacer algo tan reprobable».

«A pesar de que ningún crimen tiene explicación racio- 28
nal, yo quisiera saber, no obstante, en la medida en que ello es posible en una acción abominable, cuál era vuestra idea, vuestro propósito. En cierta ocasión [236], una legión 2

[236] Cf. *Per.* XII 7.

enviada a Regio como guarnición asesinó a los principales
ciudadanos y ocupó durante diez años aquella opulenta
3 ciudad. Por este hecho toda la legión, los cuatro mil hom-
4 bres, fueron decapitados [237] en el foro de Roma. Sin em-
bargo, en primer lugar ellos no secundaron a Atrio, un
mercachifle umbro, un jefe con nombre de mal agüero in-
cluso, sino al tribuno militar Décimo Vibelio; no se asocia-
ron, por otra parte, con Pirro, ni con los samnitas o los
5 lucanos, enemigos del pueblo romano. Vosotros compar-
tisteis los planes con Mandonio e Indíbil y estuvisteis ade-
6 más a punto de compartir las armas. Aquéllos tenían in-
tención de asentarse definitivamente en Regio, igual que
los campanos en Capua después de quitársela a sus anti-
guos habitantes, los etruscos [238], o los mamertinos en Me-
sina, en Sicilia, y no pensaban hacerle la guerra al pueblo
7 romano ni a sus aliados. Vosotros, ¿pensabais tener el Su-
crón como lugar de residencia? Si yo, vuestro general, una
vez cumplida mi misión me marchara y os dejara allí, ten-
dríais que implorar la ayuda de los dioses y de los hombres
porque no volvíais al lado de vuestras mujeres y vuestros
hijos».

8 «Pero supongamos que os olvidasteis de ellos, igual que
de la patria y de mí; quiero seguir el curso de vuestro cri-
minal designio, si bien no hasta su extrema demencia.
9 Estando vivo yo, y a salvo el resto del ejército con el que
en un solo día tomé Cartagena, con el que derroté a cuatro
generales y cuatro ejércitos cartagineses y les puse en fuga
y los expulsé de Hispania, vosotros, ocho mil hombres,
todos de menos categoría seguramente que Albio y Atrio,

[237] Cf. *Per.* XV 2.

[238] En IV 37, 1-2, se hace referencia a la total ocupación de Capua por los oscos samnitas y a la consiguiente expulsión de los etruscos.

a los que os habéis sometido, ¿pensabais quitarle al pueblo
romano la provincia de Hispania? Dejando mi nombre a 10
un lado y olvidándolo, supongamos que la única ofensa
que me hicisteis fue creer con facilidad mi muerte. ¿Y en- 11
tonces?, si yo muriera, ¿iba a desaparecer conmigo la re-
pública, iba a caer conmigo el imperio del pueblo romano?
Que Júpiter Óptimo Máximo no consienta tal cosa, que
una ciudad fundada bajo los auspicios y por la voluntad
de los dioses para que dure siempre, se equipare con este
frágil cuerpo mortal. Flaminio, Paulo, Graco, Postumio 12
Albino, Marco Marcelo, Tito Quincio Crispino, Gneo Ful-
vio, mis Escipiones, tantos y tan brillantes generales, caye-
ron [239] en una sola guerra y el pueblo romano ha sobrevi-
vido, y sobrevivirá a otros mil, tanto si mueren por las
armas como de enfermedad. ¿Sólo con mi funeral habría
sido sepultada la república? Vosotros mismos aquí en His- 13
pania cuando fueron muertos dos generales, mi padre y
mi tío, elegisteis a Séptimo Marcio jefe vuestro frente a
unos cartagineses eufóricos con su reciente victoria. Y es-
toy hablando como si las Hispanias fuesen a quedar sin
jefe. Marco Silano, enviado a esta provincia con el mismo 14
derecho y la misma autoridad que yo, mi hermano Lucio
Escipión y Gayo Lelio, mis legados, ¿iban a dejar de de-
fender la majestad del mando supremo? ¿Acaso admitían 15
comparación un ejército y otro, unos jefes y otros, la dig-
nidad o la causa de unos y otros? Y aun cuando en todo
esto fueseis superiores, ¿levantaríais las armas contra vues-
tra patria y vuestros compatriotas? ¿Querríais que África
dominase sobre Italia, y Cartago sobre la ciudad de Ro-
ma? ¿Cuál era la culpa de la patria?».

[239] Respectivamente en Trasimeno, Cannas, Lucania, Galia Cisalpina, Venusia (Marcelo y Quincio), Herdónea e Hispania.

29 «Tiempo atrás, una condena injusta y un desdichado
e inmerecido exilio impulsó a Coriolano [240] a ir a atacar
a su patria; sin embargo, su particular sentimiento filial
le hizo retroceder ante el parricidio público. ¿Qué agravio,
2 qué resentimiento os incitó a vosotros? El retraso de unos
cuantos días en el abono de la paga por la enfermedad
del general, ¿era motivo suficiente para declararle la gue-
rra a la patria, para abandonar al pueblo romano y pasa-
ros a los ilergetes, para que nada, divino ni humano, fuese
inviolable para vosotros?».

3 «Sin duda os volvisteis locos, soldados, y la enferme-
dad que atacó vuestras mentes fue tan virulenta como la
4 que atacó mi cuerpo. Mi ánimo se horroriza al recordar
lo que mis hombres creyeron, lo que esperaron, lo que de-
searon; que todo lo borre y anule el olvido, si es posible;
5 si no, que al menos lo cubra el silencio. No voy a negar
que mis palabras os habrán parecido amargas y duras. ¿No
creéis que vuestros hechos han sido mucho más despiada-
dos que mis palabras? A vosotros os parece justo que yo
tolere lo que hicisteis; ¿no soportáis sin alteraros ni siquie-
ra el que se hable de todo ello? Pero ni siquiera esto os
6 lo echaré en cara; ¡ojalá lo olvidéis vosotros tan fácilmen-
7 te como lo olvidaré yo! Por consiguiente, por lo que a
vosotros como colectivo se refiere, considero más que sufi-
ciente el castigo si estáis arrepentidos de vuestro extravío.
Albio el caleno y Atrio el umbro y los demás promotores
del infame motín lavarán con su sangre el delito que come-
8 tieron. El espectáculo de su suplicio a vosotros no debe
resultaros penoso, es más, debe resultaros regocijante, si
habéis recobrado la sensatez, pues contra vosotros más que
contra nadie planearon con encono y hostilidad».

[240] Gneo Marcio Coriolano. Cf. II 33-40.

Apenas había terminado de hablar cuando, según se 9
había preparado de antemano, el terror en todas sus for-
mas se extendió ante sus ojos y sus oídos al mismo tiempo.
El ejército, que había acordonado la asamblea, hizo sonar 10
las espadas contra los escudos; se oyó la voz del pregonero
leyendo en alto los nombres de los condenados en el
consejo de guerra; eran arrastrados desnudos hasta el cen- 11
tro del recinto, y al mismo tiempo se iba sacando todo
el instrumental para el suplicio. Fueron atados al poste,
azotados con las varas y decapitados, quedando tan parali-
zados de espanto los presentes que no se oyó ni siquiera
un gemido, no ya una voz de protesta, en contra de la atro-
cidad del castigo. Retirados después todos los cuerpos y 12
purificado el lugar, los soldados fueron llamados por su
nombre y en presencia de los tribunos militares juraron
lealtad a Publio Escipión, abonándosele la paga a cada
uno por su nombre. Así fue el desenlace final de la revuel-
ta militar iniciada en el Sucrón.

Victoria naval romana; tentativa de revancha cartaginesa

Por las mismas fechas, en las proximi- 30
dades del río Betis, Hannón, prefecto de
Magón, enviado desde Cádiz con una pe-
queña partida de africanos, atrajo a los
hispanos con promesa de dinero y armó
cerca de cuatro mil jóvenes. Después, perdido su campa- 2
mento a manos de Lucio Marcio, perdida la mayor parte de
sus hombres durante el ataque de la toma del campamento
y algunos también durante la huida al perseguirlos la caba-
llería cuando se dispersaron, él se escapó con unos pocos.

Mientras ocurrían estos hechos cerca del río Betis, Le- 3
lio entretanto cruzó el estrecho con la flota hacia el Océa-
no y se acercó a Carteya [241]. Esta ciudad está situada en

[241] En Carteya (El Rocadillo, Algeciras) se fundó en 171 la primera colonia latina extraitálica. Cf. XLIII 3, 3-4.

la costa del Océano, donde el mar comienza a ensancharse
4 a la salida del estrecho. Se tenían esperanzas de tomar Cádiz sin luchar, como se ha dicho antes, pues acudían al campamento romano algunos que se comprometían espontáneamente a entregarla. Pero la traición se descubrió antes de tiempo y Magón arrestó a todos los responsables y se los entregó al pretor [242] Adérbal para deportarlos a
5 Cartago. Adérbal embarcó a los conjurados en una quinquerreme, mandó ésta por delante porque era más lenta que las trirremes y la siguió a regular distancia con ocho
6 trirremes. Entraba ya en el estrecho la quinquerreme cuando Lelio, que había zarpado a su vez del puerto de Cartagena en una quinquerreme seguida de siete trirremes, se lanzó sobre Adérbal y sus trirremes seguro de que la quinquerreme, metida ya en la corriente del estrecho, no podía
7 retroceder contra corriente. El cartaginés, un poco desconcertado ante la acción inesperada, dudó entre seguir a la
8 quinquerreme o volver la proa contra el enemigo. Su propia indecisión le dejó sin posibilidad de rehuir el combate, pues estaba ya a tiro de dardo y los enemigos se echaban encima desde todas partes. Por otro lado, la fuerza de la corriente había anulado la facultad de controlar las naves. Aquello no parecía una batalla naval, puesto que no jugaba ningún papel la voluntad, ni la habilidad, ni la es-
9 trategia. Sólo la naturaleza del estrecho y la corriente, dueñas por completo de la batalla, lanzaban contra las naves propias o contra las enemigas a las que a fuerza de remo intentaban en vano apartarse; a una nave que huía se la podía ver arrastrada por el torbellino que la hacía virar hacia sus vencedores, y a una de las perseguidoras, si se metía en un trecho de corriente contraria, alejarse como

[242] Versión romana de sufete.

si huyera. Ya en el momento mismo del choque, cuando 10
una nave atacaba violentamente con su espolón a una nave
enemiga, ella misma recibía en el costado el impacto del
espolón de la otra; una que presentaba el costado al ene-
migo de repente experimentaba un giro y se presentaba de
proa. Mientras entre las trirremes se desarrollaba un com- 11
bate de incierto resultado regido por el azar, la quinque-
rreme romana, bien porque era más estable debido a su
peso o bien porque era más fácil gobernarla al hendir el
oleaje con más bancadas de remos, echó a pique dos trirre-
mes y a otra le barrió los remos de un costado al adelan-
tarla con fuerza; y habría dejado malparadas a las demás 12
que alcanzase si Adérbal no hubiera puesto velas a África
con las cinco naves que quedaban.

Lelio regresó victorioso a Carteya. Enterado de lo que 31
había ocurrido en Cádiz —el descubrimiento de la traición
y el envío de los conspiradores a Cartago, quedando en
nada la esperanza que les había traído—, mandó un men- 2
saje a Lucio Marcio diciéndole que si no quería perder
inúltimente el tiempo sin hacer nada en torno a Cádiz, de-
bía volver al lado del general; Marcio estuvo de acuerdo y
ambos regresaron a Cartagena pocos días después. Al partir 3
ellos, Magón, que sufría la presión de una amenaza doble,
por tierra y por mar, no sólo respiró aliviado sino que
incluso concibió esperanzas de reconquistar Hispania al en-
terarse de la sublevación de los ilergetes, y envió mensaje-
ros al senado a Cartago con instrucciones de exagerar tan- 4
to el motín del campamento romano como la rebelión de
los aliados, para animar al senado a que enviase refuerzos
con los que poder recuperar el dominio de Hispania here-
dado de sus padres.

De regreso a su territorio, Mandonio e Indíbil se man- 5
tuvieron quietos durante un tiempo, a la expectativa, hasta

saber en qué paraba la sublevación, confiando en que si
se perdonaba el extravío de unos ciudadanos, también a
6 ellos se les podía perdonar. Pero cuando se divulgó la noti-
cia del horrible castigo pensaron que su culpa había sido
evaluada en una pena similar; llamaron de nuevo a las ar-
7 mas a sus coterráneos, reunieron las tropas auxiliares con
que habían contado anteriormente y pasaron con veinte
mil soldados de infantería y dos mil quinientos de caballe-
ría a territorio sedetano, donde habían tenido un campa-
mento permanente al principio de la sublevación.

Arenga de Escipión, aplastamiento de la sublevación de Indíbil y Mandonio

32 Escipión se ganó de nuevo fácilmente
la voluntad de los soldados con el abono
escrupuloso de la paga a todos por igual,
tanto culpables como inocentes, y al mis-
mo tiempo con su expresión y sus pala-
2 bras serenas para con todos. Antes de sa-
lir de Cartagena los reunió en asamblea
y tuvo una larga intervención con invectivas contra la per-
3 fidia de los régulos rebeldes, dejando bien sentado que el
estado de ánimo con que iba a castigar su delito era com-
pletamente distinto al de poco antes, cuando había puesto
4 remedio a la aberración de los conciudadanos. Entonces,
como si cercenara sus propias vísceras con gemidos y lágri-
mas, había expiado con treinta y cinco cabezas la impru-
dencia o la culpa de ocho mil; ahora marchaba a hacer
pedazos a los ilergetes con el ánimo alegre y seguro de sí.
5 Éstos, en efecto, no habían nacido en su misma tierra ni
tenían ningún vínculo de unión con él; el único que había,
el de la lealtad y la amistad, lo habían roto ellos mismos
6 con su degradante acción. En su propio ejército, aparte
de ver que todos eran ciudadanos romanos o aliados y lati-
nos, le impresionaba además el hecho de que casi no había
ningún soldado al que no hubiese traído de Italia o su tío

Gneo Escipión, el primer romano que había llegado a aquella provincia, o su padre el cónsul, o él mismo. Todos ellos 7
estaban familiarizados con el nombre y los auspicios de los Escipiones, quería llevarlos consigo a la patria para un merecido triunfo, esperaba que apoyarían su candidatura al consulado como si se tratara de un honor compartido por todos.

Por lo que concernía a la inminente expedición, el que 8
la considerase una guerra se olvidaba de las gestas que ellos habían llevado a cabo. Más que los ilergetes, por Hércules, le preocupaba Magón, que había huido con unas pocas naves a una isla rodeada por el Océano más allá de los límites del mundo, y es que en este caso se trataba de un 9
general cartaginés y de una guarnición púnica, por pequeña que fuese, mientras que en el otro se trataba de bandoleros y jefes de bandoleros, que si bien para devastar los campos de sus vecinos, quemar las casas y robar el ganado tenían alguna fuerza, en el campo de combate en una batalla en regla no tenían ninguna; lucharían confiando más en la rapidez para huir que en las armas. Por eso, si había 10
decidido aplastar a los ilergetes antes de dejar la provincia no era por ver en ellos una fuente de peligro o el germen de una guerra de mayor alcance, sino, ante todo, para que 11
no quedase impune una sublevación tan criminal, y en segundo lugar para que no pudiera decirse que quedaba algún enemigo en una provincia sometida con tanto valor y tanto éxito. Que le siguieran por tanto, con la ayuda 12
propicia de los dioses, no a dar una batalla, pues no se trataba de una confrontación con un enemigo igual a ellos, sino más bien a hacerles pagar sus culpas a unos criminales.

Después de este discurso los despidió mandándoles pre- 33
pararse para salir al día siguiente; emprendida la marcha,

en diez jornadas llegó al río Ebro. Luego cruzó el río y,
2 tres días después, acampó a la vista del enemigo. Delante
había una llanura rodeada de montañas. Escipión mandó
arrear, hasta aquel valle el ganado robado en su mayor
parte en los campos de los propios enemigos, para despertar
3 la ferocidad de los bárbaros; después envió a los vélites
como protección, dándole instrucciones a Lelio para que
cuando estos escaramuceadores iniciasen el combate, car-
4 gara él con la caballería, que estaría escondida. Un opor-
tuno saliente de la montaña cubrió la emboscada de los
jinetes, y la lucha se inició inmediatamente. Se lanzaron
a la carrera los hispanos sobre el ganado que avistaron
desde lejos, y los vélites sobre los hispanos, ocupados con
5 el botín. Primero los amedrentaron con proyectiles; luego,
dejando las armas ligeras, que eran más aptas para exacer-
bar la lucha que para decidirla, desenvainaron las espadas
y comenzó a desarrollarse el combate cuerpo a cuerpo. El
resultado del combate a pie era dudoso, pero intervinieron
6 los jinetes. No sólo machacaron, atacando frontalmente,
a cuantos encontraron, sino que además algunos rodearon
la base de la ladera y se presentaron por detrás para cerrar
el paso al mayor número, y la matanza fue mayor de la
que suelen causar los combates ligeros a base de acciones
rápidas.

7 Este revés, en lugar de minarles la moral a los bárbaros,
inflamó su rabia. Por eso, para no parecer amilanados,
al amanecer del día siguiente formaron en orden de batalla.
8 El valle, estrecho, como se ha dicho antes, no tenía cabida
para la totalidad de las tropas; aproximadamente dos ter-
ceras partes de la infantería y toda la caballería formaron
el frente de combate; el resto de la infantería se situó en
9 la ladera de la colina. Escipión calculó que la estrechez
del lugar iba a su favor porque le parecía que el soldado

romano se adaptaría mejor que el hispano a la lucha en
un espacio reducido y, además, no tenía cabida para la
totalidad de sus tropas; además ideó una táctica inespera-
da: como él no podía desplegar su caballería por las alas 10
en tan reducido espacio, y al enemigo le iba a resultar inú-
til la suya porque la había metido con la infantería, orde- 11
nó a Lelio que se llevase a los jinetes rodeando las colinas,
ocultando la marcha cuanto pudiera, y que aislase lo más
posible el combate ecuestre del de la infantería; él dirigió 12
todas las enseñas de infantería contra el enemigo y situó
cuatro cohortes en la línea frontal porque no podía abrir
más la formación. Entró inmediatamente en combate con 13
el objeto de que éste no dejara ver el paso de los jinetes
por las colinas, y los enemigos no se percataron de que
habían sido rodeados hasta que percibieron a sus espaldas
el tumulto de la lucha ecuestre. Había así dos batallas sepa- 14
radas: dos frentes de infantería y dos caballerías comba-
tían en extremos opuestos de la llanura, porque la falta
de espacio no permitía que los dos tipos de lucha se fun-
dieran en uno solo. En el lado hispano la infantería no 15
podía ayudar a la caballería ni viceversa, y la infantería
que había entrado imprudentemente en acción en el llano
confiando en la caballería era destrozada, mientras que la
caballería, rodeada, no podía hacer frente ni por delante
a la infantería —pues sus tropas de a pie estaban ya
destruidas— ni por la espalda a la caballería; se defendie-
ron largo tiempo formando círculo sobre sus caballos in-
móviles, pero fueron muertos todos sin excepción; no so-
brevivió ninguno de los que combatieron en el valle ni a
pie ni a caballo. La otra tercera parte, que había permane- 16
cido en la colina para observar sin riesgos el combate más
que para tomar parte en el mismo, tuvo sitio y tiempo
para huir. También huyeron con ellos los propios régulos, 17

que se habían escabullido en plena confusión antes de que quedase rodeado todo el ejército.

34 Aquel mismo día fue tomado el campamento de los hispanos con cerca de tres mil hombres, resto del botín
2 aparte. Cayeron en aquella batalla unos mil doscientos entre romanos y aliados y resultaron heridos más de tres mil. La victoria habría sido menos cruenta si se hubiera luchado en un llano más abierto y más a propósito para la huida.
3 Indíbil, renunciando a los proyectos bélicos y pensando que lo más seguro en su difícil situación era la probada lealtad y clemencia de Escipión, le envió a su hermano Man-
4 donio. Éste, postrado de rodillas, echó las culpas al fatal delirio de unos tiempos en que, como contagiados por una epidemia, se habían vuelto locos no sólo los ilergetes y los
5 lacetanos sino incluso el campamento romano; realmente, su situación y la de su hermano y el resto de sus paisanos era la siguiente: o bien le devolvían a Escipión, si lo deseaba, la vida que de él habían recibido, o bien, si les perdonaba, le dedicaban para siempre la vida que le debían dos
6 veces sólo a él; la primera vez, como aún no habían experimentado su clemencia, habían confiado en su propia causa; ahora, por el contrario, no tenían ninguna confianza en su causa, su esperanza se cifraba por entero en la
7 misericordia del vencedor. Desde antiguo los romanos tenían por costumbre, respecto a alguien con quien no tenían relaciones amistosas con un tratado formal ni con reciprocidad de derechos, no ejercer sobre él la autoridad como dominado hasta que rindiera todo lo divino y lo humano, entregara rehenes, se le quitaran las armas y se im-
8 pusieran guarniciones a sus ciudades. Escipión se expresó en términos duros contra Mandonio, presente, y contra Indíbil, ausente; dijo que éstos sin duda habían merecido la muerte por su mala acción, pero que él y el pueblo roma-

no les harían el beneficio de que vivieran. Además no les 9
iba a quitar las armas ni exigir rehenes, garantías que exigen en realidad quienes temen una rebelión; él les dejaba el libre uso de las armas y los liberaba a ellos, y si se rebelaban, no se ensañaría con unos rehenes que no tenían culpa sino con ellos mismos; aplicaría el castigo no a per- 10
sonas inermes sino a enemigos armados; dejaba a su criterio la elección entre la benevolencia de los romanos y su ira, toda vez que tenían la experiencia de ambas cosas.
Así dejó marchar a Mandonio, exigiéndole únicamente un 11
dinero con que poder hacer efectiva la paga a las tropas.
Destacó a Marcio a la Hispania ulterior, envió de nuevo 12
a Tarragona a Silano y él se quedó algunos días, hasta que los ilergetes enviaran el dinero pedido, y después, con las tropas ligeras, dio alcance a Marcio, que iba ya cerca del Océano.

Entrevista de Escipión con Masinisa. Retirada de Magón a las Baleares. Rendición de Cádiz

Las negociaciones con Masinisa, inicia- 35
das hacía tiempo, habían sido aplazadas por diferentes motivos, porque el númida quería a toda costa entrevistarse con el propio Escipión y sellar el acuerdo con un apretón de manos; ésa fue la razón de que Escipión hiciera entonces un viaje tan largo y tan fuera de mano. Estando en 2
Cádiz, Masinisa había sido informado de su inminente llegada por Marcio; pretextando que los caballos, encerrados en la isla [243], estaban en malas condiciones y causaban a todos una escasez general, cuyos efectos sentían también ellos mismos, y que, por otra parte, los jinetes se enervaban con la inactividad, convenció a Magón para que le permitiese 3
cruzar al continente a saquear los campos de Hispania más

[243] Primitivo emplazamiento de Cádiz.

4 próximos. Después de cruzar envió a tres jefes númidas
para fijar el momento y el lugar de la entrevista. Les dio
instrucciones de que dos de ellos quedasen retenidos por
Escipión como rehenes; enviado de vuelta el tercero para
conducir a Masinisa a donde se le había indicado, acudie-
5 ron a la entrevista con una reducida escolta. El númida
admiraba ya de antes a aquel hombre por lo que había
oído de sus hazañas y mentalmente se lo había imaginado
además con un aspecto físico imponente, pero cuando es-
6 tuvo ante él sintió un respeto mayor aún. Aparte de que
era por naturaleza muy majestuoso, lo adornaba una larga
cabellera, y su aspecto corporal no era rebuscado sino
masculino y militar; por su edad estaba en plena forma
7 física, que una juventud floreciente, como renovada des-
pués de su enfermedad, hacía aún más plena y rebosante.

8 El númida, como estupefacto ante el encuentro, le dio
las gracias por haber devuelto al hijo de su hermano [244].
Le aseguró que desde entonces él había estado esperando
una ocasión como la que al fin, por la benevolencia de
los dioses, se le brindaba y que no la había dejado esca-
9 par. Deseaba colaborar con él y con el pueblo romano con
mayor empeño del que ningún extranjero había puesto en
10 favorecer los intereses de Roma. Aunque hacía tiempo que
deseaba una cosa así, había tenido menos posibilidades de
hacerlo en Hispania, una tierra extraña y desconocida; pe-
ro le sería fácil hacerlo en el país en que había sido
engendrado y educado en la expectativa del trono de su
11 padre. Si los romanos enviaban al mismo Escipión a África
como general, confiaba seriamente en que los días de Car-
12 tago estarían contados. Escipión se alegró de verle y oírle,
pues sabía que Masinisa había sido el elemento clave de

[244] Masiva. Cf., no obstante, XXVII 19, 9.

toda la caballería enemiga, aparte del aspecto animoso que
el joven presentaba. Se dieron y recibieron garantías y Es-
cipión emprendió el camino de vuelta a Tarragona. Masi- 13
nisa saqueó las tierras del contorno con autorización de
los romanos para que no pareciera que había cruzado al
continente sin razón alguna y regresó a Cádiz.

Perdidas las esperanzas de éxito en Hispania, que lo ha- 36
bían animado primero por la sublevación militar y después
por la rebelión de Indíbil, Magón se preparaba para hacer
la travesía a África cuando le llegó de Cartago la comuni-
cación de que por orden del senado trasladase a Italia la
flota que tenía en Cádiz, que una vez allí contratase a cuan- 2
tos jóvenes galos y lígures le fuera posible y se reuniera
con Aníbal a fin de evitar que languideciera aquella guerra
iniciada con el mayor ímpetu y mejor suerte. Para este 3
propósito se le envió dinero a Magón desde Cartago, y
él mismo les sacó todo el que pudo a los gaditanos expo-
liando su erario e incluso sus templos y obligando a todos
los particulares a entregar el oro y la plata.

Cuando bordeaba las costas de Hispania desembarcó 4
tropas no lejos de Cartagena, devastó las tierras vecinas
y a continuación arribó a la ciudad con la flota. Allí man- 5
tuvo durante el día a los soldados en las naves; por la
noche los desembarcó y los condujo hacia la parte de la
muralla por donde los romanos habían invadido Cartage-
na [245], persuadido de que la ciudad no estaría defendida
por una guarnición demasiado fuerte y que se suscitaría
algún movimiento entre sus habitantes ante la perspectiva
de dar un vuelco a la situación. Pero desde los campos 6
habían llegado, muy agitados, mensajeros que anunciaban
al mismo tiempo el saqueo y la huida de los campesinos

[245] Cf. XXVI 45.

y la llegada del enemigo, y durante el día había sido
7 vista la flota, y resultaba evidente que se había elegido aquel
fondeadero delante de la ciudad por alguna razón; por eso
se mantenían formados y armados detrás de la puerta que
8 daba a la laguna y al mar. Cuando los enemigos, un tropel
sin orden en que se entremezclaban soldados y marinería,
se aproximaron al pie de las murallas con más ruido que
fuerza, los romanos abrieron de pronto la puerta y salie-
9 ron bruscamente dando el grito de guerra, sembrando la
confusión entre los enemigos, a los que pusieron en fuga
con la primera carga y el primer lanzamiento de armas
arrojadizas, y los persiguieron hasta la playa causándoles
10 muchas bajas; si las naves no se hubieran arrimado a la
orilla para recoger a los fugitivos, nadie habría sobrevivi-
11 do a la huida o a la batalla. Incluso en las propias naves
reinó la confusión: por miedo a que los enemigos irrum-
piesen dentro junto con los suyos, retiraron las escalas,
y para no retrasar la maniobra cortaron las amarras y los
12 cables de las anclas; muchos que nadaban hacia las naves
sin saber muy bien, a causa de la oscuridad, a dónde diri-
13 girse ni qué evitar, murieron lastimosamente. Cuando al
día siguiente huyó la flota regresando al Océano, de donde
había venido, se encontraron entre las murallas y el mar
los cadáveres de unos ochocientos hombres así como unas
dos mil armaduras.

37 Como a su vuelta a Cádiz se le impidió el acceso, Ma-
gón zarpó con su flota hacia Cimbios [246], localidad ésta
no muy distante de Cádiz, enviando unos representantes
a quejarse de que se le hubieran cerrado las puertas a él,
2 un aliado y amigo. Los gaditanos se disculparon atribu-
yendo el hecho a una revuelta de la población, irritada

[246] Única vez que aparece. Desconocida su localización.

porque los soldados al embarcar habían cometido algunos
actos de rapiña; él hizo venir a una entrevista a sus *sufe-
tes,* que son los más altos magistrados entre los cartagine-
ses, y a su cuestor, y después de azotarlos los hizo crucifi-
car. A continuación cruzó con sus naves a la isla Pitiu- 3
sa [247], habitada entonces por los cartagineses, a unas cien
millas del continente. Consiguientemente, la flota fue aco- 4
gida de forma pacífica y amistosa, y aparte de suministrarle
víveres con generosidad, se le proporcionaron armas y hom-
bres de refuerzo; animado con todo esto, el cartaginés cru-
zó a las islas Baleares, que están a cincuenta millas de allí.

Hay dos islas Baleares, una de ellas más grande y más 5
dotada de armas y hombres; tiene además un puerto en
el que pensaba pasar tranquilamente el invierno, pues el
otoño tocaba ya a su fin. Pero el recibimiento a la flota 6
fue tan hostil como si la isla estuviera habitada por roma-
nos. Su arma más común en la actualidad, la honda, era
la única que entonces utilizaban, y no hay nadie de ningún
otro pueblo que destaque en su manejo como los baleares.
Por eso cuando la flota se acercaba a tierra cayó sobre 7
ella tal cantidad de piedras, como nutridísimo pedrisco,
que no se atrevieron a entrar en el puerto y viraron hacia
alta mar con sus naves. De allí cruzaron a la menor de 8
las islas Baleares, de fértil suelo pero menos poblada y peor
armada. Desembarcaron, pues, y emplazaron el campamen- 9
to en una posición bien defendida por encima del puerto;
se apoderaron de la ciudad y su territorio sin librar comba-
te, y después de enrolar dos mil soldados auxiliares y en-
viarlos a Cartago sacaron las naves a tierra para pasar el
invierno. Tras la marcha de Magón de la costa del Océano 10
los gaditanos se rindieron a los romanos.

---

[247] Cf. XXII 20, 7.

Elecciones consulares en Roma. Candidatura de Escipión. Embajada de los saguntinos

38 Éstas fueron las operaciones llevadas a
cabo en Hispania bajo el mando y los aus-
picios de Publio Escipión. Éste dejó al
cargo de la provincia a los pretores Lu-
cio Léntulo y Lucio Manlio Acidino y re-
2 gresó a Roma con diez naves. Ante el se-
nado, que se reunió con él fuera de la
ciudad, en el templo de Belona, expuso
lo que había hecho en Hispania: en cuántas ocasiones ha-
bía librado batalla campal, cuántas ciudades enemigas ha-
bía conquistado, qué pueblos había sometido al dominio
3 de Roma; había ido a Hispania a enfrentarse con cuatro
generales y cuatro ejércitos victoriosos y no había dejado
4 en aquellas tierras ni un solo cartaginés. Por estas gestas
dejó entrever sus esperanzas del triunfo sin pedirlo decidi-
damente ya que era bien sabido que hasta entonces no ha-
bía obtenido el triunfo nadie que hubiera dirigido una cam-
paña militar sin haber desempeñado una magistratura.
5 Levantada la sesión del senado, entró en la ciudad, precedi-
do por su aportación al tesoro público de catorce mil tres-
cientas cuarenta y dos libras de plata y gran cantidad de
6 monedas de plata. Después, Lucio Veturio Filón presidió
los comicios para la elección de cónsules [248], y todas las
centurias, con enorme entusiasmo, eligieron cónsul a Pu-
blio Cornelio Escipión, sumándosele como colega el pontí-
7 fice máximo Publio Licinio Craso. Se cuenta, por otra par-
te, que en aquellas elecciones hubo una participación supe-
8 rior a la de otras cualesquiera durante aquella guerra. Acu-
dió gente de todas partes, no sólo para votar, sino para ver
a Publio Escipión; acudían en masa a su casa, y al Capito-
lio cuando sacrificó a Júpiter cien bueyes que había pro-

[248] Para el año 205.

metido con voto en Hispania, y estaban convencidos de 9
que así como Gayo Lutacio había puesto fin a la Guerra
Púnica anterior, también Publio Cornelio pondría fin a
la que ahora tenían encima, y lo mismo que había echado de 10
Hispania a todos los cartagineses, también los iba a echar
de Italia; y como si en Italia estuviese ya resuelta la gue-
rra, le destinaban la provincia de África. Se celebraron luego
las elecciones de pretores. Fueron elegidos dos que enton- 11
ces eran ediles de la plebe, Espurio Lucrecio y Gneo Octa-
vio, y de los que no tenían cargo Gneo Servilio Cepión
y Lucio Emilio Papo.

En el año decimocuarto de la Guerra Púnica, una vez 12
que Publio Cornelio Escipión y Publio Licinio Craso to-
maron posesión del consulado, se les asignaron las provin-
cias a los cónsules: Sicilia a Escipión, sin sorteo, con el
consentimiento de su colega porque la atención a los asun-
tos religiosos lo retenía en Italia como pontífice máximo,
y el Brucio a Craso. Después se sortearon las provincias 13
pretorias. A Gneo Servilio le correspondió la pretura urba-
na; Arímino —así llamaban a la Galia— a Espurio Lucre-
cio; Sicilia a Lucio Emilio, y Cerdeña a Gneo Octavio.

Se reunió el senado en el Capitolio. Publio Escipión 14
presentó una moción y se aprobó un senadoconsulto dis-
poniendo que los juegos que había prometido con voto
en Hispania durante la sublevación militar se celebrasen
con parte del dinero que él mismo había aportado al erario.

Después presentó en el senado a los embajadores sa- 39
guntinos. Habló el de más edad: «Aunque no hay males
peores, padres conscriptos, que los que hemos padecido
por guardaros lealtad hasta las últimas consecuencias, son
sin embargo tan grandes los servicios que nos habéis pres-
tado vosotros y vuestros generales que no lamentamos nues-
tros quebrantos. Emprendisteis la guerra por causa nues- 2

tra, y una vez emprendida la sostenéis desde hace trece años con tal tesón que en más de una ocasión habéis estado vosotros y habéis puesto al pueblo cartaginés en situación
3 extremadamente crítica. A pesar de tener en Italia una guerra tan atroz y un enemigo como Aníbal, enviasteis a Hispania un cónsul y un ejército como para reunir los restos
4 de nuestro naufragio. Desde que llegaron a la provincia Publio y Gneo Escipión no cesaron ni un momento de hacer lo que nos favorecía a nosotros y perjudicaba al enemi-
5 go. Antes de nada nos devolvieron nuestra ciudad; enviaron a buscar a nuestros conciudadanos por toda Hispania, que habían sido vendidos como esclavos, y los convirtie-
6 ron de esclavos en libres de nuevo. Cuando casi habíamos pasado de la situación más deplorable a otra envidiable, vuestros generales Publio y Gneo Escipión perecieron, y la aflicción fue casi mayor para nosotros que para vosotros».

7 «Realmente parecía entonces que se nos había traído desde lejanos lugares a nuestra antigua morada únicamente para que pereciéramos de nuevo y viéramos una segun-
8 da destrucción de nuestra patria, y que para nuestra ruina ni siquiera hacía falta un general ni un ejército cartaginés: podían aniquilarnos los túrdulos [249], nuestros enemigos inveterados, que ya habían sido la causa de nuestra primera
9 desgracia. Entonces, inesperadamente, de pronto nos enviasteis a este Publio Escipión, nuestra esperanza, sostén y salvación; nos consideramos los más afortunados de todos los saguntinos porque lo hemos visto y a la vuelta les podremos decir a nuestros conciudadanos que lo hemos
10 visto proclamado cónsul a él, que, después de tomarles a vuestros enemigos en Hispania un gran número de ciudades,

[249] Vecinos de los turdetanos, entre éstos y los oretanos. Muy lejos de Sagunto.

siempre apartó a los saguntinos de entre los demás prisioneros y los envió de nuevo a su patria; él, por último, 11 dejó tan maltrecha con la guerra a la Turdetania [250], enemiga nuestra tan encarnizada que Sagunto no podría subsistir mientras aquel pueblo permaneciera incólume, que ya no es motivo de temor ni para nosotros ni tampoco, (dicho sea sin que se tome a mal), para nuestros descendientes. Vemos destruida la ciudad de aquellos en considera- 12 ción a los cuales Aníbal había destruido Sagunto; del producto de sus tierras cobramos un tributo que nos resulta tan grato por lo que tiene de venganza como por su interés material. Por estos beneficios —mayores no los podíamos 13 pedir ni esperar de los dioses inmortales— el senado y el pueblo de Sagunto nos enviaron a nosotros diez, embajadores suyos, para daros las gracias y al mismo tiempo para 14 daros la enhorabuena porque habéis operado durante estos años en Hispania y en Italia con tal acierto que tenéis Hispania bajo el dominio de vuestras armas no ya hasta el Ebro sino hasta donde el Océano pone límite a los últimos confines de la tierra, y en Italia sólo le habéis dejado al cartaginés el recinto limitado por la empalizada de su campamento. Tenemos instrucciones de darle las gracias por 15 esto a Júpiter Óptimo Máximo, protector de la ciudadela capitolina, y también, si vosotros lo permitís, de llevarle al Capitolio este presente, una corona de oro, por vuestra victoria. Os rogamos que nos autoricéis a ello y también 16 que, si os parece bien, ratifiquéis para siempre con vuestra autoridad los beneficios que nos concedieron vuestros generales».

El senado respondió a los embajadores saguntinos que 17 la destrucción y reconstrucción de Sagunto sería en el futu-

[250] Cf. XXI 6, 1 y nota.

ro para el mundo entero un ejemplo de lealtad entre alia-
18 dos mantenida por ambas partes; que sus generales habían actuado de forma correcta y regular y conforme a la voluntad del senado al reconstruir Sagunto y liberar de la esclavitud a los ciudadanos saguntinos; que cualquier otro beneficio que les hubieran hecho se había debido a la voluntad expresa del senado; y que se les autorizaba a depo-
19 sitar su ofrenda en el Capitolio. Después se dio orden de proporcionar a los embajadores alojamiento y hospitalidad y que en calidad de obsequio se les diese a cada uno
20 no menos de diez mil ases. A continuación fueron introdu-
21 cidas en el senado y escuchadas las demás embajadas. Los saguntinos pidieron visitar Italia hasta donde les fuera posible sin riesgo; se les asignaron guías y se enviaron cartas a las ciudades para que acogieran amistosamente a los his-
22 panos. Después se sometieron a debate las cuestiones de Estado, el reclutamiento de tropas y las provincias.

Discurso de Fabio en contra del plan de Escipión

40 La gente comentaba que el África, como nueva provincia, estaba destinada a Publio Escipión sin entrar en sorteo; él mismo, no contento ya con una gloria menor, decía que había sido proclamado cónsul no sólo para hacer la guerra sino para finalizarla,
2 y que la única forma de poder hacerlo era pasando él mismo a África con un ejército, y declaraba abiertamente que pensaba hacerlo por mediación del pueblo si el senado se oponía, plan que no gustaba en absoluto a los senadores más relevantes, mientras que los otros, por temor o por cálculo, se limitaban a murmurar; se le pidió entonces su
3 parecer a Quinto Fabio Máximo y dijo: «Sé que muchos de vosotros, padres conscriptos, consideran cerrada la cuestión que hoy se trata, y que será inútil la intervención de quien exprese su parecer acerca de la provincia de África

como si fuera una cuestión sin decidir aún. Pero en primer 4
lugar yo no sé cómo es ya de forma indiscutible campo
de operaciones del valiente y esforzado cónsul el África,
cuando ni el senado ha propuesto ni el pueblo mandado
que sea provincia para este año. En segundo lugar, si lo 5
es, en mi opinión quien no actúa bien es el cónsul que
se burla del senado simulando someterle una cuestión ya
decidida, y no el senador que cuando le toca el turno ex-
pone su criterio sobre aquello que se somete a debate.
Yo bien sé que si manifiesto mi desacuerdo con estas pri- 6
sas por pasar a África tendré que afrontar dos acusacio-
nes: una, la falta de decisión característica de mi manera de 7
ser, que los más jóvenes pueden llamar medrosidad e indo-
lencia, si bien yo no tengo que arrepentirme hasta la fecha
de mis planteamientos, que en la práctica han resultado
mejores aunque a primera vista los de otros siempre hayan
parecido más brillantes; otra, la de envidia y resentimiento 8
con la gloria de día en día creciente del valerosísimo cón-
sul. Si no me libran de esta sospecha ni la vida que he 9
llevado ni mis costumbres ni mi dictadura y mis cinco con-
sulados ni la gloria conseguida en la guerra y en la paz,
tan grande que más que ambicionarla estoy cansado de
ella, que al menos me libre mi edad. ¿Qué celos puedo
sentir, en efecto, de quien no tiene ni siquiera la edad de
mi propio hijo? Cuando yo era dictador y estaba aún en 10
plenitud de fuerzas y en el desenvolvimiento de mis mayo-
res empresas, nadie me oyó oponerme, ni en el senado ni
ante el pueblo, a que se le concediesen a un jefe de la
caballería que me atacaba unos poderes iguales a los
míos [251], cosa inaudita hasta entonces; preferí conseguir 11
con hechos más que con palabras que quien en opinión

[251] Cf. XXII 25 y ss.

de algunos estaba a mi nivel, al poco tiempo reconociera
12 él mismo mi superioridad; razón de más para que yo, que
he desempeñado todos los cargos, no vaya a pretender en-
trar en regateos y rivalidades con un joven en pleno es-
13 plendor de la edad, y todo para que la provincia de Áfri-
ca, si le es negada a éste, se me asigne a mí que estoy
cansado ya no sólo de actuar sino incluso de vivir. Hay
que vivir y morir con la gloria que se ha conseguido.
14 Yo impedí que Aníbal venciera para que también vosotros,
que ahora estáis en plenitud de fuerzas, pudierais ven-
cerlo».

41 «Tratándose de mí, nunca di más importancia a la opi-
nión de la gente que a los intereses del Estado; justo es,
Publio Cornelio, que me perdones si tampoco antepongo tu
2 gloria al bien común. Cierto que si no hubiese ninguna
guerra en Italia o se tratase de un enemigo cuya derrota
no iba a reportar la menor gloria, quien te retuviese en
Italia, aunque lo hiciese por razones de bien común, po-
dría parecer que lo que pretendía era escamotearte, junto
3 con la guerra, los medios de conseguir la gloria. Pero dado
que un enemigo como Aníbal lleva más de trece años ocu-
pando Italia con un ejército intacto, ¿te parecerá poca tu
gloria, Publio Cornelio, si durante tu consulado expulsas
de Italia a un enemigo que nos causó tanto luto y tantas
derrotas y, de igual forma que Gayo Lutacio tuvo el honor
de poner fin a la Primera Guerra Púnica[252], tú tienes
4 el de poner fin a ésta? A menos que sea más importante
que Aníbal el general Amílcar o aquella guerra que ésta,
y que aquella victoria vaya a ser mayor y más brillante
que ésta, y eso en el caso de que obtengamos la victoria
5 durante tu consulado. ¿Vas a preferir haber desalojado a

[252] Cf. *Per.* XIX 12.

Amílcar de Drépanos[253] y del Érice a echar de Italia a Aníbal y los cartagineses? Ni tú mismo, aunque aprecies 6 más la gloria ya adquirida que la que esperas, te sentirás más orgulloso de haber liberado de la guerra a Hispania que a Italia».

«Siendo aún quien es Aníbal, el que prefiera otra gue- 7 rra dará impresión de tenerle miedo más que de menospreciarlo. ¿Por qué entonces no te ciñes a esta guerra y, en 8 lugar de esos rodeos de esperar que cuando pases a África te seguirá Aníbal hasta allí, no diriges la ofensiva directamente desde aquí hacia donde está Aníbal? ¿Aspiras a esa gloria insigne de poner fin a la Guerra Púnica? El orden 9 natural es éste: ir a atacar lo que es de otro después de defender lo tuyo. Haya paz en Italia antes que guerra en África, y aléjese de nosotros la amenaza antes de amenazar a otros. Si pueden hacerse las dos cosas bajo tu mando 10 y con tus auspicios, ataca Cartago allí después de vencer a Aníbal aquí; si una de las dos victorias ha de quedar para los nuevos cónsules, ésta será más importante y más 11 brillante, y además será la causa de la otra. Y es que en estos momentos, aparte de que el tesoro público no puede sostener dos ejércitos por separado en Italia y en África, aparte de que no queda nada con que mantener las flotas 12 y de donde sacar para proporcionarles suministros, ¿quién no se percata de la gravedad del peligro que afrontamos? Publio Licinio hará la guerra en Italia y Publio Escipión en África. ¿Y bien? Supongamos (que los dioses todos ale- 13 jen este supuesto que mi ánimo se estremece sólo con formular, pero lo que ya ha ocurrido puede volver a ocurrir), supongamos que Aníbal sale vencedor y marcha sobre Ro-

[253] Drépanos (Trápani), puerto de la costa occidental de Sicilia. El monte Érice (San Giuliano), a siete Kms.

ma: ¿te haremos venir de África entonces al fin a ti, el
14 cónsul, igual que a Quinto Fulvio de Capua[254]? ¿Y si en África la suerte de la guerra es la misma? Sírvate de lección tu propia familia, tu padre y tu tío, y sus ejércitos
15 exterminados en un espacio de treinta días allí donde a lo largo de varios años, llevando a cabo las mayores empresas por tierra y mar, habían engrandecido entre los pueblos extranjeros el nombre del pueblo romano y el de vues-
16 tra familia. No me alcanzaría el día si quisiera enumerar los reyes y generales que pasaron de forma temeraria a suelo enemigo con el resultado de los mayores desastres
17 para ellos y sus ejércitos. Los atenienses, pueblo de gran sensatez, dejaron una guerra en su territorio por iniciativa de un joven tan emprendedor como noble[255] cruzando a Sicilia con una gran flota, y en una sola batalla naval dejaron malparado para siempre a su floreciente Estado».

42 «Pero me estoy remontando a hechos muy alejados en el espacio y en el tiempo. Sírvannos de muestra esa misma África y Marco Atilio[256], ejemplo elocuente de las dos
2 caras de la fortuna. Cuando desde alta mar veas África, Publio Cornelio, te parecerá que tus Hispanias han sido un juego y una broma. ¿Cuál es, en efecto, la semejanza?
3 Navegando a lo largo de las costas de Italia y de la Galia en un mar libre de enemigos abordaste con tu flota a Ampurias, una ciudad aliada; desembarcadas las tropas, las condujiste hacia unos aliados y amigos del pueblo romano, a Tarragona, por parajes que no ofrecían el menor peli-
4 gro; posteriormente la marcha desde Tarragona fue atravesando guarniciones romanas; junto al Ebro estaban los ejér-

[254] Cf. XXVI 8 s.

[255] Alcibíades.

[256] Régulo, cónsul en 267 y 256. Cf. *Per.* XVII 7 y XVIII 1 ss.

citos de tu padre y de tu tío, a los que su propia desgracia
había encorajinado más tras la pérdida de sus generales,
y, aunque irregular, había un jefe, aquel Lucio Marcio pro- 5
visionalmente elegido por votación de los soldados, que,
de haber tenido, por otra parte, el lustre de la nobleza
y del desempeño de cargos en debida forma, habría sido
igual a los jefes famosos en todas las artes de la guerra.
Cartagena fue asaltada con toda tranquilidad, sin que nin-
guno de los tres ejércitos cartagineses defendiera a sus
aliados. Las otras empresas, y no voy a quitarles importan- 6
cia, no pueden compararse bajo ningún concepto con una
guerra en África, donde no hay ningún puerto abierto a
nuestra flota, ningún territorio dominado, ninguna ciudad
aliada, ni un rey amigo, ni lugar donde hacer alto o al
que dirigirse; dondequiera que vuelvas la vista en torno, 7
todo es hostil y amenazador».

«¿O es que confías en Sífax y en los númidas? Bástete
con haber confiado una vez; no siempre sale bien la teme-
ridad, y el engaño se gana la credibilidad en las cosas poco
importantes primero, para engañar sacando gran provecho
cuando merece la pena. Quienes primero envolvieron a tu 8
padre y tu tío no fueron los enemigos con las armas sino
sus aliados los celtíberos con una trampa; tú mismo no
corriste tanto peligro con Magón y Asdrúbal, generales ene-
migos, como con Indíbil y Mandonio, acogidos a tu pro-
tección. ¿Puedes confiar en los númidas, tú que viviste 9
la experiencia de un amotinamiento de tus propios solda-
dos? Tanto Sífax como Masinisa prefieren ser ellos en vez
de los cartagineses los más poderosos en África, y prefie-
ren que lo sean los cartagineses en lugar de cualquier otro.
Ahora los incita la rivalidad entre ellos y los enfrentamien- 10
tos por cualquier motivo porque la amenaza exterior está
lejos; ponles delante las armas romanas y un ejército ex-

tranjero, e inmediatamente correrán todos a una para apa-
11 gar un incendio común. Aquellos mismos cartagineses defendieron Hispania de una manera, y de otra distinta defenderán las murallas de su patria, los templos de los dioses, los altares y los hogares, cuando al marchar al combate salga acompañándolos su esposa temblorosa y se les pongan delante sus hijos pequeños».

12 «¿Qué ocurrirá después si los cartagineses, cobrando confianza suficiente en el común sentir de África, en la fidelidad de los reyes aliados y en sus propias murallas, y viendo a Italia desprovista de tu protección y de tu ejército, envían a su vez un nuevo ejército a Italia desde Áfri-
13 ca, o le ordenan a Magón, que, como se sabe con certeza, abandonó las Baleares con su flota y navega ya frente a las costas de los lígures alpinos, que se reúna con Aníbal?
14 Pues que estaremos en el mismo peligro en que estuvimos hace poco cuando pasó a Italia ese Asdrúbal al que tú, que piensas sitiar con tu ejército no ya Cartago sino África entera, dejaste escapar de las manos hacia Italia. Dirás que
15 lo habías vencido; pero la verdad es que yo desearía, y ello no sólo por el bien del Estado sino por el tuyo, y con mayor razón, que no se le hubiera franqueado a un vencido el camino hacia Italia. Permite que atribuyamos a tu estrategia todo lo que resultó un acierto para ti y para el imperio del pueblo romano, y que releguemos lo adverso a los azares inciertos de la guerra y de la fortuna;
16 cuanto mejor y más valeroso eres, con mayor motivo la patria e Italia entera guarda para sí a un adalid semejante. Ni siquiera tú puedes negar que donde esté Aníbal allí está el núcleo y el fuerte de esta guerra, puesto que ostensiblemente tratas de hacer ver que la razón que tienes para
17 pasar a África es arrastrar hacia allí a Aníbal. O aquí o allí, por tanto, tendrás que vértelas con Aníbal».

«¿Serás, en fin, acaso, más fuerte en África tú solo,
o aquí con tu ejército unido al de tu colega? ¿Ni siquiera
los cónsules Claudio y Livio con su reciente ejemplo son
una prueba de la importancia que tiene esa unión? Pues 18
qué, ¿será, en fin, Aníbal más fuerte en armas y hombres
en el último rincón del Brucio, donde lleva ya bastante
tiempo reclamando inútilmente ayuda de su patria, o cerca
de Cartago, con toda África como aliada? ¿Qué táctica es 19
esa de preferir luchar donde tus fuerzas están reducidas a
la mitad y las del enemigo son mucho mayores, y no donde
se habrá de combatir con dos ejércitos frente a uno agota-
do de tantas batallas y tan larga y dura guerra? Juzga tú 20
el parecido entre tu estrategia y la de tu padre. Él había
marchado como cónsul a Hispania y retornó a Italia desde
la provincia para salirle al paso a Aníbal a su bajada de
los Alpes; tú, estando Aníbal en Italia, te dispones a aban-
donarla no porque lo creas útil para el Estado sino porque
consideras que es importante y glorioso para ti, igual que 21
cuando dejaste la provincia y el ejército sin autorización
legal ni senadoconsulto: tú, un general del pueblo romano,
confiaste a dos naves la suerte del Estado y la majestad
del imperio, que entonces corrían el mismo peligro que tu
persona. Yo considero, padres conscriptos, que Publio Cor- 22
nelio ha sido nombrado cónsul para el Estado y para noso-
tros, no para sus particulares intereses, y que los ejércitos
han sido alistados para la defensa de Roma y de Italia,
no para que los cónsules de forma arrogante como si
fueran reyes se los lleven al lugar de la tierra que ellos
quieran».

Discurso de réplica de Escipión

43 Con un discurso adaptado a las circunstancias, con su autoridad, y con su inveterada fama de prudente, Fabio había hecho efecto en una gran parte de los senadores, y de un modo especial en los de más edad, y muchos elogiaban más la sensatez del ancia-
2 no que el talante impetuoso del joven. Entonces Escipión, dicen, habló así: «El propio Quinto Fabio, padres conscriptos, reconoció al comenzar su discurso que su parecer
3 podía ser sospechoso de envidia; yo no me atrevería a acusar de algo semejante a un hombre tan grande, pero esa sospecha no ha sido erradicada del todo, sea por culpa
4 del discurso o de la realidad misma. En efecto, para neutralizar la acusación de envidia ha ensalzado con sus palabras las magistraturas que desempeñó y la gloria de las empresas que llevó a cabo como si yo corriese peligro de que rivalizase conmigo la persona de más baja condición social, y no quien, porque ocupa una posición de preeminencia sobre los demás, posición a la que no oculto que
5 aspiro también yo, no quiere que me iguale a él. Se ha presentado a sí mismo como un anciano que llegó a la cima de los honores y a mí me ha situado por debajo de su hijo en edad, como si el ansia de gloria no se extendiera más allá de los límites de la vida humana y no tuviera en su mayor parte una prolongación en el recuerdo de la
6 posteridad. Doy por seguro que a los más grandes hombres les ocurre que se les parangona no sólo con sus contemporáneos sino con los hombres ilustres de todas las épo-
7 cas. Yo, la verdad, no oculto, Quinto Fabio, que pretendo no sólo igualar tu gloria sino incluso, si es posible, y no
8 te parezca mal lo que voy a decir, superarla. Que tu actitud con respecto a mí y la mía con respecto a los más jóvenes no sea de querer que no surja ningún ciudadano

semejante a nosotros, pues ello iría en perjuicio tanto de
aquellos a los que envidiásemos como del Estado y casi
de todo el género humano».

«Ha subrayado la gravedad del peligro al que me ex- 9
pondría si pasase al África para parecer preocupado no
sólo por la suerte del Estado y del ejército sino por la mía
también. ¿De dónde ha salido ese repentino interés por 10
mí? Cuando mataron a mi padre y a mi tío, cuando sus
dos ejércitos estuvieron al borde del exterminio, cuando
las Hispanias estaban perdidas, cuando cuatro ejércitos car-
tagineses y cuatro generales lo dominaban todo por el te-
rror y las armas, cuando se buscaba un general para aque- 11
lla guerra y nadie se presentaba, nadie se atrevía a dar
su nombre a no ser yo, cuando entonces el pueblo romano
me confió el mando supremo a mí, que tenía veinticuatro
años, ¿por qué nadie hacía referencia entonces a mi edad,
al poder del enemigo, a las dificultades de la guerra, a 12
la reciente derrota de mi padre y de mi tío? ¿Es que se
ha sufrido ahora en África algún descalabro mayor que
el que se había sufrido entonces en Hispania? ¿Acaso hay 13
ahora en África mayores ejércitos y más y mejores jefes
que en Hispania entonces? ¿O es que mi edad era entonces
más madura que ahora para dirigir una guerra? ¿O es más 14
fácil hacer la guerra contra el enemigo cartaginés en His-
pania que en África? Después que derroté y puse en fuga
a cuatro ejércitos cartagineses, después que tomé por la
fuerza o sometí por miedo a tantas ciudades a nuestro do-
minio, después que lo conquisté todo hasta el Océano, tan- 15
tos reyezuelos y tantos fieros pueblos, después que recon-
quisté Hispania entera de forma que no queda resto algu-
no de guerra, es fácil quitar importancia a mis hazañas,
como sería fácil, por Hércules, si volviera victorioso de 16
África, quitar importancia a esas mismas dificultades que

ahora, para retenerme, se exageran para que parezcan
terribles».

17 «Afirma que no hay acceso a África, afirma que no
hay abierto ningún puerto. Recuerda a Marco Atilio apre-
sado en África, como si Marco Atilio hubiese tenido su
tropiezo nada más llegar a África, y no recuerda que a
este mismo general, tan poco afortunado, se le abrieron
sin embargo los puertos de África, y que durante el primer
año llevó muy bien las operaciones, y que, por lo que a
generales cartagineses se refiere, se mantuvo invicto hasta
18 el final. De modo que con ese ejemplo no me vas a asustar
lo más mínimo. Si se hubiera sufrido esa derrota en esta
guerra y no en la anterior, no cuarenta años atrás sino
recientemente, ¿por qué el apresamiento de Régulo me iba
a impedir pasar a África más que la muerte de los Escipio-
19 nes trasladarme a Hispania? Yo no admitiría que el naci-
miento del espartano Jantipo [257] hubiese sido más afortu-
nado para Cartago que el mío para mi patria, y precisa-
mente el hecho de que el valor de un solo hombre pueda
20 tener tanta importancia acrecentaría mi confianza. Pero ade-
más tenemos que escuchar que los atenienses pasaron a
21 Sicilia temerariamente dejando la guerra en casa. Ya que
tienes tiempo para contar historias griegas, ¿por qué en-
tonces no nos cuentas más bien que Agatocles, rey de Sira-
cusa [258], cuando Sicilia llevaba largo tiempo ardiendo con
la guerra de los cartagineses, pasó a esta misma África
y llevó la guerra al lugar de donde había partido?».

44 «Pero, ¿qué necesidad hay de demostrar con ejemplos
antiguos y del exterior lo ventajoso que es adelantarse a
atemorizar al enemigo y alejar de uno mismo el peligro

[257] Cf. *Per.* XVIII 2.

[258] Fallecido en 289.

poniendo en aprietos al otro? ¿Puede haber algún ejemplo 2
mayor y más actual que Aníbal? Hay una gran diferencia entre saquear el territorio ajeno y ver que el propio es quemado y destruido; es más alta la moral del que ataca que la de quien se defiende. Además, el miedo de las cosas des- 3
conocidas es mayor: cuando se entra en su territorio se pueden observar de cerca los puntos fuertes y débiles del enemigo. Aníbal no había contado con que se iban a pasar 4
a su bando tantos pueblos de Italia, y después de la derrota de Cannas lo hicieron; ¡cuánto menos sólida y estable será en África la situación de los cartagineses, aliados desleales y amos déspotas y crueles! Por otra parte, nosotros, 5
incluso abandonados por nuestros aliados, nos mantuvimos firmes con nuestras propias fuerzas, con soldados romanos; los cartagineses no tienen fuerzas nacionales, tienen soldados mercenarios, africanos y númidas, que por su carácter cambian de bando con gran facilidad. Sólo con 6
que aquí no se produzca ninguna dilación, oiréis a la vez que he realizado la travesía, que África arde en guerra, que Aníbal se dispone a salir de aquí y que Cartago está sitiada. Esperad noticias procedentes de África más satisfactorias y frecuentes que las que recibíais procedentes de Hispania. Estas esperanzas se basan en la fortuna del 7
pueblo romano, en los dioses, testigos de la violación de los tratados por parte del enemigo, y en los reyes Sífax y Masinisa, en cuya lealtad yo me apoyaré siempre y cuando me haya protegido bien contra una traición».

«La guerra desvelará muchas cosas que ahora debido 8
a la distancia no se ven con claridad; es deber de un hombre y de un jefe aprovechar la suerte cuando se presenta y adaptar a sus propios planes lo que la casualidad le ofrece. Tendré, Quinto Fabio, el antagonista que me asignas, 9
Aníbal; pero lo llevaré detrás de mí en lugar de que él

me retenga. Lo obligaré a luchar en su tierra, y el premio de la victoria será Cartago y no los fuertes medio derrui-
10 dos del Brucio. En cuanto al temor de que el Estado sufra daño aquí mientras cruzo el mar, desembarco el ejército en África y voy a acampar al pie de las murallas de Cartago, mira que no vaya a resultar ofensivo afirmar que lo que fuiste capaz de garantizar tú, Quinto Fabio, cuando
11 Aníbal victorioso recorría al vuelo toda Italia, eso mismo no es capaz de garantizarlo, ahora que Aníbal está machacado y casi destrozado, un hombre tan valeroso como el cónsul Publio Licinio, que si no entró en el sorteo de una provincia tan lejana fue precisamente para que el culto re-
12 ligioso no quede sin pontífice máximo. Aun en el caso, por Hércules, de que no se adelantase nada el final de la guerra de esta forma que yo pienso, al menos era propio de la dignidad del pueblo romano y de su prestigio ante los reyes y pueblos extranjeros dar la impresión de que tenemos coraje no sólo para defender Italia sino incluso para llevar la ofensiva a África, y que no se creyera y divul-
13 gara que ningún general romano se atreve a lo que se atrevió Aníbal, y que en la Primera Guerra Púnica, cuando era Sicilia el objeto de la contienda, nuestros ejércitos y nuestras flotas atacaron África tantas veces mientras que, ahora que se lucha por Italia, África está tan tranquila.
14 Descanse por fin Italia, tan largamente maltratada; en su
15 lugar sea abrasada y devastada África. Amenacen las puertas de Cartago los campamentos romanos, en vez de que veamos nosotros de nuevo la trinchera enemiga desde nuestras murallas. Sea África el escenario de lo que queda de guerra; recaigan sobre ella el pánico y la huida, la devastación de los campos, la sublevación de los aliados y las demás calamidades de la guerra que han caído sobre nosotros durante catorce años».

«Basta con haber hablado de lo que concierne al Esta- 16
do, a la guerra que se avecina y a las provincias sobre
las que se está tratando; mi discurso sería largo y sin inte- 17
rés para vosotros si, del mismo modo que Quinto Fabio
infravaloró las gestas que yo realicé en Hispania, yo qui-
siera a mi vez con mis palabras tomar a broma su gloria
y magnificar la mía. No haré ninguna de las dos cosas, 18
padres conscriptos, y, si no en otra cosa, al menos lo supe-
raré yo, un joven, a él, un anciano, en la moderación y
el control de mis palabras. He vivido y obrado con la nor-
ma de darme fácilmente por contento, sin hablar, con la
opinión que libremente tuvierais formada de mí».

Preparativos para la expedición de Escipión a África. Desembarco de Magón en Liguria

Escipión fue escuchado con cierto dis- 45
gusto porque se había corrido la voz de
que pensaba apelar de inmediato al pue-
blo si no conseguía en el senado la asig-
nación de la provincia de África. Por eso 2
Quinto Fulvio, que había sido cónsul cua-
tro veces y censor, pidió al cónsul que
manifestara claramente en el senado si dejaba que los se-
nadores decidieran acerca de las provincias e iba a ate-
nerse a lo que acordaran o pensaba apelar al pueblo.
Escipión respondió que haría lo que demandase el interés 3
del Estado. Entonces Fulvio dijo: «No te formulé la pre- 4
gunta porque ignorase lo que ibas a contestar o hacer, pues-
to que dejas entrever con claridad que no consultas sino
que sondeas al senado y que, si no te asignamos al instante
la provincia que quieres, tienes preparada la apelación al
pueblo. Por consiguiente, tribunos de la plebe, pido que 5
me apoyéis al no exponer mi parecer, porque aunque la
votación me fuese favorable el cónsul no la dará por
válida». A continuación se originó una discusión, soste- 6
niendo el cónsul que no era legal que los tribunos usaran

el veto para excusar a alguien de que llegado su turno expu-
7 siera su parecer si se le demandaba. Los tribunos emitieron la siguiente resolución: «Si el cónsul somete al senado la deliberación acerca de las provincias, nuestro criterio es que debe atenerse a lo que el senado determine, y no permitiremos que traslade la cuestión al pueblo. Si no la somete, daremos nuestro apoyo a quien rehúse pronunciarse sobre dicha cuestión».

8 El cónsul pidió un día para cambiar impresiones con su colega. Al día siguiente se sometió a la decisión del senado. Las provincias fueron asignadas así: a uno de los cónsules, Sicilia y treinta naves de espolón que había tenido el año anterior Gayo Servilio, autorizándolo a pasar a África si consideraba que así lo pedía el interés del Estado;
9 al otro cónsul, el Brucio y la guerra con Aníbal, con el ejército que prefiriera de los dos que había allí. Lucio Veturio y Quinto Cecilio sortearían entre ellos o se pondrían de acuerdo sobre quién de los dos operaría en el Brucio
10 con las dos legiones que dejase el cónsul, y al que le tocase aquella provincia se le prorrogaría el mando por un año. También a los demás que, aparte de cónsules y pretores, iban a estar al frente de los ejércitos y provincias se les
11 prorrogó el mando. A Quinto Cecilio le tocó en suerte dirigir junto con el cónsul las operaciones contra Aníbal en el Brucio.

12 Se celebraron luego con una gran concurrencia y entusiasmo de los asistentes los juegos de Escipión. Fueron enviados a Delfos como diputados Marco Pomponio Matón y Quinto Cacio para llevar un donativo del botín de Asdrúbal. Llevaron una corona de oro de doscientas libras y reproducciones de los despojos labradas con mil libras de plata.

Escipión, que no había conseguido, ni tampoco pedido 13
con demasiada insistencia, efectuar un reclutamiento, con-
siguió autorización para coger voluntarios, y como había 14
asegurado que la flota no le costaría nada al Estado, fue
autorizado a recibir las aportaciones de los aliados para
construir nuevas naves. Los pueblos de Etruria fueron los
primeros en prometer que ayudarían al cónsul según las
posibilidades de cada uno: Cere aportaría trigo para las 15
tripulaciones y toda clase de víveres; Populonia [259], hierro;
Tarquinios, tela para las velas; Volaterra, armazones de
naves y trigo; Arrecio, tres mil escudos y otros tantos cas- 16
cos, venablos romanos y galos, y lanzas largas, la misma
cantidad de cada hasta completar un total de cincuenta mil,
y hachas, azadones, toneles, piedras de moler, cuantas hi- 17
cieran falta para cuarenta naves de guerra, así como ciento
veinte mil modios de trigo y provisiones de viaje para los
decuriones y remeros; Perusia, Clusio y Ruselas, madera 18
para construir naves y gran cantidad de trigo. También
se utilizó madera de los montes públicos. Los pueblos de 19
Umbría y aparte de éstos los de Nursia [260], Reate y Ami-
terno y todo el territorio sabino prometieron soldados. Mu-
chos marsos, pelignos y marrucinos se alistaron volunta-
rios en la flota. Los camertes [261], aliados de los romanos 20
en igualdad de derechos, enviaron una cohorte armada de
seiscientos hombres. Se carenaron treinta naves (veinte quin- 21

[259] Populonia, o Populonio, (Piombino), fue fundada *post XII populos in Etruria constitutos* (Servio, *ad Aen.* 10, 172), y pasó a formar parte de la Liga de las Doce Ciudades etruscas (a la que pertenecían todas las aquí mencionadas) en sustitución de Veyos. Ver V 33, 9 nota.

[260] Nursia (Norcia), situada en la Sabina rodeada de montañas, figura en la lista de *praefecturae* de Festo pero se desconoce en qué fecha consiguió la ciudadanía plena.

[261] Sobre Cameria, ver I 38, 4.

querremes y diez cuatrirremes) y el propio Escipión siguió
tan de cerca los trabajos que cuarenta y cuatro días des-
pués de haber sido acarreada la madera de los bosques
fueron botadas las naves equipadas y armadas.

46 Escipión partió para Sicilia con treinta naves de guerra
en las que había embarcado cerca de siete mil voluntarios.
2 Por su parte, Publio Licinio fue a reunirse en el Brucio
con los dos ejércitos consulares. De éstos tomó a su man-
do el que había estado a las órdenes del cónsul Lucio Ve-
3 turio. Dejó que Metelo siguiese al frente de las legiones
que ya había mandado, en el convencimiento de que le
sería más fácil operar con hombres acostumbrados a sus
órdenes. Los pretores también partieron en distintas direc-
4 ciones hacia sus provincias. Y como faltaba dinero para la
guerra, los cuestores recibieron orden de vender la parte del
territorio campano comprendida entre el Canal Griego[262]
5 y el mar, autorizándose además la denuncia de las tierras
pertenecientes a ciudadanos campanos a fin de que pasa-
ran a dominio del pueblo romano; se fijó como recompen-
sa para el denunciante la décima parte del valor de las tie-
6 rras denunciadas. También se le hizo al pretor urbano Gneo
Servilio la encomienda de que los ciudadanos campanos
residiesen allí donde se le hubiera autorizado a cada uno
por decreto del senado, y de tomar medidas contra los que
viviesen en otro sitio.

7 En aquel mismo verano, Magón, el hijo de Amílcar,
embarcó en la flota a la juventud que había reclutado y
desde la isla menor de las Baleares donde había pasado
el invierno trasladó a Italia en unas treinta naves de guerra
8 y muchas de transporte doce mil soldados de a pie y unos
dos mil de a caballo, y tomó Génova al llegar inesperada-

[262] La *fossa Graeca* estaba cerca de Cumas.

mente, pues no había ninguna guarnición protegiendo sus costas. Desde allí se dirigió con la flota a la costa de los lígures alpinos, por si podía provocar allí alguna revuelta.
El pueblo lígur de los ingaunos [263] estaba entonces en gue- 9
rra con los epanterios montanos. Así pues, el cartaginés 10
depositó el botín en la plaza fuerte alpina de Savón [264], dejó en el puerto diez naves de guerra para su defensa y
envió las demás a Cartago para vigilar las costas porque 11
corría el rumor de que Escipión estaba a punto de cruzar el mar; se alió con los ingaunos, pues prefería su amistad, y se dispuso a atacar a los montanos. Su ejército crecía de día en día, afluyendo los galos desde todas partes ante
la fama de su nombre. El conocimiento de esta circunstan- 12
cia a través de una carta de Espurio Lucrecio suscitó una viva preocupación entre los senadores, por temor a haberse alegrado en vano dos años antes por el aniquilamiento de Asdrúbal y su ejército si ahora surgía otra guerra parecida
sin otro cambio que el del general. Por eso ordenaron al 13
procónsul Marco Livio que trasladara de Etruria a Arímino su ejército de esclavos voluntarios, y se encargó al pretor Gneo Servilio que si lo consideraba útil para el Estado mandara sacar de Roma las dos legiones urbanas entregándole el mando a quien le pareciera. Marco Valerio Levino llevó a Arrecio estas legiones.

En aquellos mismos días, cerca de ochenta naves carta- 14
ginesas de transporte fueron capturadas junto a Cerdeña por Gneo Octavio, que mandaba en la provincia. Celio dice que iban cargadas con un envío de trigo y víveres para Aníbal, y Valerio [265], que transportaban a Cartago el bo-

[263] Su capital, puerto de mar, era *Album Ingaunum* o *Albingaunum*, hoy Albenga. Más al norte, en las laderas alpinas, vivían los epanterios.

[264] Hoy Savona. En la costa, al pie de los Alpes, al oeste de Génova.

[265] Celio Antípatro y Valerio Anciate.

15 tín de Etruria y prisioneros lígures y montanos. En el Brucio apenas hubo acción alguna digna de mención en aquel año. Se propagó una epidemia causando parecidos estragos entre romanos y cartagineses, si bien al ejército cartaginés además de la enfermedad lo azotó también el hambre.
16 Aníbal pasó el verano cerca del templo de Juno Lacinia [266] y levantó allí un altar y lo dedicó con una gran inscripción grabada en caracteres púnicos y griegos refiriendo sus hazañas.

---

[266] Cf. XXIII 33, 4.

LIBRO XXIX

SINOPSIS

AÑO 205 a. C.

Escipión recluta tropas en Sicilia (1 - 1, 18).
Sublevación en Hispania. Muerte de Indíbil. Castigo de los responsables (1, 19 - 3, 5).
Lelio hace una incursión en África y se entrevista con Masinisa (3, 6 - 4).
Movimientos de Magón en Italia (5).
Escipión recupera Locros. Barbaridades de Pleminio (6-8).
Incidentes sangrientos entre romanos. Epidemia en ambos ejércitos (9 - 10, 3).
Vaticinio acerca del traslado a Roma de la estatua de Cibeles (10, 4 - 11, 8).

AÑO 204 a. C.

Elecciones en Roma. Paz en Grecia (11, 9 - 12).
Asignación de provincias. Llegada del símbolo de Cibeles a Roma (13-14).
Castigo de las doce colonias. Amortización de deuda pública (15 - 16, 3).
La diputación locrense ante el senado romano (16, 4 - 18).
Críticas contra Pleminio. Envío de una comisión investigadora. Arresto de Pleminio (19-21).

Preparativos de la expedición a África. Pacto entre Cartago y Sífax (22-24).
El embarco, la partida y la travesía a África (25-27).
Pánico en Cartago. Masinisa se une a Escipión (28 - 29, 5).
Historia de Masinisa (29, 6 - 33).
Victoria de Escipión y Masinisa. Asalto fallido a Útica (34-35).
Derrota de Aníbal cerca de Crotona. Censo en Roma (36-37).

Año 203 a. C.

Elecciones en Roma (38).

Escipión recluta tropas en Sicilia

1 Cuando llegó a Sicilia [267], Escipión organizó y distribuyó en centurias a los soldados voluntarios.
2 A trescientos de ellos, jóvenes en la flor de la edad y de excepcional fuerza física, los mantenía a su lado desarmados sin que supieran con qué fin se los reservaba sin armarlos ni encuadrarlos en centurias.
3 Después seleccionó entre los más jóvenes de toda Sicilia para que pasaran con él a África a los trescientos caballeros que más destacaban por su extracción familiar y su situación económica, y les señaló la fecha en que debían presentarse perfectamente equipados con caballos y armas.
4 Difícil se presentaba aquella campaña, lejos de casa, que iba a acarrear muchas fatigas y graves peligros por tierra y por mar, y esta preocupación les causaba una viva inquietud no sólo a ellos sino también a sus padres y allegados.
5 Cuando llegó el día señalado se presentaron con armas y caballos. Entonces Escipión dijo que le habían llegado noticias de que algunos de los caballeros sicilianos sentían terror ante aque-

[267] Estamos en el año 205.

lla expedición por su dificultad y su dureza; si era así co- 6
mo sentían algunos, prefería que se lo confesaran de inmediato a que manifestaran después su descontento siendo unos soldados remisos e inútiles para el Estado; que expusieran lo que pensaban, que él los escucharía sin incomodarse. Cuando uno de ellos se atrevió a decir que él, la 7
verdad, si fuera libre para elegir, preferiría no participar en la campaña, Escipión le dijo: «Pues ya que no has ocul- 8
tado lo que pensabas, muchacho, te voy a dar un sustituto; le entregarás las armas, el caballo y el resto del equipo militar, te lo llevarás de aquí a tu casa inmediatamente, lo entrenarás y te ocuparás de adiestrarlo en el manejo del caballo y de las armas». Aceptó gustoso la propuesta 9
y Escipión le entregó a uno de los trescientos jóvenes que tenía sin armas. Cuando los demás vieron exonerado de esta forma al jinete con el reconocimiento del general, iban aduciendo cada uno su excusa y recibiendo sus suplentes.
De este modo fueron reemplazados trescientos sicilianos 10
por jinetes romanos sin gasto alguno para el Estado. Los sicilianos pusieron buen cuidado en instruirlos y entrenarlos, porque había una orden del general de que quien no lo hiciese así tomaría él parte en la campaña. Dicen que 11
este escuadrón resultó excelente y prestó buenos servicios al Estado en muchos combates.

Después, al pasar revista a las legiones, seleccionó de 12
entre ellas a los soldados que tenían más años de servicio, especialmente a los que habían militado a las órdenes de Marcelo [268], a los que consideraba formados en la mejor 13
disciplina y además muy duchos en el ataque a las ciudades después del prolongado asedio de Siracusa; pues lo que rondaba por su mente no era ya una empresa de poca

[268] Marco Claudio Marcelo, cónsul por quinta vez en 208.

14 monta sino la destrucción de Cartago. A continuación repartió el ejército por las ciudades; exigió una contribución de trigo a las poblaciones sicilianas y reservó el transportado desde Italia; reparó las naves viejas y envió a Gayo Lelio con ellas a saquear a África; las nuevas las sacó a tierra en Panormo [269] para que pasaran el invierno en seco, porque habían sido construidas precipitadamente con madera verde.

15 Cuando todo estuvo preparado para la guerra marchó a Siracusa, no pacificada aún del todo tras las violentas
16 sacudidas de la guerra. Los griegos reclamaban a algunos oriundos de Italia los bienes que el senado les había concedido y que aquéllos retenían con la misma fuerza con que
17 se los habían arrebatado durante la guerra. Escipión consideró que lo primero de todo era cumplir el compromiso contraído por el Estado y les devolvió sus bienes a los siracusanos, en parte mediante un edicto y en parte procesando incluso a los que se empecinaban en mantener su ilegal
18 posesión. Este gesto fue del agrado tanto de los propios afectados como de todos los pueblos de Sicilia, razón por la cual colaboraron con mayor afán en la guerra.

Sublevación en Hispania. Muerte de Indíbil. Castigo de los responsables

19 Aquel mismo verano estalló en Hispania una guerra de grandes proporciones concitada por el ilergete Indíbil; el único motivo fue que la admiración hacia Escipión había derivado en menosprecio hacia
20 los otros generales. Se pensaba que éste era el único general que les quedaba a los romanos, al haber dado muerte Aníbal a los demás, por lo cual tras la muerte de los Escipiones no habían tenido otro a quien mandar a Hispania, y cuando en Italia la presión de la

[269] Palermo. Cf. XXIV 36, 4.

guerra iba a más, lo habían llamado para hacer frente a Aníbal. Aparte de que los romanos en Hispania sólo te- 21
nían generales de nombre, también habían retirado de allí el ejército veterano; no había más que desconcierto, y una masa informe de novatos. Jamás se presentaría una oca- 22
sión como aquélla de libertar Hispania. Hasta entonces ha- 23
bían servido a los cartagineses o a los romanos, y no a unos u otros alternativamente, sino a ambos al mismo tiempo en algunas ocasiones. Los romanos habían expulsado a los 24
cartagineses; si los hispanos se ponían de acuerdo podían echar a los romanos, de suerte que Hispania, libre para siempre de toda dominación extranjera, volviese a las costumbres y usanzas de sus antepasados. Exponiendo estas 25
razones y otras parecidas sublevó no sólo a sus coterráneos sino a los ausetanos también, pueblo vecino, y a otros pueblos limítrofes a él y a éstos. Así, en cosa de unos pocos 26
días, treinta mil hombres de a pie y unos cuatro mil de a caballo se concentraron en territorio sedetano, donde se les había ordenado.

Por su parte, los generales romanos Lucio Léntulo y 2
Lucio Manlio Acidino[270], ante el temor a que la guerra se extendiese si no se prestaba atención a los primeros movimientos, unieron también ellos sus ejércitos, atravesaron 2
con sus tropas el territorio ausetano en son de paz como si este territorio hostil fuese amigo, llegaron a donde se habían establecido los enemigos y acamparon a una distancia de tres millas de su campamento. Primero se intentó 3
infructuosamente a través de emisarios que depusieran las armas; después, cuando unos jinetes hispanos atacaron por sorpresa a los forrajeadores romanos, se envió a la caba-

[270] Lucio Cornelio Léntulo había sido pretor en 211, y Acidino en 210.

llería desde la avanzadilla romana y se libró un combate
ecuestre cuyo resultado no revistió especial relieve para nin-
4 guna de las dos partes. Al salir el sol al día siguiente apa-
recieron todos armados y formados en orden de combate
5 a unos mil pasos del campamento romano. En el centro
estaban los ausetanos; el ala derecha la ocupaban los ilerge-
tes, y la izquierda pueblos hispanos poco conocidos; entre
las alas y el centro habían dejado espacios libres suficiente-
mente amplios para lanzar por ellos a la caballería cuando
6 llegase el momento. Por su parte, los romanos alinearon su
ejército como de costumbre, siguiendo únicamente en una
cosa el ejemplo del enemigo: también ellos dejaron entre las
7 legiones espacios libres para la caballería. Pero Léntulo, con-
vencido de que sólo iba a utilizar la caballería quien prime-
ro lanzase sus jinetes por los espacios abiertos en el frente
8 enemigo, mandó al tribuno militar Servio Cornelio que
diese orden a los jinetes de lanzar sus caballos por las ca-
9 lles abiertas en las líneas enemigas. Él, como el combate
de la infantería se inició con poca fortuna, se entretuvo
solamente en llevar desde la reserva a primera línea a la
legión decimotercera como apoyo de la duodécima que re-
trocedía, y que estaba situada en el ala izquierda haciendo
frente a los ilergetes; una vez equilibrado allí el combate,
10 fue a reunirse con Lucio Manlio, que estaba en primera
línea dando ánimos y llevando refuerzos a donde la situa-
11 ción lo requería, y le comunicó que en el ala izquierda
la cosa estaba asegurada, y que, de un momento a otro,
Cornelio, al que él había enviado con ese fin, envolvería
al enemigo con el huracán de la caballería.

12 Apenas había pronunciado estas palabras, cuando los ji-
netes romanos se lanzaron por entre los enemigos y desba-
rataron las líneas de infantería a la vez que les cerraron
a los jinetes hispanos el espacio por donde lanzar sus caba-

llos. Renunciando, pues, a combatir a caballo, los hispanos 13
echaron pie a tierra. Los generales romanos al ver rotas las filas del enemigo, su desconcierto y su pánico y el incierto fluctuar de sus enseñas, animan a sus hombres y les piden que carguen sobre los enemigos descompuestos y
no les dejen rehacer la formación. Los bárbaros no habrían 14
aguantado una acometida tan violenta si el propio Indíbil no se hubiera puesto delante de la primera línea de in-
fantería con los jinetes que habían desmontado. Allí se 15
mantuvo una lucha encarnizada durante algún tiempo; al fin, una vez que cayeron acribillados por los dardos los que peleaban en torno al rey, que se mantenía en pie medio muerto y después quedó clavado al suelo por una jaba-
lina, comenzó una huida en desbandada. Murieron muchos 16
más porque los jinetes no tuvieron tiempo de montar en sus caballos y porque los romanos acosaron con dureza a los desconcertados enemigos, y no cejaron hasta que tam-
bién les quitaron el campamento. Murieron aquel día trece 17
mil hispanos y cayeron prisioneros alrededor de mil ochocientos; romanos y aliados cayeron poco más de doscien-
tos, especialmente en el ala izquierda. Los hispanos desa- 18
lojados del campamento y los que habían huido durante la batalla primeramente se dispersaron por los campos y después retornaron cada uno a su ciudad.

Convocados después por Mandonio a una reunión, en 3
la que se lamentaron de sus desastres y recriminaron con dureza a los promotores del levantamiento, acordaron enviar embajadores con el propósito de entregar las armas
y llevar a cabo la rendición. Éstos echaron la culpa a Indí- 2
bil como promotor de la guerra y a los demás jefes, que en su mayoría habían caído en el campo de batalla, y
cuando se ofrecieron a entregar las armas y rendirse se 3
les respondió que se aceptaba su rendición a condición de

que entregasen vivos a Mandonio y a los demás inductores
de la guerra; en caso contrario, los romanos invadirían con
su ejército el territorio de los ilergetes y de los ausetanos,
4 y después el de los otros pueblos. Ésta fue la respuesta
que se les dio a los embajadores y que transmitieron a la
asamblea. Mandonio y los demás jefes fueron detenidos
5 allí mismo y entregados al suplicio. Se les concedió la paz
de nuevo a los pueblos de Hispania; se les exigió aquel
año tributo doble y trigo para seis meses, y capotes y togas
para el ejército, y se cogieron rehenes de cerca de treinta
pueblos.

Lelio hace una incursión en África y se entrevista con Masinisa

6 Así fue como en unos pocos días se sus-
citó y sin mayores trabajos se sofocó la
sublevación de Hispania, y la amenaza se
7 orientó por entero hacia África. Gayo Le-
lio abordó de noche cerca de Hipona Re-
gia[271] y al amanecer marchó con sus tropas en formación
regular, con las tripulaciones como refuerzo, a devastar
8 el territorio. Vivían todos despreocupados como en tiem-
pos de paz y se les ocasionaron grandes destrozos, y por
toda Cartago hicieron cundir el pánico los que llegaron,
despavoridos, con la noticia de que se había presentado
una flota romana con el general Escipión —pues había co-
9 rrido ya el rumor de que había pasado a Sicilia—. Como
no sabían muy bien cuántas naves habían visto ni qué con-
tingente estaba asolando los campos, el miedo les hacía
exagerarlo todo. Consiguientemente, los ánimos fueron pre-
sa de un miedo cerval primero, y del abatimiento después:
10 la suerte había dado un vuelco tal que los mismos que po-
co antes habían tenido, victoriosos, su ejército delante de

[271] *Hippo Regius* (cerca de la actual Annaba) estaba a diez días de marcha de Cartago. *Hippo Diarrhytus* (Bizerta) estaba mucho más próxima.

las murallas de Roma y tras derrotar a tantos ejércitos ene-
migos habían conseguido de grado o por la fuerza la sumi-
sión de todos los pueblos de Italia, esos mismos, al cam- 11
biar la suerte de la guerra, iban a ver el saqueo de África
y el asedio de Cartago, cuya capacidad de resistencia para
soportar algo así no se podía comparar a la que habían
tenido los romanos. A éstos, la plebe romana y el Lacio 12
les habían proporcionado una juventud cada vez más fuer-
te y más numerosa, que renacía reemplazando a tantos ejér-
citos destruidos; en cambio su población, tanto urbana co- 13
mo rural, no estaba preparada para la guerra; a fuerza
de dinero se reclutaban tropas auxiliares entre los africa-
nos, gente poco de fiar y tornadiza ante el soplo de cualquier
expectativa. En cuanto a los reyes, Sífax había hecho cau- 14
sa aparte después de su entrevista con Escipión [272], y Ma-
sinisa era un enemigo acérrimo en abierta rebelión. No ha- 15
bía esperanza ni ayuda alguna por ninguna parte. Magón
no suscitaba en la Galia ni un asomo de insurrección, ni
se unía con Aníbal, y el propio Aníbal venía sufriendo un
desgaste en prestigio y en fuerzas.

Entregados los ánimos a estas lamentaciones a raíz de 4
las recientes noticias, la inminencia de la amenaza los llevó
de nuevo a estudiar de qué forma se afrontaría el peligro
del momento. Se acordó hacer a toda prisa una moviliza- 2
ción en la ciudad y en el campo, mandar a contratar mer-
cenarios africanos, fortificar la ciudad, hacer acopio de
trigo, preparar armas ofensivas y defensivas, fletar naves
y enviarlas a Hipona contra la flota romana. Cuando ya 3
estaban tomando estas medidas, llegó por fin la noticia
de que era Lelio y no Escipión quien había cruzado el mar,
y sólo con las tropas precisas para hacer incursiones en

[272] Cf. XXVIII 18.

los campos; el peso de la guerra gravitaba aún sobre Sicilia.
4 Se tuvo así un respiro y se comenzó a enviar diputaciones a Sífax y a otros régulos para afianzar las alianzas. También se le enviaron embajadores a Filipo, prometiéndole doscientos talentos de plata si pasaba a Sicilia o a Italia.
5 Enviaron asimismo mensajes a sus propios generales a Italia para que retuvieran a Escipión intimidándolo por todos
6 los medios; a Magón, aparte de mensajeros, le enviaron veinticinco naves de guerra, seis mil soldados de infantería y ochocientos de caballería, siete elefantes, y además gran cantidad de dinero para reclutar mercenarios que le dieran confianza para acercarse a Roma con su ejército y unirse a Aníbal.

7 Mientras en Cartago se estudiaban y hacían estos preparativos, Masinisa, atraído por la noticia de la presencia de la flota romana, se presentó con unos cuantos jinetes a Lelio cuando se estaba llevando un enorme botín de un
8 territorio indefenso y desguarnecido. Masinisa se lamentó de la lentitud con que se movía Escipión, porque no había cruzado ya con su ejército a África mientras los cartagineses estaban en pleno desconcierto y Sífax ocupado en las guerras con sus vecinos, respecto al cual tenía la seguridad de que si se le daba tiempo para arreglar sus asuntos como él quería, no se comportaría de forma leal con los roma-
9 nos en nada. Debía animar y urgir a Escipión para que no perdiese tiempo; él, a pesar de que había sido expulsado de su reino, colaboraría con un contingente no despreciable de tropas de infantería y caballería; en cuanto al propio Lelio, no debía entretenerse en África, pues tenía entendido que había salido de Cartago una flota con la que era bastante arriesgado entrar en combate en ausencia de Escipión.

Movimientos de Magón en Italia

Después de esta entrevista Lelio se despidió de Masinisa y al día siguiente zarpó de Hipona con las naves cargadas de botin, regresó a Sicilia y le expuso a Escipión las recomendaciones de Masinisa. 5

Más o menos por las mismas fechas, las naves enviadas 2
a Magón desde Cartago tocaron tierra entre los lígures albingaunos y Génova. Casualmente tenía entonces Magón 3
su flota en aquellos parajes, y tras oír las palabras de los emisarios instándole a reunir el mayor volumen posible de tropas, convocó inmediatamente una asamblea de galos y lígures —pues ambas etnias eran allí muy abundantes—. Dijo 4
que él había sido enviado para devolverles la libertad y que además, como ellos mismos estaban viendo, se le enviaban refuerzos desde su patria, pero que dependía de ellos la importancia de las fuerzas y del ejército con que conducir aquella guerra. Había dos ejércitos romanos, uno en 5
la Galia y otro en Etruria; sabía positivamente que Espurio Lucrecio pensaba unirse con Marco Livio; para hacer frente a dos generales y dos ejércitos romanos era preciso armar muchos miles de hombres. Los galos dijeron que 6
estaban muy predispuestos a ello, pero que, como tenían un campamento romano dentro de su territorio y otro casi a la vista en el vecino país de Etruria, si se hacía de dominio público que ayudaban al cartaginés con tropas auxiliares, automáticamente los dos ejércitos en son de guerra se lanzarían sobre su territorio; de los galos debía esperar la ayuda que pudiera prestársele en secreto. Los lígures, 7
dado que los campamentos romanos estaban lejos de su territorio y de sus ciudades, tenían libertad de movimientos; era justo que ellos armaran a su juventud y asumieran la parte de guerra que les correspondía. Los lígures no se 8
negaron, limitándose a pedir un plazo de dos meses para

reclutar las tropas. Magón entretanto reclutaba mercenarios galos mandando a escondidas emisarios por sus tierras, y también en secreto le enviaban suministros de todas
9 clases los pueblos galos. Marco Livio trasladó de Etruria a la Galia su ejército de esclavos voluntarios y se unió a Lucrecio disponiéndose a salir al paso a Magón si avanzaba en dirección a Roma desde Liguria; si el cartaginés se mantenía quieto en su reducto alpino, también él permanecería en la misma posición, en las cercanías de Arímino, para defender Italia.

Escipión recupera Locros. Barbaridades de Pleminio

6 Tras el regreso de África de Gayo Lelio, Escipión sentía el acicate de las recomendaciones de Masinisa y los soldados la fiebre de hacer la travesía cuanto antes al ver cómo se desembarcaba de toda la flota el botín procedente del territorio de los enemigos; pero el proyecto de mayor alcance se vio interrumpido por otro menos importante, el de recuperar la ciudad de Locros, que también se había pasado a los cartagineses cuan-
2 do la defección de Italia [273]. Fue sin embargo un incidente trivial lo que hizo concebir esperanzas de llevar a cabo tal empresa. Las operaciones en el Brucio se desarrollaban más en forma de acciones de pillaje que de una guerra regular, habiendo empezado así los númidas y adaptándose a este sistema los brucios tanto por su propia manera
3 de ser como por la alianza con los cartagineses; al final, hasta los soldados romanos, que ya habían tomado gusto al pillaje por una especie de contagio, hacían incursiones en los campos enemigos siempre que sus jefes se lo permi-
4 tían. Los romanos sorprendieron a unos locrenses que habían salido de la ciudad y los llevaron a Regio. Entre estos

[273] Cf. XXIII 30, 8, y XXIV 1, 13.

prisioneros había algunos obreros que casualmente solían
trabajar a sueldo para los cartagineses en la ciudadela de
Locros. Fueron reconocidos por los notables locrenses que 5
se refugiaron en Regio tras ser expulsados por el partido
contrario, que había entregado Locros a Aníbal, y cuan-
do, al hacerles éstos diversas preguntas, como es habi-
tual entre los que llevan largo tiempo ausentes, les ex-
pusieron lo que estaba ocurriendo en su patria, dieron 6
esperanzas de entregarles la ciudadela si eran rescatados
y enviados de vuelta; ellos vivían allí, y los cartagineses
confiaban plenamente en ellos. Así pues, torturados como 7
estaban por la añoranza de la patria y al mismo tiempo
ardiendo en deseos de vengarse de sus adversarios, los libe-
raron inmediatamente y los enviaron de vuelta después de 8
concertar el plan a seguir y las señales que harían para
verlas a distancia, y ellos se fueron a Siracusa a ver a Esci-
pión, con el que estaba parte de los exiliados. Al darle
cuenta de las promesas de los prisioneros hicieron que el
cónsul concibiera esperanzas no alejadas de la realidad;
envió con ellos a los tribunos militares Marco Sergio y Pu- 9
blio Macieno con instrucciones de conducir a Locros tres
mil soldados desde Regio, y escribió al propretor Quinto
Pleminio para que colaborase en el desarrollo de la
operación.

Salieron de Regio portando escalas proporcionadas a 10
la altura de la ciudadela y en torno a la media noche, des-
de el punto convenido, dieron la señal a los que iban a
entregar la ciudadela. Estaban éstos preparados y atentos, 11
y descolgaron a su vez escalas hechas con este propósito;
dejaron entrar a los que escalaban por numerosos puntos
a la vez, y antes de que se alzase un grito se produjo el
ataque contra los centinelas cartagineses, que dormían sin te-
mor a nada parecido. Primero se oyeron sus gemidos de 12

moribundos, después al brusco despertar siguió la consternación y la agitación al no saber el origen de lo que ocurría, y por último, al tomar conciencia clara de la situa-
13 ción, se despertaban unos a otros. Entonces cada uno por su cuenta gritaba «a las armas», que los enemigos estaban en la ciudadela y los centinelas estaban siendo degollados. Muy inferiores en número, los romanos habrían sido aplastados si los gritos que daban los que estaban en el exterior de la ciudadela no hubiesen dejado en la incertidumbre su procedencia en medio del tumulto nocturno que
14 daba pábulo a toda clase de suposiciones. Por ello, como si la ciudadela estuviese ya llena de enemigos, los cartagineses, aterrados, se desentendieron del combate y se refugiaron en la otra ciudadela —pues hay dos, no muy distan-
15 tes una de otra—. La ciudad, colocada en medio como premio para el vencedor, estaba ocupada por sus habitantes; desde las dos ciudadelas se originaban todos los días
16 pequeños combates. Quinto Pleminio mandaba la guarnición romana y Amílcar la cartaginesa. Aumentaban sus tropas haciendo venir refuerzos de las localidades cercanas.
17 Al fin era el propio Aníbal el que acudía, y no habrían resistido los romanos de no ser porque la población locrense, exasperada por la prepotencia y la codicia de los cartagineses, se puso a favor de los romanos.

7 Cuando Escipión fue informado de que la situación en Locros se hacía más crítica y que el propio Aníbal se esta-
2 ba acercando, temió que corriera peligro la propia guarnición, al no ser fácil retirarse de allí, y dejando a su hermano Lucio Escipión de guarnición en Mesina, en cuanto la marea comenzó a bajar en el estrecho lanzó sus naves a
3 favor de corriente. Por su parte, Aníbal, desde el río Buloto, que no está lejos de Locros, mandó por delante un mensajero a los suyos para que al amanecer entablasen com-

bate con la mayor violencia contra los romanos y los lo-
crenses, mientras él por la espalda atacaba la ciudad por
sorpresa cuando todos estuvieran absortos en aquella re-
friega; cuando por la mañana encontró trabado el comba- 4
te, no quiso encerrarse en la ciudadela, pues al ser muchos
en tan reducido espacio se estorbarían, y por otra parte
no había traído escalas con que trepar a las murallas.
Hizo amontonar los bagajes, y después de alinear ostensi- 5
blemente sus tropas no lejos de los muros para amedrentar
al enemigo, mientras se preparaban escalas y demás pertre-
chos necesarios para el asalto, él, con los jinetes númidas,
daba una vuelta a caballo alrededor de la ciudad para ver
cuál era el punto mejor para atacar. Al adelantarse hacia 6
la muralla fue herido por un escorpión [274] casualmente el
hombre que estaba más próximo a él e inmediatamente,
alarmado ante tan peligrosa eventualidad, mandó tocar a
retirada y fortificó el campamento lejos del alcance de las
armas arrojadizas. La flota romana llegó de Mesina a Lo- 7
cros cuando aún quedaban algunas horas de día; desem-
barcaron todos y antes de la puesta del sol entraron en
la ciudad.

Al día siguiente los cartagineses iniciaron el combate 8
desde la ciudadela, y ya Aníbal, con las escalas y todo
el resto del material preparado para el ataque, llegaba al
pie de las murallas cuando de pronto se abrió la puerta
y los romanos se lanzaron contra él, que lo que menos
se esperaba era una acción semejante. Al atacar por sor- 9
presa mataron a unos doscientos; Aníbal retiró a los de-
más al campamento en cuanto se apercibió de la presencia
del cónsul, mandó a decir a los que se encontraban en la
ciudadela que se las arreglaran por su cuenta, levantó el

---

[274] Máquina bélica de lanzamiento de pequeños dardos.

10 campamento durante la noche y se marchó. Por su parte,
los que estaban en la ciudadela prendieron fuego a los edi-
ficios que ocupaban para que la confusión consiguiente en-
tretuviese al enemigo y antes de la noche, en una marcha
que más parecía una huida, dieron alcance a la columna
de los suyos.

8 Cuando Escipión vio abandonada por el enemigo la ciu-
dadela y vacío el campamento, reunió en asamblea a los
locrenses y los recriminó con dureza por su defección;
2 mandó al suplicio a los responsables, y sus bienes se los
entregó a los notables de la otra facción por su extraordi-
3 naria lealtad para con los romanos. En cuanto a medidas
de carácter general, manifestó que él no les daba ni les
quitaba nada a los locrenses, que enviasen embajadores
a Roma, que su suerte sería la que el senado considerase
4 justa; de una cosa estaba seguro: aun habiéndose portado
tan mal con el pueblo romano, su situación bajo los roma-
nos irritados iba a ser mejor de lo que había sido bajo
5 los cartagineses amigos. Dejando para defender la ciudad
al legado Pleminio y la guarnición que había tomado la
ciudadela, cruzó a Mesina con las tropas que había traído.

6 Después de separarse de los romanos, los locrenses ha-
bían sido tratados por los cartagineses con tal despotismo
y crueldad que eran capaces de soportar moderadas veja-
ciones no ya con resignación sino casi de buen grado;
7 pero la verdad es que Pleminio y los soldados de la guar-
nición romana superaron en tal medida en barbarie y rapa-
cidad a Amílcar, el prefecto de la guarnición, y a los carta-
gineses, que parecían rivalizar con ellos en vicios más que
8 con las armas. Nada de lo que hace odioso al débil el po-
der del más fuerte se les ahorró a los habitantes de la plaza
ni por parte del jefe ni por parte de los soldados; se perpe-
traron horribles vejaciones contra ellos, contra sus hijos,

contra sus mujeres. Ni siquiera del saqueo de los objetos 9
sagrados se privó su codicia; aparte de los demás templos,
también fueron violados los tesoros de Proserpina, respe-
tados en todas las épocas exceptuado el caso de Pirro, que,
según se decía, los había expoliado y tuvo que devolver,
con graves expiaciones, el botín de su sacrilegio. Pues bien, 10
igual que en aquella ocasión las naves reales destrozadas
por el naufragio solamente llevaron intacto a tierra el dine-
ro sagrado que transportaban perteneciente a la diosa,
también en esta ocasión, debido a otra clase de desastre, 11
aquel dinero provocó la locura en todos los que se habían
contaminado con la violación del templo y los volvió a
unos contra otros, jefe contra jefe y soldado contra solda-
do, con rabiosa hostilidad.

Incidentes sangrientos entre romanos. Epidemia en ambos ejércitos

Pleminio tenía el mando supremo, pe- 9
ro a sus órdenes inmediatas estaba una
parte de los soldados, los que él había
llevado de Regio; la otra parte estaba
a las órdenes de los tribunos. Un soldado 2
de Pleminio que había robado una copa de plata del domi-
cilio de un ciudadano huía perseguido por los propietarios
y se topó casualmente con Sergio y Macieno, tribunos mili-
tares. Como se le quitó la copa por orden de los tribunos, 3
a partir de ahí se originó una disputa a gritos y al final
una refriega entre los soldados de Pleminio y los de los
tribunos, yendo a más los participantes a la vez que el tu-
multo a medida que iban llegando para ayudar cada uno
a los suyos. Vencidos los soldados de Pleminio, corrieron 4
hacia él vociferando indignados, mostrando la sangre y las
heridas y refiriéndole los insultos proferidos contra él mis-
mo durante la reyerta. Encendido de cólera, salió precipi-
tadamente de su casa, hizo llamar a los tribunos, y dio or-
den de desnudarlos y preparar las varas. Llevó su tiempo 5

despojarlos, pues se resistían e invocaban la protección de
sus hombres; de pronto, los soldados, envalentonados por
su reciente victoria, acudieron corriendo desde todas par-
tes como si se hubiera llamado a las armas contra los ene-
6 migos, y en el momento en que vieron los cuerpos de los
tribunos marcados por las varas, inflamados por una rabia
repentina y ahora mucho más incontenible, no respetaron
no ya la dignidad del legado [275] sino ni siquiera la humani-
dad y se lanzaron sobre él después de maltratar de forma
7 indigna a los lictores. Después lo apartaron de los suyos
y una vez aislado lo laceraron con saña y lo dejaron casi
exangüe, con la nariz y las orejas mutiladas.

8 Cuando llegaron a Mesina estas noticias, Escipión se
trasladó a Locros pocos días después en una nave de seis
bancadas de remos; escuchó las razones de Pleminio y de
los tribunos, declaró libre de culpa a Pleminio dejándolo
al frente de la misma guarnición, y tras ser declarados cul-
pables y encadenados los tribunos para su traslado a Ro-
ma ante el senado, regresó a Mesina y de allí a Siracusa.
9 Pleminio, incapaz de contener su rabia, consideró que Es-
cipión no había hecho caso de su afrenta tomándola dema-
siado a la ligera, y que sólo podía valorar aquel litigio
10 quien hubiese sentido y padecido la atrocidad del mismo;
ordenó que le trajeran a los tribunos, y después de lacerar-
los con todos los tormentos que el cuerpo humano puede
soportar, los mató, y no satisfecho con el castigo que ha-
11 bían sufrido en vida los dejó tirados sin sepultura. Con
la misma crueldad trató también a los notables locrenses
que supo que habían ido a quejarse de sus desmanes a
12 Publio Escipión; y si antes había cometido actos infames
contra los aliados por placer y codicia, ahora cometía mu-

[275] Pleminio representa a Escipión.

chos más por resentimiento, siendo causa de desprestigio y ojeriza no sólo para él sino para su general.

Se aproximaba ya la fecha de las elecciones cuando lle- 10
gó a Roma una carta del cónsul Publio Licinio informando de que él y su ejército estaban afectados por una grave epidemia, y que no habría podido mantener su posición de no ser porque también había atacado a los enemigos
una enfermedad igualmente virulenta, si no más; por con- 2
siguiente, puesto que él no podía venir personalmente a los comicios, si el senado estaba de acuerdo, nombraría dictador para presidirlos a Quinto Cecilio Metelo; convenía, por otra parte, a los intereses del Estado licenciar al
ejército de Quinto Cecilio, pues en las circunstancias pre- 3
sentes no era de ninguna utilidad al haber retirado ya Aníbal a los suyos a los cuarteles de invierno, aparte de que la enfermedad que se había propagado en aquel campamento era tan virulenta que si no se agilizaba el licenciamiento no parecía que fuese a sobrevivir nadie. Los senadores autorizaron al cónsul a hacer lo que considerara acorde con su deber y con los intereses del Estado.

Vaticinio acerca del traslado a Roma de la estatua de Cibeles

Por aquellas fechas una repentina ola 4
de superstición se extendió entre la población, pues se encontró en los Libros Sibilinos, consultados porque aquel año habían sido más frecuentes las lluvias de
piedras, un vaticinio según el cual siempre 5
que un enemigo extranjero llevase la guerra a suelo itálico se le podía vencer y expulsar de Italia si se trasladaba de
Pesinunte a Roma a la Madre del Ida [276]. El descubrimiento 6

[276] Cibeles, divinidad de Frigia considerada la Gran Madre de los Dioses, y Gran Madre del Ida (por el monte Ida de Creta). Tenía un templo en Galacia, en Pesinunte, población fundada por Midas, a unos 130 Kms. de Ancira.

de este vaticinio por los decénviros [277] causó mayor impacto entre los senadores debido a que los embajadores que habían ido a llevar una ofrenda a Delfos [278] contaban que también, cuando ellos estaban ofreciendo un sacrificio en honor de Apolo Pitio, las entrañas habían resultado favorables y además el oráculo había respondido que se le avecinaba al pueblo romano una victoria mucho más importante que aquella de cuyos despojos procedía la ofrenda
7 que llevaban. A las demás razones para esta esperanza sumaban aquella especie de corazonada que había tenido Publio Escipión acerca del final de la guerra cuando había
8 reclamado la provincia de África. Por eso, para hacerse antes con la victoria que anunciaban los vaticinios, los presagios y los oráculos, se estudiaba y meditaba la forma de trasladar la diosa a Roma.

11 Roma no tenía aún en Asia ninguna ciudad aliada; recordando, sin embargo, que ya en una ocasión anterior se había traído a Esculapio [279], por razones de salud pública, desde Grecia, con la que no había aún tratado de alian-
2 za, y que ahora, en razón de la guerra común contra Filipo, había un principio de amistad con el rey Átalo, quien
3 haría lo que pudiera en favor del pueblo romano, se decidió enviarle como embajadores a Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces [280] y había dirigido opera-

---

[277] Los diez sacerdotes a cuya custodia estaban confiados los Libros Sibilinos.

[278] Cf. XXVIII 45, 12.

[279] Cf. X 47, 7. En la *Periocha* XI 3, se dice que Esculapio subió en forma de serpiente a la nave, vino a Roma y quedó fijada en la isla Tiberina su sede.

[280] Fue cónsul en 210. Hay una lista de cónsules que le atribuye el consulado del 220, pero en XXVI 22, 12 (año 211) se le considera *homo nouus*. Una hipótesis es que hubiera sido *suffectus* en 208, año en que murieron los dos cónsules.

ciones en Grecia, al ex pretor Marco Cecilio Metelo, al ex edil Servio Sulpicio Galba, y a los dos antiguos cuestores Gneo Tremelio Flaco y Marco Valerio Faltón. Se les 4
asignaron cinco naves quinquerremes a fin de que estuviera en consonancia con la dignidad del pueblo romano su llegada a aquellas tierras en las que había que ganar prestigio para el nombre de Roma. En su ruta hacia Asia, los emba- 5
jadores desembarcaron en Delfos y fueron a consultar al oráculo qué esperanzas les auguraba a ellos y al pueblo romano de llevar a término la misión con la que habían sido enviados desde su patria. Se les respondió, según cuen- 6
tan, que con la mediación del rey Átalo conseguirían lo que pretendían; que una vez trasladada la diosa a Roma procurasen que le diera hospitalidad el mejor hombre de Roma. Llegaron a Pérgamo a presencia del rey. Éste aco- 7
gió cordialmente a los embajadores, los llevó a Pesinunte, a Frigia, les entregó la piedra sagrada que a decir de los nativos era la madre de los dioses, y los invitó a que la llevaran a Roma. Los embajadores enviaron por delante 8
a Marco Valerio Faltón y éste anunció que la diosa estaba en camino, que era preciso buscar al mejor entre los ciudadanos para que le diese hospitalidad en debida forma.

Elecciones en Roma. Paz en Grecia

El cónsul que estaba en el Brucio nom- 9
bró dictador para los comicios a Quinto Cecilio Metelo, y su ejército fue licenciado; el jefe de la caballería fue Lucio Veturio Filón. El dictador presidió los co- 10
micios. Resultaron elegidos cónsules [281] Marco Cornelio Cetego y Publio Sempronio Tuditano, ausente, pues estaba al cargo de la provincia de Grecia. A continuación fueron 11

[281] Para el año 204.

elegidos pretores Tiberio Claudio Nerón, Marco Marcio Ra-
la, Lucio Escribonio Libón y Marco Pomponio Matón. Fi-
nalizadas las elecciones, el dictador abandonó el cargo.
12 Los Juegos Romanos se renovaron tres veces, y los Jue-
gos Plebeyos, siete. Eran ediles curules Gneo y Lucio Cor-
nelio Léntulo. Lucio tenía a su cargo la provincia de His-
pania; fue elegido estando ausente, y ausente desempeñó
13 dicho cargo. Tiberio Claudio Aselo y Marco Junio Peno
fueron ediles plebeyos. Marco Marcelo dedicó aquel año
el templo de la Virtud cerca de la puerta Capena, dieciséis
años después de haberlo prometido con voto su padre en
Clastidio, en la Galia, durante su primer consulado [282].
14 También aquel año murió el flamen de Marte Marco Emi-
lio Regilo.

12 Durante los dos últimos años se habían desatendido los
asuntos de Grecia. Como consecuencia de ello, Filipo obli-
gó a pedir y estipular la paz en las condiciones que quiso
a los etolios, desasistidos por los romanos, único apoyo
2 en el que confiaban. Si no hubiese puesto todo su empeño
en resolver esta cuestión a toda prisa, lo habría sorprendi-
do en guerra con los etolios el procónsul Publio Sempro-
nio, enviado para suceder en el mando a Sulpicio con diez
mil soldados de infantería y mil de caballería y con treinta
y cinco navíos de guerra, contingente de importancia consi-
3 derable para prestar ayuda a los aliados. Apenas concluida
la paz, le llegaron noticias al rey de que los romanos ha-
bían llegado a Dirraquio, que los partinos [283] y otros pue-
blos cercanos se habían sublevado ante la perspectiva de
un cambio en la situación, y que Dimalo era objeto de

---

[282] El primer consulado de Marco Claudio Marcelo padre fue en 222.

[283] Los partinos poblaban el territorio situado al norte de Dirraquio (Durazzo), nombre romano para Epidamno. La localización de Dimalo, no lejana en todo caso, es incierta.

un ataque. Habían tomado esta dirección los romanos, en- 4
viados en ayuda de los etolios, al enfadarse porque éstos
habían hecho la paz con el rey sin autorización suya y en
contra del pacto de alianza [284]. Enterado de ello Filipo, 5
en prevención de que surgiera algún levantamiento más im-
portante en las naciones y pueblos vecinos, se dirigió a
marchas forzadas a Apolonia, donde se había retirado Sem-
pronio tras enviar a Etolia a su legado Letorio con parte
de las tropas y quince naves para estudiar la situación y
desestabilizar la paz si le era posible. Filipo arrasó las tie- 6
rras de los apoloniatas y, acercando sus tropas a la ciudad,
presentó batalla al romano; cuando vio que éste se limita-
ba a defender las murallas sin moverse, como de una parte 7
no confiaba lo suficiente en sus fuerzas para atacar la ciu-
dad, y de otra deseaba hacer la paz con los romanos igual
que con los etolios si le era posible, y si no, al menos una
tregua, se retiró a su reino sin exacerbar más los odios
con un nuevo conflicto.

Por las mismas fechas, los epirotas, cansados de la larga 8
guerra, sondearon primero las intenciones de los romanos
y después enviaron embajadores a Filipo con una propues-
ta de paz general, asegurando que tenían plena confianza 9
en que ésta llegaría si él acudía a una entrevista con el
general romano Publio Sempronio. Se consiguió fácilmen- 10
te que el rey pasase al Epiro, pues tampoco a él le parecía
mal la idea. Fenice es una ciudad del Epiro [285]. Allí habló 11
primero el rey con Aeropo, Derda y Filipo, jefes de los epi-
rotas, y después se encontró con Publio Sempronio. Asis- 12
tieron a la entrevista Aminandro, rey de los atamanes [286],

[284] Cf. XXVI 24, 8-14.

[285] Del Epiro norte, en Caonia, casi enfrente de Corcira.

[286] En el Epiro oriental.

y otros altos jefes de los epirotas y acarnanes. El primero en hablar fue el pretor Filipo, y pidió tanto al rey como al general romano que pusiesen fin a la guerra, que hicie-
13 sen esta concesión a los epirotas. Publio Sempronio puso como condición para la paz que los partinos, Dimalo, Bárgulo y Eugenio [287] fuesen para los romanos, incorporándose Atintania [288] a Macedonia si lograba el consentimien-
14 to del senado enviando unos embajadores a Roma. Convenida la paz en estos términos, por parte del rey suscribieron el tratado el rey de Bitinia, Prusias, y los aqueos, beocios, tesalios, acarnanes y epirotas; y por la de los romanos, los ilienses, el rey Átalo, Pléurato, Nabis el tirano de los lacedemonios, los eleos, los mesenios y los atenien-
15 ses. Todo esto quedó consignado por escrito y firmado, estableciéndose una tregua de dos meses mientras se enviaban diputados a Roma para que el pueblo ratificase la paz
16 en estas condiciones. Todas las tribus votaron a favor, porque al haberse centrado en África la acción bélica querían verse libres de cualquier otra guerra. Una vez concluida la paz, Publio Sempronio marchó a Roma para asumir el consulado.

Asignación de provincias. Llegada del símbolo de Cibeles a Roma

13 Siendo cónsules Marco Cornelio y Publio Sempronio, en el que era el año decimoquinto de la guerra púnica, les fueron asignadas a Cornelio la provincia de Etruria con su antiguo ejército y a Sempronio la del Brucio, con instrucciones de
2 alistar nuevas legiones. En cuanto a los pretores, a Marco Marcio le correspondió la jurisdicción urbana, a Lucio Es-

[287] Desconocida la localización de estas pequeñas poblaciones.

[288] Había sido aliada de Roma en la guerra iliria del 219; ahora estaba sometida a Filipo.

cribonio Libón la de extranjeros y también a él la Galia;
a Marco Pomponio Matón, Sicilia, y Cerdeña a Tiberio
Claudio Nerón. A Publio Escipión se le prorrogó el man- 3
do por un año con el ejército y la flota que tenía; también
se le prorrogó a Publio Licinio con el fin de que defendie-
ra el Brucio con dos legiones mientras el cónsul considera-
se útil para el Estado permanecer él con mando en dicha
provincia. También a Marco Livio y Espurio Lucrecio, ca- 4
da uno con las dos legiones con que habían defendido la
Galia frente a Magón, les fue prorrogado el mando, igual 5
que a Gneo Octavio, para que, después de entregar Cerde-
ña y la legión a Tiberio Claudio, defendiera con cuarenta
navíos de guerra los límites de costa que el senado señala-
se. Al pretor Marco Pomponio se le asignaron en Sicilia 6
las dos legiones del ejército de Cannas. Tito Quincio y Ga-
yo Hostilio Túbulo, como propretores, se harían cargo de
Tarento y Capua respectivamente, como el año anterior,
y cada uno con su antigua guarnición. Por lo que se refie- 7
re al mando de Hispania, se consultó al pueblo qué dos
procónsules le parecía oportuno que se enviasen a dicha
provincia [289]. Todas las tribus votaron que se hiciesen car-
go de estas provincias como procónsules los mismos Lucio
Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, igual que lo
habían hecho el año anterior. Los cónsules decidieron ha- 8
cer una leva a fin de alistar nuevas legiones para el Brucio
y reforzar los otros ejércitos, pues ésas eran las instruccio-
nes que les había dado el senado.

A pesar de que ningún decreto había declarado aún pro- 14
vincia a África abiertamente, manteniéndolo oculto los se-

[289] La división formal de Hispania en Citerior y Ulterior no se produce hasta el año 197. El singular y el plural vienen alternándose en Livio.

nadores, supongo, para que no lo supieran antes de tiempo los cartagineses, sin embargo la ciudadanía confiaba vivamente en que en aquel año se haría campaña en África
2 y que el fin de la guerra púnica estaba cerca. Esto había llenado las mentes de ideas supersticiosas, predisponiéndolas a propalar y creer cosas extraordinarias. Por eso se
3 divulgaban en mayor número: se habían visto dos soles, había brillado la luz durante la noche, se había visto una estela de fuego desplazándose de oriente a occidente en Secia, habían sido alcanzadas por rayos una puerta en Tarracina y en Anagnia una puerta y la muralla en varios puntos, en Lanuvio se había producido un sonido seguido
4 de un horrible estruendo en el templo de Juno Sóspita. Para expiar estos portentos hubo un día de rogativas, y un
5 novenario sacro porque habían llovido piedras. A esto se sumó el debate sobre cómo recibir a la Madre del Ida, pues aparte de que uno de los embajadores, Marco Valerio, se había adelantado con la noticia de que muy pronto estaría en Italia, acababa de llegar un mensajero con la
6 noticia de que se encontraba ya en Tarracina. Una cuestión de no poca trascendencia ocupaba la atención del senado: decidir quién era el mejor hombre de la ciudad.
7 Cualquiera habría preferido, sin duda, una victoria de ese género a cualquier mando o alto cargo conferido por el
8 voto de los senadores o del pueblo. Juzgaron que el mejor de los hombres buenos entre toda la ciudadanía era Publio Escipión [290], un joven que aún no había sido cuestor, hijo
9 del Gneo que había caído en Hispania. Yo transmitiría con gusto a la posteridad cuáles fueron las cualidades que los llevaron a emitir este veredicto si hubieran sido reflejadas por los historiadores más cercanos a aquella época, pero

[290] Publio Cornelio Escipión Nasica, que sería cónsul en 191.

no voy a meter de por medio suposiciones mías haciendo
conjeturas sobre algo que ha quedado sepultado por el pa-
so del tiempo. Publio Cornelio recibió el encargo de salir 10
a Ostia al encuentro de la diosa con todas las matronas;
él la recogería de la nave, la sacaría a tierra y se la entrega-
ría a las matronas para que éstas la portasen. Cuando la 11
nave se aproximó a la desembocadura de Tíber, siguiendo
las instrucciones recibidas él se trasladó hasta mar abierto
en una embarcación, recibió la diosa de manos de los
sacerdotes y la sacó a tierra. Se hicieron cargo de ella las 12
matronas más distinguidas de la ciudad, entre las cuales es
famoso el nombre de una sola, Claudia Quinta: era dudo-
sa su reputación hasta entonces, según cuentan, y este pia-
doso ministerio le dio fama de casta para la posteridad [291].
Mientras toda la población salía en masa a su encuentro 13
y se colocaban incensarios delante de las puertas por don-
de iba pasando, y quemando incienso le pedían que entra-
se en la ciudad de Roma con voluntad propicia, las ma-
tronas, pasándosela de mano en mano y relevándose, lle- 14
varon a la diosa hasta el templo de la Victoria [292], que
está en el Palatino, la víspera de los idus de abril, fecha
que se consideró festiva. El pueblo en masa acudió al Pa-
latino a llevar ofrendas a la diosa, y se celebró un lectister-
nio y unos juegos, llamados Megalesios [293].

[291] Cf. Ovidio, *Fastos* IV 305-350.

[292] Allí estuvo hasta el 191, año en que se dedicó el templo a la Gran Madre (cf. XXXVI 36, 3).

[293] Posteriormente la festividad fue trasladada del doce al cuatro de abril (víspera de las nonas).

Castigo de las doce colonias. Amortización de deuda pública

15 Cuando se debatió acerca de los complementos de tropas para las legiones que estaban en las provincias, algunos senadores hicieron alusión a que una vez desaparecido al fin el miedo gracias a la benevolencia de los dioses, era ya hora de no tolerar por más tiempo lo que de una u otra forma se había tolerado
2 en momentos difíciles. Ante la viva expectación del senado, añadieron que las doce colonias latinas que durante el consulado de Quinto Fabio y Quinto Fulvio se habían negado a suministrar tropas [294] llevaban en torno a los cinco años disfrutando de exención del servicio militar co-
3 mo un honor y un privilegio, mientras que los aliados buenos y obedientes, como pago de su lealtad y deferencia para con el pueblo romano, estaban exhaustos por las inin-
4 terrumpidas levas de todos los años. Esta mención no sólo reavivó en los senadores el recuerdo de un hecho ya casi
5 olvidado sino que exacerbó sus iras. Por eso, sin dejar que los cónsules sometieran a debate ningún otro asunto, decidieron que los cónsules hicieran venir a Roma a los magistrados [295] y a diez notables de cada colonia, de Nepete, Sutrio, Árdea, Cales, Alba, Carséolos, Sora, Suesa, Secia, Circeyos, Narnia e Interamna, pues éstas eran las colonias
6 implicadas; se les exigiría que suministrasen multiplicado por dos el número más alto de soldados de infantería que habría tenido que entregar al pueblo romano cada una de las colonias desde que el enemigo se encontraba en Italia,
7 y ciento veinte jinetes. Si alguna no podía completar esta cifra de jinetes, se le permitiría entregar tres soldados de infantería en vez de cada jinete; los soldados de a pie y

[294] Cf. XXVII 9-10.

[295] Duúnviros, ediles y cuestores. Los notables serían los miembros del senado local.

los de a caballo serían elegidos entre los más ricos, y serían enviados donde hubiera necesidad de refuerzos fuera de Italia. Si alguno de ellos se negaba, se retendría a los ma- 8
gistrados y diputados de esa colonia, y si solicitaban audiencia ante el senado no les sería concedida hasta que hubiesen obedecido las órdenes. Además, a estas colonias se les im- 9
pondría y se recaudaría anualmente un tributo de un as por cada mil, y se haría en ellas el censo según la fórmula establecida por los censores romanos —se quiso que fuese 10
la misma que se aplicaba a la población romana—; los resultados serían presentados en Roma por los censores jurados de las colonias antes de abandonar el cargo.

En virtud de este decreto del senado se hizo venir a 11
Roma a los magistrados y principales de aquellas colonias, y cuando los cónsules les exigieron los soldados y el dinero, se negaban y reclamaban a porfía. Aseguraban que 12
no era posible reunir tan elevado número de soldados, que trabajo les costaría si se les exigiera la cifra sin doblar prevista en el pacto; pedían encarecidamente que se les permi- 13
tiera acudir y suplicar al senado; que ellos no habían cometido ninguna falta por la que se les debiera hundir con razón, pero que aun en caso de que debieran perecer, ni su delito ni la cólera del pueblo romano podían lograr que entregasen más soldados de los que tenían. Los cónsules, 14
impertérritos, ordenaron que los diputados permanecieran en Roma y que los magistrados fueran a su lugar de residencia para llevar a cabo los reclutamientos; si no conducían a Roma la cifra de soldados exigida, nadie les facilitaría audiencia en el senado. Desvanecida así la esperanza 15
de presentarse ante el senado y suplicarle, se llevó a cabo sin dificultad el reclutamiento en aquellas doce colonias, pues debido al largo período de exención, el número de jóvenes se había multiplicado.

16 Una segunda cuestión, asimismo pasada en silencio casi
durante el mismo tiempo, fue sacada a colación por Marco
Valerio Levino; manifestó éste que era justo devolverles por
fin a los particulares el dinero prestado cuando él y Marco
2 Claudio eran cónsules [296], y que nadie debía sorprenderse
de que él se preocupara de forma particular de un compro-
miso contraído por el Estado, ya que ello de alguna mane-
ra concernía particularmente al cónsul del año en el que
se había prestado el dinero, y por otra parte había sido
él quien había propuesto esa forma de contribución cuan-
do el erario estaba sin recursos y el pueblo no estaba en
3 condiciones de contribuir. Esta llamada de atención fue
bien acogida por el senado. Se invitó a los cónsules a que
presentaran una moción, y se acordó que se devolviera aquel
dinero en tres plazos; el primero lo abonarían en el acto
los cónsules de aquel año, y los otros dos los cónsules de
dos y cuatro años después.

La diputación locrense, ante el senado romano

4 Todas las demás preocupaciones dieron
paso a una sola cuando las calamidades
de los locrenses, ignoradas hasta enton-
ces, se hicieron de dominio público con
5 la llegada de una delegación. Más que la
criminal conducta de Pleminio exacerbó las iras de la po-
blación la connivencia o la negligencia de Escipión para
6 con él. Diez diputados locrenses, cubiertos con los andrajos
del duelo, tendieron hacia los cónsules sentados en el co-
micio velos de suplicantes y ramos de olivo, según la cos-
tumbre de los griegos, y se postraron por tierra ante la
7 tribuna entre gemidos y lágrimas. Al preguntarles los cón-
sules, dijeron que eran locrenses, que a manos de Plemi-
nio, el legado, y de los soldados romanos habían sufrido

[296] En el año 210. Cf. XXVI 36.

lo que el pueblo romano no desearía que sufrieran ni siquiera los cartagineses; les rogaban que les concedieran la posibilidad de acudir ante el senado y exponerle sus cuitas.

Concedida audiencia en el senado, el de edad más avan- 17
zada dijo: «Yo sé que a la hora de valorar nuestras quejas, padres conscriptos, es de capital importancia que conozcáis perfectamente la forma en que Locros fue entregada a Aníbal y la forma en que volvió a vuestra jurisdicción tras la expulsión de la guarnición de Aníbal. Porque si la 2
responsabilidad de la defección no fue del gobierno, y si queda claro por otra parte que el retorno a vuestra autoridad se debió no sólo a nuestra voluntad sino además a nuestra valerosa colaboración, con mayor motivo os indignaréis de que vuestro legado y vuestros soldados hayan perpetrado tan vergonzosas y tan horribles vejaciones contra unos aliados buenos y leales. Pero yo creo que el análi- 3
sis de nuestras dos defecciones debe quedar aplazado para otro momento por dos razones: la primera, para que se 4
debata en presencia de Publio Escipión, que recuperó Locros y es testigo de todo lo que de bueno o malo hicimos; la segunda, porque, como quiera que haya sido nuestro comportamiento, no debimos sufrir, sin embargo, lo que hemos sufrido. No podemos ocultar, padres conscriptos, que 5
cuando teníamos la guarnición cartaginesa en nuestra ciudadela fuimos objeto de muchas y vergonzosas humillaciones por parte tanto de Amílcar, jéfe de la guarnición, como de los númidas y africanos; pero, ¿qué son éstas en comparación con las que hoy estamos padeciendo? Os rue- 6
go, padres conscriptos, que escuchéis con benevolencia lo que a mi pesar voy a exponer. Lo que ahora está en juego es si toda la especie humana os verá a vosotros o a los cartagineses al frente del orbe. Si hay que valorar la domina- 7
ción romana y la cartaginesa a partir de lo que ellos nos

han hecho padecer y lo que ahora más que nunca nos está
haciendo padecer vuestra guarnición, cualquiera los prefe-
8 rirá a ellos como dominadores antes que a vosotros. Y sin
embargo ved cuáles son los sentimientos que albergan los
locrenses hacia vosotros. A pesar de que recibíamos de los
cartagineses humillaciones mucho menos graves, hemos re-
currido a vuestro general; a pesar de ser tratados peor que
enemigos por vuestra guarnición, únicamente a vosotros
9 hemos acudido con nuestras quejas. O vosotros volvéis vues-
tros ojos sobre nuestra desesperada situación, padres cons-
criptos, o no nos queda nadie a quien suplicar, ni siquiera
los dioses inmortales».

10 «El legado Quinto Pleminio fue enviado con un desta-
camento para quitarles de nuevo Locros a los cartagineses,
11 y allí se le ha dejado con el mismo destacamento. En este
legado vuestro —y nuestro supremo infortunio nos da va-
lor para hablar con libertad— no hay ni rastro de humani-
dad, padres conscriptos, aparte de la apariencia física; ni
rastro de ciudadano romano salvo el aspecto, la indumen-
12 taria y el acento de la lengua latina; es una plaga, un mons-
truo feroz como aquellos que según cuentan las leyendas
ocupaban en otros tiempos, para perdición de los navegan-
13 tes, el estrecho que nos separa de Sicilia. Y si tuviera bas-
tante con ejercer sólo él contra vuestros aliados el crimen,
el desenfreno y la codicia, con nuestra paciencia rellenaría-
14 mos esa única sima, sin duda profunda; pero ahora ha
hecho un Pleminio de cada uno de vuestros centuriones
y soldados, tanto afán puso en que el desenfreno y la mal-
15 dad se generalizasen. Todos roban, expolian, golpean, hie-
ren, matan; violan a las matronas, a las doncellas, a los
16 muchachos arrancados de los brazos de sus padres. Día
tras día es tomada nuestra ciudad, día tras día es saquea-
da, día y noche resuenan en todas partes los lamentos de

las mujeres y los niños que son arrebatados y arrastrados. Quien tenga conocimiento de esto, se preguntará sorprendido cómo somos capaces de soportarlo y cómo no se han saciado todavía de tales desmanes quienes los cometen. Ni yo puedo entrar en detalles ni a vosotros os merece la pena escuchar una por una las cosas que hemos padecido; lo
resumiré todo globalmente. Afirmo que no hay en Locros 18
ni una sola casa, ni una sola persona libre de su desafuero; afirmo que no queda ninguna forma de crimen, desenfreno o codicia que se le haya ahorrado a cualquier posible
víctima. Resulta difícil establecer cuál de las dos eventuali- 19
dades es más detestable para una ciudad: cuando los enemigos la toman durante la guerra, o cuando un tirano
funesto la oprime con la violencia y con las armas. Todo 20
lo que padecen las ciudades tomadas lo hemos padecido y lo estamos padeciendo más que nunca, padres conscriptos; todas las atrocidades que cometen los más crueles e inhumanos tiranos contra los ciudadanos oprimidos las ha cometido Pleminio contra nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas».

«Hay sólo un hecho en particular del que nos obliga 18
a quejarnos el sentimiento religioso innato en nuestros espíritus y que por otra parte queremos que oigáis, padres conscriptos, y libréis a vuestra república, si os parece, de
la mancha de la impiedad, pues hemos visto con cuánta 2
veneración no sólo honráis a vuestros dioses sino que aco-
géis a los de fuera. Nosotros tenemos un templo de Prosér- 3
pina; de la santidad de este templo supongo que os habrá
llegado alguna noticia cuando la guerra con Pirro; éste, 4
al pasar con su flota a la altura de Locros de vuelta de Sicilia, entre otras fechorías que cometió contra nuestra ciudad debido a nuestra lealtad hacia vosotros, saqueó también el tesoro de Prosérpina, intacto hasta aquella fecha,

y embarcando este dinero en las naves, él se marchó por
5 tierra. ¿Qué ocurrió entonces, padres conscriptos? Que la flota fue destrozada al día siguiente por una terrible tempestad, y todas las naves que llevaban el dinero sagrado
6 fueron lanzadas sobre nuestras costas. Tan grave desastre le hizo comprender al fin que los dioses existen, y aquel rey tan orgulloso dio orden de buscar cuidadosamente todo el dinero y reponerlo en el tesoro de Prosérpina. Pero a partir de entonces ya nunca le salió nada bien, y tras ser expulsado de Italia, cuando entró imprudentemente en Argos de noche, sucumbió con una muerte oscura y poco honrosa.
7 Vuestro legado y los tribunos militares tenían conocimiento de este y otros mil episodios más, que contaban no para avivar el temor religioso sino porque nosotros, igual que nuestros antepasados, habíamos reconocido a menudo en
8 ellos la eficaz presencia de la diosa; sin embargo tuvieron la osadía de poner sus sacrílegas manos sobre aquellos tesoros nunca violados y contaminar con aquel impío botín
9 sus casas, sus personas y las de vuestros soldados. Por vosotros y por vuestra conciencia, padres conscriptos, con estos soldados no os metáis en ninguna empresa ni en Italia ni en África antes de expiar su crimen, no vaya a ser que purifiquen no sólo con su sangre sino además con una catástrofe nacional la impiedad en que incurrieron».

10 «Y es que ni siquiera ahora, padres conscriptos, remite la cólera de la diosa contra vuestros jefes y vuestros soldados. Varias veces se han enfrentado ya entre sí en batalla campal, capitaneando Pleminio uno de los bandos, y el otro los dos tribunos militares. Pelearon entre sí con
11 mayor denuedo que contra los cartagineses, y de no ser por la intervención de Escipión, al que llamamos nosotros, con su desatino le habrían brindado a Aníbal la oportuni-
12 dad de recuperar Locros. ¿Tal vez, ¡por Hércules!, el des-

varío afecta a los soldados contaminados por el sacrilegio, pero no ha aparecido ninguna señal de la voluntad de la diosa de castigar a los jefes? Al contrario, fue precisamente ahí donde más se manifestó. Los tribunos fueron azotados con las varas por orden del legado; después, el legado, 13
atrapado en una emboscada por los tribunos, aparte de ser lacerado todo su cuerpo, fue además abandonado exangüe con la nariz y las orejas cortadas; tras ello, el legado, 14
recuperado de sus heridas, hizo encarcelar a los tribunos militares, luego los hizo azotar, torturándolos con toda clase de suplicios propios de esclavos, y les dio muerte, y una vez muertos no dejó que se les diera sepultura».

«La diosa castiga de esta forma a los expoliadores de 15
su templo, y no cesará de azuzar a todas las furias contra ellos hasta que el dinero sagrado sea repuesto en su tesoro. En cierta ocasión, durante una dura guerra con los croto- 16
nienses, nuestros antepasados, como el templo está fuera de la ciudad, quisieron trasladar a ésta el dinero; por la noche se oyó una voz que salía del templo y les decía que no pusieran sus manos sobre él, que la diosa defendería lo que era suyo. Como les entró con ello un religioso te- 17
mor a mover de allí los tesoros, pretendieron rodear el templo con una muralla; cuando se habían levantado ya los muros a bastante altura se vinieron abajo de pronto entre ruinas. Pero tanto entonces como ahora, y en muchas otras 18
ocasiones, la diosa o bien defendió el templo donde mora o bien castigó severamente a los profanadores; nuestras afrentas no puede ni podría vengarlas nadie más que vosotros, padres conscriptos. A vosotros y a vuestro amparo 19
recurrimos suplicantes. Para nosotros no hay ninguna diferencia entre que dejéis que Locros siga bajo aquel legado y aquella guarnición, y que la entreguéis a las iras de Aníbal y los cartagineses para su exterminio. No pedimos que

nos creáis sin más a nosotros, pues se trata de alguien ausente que no ha defendido su causa; que venga, que escuche
20 él en persona, que él mismo refute las acusaciones. Si nos ha ahorrado alguna de las villanías que un ser humano es capaz de cometer contra otro ser humano, no nos negamos a sufrir lo mismo por segunda vez, si es que podemos soportarlo, ni a que él sea absuelto de todo delito contra los dioses o contra los hombres».

Críticas contra Pleminio. Envío de una comisión investigadora. Arresto de Pleminio

19 Después que los embajadores se hubieron expresado en estos términos, Quinto Fabio [297] les preguntó si habían expuesto aquellas quejas a Publio Escipión, y respondieron que habían enviado una delegación, pero que él estaba enfrascado en la preparación de la guerra y que o bien había pasado ya a África o cruzaría en cosa de pocos días;
2 que, por otra parte, habían comprobado que el legado gozaba de gran favor ante el general cuando, después de escuchar sus razones y las de los tribunos, había hecho encarcelar a éstos y había dejado al legado, tan culpable o más, las mismas atribuciones.

3 Después de hacer salir del recinto a los embajadores, tanto Pleminio como Escipión fueron objeto de muy duros ataques en las intervenciones de los senadores principales. Más que nadie, Quinto Fabio acusaba a Escipión de haber
4 nacido para corromper la disciplina militar; así, también en Hispania se habían perdido casi más soldados a causa de los motines que de la guerra; siguiendo los usos de los déspotas extranjeros, tan pronto se mostraba indulgente con la indisciplina de los soldados como se ensañaba con ellos. Pasó luego a formular una propuesta tan dura como

[297] Era el *princeps senatus* (cf. XXVII 11, 12).

su discurso: tomar el acuerdo de que el legado Pleminio 5
fuese trasladado a Roma encadenado y que defendiese su
causa encadenado, y si resultaban ciertas las quejas de los
locrenses, que se le ajusticiase en la cárcel y se confiscasen
sus bienes; en cuanto a Publio Escipión, hacerle volver 6
por haber salido de la provincia sin orden del senado, y
hablar con los tribunos de la plebe para que presentasen
al pueblo la propuesta de revocarle el mando; a los locren-
ses, que el senado les contestara, estando ellos presentes,
que ni el senado ni el pueblo romano habían querido que
se les hiciesen las afrentas que se quejaban de haber recibi-
do; que se les calificase de hombres buenos, y aliados, y 7
amigos, y se les devolvieran los hijos, las mujeres, y cual-
quier otra cosa que les hubiera sido arrebatada; que se in-
vestigase cuánto dinero había sido sustraído de los tesoros
de Prosérpina y se repusiese en ellos el doble de dicha can-
tidad, y que se celebrase una ceremonia expiatoria consul- 8
tando previamente al colegio de los pontífices qué expia-
ciones les parecía que se hicieran, a qué dioses, y con qué
víctimas, por haber sido removido, abierto y profanado
un tesoro sagrado; que los soldados que había en Locros 9
fuesen trasladados todos a Sicilia, y se llevaran a Locros
como guarnición cuatro cohortes de aliados latinos.

Apasionadas como estaban las posturas a favor y en 10
contra de Escipión, no se les pudo pedir a todos su pare-
cer aquel día. Aparte de la villanía de Pleminio y el infor- 11
tunio de los locrenses, se discutía también el estilo de vida
del propio general, impropio no ya de un romano sino in-
cluso de un militar: que se pasease por el gimnasio con
manto y sandalias griegas, que se dedicase a la lectura y 12
los ejercicios atléticos, que todo su séquito disfrutase de
los placeres siracusanos con igual abandono y molicie,
que Cartago y Aníbal se hubiesen borrado de su mente, 13

que todo el ejército, corrompido por la permisividad como había ocurrido en Hispania en el Sucrón y ahora en Locros, fuese más temible para los aliados que para el enemigo.

20 Aunque estas acusaciones eran verdad en unos casos y verdades a medias en otros, y por tanto verosímiles, prevaleció sin embargo el criterio de Quinto Metelo [298], que se mostró de acuerdo con Máximo en lo demás, pero disin-
2 tió en lo referente a Escipión. A éste, en efecto, la ciudadanía lo había escogido hacía poco, siendo muy joven aún, como general único para reconquistar Hispania; una vez recuperada Hispania del poder del enemigo, lo había nombrado cónsul para poner fin a la guerra púnica, abrigando la esperanza de que arrastraría a Aníbal fuera de Italia
3 y sometería África; ¿era lógico que de pronto se le hiciese volver de su provincia, como a Quinto Pleminio, casi condenado antes de poder defenderse, cuando las infamias que los locrenses se quejaban de haber padecido habían ocurrido, según ellos decían, sin que ni siquiera estuviese presente Escipión, y no se le podía acusar de otra cosa más que de excesiva tolerancia o miramiento por haber
4 sido indulgente con el legado? Su propuesta era que el pretor Marco Pomponio, al que había tocado en suerte la provincia de Sicilia, marchase a su provincia en un plazo de tres días; que los cónsules eligiesen entre los senadores a los diez que prefiriesen como diputados para enviarlos
5 con el pretor, dos tribunos de la plebe y un edil; el pretor, con esta comisión, haría una investigación; si los hechos de que se quejaban los locrenses se habían producido por orden de Escipión o con su consentimiento, le ordenarían
6 abandonar la provincia; en caso de que Publio Escipión

[298] Quinto Cecilio Metelo, el cónsul de 206.

hubiera cruzado ya a África, los tribunos de la plebe y el edil, junto con los dos comisionados que el pretor considerase más a propósito, partirían para África, los tribunos 7
y el edil para traer de vuelta de allí a Escipión, y los delegados para tomar el mando del ejército hasta que un nuevo general se incorporase al mismo; si Marco Pomponio 8
y los diez delegados averiguaban que aquellos hechos se habían producido sin orden ni consentimiento de Escipión, éste seguiría con el ejército y dirigiría las operaciones bélicas como se había propuesto. Una vez aprobado este de- 9
creto del senado se habló con los tribunos de la plebe para que por acuerdo entre ellos o por sorteo eligieran a los dos que acompañarían al pretor y los delegados; se hizo 10
una consulta al colegio de los pontífices sobre cómo expiar lo que se hubiera tocado, profanado, sustraído en Locros en el templo de Prosérpina.

Los tribunos de la plebe que partieron con el pretor 11
y los diez delegados fueron Marco Claudio Marcelo y Marco Cincio Alimento [299]; se les asignó un edil de la plebe con el objeto de que los tribunos le dieran orden de arrestar a Escipión si no acataba las órdenes del pretor en Sicilia o si había pasado ya a África; en virtud de su sacrosanta potestad, lo traerían de vuelta. El plan era ir a Locros antes que a Mesina.

Hay, por otra parte, dos versiones en lo que a Pleminio 21
se refiere. Según unos, al enterarse de lo que se había acordado en Roma marchó a Nápoles para exiliarse y casualmente se encontró con Quinto Metelo, uno de los delegados, el cual se lo llevó arrestado de vuelta a Regio. Según 2
otros, el propio Escipión envió un lugarteniente con treinta jinetes de elite para arrestar a Pleminio y junto con

[299] Probablemente sacó adelante la ley Cincia en este año 204.

3 él a los cabecillas de la revuelta. Todos ellos, o bien primero por orden de Escipión o bien entonces por orden del pretor, fueron entregados para su custodia a los reginos.
4 El pretor y los delegados partieron para Locros y de acuerdo con las instrucciones recibidas se ocuparon en primer lugar de lo referente a la religión; buscaron, pues, todo el dinero sagrado que tenían en su poder tanto Pleminio como los soldados, y junto con el que ellos mismos habían llevado lo depositaron en el tesoro y celebraron una
5 ceremonia expiatoria. Luego, el pretor convocó a los soldados a una asamblea, les mandó sacar las enseñas fuera de la ciudad y emplazó el campamento en campo abierto, amenazando con graves castigos si algún soldado se quedaba en la ciudad o se llevaba algo que no fuera suyo; a los locrenses les dijo que les autorizaba a coger lo que cada uno reconociera como suyo y reclamar lo que no apareciese.
6 Ante todo quería que se les devolvieran sin demora a los locrenses las personas libres; si alguien no lo hacía sufriría
7 un severo castigo. Después celebró una reunión con los locrenses y declaró que el pueblo y el senado romano les devolvían su libertad y sus leyes; si alguien quería presentar acusación contra Pleminio o contra cualquier otro, que
8 le acompañara a Regio; si querían presentar un queja oficial contra Publio Escipión por entender que las infamias perpetradas en Locros contra los dioses y los hombres se habían producido por orden de Publio Escipión o con su consentimiento, que enviasen una diputación a Mesina; allí
9 él y la comisión abrirían una investigación. Los locrenses dieron las gracias al pretor y a los delegados, al senado y al pueblo romano; dijeron que irían a acusar a Pleminio,
10 pero que Escipión, si bien no se había preocupado mucho de las afrentas padecidas por su población, era un hombre al que preferían tener como amigo que como enemigo; es-

taban seguros de que no se habían cometido tantas infamias por orden de Publio Escipión ni con su consentimiento, pero o bien había dado demasiado crédito a Pleminio
y muy poco a ellos, o bien algunos, por su innata manera 11
de ser, ponen más voluntad en que no se obre mal que energía en castigar las malas acciones. Tanto al pretor como a la comisión se les había evitado la gravosa tarea de
abrir una investigación acerca de Escipión. Condenaron [300] 12
a Pleminio y a otros treinta y dos hombres, y los enviaron
a Roma encadenados. Ellos se fueron a donde estaba Esci- 13
pión, para comprobar también por sí mismos los rumores que habían circulado acerca del estilo de vida y la ociosidad del general y del relajamiento de la disciplina militar, e informar de ello en Roma.

Preparativos de la expedición a África. Pacto entre Cartago y Sífax

Mientras ellos se dirigían a Siracusa, 22
Escipión preparó en su descargo hechos y no palabras. Ordenó que se reuniese allí todo el ejército y que estuviese lista la flota como si hubiera que combatir aquel día
con los cartagineses. El día en que llega- 2
ron les dio una acogida hospitalaria y cordial; al día siguiente les mostró las fuerzas de tierra y mar tanto en formación como maniobrando las de tierra y ofreciendo la flota a su vez un simulacro de combate naval en el puerto.
Después el pretor y los delegados fueron conducidos a visi- 3
tar los arsenales y los graneros, y los demás preparativos
bélicos. Quedaron tan admirados ante el conjunto y ante 4
cada detalle en particular que tenían el firme convencimiento de que o se vencía al pueblo cartaginés con aquel general y aquel ejército o no se le podría vencer con ningún otro,

[300] Los encontraron culpables, en su investigación preliminar. El juicio se celebraría en Roma.

5 y animaron a Escipión a hacer la travesía —que los dioses
hiciesen que ello fuese para bien— y hacer realidad cuanto
antes para el pueblo romano las esperanzas concebidas el
día en que todas las centurias lo habían aclamado cónsul
6 a él el primero. Y emprendieron el regreso tan llenos de
alegría como si fuesen a Roma a informar de una victoria,
más que de unos magníficos preparativos de guerra.

7 En cuanto llegaron a Roma, Pleminio y los que estaban
implicados en la misma causa fueron encarcelados de in-
mediato. Presentados ante el pueblo por los tribunos, la
primera vez no hubo el menor resquicio para la piedad,
impresionados como estaban de antemano los ánimos por
8 los horrores de Locros; después, al ser presentados en ve-
ces sucesivas, la hostilidad se iba diluyendo y se suaviza-
ban las iras, y la misma mutilación de Pleminio y el re-
cuerdo de Escipión ausente les iban granjeando el favor
9 de la masa. Sin embargo, Pleminio murió en prisión, antes
de que concluyese el juicio popular [301] contra él.

10 En el libro tercero de su historia de Roma cuenta Clo-
dio Lícino [302] que durante los juegos votivos que ofrecía
en Roma el Africano durante un segundo consulado [303],
este Pleminio intentó, por medio de algunos sujetos com-
prados con dinero, prender fuego a la ciudad en varios
puntos a la vez para tener oportunidad de abrir por la fuerza
la prisión y escapar, y que después, al descubrirse el com-
plot, fue relegado al Tuliano por decisión del senado.

---

[301] Los acusados de *perduellio* eran presentados tres veces, y la *quarta acusatio* tenía lugar 28 días después, procediéndose entonces a la votación de los *comitia, tributa* si se pedía pena de multa y *centuriata* si se pedía la pena capital.

[302] Contemporáneo de Livio.

[303] Año 194.

De Escipión sólo se trató en el senado, donde todos 11
los delegados y tribunos, ponderando con sus palabras al
general, el ejército y la flota, consiguieron que el senado
decretara que había que pasar a África lo antes posible
y se autorizara a Escipión a escoger él mismo entre los 12
ejércitos que había en Sicilia los hombres que se llevaría
consigo a África y los que dejaría de guarnición en la
provincia.

Mientras en Roma se desarrollaban estos hechos, los 23
cartagineses, por su parte, habían colocado puestos de ob-
servación en todos los promontorios y habían pasado el
invierno en vilo recabando información y temblando ante
cada noticia; dieron a su vez un paso importante para la 2
defensa de África con la alianza con el rey Sífax: estaban
convencidos de que el romano se disponía a pasar a África
sobre todo porque confiaba en éste. Asdrúbal, el hijo de 3
Gisgón, tenía vínculos de hospitalidad con el rey, de los
que ya hemos hablado anteriormente, cuando coincidieron
Escipión y Asdrúbal al llegar a Hispania casualmente al
mismo tiempo; pero también se había hecho mención a
un parentesco en ciernes, a través de la boda del rey con
la hija de Asdrúbal [304]. Partió éste para cerrar el compro- 4
miso y fijar la fecha de la boda, pues la muchacha era
ya núbil, y cuando se dio cuenta de que el rey estaba infla-
mado de pasión, pues los númidas son los más apasiona-
dos de todos los bárbaros, hizo venir de Cartago a la jo-
ven y apresuró la boda. Entre otras manifestaciones de ale- 5
gría, para añadir al compromiso privado también uno pú-
blico se consolidó con juramento una alianza entre el pue-
blo cartaginés y el rey, adquiriendo el compromiso mutuo
de tener los mismos amigos y enemigos.

---

[304] Sofonisba.

6 Pero Asdrúbal, recordando que el rey también había
ajustado una alianza con Escipión, y lo ligero y tornadizo
que es el carácter de los bárbaros, temiendo que, si Esci-
7 pión pasaba a África, aquel matrimonio fuese un vínculo
poco sólido, mientras tenía al númida ardiendo en las lla-
mas de su reciente amor, lo indujo, valiéndose también
de las caricias de la muchacha, a enviar a Sicilia emisarios
a Escipión para, a través de éstos, advertirle que no fuese
a pasar a África confiado en sus anteriores promesas;
8 él, unido al pueblo cartaginés por su matrimonio con una
ciudadana cartaginesa, hija de aquel Asdrúbal al que ha-
bía visto de huésped en su casa, y además unido por una
9 alianza pública, deseaba ante todo que los romanos hicie-
ran la guerra con los cartagineses lejos de África, como
habían hecho hasta entonces, para no verse obligado a in-
tervenir en su contienda y alinearse en uno de los bandos
10 combatientes renegando de una de las dos alianzas; si Esci-
pión no renunciaba al África y avanzaba con su ejército
sobre Cartago, él se iba a ver forzado a luchar por África,
la tierra donde había nacido también, por la patria de su
esposa, por su padre y por sus penates.

24 Los embajadores enviados por el rey con estas instruc-
ciones para Escipión se encontraron con él en Siracusa.
2 Escipión, aunque se quedaba sin una ayuda muy impor-
tante para su campaña en África y resultaba fallida una
gran esperanza, antes de que la noticia se divulgase envió
rápidamente a los embajadores de vuelta a África y les
3 entregó una carta para el rey en la que le insistía advirtién-
dole que no traicionase el compromiso de hospitalidad con-
traído con él ni el de la alianza estipulada con el pueblo
romano, ni los derechos sagrados, ni la lealtad, ni la pala-
bra dada, ni a los dioses, testigos y árbitros de los acuerdos.
4 Pero como no se podía ocultar la llegada de los númidas,

pues habían andado por la ciudad y se habían hecho ver
junto al pretorio, y si se silenciaba el objeto de su venida,
se corría el peligro de que la verdad estallara por sí sola
con más fuerza precisamente por ocultarla y de que en el
ejército cundiera el temor a tener que combatir al mismo
tiempo con el rey y los cartagineses, Escipión desvió la
verdad de la atención de sus hombres inculcándoles una
mentira; convocando a los soldados a una asamblea, les 5
dijo que no había que pensárselo más; que los reyes alia-
dos le instaban a que pasase a África cuanto antes; que
primeramente se había presentado a Gayo Lelio el propio
Masinisa quejándose de que se perdiera el tiempo en vaci-
laciones; ahora Sífax enviaba embajadores preguntándose 6
también él con extrañeza cuál era el motivo de una demora
tan prolongada y pidiendo que se trasladase de una vez
a África el ejército, o, en caso de que hubiera habido un
cambio de planes, que se le pusiera al corriente para poder
a su vez velar por su reino y por sí mismo. De modo, 7
pues, que como estaba ya todo perfectamente preparado
y la empresa no admitía más dilaciones, una vez traslada-
da la flota a Lilibeo y concentradas allí todas las tropas
de infantería y caballería estaba decidido a hacer la trave-
sía a África, con la ayuda de los dioses, el primer día que
fuera a propósito para la navegación. Envió una carta a 8
Marco Pomponio para que, si le parecía, acudiera a Lili-
beo para estudiar juntos qué legiones en concreto y qué
cantidad de soldados llevaría a África. Igualmente envió 9
aviso a todos los puntos de la costa para que cogieran tó-
das las naves de carga y las juntasen en Lilibeo.

Al reunirse en Lilibeo todos cuantos soldados y naves 10
había en Sicilia, sin que pudiera dar cabida la ciudad a
tal multitud de hombres ni el puerto a las naves, todos 11
tenían tantas ganas de pasar a África que parecía que no

eran llevados a la guerra sino a recoger el premio de una victoria segura. Sobre todo los soldados que quedaban del ejército de Cannas creían firmemente que prestando un buen servicio al Estado con aquel general y no con otro podrían
12 poner fin a su ignominioso servicio a las armas. Por su parte, Escipión no menospreciaba en absoluto aquella clase de soldados, sabedor cómo era de que ni la derrota de Cannas se había debido a su cobardía, ni había en el ejército romano otros soldados tan veteranos y tan experimentados tanto en los diferentes tipos de combate como en el asalto a las ciudades. Las legiones de Cannas eran la
13 quinta y la sexta. Después de anunciar que las llevaría a África, pasó revista a los soldados uno por uno, y dejando en la isla a los que no le parecían aptos, los reemplazó
14 por los que había traído consigo de Italia, completando aquellas legiones de modo que tuviera cada una seis mil doscientos hombres de a pie y trescientos de a caballo. Eligió asimismo soldados de infantería y de caballería de los aliados latinos procedentes del ejército de Cannas.

El embarco, la partida y la travesía hacia África

25 Sobre el número de soldados transportados a África hay discrepancias, y no pe-
2 queñas, entre los historiadores. En uno encuentro diez mil de infantería y dos mil doscientos de caballería; en otro, dieciséis mil y mil seiscientos respectivamente, y en otro la cifra está más que doblada, con treinta y cinco mil soldados
3 embarcados entre infantería y caballería. Algunos no consignan la cifra, entre los cuales preferiría incluirme yo mismo, al no estar clara la cuestión. Celio, si bien se abstiene de dar cifras, exagera sin embargo de forma desmedida
4 la idea de multitud. Dice que las aves caían a tierra con el griterío de los soldados, y que subió a las naves una

muchedumbre tan grande que daba la impresión de no haber quedado mortal alguno en Italia ni en Sicilia.

Escipión se encargó personalmente de que los soldados 5
subieran a las naves en orden y sin alboroto. Gayo Lelio, comandante de la flota, retuvo en las naves a los marineros, a los que se había hecho embarcar primero. El pretor 6
Marco Pomponio fue el encargado de la tarea de cargar las provisiones. Se embarcaron alimentos para cuarenta y cinco días, y de ellos, ya cocidos, para una quincena. Cuando 7
estaban ya todos a bordo, mandó unas lanchas recorriendo las naves para que el piloto, el patrón y dos soldados de cada una de ellas acudieran al foro para recibir órdenes. Una vez reunidos, les preguntó en primer lugar si habían 8
cargado agua para hombres y animales para tantos días como víveres. Cuando respondieron que había agua en las 9
naves para cuarenta y cinco días, ordenó a los soldados que hicieran lo que los marineros les mandaran, tranquilos, en silencio y sin disputas, para la realización de las maniobras. Él y Lucio Escipión protegerían a las naves de transporte con veinte naves de guerra desde el flanco derecho, y desde el izquierdo lo harían con otras tantas 10
Gayo Lelio, comandante de la flota, y Marco Porcio Catón, que entonces era cuestor. Las naves de guerra lleva- 11
rían una luz cada una, y las de transporte, dos. La nave capitana llevaría una señalización nocturna de tres luces. Dio orden a los pilotos de poner rumbo a los Emporios [305]. 12
Es una tierra muy fértil, por eso abundan en la comarca toda clase de productos, y los nativos son pacíficos, como suele ocurrir en los territorios feraces, por lo que era previsible que se podría aplastarlos antes de que les llegara ayu-

[305] Región situada en torno al golfo de Gabes, y que podría haber abarcado toda la costa hasta Leptis.

13 da de Cartago. Impartidas estas órdenes les mandó volver a las naves y con la ayuda de los dioses levar anclas al día siguiente cuando se diese la señal.

26 Muchas flotas romanas habían salido de Sicilia y de aquel mismo puerto, pero no hubo ninguna partida tan espectacular no ya en aquella guerra —cosa que no es de extrañar, pues la mayoría de las flotas sólo habían salido a expediciones de saqueo—, sino ni siquiera en la anterior.
2 Y eso que si se considera el volumen de las flotas, también antes habían hecho la travesía a la vez dos cónsules con dos ejércitos [306], y en aquellas flotas había casi tantas naves de guerra [307] como naves de transporte llevaba en esta
3 ocasión Escipión; pues aparte de las cuarenta naves de guerra, trasladó al ejército en unas cuatrocientas naves de
4 carga. Pero la segunda guerra púnica les parecía a los romanos mucho más terrible que la primera debido por una parte a que se combatía en Italia, y por otra a los ingentes descalabros de tantos ejércitos, con la muerte, al mismo
5 tiempo, de sus generales. Además Escipión, general celebrado en parte por sus valerosas acciones y en parte por una especie de buena estrella personal muy eficaz en orden a acrecentar su gloria, se había convertido en centro de
6 atención. A ello contribuía también la propia iniciativa de la travesía, que ningún general se había planteado antes en aquella guerra, ya que él había hecho correr la noticia de que pasaba a África para arrancar a Aníbal de Italia,
7 trasladar a África la guerra, y allí terminarla. Se había concentrado en el puerto para ver el espectáculo toda la multitud no sólo de los habitantes de Lilibeo sino de las

---

[306] En 256 Lucio Manlio Volsón y Marco Atilio Régulo, y en 255 Servio Fulvio Nobílior y Marco Emilio Paulo.

[307] 330 y 350 respectivamente.

delegaciones de toda Sicilia que habían acudido para dar escolta de honor a Escipión siguiendo al pretor de la provincia, Marco Pomponio. Además se habían acercado a des- 8
pedir a sus camaradas las legiones que se quedaban en Sicilia, y no sólo era un espectáculo la flota para los que la contemplaban desde tierra, sino que también lo era para los que se daban a la mar toda la orilla repleta de gente.

En cuanto amaneció, Escipión, desde la nave capitana, 27
una vez que el heraldo impuso silencio, dijo: «Dioses y 2
diosas que habitáis los mares y las tierras, yo os invoco y os ruego que todas cuantas empresas se han realizado, se están realizando y se realizarán bajo mi mando tengan un resultado feliz para mí, para el pueblo y la plebe de Roma, y para los aliados y latinos que siguen el partido, la autoridad y los auspicios del pueblo romano y míos por tierras, mares y ríos, y que os dignéis favorecerlas todas 3
y colmarlas con felices resultados; que nos llevéis de vuelta a nuestras casas sanos y salvos tras vencer a los enemigos, victoriosos, honrados con los despojos, cargados de botín y triunfantes; que nos brindéis la posibilidad de vengarnos de nuestros enemigos públicos y privados; que nos conce- 4
dáis a mí y al pueblo romano la oportunidad de dar un escarmiento haciendo contra el pueblo cartaginés lo mismo que el pueblo cartaginés intentó hacer contra nuestra ciudad».

Terminada esta plegaria arrojó al mar, según es cos- 5
tumbre, las entrañas crudas de la víctima inmolada, y con la trompeta dio la señal de salida. Impulsados por un vien- 6
to favorable bastante fuerte, desaparecieron rápidamente de la vista de tierra; a partir del mediodía los envolvió la niebla de tal forma que apenas podían evitar que las naves chocaran entre sí; ya en alta mar, el viento perdió fuerza. La misma niebla cayó a la noche siguiente; con 7

la salida del sol se disipó y arreció el viento. Ya divisaban
8 tierra. Poco después, el piloto le dijo a Escipión que Áfri-
ca estaba a no más de cinco millas, que estaba avistando
el promontorio de Mercurio [308], que si ordenaba dirigirse
hacia allí, en seguida estaría en el puerto toda la flota.
9 Escipión, cuando estuvo a la vista de tierra, suplicó a los
dioses que la contemplación de África redundase en bien
suyo y de la república, y ordenó desplegar las velas y bus-
car más abajo un lugar de desembarco para las naves.
10 Los impulsaba el mismo viento, pero la niebla que se le-
vantó más o menos a la misma hora del día anterior les
ocultó la vista de tierra, y al espesarse la niebla se calmó
11 el viento. Después la noche aumentó la incertidumbre, de
modo que echaron anclas para evitar que las naves entre-
12 chocaran o encallaran. Al clarear el día se levantó el mis-
mo viento, que disipó la niebla y dejó al descubierto todo
el litoral de África. Escipión preguntó cuál era el promon-
torio más próximo, y al oír que se llamaba promontorio
de Pulcro [309], dijo: «Me gusta el presagio, dirigid hacia
13 ahí las naves». La flota navegó hacia allí y todas las tropas
fueron desembarcadas.

Fiado en la autoridad de un gran número de historia-
dores griegos y latinos, tengo el convencimiento de que
la travesía se realizó felizmente, sin alarmas ni desorden.
14 Sólo Celio cuenta que las naves, salvo ser tragadas por
las olas, sufrieron todas las demás inclemencias del cielo
y del mar, y que finalmente una tempestad arrastró la flo-
ta desde África hasta la isla de Egimuro [310], desde donde
15 a duras penas logró enderezar el rumbo, y, a punto de

[308] El cabo Bon. El punto más próximo desde Sicilia.
[309] De Apolo (Ra's Sidi).
[310] Zembra. A 30 millas de Cartago en dirección nordeste.

hundirse las naves, los soldados, sin orden del general, como si fueran náufragos salieron a tierra en barcas, sin armas y en medio de una gran confusión.

Pánico en Cartago. Masinisa se une a Escipión

Desembarcadas las tropas, los romanos 28
emplazaron el campamento sobre las colinas cercanas. La vista de la escuadra pri- 2
mero, y luego el tumulto de los que saltaban a tierra, habían hecho cundir el pánico y la alarma no sólo en los campos cercanos al mar sino en las mismas ciudades. Aparte de que una multitud 3
de hombres confundida con columnas de mujeres y niños había llenado en todas partes todos los caminos, también arreaban su ganado los campesinos, de modo que se diría que África era abandonada repentinamente. Pero la alar- 4
ma que sembraban en las ciudades mismas era mayor que la que ellos sentían. Sobre todo en Cartago hubo una conmoción como si la ciudad hubiera caído en poder del enemigo, pues desde el consulado de Marco Atilio Régulo y 5
Lucio Manlio, casi cincuenta años, no habían visto ningún ejército romano, exceptuando las flotas de merodeo con las que se habían efectuado desembarcos en los campos de la costa y, después de coger todo lo que el azar ponía 6
al alcance, siempre se había regresado a las naves antes de que el grito de alarma pusiera en movimiento a los campesinos. Por eso fueron ahora mayores la huida y el pánico 7
en la ciudad. Además, el caso es que no había en Cartago en aquel momento ni un ejército poderoso ni un general con que hacer frente. Asdrúbal el hijo de Gisgón era con mucho el ciudadano más importante por su origen familiar, su prestigio, sus riquezas, y ahora también por su parentesco con el rey; pero recordaban que había sido derro- 8
tado y puesto en fuga en Hispania por aquel mismo Escipión en varios combates, y si no podía compararse un ge-

neral con el otro, menos aún su ejército improvisado con
9 el romano. Por eso, como si Escipión estuviera a punto
de atacar la ciudad de un momento a otro, se llamó a
las armas y se cerraron precipitadamente las puertas, se
apostaron hombres armados en las murallas, se organizaron
centinelas y puestos de guardia, y se mantuvo la alerta du-
10 rante la noche siguiente. Al otro día, quinientos jinetes
enviados en dirección al mar a hacer un reconocimiento
y obstaculizar el desembarco toparon con los puestos avan-
11 zados de los romanos, pues Escipión, después de enviar
a Útica la flota, había ocupado las colinas cercanas sin
alejarse mucho de la costa, y a sus jinetes los había apos-
tado en puntos estratégicos o los había enviado a saquear
por los campos.

29 Trabaron éstos combate con la caballería cartaginesa
y dieron muerte a unos pocos durante el propio combate
y a muchos más al perseguirlos cuando huían, entre ellos
2 también a su prefecto Hannón, un joven noble. Además
de devastar los campos del contorno, Escipión también to-
3 mó la ciudad africana más próxima, bastante rica, donde,
aparte del resto del botín, cargado inmediatamente en na-
ves de transporte y enviado a Sicilia, cogió ocho mil prisio-
neros entre libres y esclavos.

4 Sin embargo, lo que mejor les vino a los romanos en
los inicios de las operaciones fue la llegada de Masinisa.
Según relatan algunos se presentó con no más de doscien-
tos jinetes, según la mayoría, lo hizo con una caballería
5 de dos mil hombres. Ahora bien, como este rey fue el más
importante con mucho de los de su época y prestó valiosí-
simos servicios a Roma, me parece que merece la pena ha-
cer una pequeña digresión para contar los vaivenes de la
fortuna que experimentó en la pérdida y recuperación del
6 reino paterno. Mientras él combatía en Hispania en favor

Historia de Masinisa

de los cartagineses, murió su padre, que
se llamaba Gala. El reino, según la cos-
tumbre de los númidas, pasó al hermano
del rey, Ezalces, de muy avanzada edad.
Muerto también Ezalces no mucho des- 7
pués, asumió el poder paterno el mayor de sus dos hijos,
Capusa, siendo aún muy niño el otro. Pero como pasaba 8
a reinar en virtud del derecho más que por ascendiente
entre los suyos o por su propia fuerza, surgió un tal Maze-
tulo, de sangre real pero de una rama familiar siempre hostil
a los que detentaban el poder y en pugna por él con suerte
diversa. Éste sublevó a sus coterráneos, entre los que go- 9
zaba de gran ascendiente por su odio hacia los reyes, plan-
tó abiertamente un campamento y obligó al rey a presentar
batalla y combatir por el reino. En aquel combate cayó 10
Capusa con muchos de sus principales hombres. La pobla-
ción de los mesulios [311] pasó enteramente al dominio y la
autoridad de Mazetulo; éste, sin embargo, prescindió del 11
título de rey, y, contentándose con el modesto título de
tutor, nombró rey al pequeño Lacumazes, superviviente de
la familia real. Se unió en matrimonio con una noble car- 12
taginesa, hija de una hermana de Aníbal, que antes había
estado casada con el rey Ezalces, esperando así llegar a una
alianza con los cartagineses; y envió embajadores a Sífax 13
para renovar los antiguos vínculos de hospitalidad, prepa-
rando todos estos apoyos para hacer frente a Masinisa.

Masinisa, por su parte, enterado de que su tío había 30
muerto y más tarde de que a su primo lo habían matado,
se trasladó de Hispania a Mauritania. Por aquella época
era Baga rey de los moros. Suplicándole de la forma más 2

[311] Cf. XXIV 48, 13. Consideramos que los mesulios y los masesulios son dos pueblos, aunque no faltan razones a quienes *Masalsulos ab Maesulis non distinguunt.*

humillante consiguió de él una escolta de cuatro mil moros
3 para el viaje, ya que para la guerra no fue capaz. Con
éstos llegó a las fronteras de su reino, después de enviar un
mensaje a los amigos de su padre y a los suyos, y vinieron
4 a reunirse con él alrededor de quinientos númidas. Desde
allí le envió de vuelta al rey los moros tal como habían
acordado, a pesar de que las fuerzas que había reunido
eran bastante menos numerosas de lo que esperaba y no
eran como para acabar de decidirse a abordar una empresa
5 tan importante; convencido de que con su acción y su es-
fuerzo también podría reunir fuerzas para intentar algo,
en las cercanías de Tapso [312] salió al encuentro del reye-
6 zuelo Lacumazes, que se dirigía a la corte de Sífax. Al
haberse refugiado la desconcertada comitiva dentro de la
ciudad, Masinisa la tomó al primer asalto, y de los hom-
bres del rey cogió prisioneros a algunos que se habían ren-
dido y dio muerte a otros que se disponían a resistir, pero
la mayoría de ellos junto con el propio joven, aprovechan-
do la confusión, llegaron hasta Sífax, que era el primer
7 objetivo de su viaje. La noticia de esta modesta operación
llevada a cabo con éxito en el inicio de la campaña atrajo
a los númidas hacia Masinisa, y de todas partes afluían,
de campos y aldeas, los antiguos soldados de Gala, y ani-
maban al joven a reconquistar el reino de su padre.
8 Mazetulo lo superaba bastante en número de soldados,
pues él tenía, por una parte, el ejército con el que había
vencido a Capusa y algunos hombres de los que se le ha-
bían rendido después de la muerte del rey, y por otra parte
el joven Lacumazes había traído de parte de Sífax refuer-
9 zos muy considerables. Disponía, pues, Mazetulo de quin-
ce mil soldados de a pie y diez mil de a caballo, con los

[312] Desconocida. Su famosa homónima quedaba a gran distancia.

cuales se enfrentó en combate con Masinisa, que no tenía,
ni mucho menos, tanta infantería ni caballería. Sin embar-
go, salieron triunfantes el valor de los veteranos y la peri-
cia del general, entrenado en las luchas entre romanos y
cartagineses. El reyezuelo, con su tutor y una pequeña par- 10
tida de masesulios, huyó a territorio cartaginés. Reconquis-
tado así el reino paterno, Masinisa, en vista de que le espe-
raba una lucha bastante más dura contra Sífax, pensó que
lo mejor era hacer las paces con su primo, mandó emisa- 11
rios para convencer al chico de que si se confiaba a la
lealtad de Masinisa tendría los mismos honores que en otro
tiempo había tenido Ezalces al lado de Gala, y para prome- 12
terle a Mazetulo, además de la impunidad, la fiel restitu-
ción de todos sus bienes. Como ambos preferían una for-
tuna modesta en su patria antes que el exilio, se los atrajo 13
a su lado a pesar de que los cartagineses lo intentaron todo
para que esto no ocurriera.

Casualmente, cuando tenían lugar estos acontecimien- 31
tos Asdrúbal estaba con Sífax. El númida estaba convenci-
do de que a él no le afectaba en absoluto que el reino
de los masesulios estuviera en poder de Lacumazes o de
Masinisa, pero Asdrúbal le dijo que estaba muy equivocado 2
si creía que Masinisa se iba a conformar con lo mismo que
su padre Gala o su tío Ezalces, pues, por coraje y talento,
su carácter era muy superior al que jamás había tenido
hombre alguno de su nación; repetidas veces en Hispania 3
les había dado prueba, tanto a los aliados como a los ene-
migos, de un valor poco común entre los mortales; si Sífax
y los cartagineses no sofocaban aquel fuego en sus inicios,
pronto se verían envueltos en las llamas de un gigantesco
incendio cuando ya no tuvieran ningún recurso de que echar
mano; de momento, mientras se ocupaba de la consolida- 4
ción del reino, que se recuperaba trabajosamente, sus fuer-

zas eran aún débiles y quebradizas. A fuerza de insistir
y pinchar, consiguió que aproximara su ejército a las fronte-
5 ras de los mesulios y emplazara el campamento, como en
una posición suya por derecho indiscutible, en un territo-
rio por el que a menudo había discutido de palabra e in-
cluso luchado con las armas con Gala. Si alguien trataba
de echarlo de allí, daría la batalla, que era lo que más
6 se necesitaba; y si por temor se le cedía el territorio, debía
avanzar hacia el corazón del reino; o los mesulios se entre-
gaban a su dominio sin combatir, o serían claramente infe-
riores con las armas.

7 Incitado por estas palabras, Sífax lanza la ofensiva con-
tra Masinisa. En el primer combate derrota y pone en fuga
a los mesulios. Masinisa, con unos pocos jinetes, huye del
campo de batalla a un monte que los naturales del país
8 llaman Belo. Siguieron al rey algunas familias con sus tien-
das y su ganado, que es la riqueza que poseen; la pobla-
9 ción mesulia restante se sometió a Sífax. El monte que ha-
bían ocupado los fugitivos tenía hierba y agua en abun-
dancia, y como era bueno para alimentar al ganado, pro-
porcionaba también alimentos en abundancia para los hom-
10 bres, que se nutrían de carne y leche. Desde allí amenaza-
ban todo el contorno, primero a base de correrías noctur-
nas y furtivas, y después con un bandolerismo declarado;
arrasaban sobre todo el territorio cartaginés porque abun-
daba más el botín que entre los númidas y el pillaje era
11 menos arriesgado. Y operaban ya tan a sus anchas que
transportaban el botín hacia la costa y lo vendían a los
mercaderes que arribaban con sus naves con ese objeto,
y caían o eran capturados más cartagineses que con fre-
cuencia en una guerra regular.

12 Se quejaban de ello a Sífax los cartagineses y lo incita-
ban, aunque ya él estaba irritado, a liquidar la guerrilla

que quedaba; pero no le parecía muy propio de un rey
andar a la caza de unos salteadores que erraban por las
montañas.

Fue elegido para esta tarea uno de los oficiales del rey, 32
Búcar, un hombre aguerrido y animoso. Se le entregaron
cuatro mil soldados de infantería y dos mil de caballería,
estimulándolo con la perspectiva de ingentes recompensas
si traía la cabeza de Masinisa o lo capturaba vivo, cosa
que, desde luego, constituiría una satisfacción inestimable.
Atacó por sorpresa a los huidos mientras andaban disper- 2
sos moviéndose despreocupadamente, y después de aislar
de la protección armada a una enorme cantidad de hom-
bres y animales, acorraló al propio Masinisa y a unos po-
cos más en la cima de una montaña. Luego, como si la 3
operación estuviese ya concluida, le envió al rey el botín
de hombres y animales capturados e incluso parte de las
tropas, como que eran bastante más numerosas de lo nece-
sario para las acciones que restaban. Con no más de qui- 4
nientos hombres de a pie y doscientos de a caballo persi-
guió a Masinisa, que había descendido de las alturas, y
lo atrapó en un angosto valle bloqueando las salidas por
ambos lados. Se produjo allí una gran matanza de mesu-
lios. Masinisa, con cincuenta jinetes a lo sumo, se escapó 5
por vericuetos del monte desconocidos para sus persegui-
dores. No le perdió el rastro Búcar, sin embargo, y dándo- 6
le alcance en las llanuras que se extienden cerca de la ciu-
dad de Clúpea [313] lo envolvió de tal forma que dio muerte
a todos sus hombres, exceptuando cuatro jinetes. Éstos y
el propio Masinisa, herido, se le escaparon casi de las ma-
nos en medio de la confusión. Los fugitivos estaban al al- 7

[313] Debe de tratarse de una población situada mucho más al oeste que la Clúpea de XXVII 29, 7.

cance de la vista. Un escuadrón de jinetes desplegado por la vasta llanura perseguía a los cinco enemigos, avanzan-
8 do algunos en diagonal para cerrarles el paso. Un caudaloso río acogió a los fugitivos, pues sin dudarlo lanzaron a él sus caballos ante la amenaza de un peligro mayor,
9 y la corriente los arrebató arrastrándolos al sesgo. A dos de ellos, ante los ojos de los enemigos se los tragó la impetuosa corriente, y Masinisa, que se creyó que había muerto también, y los dos jinetes restantes salieron a tierra entre los arbustos de la orilla opuesta. Así terminó la persecución por parte de Búcar, que no se atrevió a meterse en
10 el río y creyó que ya no tenía a quien perseguir. Volvió, pues, a darle al rey la falsa noticia de la muerte de Masinisa, y se enviaron mensajeros a Cartago para anunciar la feliz nueva. La difusión por África entera de la noticia de la muerte de Masinisa suscitó reacciones diversas.

11 Masinisa, mientras curaba con hierbas la herida escondido en una cueva, vivió durante algunos días del pillaje
12 de sus dos jinetes. En cuanto cicatrizó la herida y le pareció que podía soportar el traqueteo, con enorme audacia siguió avanzando hacia la reconquista del reino. Reuniendo sobre la marcha no más de cuarenta jinetes, llegó al país de los mesulios, y declarando ya abiertamente quién
13 era, gracias tanto a su antigua popularidad como a la inesperada alegría de ver sano y salvo a quien se había dado por muerto, suscitó un movimiento de tales proporciones que en cosa de unos pocos días agrupó en torno suyo seis mil hombres armados de infantería y cuatro mil de caballe-
14 ría. Ahora no sólo estaba en posesión del reino paterno sino que además devastaba los pueblos aliados de los cartagineses y los confines de los masesulios, que era el reino de Sífax. A continuación, y tras provocar a Sífax a la gue-

rra, se estableció entre Cirta [314] e Hipona [315] sobre un relieve montañoso muy favorable en todos los sentidos.

Así pues, convencido Sífax, al fin, de que la cosa iba 33
demasiado en serio como para encomendársela a sus prefectos, envió una parte de su ejército con su joven hijo, que se llamaba Vermina, con órdenes de hacer un movimiento envolvente y atacar por la espalda al enemigo, que estaría
pendiente de él. Vermina partió durante la noche, pues te- 2
nía que atacar por sorpresa; en cambio Sífax, como que se disponía a combatir en batalla campal, levantó el campamento y emprendió la marcha al descubierto en pleno
día. Cuando le pareció que habían tenido ya tiempo de 3
llegar a su objetivo los que había enviado a dar un rodeo, él, por una ligera pendiente que conducía hacia el enemigo, hizo subir a su ejército directamente sobre el monte que tenía enfrente, confiando por una parte en el número de sus tropas y por otra en la emboscada tendida por la
espalda. Masinisa, confiado sobre todo en la posición, en 4
la que combatiría con mucha ventaja, alineó a su vez a los suyos. La batalla fue encarnizada y largo tiempo incierta, jugando a favor de Masinisa el terreno y el valor de sus hombres, y a favor de Sífax el número de los suyos,
enormemente superior. Este numeroso ejército, dividido en 5
dos partes, atacando una de frente y desplegándose por retaguardia la otra, le dio a Sífax una clara victoria, sin que tuvieran ni siquiera por dónde escapar los que estaban
copados por el frente y por la espalda. De modo, pues, 6
que resultaron muertos o cayeron prisioneros todos, infantería y caballería, menos unos doscientos jinetes aproximadamente que se habían agrupado en torno a Masinisa, y

[314] Hoy Constantina. Era la capital de Sífax.

[315] Regia. Ver nota 271.

éste los dividió en tres escuadrones y les ordenó abrirse paso, señalándoles un punto donde reagruparse tras la dis-
7 persión de la huida. Él escapó por el camino que había escogido, por entre los dardos de los enemigos. Los otros dos escuadrones no consiguieron pasar; uno, por miedo, se entregó al enemigo, y el otro, que ofreció una resistencia más tenaz, quedó acribillado bajo una nube de dardos.
8 Masinisa burló a Vermina, que iba pisándole los talones, a base de continuos cambios de dirección, y al fin lo obligó a desistir de la persecución cansado, aburrido y desesperado, mientras él con sesenta jinetes llegaba a la Sirte
9 Menor. Allí, plenamente convencido de haber intentado varias veces recuperar el reino paterno, entre los Emporios cartagineses y el país de los garamantes [316] pasó el resto del tiempo hasta que llegó a África Gayo Lelio y la flota
10 romana. Por todo esto me inclino a creer que Masinisa fue también, más tarde, al encuentro de Escipión con un contingente de tropas reducido más que con uno numeroso, puesto que este último es el que corresponde a un rey, mientras que un número exiguo está en consonancia con la suerte de un exiliado.

Victoria de Escipión y Masinisa. Asalto fallido a Útica

34 Los cartagineses, después de perder un escuadrón de caballería con su jefe, organizaron otro por medio de un nuevo reclutamiento y pusieron al frente de él
2 a Hannón, hijo de Amílcar. A continuación mandan llamar a Asdrúbal y a Sífax por medio de cartas y mensajeros, y por último también de embajadores. A Asdrúbal le dan orden de prestar ayuda a su patria, casi asediada; a Sífax le ruegan que ayude a Cartago y
3 a África entera. Tenía entonces Escipión su campamento

[316] Su territorio estaba en torno a Fezzan, al sur de Tripolitania.

cerca de Útica, a una milla de la ciudad aproximadamente,
después de haberlo trasladado desde la costa, donde había
permanecido algunos días acampado junto con la flota.
Hannón había recibido una caballería insuficiente por com- 4
pleto no ya para hostigar al enemigo sino ni siquiera para
defender los campos contra los saqueos, y lo primero que
hizo fue incrementar el número de jinetes mediante un re-
clutamiento; y sin despreciar a los de otras poblaciones, 5
alistó, no obstante, númidas sobre todo, que es con gran
diferencia la mejor clase de jinetes de África. Cuando ya 6
tenía cerca de cuatro mil hombres ocupó una ciudad lla-
mada Saleca [317], situada a unas quince millas del campa-
mento romano. Cuando se informó de esto a Escipión, 7
dijo: «¡Una caballería bajo techo en verano! ¡Ya pueden
ser más incluso, con tal que tengan un jefe semejante!»
Considerando que cuanto más lentamente actuasen ellos, 8
menos debía él descuidarse, envió por delante a Masinisa
con la caballería, dándole instrucciones de cabalgar por
delante de las puertas de la ciudad y atraer al enemigo al
combate; cuando todos en masa se hubieran lanzado fuera
y hubiese en combate demasiados como para poder resistir
sin dificultad, cedería terreno poco a poco; en el momento
oportuno, él intervendría en el combate. Esperó lo que con- 9
sideró tiempo suficiente para que Masinisa, que se había
adelantado, provocara la salida del enemigo, salió detrás
con la caballería romana, y cubierto por las colinas que
muy oportunamente se alzaban en torno a las revueltas
del camino avanzó sin ser descubierto.

Masinisa, según lo convenido, unas veces en el papel 10
del que amenaza y otras del que tiene miedo, cabalgaba

[317] Sólo aparece su nombre aquí y en el siguiente capítulo, y no se ha podido precisar su localización.

al pie mismo de las puertas, o retrocedía simulando temor
para infundir audacia al enemigo y lo atraía a una persecu-
11 ción temeraria. Aún no habían salido todos y su jefe se
fatigaba en diversos cometidos, obligando a unos, abotar-
gados por el vino y el sueño, a empuñar las armas y embri-
dar los caballos, impidiendo a otros que salieran a la ca-
rrera por las puertas dispersos y en desorden, sin for-
12 mación ni enseñas. Al principio, Masinisa hizo frente a los
que se lanzaban sin tomar precauciones; después salieron
apelotonados por una puerta muchos a la vez, y equilibra-
ron el combate; por último, cuando intervino en la lucha
13 toda la caballería, no fue posible seguir resistiendo. A pe-
sar de todo, Masinisa respondía a su acometida no huyen-
do en desbandada sino retrocediendo poco a poco hasta
que los atrajo hacia las colinas que ocultaban a la caballe-
14 ría romana. De allí surgieron los jinetes con las fuerzas
intactas y los caballos descansados, y envolvieron a Han-
nón y sus africanos agotados por la pelea y la persecución,
y además Masinisa hizo volver grupas súbitamente y se rein-
15 corporó al combate. Los aproximadamente mil que enca-
bezaban la columna no tuvieron fácil la retirada, siendo
copados y aniquilados con el propio Hannón, su jefe;
16 en cuanto a los demás, huyeron en desbandada, aterrados
sobre todo por la muerte de su jefe; los vencedores los
persiguieron por espacio de treinta millas y cogieron pri-
17 sioneros o dieron muerte a otros dos mil jinetes. De éstos,
al menos doscientos se comprobó que eran jinetes cartagi-
neses, y algunos, famosos por su riqueza y su linaje.
35 Casualmente el mismo día en que ocurrieron estos he-
chos retornaron con provisiones las naves que habían trans-
portado el botín a Sicilia, como si, por un presentimiento,
2 hubieran venido a buscar un segundo botín. Que murieran
dos generales cartagineses del mismo nombre en dos com-

bates ecuestres no todos los historiadores lo dicen, por temor, supongo, a equivocarse con la narración repetida de un mismo episodio. Celio y Valerio, por cierto, dicen, además, que Hannón cayó prisionero.

Escipión concedió distintivos y recompensas, a tenor 3
de los servicios que cada cual había prestado, a sus oficiales y soldados, y más que a nadie a Masinisa. Dejando 4
en Saleca una fuerte guarnición, él se puso en marcha con el resto del ejército. No se limitó a arrasar los campos por donde pasaba sino que además tomó por asalto algunas ciudades y aldeas extendiendo los horrores de la guerra 5
en una amplia zona, y al séptimo día de su partida regresó al campamento llevando una gran cantidad de hombres, ganado y botín de todas clases, y devolvió las naves cargadas otra vez de despojos enemigos. Luego, abandonando 6
las correrías y los saqueos, concentró todos sus recursos bélicos en el ataque a Útica, con el propósito de utilizarla después, en caso de tomarla, como base para las restantes operaciones. De forma simultánea la flota acercó a los sol- 7
dados de marina por el lado en que la ciudad es bañada por el mar y se hizo avanzar al ejército de tierra desde una colina que se alzaba casi sobre las murallas mismas. Parte de las máquinas de lanzamiento y de asedio las había 8
traído consigo, y parte se las habían enviado desde Sicilia junto con los víveres; además se fabricaban otras nuevas en un arsenal donde había reunido con ese propósito a muchos obreros expertos en ese tipo de trabajos.

Los uticenses, bloqueados por todas partes por tan po- 9
derosas fuerzas, tenían puestas todas sus esperanzas en el pueblo cartaginés y los cartagineses en Asdrúbal, siempre y cuando éste consiguiera poner a Sífax en movimiento; pero todo se desarrollaba con mayor lentitud de lo que deseaban los que necesitaban ayuda. Asdrúbal, a pesar de 10

que con un reclutamiento muy riguroso había reunido cerca de treinta mil soldados de a pie y tres mil de a caballo, no se decidió, sin embargo, a aproximar su campamento
11 al enemigo antes de la llegada de Sífax. Llegó éste con cincuenta mil soldados de infantería y diez mil de caballería, y, levantando inmediatamente el campamento de Cartago, se estableció no lejos de Útica y de las fortificaciones
12 romanas. La consecuencia de su llegada fue, al menos, que Escipión, después de asediar Útica infructuosamente durante casi cuarenta días utilizando todos los recursos, se
13 retiró de allí sin conseguir su propósito. Y como ya se echaba encima el invierno, fortificó los cuarteles de invierno [318] sobre un promontorio que se une al continente por una loma en pendiente suave y se adentra un buen trecho en
14 el mar. Con una sola trinchera cerró también el campamento naval. Emplazado el campamento de las legiones en el centro de la loma, el lado norte era ocupado por las naves sacadas a tierra y los soldados de marina, y el valle del sur, que arranca de la otra vertiente, por la caba-
15 llería. Éste fue el desarrollo de los acontecimientos en África hasta el final del otoño.

Derrota de Aníbal cerca de Crotona. Censo en Roma

36 Además del trigo recogido por todas partes con el saqueo de los campos del contorno y de los suministros llegados de Sicilia e Italia, el propretor Gneo Octavio trajo de Cerdeña un gran contingente de trigo de parte del pretor Tiberio Claudio, que goberna-
2 ba dicha provincia. No sólo se llenaron a rebosar los graneros que ya estaban construidos, sino que incluso se construyeron otros nuevos. Faltaban ropas para el ejército; se encargó a Octavio que estudiase con el pretor si había

[318] *Castra Corneliana*. Cf. su descripción en CÉSAR, *Guerra Civil* II 24.

forma de reunir y enviar algo de su provincia. También 3
este problema se resolvió con prontitud: en poco tiempo se enviaron mil doscientas togas y doce mil túnicas.

Durante el verano en que ocurrieron estos acontecimien- 4
tos en África, el cónsul Publio Sempronio, que estaba al cargo de la provincia del Brucio, se enfrentó con Aníbal en territorio crotoniense en un combate improvisado sobre la marcha. Fue un combate entre columnas en marcha más
que entre frentes en orden de batalla. Los romanos fueron 5
rechazados, y hubo cerca de mil doscientos muertos en el ejército del cónsul en lo que fue más una refriega que una
batalla en regla. El retorno al campamento fue precipita- 6
do, pero a pesar de ello los enemigos no se atrevieron a atacarlo. Sin embargo, a la noche siguiente el cónsul se marchó de allí en silencio y, después de enviar por delante un mensaje al procónsul Publio Licinio para que se acerca-
ra con sus legiones, reunieron sus tropas. De esta forma, 7
volvieron hacia Aníbal dos generales y dos ejércitos, y el combate no se hizo esperar, pues el cónsul estaba lleno de moral por la duplicación de sus fuerzas, y el cartaginés
por su reciente victoria. Sempronio alineó sus legiones en 8
primera línea; en la reserva se situaron las legiones de Publio Licinio. Antes de iniciarse la batalla, el cónsul prometió con voto un templo a la Fortuna Primigenia [319] si aquel día derrotaba a los enemigos, y sus deseos se cumplieron.
Los cartagineses fueron derrotados y puestos en fuga; su- 9
cumbieron más de cuatro mil combatientes y fueron capturados vivos poco menos de trescientos con cuarenta caballos y once enseñas militares. Aníbal, afectado por la derrota, llevó de nuevo a Crotona su ejército.

[319] Dedicado por Quinto Marcio Rala en el Quirinal en 194 (cf. XXXIV 53, 5 ss.).

10 Por las mismas fechas, el cónsul Marco Cornelio, en
la otra parte de Italia, más por miedo a los procesamientos
que por las armas, mantuvo refrenada a Etruria, proclive
a Magón casi por entero, y a través de él abierta a la espe-
11 ranza de un vuelco en la situación. Los procesos decreta-
dos por el senado los llevó a cabo con la mayor imparciali-
dad, y muchos nobles etruscos que se habían dirigido a
Magón personalmente o habían enviado a alguien para tra-
tar de la defección de sus pueblos, al principio fueron con-
12 denados estando ellos presentes; después, al imponerse ellos
mismos el destierro sabiéndose culpables, fueron condena-
dos en rebeldía, y al haber hurtado sus personas sólo deja-
ban para el castigo sus bienes, que podían ser confiscados.

37 Mientras los cónsules operaban así en zonas opuestas,
en Roma los censores Marco Livio y Gayo Claudio dieron
lectura a la lista de senadores. Eligieron de nuevo cabeza
de lista a Quinto Fabio Máximo; pusieron la nota infa-
mante a siete senadores, ninguno de los cuales había ocu-
2 pado, sin embargo, la silla curul. Vigilaron con rigor y
con la mayor escrupulosidad la restauración de los edi-
ficios. Adjudicaron en subasta la construcción de una
calle que iba desde el Foro Boario hasta el templo de Ve-
nus [320] rodeando las gradas del circo, y la construcción
3 de un templo a la Gran Madre en el Palatino. Tam-
bién establecieron un nuevo impuesto sobre la produc-
ción anual de sal. El precio de la sal era de un sextante [321]
en Roma y en toda Italia; adjudicaron las concesiones de
venta a este mismo precio en Roma, y en los mercados
y ferias, a un precio más elevado, distinto para cada

[320] Construido en 295. Cf. X 31, 9. El Foro Boario era el mercado de ganado vacuno.

[321] Sexta parte de un as.

distrito. Existía el firme convencimiento de que este im- 4
puesto lo había ideado uno de los censores, resentido contra el pueblo porque en una ocasión había sido condenado con una sentencia injusta, y que en el precio de la sal habían sido gravadas todas las tribus que habían intervenido en su condena. De ahí le vino a Livio el sobrenombre de Salinátor.

El lustro se cerró más tarde de lo habitual porque los 5
censores enviaron delegados a recorrer las provincias recogiendo información sobre el número total de ciudadanos que había en los ejércitos y dónde se encontraban. Con- 6
tando a éstos, los hombres censados fueron doscientos catorce mil. El lustro lo cerró Gayo Claudio Nerón. Después 7
recogieron, cosa que nunca se había hecho antes, los resultados del censo de doce colonias, que les fueron presentados por los censores de las propias colonias, con el fin de que en los archivos públicos hubiese pruebas documentales de sus recursos en hombres y en dinero. A continua- 8
ción comenzó a verificarse el censo de caballeros, y dio la casualidad de que ambos censores tenían caballo a cargo del Estado. Cuando se llegó a la tribu Polia, en la que estaba inscrito Marco Livio, el pregonero dudó en citar al propio censor, y Nerón le dijo: «Cita a Marco Livio»; 9
y sea porque aún le duraba su antiguo resentimiento, o bien henchido en un intempestivo alarde de severidad, ordenó a Marco Livio vender el caballo porque había sido condenado por una sentencia popular. De igual modo, cuan- 10
do Marco Livio llegó a la tribu Arniense y al nombre de su colega, ordenó a Gayo Claudio vender su caballo por dos razones: una, por haber declarado en falso contra él, y otra, porque su reconciliación con él no había sido sincera. Igualmente vergonzosa fue la pugna que se produjo 11
al finalizar su censura, vilipendiando cada uno el buen nom-

12 bre del otro con menoscabo del propio. Cuando Gayo Claudio, después de jurar respeto a la ley, entró en el tesoro público, entre los nombres de los que dejaba como ciuda-
13 danos sin voto dio también el de su colega. Entró luego en el archivo Marco Livio; exceptuando a la tribu Mecia, que no le había condenado ni tampoco le había votado para cónsul o censor tras su condena, dejó sin voto a toda la
14 población romana, las treinta y cuatro tribus, porque siendo inocente le habían condenado, y después de haber sido condenado lo habían elegido cónsul, y censor, y no podían negar que se habían equivocado una vez, con la sentencia, o
15 dos veces, en las elecciones; con las treinta y cuatro tribus también quedaría privado de voto Gayo Claudio, y si hubiera encontrado precedentes de alguien incluido dos veces en tal relación, habría dejado entre éstos el nombre de Gayo
16 Claudio. Fue un malhadado pugilato de notas denigratorias entre censores, pero también un varapalo por parte del censor a la veleidad popular, digno de la rigurosidad
17 de aquellos tiempos. Como los censores estaban mal vistos, el tribuno de la plebe Gneo Bebio pensó que era la ocasión de medrar a su costa y los citó a ambos para comparecer ante el pueblo. Esta decisión fue anulada de forma unánime por los senadores, para que la censura no quedara en el futuro a merced del capricho popular.

Elecciones en Roma

38 Durante aquel mismo verano, en el Brucio, el cónsul tomó al asalto Clampecia [322]; Consencia, Pandosia [323] y otras ciudades menos conocidas se entregaron
2 voluntariamente. Y como ya se aproximaban las fechas de los comicios, se consideró preferible

[322] En la costa, al suroeste de Consencia.

[323] Cf. VIII 24, 2. Al oeste de Consencia, a media distancia entre ésta y la costa.

hacer venir a Roma a Cornelio desde Etruria, donde no había guerra. Éste proclamó cónsules [324] a Gneo Servilio 3
Cepión y Gayo Servilio Gémino. A continuación se cele- 4
braron las elecciones de pretores. Fueron elegidos Publio Cornelio Léntulo, Publio Quintilio Varo, Publio Elio Peto, y Publio Vilio Tápulo; estos dos últimos eran ediles de 5
la plebe cuando fueron elegidos pretores. El cónsul regresó al frente de Etruria una vez finalizadas las elecciones.

Aquel año murieron algunos sacerdotes y se eligió a 6
otros para reemplazarlos. Tiberio Veturio Filón fue elegido y consagrado flamen de Marte en sustitución de Marco Emilio Regilo, que había fallecido el año anterior; en sus- 7
titución de Marco Pomponio Matón, augur y decénviro, fue elegido decénviro Marco Aurelio Cota, y augur Tiberio Sempronio Graco, todavía muy joven, cosa entonces muy poco habitual en la designación de sacerdotes. Aquel 8
año los ediles curules Gayo Livio y Marco Servilio Gémino colocaron cuadrigas de oro en el Capitolio, y se renovaron durante dos días los Juegos Romanos; también renovaron los Juegos Plebeyos durante dos días los ediles Publio Elio y Publio Vilio, y con ocasión de los juegos se celebró un banquete ritual en honor de Júpiter.

---

[324] Para el año 203.

LIBRO XXX

Sinopsis

Año 203 a. C.:

Reparto de provincias. Prodigios (1-2).

Negociaciones entre Escipión y Sífax. Ruptura de la tregua (3-4).

Incendio de los campamentos de Sífax y de Asdrúbal (5-6).

Cartago organiza la resistencia. Derrota de Sífax en los Llanos Grandes (7-9).

Combate naval en Útica. Victoria de Masinisa sobre Sífax (10-11).

Sífax, prisionero, conducido ante Escipión. Masinisa entra en Cirta y se casa con Sofonisba (12-13).

Reprimenda de Escipión a Masinisa. Muerte de Sofonisba. Negociaciones (14-16).

Embajadores de Masinisa ante el senado romano. Derrota de Magón en el norte de Italia (17-18).

Magón y Aníbal, llamados a Cartago. Alegría y preocupación en Roma (19-21).

La embajada de Cartago ante el senado romano (22-23).

Naufragio de un convoy romano. Ruptura de la tregua. Arribada de Aníbal a Leptis. Ofensiva de Filipo de Macedonia (24-26).

AÑO 202 a. C.:

AÑO 201 a. C.:

Reparto de provincias. Prodigios

1 Era el año decimosexto de la Guerra Púnica. Los cónsules Gneo Servilio y Gayo Servilio consultaron al senado acerca de la política general, la dirección de la guerra y la asignación de provincias.
2 El senado decretó que los cónsules decidieran, de mutuo acuerdo o por sorteo, cuál de ellos se haría cargo del Bru-
3 cio frente a Aníbal y cuál de Etruria y los lígures. Aquel a quien correspondiese el Brucio recibiría el ejército de Publio Sempronio, y Publio Sempronio, pues también a él le había sido prorrogado el mando por un año como pro-
4 cónsul, reemplazaría a Publio Licinio, que regresaría a Roma. Éste, que también como militar gozaba de gran reputación, poseía además otras cualidades en las que se le con-

sideraba el ciudadano mejor dotado de aquella época, re-
uniendo todas las dotes naturales y de fortuna que pueden
darse en un hombre. Era a la vez noble y rico. Destacaba 5
por su presencia y fortaleza física; se le consideraba muy
elocuente, tanto a la hora de defender una causa como
a la de hablar a favor o en contra de una propuesta en
el senado o ante el pueblo. Era un gran experto en derecho 6
pontificio. Además de todo esto, el consulado le había gran-
jeado también un gran prestigio militar. Con respecto a
Etruria y los lígures se decidió lo mismo que con la pro-
vincia del Brucio: Marco Cornelio recibió orden de entre- 7
gar el ejército al nuevo cónsul y a su vez hacerse cargo
de la provincia de la Galia, siéndole prorrogado el mando,
con las legiones que el año anterior habían estado a las
órdenes de Lucio Escribonio. Después se sortearon las pro- 8
vincias; a Cepión le tocó el Brucio, y a Gémino, Etruria.
A continuación se hizo el sorteo de las provincias de los 9
pretores. A Elio Peto le tocó en suerte la jurisdicción urba-
na; a Publio Léntulo, Cerdeña; a Publio Vilio, Sicilia, y
Arímino a Quintilio Varo con las dos legiones que habían
estado bajo el mando de Espurio Lucrecio. También a Lu- 10
crecio le fue prorrogado el mando con la misión de recons-
truir la ciudad de Génova, destruida por el cartaginés
Magón [325]. Se le prorrogó el mando a Publio Escipión po-
niendo como tope no un tiempo determinado sino la fina-
lización de una empresa: hasta que se terminara la guerra
en África, y se decretó la celebración de una rogativa pú- 11
blica pidiendo que, ya que había pasado a la provincia
de África, esta operación resultase beneficiosa para el pue-
blo romano y para el propio general y su ejército.

[325] El hermano de Aníbal.

2 Se reclutaron tres mil soldados para Sicilia porque las mejores tropas que tenía esta provincia habían sido trasladadas a África. Y como se había tomado el acuerdo de proteger las costas de Sicilia con cuarenta naves por si lle-
2 gaba de África alguna flota, Vilio se llevó a Sicilia trece naves nuevas, y en cuanto al resto, se carenaron unas vie-
3 jas en la propia Sicilia. Marco Pomponio, pretor del año anterior, fue nombrado comandante de esta flota, prorrogándosele el mando, y embarcó a las nuevas tropas llega-
4 das de Italia. El mismo número de naves, con las mismas atribuciones en cuanto al mando, le fue asignado por el senado a Gneo Octavio, también él pretor del año anterior, para proteger las costas de Cerdeña; dándosele orden al pretor Léntulo de dotar las naves con dos mil hombres.
5 También con otras tantas naves se encomendó a Marco Marcio, pretor del año anterior, la defensa de las costas de Italia, porque no se sabía seguro a dónde enviarían una flota los cartagineses, pero se suponía que atacarían cual-
6 quier objetivo que estuviera desguarnecido. A tenor de un decreto del senado, los cónsules alistaron tres mil hombres para esta flota, y dos legiones urbanas para los imprevistos
7 de la guerra. Las Hispanias les fueron asignadas a sus antiguos generales, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, con los mismos ejércitos y mando supremo. Aquel año Roma hizo la campaña con un total de veinte legiones y ciento sesenta naves de guerra.

8 Los pretores recibieron instrucciones de partir para sus provincias. Se dio orden a los cónsules de celebrar, antes de abandonar la ciudad, los Grandes Juegos que el dictador Tito Manlio Torcuato había prometido con voto para cinco años más tarde si la situación del Estado se mantenía
9 inalterada. Por otra parte, las noticias de extraños fenómenos llegadas de numerosos lugares suscitaron nuevos te-

mores religiosos en el ánimo de las gentes. Se creía que unos cuervos habían no sólo destrozado con sus picos sino incluso comido oro en el Capitolio; los ratones royeron 10
una corona de oro en Ancio; en los alrededores de Capua una enorme plaga de langostas, que no se sabía muy bien de dónde procedía, invadió completamente los campos. En Reate nació un potro con cinco patas. En Anagnia apa- 11
recieron primero varios puntos de fuego diseminados por el cielo y después se encendió un enorme cometa. En Fru- 12
sinón rodeó el sol un halo de línea tenue, y después un disco solar más amplio envolvió a su vez este círculo. En un llano, en Arpino [326], se abrió la tierra en un enorme socavón. Cuando uno de los cónsules inmolaba la primera 13
víctima, apareció el hígado falto de uno de sus extremos. Estos portentos fueron expiados con víctimas adultas, y el colegio de los pontífices manifestó a qué dioses había que ofrecer los sacrificios.

Negociaciones entre Escipión y Sífax. Ruptura de la tregua

Una vez cumplido todo esto, los cón- 3
sules y los pretores marcharon a sus respectivas provincias; todos, sin embargo, iban preocupados por África como si fuera ésta la que les había tocado en suerte, porque veían que allí se decidía la suerte de la guerra o porque querían agradar a Escipión, que en aquellos momentos era el centro de atención de Roma entera. Por eso 2
salían en aquella dirección ropas y trigo enviados no sólo desde Cerdeña, como ya se ha dicho [327], sino también desde Sicilia y desde Hispania; desde Sicilia se enviaban además armas y suministros de todas clases. Por su parte, Es- 3
cipión no había descuidado en ningún momento del invier-

[326] Actual Arpino. Al sur de Sora.

[327] Cf. XXIX 36, 1.

no las tareas bélicas que le apremiaban en gran número
y desde todos los frentes a la vez: tenía sitiada Útica[328],
4 tenía a la vista el campamento de Asdrúbal, los cartagine-
ses habían botado sus naves, y tenían una flota equipada
y lista para interceptar los aprovisionamientos. En medio
de esta situación no había renunciado al propósito de atraer-
se de nuevo a Sífax en caso de que estuviera ya saciado
del amor de su esposa como consecuencia de su larga pose-
5 sión. Pero de parte de Sífax le llegaban sugerencias de paz
con los cartagineses condicionada a que se retiraran los
romanos de África y los cartagineses de Italia, pero no
le daba la menor esperanza de que fuese a cambiar de bando
6 si la guerra se producía. Yo, la verdad sea dicha, me incli-
no a creer que estos contactos se harían a través de inter-
mediarios —y de este parecer son la mayor parte de los
historiadores—, y no que, como sostiene Valerio Anciate,
el propio Sífax acudiese a entrevistarse personalmente al
7 campamento romano. Al principio el general romano ape-
nas dio oídos a dichas propuestas; después, con el objeto
de que sus propios emisarios tuvieran un motivo plausible
para visitar con frecuencia el campamento enemigo, fue
atenuando su rechazo a las mismas, dando pie a la espe-
ranza de que se podría llegar a un acuerdo si se discutía
más veces el asunto por ambas partes.

8 Los cuarteles de invierno de los cartagineses, construi-
dos deprisa y corriendo con materiales reunidos en los cam-
9 pos, eran casi por completo de madera. Los númidas, par-
ticularmente, se alojaban aquí y allá sin orden alguno en
cabañas de mimbres entretejidos cubiertas de estera en su
mayor parte, algunos incluso fuera de la fosa y la empali-
zada, pues no se atenían a las órdenes para ocupar un

[328] En XXIX 35, 12 se dijo que Escipión abandonó el asedio.

sitio. Informado de ello, Escipión concibió esperanzas de 10
prender fuego al campamento enemigo aprovechando una
oportunidad.

Con los parlamentarios que mandaba a Sífax, en lugar 4
de asistentes enviaba primeros centuriones de probado va-
lor y habilidad ataviados como sirvientes, con el objeto 2
de que, mientras los parlamentarios celebraban la entrevis-
ta, vagaran por el campamento y se distribuyeran para ob-
servar todas las entradas y salidas, la posición y la forma
del campamento en su conjunto y de cada sector, dónde
estaban los cartagineses y dónde los númidas, qué distan-
cia había entre el campamento de Asdrúbal y el del rey;
al mismo tiempo se enterarían del sistema de guardia y cen- 3
tinelas, y si era mejor momento durante el día o durante
la noche para un ataque por sorpresa. Además, a medida
que se repetían las entrevistas mandaba hombres diferentes
cada vez, con toda intención, a fin de que fueran más los
que se familiarizaban con todos los detalles. La frecuencia 4
creciente de las conversaciones daba esperanzas de paz ca-
da día más firmes tanto a Sífax como, a través de él, a
los cartagineses; de pronto los parlamentarios romanos di-
jeron que tenían orden tajante de no volver a presencia de
su general sin que se les diera una respuesta precisa; por 5
consiguiente, si tenía tomada ya una decisión en firme, que
la expusiera, y si tenía que consultar con Asdrúbal y con
los cartagineses, que consultara, que había llegado el mo-
mento de concertar la paz o hacer la guerra sin contempla-
ciones. Mientras Sífax consultaba con Asdrúbal y éste con 6
los cartagineses, tuvieron tiempo los espías de estudiarlo
todo y Escipión de hacer los preparativos pertinentes. 7
otra parte, las conversaciones y las expectativas de paz ha-
bían dado origen, como suele ocurrir, a que los cartagine-
ses y el númida relajaran entretanto la vigilancia frente a una

8 eventual acción hostil. Al fin llegó la respuesta, con el añadido de algunas cláusulas inaceptables aprovechando la oportunidad de que el romano parecía demasiado deseoso de la paz; esto le proporcionó a Escipión, que tenía ganas
9 de romper la tregua, un pretexto muy oportuno. Le dijo al enviado del rey que sometería el asunto al consejo de guerra, y al día siguiente le dio la respuesta de que a pesar de sus esfuerzos en solitario nadie más había estado de acuerdo con la paz; que comunicase a Sífax, por tanto, que no tenía ninguna esperanza de paz con los romanos
10 si no abandonaba a los cartagineses. Rompió así la tregua para seguir adelante con sus planes libre de compromisos. Tras botar las naves, pues ya comenzaba la primavera, embarcó las piezas de artillería y de asedio, como si se propu-
11 siera atacar Útica por mar, y envió dos mil hombres a tomar la colina que dominaba Útica y que ya había ocupado anteriormente [329]. Su propósito era doble: desviar la atención del enemigo hacia una operación distinta de la que
12 estaba preparando, y evitar al mismo tiempo que, cuando él hubiese emprendido la marcha contra Sífax y Asdrúbal, se efectuase desde la ciudad alguna salida o algún ataque contra su campamento, que quedaba con una débil guarnición.

Incendio de los campamentos de Sífax y de Asdrúbal

5 Una vez realizados estos preparativos reunió el consejo de guerra y pidió a los espías que expusieran lo que habían averiguado, hizo hablar a Masinisa, que del enemigo lo sabía todo, y por último expuso él lo que proyectaba para la noche inmediata.
2 Dio orden a los tribunos de sacar inmediatamente del campamento las legiones en cuanto sonase la señal, una vez

[329] Ver XXIX 35, 7.

disuelto el consejo. Tal como había ordenado, hacia la pues- 3
ta del sol comenzaron a salir las tropas; hacia la hora del
primer relevo de la guardia, la columna estaba desplegada;
a la media noche y sin forzar la marcha, pues eran siete
millas de camino, llegaron al campamento enemigo. Una 4
vez allí, Escipión le confió a Lelio el mando de una parte
de las tropas con Masinisa y los númidas, y le dio orden
de irrumpir en el campamento de Sífax y prenderle fuego.
Cogiendo después aparte y por separado a Lelio y Masini- 5
sa, los instó a que compensaran a base de actividad y vigi-
lancia los imprevistos que la noche podía acarrear; él ata- 6
caría a Asdrúbal y el campamento cartaginés, pero no ini-
ciaría la acción antes de avistar el fuego en el campamento
del rey. No tuvo que esperar mucho, pues en cuanto pren- 7
dió en las primeras cabañas el fuego que les aplicaron, in-
mediatamente se propagó a la zona contigua, y después
a la siguiente, extendiéndose en todas direcciones por todo
el campamento. Cundió el desconcierto, como no podía 8
ser menos ante un incendio nocturno y de tales proporcio-
nes, pero pensaron que el fuego era algo fortuito y no una
acción bélica del enemigo, salieron sin armas corriendo a
sofocar el incendio y se toparon con los enemigos armados,
sobre todo con los númidas, que Masinisa, conocedor del 9
campamento del rey, había apostado en los puntos estraté-
gicos junto a las salidas de las calles. Muchos fueron devo- 10
rados por las llamas, medio dormidos, en sus propios ca-
mastros; muchos se lanzaron a una huida precipitada y
quedaron aplastados unos encima de otros en la angostura
de las puertas del campamento.

Cuando vieron el resplandor de las llamas, en primer 6
lugar los centinelas cartagineses y a continuación los otros
que se despertaron con el alboroto nocturno, cayeron en
el mismo error de creer que el incendio se había originado

2 de forma espontánea; además les impedía comprender lo que en realidad ocurría el hecho de atribuir equivocadamente a la alarma nocturna el griterío que se alzaba en
3 medio de la matanza y las heridas. Por eso cada uno por su lado, desarmados, como que no sospechaban ninguna intervención del enemigo, se precipitaban entre las tropas romanas por todas las puertas, cada uno por donde le pillaba más cerca, portando únicamente aquello que podía
4 servir para apagar el fuego. Después de matarlos a todos, tanto por saña hacia el enemigo como para evitar que escapase uno solo para contarlo, Escipión irrumpió inmediatamente por las puertas, que en semejante confusión habían
5 quedado sin vigilancia. Al aplicar fuego a las cabañas más próximas, las llamas primero se expandieron reluciendo como si se hubieran encendido en muchos puntos, y después, culebreando en líneas continuas, rápidamente lo envolvie-
6 ron todo en una única hoguera. Medio abrasados, hombres y animales obstruían el paso hacia las puertas, primero con una huida desesperada y después con sus cadáveres amontonados. El hierro acabó con los que no habían sido devorados por el fuego, y un único desastre arrasó los dos cam-
7 pamentos. Escaparon, sin embargo, los dos jefes y dos mil soldados de a pie y quinientos de a caballo, medio desarmados y heridos o abrasados por las llamas buena parte de ellos, de tantos miles de combatientes como eran.
8 Fueron muertos o consumidos por las llamas cerca de cuarenta mil hombres y cayeron prisioneros más de quince mil, muchos de ellos nobles cartagineses, así como once se-
9 nadores, siendo aprehendidas ciento setenta y cuatro enseñas militares y más de dos mil setecientos caballos númidas; elefantes se capturaron seis, y ocho murieron por las armas o por el fuego; se cogió una gran cantidad de armas, que el general consagró a Vulcano quemándolas todas.

Cartago organiza la resistencia. Derrota de Sífax en los Llanos Grandes

Después de la huida, Asdrúbal se ha- 7
bía refugiado con unos pocos hombres en
la ciudad africana más próxima, y hacia
allí se habían dirigido todos los supervi-
vientes siguiendo las huellas de su jefe;
pero después éste se alejó de la ciudad
por miedo a que se rindiera a Escipión. Poco después los 2
romanos fueron recibidos en ella con las puertas abiertas,
y como la rendición había sido voluntaria no se produjo
ninguna acción hostil. Inmediatamente después fueron to-
madas y saqueadas otras dos ciudades, y el botín resultan-
te, junto con el que se había rescatado del fuego en los
campamentos en llamas, se repartió entre los soldados.
Sífax se estableció a unas ocho millas de distancia en una 3
posición fortificada; Asdrúbal se dirigió a Cartago para
evitar que en la reacción de pánico producida por el re-
ciente desastre se tomara alguna decisión demasiado me-
drosa. Las primeras noticias habían suscitado en la ciudad 4
tal alarma que había el convencimiento de que Escipión
se desentendería de Útica y asediaría Cartago de un mo-
mento a otro. Por consiguiente, los sufetes —que es entre 5
ellos una magistratura equivalente al consulado— convo-
caron al senado. Allí se debatieron tres propuestas: una, 6
enviar parlamentarios a Escipión para negociar la paz; otra,
llamar a Aníbal a defender la patria en aquella guerra de
exterminio; la tercera era de una firmeza propia de roma-
nos ante la adversidad: cubrir las bajas del ejército y ani- 7
mar a Sífax a que no se retirase de la guerra. Triunfó
esta última propuesta porque Asdrúbal, allí presente, y to-
dos los miembros de la facción de los Barca preferían la
guerra. Inmediatamente comenzó a realizarse un recluta- 8
miento en la ciudad y en el campo y se mandaron emisa-
rios a Sífax, que a su vez estaba preparando de nuevo la

guerra con mayor ahínco. Su esposa había logrado con-
vencerlo no ya, como antes, a base de mimos, que surten
9 efecto en el ánimo de un enamorado, sino con ruegos y
llamadas a la piedad, suplicándole con lágrimas que no
traicionase a su padre y a su patria y que no dejase que
Cartago fuese pasto de las mismas llamas que habían de-
10 vorado los campamentos. Además, los emisarios brinda-
ban una perspectiva que se había abierto muy a tiempo:
en las proximidades de la ciudad de Oba [330] se habían en-
contrado con cuatro mil celtíberos, una juventud escogida
alistada en Hispania por sus reclutadores, y por otra parte
se iba a presentar Asdrúbal de un momento a otro con
11 un contingente de tropas muy considerable. De modo que,
aparte de responder favorablemente a los emisarios, les mos-
tró una multitud de campesinos númidas a los que había
entregado aquellos mismos días armas y caballos, y asegu-
ró que pensaba movilizar a toda la juventud de su reino,
12 que era consciente de que el desastre sufrido había sido
consecuencia de un incendio y no de una batalla, y que
el perdedor de una guerra es el que resulta vencido por
13 las armas. Ésta fue la respuesta a los emisarios, y pocos
días después Asdrúbal y Sífax unieron de nuevo sus tro-
pas. El ejército resultante tenía en total unos treinta mil
hombres.

8 Como si la guerra estuviese liquidada por lo que a Sí-
fax y los cartagineses se refería, Escipión estaba centrado
en el ataque a Útica y estaba ya acercando las máquinas
a las murallas cuando la noticia de que se había reiniciado
2 la guerra le hizo cambiar de planes. Dejando un pequeño
contingente de tropas, lo justo para dar la impresión de
un asedio por tierra y por mar, él, con el grueso del ejérci-

[330] Desconocida.

to, se fue derecho hacia el enemigo [331]. Primeramente acampó en un otero que estaba a unas cuatro millas de distancia del campamento del rey. Al día siguiente descendió con la caballería a lo que llaman los Llanos Grandes [332], que se extienden al pie de la mencionada colina, y empleó la jornada en aproximarse a los puestos de guardia enemigos y provocarlos, en pequeñas escaramuzas. Tampoco duran- 4
te los dos días siguientes se hizo nada especialmente digno de mención en las desordenadas salidas que se sucedieron por parte y parte. Al cuarto día se presentaron unos y otros en orden de batalla. El romano situó a los *principes* 5
detrás de los *hastati,* y a los *triarii* en la reserva: dispuso frente al enemigo a la caballería itálica en el flanco derecho, y a Masinisa y los númidas en el izquierdo. Sífax y Asdrúbal, con los númidas situados frente a la ca- 6
ballería itálica y los cartagineses frente a Masinisa, metieron en el centro de la formación a los celtíberos haciendo frente a los legionarios. Así formados, se lanzan al ataque. En la primera carga fueron rechazadas a la vez las dos 7
alas enemigas, tanto los númidas como los cartagineses, pues ni los primeros, campesinos en su mayoría, resistieron a la caballería romana, ni los cartagineses, que a su vez eran soldados bisoños, pudieron resistir a Masinisa, aún más temible después de su reciente victoria. A pesar 8
de tener ambos flancos al descubierto, la línea formada por los celtíberos aguantaba a pie firme porque la huida no les ofrecía ninguna expectativa de salvación en unos parajes desconocidos ni tenían esperanzas de perdón por

---

331 Según Polibio, fueron cinco días de marcha, lo cual situaría el escenario de la batalla a setenta y cinco u ochenta millas de Útica (al suroeste).

332 En el amplio valle central del Bágradas (Medjerda).

parte de Escipión, contra el que habían ido a África a combatir con armas mercenarias a pesar de lo bien que se había
9 portado con ellos y con su pueblo. Por eso, rodeados de enemigos por todas partes, se obstinaban en morir cayendo uno sobre otro; y como todos estaban vueltos contra ellos, Sífax y Asdrúbal tuvieron tiempo suficiente para huir. La noche sorprendió a los vencedores, cansados por una matanza que había durado más que el combate.

9 Al día siguiente, Escipión envió a Lelio y Masinisa en persecución de Sífax y Asdrúbal con toda la caballería ro-
2 mana y númida y con tropas ligeras. Él, con el grueso del ejército, unas veces con promesas, otras con amenazas y otras por la fuerza sometió las ciudades del contorno, que
3 estaban todas ellas bajo dominio cartaginés. En Cartago el pánico era realmente acusado; se daba por seguro que en cuanto Escipión hubiera sometido a todas las ciudades del contorno en su campaña relámpago, lanzaría un ata-
4 que repentino contra la propia Cartago. Por eso se reparaban y reforzaban con contrafuertes las murallas, y cada uno por su cuenta acarreaba de los campos lo que podía
5 servir para resistir un largo asedio. Raramente se hablaba de paz, y sí con mayor frecuencia de la conveniencia de
6 enviar emisarios para hacer venir a Aníbal. Casi todos pedían que se enviase la flota, que estaba preparada para interceptar los aprovisionamientos, a aplastar las naves fondeadas cerca de Útica cogiéndolas desprevenidas; posiblemente se destruiría también el campamento naval, en el que
7 se había dejado una débil protección. La mayoría se inclinaba por este plan, pero se decidió, no obstante, que procedía enviar una delegación a Aníbal, puesto que, aun suponiendo que la flota obtuviera el mayor de los éxitos,
8 se aliviaría en buena parte el asedio de Útica, pero para defender la propia Cartago no había más general que Aní-

bal, ni más ejército que el de Aníbal. Al día siguiente, pues, 9 se echaron al mar las naves y al propio tiempo salieron para Italia los emisarios. Se hacía todo con mucha prisa, pues la situación apremiaba y cada uno temía poner en peligro la salvación de todos si se mostraba remiso en algo.

Escipión, que llevaba tras de sí un ejército agobiado 10 ya con el botín de muchas ciudades, envió los prisioneros y el resto del botín a su antiguo campamento de Útica y con la atención puesta ya en Cartago ocupó Tinete [333], abandonada por su guarnición. Esta plaza, situada a unas 11 quince millas de Cartago, estaba protegida tanto con fortificaciones como por su emplazamiento natural, que puede 12 ser divisado desde Cartago y a su vez permite ver tanto la ciudad como el mar que la rodea.

Combate naval en Útica. Victoria de Masinisa sobre Sífax

Desde allí, precisamente cuando esta- 10 ban construyendo la trinchera, los romanos divisaron la flota enemiga que se dirigía de Cartago a Útica. Se interrumpie- 2 ron por tanto los trabajos, se dio la orden de marcha y la columna se puso en camino apresuradamente para prevenir un ataque por sorpresa a las naves que estaban vueltas proa hacia tierra para el asedio y no estaban en absoluto en condiciones para un combate naval. En efecto, unas naves cargadas con maquinaria de lanza- 3 miento y de asedio, convertidas en embarcaciones de transporte o bien arrimadas a las murallas para facilitar el asalto haciendo de terraplenes y puentes, ¿cómo iban a poder hacer frente a una flota armada y equipada con material naval y capaz de maniobrar con rapidez?

Por eso, Escipión, nada más llegar allí, contrariamente 4 a lo que suele hacerse en un combate naval, retiró a la últi-

[333] Túnez.

ma línea, cerca de tierra, las naves de guerra que podían
5 servir de defensa a las demás y situó como barrera fren-
te al enemigo cuatro hileras de naves de transporte, y
para evitar que en el tumulto de la batalla se descompusie-
ran las hileras, atravesó entre unas naves y otras mástiles
y vergas que sujetó con cables resistentes, y las unió for-
6 mando como un único bloque; tendió tablas encima para
que se pudiera pasar de una hilera a otra a todas las naves,
y por debajo de estos mismos puentes dejó espacios libres
por donde pudieran pasar en dirección al enemigo y reti-
rarse sin riesgo las embarcaciones de reconocimiento.
7 Todo esto se hizo con gran rapidez, pues el tiempo apre-
miaba, y después se hizo subir a las naves de transporte
a unos mil combatientes escogidos, y se acumuló una enor-
me cantidad de armas, arrojadizas sobre todo, de forma
que hubiera suficientes aunque el combate se prolongase.
8 Así preparados y alerta esperaban la llegada del enemigo.

Los cartagineses, de haberse dado prisa, lo habrían
aplastado todo a la primera embestida aprovechando el ba-
9 rullo de los que iban y venían en tropel, pero estaban
desalentados por sus derrotas terrestres, por lo cual no te-
nían confianza en sí mismos ni siquiera en el mar, donde
eran superiores; después de perder un día navegando con
lentitud, hacia la puesta del sol arribaron a un puerto que
10 los africanos llaman Rusucmón [334]. Al día siguiente, a la
salida del sol, dispusieron las naves en mar abierto en for-
mación regular de combate como si los romanos fueran
11 a salir contra ellos. Permanecieron largo tiempo sin mo-
verse, y al ver que el enemigo no hacía ningún movimiento,
12 finalmente atacaron a las naves de transporte. Aquello no
se asemejaba en nada a un combate naval, dando más bien

[334] Al oeste del promontorio de Apolo.

la impresión del ataque de unas naves contra unas murallas. Los barcos de carga eran bastante más altos; desde sus 13
navíos de combate los cartagineses lanzaban sus proyectiles hacia un blanco más elevado, errando la mayoría de las veces, cosa lógica en un lanzamiento de abajo hacia arriba; desde las naves de carga el disparo desde arriba era más fuerte, por su mismo peso, y más certero. Las 14
de reconocimiento y otras embarcaciones ligeras que hacían salidas por los espacios libres bajo los entarimados de los puentes eran, en un principio, las únicas que se estrellaban en el choque con la mole de las naves de guerra; después eran además un estorbo para los defensores por- 15
que al mezclarse entre las naves enemigas los obligaban muchas veces a dejar de disparar por temor a que por falta de precisión cayesen los golpes sobre los suyos. Por último, 16
los cartagineses comenzaron a lanzar sobre las naves romanas desde las suyas unas vigas guarnecidas con garfios de hierro —*harpagones* las llaman los soldados—. Como 17
los romanos no podían partirlas, ni tampoco las cadenas con que iban suspendidas para lanzarlas, cada vez que una nave de combate ciaba y arrastraba a una de carga enganchada con el garfio, se veía cómo se rompían las amarras 18
que la sujetaban a las demás o cómo era arrastrada al mismo tiempo una numerosa hilera de naves. Por este sistema 19
sobre todo se destrozaron todos los puentes, y los defensores apenas tuvieron tiempo para saltar a la segunda hilera de naves. Unas sesenta naves de transporte fueron arrastra- 20
das por la popa hasta Cartago. El hecho suscitó un entusiasmo desproporcionado, pero tanto más gratificante por cuanto, en medio de la ininterrumpida serie de llantos y derrotas, inesperadamente había brillado una alegría, por pequeña que fuese; se daba además la circunstancia de re- 21
sultar evidente que se había estado al borde de aniquilar

la flota romana si los comandantes de la flota cartaginesa no hubieran perdido tiempo y Escipión no hubiera acudido en su ayuda oportunamente.

11 Casualmente por aquellas mismas fechas llegaban a Numidia Lelio y Masinisa, después de dos semanas de marcha, y los mesulios, todos contentos, le entregaron el trono paterno a Masinisa como rey largo tiempo echado de menos.
2 Tras haber sido expulsados de allí los jefes y guarniciones de Sífax, éste se mantenía en los límites de su antiguo reino, pero sin la menor intención de permanecer inactivo.
3 Lo acicateaban, perdidamente enamorado como estaba, su mujer y su suegro, y, además, tenía tal abundancia de hombres y caballos que la consideración de los recursos de su reino, tan floreciente durante tantos años, podía despertar la ambición incluso de un espíritu menos bárbaro
4 y apasionado. Reunió, por tanto, en un mismo lugar a todos lo que eran aptos para la guerra y les repartió caballos y armas defensivas y ofensivas, y distribuyó en escuadrones a los soldados de caballería y en cohortes a los de infantería, como en otro tiempo [335] había aprendido de los
5 centuriones romanos. Con un ejército tan numeroso como el que había tenido anteriormente, aunque bisoño y falto de instrucción casi en su totalidad, emprendió la marcha
6 en dirección al enemigo. Acampó en sus proximidades; al principio, un reducido número de jinetes, tras observar desde lugar seguro, se adelantaban desde los puestos de avanzada, y luego, al ser rechazados por los disparos, retrocedían hacia los suyos. Más adelante se hacían incursiones alternativamente, y como la rabia encendía a los que eran
7 repelidos, acudían más, pues así es como se desencadenan los combates de caballería, cuando la esperanza hace cre-

[335] Cf. XXIV 48, 11 ss.

cer el número de los que van ganando o la rabia el de
los que van perdiendo.

Así también en este caso, iniciado el combate por unos 8
pocos, al final el calor de la refriega hizo que saliera toda la
caballería de uno y otro bando. Y mientras combatía úni-
camente la caballería, apenas si era posible resistir a la ma-
sa de masesulios que Sífax hacía salir en enormes columnas.
Después, cuando la infantería romana avanzó de pronto 9
por entre los escuadrones que abrían paso a los suyos y
dio estabilidad al combate mientras intimidaba al enemigo
que cargaba en desorden, los bárbaros comenzaron por lan-
zar con menor ímpetu sus caballos, y luego se paraban co- 10
mo desconcertados por la nueva forma de lucha, y al final
no sólo retrocedían ante la infantería sino que ni siquiera
resistían a la caballería, envalentonada por el apoyo de los
combatientes de a pie. Se acercaban ya también las ense- 11
ñas de las legiones. Pues bien, los masesulios, entonces,
no aguantaron no ya el primer ataque, sino ni tan siquiera
la vista de las enseñas y de las armas: tanta fuerza tuvo
o bien el recuerdo de las derrotas pasadas o bien la amena-
za presente.

Sífax, prisionero, conducido ante Escipión. Masinisa entra en Cirta y se casa con Sofonisba

Sífax, entonces, mientras cabalgaba an- 12
te los escuadrones enemigos en un inten-
to por detener la desbandada apelando
al sentido del honor y exponiéndose al
peligro, al ser despedido por su caballo 2
que había sido gravemente herido, fue
sorprendido, hecho prisionero y conduci-
do vivo a presencia de Lelio; su vista
iba a llenar de satisfacción a Masinisa más que a nadie.
En esta batalla el número de muertos fue menos importan- 4
te que la victoria, ya que sólo había tomado parte en el
combate la caballería. No fueron más de cinco mil los muer- 5

tos, y cayeron prisioneros menos de la mitad de esta cifra en el asalto al campamento, donde había buscado refugio una gran masa de combatientes desconcertados por la pérdida de su rey.

3 Cirta era la capital del reino de Sífax, y en ella se había
6 refugiado un elevadísimo número de fugitivos. Masinisa decía que para él realmente no había en aquellos momentos nada más hermoso que volver a ver como vencedor el reino paterno recuperado después de tan largo tiempo, pero que ni en los éxitos ni en los fracasos había tiempo que
7 perder; si Lelio le permitía adelantarse a Cirta con la caballería y con Sífax prisionero, en el desconcierto general causado por el pánico se haría dueño de la situación; Lelio podía seguirle con la infantería sin forzar la marcha.
8 Con el consentimiento de Lelio se adelantó hasta Cirta y mandó llamar a una entrevista a los cirtenses más relevantes. Pero como desconocían la suerte que había corrido el rey, ni exponiéndoles lo ocurrido, ni amenazando, ni tratando de persuadirlos consiguió nada hasta que les puso
9 ante los ojos al rey encadenado. Comenzaron entonces las lamentaciones ante tan triste espectáculo, y el miedo, por una parte, hizo abandonar las murallas, y puestos precipitadamente de acuerdo, por otra, los que buscaban el favor
10 del vencedor abrieron las puertas. Por su parte, Masinisa situó retenes en las puertas y en los puntos estratégicos de las murallas para que nadie tuviese por dónde salir para escapar, y a galope se dirigió a ocupar el palacio real.

11 Al entrar en el vestíbulo, en el umbral mismo se encontró con Sofonisba, la esposa de Sífax, hija del cartaginés Asdrúbal. Cuando ésta vio entre las tropas de hombres armados a Masinisa, reconocible tanto por sus armas como por su atuendo, supuso, y no se equivocaba, que era
12 el rey, se echó a sus rodillas y dijo: «Los dioses, tu valor

y tu buena estrella te han concedido un poder absoluto
sobre nosotros; pero si le es permitido a una cautiva pro-
nunciar unas palabras de súplica ante quien es dueño de
su vida y de su muerte, si le es permitido tocar sus rodillas 13
y su diestra victoriosa, por la real majestad que hace poco
era también la nuestra, por el nombre de la nación de los
númidas, que fue común a ti y a Sífax, por los dioses de
este palacio, que ojalá te reciban con mejores auspicios
que aquellos con que hicieron salir de aquí a Sífax, te rue- 14
go encarecidamente que concedas esta gracia a una supli-
cante: toma tú personalmente acerca de tu prisionera la
decisión que tu corazón te dicte, y no dejes que quede a
merced del capricho arrogante y brutal de un romano cual-
quiera. Aunque sólo fuese la esposa de Sífax, y nada más, 15
preferiría, sin embargo, confiarme a la honorabilidad de
un númida nacido igual que yo aquí en África, antes que
a la de un extraño y un extranjero. Comprendes lo que 16
debe temer de un romano un cartaginés, lo que debe temer
una hija de Asdrúbal. Te ruego y te suplico que me libres
de la arbitrariedad de los romanos con la muerte, si no te
es posible de ninguna otra forma». Era notablemente her- 17
mosa y estaba en la flor de la edad; por eso, cuando, co-
giendo unas veces sus rodillas y otras su diestra, trataba
de arrancarle la promesa de que no sería entregada a nin-
gún romano y sus palabras más parecían una caricia que
una petición, no sólo se movió a compasión el ánimo del 18
vencedor sino que, sensible como es a la pasión el tempe-
ramento de los númidas, el vencedor cayó prisionero del
amor de su cautiva. Le dio la mano comprometiéndose
a cumplir lo que se le pedía y a continuación entró en
palacio. Se puso luego a reflexionar sobre la forma de cum- 19
plir su promesa. Como no encontraba otra salida, dejó
que su amor le sugiriera un plan irreflexivo e inconveniente:

20 mandó de pronto preparar la boda para aquel mismo día,
para no dejarles así ni a Lelio ni al propio Escipión ningu-
na decisión que tomar, como si fuese una prisionera, acer-
21 ca de quien estaría ya casada con Masinisa. Cuando llegó
Lelio se había celebrado ya la boda, y disimuló tan poco
su desaprobación del hecho que en un principio incluso
intentó sacarla del lecho nupcial para enviársela a Escipión
22 junto con Sífax y los demás prisioneros. Convencido des-
pués por los ruegos de Masinisa, que le suplicaba que deja-
se a Escipión la decisión sobre cuál de los dos reyes lleva-
ría a Sofonisba aparejada a su suerte, envió a Sífax y a
los prisioneros, y con la ayuda de Masinisa recuperó las
demás ciudades de Numidia que estaban ocupadas por guar-
niciones del rey.

13 Cuando llegó la noticia de que Sífax era conducido al
campamento salieron todos en masa, como si fuesen a con-
2 templar un desfile triunfal. Delante iba el propio rey encade-
nado; detrás, un cortejo de nobles númidas. Entonces to-
dos exageraban cuanto podían la grandeza de Sífax y la
gloria de su pueblo, para magnificar la propia victoria:
3 aquél era el rey cuya majestad habían valorado muy alto
los dos pueblos más poderosos de la tierra, el romano y
4 el cartaginés; tanto, que para buscar su amistad, Escipión,
su general, había dejado la provincia de Hispania y el ejér-
cito y había navegado hasta África con dos quinquerremes,
5 y Asdrúbal, el general cartaginés, no sólo había ido a visi-
tarlo personalmente en su reino sino que además le había
entregado a su hija en matrimonio. Había tenido en su
poder a un mismo tiempo a los dos generales, el cartaginés
6 y el romano; las dos partes habían pedido igualmente su
amistad, lo mismo que habían pedido la paz de los dioses
7 inmortales inmolando víctimas una y otra parte. Tan gran-
de había sido su poder, que había expulsado de su reino

a Masinisa y lo había reducido a la situación de tener que proteger su vida haciendo correr el rumor de su muerte y viviendo de la rapiña en los escondrijos de los bosques igual que las fieras.

El rey, ensalzado con estos comentarios de los circuns- 8
tantes, fue conducido al pretorio a presencia de Escipión. También éste se sintió impresionado al comparar la antigua suerte de aquel hombre con su destino presente, así como al recordar que había sido su huésped, que se habían estrechado la mano y se habían unido en un pacto en nom-
bre de sus Estados y en un compromiso particular. Estas 9
mismas reflexiones dieron ánimo a Sífax al hablar a su vencedor, pues cuando Escipión le preguntó qué era lo que había pretendido, que no sólo había renegado de la alianza con Roma sino que había tomado la iniciativa de hacerle
la guerra, él reconoció que sin duda había cometido una 10
equivocación y una locura, pero no entonces, al final, cuando había tomado las armas en contra del pueblo romano. Ése había sido el final, no el principio de su desvarío.
Cuando se había vuelto loco, cuando había olvidado por 11
completo los lazos de hospitalidad entre ellos y los acuerdos entre sus pueblos, había sido al dar entrada en su casa
a una mujer cartaginesa. Con aquella antorcha nupcial se 12
había incendiado su palacio; aquella furia, aquella plaga, con toda clase de seducciones, le había extraviado y enajenado el sentido y no había parado hasta que ella misma, con sus propias manos, le había ceñido las armas crimina-
les en contra de su huésped y amigo. Mas, en medio de 13
su ruina y su quebranto, le quedaba en su desgracia el consuelo de ver que aquella misma peste, aquella furia, se había trasladado a la casa, al hogar de su peor enemigo;
Masinisa no era ni más sensato ni más entero que Sífax, 14
era incluso más incauto debido a su juventud; sin lugar

a dudas había dado muestras de una estulticia y una falta de dominio mayores que las suyas al casarse con ella.

Reprimenda de Escipión a Masinisa. Muerte de Sofonisba. Negociaciones

14 Estas palabras, pronunciadas no sólo
por odio hacia su enemigo sino por el tor-
mento de los celos al ver a su amada en
poder de su rival, suscitaron una viva
preocupación en el ánimo de Escipión.
2 Por otra parte, daban credibilidad a es-
tas imputaciones aquella boda precipitada, casi en pleno
combate, sin consultar ni esperar a Lelio, aquel actuar tan
deprisa y corriendo que el mismo día en que había visto
prisionera a su enemiga se había unido a ella en matrimo-
nio, llevando a efecto la ceremonia nupcial ante los pena-
3 tes de su enemigo. Además, a Escipión esto le parecía más
inaceptable porque a él mismo, en Hispania, a pesar de
su juventud, no lo había seducido la belleza de ninguna
prisionera [336]. Mientras se hacía estas reflexiones llegaron
Lelio y Masinisa. A los dos los recibió con expresión igual-
mente afable y los felicitó con vivos elogios ante la concu-
4 rrencia del pretorio, y después se llevó aparte a Masinisa
y le habló en estos términos: «Supongo, Masinisa, que al-
go bueno viste en mí para que primero en Hispania vinie-
ras a ganarte mi amistad y después en África confiaras
5 tu persona y todas tus esperanzas a mi lealtad. Pues bien,
de todas esas cualidades por las que te pareció que debías
acercarte a mí, de ninguna estoy tan orgulloso como de
6 la templanza y el control de mis pasiones. Quisiera, Masini-
sa, que al resto de tus excelentes dotes sumaras también
ésta. A una edad como la nuestra no representan, no, crée-
me, un peligro tan grave los enemigos armados como las
7 seducciones que nos rodean por todas partes. El que les

[336] Ver XXVI 49-50.

pone freno y las domina con su templanza, se labra una
gloria mucho mayor y una victoria mucho más importante
que la que nosotros hemos conseguido al vencer a Sífax.
Las esforzadas y valientes acciones que realizaste sin estar 8
yo presente, de buen grado las he elogiado y las tengo en
cuenta; las otras, prefiero que tú mismo reflexiones sobre
ellas a que te ruborices sacándolas yo a colación. Sífax
fue vencido y cogido prisionero bajo los auspicios del pue-
blo romano. Por consiguiente, él mismo, su esposa, su rei- 9
no, ciudades y hombres que las habitan, en una palabra,
todo cuanto perteneció a Sífax es botín del pueblo romano;
y en cuanto al rey y su esposa, aun en caso de que no 10
fuese ciudadana cartaginesa, aunque no viéramos a su pa-
dre como general de los enemigos, convendría mandarlos
a Roma y que el senado y el pueblo romano juzguen y
decidan acerca de una mujer a la que se atribuye el haber
puesto en contra nuestra y haber lanzado de cabeza a la
guerra a un rey aliado. Sobreponte a tus sentimientos; mi- 11
ra de no echar a perder con un solo fallo tus muchas bue-
nas cualidades y de no arruinar el reconocimiento por tan
buenos servicios con una falta más grave que la causa de
la misma».

Al oír estas palabras, Masinisa se ruborizó y hasta se 15
le saltaron las lágrimas. Aseguró que él, por su parte, se
atendría sin lugar a dudas a las órdenes de su general; le
rogó que tuviera en cuenta en la medida en que las cir-
cunstancias lo permitieran la palabra que imprudentemen-
te había empeñado, pues se había comprometido a no en- 2
tregar a Sofonisba en manos de nadie, y lleno de confu-
sión se marchó del pretorio a su tienda. Allí, sin testigos, 3
pasó bastante tiempo entre largos suspiros y lamentos que
podían oír sin dificultad los que estaban cerca de su tien-
da; finalmente, exhalando un profundo gemido, llamó al 4

esclavo de mayor confianza bajo cuya custodia guardaba,
según la costumbre de los reyes, veneno para los azares
de la fortuna, y le mandó llevárselo a Sofonisba disuelto
5 en una copa y comunicarle, al mismo tiempo, que Masini-
sa habría cumplido gustosamente el primer deber que un
marido tiene con su esposa; pero como quienes tenían po-
der para ello le habían quitado la posibilidad de decidir,
cumplía con su segundo deber: evitar que cayera viva en
6 poder de los romanos; que ella misma tomara su propia
decisión teniendo en la mente a su padre, el general, a su
patria, y a los dos reyes con los que se había casado.
Cuando el sirviente se presentó ante Sofonisba llevando
7 este mensaje junto con el veneno, ella dijo: «Acepto el
regalo de bodas, y no me desagrada, si es lo máximo que
el esposo pudo ofrecer a su esposa; pero dile lo siguiente:
yo habría tenido una muerte mejor si no me hubiera casa-
8 do el mismo día de mi funeral». Con la misma altivez con
que había hablado cogió la copa sin la menor señal de
9 vacilación y la apuró impávida. Cuando se lo comunica-
ron a Escipión tuvo miedo de que el orgulloso joven, en
su abatimiento, tomase alguna decisión demasiado seria;
10 le hizo venir inmediatamente, y tan pronto le consolaba
como le reprendía con suavidad por haber purgado una
imprudencia con otra y haber hecho la situación más trági-
11 ca de lo que hacía falta. Al día siguiente, para desviar su
atención de la conmoción que lo estaba agitando, subió
a la tribuna y mandó convocar la asamblea. En ella, des-
pués de darle por vez primera a Masinisa el título de rey
y de colmarlo de grandes elogios, lo galardonó con una
corona de oro, una pátera de oro, una silla curul, un cetro
12 de marfil, una toga recamada y una túnica palmeada. Lo
honró además con unas palabras, diciéndole que entre los
romanos la distinción de mayor magnificencia era el triun-

fo, y que para un triunfador no había galardón más espléndido que el que a juicio del pueblo romano se merecía Masinisa, el único entre todos los extranjeros. Después elo- 13
gió también a Lelio y lo recompensó con una corona de oro; asimismo, fueron recompensados otros miembros del ejército a tenor de los servicios que cada cual había prestado. Con estos honores se serenó el ánimo del rey y se ani- 14
mó con la perspectiva de hacerse pronto dueño de toda Numidia, una vez eliminado Sífax.

Escipión envió a Roma a Gayo Lelio con Sífax y los 16
demás prisioneros, con los cuales partieron también los embajadores de Masinisa, y él trasladó de nuevo su campamento a Tinete, terminando las fortificaciones que había comenzado. En los cartagineses había provocado una ale- 2
gría pasajera y casi vacía de contenido el ataque a la flota, relativamente afortunado por el momento; pero, consternados por la noticia de la captura de Sífax, en quien habían depositado casi mayores esperanzas que en Asdrúbal y en su propio ejército, no hicieron más caso a ningún 3
partidario de la guerra y enviaron a los treinta ancianos más notables como parlamentarios para pedir la paz. Éstos formaban, entre los cartagineses, el consejo más venerable y de mayor influencia en la dirección del propio senado. Cuando llegaron al cuartel general del campamen- 4
to romano, se postraron al estilo de los cortesanos, siguiendo la costumbre de su país de origen, supongo. Su discur- 5
so estuvo en consonancia con tan humilde actitud cortesana, no tratando de exculparse sino cargando la responsabilidad de su falta sobre Aníbal y los miembros de su poderosa facción. Pedían perdón para su ciudad, dos veces ya 6
llevada a la ruina por la imprudencia de sus ciudadanos, y que por segunda vez se salvaría por la benevolencia de sus enemigos; el pueblo romano tenía como objetivo el do- 7

minio sobre los enemigos vencidos, no su destrucción; podía mandarles lo que quisiera, estaban dispuestos a obedecer sumisamente.

8 Escipión dijo que había ido a África con la esperanza de volver a su país llevando no la paz sino la victoria, y que esa esperanza suya se había visto reforzada con el
9 éxito de los resultados bélicos; sin embargo, y aun cuando tenía la victoria al alcance de la mano, no rehusaba la paz, para que todas las naciones supieran que el pueblo romano emprendía y también terminaba las guerras de acuerdo con
10 la justicia. Ponía las siguientes condiciones para la paz: devolución de los prisioneros, desertores y prófugos; retirada de las tropas de Italia y de la Galia [337]; renuncia a Hispania; retirada de todas las islas situadas entre Italia y
11 África; entrega de todas las naves de guerra menos veinte, y de quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de
12 cebada. En cuanto a la cantidad de dinero que les exigió, los datos difieren bastante; en unos me encuentro con cinco mil talentos, en otros con cinco mil libras de plata, en
13 otros con una paga doble para las tropas. «Se os concederá un plazo de tres días —añadió— para deliberar si estáis de acuerdo con la paz en estas condiciones. Si os parece bien, concertad una tregua conmigo y enviad a Roma em-
14 bajadores al senado». Despedidos con estas palabras, los cartagineses estimaron que no se debía rechazar ninguna condición de paz, y es que buscaban ganar tiempo en tanto
15 Aníbal hacía la travesía a África, y enviaron unos diputados a Escipión para concertar una tregua y otros a Roma a pedir la paz; estos últimos, para cubrir las apariencias, llevaban unos pocos prisioneros, desertores y prófugos para lograr más fácilmente la paz.

---

[337] Cisalpina.

Embajadores de Masinisa ante el senado romano. Derrota de Magón en el norte de Italia

Muchos días antes había llegado Lelio 17 a Roma llevando prisioneros a Sífax y los númidas más importantes. Hizo ante los senadores una exposición detallada de todos los hechos ocurridos en África, y suscitó en todos una gran alegría para el presente y unas grandes esperanzas para el futuro. A continuación se les pidió 2 su parecer a los senadores, y dictaminaron que se debía enviar al rey a Alba[338] para su custodia y que Lelio debía quedarse hasta que llegase la embajada cartaginesa. Se de- 3 cretaron cuatro días de acción de gracias. El pretor Publio Elio levantó la sesión del senado y convocó a continuación la asamblea del pueblo, y subió a la tribuna rostral con Gayo Lelio. Al oír que habían sido derrotados los ejércitos 4 cartagineses, que había sido vencido y hecho prisionero un rey muy nombrado, que toda Numidia había sido recorrida victoriosamente, los allí presentes no podían refrenar 5 su júbilo y lo exteriorizaban con gritos y otras manifestaciones habituales en la masa que expresa una alegría incontenible. El pretor, por tanto, ordenó inmediatamente 6 por medio de un edicto que los guardianes de los templos los abriesen en toda la ciudad y que se permitiese al pueblo recorrerlos, saludar a los dioses y darles gracias a lo largo de todo el día.

Al día siguiente hizo entrar en el senado a los embaja- 7 dores de Masinisa. Éstos comenzaron por felicitar al senado por los éxitos obtenidos por Escipión en África. A con- 8 tinuación dieron las gracias porque Escipión había no sólo llamado sino hecho rey a Masinisa devolviéndolo al reino paterno, en el que, una vez eliminado Sífax, si así lo decidían los senadores, reinaría sin temor y sin oposición,

---

338 *Alba Fucentia,* colonizada por Roma en 303 (cf. X 1, 1).

9 y porque lo había elogiado vivamente ante la asamblea de
soldados y lo había galardonado con espléndidos presen-
tes, que Masinisa había procurado y procuraría en adelan-
10 te merecer. Pedía que el senado confirmase con un decreto
el título de rey y los demás beneficios y presentes de Esci-
11 pión; y, si no les parecía mal, Masinisa pedía también que
devolviesen los prisioneros númidas que estaban encarcela-
dos en Roma; esto le daría un gran prestigio entre sus com-
12 patriotas. A todo esto se les contestó a los embajadores
que se hacía partícipe al rey de la felicitación por los éxitos
obtenidos en África; que se estimaba que Escipión había
obrado justa y regularmente al darle el título de rey, y
que cualquier otra cosa que hubiese hecho para dar satis-
facción a Masinisa contaba con la aprobación y el aplauso
13 del senado. Se fijaron además los presentes que los emba-
jadores llevarían al rey: dos mantos de púrpura con sendas
fíbulas de oro y dos túnicas laticlavas, dos caballos engala-
nados con fáleras, dos armaduras de caballería con cora-
za, y tiendas de campaña con utillaje militar como las que
14 solían proporcionarse a los cónsules. Éstos fueron los pre-
sentes que el pretor recibió instrucciones de enviar al rey;
los embajadores fueron obsequiados con regalos por valor
de al menos cinco mil ases cada uno, y de mil cada miem-
bro de su séquito; con dos juegos de vestimenta cada em-
bajador, y con uno cada acompañante y cada uno de los
númidas que habían sido liberados y eran devueltos al rey.
Aparte de esto se les proporcionaron a los embajadores
residencias, localidades reservadas y los agasajos de la
hospitalidad.

18 Durante el mismo verano en que se tomaron en Roma
estas decisiones y se produjeron en África estos aconteci-
mientos, el pretor Publio Quintilio Varo y el procónsul
Marco Cornelio libraron una batalla en toda regla con el

cartaginés Magón en el territorio de los galos ínsubres. Las legiones del pretor estaban en primera línea; Cornelio 2 mantuvo las suyas en la reserva y él se trasladó a caballo a la vanguardia. Delante de las dos alas, el pretor y el procónsul animaban a las tropas a lanzarse al ataque contra el enemigo con el mayor ímpetu. Como no había forma 3 de hacerle ceder, Quintilio le dijo a Cornelio: «Como ves, la batalla se alarga bastante; los enemigos, al resistir más de lo que contaban, se sobreponen al miedo y hay peligro de que éste se transforme en audacia. Es preciso que 4 desencadenemos el huracán de la caballería si queremos descentrarlos y moverlos de su sitio. Por tanto, o bien tú mantienes el combate en primera línea y yo conduzco a los jinetes a la lucha, o bien yo dirijo la acción aquí en primera línea y tú lanzas sobre el enemigo la caballería de las cuatro legiones». Como el procónsul aceptaba el co- 5 metido que el pretor quisiese, el pretor Quintilio con su hijo, un joven animoso que se llamaba Marco, se dirigió hacia los jinetes, les ordenó montar sobre sus caballos y los lanzó de improviso sobre el enemigo. La infantería su- 6 mó su grito de guerra potenciando el fragor de la caballería, y el frente enemigo no habría resistido si Magón, al primer avance de la caballería, no hubiera puesto en acción a los elefantes que tenía preparados. Su barritar, su 7 olor y su aspecto asustó a los caballos, perdiendo su efectividad la intervención de la caballería. Por otra parte, si bien la caballería romana, metida en la refriega, donde podía utilizar la pica, y en la distancia más corta la espada, era más fuerte, los númidas disparaban mejor desde lejos sus flechas contra ella, que se había apartado al espantarse los caballos. Al mismo tiempo la legión duodécima de in- 8 fantería, destrozada en gran parte, mantenía su posición más por pundonor que por contar con fuerzas. Y no la 9

habría mantenido por más tiempo de no ser porque la le-
gión decimotercera, conducida a primera línea desde la re-
serva, tomó el relevo en el incierto combate. También Ma-
gón enfrentó sus galos de la reserva a esta legión de
10 refresco. Dispersados éstos sin mayores esfuerzos, los *has-
tati* de la undécima legión, en formación cerrada, cargaron
contra los elefantes, que en esos momentos estaban sem-
brando también el desconcierto entre las filas de la infan-
11 tería. Dispararon contra ellos sus jabalinas sin apenas fa-
llar un tiro, pues estaban muy juntos, y les hicieron revol-
verse a todos contra sus propias líneas. Cuatro de ellos
12 cayeron acribillados de heridas. Entonces, comenzó a ce-
der el frente enemigo al cargar al mismo tiempo toda la
caballería, nada más ver que los elefantes huían, para
aumentar el pánico y la confusión. Pero mientras Magón
se mantuvo delante de la primera línea, se iban replegando
poco a poco y conservaban las filas y el nivel de combati-
13 vidad; mas cuando vieron que caía con un muslo atravesado
y era retirado del combate casi desangrado, inmediatamen-
te emprendieron todos la huida. Aquel día murieron unos
cinco mil enemigos, y se capturaron veintidós enseñas mili-
14 tares. Tampoco para los romanos fue una victoria incruen-
ta: hubo dos mil trescientas bajas en el ejército del pretor,
pertenecientes, la inmensa mayoría, a la legión duodécima,
de la que también cayeron dos tribunos militares, Marco
15 Cosconio y Marco Mevio. Asimismo, de la legión decimo-
tercera, que había entrado en batalla al final, cayó el tri-
buno militar Gayo Helvio mientras intentaba restablecer
el combate, y sucumbieron unos veintidós brillantes jine-
tes, aplastados por los elefantes, junto con varios centurio-
nes. Y la lucha se habría prolongado si no hubieran renun-
ciado a la victoria al ser herido su general.

Magón y Aníbal llamados a Cartago. Alegría y preocupación en Roma

Partió Magón en el silencio de la noche siguiente y, alargando las etapas de marcha todo lo que su herida le permitía soportar, llegó al mar, en el territorio de los lígures ingaunos. Allí fueron a verle los enviados de Cartago, que habían desembarcado en el golfo Gálico pocos días antes, y le transmitieron la orden de que cruzase a África cuanto antes; que su hermano Aníbal haría otro tanto (pues también a él había ido a verle una delegación con idénticas instrucciones); no estaba Cartago en condiciones de ocupar militarmente la Galia e Italia. Aparte de las órdenes del senado y el peligro que corría su patria, pesaba también en Magón el temor a que si no se daba prisa se le echase encima el enemigo y a que los propios lígures, viendo que los cartagineses abandonaban Italia, se pasasen al bando de los que muy pronto les tendrían bajo su dominio; como al mismo tiempo tenía la esperanza de que su herida soportaría mejor la navegación que el traqueteo del camino por tierra y que todo contribuiría a su mejor tratamiento, embarcó las tropas y partió; pero apenas rebasada Cerdeña murió a causa de la herida [339]. Además, la flota romana que operaba cerca de Cerdeña capturó un buen número de naves cartaginesas que iban dispersas en alta mar. Éstos fueron los hechos ocurridos en tierra y mar en la zona de Italia que se extiende al pie de los Alpes.

El cónsul Gayo Servilio no hizo nada digno de mención ni en la provincia de Etruria ni en la Galia, que también hasta allí había llegado. Liberó, sin embargo, del cautiverio a su padre, Gayo Servilio, y a Gayo Lutacio [340], que

19 · 2 · 3 · 4 · 5 · 6 · 7

[339] Sobre la muerte de Magón había versiones muy diversas.
[340] El cónsul de 220.

hacía quince años habían caído prisioneros de los boyos
8 en el poblado de Taneto [341]; y, flanqueado por su padre
y por Cátulo, regresó a Roma, resaltando en él la gloria
9 privada más que la pública. Fue presentada al pueblo la
propuesta de que no se le exigieran responsabilidades a Gayo
Servilio porque, contraviniendo lo que prescribía la ley,
había sido tribuno y edil de la plebe estando vivo su padre,
que había desempeñado una magistratura curul [342], ya que
ignoraba dicha circunstancia. Una vez aprobada esta propuesta regresó a su provincia.

10 Consencia, Aufugo, Bergas, Besidias, Ocrículo, Linfeo,
Argentano [343], Clampecia y otras poblaciones poco importantes se pasaron al cónsul Gneo Servilio que se encontraba en el Brucio, al ver que la Guerra Púnica tocaba
11 a su fin. Este mismo cónsul libró batalla contra Aníbal
en territorio crotoniense. Las referencias de este combate
son poco claras. Valerio Anciate sostiene que fueron cinco
mil los enemigos muertos; o bien se trata de una invención
descarada, o fue un descuido no hacer alusión a una ac-
12 ción tan importante. En cualquier caso, Aníbal no realizó
en Italia ninguna operación más, pues también a él se le
presentaron, casualmente por las mismas fechas que a Magón, los enviados de Cartago reclamando su vuelta a África.

20 Dicen que al oír las palabras de los delegados le rechinaron los dientes, gimió y le costó trabajo contener las lágri-
2 mas. Después que le comunicaron las órdenes dijo: «Ya
no reclaman mi vuelta con rodeos sino abiertamente los
que ya antes querían forzar mi salida de aquí impidiendo
3 el envío de refuerzos y dinero. Aníbal, pues, ha sido venci-

[341] Entre las actuales Parma y Reggio nell'Emilia. Cf. XXI 25, 13.

[342] Había sido pretor, según Polibio. Cf. XXVII 21, 10.

[343] Poblaciones del Brucio para cuya localización faltan referencias.

do no por el pueblo romano, tantas veces derrotado y puesto en fuga, sino por el senado cartaginés, con la calumnia y la envidia. Y con este vergonzoso retorno mío no se ale- 4
grará y ufanará tanto Publio Escipión como Hannón [344], que hundió nuestra casa con la ruina de Cartago, ya que por otro medio no fue capaz».

Presintiendo una eventualidad como ésta ya había pre- 5
parado con anterioridad las naves. Y así, después de distribuir las tropas inútiles, aparentemente como guarniciones, por las escasas plazas del territorio del Brucio que se mantenían a su lado más por miedo que por lealtad, trasladó
a África lo más escogido de su ejército; antes, hizo matar 6
de forma brutal en el propio templo de Juno Lacinia, inviolado hasta aquel día, a muchos itálicos que se negaban a seguirle a África y se habían refugiado en el santuario.
Dicen que pocas veces dejó nadie su patria para ir al des- 7
tierro tan abatido como iba Aníbal cuando abandonó la tierra enemiga; que repetidas veces volvió la vista hacia las costas de Italia, y que, acusando a los dioses y a los hombres, echó maldiciones contra sí mismo y su propia cabeza
por no haber conducido a sus tropas a Roma cuando aún 8
estaban cubiertas de sangre por la victoria de Cannas [345]; Escipión se había atrevido a marchar sobre Cartago sin haber visto, siendo cónsul, a su enemigo cartaginés en Ita-
lia, y él, después de haber abatido a cien mil combatientes 9
en Trasimeno y Cannas, se había hecho viejo en los alrededores de Casilino [346], de Cumas y de Nola [347]. Inculpándose y lamentándose de esta forma se vio obligado a salir de la Italia que durante tanto tiempo había ocupado.

[344] Líder del partido oponente de los Barca. Cf. XXI 3, 2.
[345] Ver XXII 51, 1-4.
[346] Al noroeste de Capua, donde la Vía Apia cruzaba el río Volturno.
[347] Cf. XXIII 14, 5.

21 En Roma se recibió en las mismas fechas la noticia de
la partida de Magón y la de Aníbal. La alegría producida
por este doble motivo de satisfacción quedó atenuada, de
una parte, por el hecho de que los generales parecían ha-
ber tenido poca voluntad o poca fuerza a la hora de rete-
nerlos, misión que les había encomendado el senado,
2 y de otra por el hecho de que preocupaba el desenlace fi-
nal de la guerra ahora que todo su peso gravitaba sobre
3 un solo ejército y un único general. Por aquellos mismos
días llegaron unos diputados saguntinos conduciendo a unos
cartagineses que habían sido apresados con el dinero con
que habían cruzado a Hispania para reclutar tropas auxi-
4 liares. Depositaron en el vestíbulo de la curia doscientas
5 cincuenta libras de oro y ochocientas de plata. Se recibió
y encarceló a los hombres, pero el dinero fue devuelto a
los diputados dándoles las gracias; además se les dieron
regalos y naves para su regreso a Hispania.

6 Los más ancianos pusieron luego de relieve el hecho
de que el ser humano es menos sensible a lo bueno que
a lo malo; recordaron el miedo cerval que había causado
el paso de Aníbal a Italia: ¡qué desastres habían sobreveni-
7 do después, qué sufrimientos!; desde las murallas de la ciu-
dad se había visto el campamento enemigo: ¡los votos que
se habían hecho individual y colectivamente!, ¡la de veces
que se habían oído en las asambleas las palabras de los
8 que se preguntaban, tendiendo las manos al cielo, si algu-
na vez llegaría el día en que verían libre de enemigos a
9 Italia, disfrutando de paz y prosperidad! Por fin, al cabo
de quince años, los dioses se lo habían concedido, pero
no había nadie que propusiera dar gracias a los dioses;
ni siquiera en el momento en que están recibiendo un fa-
vor se muestran agradecidos los hombres: ¡como para que
10 se acuerden de los pasados! Entonces toda la curia pidió

por aclamación que el pretor Publio Elio presentase una moción, y se decretó la celebración de acciones de gracias en todos los templos durante cinco días y la inmolación de ciento veinte víctimas adultas.

Ya habían sido despedidos Lelio y los embajadores de 11
Masinisa cuando llegaron noticias de que los embajadores cartagineses que venían al senado para negociar la paz habían sido vistos en Putéolos, desde donde llegarían por tierra. Entonces se decidió llamar de nuevo [348] a Lelio para que estuviera presente en las negociaciones de paz. Quinto 12
Fulvio Gilón, legado de Escipión, condujo a Roma a los cartagineses. A éstos no se les permitió la entrada en la ciudad; se les dio alojamiento en una residencia oficial [349] y el senado les dio audiencia en el templo de Belona.

La embajada de Cartago ante el senado romano

Su discurso fue muy parecido al que 22
habían pronunciado ante Escipión, exculpando al gobierno y cargando sobre Aníbal la responsabilidad de la guerra: éste 2
había cruzado no sólo los Alpes sino incluso el Ebro sin la autorización del senado, y la ofensiva bélica contra los romanos, igual que antes contra los saguntinos, había sido iniciativa personal suya; en realidad, 3
si bien se miraba, el senado y el pueblo cartaginés habían respetado escrupulosamente hasta la fecha su tratado con los romanos; por eso, la única misión que se les había en- 4
comendado a ellos era pedir que se les permitiera mantener las mismas condiciones de paz que concertaron finalmente con Gayo Lutacio [350]. Cuando el pretor, de acuerdo con 5
la práctica habitual, dio a los senadores la posibilidad de

[348] No concuerda con lo dicho en 17, 2.

[349] La *villa publica* estaba en el Campo de Marte.

[350] Tras la victoria naval obtenida por Gayo Lutacio Cátulo, pero siendo cónsul Quinto Lutacio Cercón, en el año 241.

interrogar a los embajadores si alguno quería alguna aclaración, los más ancianos, que habían intervenido en la negociación de los acuerdos de paz hicieron diversas preguntas; y cuando los embajadores dijeron que ellos no se acordaban debido a su edad —casi todos eran jóvenes, en
6 efecto—, desde todos los puntos de la curia se alzaron gritos de que para reclamar el antiguo tratado de paz se había elegido, con perfidia púnica, a quienes precisamente no lo recordaban.

23 Luego, una vez retirados de la curia los embajadores, se abrió un turno de intervenciones. Marco Livio [351] consideraba que se debía llamar a Gayo Servilio, que era el cónsul que estaba más cerca, para tratar en su presencia la
2 cuestión de la paz; dado que ésta era la más importante de cuantas cuestiones se podían abordar en el debate, no le parecía a él que fuese muy acorde con la dignidad del pueblo romano discutirla en ausencia de uno de los cónsu-
3 les o incluso de ambos. Quinto Metelo, que había sido cónsul y dictador tres años antes, dijo que Publio Escipión, destruyendo sus ejércitos y arrasando sus territorios, había puesto al enemigo en la tesitura de tener que suplicar la
4 paz, y que la persona más capacitada para poder valorar con más exactitud con qué intenciones se pedía esa paz era quien estaba dirigiendo la guerra a las puertas de Cartago: por consiguiente, la paz debía ser aceptada o rechazada siguiendo el consejo de Escipión y de nadie más.
5 Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces [352], argumentaba que eran espías, no embajadores, los que habían venido; que se les debía hacer salir de Italia, enviando una guardia con ellos hasta las naves, y se le debía escribir

[351] Salinátor.

[352] Ver nota 279.

a Escipión que no aflojara en su ofensiva. Lelio y Fulvio 6
añadieron que Escipión había basado su esperanza de paz en que no fuesen llamados de Italia Aníbal y Magón; que, por lo demás, los cartagineses simularían cualquier 7
cosa mientras esperaban a estos generales y sus ejércitos, pero después reanudarían la guerra olvidándose de los tratados, aunque fueran recientes, y de todos los dioses. Esta consideración hizo que la mayoría se inclinara a favor de la propuesta de Levino. Los embajadores fueron despedi- 8
dos sin concertar la paz y casi sin respuesta.

Naufragio de un convoy romano. Ruptura de la tregua. Aníbal arriba a Leptis. Ofensiva de Filipo de Macedonia

Por aquellos días, el cónsul Gneo Ser- 24
vilio, plenamente convencido de que le correspondía a él la gloria de la pacificación de Italia, persiguiendo a Aníbal como si él lo hubiera obligado a huir, cruzó hasta Sicilia dispuesto a hacer la travesía de allí a África. Cuando se tuvo co- 2
nocimiento de esto en Roma, primeramente los senadores se pronunciaron a favor de que el pretor escribiese al cónsul que el senado juzgaba oportuno su retorno a Italia; des- 3
pués, cuando el pretor [353] dijo que el cónsul no haría caso de una carta suya, se nombró dictador a Publio Sulpicio [354] con ese fin concreto, y éste, en virtud de las atribuciones que le confería su superior autoridad, llamó al cónsul a Italia. El dictador dedicó el resto del año, con Marco 4
Servilio [355] como jefe de la caballería, a recorrer las ciudades de Italia que con la guerra se habían pasado al enemigo, investigando cada caso en particular.

[353] El pretor urbano, Elio Peto.
[354] Galba, cónsul en 211 y 200.
[355] Gémino, cónsul en 202.

5 Durante el período de tregua, cien naves de transporte enviadas desde Cerdeña por el pretor Publio Léntulo con provisiones, escoltadas por veinte navíos de guerra, hicieron la travesía hasta África sin problemas con el tiempo
6 ni con el enemigo. Gneo Octavio, que cruzaba desde Sicilia con doscientas naves de carga y treinta de guerra, no
7 tuvo la misma suerte. Después de navegar sin contratiempos hasta casi avistar África, el viento primero cesó y después roló al sudoeste, desbarató el convoy y dispersó las
8 naves por todas partes. Él, venciendo las olas contrarias con gran esfuerzo de los remeros, llegó hasta el promonto-
9 rio de Apolo; la mayor parte de las naves de transporte fueron arrastradas hacia Egimuro, isla que cierra hacia mar abierto la bahía en que está situada Cartago, a unas treinta millas de esta ciudad; las demás fueron impulsadas hasta
10 Aguas Calientes [356], en dirección a la propia ciudad. Todo esto era visible desde Cartago, por eso la población acudió al foro corriendo desde toda la ciudad; los magistrados convocaron al senado; en el vestíbulo de la curia el pueblo reclamaba a gritos que no se dejase escapar el cuantioso bo-
11 tín que tenían a la vista y al alcance de la mano. Algunos se oponían en razón del compromiso de las negociaciones de paz y otros del de la tregua, cuyo plazo no había expirado aún, pero en aquella asamblea en que casi se confundían senado y pueblo se acordó que Asdrúbal se dirigiera a Egimuro con una flota de cincuenta navíos y a partir de allí capturase las naves romanas dispersas por la costa
12 y en los puertos. Las naves de carga, abandonadas por la huida de los marineros, fueron remolcadas por la popa, primero desde Egimuro y después desde Aguas Calientes, hasta Cartago.

[356] Enfrente de Cartago por el Este, en la bahía.

No habían vuelto aún de Roma los embajadores, y no 25
se sabía cuál era la postura del senado romano acerca de
la guerra o la paz, ni había expirado aún el plazo de la
tregua. Por eso, Escipión, considerando que la ruptura de 2
la tregua y de las esperanzas de paz era un agravio tanto
más indignante por cuanto era obra de los mismos que
habían solicitado esa tregua y esa paz, envió inmediata-
mente de embajadores a Cartago a Lucio Bebio, Lucio Ser-
gio y Lucio Fabio. Éstos estuvieron a punto de ser agredi- 3
dos por la multitud que se aglomeró, y viendo que a la
vuelta no iban a correr menos peligro pidieron a los magis-
trados, gracias a cuya intervención se había impedido la
violencia, que enviasen unas naves para que les dieran es-
colta. Se les concedieron dos trirremes, que se volvieron 4
a Cartago al llegar al río Bágrada [357], desde donde se divi-
saba el campamento romano. La flota cartaginesa estaba 5
fondeada frente a Útica. Tres cuatrirremes pertenecientes
a ella, fuese porque se envió un mensaje secreto desde Car-
tago para que lo hicieran o fuese porque Asdrúbal, el co-
mandante de la flota, decidió una acción semejante sin
implicación del gobierno, atacaron de improviso desde mar 6
abierto a la quinquerreme romana cuando doblaba el pro-
montorio. Pero no podían ni golpearla con sus espolones,
ya que se les escapaba por velocidad, ni saltar armados
sobre ella, más alta, desde sus naves más bajas. Además 7
de defendió perfectamente mientras hubo armas arrojadi-
zas suficientes. Al agotarse éstas, lo único que podía de-
fenderla era la proximidad de tierra y los soldados que acu-
dían en masa a la costa desde el campamento. La impulsa- 8
ron, pues, hacia la orilla a gran velocidad remando con
todas sus fuerzas y salieron todos sanos y salvos, perdiendo

[357] El actual Medjerda, que antiguamente desembocaba más al sur.

9 únicamente la nave. Violada así la tregua de forma fla-
grante con dos felonías consecutivas, llegaron de Roma Le-
10 lio y Fulvio con los embajadores cartagineses. Escipión les
dijo que aun cuando los cartagineses habían quebrantado
tanto la inviolabilidad de la tregua como el derecho inter-
nacional en la persona de los parlamentarios, sin embargo
él no tomaría contra ellos ninguna represalia, indigna de
la tradición del pueblo romano y de sus personales normas
de comportamiento. Y tras despedir a los embajadores se
preparaba para la guerra.

11 Cuando Aníbal se aproximaba ya a tierra mandó a uno
de los tripulantes que subiera al mástil para observar a qué
12 punto se dirigían; éste le dijo que la proa apuntaba hacia
un sepulcro en ruinas, y entonces, tratando de alejar el
mal presagio, ordenó al timonel que siguiera rumbo, arri-
bó con la flota cerca de Leptis [358] y desembarcó las tropas.

26 Éstos fueron los hechos ocurridos en África aquel año;
los que vienen a continuación llegan hasta el año en que
fueron elegidos cónsules Marco Servilio Gémino, que en-
tonces era jefe de la caballería, y Tiberio Claudio Nerón.
2 Hay que añadir que, hacia finales de este año anterior, una
delegación de las ciudades de Grecia aliadas vino a quejar-
se de que sus territorios habían sido devastados por las
tropas del rey Filipo, y de que éste se había negado a reci-
bir a los embajadores que habían ido a Macedonia a pre-
3 sentar una reclamación. Al mismo tiempo informaron de
que, según rumores, cuatro mil soldados capitaneados por
Sópatro habían cruzado a África para reforzar a los carta-
gineses, y que junto con ellos se había enviado bastante
4 dinero. Por ello, el senado consideró que se debían enviar

---

[358] *Leptis Minor,* en la costa este de Túnez, entre la actual Monastir y Tapso. La *Leptis Magna* estaba en Tripolitania.

embajadores al rey para comunicarle que en opinión de
los senadores estos actos constituían una violación del tra-
tado. Fueron enviados Gayo Terencio Varrón, Gayo Ma-
milio [359] y Marco Aurelio [360]. Se les proporcionaron tres
quinquerremes.

Fue un año marcado por un enorme incendio que arra- 5
só la Cuesta Publicia, por una inundación, y por una baja
en el precio de los víveres, debida en parte al hecho de
que con la paz toda Italia estaba abierta y en parte a que 6
los ediles curules Marco Valerio Faltón y Marco Fabio Bu-
teón distribuyeron a la población, por barrios, una gran
cantidad de trigo llegada de Hispania, a cuatro ases el
modio.

En este mismo año murió Quinto Fabio Máximo a edad 7
muy avanzada, si efectivamente es verdad que fue augur
durante sesenta y dos años, cosa que afirman algunos his-
toriadores. Indiscutiblemente fue un hombre digno de tan 8
gran sobrenombre, aun en caso de haber sido el primero
en llevarlo. Desempeñó mayor número de magistraturas que
su padre [361], y tantas como su abuelo [362]. Rulo, su abuelo,
se distinguió por un mayor número de victorias y unas ba-
tallas más importantes, pero un enemigo como Aníbal, por
sí solo, puede compararse a todo. Se le consideró, no obs- 9
tante, más prudente que decidido, y si bien se puede dudar
si su indecisión se debía a su carácter o a que era la táctica
más apropiada para la guerra que entonces se estaba li-
brando, en todo caso nada hay más cierto que, como dice
Ennio, un solo hombre, empleando una táctica dilatoria,
restableció nuestra situación. Para reemplazarlo fue consa- 10

[359] Atelo.

[360] Cota.

[361] Quinto Fabio Máximo Gúrgite, cónsul por tercera vez en 265.

[362] Quinto Fabio Máximo Rulo o Ruliano, cónsul por quinta vez en 295.

grado augur su hijo [363] Quinto Fabio Máximo, y para sucederle como pontífice —pues desempeñó ambos sacerdocios— fue consagrado Servio Sulpicio Galba.

11 Los Juegos Romanos fueron reinaugurados un día, y tres los Plebeyos completos, por los ediles Marco Sextio Sabino y Gneo Tremelio Flaco. Éstos fueron elegidos pretores los dos, junto con Gayo Livio Salinátor y Gayo
12 Aurelio Cota. Las discrepancias entre los historiadores hacen que no haya certeza sobre si presidió las elecciones de aquel año el cónsul Gayo Servilio o Publio Sulpicio, al que habría nombrado dictador porque a él lo retenía en Etruria la investigación que estaba realizando, siguiendo instrucciones del senado, acerca de las conspiraciones de los notables.

Nuevos cónsules. Asignación de provincias. Estados de ánimo en Roma y Cartago

27 A principios del año siguiente [364], Marco Servilio y Tiberio Claudio convocaron al senado en el Capitolio y sometieron a debate la cuestión de la asignación de pro-
2 vincias. Como los dos pretendían África, querían que entrase en sorteo Italia y África; pero gracias a los ímprobos esfuerzos de Quinto Metelo,
3 África no fue asignada ni negada. Se instó a los cónsules a que hablaran con los tribunos de la plebe con vistas a que, si a éstos les parecía oportuno, preguntasen al pueblo quién quería éste que tuviese el mando en la guerra de Áfri-
4 ca. Todas las tribus votaron a favor de Publio Escipión. Aun así, los cónsules echaron a suertes la provincia de Áfri-
5 ca, pues ésa había sido la decisión del senado. Le correspondió a Tiberio Claudio, que se trasladaría allí con una

[363] Posible error por nieto.
[364] 202 a. C.

flota de cincuenta naves, quinquerremes todas ellas, y tendría el grado de general supremo en paridad con Publio Escipión. A Marco Servilio le tocó en suerte Etruria. Para 6
esta misma provincia se le prorrogó el mando a Gayo Servilio, por si el senado decidía que el cónsul permaneciese en Roma. En cuanto a los pretores, a Marco Sextio le tocó 7
en suerte la Galia, provincia que le entregaría Publio Quintilio Varo con sus dos legiones; a Gayo Livio, el Brucio, con las dos legiones que había mandado el procónsul Publio Sempronio el año anterior; a Gneo Tremelio, Sicilia, 8
provincia que le entregaría con sus dos legiones Publio Vilio Tápulo, pretor del año anterior; Vilio defendería como propretor la costa de Sicilia con veinte navíos de guerra y un millar de hombres, mientras que Marco Pomponio 9
trasladaría a Roma mil quinientos soldados con las veinte naves restantes. A Gayo Aurelio Cota le tocó en suerte la jurisdicción urbana. A los demás se les prorrogó el mando, conservando cada uno sus provincias y ejércitos. Aquel 10
año se defendió el imperio con no más de dieciséis legiones. Por otra parte, para que todo se iniciase y se desarro- 11
llase contando con el favor de los dioses, se acordó que los cónsules, antes de partir para el frente, celebrasen los juegos e inmolasen las víctimas mayores que durante el consulado de Marco Claudio Marcelo y Tito Quincio había prometido con voto el dictador Tito Manlio si al cabo de cinco años la situación de la república continuaba siendo la misma. Se celebraron los juegos en el Circo durante 12
cuatro días y se inmolaron las víctimas a los dioses a quienes habían sido prometidas con voto.

Entretanto, de día en día crecían a un tiempo la inquie- 28
tud y la esperanza, sin que se viera muy claro si debía prevalecer la alegría por el hecho de que Aníbal se hubiera marchado después de dieciséis años dejando libre al pue-

blo romano el dominio de Italia, o si era el temor lo que debía predominar, por el hecho de que hubiese pasado a
2 África con su ejército intacto. En realidad, el peligro había cambiado de escenario, no había desaparecido. No en vano Quinto Fabio, el recientemente fallecido profeta de aquella terrible contienda, había vaticinado con frecuencia que Aníbal habría de ser un enemigo más peligroso en su pro-
3 pia tierra que en suelo extranjero. Escipión no tendría que vérselas con un Sífax, rey de una barbarie sin disciplinar cuyos ejércitos solía instruir Estatorio [365], una especie de cantinero, ni con su suegro Asdrúbal, el más proclive a la huida entre los generales, ni con ejércitos improvisados, formados deprisa y corriendo con una masa de campesi-
4 nos mal armados, sino con Aníbal, nacido, por así decir, en la tienda de mando de su padre, general valerosísimo; criado y educado entre las armas, soldado ya desde niño;
5 general supremo desde muy joven; que había envejecido obteniendo victorias y había cubierto las Hispanias, las Galias e Italia desde los Alpes hasta el Estrecho con los vestigios de sus gigantescas hazañas; que mandaba un ejército tan veterano como él mismo, curtido en el aguante de todas las penalidades que apenas se podía creer que unos hombres hubieran soportado, bañado mil veces en sangre romana, portador de despojos no sólo de soldados sino
6 de generales. Escipión se iba a enfrentar en el campo de batalla a muchos que habían dado muerte con sus propias manos a pretores, a generales, a cónsules romanos; que habían sido galardonados con coronas murales y vallares [366], que se habían paseado por campamentos y ciudades roma-

[365] Cf. XXIV 48.

[366] Galardones para el primero en escalar una muralla o una empalizada enemiga.

nas tomados al asalto. No tenían en esos momentos tantas 7
fasces los magistrados del pueblo romano como las que
Aníbal podía llevar ante sí, capturadas tras dar muerte a
los generales.

A fuerza de dar vueltas en su interior a estos temores, 8
ellos mismos acrecentaban su angustia y su miedo; por otra
parte, cuando a lo largo de varios años se habían habitua-
do a que la guerra se desarrollara ante sus ojos en una
u otra parte de Italia con remotas esperanzas de algún de-
senlace próximo de la contienda, Escipión y Aníbal, como
generales dispuestos para el enfrentamiento definitivo,
habían puesto en tensión los ánimos de todos. Incluso aque- 9
llos que tenían una enorme confianza en Escipión y una
enorme fe en la victoria, cuanto más cercana la presentían,
más preocupados estaban. No era muy diferente el estado 10
de ánimo de los cartagineses, que unas veces se arrepentían
de haber pedido la paz, cuando fijaban su atención en Aní-
bal y la magnitud de sus hazañas, y otras, recordando que 11
habían sido vencidos por dos veces en el campo de batalla,
que Sífax estaba prisionero, que habían sido expulsados
de Hispania y expulsados de Italia, y que todo ello había
sido obra del valor y la inteligencia de Escipión exclusiva-
mente, lo temían como caudillo nacido para exterminarlos,
por designio del destino.

Preámbulos a la batalla de Zama. Entrevista de Aníbal con Escipión

Aníbal había llegado ya a Adrume- 29
to [367]. Se tomó unos breves días para que
los soldados se repusieran del ajetreo de
la travesía y desde allí se dirigió a Zama
a marchas forzadas, impulsado por los
alarmantes informes que le llegaban de
la ocupación total de los alrededores de Cartago. Zama 2
está a cinco jornadas de distancia de Cartago. Desde allí

[367] En la costa, al norte de Monastir, donde la actual Sousse.

envió por delante exploradores, que fueron sorprendidos por las avanzadas romanas y conducidos a presencia de Escipión. Éste los confió a un tribuno militar, los invitó a inspeccionarlo todo sin miedo y ordenó que les dieran una vuelta por el campamento, por donde ellos quisieran.
3 Después les preguntó si lo habían examinado todo a su gusto y se los reenvió a Aníbal asignándoles una escolta.
4 Aníbal no quedó nada contento al oír las noticias que traían, pues contaban, además, que precisamente aquel mismo día había llegado Masinisa con seis mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Lo que más le impresionó fue la confianza, evidentemente fundada en sólidos motivos,
5 del enemigo. Por eso, a pesar de que él era el responsable de la guerra y además con su llegada había roto la tregua pactada y las esperanzas de un acuerdo de paz, convencido de que si pedía la paz mientras sus fuerzas estaban intactas podría conseguir unas condiciones más ventajosas, envió un mensajero a Escipión para que le concediera la posibili-
6 dad de entrevistarse con él. No tengo elementos de juicio para aclarar si lo hizo por propia iniciativa o por decisión
7 de su gobierno. Valerio Anciate cuenta que acudió él personalmente con otros diez parlamentarios al campamento de Escipión después de ser vencido por éste en una primera batalla en que habrían muerto diez mil hombres en el campo de combate y caído prisioneros mil setecientos.

8 Como quiera que fuese, Escipión no se negó a la entrevista y los dos generales de común acuerdo adelantaron sus campamentos para facilitar un encuentro desde cerca.
9 Escipión acampó cerca de la ciudad de Naragara [368], punto estratégico porque había agua a un tiro de dardo, apar-

[368] Probablemente, cerca de la frontera actual entre Túnez y Argelia, a unos ochenta Kms. al oeste de *Zama Regia*.

te de las demás ventajas. Aníbal ocupó una colina, a cua- 10
tro millas de distancia, segura y ventajosa exceptuando lo alejada que estaba del agua. A media distancia entre ambos se eligió un sitio bien visible desde todas partes para que no hubiese lugar a una emboscada.

Dejaron los hombres armados a igual distancia y se acer- 30
caron cada uno con un intérprete; eran los generales más grandes de su tiempo, comparables, además, con cualquier rey o general de cualquier nación de toda la historia ante-
rior a ellos. Guardaron silencio unos instantes mirándose 2
uno a otro como sobrecogidos de admiración mutua. Des-
pués Aníbal habló el primero: «Si estaba fijado por el des- 3
tino que yo, que inicié la guerra contra el pueblo romano y que tantas veces tuve la victoria al alcance de la mano, fuese también el primero en venir a pedir la paz, me alegro de que seas precisamente tú el señalado por la suerte para
que te la pida. También para ti, entre los muchos títulos 4
de gloria que tienes, no será el menos importante este de que se haya doblegado ante ti Aníbal, a quien los dioses concedieron la victoria sobre tantos generales romanos, y de haber sido tú quien ha puesto fin a esta guerra, más memorable por vuestras derrotas que por las nuestras.
La suerte ha querido además, por una ironía del destino, 5
que habiendo yo tomado las armas cuando era cónsul tu padre, y habiendo sido también él el primer general romano con el que me enfrenté con las armas, venga yo a pedir,
inerme, la paz a su hijo. Lo mejor habría sido, sin duda, 6
que los dioses hubieran inculcado a nuestros padres la idea de darnos por contentos vosotros con el imperio de Italia
y nosotros con el de África. Ni siquiera Sicilia y Cerdeña, 7
en efecto, son para vosotros una compensación suficiente por la pérdida de tantas flotas, tantos ejércitos, tantos y tan brillantes generales. Pero es posible censurar lo pasa-

8 do, mas no lo es cambiarlo. Hemos ambicionado lo ajeno
hasta el extremo de tener que combatir por lo nuestro, no
limitándose la guerra a Italia para nosotros y a África para
vosotros, de forma que vosotros visteis las enseñas y las
armas enemigas casi en vuestras puertas y murallas, y no-
sotros hemos oído desde Cartago los ruidos del campa-
9 mento romano. Así ocurre lo que nosotros más habría-
mos detestado y vosotros habríais deseado por encima de
todo: que se negocia la paz cuando a vosotros os van me-
jor las cosas. La negociamos tú y yo, a los que tanto
nos va en que la paz se produzca, y que veremos ratificado
por nuestros gobiernos cualquier acuerdo al que lleguemos;
lo único que hace falta es que nuestra actitud no sea re-
fractaria a planteamientos pacíficos».

10 «En cuanto a mí, que vuelvo ya viejo a la patria de
donde salí de niño, por una parte la edad y por otra los
éxitos y fracasos me han enseñado de tal manera que pre-
fiero seguir los dictados de la razón antes que los de la
11 suerte; tengo miedo, en cambio, de tu juventud y tu ininte-
rrumpida buena estrella, dos cosas que suelen inspirar ma-
yor arrogancia de lo que requiere una negociación serena.
Aquel a quien siempre sonrió la fortuna difícilmente refle-
12 xiona sobre lo incierto de los acontecimientos. Tú eres hoy
lo que yo fui en el Trasimeno y en Cannas. A ti, que reci-
biste el mando supremo cuando apenas tenías edad para
servir a las armas, que lo emprendiste todo con la mayor
13 audacia, nunca te falló la suerte. Saliste a vengar la muerte
de tu padre y de tu tío, la desgracia de tu familia te sirvió
para conseguir una notable reputación de valor y piedad
fuera de lo común; reconquistaste las Hispanias perdidas
14 expulsando de allí a cuatro ejércitos cartagineses; una vez
elegido cónsul, mientras que los demás apenas tenían reda-
ños para defender Italia, tú cruzaste a África y aquí des-

trozaste dos ejércitos, tomaste a la vez e incendiaste a la
misma hora dos campamentos, cogiste prisionero al pode-
rosísimo rey Sífax, y tomando tantas ciudades de su reino
y tantas de nuestro imperio me obligaste a abandonar la
ocupación de Italia, a la que llevaba dieciséis años pegado.
Tu corazón puede preferir la victoria a la paz. Sé lo que 15
es un espíritu más ambicioso que práctico: también a mí
en otro tiempo me sonrió una suerte así. Pero si también 16
en la prosperidad los dioses nos dieran buen sentido, pen-
saríamos no sólo en lo que ya ha sucedido sino también
en lo que puede suceder. Aunque no pienses en todos los
demás, soy un ejemplo suficiente de todas las vicisitudes,
yo que no hace mucho emplacé mi campamento entre el 17
Anio y vuestra ciudad, y me pudiste ver avanzando sobre
Roma y a punto de escalar sus murallas, y ahora me ves
aquí, privado de dos hermanos tan valerosos guerreros co-
mo brillantes generales, suplicando, delante de las mura-
llas de mi patria casi sitiada, para ahorrarle los mismos
terrores que yo causé en vuestra ciudad».

«Cuanto mayores son los éxitos, menos debe uno con- 18
fiarse. En circunstancias favorables para ti e inciertas para
nosotros, la paz es un hermoso gesto de generosidad para
ti que la concedes, y para nosotros, que la pedimos, más
que honrosa es necesaria. Es mejor y más segura una paz 19
cierta que una victoria esperada; la primera depende de
ti, la segunda está en manos de los dioses. No deberías
arriesgar en una hora tantos años de buena suerte. Piensa 20
no sólo en tus fuerzas, sino en el peso de la fortuna y
en la suerte de la guerra, común a unos y a otros; en am-
bos bandos habrá armas, en ambos habrá hombres; en la
guerra es donde menos se corresponden los resultados con
las expectativas. La gloria que sumarás, si vences en la 21
batalla, a la que ahora puedes obtener concediendo la paz

no será tanta como la que restarás si te sobreviene algún contratiempo. El albur de una hora puede dar al traste a un tiempo con las glorias ya conseguidas y con las espe-
22 radas. Concertando la paz, Publio Cornelio, todo está en tus manos; después, habrá que atenerse a la suerte que los
23 dioses deparen. Marco Atilio, tiempo atrás, habría constituido en esta tierra un raro ejemplo de buena suerte y de valor si después de vencer les hubiese concedido a nuestros padres la paz que pedían; pero al no poner límite a su éxito y no controlar el vuelo de su fortuna, cuanto más alto había subido más humillante fue su caída».

24 Evidentemente, es privilegio de quien concede la paz y no de quien la solicita el definir los términos de la misma; pero tal vez no seamos indignos de proponer nosotros
25 mismos nuestra sanción. No nos oponemos a que sea vuestro todo aquello por lo que fuimos a la guerra: Sicilia, Cerdeña, Hispania y cualquier isla que esté comprendida
26 en todo el mar entre África e Italia; los cartagineses, confinados dentro del litoral africano, veremos cómo vosotros, puesto que así lo han querido los dioses, extendéis vuestro dominio por tierra y mar incluso sobre naciones extranjeras.
27 No voy a negar que podéis tener vuestras dudas acerca de la credibilidad púnica debido a la forma no demasiado sincera en que recientemente pedimos y estábamos a la espera de la paz. La garantía de que la paz será respetada, Escipión, depende en gran medida de quién es el que la de-
28 manda. También vuestros senadores, según he oído, negaron la paz debido en buena medida a que nuestra embaja-
29 da no era un dechado de dignidad. La paz la pido yo, Aníbal, que no la pediría si no la considerase ventajosa, y la respetaré por las mismas razones de utilidad por las
30 cuales la pido. Y lo mismo que hice todo lo posible, hasta que los dioses se pusieron en contra, para que nadie se

arrepintiese de la guerra, ya que era yo quien la había iniciado, también me esforzaré para que nadie se sienta pesaroso de la paz promovida por mí».

En respuesta a estas palabras, el general romano replicó más o menos en estos términos: «Yo era consciente, Aníbal, de que los cartagineses violaron el compromiso efectivo de la tregua y frustraron las expectativas de paz porque esperaban tu llegada; realmente, ni siquiera tú tratas de di- 2 simularlo cuando de las anteriores condiciones para la paz lo suprimes todo salvo lo que ya desde hace tiempo está en nuestro poder. Pero igual que tú te preocupas de que 3 tus compatriotas se den cuenta de la enormidad del peso que se les quita de encima gracias a ti, por mi parte yo tengo que esforzarme por no recompensar ahora su perfidia eliminando alguna de las condiciones con las que entonces estaban formalmente de acuerdo. No merecéis que 4 se os mantengan las mismas condiciones, y pretendéis encima sacar provecho de vuestro engaño. Ni nuestros padres fueron los agresores en la guerra por Sicilia, ni nosotros lo fuimos en la guerra por Hispania; entonces fue el peligro que corrían nuestros aliados mamertinos y ahora fue la destrucción de Sagunto lo que nos vistió con las armas de la lealtad y la justicia. Tú mismo reconoces que 5 vosotros fuisteis los agresores, y son testigos de ello los dioses que dieron a aquella guerra un desenlace acorde con el derecho divino y humano, y también a ésta se lo dan y seguirán dando».

«En lo que a mí concierne, tengo presente la debilidad 6 humana y tengo en cuenta el poder de la suerte, y sé que todo cuanto hacemos está sujeto a mil vicisitudes. Pero, 7 de la misma forma que reconocería haber obrado con arrogancia y prepotencia si antes de mi paso a África hubieses venido personalmente a pedir la paz embarcando tus tro-

pas y retirándote voluntariamente de Italia y yo no te hu-
8 biese hecho caso, así, ahora que te he arrastrado a África casi cogiéndote por la mano a pesar de que te mostrabas remiso y oponías resistencia, no me siento obligado a tener
9 ningún miramiento contigo. Por consiguiente, si se añade alguna cláusula a las que entonces parecían constituir la base de un futuro acuerdo de paz, como por ejemplo una indemnización por el ataque llevado a cabo durante la tregua contra el convoy naval y por la violencia llevada a cabo contra los embajadores, tendré algo que presentar al consejo; pero si incluso aquellas condiciones os parecen gravosas, preparaos para la guerra, ya que no pudisteis soportar la paz».

10 Así, sin concertar la paz, vuelven de la entrevista al lado de los suyos, anunciando que las conversaciones han sido infructuosas, que deben decidir las armas, que hay que atenerse a la suerte que los dioses deparen.

Batalla de Zama. Victoria romana

32 Nada más llegar al campamento, tanto uno como otro ordenaron a sus hombres que preparasen sus armas y se preparasen ellos para el combate decisivo, del que saldrían vencedores no para un día sino
2 para siempre, si la suerte se ponía de su parte. Antes de la noche del día siguiente sabrían si era Roma o Cartago quien dictaría su ley a las naciones, pues el premio de la victoria no iba a ser África o Italia sino el orbe entero; tan grande como el premio era el peligro que amenazaba
3 a quienes tuviesen en contra la suerte de la batalla. En efecto, a los romanos no se les ofrecía ninguna perspectiva de escapatoria en una tierra extranjera y desconocida, y sobre Cartago parecía cernirse una destrucción inmediata una vez agotado el último recurso.

Al día siguiente, se disponen para esta confrontación 4
decisiva los dos generales, con mucho, más insignes y los
dos ejércitos más valerosos de los dos más poderosos pue-
blos, que ese día van a poner cima, o a echar por tierra,
las muchas glorias hasta entonces conseguidas. Sus ánimos 5
albergaban sentimientos encontrados, alternando la espe-
ranza y el temor; al mirar unas veces hacia sus filas y otras
hacia las del enemigo sopesando sus fuerzas más a ojo que
con la razón, les asaltaban pensamientos tan pronto ale-
gres como sombríos. Y los que a ellos no se les ocurrían
espontáneamente, se los sugerían sus generales con sus ad-
vertencias o sus palabras de aliento. El cartaginés les recor- 6
daba las empresas llevadas a cabo en suelo itálico durante
dieciséis años y los muchos generales y ejércitos romanos
pasados a cuchillo, y si llegaba junto a un soldado distin-
guido por el recuerdo de algún combate, rememoraba sus
particulares actos de valor. Escipión les recordaba las His- 7
panias, las recientes batallas de África, y lo que habían
reconocido los propios enemigos, incapaces de renunciar
a pedir la paz, por miedo, y de respetarla, por su innata
mala fe. Daba además la versión que le parecía de la entre- 8
vista con Aníbal, que podía tergiversar a su gusto por ha-
berse celebrado sin testigos. Aseguraba en tono premonito- 9
rio que, al salir al campo de batalla, los dioses les habían
manifestado los mismos auspicios con que sus padres ha-
bían combatido junto a las islas Egates. El final de la gue- 10
rra y de los padecimientos era inminente; tenían al alcance
de la mano el botín de Cartago y el regreso a casa, a su
patria, al lado de sus padres, sus hijos, sus esposas
y sus penates. Esto lo decía con el cuerpo bien erguido 11
y con un semblante tan optimista que se diría que ya había
vencido.

A continuación formó en primera línea a los *hastati* y detrás a los *principes,* cerrando la formación con los *triarii.*

33 Sin embargo, no alineó las cohortes en formación com-
pacta ante sus respectivas enseñas, sino con los manípulos
un tanto distanciados uno de otro de forma que hubiera
espacio libre por donde pudieran lanzarse los elefantes ene-
2 migos sin deshacer la formación. A Lelio, que anterior-
mente había prestado servicios como legado y aquel año
lo hacía como cuestor extraordinario en virtud de un de-
creto del senado, lo situó al frente de la caballería itálica
en el ala izquierda, y a Masinisa y los númidas en el ala
3 derecha. Los espacios abiertos entre los manípulos de van-
guardia los cubrió con vélites, que eran la infantería ligera
de entonces, ordenándoles que ante la embestida de los
elefantes se replegasen detrás de las filas regulares o bien
se separaran corriendo a derecha e izquierda pegándose a
los soldados de vanguardia, dejando paso a las bestias pa-
ra que se lanzaran por entre dos líneas de tiro.
4 Aníbal, para sembrar el pánico, colocó en primera lí-
nea a los elefantes, que eran ochenta, más que los que
5 nunca había tenido en ninguna batalla anterior; después,
las tropas auxiliares de lígures y galos mezclados con ba-
leares y moros. En segunda fila situó a los cartagineses
6 y africanos y la legión de macedonios; luego, dejando un
breve espacio, colocó una línea de reserva formada por
soldados itálicos, la mayoría de ellos brucios que le habían
seguido al abandonar Italia obligados por la necesidad más
7 que de forma espontánea. Él también dispuso la caballería
en torno a los flancos, ocupando el derecho los cartagine-
8 ses y el izquierdo los númidas. Siendo tantos hombres cu-
yas lenguas, costumbres, leyes y armas, indumentaria y as-
pecto, y motivos para combatir eran diversos, las arengas

eran diferentes. Ante las tropas auxiliares se hacía resaltar 9
la paga al contado más su multiplicación por lo que se
obtendría del botín. A los galos se los enardecía avivando
su particular odio innato hacia los romanos. A los lígures,
que habían bajado de aridísimas montañas, se les ponía
ante los ojos las fértiles llanuras de Italia para que aspira-
ran a la victoria. A los moros y númidas se los asustaba 10
con la perspectiva de la tiranía sin freno de Masinisa. Ante
unos y otros se jugaba con distintas esperanzas y temores.
A los cartagineses se les hacía recordar las murallas de la 11
patria, los dioses penates, las tumbas de sus antepasados,
los hijos, padres y atemorizadas esposas, y el exterminio
y la esclavitud o el dominio del mundo entero, sin término
medio entre el temor y la esperanza.

Todavía se estaban dirigiendo en estos términos Aníbal 12
a los cartagineses y los jefes de los distintos pueblos a sus
paisanos, en la mayoría de los casos por medio de intér-
pretes si había mezcla de extranjeros, cuando sonaron las
trompetas y cuernos en el campo romano, y se organizó 13
tal alboroto que los elefantes se revolvieron contra los su-
yos, sobre todo contra los moros y númidas del ala iz-
quierda. Masinisa lo tuvo fácil para añadir el pánico a la
confusión y dejó aquella parte de la formación desprovista
del apoyo de la caballería. Sin embargo, algunas de las 14
bestias, lanzadas ciegamente contra el enemigo, causaban
tremendos estragos entre las filas de los vélites recibiendo
a su vez muchas heridas, pues los vélites se replegaban sal- 15
tando hacia los manípulos mientras abrían paso a los ele-
fantes para que no les aplastasen, y arrojaban después sus
lanzas sobre ellos, expuestos a los tiros desde ambos lados;
tampoco cesaban los disparos de jabalinas de los soldados
de vanguardia, hasta que los elefantes, repelidos de entre 16
las filas romanas por los dardos que caían de todas partes,

hicieron emprender la huida a los propios jinetes cartagineses, en su flanco derecho. Lelio, cuando vio descompuestos a los enemigos, añadió el pánico a su confusión.

34 Estaba el ejército cartaginés desguarnecido de su caballería por ambos lados cuando se produjo el choque de la infantería, con moral y fuerzas muy desiguales ya. A esto se añadieron circunstancias que parecen triviales al contarlas pero de gran importancia en el momento de la acción: el grito de guerra de los romanos era uniforme, y por ello más fuerte y más terrible; los gritos de los otros eran discordantes, al tratarse de muchos pueblos de len-
2 guas diferentes; el ataque de los romanos era sólido, presionando sobre el enemigo con su propio peso y el de sus armas; en la otra parte, carreras y agilidad más que fuerza.
3 Así pues, a la primera carga, los romanos hicieron retroceder inmediatamente las líneas enemigas. Después, empujando con el hombro y el escudo, avanzando a medida que los obligaban a retroceder, adelantaron bastante terre-
4 no, como si nadie les ofreciera resistencia. Las últimas filas, por su parte, al notar que el frente cedía, empujaron a las primeras, y esto precisamente contribuyó a rechazar al
5 enemigo con gran fuerza. Por el bando enemigo, la segunda línea —los africanos y cartagineses— no sólo no frenaba el retroceso de las fuerzas auxiliares sino que, por el contrario, cedía terreno por temor a que el enemigo llegara hasta ellos después de hacer trizas a la primera línea si
6 ésta ofrecía una resistencia encarnizada. Consiguientemente, las tropas auxiliares vuelven la espalda de repente, y, dirigiéndose hacia los suyos, unos se refugian en la segunda línea y otros matan a los que no les hacen sitio por
7 no haberles ayudado antes y rechazarlos ahora. Era como si en esos momentos se entrecruzaran dos batallas, al verse obligados los cartagineses a combatir contra los enemigos

y contra los suyos al mismo tiempo. Sin embargo, no ad- 8
mitieron entre sus filas a los que eran presa del pánico
y de la rabia sino que cerraron la formación y los echaron
hacia las alas y el espacio libre circundante, fuera del cam-
po de batalla, a fin de no desorganizar su formación ho-
mogénea e intacta con una tropa desmoralizada por la hui-
da y las heridas.

Por otra parte, el espacio que poco antes ocupaban las 9
fuerzas auxiliares estaba tan obstruido por el amontona-
miento de cuerpos y armaduras que casi resultaba más di-
fícil pasar por allí que antes por entre las apretadas filas
enemigas. Y así los *hastati,* la primera línea, desorganiza- 10
ron enseñas y filas persiguiendo al enemigo por entre ar-
mas y cadáveres hacinados, entre charcos de sangre, cada
uno por donde podía. Comenzaban también a oscilar las
enseñas de los *principes* al ver delante una formación falta
de estabilidad. Cuando se percató de ello Escipión, mandó 11
tocar en seguida retirada a los *hastati,* y una vez retirados
a retaguardia los heridos llevó a los *principes* y *triarii* a
las alas con el fin de dar mayor seguridad y consistencia
al centro del frente, formado por los *hastati.* Se inició así 12
de nuevo y por completo la batalla; se había llegado, en
efecto, a los auténticos enemigos, iguales tanto en arma-
mento como en experiencia bélica, tanto por la fama de
sus hazañas como por la magnitud de sus esperanzas y pe-
ligro. Pero los romanos eran superiores en número y en 13
coraje porque ya habían dado cuenta de la caballería y
de los elefantes y ya se enfrentaban a la segunda línea tras
batir a la primera.

Lelio y Masinisa persiguieron un buen trecho a la caba- 35
llería puesta en fuga y regresaron muy a tiempo, cayendo
sobre el ejército enemigo por retaguardia. Esta carga de 2
la caballería acabó de desarbolar al enemigo. Muchos fue-

ron rodeados y muertos en el campo de combate; muchos
se dispersaron huyendo por la llanura que se extendía a
su alrededor y perecieron aquí y allá, pues la caballería
3 lo cubría todo. Murieron aquel día más de veinte mil, en-
tre cartagineses y aliados; cayeron prisioneros casi otros
tantos, capturándose ciento treinta y dos enseñas militares
y once elefantes. Los vencedores tuvieron unas mil qui-
nientas bajas.

4 Aníbal aprovechó la confusión para escapar con unos
cuantos jinetes, huyendo a Adrumeto. Lo había intentado
todo previamente a la batalla y durante el desarrollo de
5 la misma antes de abandonar el campo de combate, y, a
juicio del propio Escipión y de todos los expertos en temas
militares, mereció elogios por la forma en que aquel día
6 organizó el frente de combate con maestría singular: en
primera línea los elefantes, con vistas a que su imprevisible
embestida y su incontenible fuerza impidieran a los roma-
nos seguir las enseñas y conservar la formación, que eran
7 los factores en que más confiaban; detrás, las tropas auxi-
liares, delante de la línea de los cartagineses, para evitar
que tuviera franca la retirada para huir aquel conglomera-
do de hombres de todas las razas, a quienes retenía no
8 la lealtad sino el interés, y al mismo tiempo para que cansa-
ran éstos al enemigo recibiendo la furia de su ataque ini-
cial, y, si no otra cosa, consiguieran al menos embotarle las
9 armas con las propias heridas; después, los cartagineses y
africanos, que representaban sus mayores esperanzas, para
que, siendo iguales a los otros en todos los sentidos, tuvie-
sen la ventaja de combatir frescos contra los que estarían
agotados y heridos. A los itálicos, que no estaba muy
claro si eran aliados o enemigos, los relegó al final de la
10 formación, dejando incluso un trecho de separación. Aní-
bal, después de hacer esta que parecía su última demostra-

ción de valor, se refugió en Adrumeto; llamado luego a Cartago, adonde regresó treinta y seis años después de haber salido de allí siendo un niño, reconoció en el senado 11
que había perdido no una batalla sino la guerra, y que la única esperanza de salvación era conseguir la paz.

Embajada cartaginesa ante Escipión. Las condiciones de paz

Inmediatamente después de la batalla, 36
Escipión asaltó y saqueó el campamento enemigo, y regresó a la costa, a las naves, con un enorme botín, después de re- 2
cibir el mensaje de que Publio Léntulo había arribado a Útica con cincuenta navíos de guerra y cien de transporte cargados con toda clase de suministros.
Considerando, pues, que se debía amenazar desde todos 3
los ángulos a la conmocionada Cartago, envió a Lelio a Roma con la noticia de la victoria, ordenó a Gneo Octavio que marchase sobre Cartago al frente de las legiones por vía terrestre, y él unió su antigua flota con la nueva de Léntulo, salió de Útica y se dirigió al puerto de Cartago.
Cuando estaba ya cerca, salió a su encuentro una nave car- 4
taginesa adornada con ínfulas y ramos de olivo. Se trataba de diez personalidades enviadas como parlamentarios a propuesta de Aníbal para pedir la paz. Cuando se acercaron 5
a la popa de la nave pretoria tendiendo las cintas de los suplicantes e invocando y suplicando la protección y la compasión de Escipión, la única respuesta que se les dio fue 6
que se dirigieran a Tinete [369], donde él iría a acampar. Escipión siguió adelante hasta el puerto para examinar la posición de Cartago, no tanto por hacer un reconocimiento presencial como por minar la moral del enemigo; después retornó a Útica, a donde llamó también a Octavio.

[369] A diferencia de las anteriores ocasiones en que menciona este topónimo, declinándolo *a la griega,* en este capítulo Livio lo adapta a la declinación latina.

7 Cuando se dirigían de aquí a Tinete les llegó la noticia de que Vermina, el hijo de Sífax, con más tropas de caballería que de infantería acudía en ayuda de los cartagine-
8 ses. Enviada parte de la infantería y toda la caballería, atacaron a la columna de númidas el primer día de las Saturnales [370], dispersándola en un breve combate. Como además estaban cerradas todas las salidas para huir porque los jinetes lo habían rodeado todo, fueron muertos quince mil hombres y capturados vivos mil doscientos, así como mil quinientos caballos y setenta y dos enseñas militares. El propio reyezuelo escapó en medio de la confusión con
9 unos pocos más. A continuación se emplazó el campamento cerca de Tinete, en el mismo sitio que anteriormente, y desde Cartago vinieron a presentarse a Escipión treinta parlamentarios.

Su comportamiento fue ciertamente mucho más humilde que la vez anterior, pues su situación era más apremiante; sin embargo, y debido al recuerdo de su reciente perfidia, se les escuchó en actitud bastante más inmisericorde.
10 En el consejo militar, una justificada rabia incitaba a todos a destruir Cartago; sin embargo, al echar cuentas de la envergadura de la operación y de lo que se prolongaría en el tiempo el asedio de una ciudad tan bien fortifica-
11 da y tan poderosa, todos se inclinaron a favor de la paz, pues además Escipión estaba personalmente preocupado ante la perspectiva de que un sucesor viniese a recoger el fruto en sazón de la victoria y la gloria de poner fin a la guerra, gloria debida al esfuerzo y los peligros de otro.

37 Al día siguiente fueron convocados de nuevo los parlamentarios y, después de recriminarlos severamente por su mala fe, instándolos a que, aprendiendo la lección de tan-

[370] El 17 de diciembre.

tos desastres, creyesen de una vez en los dioses y en la inviolabilidad de los juramentos, les fueron expuestas las condiciones de paz para que pudieran vivir en libertad bajo sus propias leyes: conservarían las ciudades, territorios 2
y fronteras que tenían antes de la guerra, y los romanos cesarían en sus devastaciones aquel mismo día; devolverían 3
a los romanos todos los desertores, fugitivos y prisioneros, y entregarían todas las naves de guerra a excepción de diez trirremes, y los elefantes que tenían domados, y no domarían más; no harían guerras ni dentro ni fuera de África 4
sin autorización del pueblo romano; devolverían a Masinisa lo que le pertenecía y harían una alianza con él; aportarían 5
trigo y dinero para pagar a las tropas auxiliares hasta que volviesen de Roma los embajadores; abonarían en cincuenta años diez mil talentos de plata repartidos en plazos iguales; entregarían cien rehenes escogidos por Escipión que 6
no tuvieran menos de catorce años ni más de treinta. Y les concedería una tregua a condición de que devolviesen las naves de guerra apresadas durante la tregua anterior y todo lo que contenían; en caso contrario, no habría ni tregua ni la menor esperanza de paz.

Se invitó a los parlamentarios a que fuesen a Cartago 7
a dar cuenta de estas condiciones, y las expusieran ante la asamblea; cuando Gisgón se adelantó para desaconsejar la paz y se mostró de acuerdo con él aquella multitud tan incapaz de estarse tranquila como de hacer la guerra, Aníbal, indignado de que en unas circunstancias como aqué- 8
llas se dijesen cosas semejantes y se les prestase oídos, agarró a Gisgón con la mano y lo sacó a la fuerza de la tribuna. Este gesto, insólito en una sociedad civil libre, provocó murmullos de protesta entre el pueblo, y el hombre de armas, desconcertado ante aquella libertad de la ciudad, dijo: «Salí 9
de entre vosotros a los nueve años, y he vuelto después de

treinta y seis. Creo que conozco bastante bien lo que debe saber un soldado, que desde la infancia aprendí por mi condición personal y pública. Los derechos, las leyes y las costumbres de la ciudad y del foro tenéis que enseñármelos
10 vosotros». Tras pedir excusas por su ignorancia habló largamente acerca de lo necesaria y nada desventajosa que
11 era la paz. La mayor dificultad radicaba en que no aparecía nada de lo que llevaban las naves capturadas durante la tregua a no ser las naves mismas, y las pesquisas no resultaban fáciles, pues los posibles implicados se opon-
12 drían a la paz. Se acordó devolver las naves, buscar como fuese a las tripulaciones, y dejar a Escipión la valoración de lo demás que faltase, compensándolo en dinero los car-
13 tagineses. Algunos historiadores dicen que Aníbal desde el campo de batalla se marchó directamente a la costa, de donde partió inmediatamente en una nave que estaba preparada de antemano hacia la corte del rey Antíoco [371], y que cuando Escipión exigió como primera condición que le fuese entregado Aníbal se le contestó que éste no se encontraba en África.

Debate en la asamblea cartaginesa. El mal tiempo dispersa una flota

38 Después que regresaron ante Escipión los embajadores, se mandó a los cuestores que hicieran un inventario, basándose en los registros oficiales, de los bienes públicos que había en las naves, y se pidió
2 a los particulares que declararan sus pertenencias. Por todo ello se exigió una suma en efectivo de veinticinco mil libras de plata; y se les concedió a los cartagineses una
3 tregua de tres meses con una cláusula adicional: durante el período de tregua no enviarían embajadas a ninguna parte más que a Roma, y si llegaba a Cartago alguna embajada,

[371] Cf. XXXIII 48-49.

no la dejarían marchar antes de poner en conocimiento del general romano quiénes eran y qué habían venido a pedir. Con los embajadores cartagineses fueron enviados a Roma 4
Lucio Veturio Filón, Marco Marcio Rala, y Lucio Escipión, hermano del general. Por aquellos días llegaron de 5
Sicilia contingentes de alimentos que provocaron una baja tal en los precios, que los comerciantes dejaban el grano a los marinos como pago del transporte.

En Roma había cundido la alarma ante las primeras 6
noticias de que los cartagineses habían reiniciado la guerra, y se habían dado órdenes a Tiberio Claudio de marchar a toda prisa al frente de una flota a Sicilia, y de cruzar desde allí a África, y el otro cónsul, Marco Servilio, recibió órdenes de permanecer cerca de la ciudad hasta que se supiese cuál era la situación en África. El cónsul Tiberio 7
Claudio no se daba ninguna prisa en alistar la flota y hacerse a la mar porque los senadores habían decidido que prevaleciese el criterio de Escipión más que el del cónsul a la hora de determinar las condiciones de la paz. También 8
habían causado alarma las noticias de algunos prodigios llegadas a la vez que las de la reanudación de la guerra. En Cumas se había visto disminuir de tamaño el disco solar y había llovido piedra, y en territorio de Vélitras [372] la tierra se había abierto en enormes socavones, tragando árboles en sus profundidades; en Aricia el foro y las tien- 9
das circundantes y en Frusinón una puerta y algunos puntos de la muralla habían sido alcanzados por el rayo. También en el Palatino había llovido piedra; este prodigio fue expiado con un novenario de ceremonias religiosas según la costumbre de los antepasados, y los demás con víctimas mayores. Aparte de esto hubo una crecida insólita en el 10

[372] Velletri. Cf. VIII 3, 9.

nivel de las aguas, a la que se atribuyó un significado religioso, pues el Tíber creció tanto que se inundó el Circo y hubo que organizar los Juegos Apolinares fuera de la
11 puerta Colina, junto al templo de Venus Ericina [373]. Sin embargo, el día mismo de los juegos, al serenarse el tiempo de pronto, dieron la vuelta al cortejo, que iniciaba su marcha hacia la puerta Colina, conduciéndolo al Circo, cuando se hizo saber que se habían retirado de allí las aguas.
12 El retorno de este tradicional espectáculo a su sede habitual intensificó la alegría popular y la asistencia a los juegos.

39 Al fin salió de Roma el cónsul Claudio, pero entre los puertos de Cosa [374] y Loreta [375] lo sorprendió una violentísima borrasca que le hizo pasar un susto tremendo.
2 Desde allí se dirigió a Populonio [376], donde se detuvo a esperar a que se calmara la tempestad; pasó luego a la isla de Elba, de Elba a Córcega, y de Córcega a Cerdeña. Aquí, cuando pasaba a la altura de los Montes Insanos [377], se desató una borrasca aún más violenta y en una zona
3 más peligrosa, y dispersó la flota. Muchas naves resultaron malparadas y perdieron los aparejos, y algunas naufragaron. La flota, así maltrecha, puso rumbo a Cárales. Allí los sorprendió el invierno mientras carenaban las naves, que habían sido sacadas a tierra, y como transcurrió el año sin que el mando le fuese prorrogado, Tiberio Clau-
4 dio recondujo la flota a Roma como un particular. Marco Servilio nombró dictador a Gayo Servilio Gémino para no tener que volver a Roma con motivo de las elecciones, y partió hacia su provincia. El dictador nombró jefe de la

---

[373] Ver XXII 9, 10. El templo no fue construido hasta el año 181 a. C.
[374] Cerca de la actual Orbetello. Cf. XXII 11, 6.
[375] Desconocido. ¿En la bahía de Talamone?
[376] Véase la nota 259.
[377] En la costa oriental de Cerdeña.

caballería a Publio Elio Peto. El mal tiempo impidió la 5
celebración de los comicios, convocados varias veces. Por eso, como los antiguos magistrados dejaron sus cargos la víspera de los idus de marzo y no se había elegido a los nuevos que habrían de sustituirles, el Estado se encontraba sin magistrados curules.

Aquel año falleció el pontífice Tito Manlio Torcuato; 6
para reemplazarlo fue elegido Gayo Sulpicio Galba. Los ediles curules Lucio Licinio Lúculo y Quinto Fulvio reiniciaron por completo tres veces los Juegos Romanos. Unos 7
secretarios y subalternos de los ediles, acusados por un denunciante de haber sustraído subrepticiamente dinero del tesoro público, fueron condenados, no sin desdoro del edil Lúculo. Publio Elio Tuberón y Lucio Letorio, ediles ple- 8
beyos en cuyo nombramiento se incurrió en alguna irregularidad, dimitieron de sus cargos después de haber celebrado los juegos y el banquete a Júpiter con motivo de los mismos, y después de haber erigido en el Capitolio tres estatuas financiadas con el dinero de las multas. Los Juegos de Ceres los celebraron el dictador y el jefe de la caballería en virtud de un decreto del senado.

Embajadas. Elecciones. Asignación de provincias y mandos

Procedentes de África llegaron a Roma 40
al mismo tiempo los embajadores romanos y los cartagineses, y se reunió el senado en el templo de Belona. Allí, Lucio 2
Veturio Filón, con enorme alegría por parte de los senadores, contó que se había librado batalla contra Aníbal, la última para los cartagineses, y que por fin se había puesto punto final a aquella luctuosa guerra; añadió que también se le había dado la batalla definitiva 3
a Vermina, el hijo de Sífax, detalle que había que sumar a una bien llevada campaña. A continuación se le pidió

que se presentara ante la asamblea del pueblo para hacerlo
4 partícipe de tanta alegría. Después se abrieron todos los templos de la ciudad para las acciones de gracias y se decretaron tres días de rogativas. A los embajadores cartagineses y a los de Filipo —pues también éstos habían llegado—, que pedían se les concediera audiencia ante el senado, les contestó el dictador, siguiendo instrucciones de los senadores, que la audiencia les sería concedida por los nuevos cónsules.

5 A continuación se celebraron los comicios. Fueron elegidos cónsules [378] Gneo Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto, y pretores Marco Junio Peno, al que correspondió la jurisdicción urbana, Marco Valerio Faltón, a quien tocó en suerte el Brucio, Marco Fabio Buteón, a quien tocó Cerdeña, y Publio Elio Tuberón, al que correspondió Sici-
6 lia. En cuanto a las provincias de los cónsules, no se quería tomar ninguna decisión antes de haber oído a los embajadores del rey Filipo y de los cartagineses; los ánimos barruntaban el final de una guerra y el principio de otra.

7 El cónsul Gneo Léntulo ansiaba a toda costa la provincia de África, aspirando a la gloria de una victoria fácil si la guerra continuaba, o, en caso de que se acabase, a la gloria de que finalizase durante su consulado una gue-
8 rra tan importante. Afirmaba, por ello, que no consentiría que se tratase ninguna cuestión antes de que le fuese asignada la provincia de África, con lo cual estaba de acuerdo su colega, un hombre moderado y prudente que comprendía que aquella pugna por la gloria con Escipión iba a ser des-
9 igual, aparte de ser injusta. Los tribunos de la plebe Quinto Minucio Termo y Manio Acilio Glabrión sostenían que

[378] Para el año 201.

Gneo Cornelio intentaba lo mismo que había intentado en
vano el cónsul Tiberio Claudio el año anterior, cuando por 10
decisión del senado se había preguntado al pueblo a quién
designaba para el mando supremo en África, y todas las
tribus, las treinta y cinco, se lo habían asignado con su voto
a Publio Escipión. Después de tratar la cuestión en nume- 11
rosos debates en el senado y ante el pueblo, se acabó por
dejar la decisión en manos del senado. Los senadores, pues, 12
tras prestar juramento, ya que así había sido acordado,
decretaron que los cónsules se repartieran de mutuo acuer-
do las provincias, o bien echaran a suertes cuál de ellos
se haría cargo de Italia y cuál de la flota de cincuenta na-
víos; el que se hiciese cargo de la flota zarparía para Sici- 13
lia, y si no se podía llegar a un arreglo de paz con los
cartagineses, seguiría a África; el cónsul dirigiría las ope-
raciones por mar, y Escipión por tierra con el mismo alto
mando que hasta entonces. Si se llegaba a un acuerdo en 14
cuanto a las condiciones de paz, los tribunos de la plebe
preguntarían al pueblo si quería que fuese el cónsul o Pu-
blio Escipión quien la ratificase, y quién de los dos traería
de vuelta de África el ejército en caso de que hubiese que
traerlo; si el pueblo disponía que fuese Publio Escipión 15
quien ratificara la paz y trajera el ejército, entonces el cón-
sul no pasaría de Sicilia a África. El otro cónsul, al que 16
habría correspondido Italia, recibiría del pretor Marco Sex-
tio sus dos legiones.

El mando de Publio Escipión en la provincia de África 41
fue prorrogado con los ejércitos que ya tenía. En cuanto
a los pretores, a Marco Valerio Faltón le fueron asignadas
en el Brucio las dos legiones que había mandado Gayo
Livio el año anterior. Publio Elio recibiría de Gneo Tre- 2
melio sus dos legiones en Sicilia; a Marco Fabio le fue
asignada, para Cerdeña, la legión que había tenido bajo

3 sus órdenes el propretor Publio Léntulo. Al cónsul del año anterior, Marco Servilio, le fue prorrogado el mando en
4 Etruria, con sus dos legiones otra vez. Por lo que se refiere a las Hispanias, Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino llevaban ya allí varios años [379]; los cónsules hablarían con los tribunos para que éstos preguntasen al pueblo, si les parecía bien, a quién quería que se le confiriese
5 el mando para Hispania, y el designado sacaría de los dos ejércitos y reuniría en una sola legión a los soldados romanos, formaría quince cohortes con los aliados latinos, y con estas tropas gobernaría la provincia; Lucio Cornelio
6 y Lucio Manlio conducirían a Italia a los veteranos. Se le asignó al cónsul una flota de cincuenta navíos procedentes de dos flotas, la de Gneo Octavio, que se encontraba en África, y la de Publio Vilio, que protegía las costas
7 de Sicilia, eligiendo el cónsul las naves que quisiera. Publio Escipión conservaría las cuarenta naves de guerra que ya tenía, y si quería que el mando de las mismas lo siguiera teniendo Gneo Octavio como antes, se le prorrogaría a éste el mando por un año en calidad de propretor;
8 en caso de que le diese el mando a Lelio, Octavio regresaría a Roma trayendo las naves que el cónsul no utilizase. Se le asignaron también a Marco Fabio diez naves de gue-
9 rra para Cerdeña. Y los cónsules recibieron instrucciones de reclutar dos legiones urbanas, de modo que aquel año se aseguró la defensa de la república con catorce legiones y cien navíos de guerra.

---

[379] Desde el 206.

Audiencia en el senado a las embajadas de Filipo y de Cartago. Conclusión de la paz en África

Se trató luego acerca de los embajado- 42
res de Filipo y de los cartagineses, y se 2
decidió oír primero a los macedonios. Su discurso tuvo varias facetas. Por una parte, se defendieron de las acusaciones de los diputados enviados por Roma al rey a propósito de las devastaciones de los territorios de sus aliados; por otra parte, acusaban a su vez abiertamente a los aliados del pueblo
romano, y con especial virulencia a Marco Aurelio, uno 3
de los tres diputados enviados a su país, que se había quedado allí y, después de hacer un reclutamiento, los había hostigado con ataques violando los pactos e incluso se había enfrentado varias veces en batalla regular con sus gene-
rales. Por último, pedían que les fueran devueltos con su 4
jefe Sópatro los macedonios que habían combatido como mercenarios al lado de Aníbal y en ese momento estaban
en la cárcel prisioneros. En réplica a estas afirmaciones, 5
Marco Furio, enviado por Aurelio desde Macedonia precisamente con ese propósito, declaró que Aurelio se había quedado allí para evitar que los aliados del pueblo romano, hartos de devastaciones, coacciones y desmanes, se pasasen al rey; que Aurelio no había salido de las fronteras
de los aliados; que se había ocupado de que los saqueado- 6
res no penetrasen impunemente en el territorio de los aliados; que Sópatro era uno de los altos dignatarios y pariente del rey, que había sido enviado hacía poco a África en ayuda de Aníbal y los cartagineses con cuatro mil macedo-
nios y con dinero. Interrogados acerca de estos extremos, 7
los macedonios respondieron con evasivas y recibieron una dura respuesta: el rey andaba buscando la guerra, y, de
seguir así, la iba encontrar muy pronto; había cometido 8
una doble violación del acuerdo porque había perpetrado

desmanes contra unos aliados del pueblo romano hostigándolos con agresiones armadas y porque había colaborado
9 con el enemigo con tropas y dinero. Se estimaba, además, que Publio Escipión había actuado y estaba actuando correcta y regularmente al tratar como enemigos, manteniéndolos en prisión, a quienes habían sido cogidos llevando
10 armas contra el pueblo romano, y que Marco Aurelio obraba en interés de la república, y el senado le estaba reconocido por ello, al defender con las armas a los aliados del pueblo romano ya que con el derecho de los acuerdos no le era posible.

11 Después de despedir a los macedonios con esta dura respuesta, se llamó a los embajadores cartagineses. Nada más ver su edad y su categoría —pues eran, con mucho, los ciudadanos más destacados—, todos se decían que esta
12 vez iban en serio las negociaciones de paz. Destacaba, no obstante, entre los demás, Asdrúbal, conocido entre sus paisanos con el sobrenombre de Hedo [380], permanente partidario de la paz y contrario a la facción de los Barca.
13 Por eso gozó entonces de mayor autoridad a la hora de responsabilizar de la guerra no al Estado sino a unos cuan-
14 tos ambiciosos. Utilizó en su discurso diferentes registros, excusando algunas imputaciones, admitiendo otras para no hacer más difícil el perdón si negaba descaradamente hechos evidentes, y en otros casos recomendando incluso a los padres conscriptos que hicieran uso de su buena fortu-
15 na con mesura y comedimiento: si los cartagineses les hubieran escuchado a él y a Hannón y hubieran sabido aprovechar las circunstancias favorables, habrían propuesto las condiciones de paz que ahora demandaban; rara vez se daban simultáneamente en los hombres la buena suerte y el

[380] En latín *Haedus* significa 'Cabrito'.

buen sentido; pero el pueblo romano era invicto precisa- 16
mente porque no había olvidado la sensatez y la reflexión
cuando le iban bien las cosas, y lo extraño habría sido,
por Hércules, que se comportase de otro modo; aquellos 17
a quienes sonríe la fortuna por primera vez, deliran, debi-
do a la falta de costumbre, incapaces de controlar su eufo-
ria; pero para el pueblo romano el placer de la victoria
era algo habitual y poco menos que banal ya, y había en-
grandecido su imperio casi más a base de ser clemente con
los vencidos que de vencer. El discurso de los demás buscó 18
en mayor medida la compasión, haciendo hincapié en la
antigua grandeza de Cartago y lo bajo que había caído: no
les quedaban más que las murallas de Cartago a los que
poco antes dominaban con sus armas el mundo entero; en- 19
cerrados en ellas, no veían ni en el mar ni en la tierra
nada que estuviera sometido a su dominio; incluso la propia
ciudad y los penates los conservarían sólo en el caso de que
el pueblo romano no quisiera descargar sus iras sobre ellos
también, con lo cual nada les quedaría. Cuando parecía 20
claro que los senadores se inclinaban por la clemencia, cuen-
tan que uno de éstos, irritado por la mala fe de los cartagi-
neses, preguntó a voces en nombre de qué dioses suscribi- 21
rían el tratado después de haber burlado a aquellos en cu-
yo nombre habían suscrito el anterior. «En el nombre de
los mismos» —replicó Asdrúbal—, «ya que tan hostiles
se muestran contra los que violan los tratados».

Cuando el sentir de todos era favorable a la paz, el 43
cónsul Gneo Léntulo, que tenía la flota a su cargo, puso
el veto al senadoconsulto. Entonces los tribunos de la ple- 2
be Manio Acilio y Quinto Minucio preguntaron al pueblo
si quería y mandaba al senado que decretase que se hiciera
la paz con los cartagineses, y a quién designaba para ratifi-
car dicha paz y para reportar de África al ejército. Todas 3

las tribus votaron afirmativamente a la cuestión sobre la paz, y que fuese Publio Escipión quien la formalizase y
4 también quien trajese de vuelta al ejército. De acuerdo con esta decisión, el senado decretó que Publio Escipión, oído el parecer de diez comisarios, estipulase la paz con el pueblo cartaginés en las condiciones que considerase oportunas.
5 Luego, los cartagineses dieron las gracias a los senadores y pidieron autorización para entrar en la ciudad y entrevistarse con sus compatriotas que habían sido hechos prisio-
6 neros y estaban en las cárceles públicas, pues entre ellos había algunos hombres nobles allegados y amigos suyos, y otros para los que traían encargos de sus parientes.
7 Conseguido esto, hicieron una nueva petición: que se les permitiera rescatar a los prisioneros que quisieran; se les pidió que dieran nombres, dieron cerca de doscientos,
8 y el senado aprobó un decreto disponiendo que los delegados romanos llevasen a África, a Publio Escipión, doscientos prisioneros elegidos por los cartagineses, y le dijesen que si se llegaba a un acuerdo de paz los devolviese a los
9 cartagineses sin exigir rescate. Se dio orden a los feciales de trasladarse a África para formalizar el tratado, y entonces, a petición suya, se aprobó un senadoconsulto en los siguientes términos: Cada uno llevaría consigo una piedra de sílice y un ramo sagrado, y cuando el jefe romano les ordenase formalizar el tratado, le pedirían a él las hierbas sagradas. Lo habitual era entregar esta clase de hierbas a los feciales tomándolas del Capitolio.

10 De esta forma fueron despedidos de Roma los cartagineses; llegaron a África a presencia de Escipión, y se con-
11 cluyó la paz en las condiciones ya mencionadas. Entregaron las naves de guerra, los elefantes, los desertores y fugitivos, y cuatro mil prisioneros, entre los que se encontraba
12 el senador Quinto Terencio Culeón. Escipión mandó llevar

las naves a alta mar y prenderles fuego; eran, según algunos, quinientas naves de remo de todas clases, y la inesperada visión del incendio fue tan penosa para los cartagi-
neses como si estuviera ardiendo la propia Cartago. Con 13
los desertores se tomaron medidas más duras que con los esclavos fugitivos: los que eran ciudadanos latinos fueron decapitados, y los romanos, crucificados.

Masinisa, rey de Numidia. Triunfo de Escipión

Hacía cuarenta años que se había fir- 44
mado la última paz con los cartagineses, durante el consulado de Quinto Lutacio
y Aulo Manlio. La guerra iniciada veinti- 2
trés años más tarde, durante el consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio [381], finalizó al cabo de diecisiete años, en el consulado de Gneo Corne-
lio y Publio Elio. Cuentan que después Escipión comentó 3
más de una vez que primero la ambición de Tiberio Claudio y luego la de Gneo Cornelio habían impedido que la guerra tuviese como conclusión la destrucción de Cartago.

Cuentan que mientras a los cartagineses les parecía difícil 4
la primera aportación económica, arruinados como estaban por una guerra tan larga, y en el senado reinaba el
llanto y el abatimiento, se vio reír a Aníbal. Asdrúbal He- 5
do le echó en cara su risa en medio del llanto general siendo precisamente él el causante de las lágrimas, y entonces
replicó: «Si se pudiera ver por dentro el estado de ánimo 6
igual que se ve con los ojos la expresión del rostro, veríais perfectamente y sin dificultad que esta risa que me recrimináis es la expresión de un corazón que no está alegre sino que casi se ha vuelto loco a fuerza de desventuras, y que en cualquier caso no es tan intempestiva como esas absur-
das y extemporáneas lágrimas vuestras. Cuando había que 7

[381] Año 218 a. C.

llorar era cuando nos quitaron las armas, nos quemaron
las naves, y nos prohibieron la guerra con otros pueblos,
pues ésa fue la herida que dio con nosotros en tierra. Y
no hay razón para pensar que los romanos se han preocu-
8 pado por vuestra paz doméstica. Ningún Estado grande
puede permanecer tranquilo mucho tiempo; si no tiene ene-
migos fuera, los encuentra en casa, como las naturalezas
especialmente vigorosas, que parecen inmunes a los influ-
jos externos pero se rinden bajo el peso de su propia fuer-
9 za. Curiosamente, somos sensibles a las calamidades públi-
cas en la medida en que repercuten en nuestros intereses
particulares, y en cuanto a éstos, nada nos escuece más
10 que el perder dinero. Por eso, mientras se le arrancaban
los despojos de guerra a Cartago, derrotada, nadie se que-
jó a pesar de ver cómo quedaba ahora desasistida, inerme
y despojada en medio de tantos pueblos armados de África.
11 Ahora que es preciso pagar el tributo con dinero privado,
lloráis a coro como si fueran los funerales del país. ¡Mu-
cho me temo que bien pronto os deis cuenta de que hoy
habéis derramado lágrimas por un problema sin la menor
importancia!». Así les habló Aníbal a los cartagineses.

12 Escipión convocó la asamblea y recompensó a Masinisa
añadiendo al reino paterno la ciudad de Cirta y otras ciu-
dades y territorios del reino de Sífax que habían pasado
13 a poder del pueblo romano. Ordenó a Gneo Octavio que
llevara la flota a Sicilia y se la entregara al cónsul Gneo
Cornelio, y a los embajadores cartagineses que partieran
para Roma con el objeto de que la autoridad del senado
y el mandato del pueblo ratificasen lo que él había hecho
de acuerdo con el parecer de los diez delegados.

45 Una vez asegurada la paz por tierra y por mar, embar-
2 có las tropas y se trasladó a Lilibeo, en Sicilia. Desde allí
mandó en barco una gran parte de las tropas y él llegó

a Roma atravesando una Italia exultante por la paz tanto como por la victoria: las ciudades se vaciaban para rendirle honores, y los campesinos en masa flanqueaban los caminos; entró en la ciudad en el desfile triunfal más famoso de los celebrados. Llevó al tesoro público ciento veintitrés 3
mil libras de plata. Del botín sacó para repartir a cada soldado cuatrocientos ases. La muerte sustrajo a Sífax a 4
la curiosidad del público, más que a la gloria del triunfador; en efecto, había muerto no hacía mucho en Tíbur, adonde había sido trasladado desde Alba. Sin embargo, su muerte no pasó desapercibida, pues se le tributaron honras fúnebres con carácter oficial. Según Polibio, historia- 5
dor que merece ser tenido muy en cuenta, este rey participó en el desfile triunfal. Detrás de Escipión triunfante iba, con la cabeza cubierta con el píleo, Quinto Terencio Culeón, que durante el resto de su vida honró como correspondía al autor de su liberación. No tengo información 6
contrastada acerca de si el sobrenombre de «Africano» comenzó a popularizarlo el entusiasmo de la tropa o el fervor popular, o si tuvo su origen en la adulación de su círculo de amigos igual que el de «Afortunado» en el caso de Sila, y «Grande» en el de Pompeyo, en tiempos de nuestros padres. Lo cierto es que este general fue el primero 7
en ser honrado con el nombre del pueblo que él venció. Después, siguiendo este precedente, otros, cuyas victorias en modo alguno se podían comparar a las suyas, labraron las ilustres inscripciones de sus retratos y los brillantes sobrenombres de sus familias.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA*

APÉNDICE HISTÓRICO-GEOGRÁFICO

LOS SUCESOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EL ORIGEN DE LA GUERRA

1. *Las conquistas de los Bárquidas*

Después de haber cedido Cerdeña a los romanos (241) y de haberse mantenido en lucha, durante más de tres años, con los mercenarios y libios sublevados en el norte de África, a los que finalmente derrotó Amílcar Barca en el 238, el gobierno cartaginés encargó a este mismo general que se dirigiera, con una parte del ejército, al único territorio accesible que podía ser colonizado y explotado sin interferencias directas de los romanos: la Península Ibérica. En el 237 Amílcar cruzó el Estrecho y desembarcó en Gades con los efectivos puestos a su disposición (en su mayoría, tropas mercenarias).

Contamos sólo con noticias fragmentarias y no demasiado elocuentes sobre los avances y desarrollo de las campañas efectuadas por Amílcar desde su llegada a España hasta la fecha de su muerte (229/228), por lo que se hace extremadamente complejo diferenciar los fines y objetivos políticos, diplomáticos y económicos, de los estrictamente militares. Cartago tenía ya en época prebárquida, en Ibiza y en la costa meridional de la Península,

---

* Agradezco a mi discípulo D. Julián Espada su valiosa ayuda en la confección material de los croquis y mapas que figuran en este Apéndice.

una presencia comercial notable, que había sufrido sin embargo los avatares de la competencia griega y la influencia de las recesiones económicas de la metrópoli, durante el siglo IV y la primera mitad del III; pero no cabe duda de que, por medio de esas factorías y pequeños emplazamientos, así como por las noticias recogidas en Gades, había conseguido procurarse una información favorable a sus apetencias de expansión hacia las zonas fértiles del Sur y de consecución del mayor número posible de recursos. Amílcar parece haber puesto en práctica, durante los nueve años que estuvo en tierras hispanas, dos grandes planes. El primero de ellos tenía por objeto dominar los ricos y feraces valles del curso medio e inferior del Guadalquivir y de la Andalucía occidental (campiñas de Sevilla y Córdoba), así como las llanuras del Genil. Gades constituyó el punto de partida de todas estas operaciones, realizadas seguramente en los primeros años, mediante las que derrotó a iberos, turdetanos y celtas; de este modo, el general cartaginés ocupó las mejores explotaciones agrícolas del *hinterland* de las antiguas factorías fenicias y fue incorporando sucesivamente a su ejército importantes contingentes de tropas indígenas [1], que afianzaron la seguridad de las siguientes campañas. Amílcar abrió aquellos territorios a los intereses púnicos y convirtió a sus habitantes en súbditos sumisos de Cartago.

El segundo proyecto culminado por Amílcar consistió en trazar una ruta de comunicación que, por la altiplanicie de Cástulo y el curso superior del Guadalquivir, enlazando desde ahí con el Segura, juntase Andalucía con el Mediterráneo. El dominio de esta nueva zona, comprendida entre las fuentes del Guadalquivir y el río Segura, garantizaba la posesión directa de las minas de metales situadas en las estribaciones de la Andalucía oriental y el control de los caminos hasta los embarcaderos más próximos. La fundación de *Akra Leuke (Castrum Album)* [2] está indu-

---

[1] Como hizo con los tres mil celtas que habían pertenecido al ejército de Istolacio (Diod., XXV 10, 1).

[2] Sobre el emplazamiento de esta población nada puede afirmarse con seguridad; son débiles, sin duda, los argumentos de orden toponímico

dablemente ligada a esta etapa de su política hispana, y proporcionó a los cartagineses una base operativa desde donde apoyar su soberanía en el sureste. Poco tiempo después, durante el asedio a la ciudad de *Helike* —sobre cuyo emplazamiento también se duda si estuvo junto a la costa o en el interior—, Amílcar cayó combatiendo contra los oretanos mientras organizaba la retirada que permitió salvarse a su hijo Aníbal y a otros oficiales. Con Amílcar perdió Cartago a un experimentado comandante, que mereció las alabanzas de Catón el Viejo (PLUT., *Cat.* 8, 14), y a un tenaz defensor de la expansión occidental cartaginesa, principal protagonista del renacimiento púnico después de la pérdida de Cerdeña.

Pero su obra fue perfectamente rematada por Asdrúbal, yerno de Amílcar, que había actuado previamente como jefe de la marina y comandante de la caballería númida. Con las fuerzas recibidas, que alcanzaban la suma de 50.000 soldados de infantería, 6.000 jinetes y doscientos elefantes (DIOD., XXV 12; *cf.* APIANO, *Ib.* 6), Asdrúbal derrotó a los oretanos y pacificó el resto del territorio más cercano a la ribera del Mediterráneo; para ello, Asdrúbal recurrió a menudo al establecimiento de acuerdos con los iberos, sin que faltaran incluso las alianzas de tipo matrimonial. Pero su principal aportación a la política de expansión cartaginesa consiste, evidentemente, en la fundación de *Carthago Nova,* ciudad que de inmediato adquirió el rango de capital del dominio bárquida en la Península. La elección de Cartagena era óptima por numerosas razones: concentraba en sus alrededores varios recursos de primera importancia (plata, pesquerías, esparto); disponía de un puerto eficaz y muy seguro, tanto para el comercio como para la flota militar; estaba, además, mejor comunicado con las Baleares y Cartago que las ciudades del sur de Andalucía o la propia Gades; suministraba, por último, una buena salida al mineral explotado en Sierra Morena (Cástulo)

---

en favor de Alicante, por lo que se ha conjeturado una localización meridional, en las cercanías de Cástulo o en el territorio mastieno al sur de Cartagena.

y Sierra Almagrera. Y así, con el uso restringido de los efectivos de guerra, mediante el despliegue de una prudente actividad diplomática y el levantamiento de las estructuras económicas precisas para rentabilizar su estrategia en España, Asdrúbal completó y consolidó la concepción de Amílcar de ganar una nueva unidad territorial, desde el corazón de Andalucía al Mediterráneo, que asegura productos de toda especie, percepción de tributos y soldados.

2. *Los acuerdos romano-cartagineses y el Tratado del Ebro*

La consecución de tantos éxitos en la Península, y las noticias que llegaron a Roma —seguramente a través de comerciantes griegos e iberos, pasando por Massalia— sobre las verdaderas intenciones y el esfuerzo bélico desarrollado por los cartagineses, inquietaron al Senado romano, que juzgó oportuno enviar una embajada para informarse directamente de cuanto sucedía (DIÓN CASIO, XII, fr. 48). Esta delegación senatorial se reunió con Amílcar en el 231, después de la fundación de *Akra Leuke,* y quedó, al parecer, satisfecha con las explicaciones recibidas. Si las autoridades romanas temían, simplemente, que los cartagineses avanzasen demasiado hacia el norte (poniendo en peligro los intereses de sus aliados de Marsella y pudiendo concertarse, eventualmente, con los iberos, lígures y galos), o que fueran capaces de crear en Hispania un estado de corte «helenístico», debieron comprobar que las palabras de Amílcar resultaban convincentes: los cartagineses habían detenido su avance no sólo a considerable distancia de los Alpes y de los Pirineos, sino incluso del Ebro, y esas comarcas meridionales ahora ocupadas procuraban también beneficios a los mismos romanos, pues permitían a Cartago pagar las indemnizaciones de guerra debidas a Roma en virtud de los tratados de Lutacio, del 241, y del abandono de Cerdeña, del 237 [3]. Lo cierto es que la desconfianza inicial del Senado se mitigará, por el momento.

[3] El primero de ellos obligó a Cartago a indemnizar a Roma con 3.200 talentos, mil a entregar de inmediato y el resto a plazos durante

Sin embargo, Roma seguía con interés los progresos de los Bárquidas y estudiaba la forma de acoplarlos a su estrategia global. De ahí que entre el otoño del 226 y la primavera del 225 enviara una nueva embajada con poderes para negociar, en unas fechas en que preveía ya la inminente invasión de los galos. Llegados a la Península, los delegados romanos cerraron un acuerdo con Asdrúbal —es un misterio por qué no se dirigieron a Cartago, a no ser que imaginemos que previamente se hizo y que el gobierno cartaginés resolvió también delegar en Asdrúbal, como conocedor exacto de las piezas que componían el nuevo dominio púnico—, el llamado Tratado de Asdrúbal o Tratado del Ebro, cuya trascendencia radica en que fue alegado, por ambas partes, para justificar su posición en el caso de Sagunto y las subsiguientes operaciones. Por desgracia, sobre su contenido exacto y cláusulas concretas estamos parcialmente informados, puesto que sólo conocemos aquellas que fueron esgrimidas a raíz del estallido de la guerra; e incluso cabe la posibilidad de que el convenio no fuera sino un complemento, para regular lo sucedido en Hispania, al Tratado de Lutacio del 241. Con seguridad, lo que Asdrúbal firmó fue una ratificación de los propósitos de paz y de amistad que, formalmente, regían las relaciones entre los dos grandes estados, y la fijación de una línea de demarcación para el dominio cartaginés (tal como ya se había hecho en el Tratado romano-cartaginés del año 348), que quedó establecida en el río Ebro.

Todo lo demás son conjeturas, difícilmente demostrables: tal vez Asdrúbal se había comprometido a respetar la autonomía y libertad mercantil de las poblaciones griegas; tal vez las generosas concesiones romanas de que habla Polibio (II 13, 6) consistieran

---

diez años; el segundo fijó la cifra de 1.200 talentos; *vid.* F. J. Fernández Nieto, «Zur Problematik der Kriegskostenentschädigung in der Alten Welt (mit besonderer Berücksichtigung der griechischen Verhältnisse)», en *Symposion 1985. Vorträge zur griechischen und hellenistischen Rechtsgeschichte (Akten der Gesellschaft für Griechische und Hellenistische Rechtsgeschichte,* t. VI), Colonia-Viena, 1989, págs. 383 s.

en reconocer la hegemonía púnica sobre lo ya conquistado y autorizar las futuras expediciones hacia la Meseta, es decir, consentir una eventual ampliación del dominio en dirección a Occidente; y probablemente, como señala Polibio (II 13, 7), fuera de la delimitación del Ebro no existía ninguna otra prescripción sobre el resto de España. El tratado aportaba, en cualquier caso, una serie de innegables ventajas para unos y otros, que no deben quedar enmascaradas por el hecho de que la tradición antigua nos ofrezca una perspectiva del mismo muy condicionada por las acusaciones mutuas de ruptura. El acuerdo fue cerrado, conviene recordarlo, a instancias de los romanos, lo que suponía para Cartago la aceptación por parte de su rival de las nuevas propiedades y el sancionamiento jurídico de su soberanía; por este acto diplomático compensaba con creces los territorios perdidos en los últimos tratados con Roma. Significaba además para Asdrúbal la posibilidad de fortalecer las formas de explotación impuestas y engrandecer *Carthago Nova,* contando con la libertad de extenderse hacia el Ebro y en otras direcciones (como, efectivamente, realizará Aníbal). Para los romanos, a su vez, el pacto favorecía la estabilidad política y militar en esta zona del Mediterráneo y les permitía liberarse de la preocupación de una alianza entre cartagineses y galos, pues se garantizaba la neutralidad púnica y se creaba una zona de defensa entre la Península y los celtas de Italia. Desde el punto de vista económico, también podía ser considerado un triunfo diplomático, ya que se obtenía la confirmación del pago de los plazos pendientes en las indemnizaciones impuestas anteriormente a Cartago y se protegían los intereses de Masalia, aliada de Roma, en todos los puertos al norte del Ebro (cuya libertad comercial convenía asimismo a los mercaderes púnicos).

Pero esto, con ser verosímil, no debe ocultarnos que el Tratado, como la mayoría de los pactos antiguos, encerraba una serie de imperfecciones por omisión o ambigüedades de interpretación. No parece que se aplicara recíprocamente a los romanos la necesidad de atenerse a unos límites, y menos aún que se les prohibiese establecer convenios de alianza o de amistad con las poblacio-

nes autónomas de la Península. Y las circunstancias pudieron llegar a ser más complejas si el Tratado de Asdrúbal era sólo un complemento del de Lutacio, lo que supondría una mayor holgura para Roma a la hora de diseñar su estrategia política exterior y adaptarla a las nuevas realidades. Lo que nos conduce de lleno al problema de la declaración de la guerra, argumentada en el ataque a Sagunto.

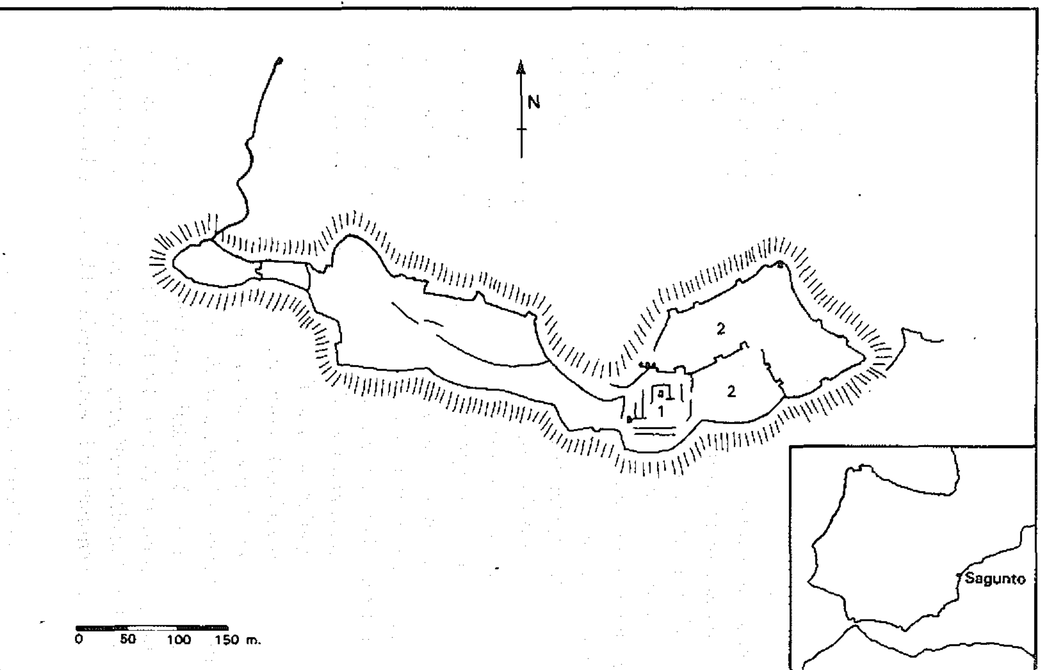
3. *La campaña de Aníbal contra Sagunto y el comienzo del conflicto*

Muerto inesperadamente Asdrúbal, asesinado por un ibero, en el 221, el ejército eligió para sucederle a Aníbal, el hijo de Amílcar, quien fue confirmado como general en jefe por el Consejo y el pueblo de Cartago. El joven comandante continuó con la táctica de reforzar su hegemonía entre turdetanos e iberos mediante pactos con los dinastas locales (optó incluso, como Asdrúbal, por casarse con una indígena de familia real), aunque simultáneamente se dispuso a emprender algunas operaciones militares de bastante entidad —lo que contrasta con la pasividad de los últimos años de Asdrúbal—, tal vez para no desaprovechar la oportunidad, consagrada en el Tratado del Ebro, de conquistar otros dominios en la España central. A tales efectos, su posición era excelente: gracias a la previsión de sus antecesores en el mando, contaba con guarniciones en las principales organizaciones urbanas del Sur, disponía de numerosas tropas indígenas y poseía reservas suficientes de metales y de excedentes agrícolas para financiar las campañas y abastecer al ejército. Esta gran capacidad de organización, que Aníbal muestra desde el principio en la Península, es una de las claves para explicar las futuras empresas del debelador de Italia.

En el mismo año en que se encarga del mando, Aníbal combatió contra los ólcades, uno de los pueblos asentados en el alto Guadiana, tomó al asalto su capital y obtuvo la sumisión de todas sus gentes; luego regresó a Cartagena para invernar. En el 220 reemprendió la lucha, esta vez contra los vacceos de la meseta

occidental, y se apoderó de *Helmantica* y *Arbucala*, obteniendo cuantioso botín por medio del pillaje de los territorios cercanos al antiguo Camino de la Plata; exploró después una parte de la Carpetania y logró abrirse paso entre el enemigo, para cruzar el Tajo, frustrando los intentos de dañar al ejército púnico. En el invierno del 220/219 estableció de nuevo sus cuarteles en *Carthago Nova*. Si la noticia sobre la embajada romana que fue a verle a Cartagena es histórica, resulta muy significativo que aquélla sólo se preocupara de la suerte de Sagunto, sin haber expresado ninguna queja acerca de las expediciones recién efectuadas por Aníbal, que no violaban los acuerdos firmados.

Las fuentes antiguas reconocen unánimemente que Aníbal preparaba ahora, después de la aventura en la Meseta, la conquista de Sagunto. Y éste es el punto central sobre el que la historiografía romana cargó las tintas, para atribuir la responsabilidad moral de la guerra a los cartagineses. Sagunto era una potente ciudad ibérica, a medio camino entre Cartagena y el Ebro, que mantenía una política externa autónoma y estaba regida por magistraturas propias, un senado de notables y una asamblea popular. La historia sobre el origen griego de esta urbe y la participación entre sus fundadores de los itálicos de Árdea es puramente legendaria, fingida quizá por masaliotas y romanos, sobre la base de las similitudes de los nombres oficiales *Arse / Saguntum* con los de *Ardea / Zakynthos*, para dotar de legítimas razones a las versiones que, después de la guerra, idearon contra Aníbal. La ciudad sostenía, parece ser, algunas relaciones con Roma, fechables en torno al 226, relaciones anudadas después del Tratado del Ebro porque la protección romana se presumía como la mejor defensa frente al peligro del avance cartaginés hacia la desembocadura del Ebro (un tramo del litoral, de Cartagena a Dertosa, en el que abundaron las pequeñas factorías fenicio-púnicas, según muestran los hallazgos arqueológicos; era lógico imaginar que Cartago acabaría tomando posesión de aquella franja). Sin embargo, existía en Sagunto otro bando contrario a esa solución e inclinado a negociar con los púnicos, formado sobre todo por las clases populares. Y si los primeros habían llegado a recurrir a Roma



Sagunto:

Acrópolis con la actual disposición de las murallas

1. (¿y 2.?) Probable emplazamiento del primitivo núcleo y ciudad ibérica, tomada por Aníbal.

para que mediara en las disputas internas entre los dos partidos [4], la respuesta del grupo popular había consistido en solicitar a Aníbal su intervención, cosa que el general cartaginés se dispuso a realizar en la primavera del 219.

Los intentos diplomáticos de Roma para disuadir a Aníbal de tales propósitos resultaron baldíos, pues ninguna de las embajadas que, presumiblemente, dialogaron con los cartagineses antes y después del asedio de Sagunto [5] logró apartar a Aníbal de lo que estaba en su derecho a hacer. Éste es, en efecto, el núcleo del debate que ocupó ya apasionadamente a la historiografía antigua: ¿permitían los convenios vigentes entre Cartago y Roma la operación llevada a cabo por Aníbal, o suponía ésta un quebrantamiento de las cláusulas estipuladas? Ciertamente, todas las explicaciones apuntadas desde la misma Antigüedad hasta nuestros días para despejar sin rodeos esa incógnita tropiezan con un serio obstáculo, cual es la fragmentariedad y parcialidad, cuando no abierta confusión, de las fuentes escritas, que no son contemporáneas de los sucesos que narran, sino que los toman de autores anteriores, ni representan una visión compensada desde el momento en que contamos con la perspectiva romana, pero nos faltan los datos contenidos en las obras de los escritores griegos que acompañaron a Aníbal; todas ellas se perdieron y no fueron, como recordaba Cicerón, suficientemente aprovechadas. Los motivos alegados por los historiadores romanos para hacer recaer la responsabilidad moral de la guerra, por violación de los pactos, sobre Cartago, fueron de varia especie: unos argumentan que Sagunto había entrado en la *fides* de Roma mucho antes del Tratado de Asdrúbal y por tanto se hallaba, como aliado formal, a cubierto de toda hostilidad; otros señalan que, como ciudad de filiación helénica, estaría protegida por un supuesto artículo que enunciaría la autonomía y libertad de las ciudades

---

[4] Así lo asegura Polibio, III 15, 7; 30, 2.

[5] Frente al resto de la tradición, Polibio (III 15) es la única fuente que defiende que la primera embajada fue anterior al asedio y habló con Aníbal en sus cuarteles de invierno.

griegas de la Península; y otro sector, en fin, no tiene reparo en asegurar que el ataque era ilegal porque la ciudad de Sagunto se levantaba ¡más allá del Ebro! [6].

Pura retórica. Si los romanos poseyeron un lazo jurídico con Sagunto desde antes del Tratado, mediante la autorización a la expansión hegemónica púnica habían renunciado manifiestamente al mismo; y si la alianza se cerró con posterioridad, representaba una interferencia inadmisible que podía ser denunciada por Cartago. La sugerencia sobre el origen griego de los saguntinos carece también, como antes dijimos, de entidad, y para ofrecer verosimilitud sería necesario, desde luego, que los acuerdos en vigor hubieran declarado una neutralidad/inmunidad para las viejas colonias griegas de esta parte del Mediterráneo, cuestión que ignoramos por completo. La excusa del Ebro, por último, no pudo ser tomada en serio más que por los más ingenuos patriotas romanos, no obstante los valedores modernos que ha tenido en quienes conjeturan que el río *Iber/Hiberus* que acotaba la zona de movimientos de Asdrúbal y sus hombres fue tal vez una de las corrientes fluviales ubicadas al sur de Sagunto [7]. Todos los indicios razonables abogan, por el contrario, en favor de la tesis cartaginesa: Sagunto estaba dentro del territorio otorgado a la expansión de la soberanía púnica, y no era ninguno de los aliados romanos amparados por el Tratado de Lutacio del 241 —si éste constituía la pieza maestra para regir el convenio con Asdrúbal— ni una ciudad griega, sino ibérica. Cartago no tenía, además, por qué reconocer alianzas romanas posteriores al Tratado del Ebro con ciudades dentro de su zona de influencia, y menos aún cuando Sagunto estaba causando problemas a una tribu cercana que había reconocido ya la autoridad púnica (Polib., III 15, 8; Apian., *Ib.* 10; Liv., XXI 6, 1).

---

[6] Livio, XXI 7, 2; Apian., *Ib.* 7.

[7] Una correcta interpretación de Polibio, III 30, 2-3, muestra que el debate se centró indudablemente en torno al Ebro y que no hace falta postular que el nombre perteneció a otro río: *cf.* C. Nicolet, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 264-27 a. de J. C. 2/ La génesis de un imperio,* Barcelona, 1984, pág. 486.

La forma de examinar el problema del desencadenamiento del conflicto como un debate en torno a la legalidad, tal como lo presentan las fuentes escritas, no debe ocultarnos, sin embargo, que el enfrentamiento obedeció ante todo a una necesidad de afianzar las respectivas hegemonías. Ni Aníbal ni Cartago ignoraban que la toma de Sagunto podía derivar en un *casus belli,* pero ceder en este punto habría producido penosas consecuencias, la principal de las cuales hubiera sido la intervención constante de Roma en la Península para frenar un auge no controlado del dominio púnico. Las ventajas, en cambio, eran numerosas: los romanos tenían que atender a las amenazas surgidas en Iliria y Grecia (Demetrio de Faro y la alianza conformada por Antígono Dosón), por lo que era presumible que olvidaran su repentino interés por Sagunto; de seguir adelante con el plan, todos los iberos comprenderían que no cabía esperar apoyo especial de Roma y admitirían su integración en la provincia cartaginesa de los Bárquidas. Y si el Senado romano mantenía inflexible la postura de considerar rotos los tratados y abrir hostilidades, de efectuarse la operación contra Sagunto, dejaría bien patente que no lo hacía por defender la equidad, sino para impedir a los cartagineses que consolidaran un pequeño imperio al que no reputaba tan inocuo como en vida de Asdrúbal. En cualquier caso, Cartago no perdía demasiado en la prueba: desvelaba la actitud política de Roma respecto a su resurgimiento, tras la pérdida de Cerdeña, en occidente, y elegía el momento que a ellos convenía, no a los romanos, para completar las conquistas hasta el Ebro; ahora disponían de un ejército cuantioso y aguerrido, al que cada día se sumaban más indígenas, y podían sostener perfectamente sus acciones con recursos fijos.

La realidad es que durante la primavera del 219 Aníbal avanzó contra Sagunto. La ciudad, alzada sobre una mediana colina cerca de la costa, no estaba mal fortificada; pero ni sus muros ni la defensa a ultranza de sus habitantes bastaron para impedir, ocho meses después de establecido el cerco, que los soldados cartagineses se adueñaran de la plaza. Aníbal obró con firmeza e inteligencia durante la campaña. Adaptándose a las incomodida-

des del cerro, dosificó la utilización de las tropas de asalto, y es probable que destinara otras partes del ejército a operaciones distintas en todo el territorio. Los saguntinos resistieron al máximo, pues creían posible la llegada de auxilios remitidos por Roma, y aunque Aníbal se mostró dispuesto a ofrecer aceptables condiciones en caso de rendición —respetaría la vida de los asediados y les permitiría vivir libremente en otro asentamiento, no fortificado [8]—, la población saguntina prefirió llevar su desesperanza hasta la muerte. La tradición romana magnificó sin duda el dramatismo de este episodio, elevándolo a paradigma de la lealtad heroica, ya que no sólo se prestaba a destacar la «barbarie inhumana» de los púnicos, sino que indirectamente prestigiaba a Roma, capaz de aglutinar a aliados tan fieles y decididos; pero lo cierto es que algunos saguntinos sobrevivieron, tanto del bando filorromano como de la facción procartaginesa, y que Aníbal no destruyó la ciudad, que ofrecía ciertas ventajas operativas desde el punto de vista militar. Durante todo el tiempo que se consumió en el asedio, Roma no dio señales de vida.

Ocupada Sagunto, Aníbal distribuye a sus hombres para pasar el invierno. Entre tanto, la noticia de este nuevo triunfo cartaginés había llegado a Roma en el mes de marzo del 218; después de un encendido debate en el Senado, en el que predominó la opinión favorable a la guerra si las autoridades púnicas no satisfacían, salió una delegación de cinco embajadores (los dos cónsules del 219, M. Livio Salinátor y L. Emilio Paulo, Q. Bebio, M. Fabio Buteón y G. Licinio) hacia Cartago para transmitir la resolución conminatoria del gobierno romano. Pero ni sus palabras ni sus argumentos sobre la injusticia del ataque a Sagunto, como tampoco su interpretación de los términos del Tratado de Asdrúbal, hicieron rectificar al Consejo cartaginés, que se aferraba a la evidencia de que en ninguno de los acuerdos

[8] Livio, XXI 12-13; propuso también otras condiciones, de menor entidad: *vid.* F. J. Fernández Nieto, «La fórmula δύο ἱμάτια / *bina vestimenta* y el pasaje de Livio sobre la rendición de Sagunto (XXI 13, 7)», en *Homenaje al Prof. J. M.ª Blázquez,* IV/1 (en prensa).

anteriores figuraba Sagunto como aliado de Roma: no estaba en la relación incluida en el Tratado de Lutacio del 241, y era obvio que para nada se había mencionado a esta ciudad en el convenio de regulación del abandono de Cerdeña, del 237, ni en el Tratado del Ebro. Finalmente, cuando Fabio urgió a los senadores de Cartago para que aceptaran o rechazaran la queja presentada, manteniendo así la paz o desatando la guerra, su respuesta fue que esa elección no les correspondía a ellos, sino a los propios romanos. La guerra quedaba irremisiblemente sellada.

Las fuerzas en presencia y la expedición a Italia

A la vista de la ambiciosa estrategia ofensiva practicada por los generales cartagineses en la Península y de los contactos establecidos con algunas poblaciones galas, los romanos podían sospechar que Aníbal trataría de incrementar y fortalecer su posición hegemónica hasta el límite de los territorios ibéricos en el sur de la Galia. El otro frente que podría abrir Cartago estaría en el norte de África, desde donde tradicionalmente la nación púnica había lanzado sus efectivos contra Sicilia y algunas otras islas. Las tropas de tierra cartaginesas eran tal vez superiores en número, pero la variedad étnica de sus contingentes disminuía quizá su eficacia; Roma poseía, desde luego, el dominio del mar.

Bajo estos cálculos realizó el Senado romano sus planes de campaña, de momento menos orientados a intervenir en la lejana Península Ibérica —poco conocida para Roma, que dependía de las informaciones de su aliada Masalia, y en la que no sabían si contarían con buenas bases navales— que a vigilar la Italia septentrional y hostigar, desde Sicilia, la capital del imperio cartaginés. El cónsul Publio Cornelio Escipión recibió un ejército de 22.000 soldados de infantería (dos legiones romanas y 14.000 aliados) y 2.200 soldados de caballería (seiscientos de ellos ciudadanos), junto con sesenta naves, ancladas en Pisa, para salir en expedición a la Galia meridional; el otro cónsul, Sempronio Lon-

go, se hizo cargo de una flota de 160 embarcaciones con que transportar a un ejército consular desde Lilibeo, en donde se ultimaban los preparativos, a África.

Cuando en Cartago los embajadores romanos comparecieron ante el Consejo, Aníbal ya había tomado posiciones para invadir las regiones al norte del Ebro (mayo del 218). En poco tiempo, sometió a varias tribus ibéricas asentadas en el camino interior hacia el Pirineo (ilergetes, jacetanos, ausetanos), con lo que procuró una franja de protección para el dominio bárquida meridional, asegurando el camino para una eventual retirada hacia España y dificultando a los romanos la instalación operativa si algún día pretendían cruzar el Ebro. Antes, sin embargo, de aventurarse hacia la Galia, Aníbal había distribuido compensadamente todas las piezas tácticas: en África permanecieron cerca de 20.000 hombres —más de dos mil iberos entre ellos—, que podían desplazarse en defensa de Cartago o del territorio e incluso, de ser preciso, pasar a la Península. En la provincia bárquida erigida desde Gades a Cataluña dejó una guarnición de 15.000 soldados de tierra, la mayoría de origen africano, junto con 21 elefantes; este cuerpo de ejército estaba complementado con una escuadra de 57 naves, tripulada por cerca de 12.000 hombres. Se trataba, sin duda, de la parte esencial en la concepción anibálica de este conflicto, pues eran fuerzas ya experimentadas fácilmente trasladables, por su ubicación equidistante, a los escenarios de la guerra que los reclamasen (África o Galia). El tercer contingente de reserva, menor que los anteriores, tenía su cuartel en la región comprendida entre los Pirineos y el Ebro: aquí había destinado Aníbal diez mil infantes y mil jinetes, puestos a las órdenes de Hannón.

A finales de julio de ese año, Aníbal se decide a franquear la barrera que cierra el acceso septentrional de la Península; lleva consigo un ejército que ronda los 50.000 soldados de infantería y nueve mil de caballería, según las noticias más fiables (Polib., III 35, 7), a los que acompañaban treinta y siete elefantes (Apian., *Hann.* 4). Atravesó el Pirineo por uno de los pasos interiores, evitando acercarse a la zona frecuentada por los griegos de Am-

purias, y a través del Rosellón se encaminó hacia el Ródano, a donde llegó en pleno agosto. Durante ese lapso, Roma había sufrido algunos contratiempos en la propia Italia, que obligarían a improvisar nuevas medidas. El Senado había acelerado la fundación de dos colonias latinas en *Placentia* (Piacenza) y Cremona, junto al Po (junio del 218), pero no contaban con la sublevación de los boyos e ínsubres, que impidieron la división de los campos y sitiaron *Mutina* (Módena), donde estaban refugiados los triúnviros encargados de la asignación de las tierras. La gravedad de la situación aconsejó enviar, sucesivamente, a las dos legiones alistadas para el cónsul Escipión: la primera, conducida por el pretor Lucio Manlio, sufrió importantes pérdidas y no logró auxiliar a los mutinenses; poco después la segunda, bajo el mando del pretor Gayo Atilio, rompió por fin el cerco y ahuyentó al enemigo, protegiendo el asentamiento de los colonos. A raíz de tales incidentes, Publio Cornelio Escipión tuvo que alistar urgentemente dos nuevas legiones y las condujo por mar desde Pisa hasta la desembocadura del Ródano.

Justo a tiempo para que un destacamento de caballería formado por romanos y celtas, enviados como exploradores a remontar el río, tropiece con los númidas de Aníbal cuando el ejército cartaginés iniciaba el paso del Ródano. La dura evidencia se impone: la expedición que en junio atravesó el Ebro no se encontraba, como se imaginaban, combatiendo a los iberos transpirenaicos, sino más allá de la línea que Escipión esperaba defender. A marchas forzadas, las legiones se dirigen hacia el interior, por la orilla izquierda, para cerrar el tránsito al enemigo; mas cuando alcanzan su campamento, hace ya tres días que los púnicos han abandonado la región. Efectivamente, Aníbal obligó a la infantería a salvar el obstáculo y, siguiendo la margen izquierda, a adentrarse en el país, mientras él mismo permanecía junto al río con la caballería para supervisar la operación técnica del pontón que permitió cruzar a los elefantes; completada ésta, alcanzó a la columna principal de sus tropas. El juego comenzaba a descubrirse: el general cartaginés se proponía entablar los combates en Italia, apoyándose en todas las tribus que quisieran se-



Ciudades de Italia y Sicilia en la Segunda Guerra Púnica

cundarle [9], y rehuía cualquier enfrentamiento previo; por eso renunciaba a seguir, más pegado a la costa, la antigua ruta heraclea, que por el valle del Durance le habría llevado a salvar los Alpes Marítimos por uno de los pasos más meridionales, el del monte Genèvre.

Publio Escipión traza en seguida su plan, que consiste en enviar a su hermano Gneo a España con las dos legiones y regresar él a Pisa. Las tropas llegan a Ampurias —que como todos los griegos del ámbito masaliota estaba al lado de Roma— por mar, con la misión de atacar a las reservas cartaginesas intactas confiadas a Hannón y a Asdrúbal (el hermano de Aníbal) en el imperio peninsular de los Bárquidas, objetivo que dificultaría el despacho de nuevos efectivos hacia Italia. Desde Pisa, el cónsul advierte al Senado de la situación y acude a las colonias del Po para tomar el mando de las legiones que sofocaron la insurrección de boyos e ínsubres. Pero también desde Roma se adoptaron medidas de prudencia, pues los hombres de que disponía Escipión tal vez no bastarían para frenar la amenaza; considerando que era delicado reclutar nuevas legiones y extremar la contribución de los aliados, se optó por anular la expedición al África, que en septiembre aún no había partido, y ordenar al cónsul Sempronio Longo que se trasladara cuanto antes a la Galia Cisalpina [10]. Así pues, el plan de Aníbal había conseguido paralizar el ataque contra el territorio cartaginés y obligaba a los romanos a reorganizar sus acciones; a su vez, la idea de Escipión no es

[9] Aníbal debía poseer informes sobre la acogida que podían dispensarle, como enemigo de Roma, en todo el sur de Francia y norte de Italia, y estaba seguro de conseguir aliados, según indica Polibio (III 34), en la Galia Cisalpina, cuyos habitantes llevaban años combatiendo a los romanos.

[10] Sempronio había instalado su base de operaciones en Lilibeo, puerto de la costa occidental de Sicilia arrebatado poco antes a los púnicos. Desde aquí se había apoderado de la isla de Malta y capturó a la totalidad de la guarnición cartaginesa. Cuando llegó la orden del Senado, el cónsul seguía incrementando los preparativos para una posible campaña africana.

sino el revés de esta misma moneda, ya que la presencia militar permanente de efectivos romanos en la Península trajo como efecto la inmovilización de los estrategos púnicos sobre sus demarcaciones y la interferencia en las alianzas con los jefes indígenas, que con frecuencia aprovecharon la receptividad de los romanos para abandonar a las fuerzas cartaginesas y entregar todo su apoyo a los recién llegados.

Pero la marcha de Aníbal seguía su curso; acompañado por los alóbroges de la Galia, toma el camino del Isère, descendiendo por el Drac, hasta alcanzar los Alpes. El pasaje de esta barrera natural planteó, como es bien sabido, el problema más serio a resolver desde que cruzaron el Ebro; si primero fue una tribu local la que le dificultó con sus hostilidades el camino para coronar las alturas, acto seguido la nieve haría impracticable acceder a los pasos escogidos, por lo que Aníbal tiene que rectificar varias veces hasta conseguir que sus hombres, la caballería y los elefantes alcancen penosamente, por un collado del macizo entre los Alpes Grayos y los Cotianos (seguramente el Col du Clapier, al sur del monte Cenis), la llanura italiana cerca de Susa; es el comienzo del otoño del 218. Y aun cuando la historiografía posterior acentuara demasiado este episodio, que se prestaba fácilmente al colorido de la aventura, es indudable que el éxito y velocidad de la expedición, surgida como por ensalmo en la cabecera del valle cisalpino y a un paso de reunirse con los belicosos galos, causó un tremendo impacto en quienes sabían apreciar el vigor intrínseco de las hazañas con riesgo.

Los taurinos serán los primeros en comprobar la firmeza de los propósitos cartagineses; después de haber rechazado la amistad y alianza ofrecidas por Aníbal, en pocas horas pierden *Taurasia* (Turín), su capital, y todos los prisioneros serían ajusticiados. La lección fue aprendida por otros pueblos padanos, que nada debían a los altivos romanos. Aníbal conservaba más de 25.000 hombres y 21 elefantes, y había calculado, seguramente, incrementar sus fuerzas con aliados galos e itálicos. El escenario del conflicto se alza ya, de improviso, en medio de la Galia Cisalpina.

Aníbal en Italia: las grandes victorias púnicas y sus consecuencias (218-216)

Al conocer Escipión la noticia de que su contrincante pisaba ya, mucho antes de lo previsto, el suelo del norte de Italia, salió desde su campamento en las inmediaciones de Piacenza, atravesando el Po, para examinar el potencial cartaginés y estorbar la probable conjunción de Aníbal con los ínsubres antes de que llegaran las otras dos legiones. Por medio de un puente de barcas, pasó el Ticino y a menos de dos días de marcha esperaron al enemigo, que había establecido el campamento algo más allá del Sesia. Ambos generales tuvieron aquí su primer encuentro, en la región de Lomello, que se saldó negativamente para Publio. En efecto, la infantería ligera romana y la caballería céltica, que formaban la vanguardia de Escipión, no resistieron el choque con los jinetes iberos y, dispersadas, se replegaron a espaldas de su general; pero tampoco las tropas selectas de la caballería pesada mantuvieron durante mucho tiempo el asalto y pronto se vieron sorprendidas a retaguardia por los jinetes númidas, que habían penetrado por las alas y rodearon la formación enemiga. Ante la superioridad manifestada por los adversarios, que estaba poniendo en fuga a buen número de hombres, Escipión, herido él mismo, inició la retirada; después de haber cruzado el Ticino ordenó la destrucción del puente de barcas, y marchó a defender Piacenza.

La batalla del Ticino dejaba en manos de Aníbal la región situada al otro lado del Po, situación agravada por el hecho de que la victoria púnica había levantado el ánimo de los galos: los insubros volvieron a declararse en armas contra Roma, y en los días siguientes al encuentro dos mil infantes y más de 150 jinetes galos se pasaron de las filas romanas a las de Aníbal. El cónsul no tuvo más remedio que continuar retrocediendo, sin preocuparse ya de impedir la unión del enemigo con los boyos, y situó su campamento a la derecha del Trebia. La expedición cartaginesa estaba al otro lado del Po, e incluso había invitado una vez a los romanos a luchar en campo abierto; su dominio es notorio,

y hasta el comandante de la pequeña guarnición de *Clastidium* (Casteggio), un latino llamado Dasio, había entregado el fuerte (destinado a depósito de provisiones) a los hombres de Aníbal.

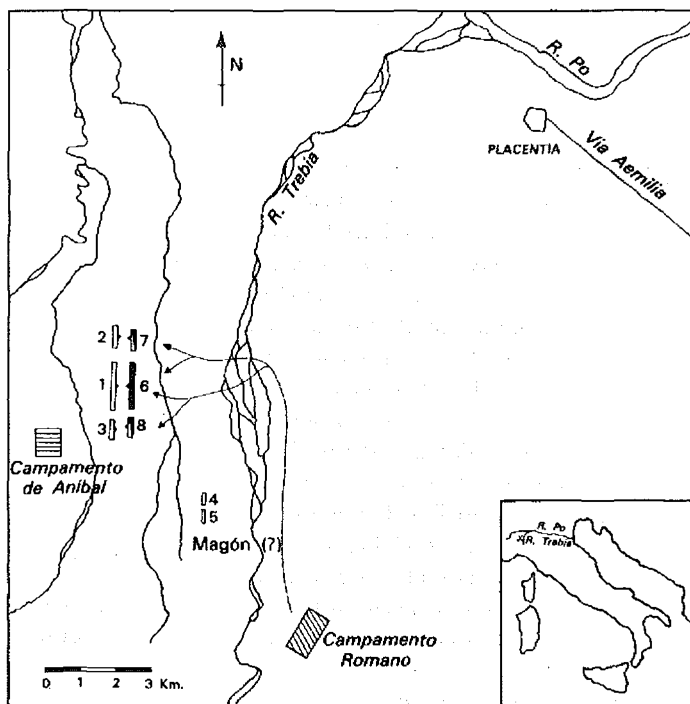
1. *Batalla del Trebia*

Al recibir el mandato del Senado, Sempronio agrupó a sus dos legiones en Mesina y licenció a los soldados, haciéndoles prestar el juramento de comparecer a los cuarenta días en *Ariminum* (Rímini). Desde allí se dirigieron con la mayor urgencia hasta Piacenza, para sumarse, algo al sur de la colonia, al campamento de Escipión. Los dos cónsules tenían a sus órdenes cuatro legiones, con un total de unos 40.000 combatientes de a pie, entre legionarios y aliados, y cuatro mil jinetes. Aníbal acampaba en la otra parte del río, con la protección del monte, y no había efectuado ningún movimiento para impedir que Sempronio se juntara con su colega en el consulado; confiaba quizá en que los romanos, después de haber reunido ese ejército, cederían a la tentación de exponerlo en zonas amplias y ventajosas para su caballería —sin olvidar la contribución de los elefantes— y le permitirían obtener un triunfo importantísimo para ganar la Galia Cisalpina. Más difícil podría haber resultado si hubiera tenido como único oponente a Escipión, que ya había probado la versatilidad militar del Bárquida; el otro cónsul, en cambio, parecía deseoso de medir aquí también sus fuerzas, tras los éxitos navales en aguas de Sicilia, frente a unos bárbaros a quienes superaban en número.

La batalla fue provocada con habilidad por Aníbal; intuyendo la inclinación del enemigo a aceptar el desafío, apostó durante la noche a Magón en una quebrada con dos mil hombres (mil de a caballo) y envió a los jinetes númidas al otro lado del Trebia como señuelo, para excitar a los romanos. Sempronio aceptó el envite e hizo salir por delante, persiguiendo a los númidas, a su caballería y a seis mil soldados armados a la ligera, y cuando los jinetes africanos atravesaban el Trebia, de regreso a sus líneas, él mismo condujo al resto de las legiones a vadear el río y a entablar insensatamente una pelea con el Trebia a la espalda

y sin la presencia de Escipión, postrado en su tienda a causa de la herida recibida en el aprieto del Ticino.

Aníbal dispuso a su ejército en orden de batalla, para recibir a los romanos, en una planicie cercana a su campamento; situó



Batalla del río Trebia (218 a. C.)

Disposición de las tropas contendientes:

a) 1. Infantería cartaginesa. 2. y 3. Tropas auxiliares.
4. y 5. Destacamentos púnicos ocultos.

b) 6. Infantería romana. 7. y 8. Tropas auxiliares.

en el centro a la infantería pesada (veinte mil hombres, hispanos, galos, celtas y africanos) y en las alas a la caballería (más de diez mil jinetes) y los elefantes. Mientras las dos formaciones centrales trababan combate, la caballería cartaginesa deshacía sin

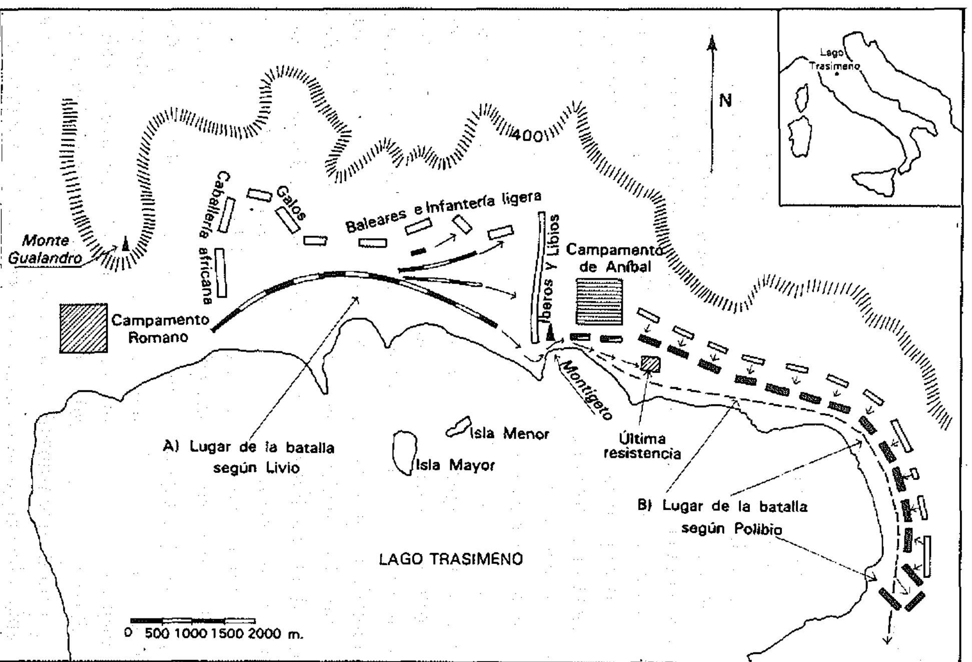
problemas a la romana, acosándola hasta el Trebia; el propio cónsul conducía desde el centro a sus legionarios, que presionaban duramente al grueso de la infantería púnica. Pero la debilidad romana empezó a manifestarse por los flancos, que, después de contemplar la huida de los *equites*, sufrían la carga simultánea del destacamento emboscado de Magón, la infantería ligera africana y los poderosos elefantes; las dos alas acabaron cediendo y sus hombres fueron atrapados cuando escapaban en desorden hacia el Trebia, convertido en una trampa para los romanos: muchos de ellos perecieron, calados por el aguanieve, en la fría y crecida corriente del río. Sempronio no quiso arriesgarse a ser cogido en medio, sin ninguna protección contra la caballería númida, prácticamente intacta; por ello resolvió abandonar a su suerte al resto de las tropas y ponerse a salvo con los diez mil soldados asignados al grupo de choque. Todos ellos lograron atravesar el Trebia y refugiarse en Piacenza; los demás supervivientes regresaron, como había hecho la caballería, al campamento de Escipión, quien tuvo asimismo la precaución de guarecerse con su colega en la colonia placentina (diciembre del 218).

La derrota del Trebia es menos relevante por el número de las bajas habidas —un tercio de los efectivos romanos, entre prisioneros y muertos— que por la repercusión que produce. De confianza entre los aliados de los cartagineses en toda la Galia, que descubren y muestran a otras tribus la posibilidad de cortar la expansión romana por el valle del Po; de desconcierto para la población romana, pues las victorias parciales conseguidas en la insurrección de los galos, el desembarco en Ampurias y la fortificación de Sicilia no bastaban para ocultar la incapacidad de cuatro legiones para evitar que Aníbal estuviese ya en territorio romano. Se alzaron voces contra el plan aprobado por el Senado y la debilidad e ineptitud de los cónsules, aunque nadie creyera realmente en la de Escipión, como demuestra el hecho de que se le prorrogara el mando para que dirigiese las operaciones de Hispania. Los cartagineses paralizaron su marcha debido al invierno; los cónsules se retiraron más tarde, pero dejaron parte de los hombres en Piacenza y Cremona.

2. *Batalla de Trasimeno*

Fueron designados cónsules del 217 dos personas que habían mostrado cierta independencia respecto al Senado, Gneo Servilio y Gayo Flaminio; este último había desempeñado la misma magistratura en el 223 y obtenido un resonante triunfo sobre los galos traspadanos. Cada uno recibió el mando de dos legiones, las que ya habían luchado contra Aníbal; fueron reforzadas y completadas, de modo que en cada una formaran no menos de doce mil hombres. Se mantuvieron las dos de la Península, y cinco más quedaron, movilizables, en reserva o guarnición. El Senado había renunciado a la ofensiva y no pretendía combatir a Aníbal de nuevo en la región del Po, sino esperar replegados en los Apeninos los movimientos del general cartaginés. Los cónsules ocuparon, pues, dos posiciones adecuadas para cerrar los pasos orientales y occidentales hacia Italia central: Flaminio tomó como base *Arretium* (Arezzo), en donde reunió las legiones que Sempronio sacó de Piacenza; Servilio se instaló en *Ariminum* (Rímini), con los anteriores efectivos de Escipión; ambos, por supuesto, repusieron los efectivos de sus unidades.

En el mes de mayo, Aníbal deja sus cuarteles padanos y opta por seguir avanzando hacia el interior de Italia, ya que debía de poseer informaciones sobre la viabilidad de sublevar a los aliados itálicos y éste era, sin duda, el mejor medio de mermar la fortaleza de los romanos. Pasando los Apeninos por el camino de Bolonia a Pistoia, deja *Arretium* a su izquierda y saquea algunas comarcas de Etruria; toma luego la ruta de *Perusia* (Perugia). Flaminio lo seguía de cerca y debía evitar todo combate antes de juntar sus legiones con las de Sempronio; pero Aníbal sabía que los romanos confiaban en que la estrategia púnica se fundamentaría sobre campos de batalla abiertos y prevalencia de la caballería. Haciendo creer al cónsul que iba en dirección a Roma, lo esperó junto al lago Trasimeno, en el camino de Cortona a Perugia, detrás del paso estrecho que discurre entre la orilla oriental y el monte Gualandro (mediados de junio del 217). Su



Batalla del Lago Trasimeno (217 a. C.)

ejército quedó dispuesto en un ensanchamiento del terreno, resguardada la espalda por los montes.

La treta dio resultado, tanto porque Flaminio no envió por delante a los exploradores como por la presencia de una espesa niebla que cubría la vía e impedía ver a los contingentes dispuestos en el flanco izquierdo. Los primeros legionarios habían recorrido ya algo más de seis kilómetros cuando encontraron cerrada la salida de la pequeña llanura, junto al estrechamiento de la colina de Montigeto, en donde Aníbal había desplegado a la infantería pesada cartaginesa e ibera; y como toda la columna había penetrado ya en la bolsa, la caballería númida —pues el invierno no respetó la vida sino a un solo elefante— cargó sobre la retaguardia, cerrando la salida y empujando a los últimos manípulos hacia el centro de la planicie.

Cogidas por sorpresa, sin posibilidad de recomponer la columna en una formación cerrada de batalla y cortado el flanco derecho por las aguas del lago, privadas de la dirección del cónsul porque los jinetes púnicos dominaban la escena y dificultaban la transmisión de órdenes, ambas legiones sucumbieron al ataque combinado de la infantería pesada, por el frente, y de los soldados galos, los honderos baleares y la infantería ligera, que descendió desde las laderas y las acometieron lateralmente, presionando hacia el lago. En menos de tres horas, el desastre fue completo: Flaminio cayó en la lucha y con él la mitad de sus hombres; el resto fueron hechos prisioneros (seis mil soldados de la vanguardia, que lograron romper la barrera de Montigeto, fueron rodeados por la infantería ligera de Maharbal y acabaron también en manos de los púnicos). En un golpe de efecto, Aníbal dejó libres a todos los aliados itálicos de Roma que había capturado, a fin de que transmitieran la consigna de que la expedición no venía a luchar en su contra, sino a concederles la independencia respecto a Roma.

La victoria dejaba a los cartagineses libre, de momento, el camino hacia la Urbe, y se vio complementada por el éxito adicional, unos días más tarde, de destruir a un destacamento de caballería del ejército de Servilio, en Rímini, que acudía en auxi-

lio de Flaminio (cuatro mil jinetes). No obstante, el general bárquida decidió continuar las operaciones de castigo por Italia, propósito al que no sería ajena la recepción hostil que le estaban mostrando, pese a su comportamiento después del triunfo, las ciudades umbras y etruscas aliadas de Roma; ninguna quiso abrirle sus puertas, y el intento de apoderarse de la colonia latina de Espoleto no prosperó. A través de la Umbria y del Piceno alcanza el Adriático y, al parecer, fue saqueando los territorios comprendidos entre el Piceno y Apulia, en donde devastó las comarcas de *Luceria* y *Arpi*.

3. *La dictadura de Fabio*

Muerto Flaminio y ausente Servilio, el Senado quiso hacer frente a la delicada situación movilizando otras legiones y confiándolas a un hombre experto y sensato en la guerra. Se pensó que la magistratura adecuada para revestirlo sería la del dictador con imperio militar; convocados los comicios centuriados, resultó nombrado Quinto Fabio Máximo, miembro del sector más conservador de la clase senatorial, el cual había desempeñado ya los más altos destinos dentro de la República: dos veces cónsul (en el 233 y en el 228), censor en el 230, y ya otra vez dictador, probablemente en torno al 220, *comitiorum habendorum causa*. Había celebrado un triunfo sobre los lígures. Los comicios designaron también, sin respetar esta competencia del dictador, al *magister equitum*, elección que recayó en el consular M. Minucio Rufo.

Fabio alistó dos legiones, a las que convocó en Tívoli, y antes de partir de Roma celebró solemnes ceremonias religiosas, en las que oficiaron los miembros de los principales colegios sacerdotales y los pretores (consulta de los Libros Sibilinos, rogativas y ofrecimiento de banquetes rituales, promesas de erección de templos y compromiso de realización del *ver sacrum)*. En el camino se le unen las dos legiones de Servilio, relevado del mando y destinado como jefe a la flota de 160 barcos que vigilaba Italia; desde Tívoli emprendió Fabio la marcha hacia Apulia, con las

cuatro legiones, para seguir los pasos de Aníbal. Pero la táctica de los cartagineses seguía basándose en escoger los escenarios de batalla que más convenían a la naturaleza de sus distintos contingentes, por lo que en cuanto Aníbal comprobó que Fabio rechazaba sistemáticamente las oportunidades de entrar en batalla, tomó la dirección de Benevento e inició el saqueo de aquel territorio, continuando luego los pillajes por Campania y la comarca de Falerno. La prudencia de Fabio estuvo cerca de dar sus frutos al sorprender a Aníbal en un tramo delicado de la vía Apia, próximo a *Tarracina;* Minucio, el jefe de la caballería, custodiaba la garganta de Láutolas, mientras que Fabio y su ejército dominaban los otros tres pasos (principalmente el que, por el Volturno, conducía a la vía Latina) desde las alturas; mas una ingeniosa estratagema, recogida por toda la tradición, sirvió para que el general cartaginés engañara a Fabio durante la noche y rompiera el bloqueo escapando por uno de los estrechos. Luego alcanzó de nuevo el Adriático y estableció sus cuarteles de invierno en el norte de Apulia, junto al país de los frentanos.

Mientras Fabio se hallaba temporalmente en Roma, para informar sobre el futuro de la guerra, Minucio vigilaba la posición de Aníbal, que había cometido el error de instalar a sus hombres en dos albergues separados, uno de los cuales estaba fortificado (la antigua población de Gereonio); pero el otro era un campamento convencional, sobre el que el ayudante del dictador, desobedeciendo las órdenes recibidas, lanzó un ataque por sorpresa y logró causar algunos daños apreciables. Conocido este primer éxito romano en la Urbe, los comicios centuriados, que habían elegido a M. Atilio Régulo como sucesor del desaparecido Flaminio, votaron una *rogatio* que equiparaba los poderes del *magister equitum* Minucio con los del dictador Fabio. Cuando este último regresó junto a su ayudante, repartió con él las legiones; Minucio siguió exponiendo demasiado ante Aníbal, y en una comprometida situación de combate que él mismo había creado sólo pudo salir del aprieto con la ayuda del ejército de Fabio. Ambos abdicaron de la magistratura poco antes de cumplirse los seis meses de duración del cargo (finales de diciembre del 217) y entregaron

el imperio y las legiones a Servilio y Atilio, quienes también se limitaron a vigilar la inoperancia invernal de los cartagineses. La filosofía práctica de Fabio, apelado por el pueblo *cunctator* (el contemporizador) para mejor definir al vacilante e irresoluto *dictator,* parecía contar con algunos discípulos.

4. *Batalla de Cannas*

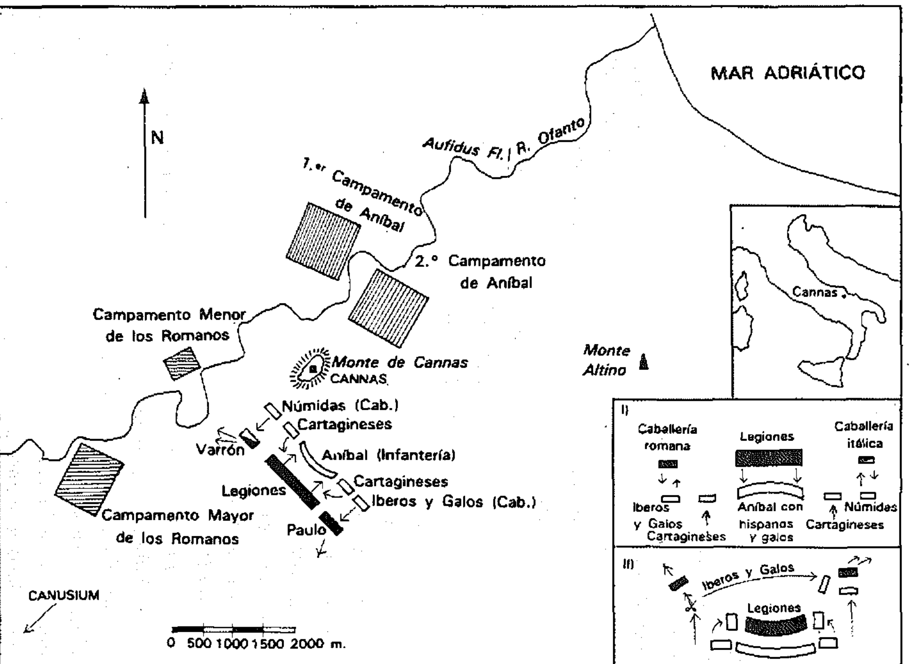
Los nuevos cónsules designados por los comicios para el año 216, Gayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, asumieron el cargo en el mes de marzo. El primero, apoyado por el partido popular, defendía con ardor las exigencias de eficacia reclamadas por las asambleas y era un recién llegado a la política; Emilio Paulo había desempeñado ya el consulado en el 219 y obtenido bastantes éxitos en la guerra ilírica. Ambos permanecieron en Roma hasta el verano, ocupándose de los reclutamientos necesarios para completar la cifra de ocho legiones (cuatro de las cuales ya estaban en Apulia).

Avanzada la primavera, Aníbal había reemprendido las operaciones en el sector, encaminándose esta vez en dirección sur. Después de haber atravesado el río *Aufidus* (Ofanto) pudo adueñarse por sorpresa del puesto de Cannas, en donde la intendencia romana tenía establecido un importante granero, en el que se almacenaban los víveres procedentes de la Apulia inferior. Servilio y Atilio, a quienes se había prorrogado el mando como procónsules, advirtieron de la gravedad del caso al Senado, puesto que la expedición púnica podía ahora circular a su antojo por un territorio rico, estaba muy bien aprovisionada y hasta la configuración del terreno le era favorable, dada la superioridad de su caballería. Los cónsules salieron de Roma con la mayor urgencia, se reunieron en Apulia con los procónsules y tomaron personalmente el mando de todo el ejército (aunque mantuvieron consigo a Servilio y a Minucio); fueron tras los pasos del enemigo y cruzaron el Aufido, estableciendo un campamento principal (el llamado campamento mayor) no lejos de donde lo tenía Aníbal, junto al río; a poca distancia, en la orilla izquierda, levantaron

un campamento más reducido (el llamado campamento menor), cuyo objetivo residía en favorecer la protección de quienes atendieran los abastecimientos de agua y forraje o las actividades de reconocimiento.

Tal como resultaba lógico y ambos contendientes esperaban —los romanos confiando en su número y mejor conocimiento de Aníbal, los púnicos en el combate sobre el llano y en su afianzada moral—, el enfrentamiento no tardó en llegar. En uno de los días en que el mando alterno correspondía a Terencio Varrón (en fecha indeterminada de final de junio o comienzos de julio) el cónsul ordenó que todo el ejército se concentrara en las cercanías del campamento mayor. La línea de batalla dispuesta por el comandante romano acumulaba todas las legiones en la parte central, reduciendo mucho las distancias entre los soldados para ganar en densidad, y situaba en las alas a la caballería (a la izquierda la de los aliados, a la derecha la de los ciudadanos); se proponía, de esta forma, romper el frente que opusiera el adversario y, una vez dividido, hacer valer la superioridad de sus fuerzas. Los cónsules tomaron el mando de los flancos: Varrón, el del ala de los jinetes aliados, y Emilio Paulo, el de los escuadrones de la caballería ciudadana; en el centro, con la infantería, estaban Servilio y Minucio.

Aníbal sólo contaba con unos cuarenta mil hombres, efectivos duplicados por el ejército romano, pero no quiso evitar la batalla. Cruzaron también el río, colocó a su infantería pesada en medio de la formación y contrapuso los jinetes númidas a los aliados itálicos, los iberos y celtas a la caballería romana. En el centro mismo de la infantería situó a los soldados ibéricos y a los galos, y en los extremos a cartagineses y africanos: la táctica consistió en hacer que avanzaran los primeros para soportar el impacto más fuerte de las legiones, mientras los infantes púnico-africanos permanecían ligeramente apartados de la refriega. Cuando los galos e hispanos, que se habían batido con enorme fiereza y coraje, empezaron a ceder, ya la caballería de los cartagineses había eliminado o puesto en fuga a los jinetes romanos de Emilio Paulo. Entonces pudo apreciarse de qué manera



Batalla de Cannas (216 a. C.)

había concebido Aníbal su proyecto; aquellas tropas norteafricanas de infantería pesada que había mantenido en reserva tomaron el relevo de celtas e iberos, envolviendo paulatinamente a los legionarios romanos; y como Asdrúbal había derrotado al cónsul Lucio Emilio, pudo acudir sin tardanza a apoyar a Hannón, que conducía las tropas númidas de caballería. Juntos vencieron la resistencia de los aliados itálicos de caballería, y a continuación sorprendieron por la espalda a la infantería romana, que se encontró así absolutamente cercada. Atacadas desde todos los puntos, ninguna de las filas podía tomar respiro, y para mayor infortunio los soldados iberos y galos habían vuelto vigorosamente a la carga.

Casi la mitad del ejército romano cayó en el encuentro, en el que asimismo hallaron la muerte Emilio Paulo (quien, al perder su posición, vino a integrarse con la infantería), el procónsul Servilio y Minucio, rodeados de tribunos militares, de senatoriales y de consulares. El número de prisioneros, hechos tanto en el campo de batalla como en la posterior ocupación de los campamentos, rondaba los veinte mil; otros quince mil hombres consiguieron escapar y fueron a refugiarse en *Canusium* (Canosa) y en algunas otras ciudades vecinas, fieles a Roma; Terencio Varrón y parte de los jinetes aliados huyeron hasta la colonia latina de *Venusia* (Venosa). Por ironía del destino, el gran responsable de la derrota —puesto que Emilio no era partidario de dar batalla— había salvado la vida.

La noticia de la humillación sufrida por las ocho legiones, consideradas en su momento una milicia más que suficiente para terminar con la invasión de Aníbal, fue acogida con respeto en Roma y llevó a aconsejar la adopción de una estrategia mucho más cauta y defensiva, recomendada por quienes en el Senado compartían aún los criterios pacientes de Fabio. Varrón, a quien el abatimiento común perdonó cualquier recriminación por lo ocurrido, cumplió la indicación del Senado y designó como dictador con imperio militar a Junio Pera, cónsul en el 230 y censor en el 225, que nombró como su *magister equitum* a Sempronio Graco. El dictador y su ayudante tuvieron que ocuparse prioritaria-

mente del alistamiento de nuevos hombres; se reclutaron cuatro legiones para actuar de inmediato, dos formadas por los soldados ya inscritos en las legiones urbanas y las dos restantes por esclavos que se ofrecieron y por personas condenadas por delitos menores. A fin de reconstruir las dos legiones urbanas, que debían quedar en Roma de reserva, fueron enrolados incluso bastantes jóvenes que no habían alcanzado la edad reglamentaria. El pretor Marcelo se desplazó a Canosa para asumir los restos del ejército derrotado en Cannas y traspasarlo al *imperium* del dictador.

La penosa situación causada por la victoria de Aníbal fue rematada por un segundo e inesperado infortunio del ejército romano. Para sustituir a Emilio Paulo, los comicios habían designado cónsul a Lucio Postumio Albino, a quien se encomendó la misión de dirigirse con las dos legiones urbanas del año anterior a la Cisalpina, para mantener a raya a los insumisos galos (éste era uno de los efectos de diversión logrados por la estrategia de Aníbal). Y a finales de ese verano del 216 sobrevino en este sector una nueva catástrofe: a pesar de su experiencia militar anterior, adquirida en precedentes consulados (234 y 229), Postumio fue sorprendido por los boyos en el bosque de Lítana y todo su ejército resultó aniquilado; los galos cortaron la cabeza del cónsul y utilizaron el cráneo como recipiente sagrado en uno de sus santuarios. Las colonias de Piacenza y Cremona quedaron aisladas de hecho, aunque no llegó a temerse por ellas, pero todos los progresos logrados en el territorio cisalpino se venían en un instante abajo. El año finalizaba con muy difíciles perspectivas para Roma.

La instalación de Aníbal en Italia (215-203)

1. *Operaciones y alianzas en la Italia meridional*

Los primeros frutos cosechados por Aníbal a consecuencia de Cannas se dieron en la propia Apulia del norte; todas las ciu-

dades daunias, excepto *Luceria* (colonia latina), se pasaron al bando cartaginés, entre ellas la importante plaza de *Arpi*. No quiso perder tiempo el general cartaginés en el asedio de Canosa —refugio de los supervivientes romanos de Cannas—, que habría necesitado tiempo y costosos gastos militares, ni seguir los consejos de quienes, según la tradición, se inclinaban por encaminarse al asedio de Roma sin pérdida de tiempo (operación de aún más dudoso éxito): era evidente que la potencia romana seguía disponiendo de estimables recursos, principalmente navales, y clara muestra de ello la daba el hecho de que desde el puerto de Ostia hubiera zarpado la llamada legión *classica* (fuerzas de infantería adscritas a la flota) rumbo a Apulia. Por otra parte, el Senado manifestaba con firmeza la voluntad de no doblegarse a ningún trato, puesto que se había negado a satisfacer rescate por los prisioneros. Aníbal resolvió adentrarse por la región samnítica, en aplicación consecuente de su política de debilitar a Roma suscitando la defección de los aliados.

Sucesivamente, la ciudad de *Compsa* y las tribus samnitas de los hirpinos y los caudinos se unieron a los cartagineses. Con una parte del ejército, su hermano Magón descendió hasta los territorios de Lucania y de la punta del Brucio, logrando la adhesión de casi todos sus habitantes. Tan sólo las ciudades brucias de *Consentia* (Cosenza) y *Petelia* permanecieron fieles a su aliado romano, lo que le costó a esta última un asedio regular —probablemente por su posición estratégica junto a la costa, cercana a Sicilia— y la rendición once meses más tarde. En el otoño, el grueso del ejército abandona el Samnio y hace su aparición en Campania, riquísimo país cuyas viejas ciudades todavía no habían recibido el grado de autonomía al que aspiraban. Ésta fue la razón de que Capua, centro urbano y económico de la Campania, primera villa de Italia después de la Urbe, abriera sus puertas a Aníbal y renegase de su vinculación con Roma; la misma actitud siguieron otros miembros de la antigua liga campana o nucerina (*Atella*, *Caiatia*, etc.; *Nola* y *Neapolis*, que habían obtenido de las autoridades romanas mayor autonomía, no abrazaron el partido cartaginés).

La forma en que Aníbal negoció con los capuanos su separación de Roma hace patente la destreza y capacidad política que también atesoraba el hijo de Amílcar, deseoso de no cometer ninguno de los abusos que habían generado el malestar de toda la población, aristocracia local y clase popular, contra los romanos. Aníbal empeñó su palabra para garantizar que la ciudad se regiría por magistrados y leyes propias, y que ningún funcionario púnico poseería jurisdicción alguna sobre sus gentes (rectificaba así el sistema romano, que otorgaba el ejercicio de la justicia en Capua a un prefecto, delegado del pretor urbano). Aseguró, además, que nadie sería forzado por Cartago a entregar contribuciones o efectuar trabajos, ni a servir en el ejército; prometió, por último, que daría trescientos cautivos romanos, elegidos por los mismos capuanos, para que los retuviesen como rehenes a cambio del destacamento de trescientos compatriotas alistado en la caballería legionaria de Sicilia. No sabemos si es real la noticia de que Aníbal incluso dio la esperanza a Capua de que, en el futuro, estaría destinada a ser la cabeza de una federación de pueblos itálicos, en la que Roma sería un simple aliado. No es extraño que, mediante tal generosidad, la ciudad cediese a sus propuestas y lo acogiese como un auténtico liberador, fama que convenía a su interés por ganar a los pueblos itálicos.

Roma había extremado su prudencia y vigilaba las acciones de los púnicos en Campania desde la línea de seguridad, establecida antes del río Volturno (en la vía Latina, junto a *Teanum);* precisamente para tener bajo control el paso del Volturno asedió Aníbal la plaza de *Casilinum,* que concede el dominio del puente, durante todo el invierno, logrando rendirla por hambre ya en la primavera del 215. Todos los intentos del dictador Junio Pera para aliviar el cerco fracasaron, e incluso sufrió el revés de perder el campamento cuando fue puesto en fuga por su adversario (derrota que Livio silencia).

Los comicios eligieron como cónsules para el 215 a Tiberio Sempronio Graco, ayudante del dictador, y a Claudio Marcelo; pero como no agradaba al Senado la designación de dos plebeyos, Marcelo quiso evitar disensiones y rechazó el cargo. En su

lugar resultó electo por tercera vez el circunspecto Q. Fabio Máximo. La relación de fuerzas en las campañas de este año no experimentó casi ninguna alteración, puesto que los romanos no enrolaron nuevas legiones, limitándose a adjudicarles nuevos destinos. Aníbal, por su lado, recibió de Cartago, a la que Magón había informado personalmente del curso de la expedición y de las victorias obtenidas, una ayuda de cuatro mil númidas y cuarenta y ocho elefantes, llegados por mar hasta Locros cuando esta ciudad griega cayó en manos púnicas; débiles refuerzos, aunque trajeran consigo ciertas cantidades de dinero para pagar mercenarios.

Las operaciones del 215 se desarrollaron exclusivamente en dos escenarios, el Brucio y la Campania. En el primero de ellos consiguió Aníbal notables ventajas, ya que, a excepción de Regio —cuyo puerto defendía la flota del pretor de Sicilia—, sometió a las restantes poblaciones fieles a Roma. Después de *Petelia*, también *Consentia* se entregó a los púnicos, y reducidas ya las ciudades indígenas brucias llegó el turno a las fundadas por los griegos: Locros Epizefirios suscribió un convenio con Hannón, por el que aceptó la entrada de los cartagineses a cambio de conservar su autonomía y de que se otorgara la libre retirada a la guarnición romana. Cayó también Caulonia, así como Crotona, que no pudo obtener las mismas concesiones que los locrios y tuvo que transmitir la ciudad y el territorio a los brucios; Aníbal permitió a la población crotoniata que se instalaran entre los locrios. Sin embargo, en Campania pudieron los romanos estabilizar el frente, pues la parte del ejército cartaginés allí asentada tenía encima la sombra de seis legiones completas (distribuidas cuatro al norte, dos al sur de Capua). Los intentos de tomar Cumas, luego Nola, resultaron vanos, pues la presencia de las dos legiones de Sempronio Graco y del procónsul Marcelo, respectivamente, preparadas para la defensa, disuadió a Aníbal. A fin de establecer los cuarteles de invierno regresó a *Arpi*, en Apulia.

Elegidos cónsules Fabio Máximo (por cuarta vez) y Claudio Marcelo (por tercera vez) en el 214, Roma efectuó un esfuerzo mayor que en años anteriores y dispuso de hasta dieciocho legio-

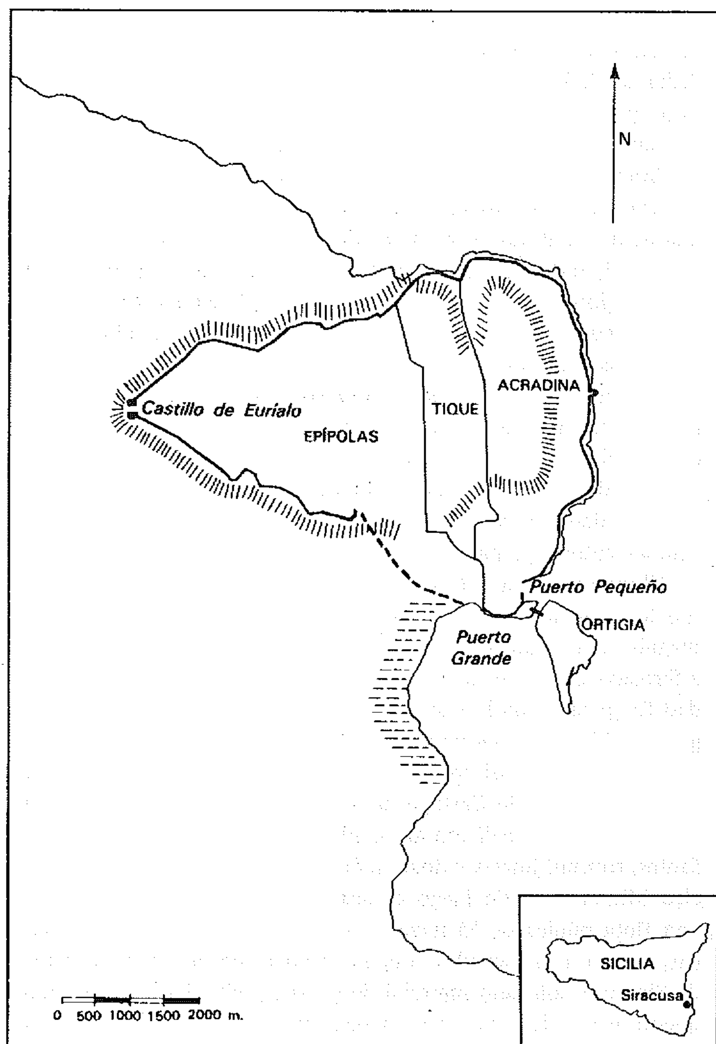
nes ordinarias (contando las que se hallaban fuera de Italia y las de reserva), más las dos de esclavos voluntarios *(volones)*. Aníbal regresó de Apulia a Campania y reemprendió las hostilidades contra las ciudades de *Puteoli* y Nola, sin ningún éxito porque, desde sus puntos de apoyo, alrededor de Capua, los tres ejércitos romanos de Fabio, Marcelo y el procónsul Graco acudían en socorro de sus aliados, e incluso impidieron a Hannón, que volvía del Brucio con una columna de 17.000 infantes y mil doscientos jinetes (muchos de ellos indígenas lucanos y brucios), reunir sus efectivos con los del Bárquida. Y como su estancia gravaba demasiado al territorio de Capua y, militarmente, entrañaba bastantes riesgos dada la superioridad numérica romana, Aníbal optó por dirigirse al sur de Lucania, llegando hasta el golfo tarentino, en donde saqueó los territorios de las ciudades griegas de Turios y Heraclea, e intentó promover la defección de Tarento. Se retiró luego a Apulia, e invernó en *Salapia,* al sur de *Arpi.* Durante su incursión por el golfo tarentino los romanos habían recuperado *Casilinum* y, con ello, el paso del Volturno, y consiguieron asimismo ocupar de nuevo gran parte del Samnio (con todas las ciudades de los hirpinos).

2. *La guerra en Sicilia. Asedio de Siracusa*

Para el 213 recibieron el consulado Sempronio Graco (por segunda vez) y Quinto Fabio Máximo, hijo del que fue dictador y reiteradamente cónsul. De manera repentina, el centro de gravedad del conflicto —dejando al margen la Península Ibérica, cuya importancia en el desenlace final de la guerra es inmensa; luego nos ocuparemos de este escenario— se traslada a la isla de Sicilia a raíz de los cambios en Siracusa. El tirano Hierón, muerto en el 215, había respetado las relaciones de amistad y de alianza establecidas con Roma apoyando a la escuadra que, desde el estallido de la guerra, vigilaba los movimientos púnicos en este sector del Mediterráneo; también había remitido tropas de caballería (mil quinientos jinetes después del Trebia), una flotilla y algunos soldados de infantería ligera (que llegaron a Ostia

después de Trasimeno), así como ciertas cantidades de grano y de dinero. Pero no todos en Siracusa compartían la misma política de contentar a Roma, y en la propia corte del tirano existía un grupo de notables partidario de romper la inestable paz y recuperar una verdadera autonomía nacional griega en el interior de la isla; y puesto que el enemigo a batir eran los romanos, Cartago se presentaba como aliado ideal para sus proyectos; el propio Gelón, hijo de Hierón, había sido inspirador de esta doctrina, pero su muerte en el 216, algo después de Cannas, detuvo a sus seguidores. El sucesor de Hierón fue su nieto Jerónimo —hijo de Gelón y de una hija de Pirro, Nereida—, el cual se hizo cargo del gobierno con sólo quince años y adoptó, con el apoyo de algunos miembros del consejo de regencia, una serie de decisiones enojosas para Roma: envió delegaciones a Cartago y a Egipto (al rey Tolomeo IV Filópator); exigió al Senado cartaginés que, vencidos los romanos, toda la isla sería de Siracusa a cambio de dejar Italia a los púnicos; rechazó la propuesta del pretor Apio Claudio para que renovase el tratado de amistad y alianza cerrado por Hierón; mantuvo contactos con dos oficiales de origen siracusano, enviados por Aníbal, que militaban en las filas cartaginesas.

Después de haber reunido al ejército siracusano en la ciudad de Leontinos (quince mil hombres, aunque desconocemos si pensaba declarar la guerra a los romanos), Jerónimo es asesinado en esta ciudad (214). Mientras los amigos y partidarios del joven tirano, establecidos en Siracusa, y el grupo formado en torno a los conjurados de Leontinos mantenían sus disensiones y se cruzaban mutuas acusaciones, Hipócrates y Epicides, los dos agentes de Aníbal, se instalaban en esta última ciudad y ganaron también a los regicidas para la causa cartaginesa. De este modo, al llegar el pretor Marcelo como procónsul a la isla en el 213, llevando consigo una nueva legión a sumar a las dos de guarnición, encontró que los ánimos de todos los ciudadanos del antiguo reino siracusano rezumaban desconfianza hacia Roma y que dos oficiales helenos de la milicia anibálica incitaban a los cabecillas de los partidos, en Siracusa y Leontinos, a combatir a los


N
ACRADINA
Castillo de Euríalo
TIQUE
EPÍPOLAS
Puerto Pequeño
ORTIGIA
Puerto
Grande
SICILIA
Siracusa
0 500 1000 1500 2000 m.

Siracusa

itálicos. Marcelo presionó a las autoridades de Siracusa y les ofreció la continuidad del tratado de paz de Hierón si expulsaban de Sicilia a Hipócrates y Epicides; pero ambos se refugiaron en Leontinos y la población de la ciudad se negó a cumplir la orden de exilio, alegando que la paz con Roma había sido renovada en Siracusa sin contar con ellos. La facción siracusana se dispuso, con ocho mil hombres, a colaborar con los romanos en el ataque a Leontinos, pero antes de que sus tropas llegaran ante la ciudad, todos los leontinos habían sucumbido a la ferocidad de las legiones de Marcelo y Apio Claudio; la ciudad fue saqueada, muchos prisioneros ajusticiados y el territorio quedó confiscado. Los horrores y excesos cometidos en esta jornada impresionaron tan vivamente a los siracusanos —quienes al mismo tiempo comprendían las verdaderas intenciones de Roma en la isla— que la rebelión fue inevitable; Hipócrates y Epicides, que lograron huir de Leontinos, fueron admitidos como estrategos y organizaron la defensa. Marcelo y Apio dividieron las legiones en dos campamentos y prepararon el asedio de Siracusa (finales del 213).

El momento era crucial, porque se dirimía el futuro de Sicilia. Así lo entendieron en Cartago, e incluso el propio Aníbal, que juzgaba más importante la ayuda que pudiera prestarse ahora a Siracusa que el reclamar refuerzos para Italia. Con gran habilidad fue promovida la insurrección entre otros griegos y los indígenas siciliotas, de suerte que una buena parte del sector meridional de la isla y casi todo el centro se pusieron contra Roma. La colaboración de Cartago no se hizo esperar, pues remitió de inmediato una expedición al mando de Himilcón, con 25.000 infantes, tres mil jinetes y doce elefantes, que desembarcó en Heraclea Minoa y quedó luego concentrada en Agrigento; además, una flota púnica de 55 naves armadas, capitaneada por Bomílcar, sorteó a la escuadra romana y ancló en el Puerto Grande de Siracusa: allí dejó material de guerra y vituallas, más un pequeño grupo de naves; con el resto volvió a África, sin que el bloqueo romano causara ningún efecto.

El alto número de legiones que también ese año operaban en Italia rindió algunos provechos a los romanos, en particular

la recuperación en Apulia de la importante ciudad de *Arpi*, segundo baluarte del enemigo después de Capua. Fabio pudo tomarla a traición y, aunque los ciudadanos salvaron la vida y su libertad, *Arpi* vio confiscadas sus posesiones ubicadas junto a la costa. El otro cónsul, Sempronio Graco, consiguió atraer a dos de las poblaciones de la liga del Brucio, los cosentinos y los taurianos. Pero la actividad incansable de Aníbal, trasladándose de región en región para sublevar a los aliados itálicos de Roma —lo que obligaba incesantemente al ejército de sus adversarios a cubrir varios frentes—, tuvo asimismo sus recompensas. En el verano del 213 promovió la defección de todas las ciudades de los salentinos (en la península oriental del golfo tarentino), en donde Roma no mantenía ninguna vigilancia, y desde esta comarca seguía atento los sucesos de Tarento, cuya cooperación buscaba abiertamente.

Las circunstancias favorecieron pronto sus intenciones. La ciudad de Tarento, como otras fundaciones griegas en la ribera itálica del Mar Jonio, había visto mermada su autonomía con la ocupación romana; tuvo que admitir una guarnición en la ciudadela y entregar, por desconfianza hacia su lealtad, rehenes. Pero los tarentinos llevados a la Urbe como rehenes emprendieron la fuga y fueron detenidos antes de entrar en Campania; de regreso a Roma, se les dio muerte arrojándolos desde la roca Tarpeya. Los simpatizantes de Cartago esperaron desde entonces la posibilidad de poner Tarento en manos de Aníbal, plan que llevaron a cabo durante una noche, en el invierno del 213-212: a una señal convenida, abrieron dos de las puertas de la muralla y la infantería cartaginesa y gala ocupó el recinto ciudadano, salvo el alcázar, en donde el destacamento romano se hizo fuerte. Aníbal sólo toleró la rapiña de los bienes de los romanos y garantizó a los tarentinos las mismas condiciones que a Capua. A este gran éxito, pues Tarento era la mejor metrópoli griega de la Magna Grecia, se sumaron las subsiguientes defecciones de Metaponto, Heraclea y Turios. Todas las antiguas colonias griegas del sur de Italia estaban, por tanto, en la parte púnica.

El mayor esfuerzo en la guerra por parte de Roma se realizó en el 212, durante el consulado de Quinto Fulvio Flaco (ya cónsul en el 237 y el 224) y de Apio Claudio Pulcro, año en el que se reclutó un total de veinticinco legiones. Sin embargo, Aníbal envió a Campania al cuerpo de ejército que mandaba Hannón, el cual no sólo burló la vigilancia romana y pudo abastecer a los ciudadanos de Capua, sino que de regreso hacia el Brucio sorprendió a las dos legiones de *volones* de Sempronio Graco junto al río Tanagro, en Lucania, a las que derrotó por completo; el mismo procónsul halló la muerte. De todas formas, en el otoño comenzaron los cónsules el asedio de Capua, libre ya la Campania de cartagineses, realizando las obras de aislamiento en torno a la ciudad.

Y en Sicilia continuaba el cerco impuesto por Marcelo a Siracusa. Ciertamente, desde la época del tirano Dionisio I la ciudad contaba con amplias y seguras fortificaciones, que hacían impensable un asalto a la muralla, reforzada además por varios ingenios y máquinas defensivas fabricadas en tiempos de Hierón por el ilustre Arquímedes. De ahí que todos los progresos del ejército asediante llegaran a consecuencia de hábiles maniobras: en cierta noche de conmemoración de una festividad a Artemisa, Marcelo hizo escalar el muro y se apoderó de todas las Epípolas, del barrio de Tique y de la *Neapolis,* que no pudieron ser defendidos desde la ciudad vieja; poco más tarde, la guarnición siracusana destacada en el fuerte de Euríalo —castillo casi inexpugnable levantado en el extremo oeste de las Epípolas— fue persuadida por Marcelo para que entregaran la posición, a cambio de retirarse libremente hasta el interior de Siracusa. De esta manera, los romanos habían estrechado al máximo la situación de los griegos, que debieron limitarse al puerto, al barrio de Acradina y a la parte vieja, enclavada en la isla Ortigia.

3. *La marcha sobre Roma. Rendición de Siracusa y de Capua*

Para no entorpecer el curso del asedio a Capua, el Senado prorrogó el *imperium* a los cónsules del año anterior, y en los

comicios del 211 fueron designados para el consulado Publio Sulpicio Galba y Gneo Fulvio Centumalo, que nunca antes habían alcanzado dicha magistratura; el número de legiones armadas continuó siendo el mismo. A la llegada de la primavera, Aníbal partió del Brucio en dirección a Campania con la idea de ayudar a sus aliados de Capua; durante cinco días trató de romper el foso y la empalizada dobles con que los romanos habían rodeado la ciudad, pero los asediantes se mantuvieron al abrigo de las zanjas y evitaron salir a campo abierto (aun cuando sus efectivos ascendían a seis legiones). El general cartaginés prepara entonces una operación clásica de diversión que podía producir, entre otras ventajas, el levantamiento del sitio de Capua.

Sin que sus adversarios pudieran sospecharlo, Aníbal conduce a su ejército contra Roma. Remontando el río Volturno llegó hasta las cercanías de *Venafrum* y desde aquí alcanzó la vía Latina, por la que accedió hasta Roma (según la tradición analística, que ofrece demasiadas inexactitudes en otros puntos del relato, habría llegado por el este, cruzando primero el Samnio y el país de los marsos); acampado a tres millas de los muros, se acercó junto con dos mil jinetes hasta la *Porta Collina*. Fue, desde luego, un gran golpe de efecto; pero Roma disponía de muy sólidas defensas, pues las murallas habían sido restauradas después de la batalla de Trasimeno, e incluso ahora se hicieron reparaciones en los muros servianos. Los dos cónsules todavía estaban en la Urbe, ocupados en la leva, y la ciudad tenía en guarnición a las dos legiones urbanas del año anterior (que debían ir a Apulia), más las dos nuevas urbanas que estaban siendo reclutadas; como medida de precaución, se revistió con el *imperium* a todos los antiguos magistrados que habían desempeñado el consulado, la censura o la pretura. Aníbal tuvo que contentarse con saquear e incendiar los campos y granjas, y cuando los romanos optaron por establecer a una parte del ejército fuera del recinto urbano, a una milla del asentamiento cartaginés, debió de comprender que la maniobra entrañaba demasiados riesgos, ya que desconocía qué nuevas fuerzas podría acumular el Senado retirándolas de otras partes de Italia. Lo cierto es que el Bárquida no consi-

guió aliviar la presión sobre Capua, de donde los tres comandantes romanos que organizaban el cerco no movieron, al parecer, ni a un solo hombre, según Polibio (IX 7, 7 y 9, 8), más convincente que Livio para la historia de este episodio. Después de algunas refriegas con los legionarios de Sulpicio Galba, Aníbal abandonó Roma y regresó directamente al Brucio; allí sometió a pillaje el territorio de Regio.

Mientras tanto, continuaba el asedio de Siracusa por los soldados de Marcelo, y un intento de Cartago para apoyar a los sitiados había fracasado. En efecto, en la primavera del 211 fue enviado Bomílcar con ciento treinta naves de guerra y una importante flotilla de aprovisionamiento; se mantuvo al pairo durante un tiempo, junto al promontorio Paquino, a la espera de vientos favorables para entrar en el Puerto Grande de Siracusa, pero cuando por fin reanudó la marcha encontró a la escuadra de Marcelo cerrándole el paso. Aunque eran superiores en número, Bomílcar no quiso aceptar el reto —por salvar a Siracusa, aliada griega, hubiera puesto en peligro la defensa por mar de la propia Cartago— y prefirió navegar hasta Tarento. Epicides, por su parte, reunió en Agrigento un pequeño ejército greco-púnico y obtuvo la ayuda de Aníbal, quien remitió desde Italia a Hannón con algunas tropas de refuerzo. Todo fue en vano; uno de los estrategos de la ciudad, Merico, jefe de mercenarios de origen ibérico, entregó a traición, por una puerta de la muralla, la isla Ortigia; el resto de los ciudadanos estaban aún refugiados en la Acradina, pero, perdida ya cualquier esperanza de ser auxiliados, Marcelo arrancó fácilmente la rendición sin condiciones. Siracusa fue presa del saqueo de los legionarios romanos, que cometieron toda clase de excesos contra la que había sido el más brillante centro del helenismo occidental; a manos de la soldadesca pereció el mismo Arquímedes, el último de los grandes intelectuales que ornaron la corte siracusana.

También Capua, definitivamente abandonada a su suerte por Aníbal —quien no podía comprometer toda la expedición itálica en la empresa, irrealizable, de desalojar al ejército romano de Campania—, apeló a la rendición. No sabemos si, por abreviar

una operación que inmovilizaba demasiadas fuerzas y a expertos generales, se otorgó alguna concesión a los sitiados, porque resulta llamativo que la ciudad no fuera arruinada ni sometida al pillaje y a la furia de las tropas. Sí pagaron, en cambio, aquellos a quienes Roma juzgaba más responsables de la rebelión, es decir, la aristocracia capuana, cuyos miembros padecieron diversa fortuna: unos recibieron muerte, otros fueron encerrados en prisión; otro grupo de notables, con sus familias, fueron vendidos como esclavos; algunos más, por último, fueron deportados a otras ciudades y territorios (más alejados de Campania cuanto mayor había sido su implicación en la insurrección). El resto conservó la vida y la libertad, pero todos perdieron los bienes raíces, que fueron confiscados, así como el oro y la plata, además de los caballos y los esclavos varones. Al pasar todas las tierras a ser propiedad del estado romano, la población superviviente quedó en la condición de arrendataria de campos y casas, y tuvo que pagar por ello, en el futuro, un canon. Se desposeyó asimismo a Capua de toda forma de gobierno municipal.

Elegidos cónsules en el 210 Claudio Marcelo (por cuarta vez) y Valerio Levino, este último fue destinado a Sicilia para acabar con los focos residuales de insumisión, cuyo principal promotor era el gobierno cartaginés. Antes de su llegada, habían desembarcado en la isla ocho mil infantes africanos y tres mil jinetes, circunstancia que aprovecharon varias ciudades *(Ergetium, Hybla, Murgentia* y *Macella),* junto con otras poblaciones de menor entidad, para alzarse contra Roma; pero el pretor Cornelio Cetego, sustituto de Marcelo en el mando cuando éste dejó Sicilia, había controlado bien aquella nueva amenaza. Valerio sólo debía ocuparse, por consiguiente, de Agrigento, en donde Hannón y Epicides comandaban el último ejército que podía inquietar aún a los romanos. Y, para su fortuna, hizo de nuevo acto de presencia el expediente de la traición: el jefe del contingente númida, llamado Mútines, entregó la ciudad al cónsul. De la población de Agrigento, la mayoría perdieron la vida y el resto fueron vendidos como esclavos; todos sus bienes, subastados. Con la eliminación de este pequeño núcleo militar, toda Sicilia quedaba suje-

ta política y económicamente a Roma, que estableció su gobierno y ocupación según las normas que aplicaba a los territorios conquistados; sólo un pequeño número de comunidades gozó de estatutos especiales como ciudades federadas o libres e inmunes.

La guerra continuó en Italia circunscrita a las regiones meridionales. Los progresos más notables de los romanos se produjeron en la comarca daunia de Apulia, en donde recuperaron *Salapia,* y en el Samnio limítrofe con Lucania; sin embargo, Aníbal obtuvo una nueva victoria militar al forzar a batalla en el Brucio a las dos legiones del procónsul Fulvio (cónsul ordinario del año anterior), que fueron derrotadas; en el encuentro murieron, al parecer, varios miles de soldados y el propio Fulvio, con gran parte de sus oficiales (batalla de Herdónea). La estrategia cartaginesa de fragmentar el total de las fuerzas romanas y afrontarlas, en rápidas acciones, por separado, daba también excelentes resultados, siempre que pudieran reponer las pérdidas en la misma proporción que lo hacían sus oponentes; de ahí la necesidad constante de recibir auxilios desde África y de contar con los griegos e indígenas itálicos.

La designación, en el 209, de Fabio Máximo como cónsul (por quinta vez) suponía, sin duda, un deseo de no precipitar acciones que, como la de Fulvio en el Brucio, conducían al desastre. Y dejando que Aníbal gozase de su habitual libertad de movimientos —de hecho, empezó invadiendo el territorio de *Canusium,* en Apulia, y descendió luego hasta cerca de Caulonia, en el Brucio—, Fabio redujo el país de los salentinos y, con la seguridad de que no quedaban guarniciones filopúnicas a sus espaldas, se aprestó a asediar la ciudad de Tarento; se trataba, evidentemente, de una medida prudente y segura, muy rentable hasta el momento, como demostraban los casos de Capua y Siracusa, pues sin exponer innecesariamente a los hombres privaba a Aníbal de sus mejores bazas (materiales y morales). Y de la misma manera que Aníbal había entrado en la ciudad, así lo hicieron ahora los romanos, que pudieron escalar los muros gracias a la complicidad de uno de los jefes brucios de la guarnición cartaginesa. La ciudad sufrió un saqueo sistemático y estuvo sujeta a

toda clase de atrocidades; treinta mil tarentinos fueron vendidos como esclavos. El estado romano confiscó sus bienes y una parte del territorio; no obstante, no destruyó Tarento ni le quitó su autonomía, y mantuvo vigente el antiguo tratado de alianza, en consideración a aquellos ciudadanos que no tuvieron que ver con el partido favorable a Aníbal y que habían mostrado fidelidad a Roma.

Las milicias cartaginesas veían cada vez más reducido su espacio, obligadas a evolucionar en el sur de Italia, y en la Península Ibérica, como luego veremos, acababan de contemplar la pérdida irreparable de Cartagena. En el 208, los cónsules ordinarios, Claudio Marcelo (por quinta vez) y Quinto Crispino, parecían ya dispuestos a enfrentarse abiertamente con Aníbal, y a tal fin coordinaron sus operaciones; Quinto abandonó el asedio de Locros Epizefirios —el otro buen puerto que aún tenía Cartago en el mar Jónico, una vez perdida Tarento—, que ya había iniciado, y unió su ejército con el de Marcelo. Pero cuando estaban acampados cerca de la posición de Aníbal, ambos comandantes salieron a inspeccionar el terreno y fueron rodeados por la caballería númida: Quinto, herido, pudo escapar; Marcelo, en cambio, perdió la vida. El episodio volvió a suscitar en Roma el respeto hacia la capacidad púnica para golpear de improviso, y aunque no paralizó las actividades en el Brucio, las redujo, sin duda, a un ritmo lento, que perjudicaba a los romanos: así lo experimentaron las fuerzas del pretor Claudio Flamen, que frente a cinco mil cartagineses tuvieron, en Petelia, dos mil bajas y mil quinientos prisioneros.

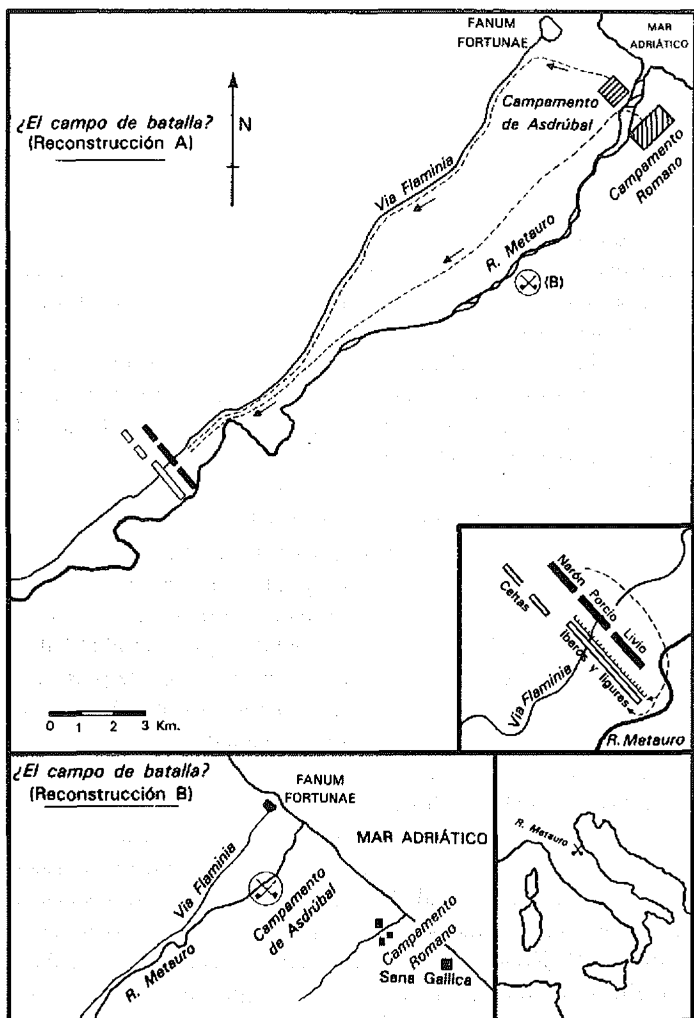
4. *Asdrúbal en Italia. Batalla del Metauro*

Con el objeto de mejorar la situación itálica de Aníbal, su hermano Asdrúbal organizó a finales del 208 una expedición similar a la del 218, que salió de la Península Ibérica y, para burlar la vigilancia de Escipión el Joven, cruzó los Pirineos occidentales e invernó en la Galia. En la primavera del 207 reemprendió el camino, atravesó el Ródano en las proximidades de donde lo rea-

lizó Aníbal, y antes del verano había ya franqueado los Alpes y pisaba el valle del Po, con unos efectivos que rondaban los 25.000 soldados de infantería y los cuatro mil jinetes. En la Galia Cisalpina decidió detenerse por algún tiempo, seguramente para negociar con las tribus celtas la incorporación de nuevos combatientes y reforzar la estrategia de la rebelión. Intentó el asedio de la colonia de *Placentia,* cuya caída habría supuesto un grave revés para los intereses romanos en el territorio, mas tuvo que desistir por la fortaleza de la ciudad y por la dificultad de impedir su comunicación con el río. Entonces pone en marcha a las tropas y se encamina hacia el Adriático, en dirección a *Ariminum.*

El Senado romano, que conocía desde su salida de España los propósitos de Asdrúbal, encargó a los cónsules del 207 (Claudio Nerón y Livio Salinátor) la misión de vigilar uno a Aníbal en el sur, el otro a su hermano en el norte, y les entregó sendos ejércitos consulares de seis legiones. Se había preferido, en esta ocasión, no destacar ninguna fuerza hasta el Ródano, ni a los Alpes o la propia Cisalpina, pues los generales romanos eran ya plenamente conscientes de las ventajas que habría podido extraer Asdrúbal de la lucha en territorios amigos o aliados de Cartago y muy alejados de los lugares de concentración de sus restantes efectivos navales y terrestres. La línea establecida por Livio copiaba el mismo planteamiento defensivo adoptado diez años antes, de forma que dos legiones cortaban el camino del Adriático en Rímini y otras dos custodiaban la vía hacia el centro de Italia en *Arretium.* Pero esta vez se había introducido una mejora básica: en un segundo plano más al sur, quizá en las cercanías de *Perusia,* el propio Livio mantenía dos legiones prestas a dirigirse hacia el punto en que fuera necesaria su asistencia.

En cuanto fue evidente que Asdrúbal había tomado la ruta del Adriático, dirigiéndose a lo largo de la costa hacia el Piceno, el cónsul Livio unió sus dos legiones a las mandadas por el pretor Porcio Licino, que seguía la columna púnica desde Rímini. Aníbal, a su vez, fue avanzando desde el Brucio hacia Apulia, no sin tener algunos roces con las legiones de Claudio, que no le perdían de vista; finalmente se estableció en la proximidad de



Batalla del río Metauro (207 a. C.)

Canosa. Es probable que ambos hermanos no hubieran podido aún fijar con exactitud un plan conjunto a desarrollar, dadas las dificultades creadas por el escalonamiento de las doce legiones consulares y su carencia de información sobre la posición, el radio de acción de las mismas y la posible aparición de otras de refuerzo (desde Sicilia, Campania, el país salentino, Etruria o Roma). En ese momento, según la tradición, los soldados de Claudio capturaron a unos enviados de Asdrúbal y el cónsul averiguó que éste convocaba a Aníbal en Umbría —seguramente, en la parte cercana al Samnio— para reunir ambas expediciones y entregarle el mando.

Claudio Nerón y el Senado adoptan la decisión de evitar a cualquier peso que se produzca tal reagrupamiento. Sitúan las legiones urbanas en *Narnia,* para que puedan acudir, llegado el caso, al Adriático o a Umbría, y traen a Roma la que se encontraba de guarnición en Campania. Pero, además, el cónsul toma consigo a sus soldados más experimentados (seis mil infantes y mil jinetes) y, a marchas forzadas, llega por la vía litoral adriática hasta el río Metauro, en donde encuentra a su colega Livio vigilando el campamento de Asdrúbal. Ahora sí, los romanos no tienen inconveniente en forzar la batalla, que Asdrúbal había buscado varias veces en días anteriores, puesto que a la presencia de los dos cónsules se añadía la clara superioridad numérica (cuatro legiones que, con los refuerzos de Claudio, sumaban unos 45.000 hombres); el hermano de Aníbal, sin embargo, modificó su táctica, pues era ya difícil abrirse paso hacia la Umbría, con lo que habría atraído a numerosísimos efectivos enemigos al lugar del encuentro, y tampoco podía arriesgarse a que los cónsules escogieran la oportunidad del escenario. De ahí que resolviera retroceder hacia el interior, tal vez para alcanzar la Cisalpina y, reforzado el ejército con más galos, esperar instrucciones de Aníbal. En plena noche, levantaron los cartagineses el campo y tomaron la dirección de la vía Flaminia; pero la maniobra fue advertida al amanecer por los romanos, y la caballería del cónsul Claudio empezó a hostigar la retaguardia enemiga cuando la columna apenas había recorrido, remontando junto a la orilla iz-

quierda del Metauro, unos veinticinco kilómetros. Asdrúbal tiene que interrumpir la marcha y establecer un campamento provisional, para lo que se protegió en las laderas de los montículos que bordean el Metauro por ese lado; mas al llegar todo el grueso de las legiones romanas, que en formación de batalla invitaban al general cartaginés a la lucha, éste determinó combatir.

En principio, la estrechez del campo (menos de dos mil metros entre las colinas y el río) y el hecho de que los romanos acabaran de efectuar una apresurada marcha, así como la ausencia de una parte de las tropas, dejadas en el campamento como guarnición, impedía a los romanos obtener ventaja numérica y otorgaba a los púnicos una paridad aceptable. Asdrúbal distribuyó en la derecha a la infantería pesada cartaginesa, junto con los iberos y los lígures, pues la apertura del valle facilitaría su despliegue y podría conjugarse bien con la ofensiva de los elefantes que aún llevaba consigo; en el flanco izquierdo había colocado a celtas y galos (infantes y jinetes), los cuales, al parecer, no estaban en buenas condiciones para afrontar el choque (después de la retirada nocturna, habían abusado de comida y bebida). Cara a la formación cartaginesa los romanos habían situado la infantería de sus cuatro legiones, un cuerpo al mando del cónsul Livio —el ala izquierda—, el otro conducido por el pretor Porcio; el resto de los hombres, con la caballería, quedó dispuesto en el ala derecha, donde las sinuosidades del terreno dificultaban más las evoluciones, a las órdenes del cónsul Claudio.

Por delante de los soldados de la infantería púnica estaban los elefantes, con los que Asdrúbal acometió las filas de Livio y Porcio, seguidos de la infantería pesada, y consiguió hacer mella en la cerrada posición de los legionarios. El desenlace de la batalla permanecía incierto hasta el momento en que Claudio, estimando que los galos del flanco izquierdo cartaginés podían ser contenidos con facilidad, tomó a un grupo de las tropas de a pie y a una parte de la caballería; cruzó por detrás de sus propias líneas y, aprovechando el pasillo que dejaban ambos ejércitos junto al borde del río, se colocó a espaldas del adversario. A favor de la sorpresa y del comprensible descuido en el ataque

que produjo tal acción, la infantería romana del centro rompió la formación púnica y aplastó toda resistencia; cayó también el hermano de Aníbal, batiéndose desesperadamente junto a sus oficiales. El improvisado campamento, en donde permanecía una parte de los galos, fue destruido a sangre y fuego.

Por fin, nueve años después del desastre de Cannas, el ejército romano había sido capaz de obtener un triunfo en toda regla, frente a una gran formación cartaginesa, dentro de la propia Italia (junio-julio del 207). Metauro podía presentarse, sin duda, como el anuncio de un giro nuevo y decisivo en el curso de la guerra, el del ocaso de la amenaza púnica. Restituía la confianza en la eficiencia militar de sus soldados y de sus generales, mostraba a los itálicos de nuevo que no cabía más salida que doblegarse ante Roma. Conjurado, además, el peligro que se cernía sobre Umbría —y, en definitiva, sobre todas las demás regiones si las tropas de los dos Bárquidas hubieran llegado a juntarse—, todo el esfuerzo bélico romano podía concentrarse sobre Aníbal, en el sur de Italia, y en las campañas de Escipión por la Península Ibérica. El cónsul Claudio regresó a su misión de vigilar a Aníbal, el cual había salido de Apulia hasta llegar, según Livio, a *Larinum,* en territorio de los frentanos (con la idea, probablemente, de alcanzar Umbría); Claudio hizo saber a los cartagineses la noticia de la derrota del ejército al que esperaban mediante un singular procedimiento: se dice que llevó consigo la cabeza de Asdrúbal y que mandó arrojarla al campamento enemigo (otros historiadores antiguos refieren que fue fijada en el extremo de un palo).

El ámbito de acción de Aníbal quedó, en lo sucesivo, reducido al Brucio, y la estrategia romana iba a consistir en estrechar cada vez más su libertad de movimientos; no obstante, para el año 206 el número de legiones alistadas todavía se elevó a veinte, porque el mejor sistema para intimar a la obediencia a los aliados y súbditos itálicos, tan tocados a la insumisión por Aníbal, seguía siendo el aparato militar. Los nuevos cónsules, Veturio Filón y Cecilio Metelo, atacaron con cuatro legiones el territorio de *Consentia,* pero dejaron luego que transcurriese su año de

mandato sin intentar ninguna operación en el sector; tanto era, en realidad, el respeto que el Bárquida imponía a sus adversarios. Pero esta situación cambió rápidamente con la llegada a Roma de Escipión, procedente de Hispania.

Escipión había planeado ya trasladar la guerra a África. Profundo conocedor de los medios y recursos cartagineses, pretendía aislar del todo a Aníbal impidiendo que recibiera ayuda por mar (en Locros o en Crotona, que obraban en su poder) desde Cartago. Aunque su proyecto halló la oposición de importantes personajes del Senado, su victoria en las elecciones consulares para el 205 fue tan clamorosa que se le dio como provincia la isla de Sicilia, otorgándole el permiso de combatir, si lo juzgaba oportuno, en África. El Senado no le facilitó, sin embargo, dinero y autorización para reclutar tropas y preparar navíos; sólo le permitió disponer de las dos legiones de servicio en Sicilia —las veteranas de Cannas, transferidas allí como castigo, curtidas en los asedios de Siracusa y Agrigento— y recibir a sus órdenes a quienes se ofrecieran como voluntarios o le confiasen embarcaciones. Al otro cónsul del 205, Publio Licinio Craso, se le encomendaron las operaciones en el Brucio al mando de dos legiones, mientras que las dos del ejército consular que correspondía a Escipión se enviaron a este mismo sector, pero bajo la tutela del procónsul Cecilio Metelo.

Fue ahora cuando Cartago realizó su segundo intento de desviar la presión de los romanos hacia el norte de Italia. El general púnico Magón, hermano de Aníbal, que había pasado el invierno del 206/5 en las Baleares con el ejército sacado de la Península, se dirigió con una escuadra mixta a Liguria; desembarcó en *Genua* (Génova), ciudad amiga de Roma, y se apoderó de ella por sorpresa; llevaba consigo doce mil infantes y unos dos mil jinetes. De allí se trasladó a *Savo* (Savona), en donde los ingaunos le permitieron asentar su base de operaciones en el país lígur. Magón se dedicó a reclutar galos y ligures, y quiso apoderarse de uno de los pasos alpinos que le pondrían en contacto directo con el valle del Po. Roma no llevó a cabo ningún desplazamiento a la lejana Liguria, y se limitó otra vez a asegurar las rutas de

la Cisalpina a Italia reforzando las guarniciones legionarias en *Ariminum* y *Arretium*.

Desde Savona, Magón había remitido varias naves a Cartago con vistas a la defensa de las costas frente a Escipión. Las informaciones que pudo transmitir sobre su posición, valoradas juntamente con las expedidas desde el Brucio por Aníbal, animaron al Consejo cartaginés a organizar dos importantes convoyes con destino, respectivamente, a los cuarteles de uno y otro general. La expedición a *Savo* alcanzó su meta sin novedad; de esta manera, Magón pudo incrementar la milicia en seis mil infantes, ochocientos jinetes y siete elefantes, y dispuso de una cantidad en metálico para financiar gastos y contratar nuevas tropas indígenas. No corrió la misma suerte la flota de cien barcos despachada para socorrer a Aníbal, que transportaba soldados, provisiones y dinero: interceptada en aguas de Cerdeña, el pretor Gneo Octavio capturó sesenta de las naves, con todos sus cargamentos, y hundió veinte; las restantes lograron escapar de vuelta a África.

Los progresos realizados por Escipión en Sicilia afectaron, sobre todo, al arma naval. Trajo desde Etruria treinta naves de guerra, en las que embarcaron siete mil voluntarios, y reparó la flotilla que, desde el comienzo del conflicto, operaba en Lilibeo. Al haberse presentado la oportunidad, gracias a algunos ciudadanos fugitivos, de poder ocupar la ciudad de Locros —el último recinto importante de Aníbal en el Brucio—, Escipión no dudó en acometer la empresa desde su provincia siciliana (invadiendo la competencia de su colega en el Brucio). Envió a su legado Quinto Pleminio, que se apoderó de una parte de las defensas, y él mismo acudió desde Mesina con una flotilla para asistir a la caída de Locros, abandonada por la guarnición púnica cuando Aníbal comprendió que la superioridad romana de fuerzas en todo el territorio haría casi inviable recuperar la plaza mediante asalto o asedio. No quiso el general romano perjudicar a los locrios y dejó que el Senado fijase los destinos de esta comunidad griega (que había suscrito una alianza con Roma antes de la guerra); sin embargo, su legado Pleminio cometió continuos atropellos contra la población y llegó a expoliar el tesoro del templo

de Perséfone. La crueldad y codicia de Pleminio —que tal vez se limitaba a allegar fondos para los planes del cónsul— suscitó incluso una leve sedición, resuelta por el propio Escipión. Pleminio continuó como jefe del destacamento en Locros. El asunto acabó siendo aprovechado por los enemigos de Escipión en Roma, los cuales lograron que al entrar en el cargo los cónsules del 204 se enviara una comisión a Locros, compuesta por el pretor de Sicilia y diez senadores nombrados por los cónsules, acompañados de dos tribunos de la plebe y un edil, para investigar los hechos y resolver en consecuencia. Pleminio y más de treinta cómplices fueron llevados a prisión en Roma, y se satisfizo a los locrios por los robos sacrílegos cometidos; el antiguo tratado de alianza continuó en vigor. Escipión no fue inculpado, pero la condena de Pleminio apuntaba a su responsabilidad indirecta y moral.

Después de haber desembarcado Escipión en África, como luego veremos, la situación en Italia se decanta ya ineludiblemente hacia el lado de los intereses romanos. En el 204, mientras uno de los cónsules, Sempronio Tuditano, sigue a Aníbal en el Brucio, recupera varias ciudades (entre ellas, *Consentia)* e incluso se enfrenta en batalla al Bárquida junto a Crotona, su colega Cornelio Cetego pasa todo su mandato en Etruria, pues en aquel territorio se castigó mediante tribunales a quienes habían roto la fidelidad a Roma. En la Liguria el ejército de Magón no realizó operaciones durante todo el año; pero en el 203 Roma envió cuatro legiones a la Galia Cisalpina, mientras el cónsul Servilio Gémino vigilaba con otras dos, en el valle del Po, los movimientos de los boyos. Magón, que había pasado a Galia, no pudo evitar la batalla, pese a la inferioridad de fuerzas (poseía, probablemente, unos 25.000 hombres frente a cuatro legiones); y aunque los elefantes y la caballería cartaginesa ganaron la partida a los jinetes romanos, el ímpetu de las veteranas legiones se impuso a una infantería muy heterogénea (africanos, iberos, celtas, galos y lígures) y menos adiestrada. No obstante, Magón salvó a una parte del ejército y se replegó hasta Savona. El ejército romano recuperó *Genua.*

Antes de terminar el verano, el gobierno cartaginés reclamó la presencia de ambos hermanos en África. Magón, recién derrotado, embarcó los restos de su ejército en Savona, pero murió, al parecer, durante la travesía a causa de las heridas recibidas en el último combate. Aníbal, que durante los meses finales de permanencia en el Brucio se mantuvo cerca del cabo Lacinio, al sur de Crotona, ordenó construir embarcaciones y, con los aliados itálicos que desearon seguirle (se dice que mató al resto, así como a los caballos que dejaba en Italia), puso rumbo a la costa de Bizacena y desembarcó no lejos de *Hadrumetum*. Antes de partir, como recuerdan POLIBIO (III 33) y el mismo Livio, hizo grabar en el templo de Hera Lacinia una extensa inscripción, en lengua púnica y griega, que contenía la crónica de todas sus acciones y proezas desde que se abrió la guerra.

LOS OTROS ESCENARIOS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

1. *Los combates en la Península Ibérica* (218-206)

Gneo Escipión, enviado por su hermano Publio desde Masalia a Ampurias después de que Aníbal atravesara el Ródano, apenas encontró resistencia por parte del ejército de Hannón, a quien Aníbal había confiado la administración del territorio comprendido entre los Pirineos y el Ebro. Por tal razón, desde la comarca emporitana los romanos avanzaron de inmediato en dirección a *Cesse*, el principal asentamiento de los cesetanos, en las cercanías de Tarragona, que servía a los púnicos como depósito; auxiliado por sus aliados indígenas, Hannón resolvió plantear batalla sin esperar a que Asdrúbal viniera con refuerzos desde Cartagena. Fue derrotado y hecho prisionero, junto con el rey de los ilergetes, Indíbil. Y así Asdrúbal se encontró, después de haber cruzado el Ebro, con que ya nada podía hacer por sus compatriotas, mientras Escipión se fortificaba en Tarragona, llamada a convertirse en la gran fundación romana de la Península. Pasado el invierno, Asdrúbal salió de nuevo en campaña hacia el otro lado

del Ebro; paralelamente le seguía, costeando, una pequeña flota de cuarenta barcos mandada por Amílcar. Contando con varias naves de su aliada Masalia, los romanos habían podido reunir treinta y cinco unidades, que se enfrentaron y vencieron a las cartaginesas junto a la desembocadura del Ebro (lograron capturar veinticinco de las naves de Amílcar). A partir de ahora, el dominio ejercido por Roma en los mares hispanos se tradujo en algunas operaciones de castigo y pillaje de las costas al sur del Ebro e incluso, seguramente, de las Baleares. La llegada de Publio Escipión con otros veinte navíos de guerra y ocho mil soldados contribuyó también, en este mismo año 217, a la realización de una expedición por tierra hasta las inmediaciones de Sagunto. La fortificación de Tarragona, a donde volvieron para invernar, había experimentado grandes avances.

La posición de romanos y púnico, separados por el Ebro, quedó estabilizada en la Península durante el 216. Los Escipiones tal vez no quisieron comprometer sus efectivos a la vista de los triunfos constantes de Aníbal en Italia; Asdrúbal, por su parte, tuvo que poner coto a un incómodo levantamiento de los turdetanos. Al año siguiente (215) los Escipiones comenzaron el asedio de una de las poblaciones ligadas con Cartago —es probable que se tratara de Dertosa—, pero debieron interrumpirlo para atajar a Asdrúbal, que apareció desde el sur con un poderoso ejército. Puestos en formación de batalla ambos contendientes, cada uno de los cuales contaba con cerca de 30.000 hombres, la infantería romana pudo romper certeramente el núcleo central de los cartagineses, causando gran mortandad entre los soldados mercenarios y africanos; sólo las alas soportaron la acometida romana, así como la caballería, que sin sufrir muchas bajas prefirió retirarse al comprobar la derrota de los infantes.

La primera gran lucha en Hispania se saldó, por tanto, con el triunfo de las armas itálicas, resultado que a la larga tendría especial trascendencia sobre el desarrollo futuro del conflicto; como que, por una parte, zanjaba cualquier posibilidad de que Aníbal recibiera el auxilio de nuevas expediciones organizadas en la Península Ibérica y obligaba a reservar el potencial cartaginés

de occidente para afrontar este molesto enclave romano, firmemente establecido al norte del Ebro. Por la otra, permitía a los Escipiones demostrar al Senado que una estrategia igual a la anibálica —atacar en los propios dominios de Cartago, minando paulatinamente su capacidad de rearme— era tan necesaria como la acción defensiva, combatiendo en Italia a fondo contra el ejército de Aníbal. Con su victoria, Publio y Gneo habían simplificado el problema bélico, dejándolo reducido a un mano a mano entre las legiones itálicas y el cuerpo de tropas comandado por Aníbal el Bárquida; la atención de las autoridades púnicas ya no podía desentenderse de España y concentrarse en Sicilia e Italia, sino que debería velar por distribuir proporcionalmente sus recursos. Tales eran, verdaderamente, las consecuencias inmediatas.

De hecho, Asdrúbal solicitó a Cartago que le fueran remitidos otros efectivos y obtuvo una estimable aportación militar ligeramente superior en número al contingente que operó a las órdenes de Hannón al norte del Ebro —lo que significa, parece verosímil, que a tales cifras ascendían las pérdidas púnicas en Hispania desde que partió Aníbal—, más veinticinco elefantes y mil talentos de plata. Todo ello, según Livio (XXIII 32), iba a destinarse para acrecentar el ejército de Aníbal; su desvío hacia el dominio hispánico es signo evidente del valor intrínseco concedido a la táctica de liberar y conservar esta gran base económica y humana.

Las unidades de apoyo incorporadas al ejército de Asdrúbal podían haber sido el preludio de una mayor ofensiva cartaginesa de no producirse en África el levantamiento de Sífax, rey de los númidas masesulios, lo que forzó al gobierno púnico a llamar al ejército de Hispania y reclamar la presencia del propio Asdrúbal. Y esta circunstancia concedió una inesperada tregua a los Escipiones, valiosa en particular porque duró varios años y facilitó no sólo el arraigo definitivo de *Tarraco* como fortaleza central de operaciones, sino también el establecimiento de numerosos pactos con iberos y celtíberos: su concurso como auxiliares se hizo notar tanto en las legiones de España como en las formadas en Italia. Las incursiones de Gneo y Publio al sur del Ebro debieron

de ser frecuentes durante este período (215-212), y entre sus acciones se contabiliza la ocupación de Sagunto y la adquisición de alianzas en las comarcas interiores del dominio púnico hasta la alta Andalucía.

Pero una vez resuelto el problema de Sífax, Cartago volvió a destinar a la Península una importante cantidad de efectivos al mando de Asdrúbal, el hermano de Aníbal, auxiliado por otros dos generales (Magón, hermano de los anteriores, y Asdrúbal Gisgón). Los Escipiones habían decidido invernar en Andalucía y partirse el ejército; Publio se asentó en Cástulo y Gneo en *Urso* (Osuna). En la primavera del 211 las fuerzas púnicas pasaron a la acción, aprovechando la circunstancia de la separación del ejército romano en dos cuerpos de menor entidad; tal vez los Escipiones confiaron demasiado en los mercenarios celtíberos, de los cuales sabemos que abandonaron a Publio antes del enfrentamiento con Gisgón y Magón, pues la forma en que los romanos combatieron parece resultado de la improvisación. En efecto, Publio se hallaba refugiado en el interior de Cástulo y, para evitar que un importante contingente de iberos suesetanos, que venían acaudillados por Indíbil, se uniesen a la columna cartaginesa, salió de la ciudad con la mayor parte de sus hombres en formación de marcha; mas cuando ya había comenzado a hostigar al batallón ibérico, hizo su aparición la caballería númida e, instantes después, la infantería púnica, perfectamente preparada. Rodeados por fuerzas superiores, muy pocos lograron escapar con vida; Publio Escipión murió durante el combate. Sin pérdida de tiempo, las tropas cartaginesas se encaminaron hasta el emplazamiento del ejército de Gneo, quien, a la vista de todas las unidades cartaginesas —para cercarle se habían dado cita Asdrúbal, Magón y Gisgón—, prefirió retirarse durante la noche de sus cuarteles. Descubierta la huida de los romanos, no costó demasiado a la caballería africana alcanzarlos, y aunque el otro Escipión pudo organizar una momentánea defensa en la falda de un cerro, protegiendo a los hombres con carros y pertrechos, corrió la misma suerte que su hermano al no poder resistir los embates de la infantería cartaginesa e ibérica.

El revés sufrido por los Escipiones en Andalucía fue completo, y sólo unos pocos supervivientes, conducidos por Fonteyo (Publio lo había dejado como comandante en Cástulo), llegaron a cruzar el Ebro y regresaron a *Tarraco*. Quedaba aproximadamente un tercio de los efectivos totales que los Escipiones habían reunido en años anteriores, y los aliados indígenas no debían de ser muchos al lado de los vencidos; todos los puntos de apoyo logrados al sur del Ebro es muy probable que cayeran de nuevo bajo dominio púnico. Sin embargo, ni Asdrúbal ni sus ayudantes tuvieron el arrojo de reconstruir la antigua provincia de los Pirineos al Ebro y se dedicaron a consolidar su presencia en el interior de Celtiberia. Roma, en cambio, no tardó en destinar a la Península a un comandante con experiencia, a fin de asegurar la obra emprendida por los Escipiones; y como la rendición de Capua había dejado libres a varias legiones, se formó un pequeño ejército de doce mil infantes (la mitad de ellos, aliados) y mil cien jinetes y se nombró al propretor Claudio Nerón para conducirlo a España. A finales del verano del 211 desembarcó en Tarragona, y todos los indicios apuntan a pensar que Claudio adoptó una política puramente defensiva, sin efectuar más movimientos que los necesarios para rechazar los contactos de los cartagineses con las tribus ibéricas de Cataluña y aumentar la fortificación de la ciudad y puerto de Tarragona.

2. *Las conquistas de Escipión Africano en Hispania. Toma de Carthago Nova* (209)

Para asumir el mando en España durante el 210 fue elegido en los comicios el joven Publio Cornelio Escipión. Su edad, veinticuatro años, y su corta experiencia militar, así como el hecho de que sólo hubiera desempeñado hasta entonces el cargo de edil curul, desaconsejó al Senado proceder a su designación directa como procónsul, rompiendo las normas que regulaban el ejercicio de las magistraturas. Pero traspasada la decisión al foro popular, los comicios no dudaron en investir al hijo de Publio Escipión con un proconsulado, pese al inconveniente legal, para diri-

gir la guerra en la Península Ibérica. A los ojos de sus partidarios, Escipión atesoraba ya un buen conocimiento de las artes bélicas después de combatir varios años en Italia frente a los cartagineses; era disciplinado y decidido, por lo que cabía esperar de él una forma de orientar el conflicto mucho más ofensiva que la mostrada por los comandantes que se sucedían en Italia; y podía, por último, hacer valer en España ante los soldados el prestigio de Publio y Gneo, fundadores de *Tarraco,* y los vínculos personales cerrados por su familia con los jefes indígenas a ambos lados del Ebro.

En la segunda mitad de ese mismo año arriba Escipión al puerto de Ampurias con las tropas que se le ha permitido reclutar de las legiones licenciadas de Campania. Son, en total, diez mil infantes y mil jinetes; viene como su lugarteniente, con rango de propretor, Junio Silano, nombrado por el senado. Con tales refuerzos, más los auxiliares iberos que se le suman, los efectivos romanos de España se elevarán a cuatro legiones. Escipión despliega desde su llegada una intensa actividad conducente no sólo a disponer de un ejército obediente y muy bien entrenado, sino además a ganarse la confianza y cooperación, mediante pactos o por dinero —había obtenido en Roma cuatrocientos talentos para financiar sus operaciones—, de los pueblos ibéricos, que en algunos casos habían sido objeto de excesivos gravámenes por parte de los púnicos. Seguramente, sus adversarios no calculaban que, después de los golpes asestados a Publio y Gneo, los romanos pudieran reponer muy pronto las bajas habidas, y todavía menos, a tenor de las noticias que Cartago poseía sobre la estrategia de rehuir la batalla frente al ejército anibálico, que se aventuraran a una gran expedición más allá del Ebro. Y eso es precisamente lo que realizó Escipión.

Los tres generales cartagineses habían fijado los cuarteles de invierno en lugares distintos: Asdrúbal estaba en Carpetania, casi en el centro de la Península; su hermano Magón custodiaba la franja del estrecho de Gibraltar, a cierta distancia de Gades; y Gisgón, a su vez, había llegado al Atlántico, junto a la desembocadura del Tajo, tal vez para tratar con las tribus lusitanas y

ampliar el dominio suroccidental púnico. Escipión debía poseer buenas informaciones sobre tales posiciones, porque al comenzar el buen tiempo en el 209 se lanzó a una campaña contra el punto vital del imperio púnico español, la ciudad de *Carthago Nova.* Rapidez y sorpresa, tales fueron los resortes que proporcionaron la ventaja al joven general. En una marcha relámpago, Escipión conduce desde la región tarraconense hasta las puertas de Cartagena a un ejército de tierra compuesto por 25.000 infantes y 2.500 jinetes, mientras venían navegando a vista del litoral treinta y seis navios capitaneados por Gayo Lelio. La seguridad del emplazamiento elegido por los púnicos para situar la ciudad era casi óptima, pues aquélla se alzaba sobre un gran promontorio rodeado por las aguas del mar y de una laguna interior y unido al resto del terreno a través de un istmo; el recinto urbano estaba protegido con un circuito amurallado. La guarnición dejada por Asdrúbal era, desde luego, demasiado escasa para afrontar un asedio masivo y continuado, desde el momento en que sus componentes solamente eran tres mil soldados (con un claro predominio de los nativos iberos), más 18 barcos, no todos ellos aptos para la lucha.

Escipión dispuso el campamento romano formando una línea que cerraba el istmo, y lo fortificó de manera que soportase mejor un eventual ataque de quienes vinieran a socorrer la ciudad, sin preocuparse demasiado de cualquier salida imprevista de los sitiados. El comandante púnico de la plaza, un tal Magón, envió a dos mil soldados de los indígenas armados para la defensa a ocupar una eminencia en el istmo, posición importante para evitar que los romanos operasen en aquella parte de la muralla que miraba hacia su campamento, pero la temeraria acción fue radicalmente cortada por la infantería romana; tuvieron que regresar desordenadamente a Cartagena y poco faltó para que, en plena confusión, los legionarios lograran franquear también las entradas del bastión. Entonces se llevó a cabo un asalto a ese muro principal, pero la solidez del mismo y la eficaz intervención, esta vez, de la milicia de Magón, obligó a desistir a los romanos.

La experiencia fue aprovechada por Escipión para poner en práctica un nuevo plan. El joven general romano conocía ya que durante la marea baja descendía el nivel de las aguas en el sector de la laguna y cerca de la bahía, por lo que concibió un ataque combinado de todos sus contingentes; y mientras una parte de los soldados repetía el intento de escalada sobre la muralla del istmo, los demás pudieron ganar desde las naves, dispuestas en torno al promontorio, las mínimas playas dejadas por el mar y acometer los muros en donde apenas existía vigilancia. La empresa se desarrolló con bastante facilidad, porque los asaltantes transportados por mar superaron en seguida las fortificaciones menores de aquel sector y desde dentro de la ciudad se hicieron rápidamente con el dominio de la situación, consiguiendo la entrada de quienes pugnaban por conquistar las murallas más altas. La ciudad fue sistemáticamente saqueada y la guarnición pasada a cuchillo, excepto Magón y una serie de notables, que se rindieron en el alcázar a condición de salvar la vida. La población indígena de la ciudad y del territorio, que estaba en situación de dependencia respecto a los púnicos, no sufrió daños ni represalias.

La toma de *Carthago Nova* por Escipión, sin que ninguno de los ejércitos cartagineses estacionados en la parte meridional de la Península tuviera tiempo para reaccionar, trajo numerosas consecuencias en la evolución de la guerra y marca el inicio del derrumbamiento del imperio creado por los Bárquidas en occidente. Privó a sus adversarios de una base militar y económica de primer orden, y dispuso todas esas circunstancias en favor de la causa romana. Los cartagineses perdieron su mejor puerto para comunicar con las Baleares y Cartago, así como los importantes astilleros y otras industrias con proyección militar; los dos mil operarios que trabajaban en la ejecución de armamento —desde el más ligero hasta grandes máquinas— y en la construcción naval pasaron a servir al ejército romano. Escipión se apoderó también de grandes cantidades de material allí almacenado (maderas, velas, cuerdas y maromas de esparto, armas y otros bagajes), junto con una cifra extraordinaria de provisiones en cereal (casi dos millones y medio de litros de cebada, y unos

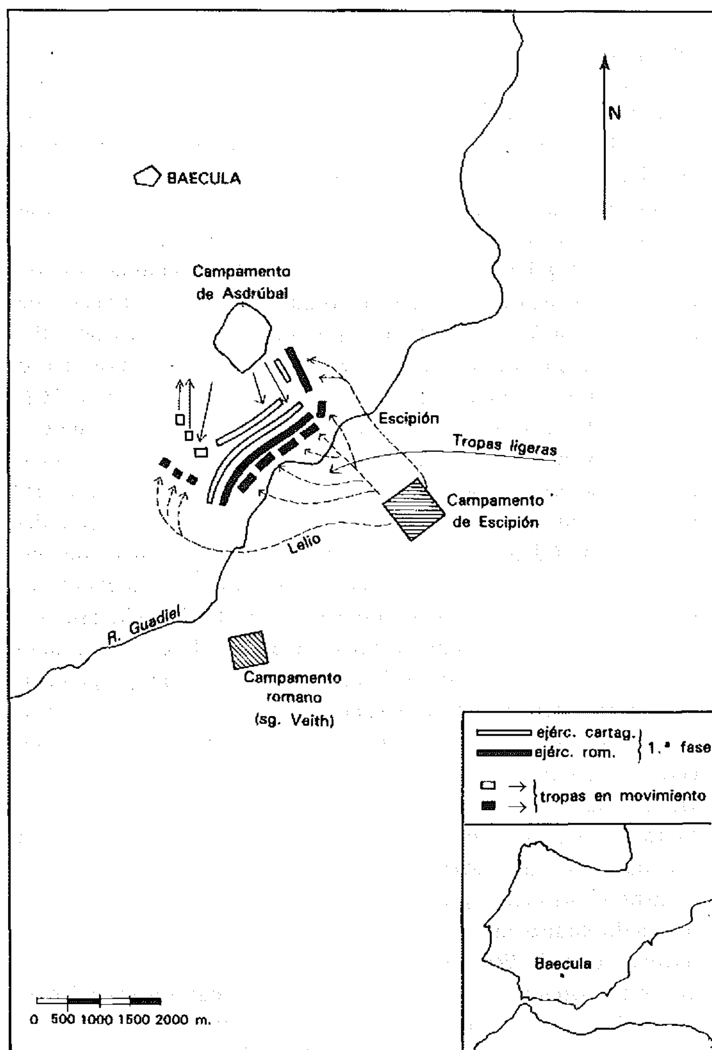
360.000 litros de trigo) [11]. Consiguió, además, un enjundioso botín en oro y plata (unos tres talentos de oro y 175 de plata), que debió incrementar con la ocupación de las minas argentíferas del distrito de Cartagena, puesto que ingresó en el erario romano la cantidad de 600 talentos de plata (equivalente a 20.000 kilos). Todos los terrenos explotados por los púnicos se convirtieron en posesión romana, así como las salinas y los obradores de salazón de pescado.

Publio tuvo incluso la fortuna de encontrar con vida a trescientos rehenes de ambos sexos entregados por distintos pueblos ibéricos en garantía de los pactos u obligaciones impuestas por los generales cartagineses. Tanto con ellos como con la población oriunda del territorio se comportó Escipión políticamente: a los primeros los devolvió sin rescate a sus poblaciones, ganándose la inclinación de algunas tribus iberas de la costa y del interior; a los segundos les restituyó una cierta autonomía y muchas de sus antiguas tierras. A los cautivos africanos los redujo, en cambio, a la esclavitud, e irían, seguramente, a engrosar las filas de los adscritos a las minas; Magón y diecisiete senadores púnicos fueron llevados a Roma como prisioneros de calidad. El ejército romano de la Península se había hecho con la cabeza de puente necesaria para invadir con éxito Andalucía —lo que faltó a los otros Escipiones y determinó su fracaso— y ahora también dominaba el litoral hispano desde Tarragona a Cádiz. Cartagena vio reforzados sus baluartes en los sectores más débiles y recibió una sólida guarnición de legionarios; en cualquier caso, la preponderancia naval romana hacía ya muy difícil que la ciudad pudiera ser recuperada por el ejército púnico destacado en España. Escipión regresó sin tropiezos a Tarragona, a fin de invernar.

3. *Batallas de Baecula e Ilipa* (208-207)

En los meses posteriores a la caída de *Carthago Nova,* tanto en el camino de regreso hacia el otro lado del Ebro como en

[11] Y dichas cantidades deberíamos duplicarlas si tuviéramos la certeza de que la medición se hizo con modios castrenses, cuya capacidad era equivalente a dos modios normales del ámbito civil.



Batalla de Baecula (208 a. C.)

la propia sede tarraconense, Escipión fue recibiendo las muestras de agradecimiento de distintos jefes y régulos locales, con muchos de los cuales estableció tratados de amistad y colaboración militar; de este modo los romanos se procuraron, a cambio de sumas de dinero y de ofrecer su protección, la incorporación a sus filas de un considerable número de batallones hispanos. Entre los dinastas que abrazaron ahora las enseñas de Roma, a la vez que se separaban de los púnicos, estaban Edescón, rey de los edetanos, y los caudillos ilergetes Indíbil y Mandonio. El crecimiento que experimentaron sus tropas mediante la afluencia de auxiliares y la favorable acogida que, sin duda, anunciaron a Escipión los iberos de la alta Andalucía, indujeron al ya prestigioso general a ponerse de nuevo en campaña en la primavera del 208, y aprovechó por segunda vez el hecho de que los tres cuerpos de ejército cartagineses, aunque debían de estar intactos, seguían manteniéndose con independencia y a relativa distancia entre cada uno de ellos (es seguro que Asdrúbal se encontraba cerca del altiplano de Cástulo y Gisgón en la comarca gaditana; Magón, al parecer, acampaba no lejos del anterior, bien en el medio Guadalquivir, bien en la costa onubense o en la malacitana).

Con un total de cuatro legiones, como en la campaña anterior, Escipión se adentró por la comarca castulonense, repitiendo tal vez el itinerario hacia el valle del Guadalquivir ya cubierto años antes por su padre y su tío, mientras Asdrúbal seguía de cerca al ejército romano puesto que debía guarecer las explotaciones mineras y distraer a Escipión del camino de la Bética en tanto no llegara alguno de los otros dos comandantes. Pero el procónsul no quiso darle tiempo y buscó de prisa la ocasión de contrastar sus fuerzas, hasta el punto de proyectar la batalla acometiendo contra una posición superior. Asdrúbal ocupaba una altitud, cerca de *Baecula* (Bailén), que dominaba la vertiente hacia el río Guadiel, y al pie de esa defensa natural organizó la formación de sus milicias inducido, según Polibio (X 37), por sus aliados indígenas. La maniobra de Escipión había consistido en lanzar hacia el campamento púnico a las tropas ligeras de la infantería para atraer sobre ellas al contingente central de los

cartagineses, y cuando el enemigo suponía que la infantería pesada de las legiones irrumpiría por detrás de esa primera oleada, Publio dividió con pericia a lo mejor de sus legionarios y cargaron por uno y otro flanco, envolviendo a las alas del ejército de Asdrúbal. Desprevenido frente a estos dos ataques laterales, que dirigieron Escipión y Lelio respectivamente, y al darse cuenta de que no todos los hombres estaban desplegados, decidió ceder el campo antes de insistir en una lucha cuyos preliminares, resultaba obvio, no le favorecían.

De manera ordenada, Asdrúbal recuperó la posición defensiva y emprendió la retirada de todo su ejército, dejando el campamento en poder de Escipión. Si consideramos que después del episodio de *Baecula* las fuentes antiguas no acaban de transmitirnos ninguna noticia sustancial sobre los progresos de Escipión, habrá que concluir que el saldo real de esta inconclusa batalla fue más efectista que positivo. Asdrúbal pudo haber perdido, ciertamente, algo de su prestigio e influencia entre los hispanos, pero el grueso de sus efectivos, incluidos los elefantes, estaba a salvo y en disposición de agruparse con los cuerpos mandados por Magón y Gisgón; las cifras de ocho mil muertos y doce mil prisioneros, transmitidas por los historiadores favorables a Roma, son absolutamente ficticias. Escipión, por su lado, logró dar nuevamente pruebas de diplomacia permitiéndose indulgencia con las poblaciones ibéricas que habían luchado junto a Asdrúbal, y se vio sorprendido porque aquéllas resolvieron otorgarle el tratamiento de rey, honor que declinó en favor del título de *imperator,* con que fue saludado por el ejército. ¿Qué otros avances anotó, al margen de estas satisfacciones? Ninguno que sea perceptible, pues, ya conservara su acuartelamiento en *Baecula,* como quiere POLIBIO (X 40), ya se retirara a Tarragona antes de que los generales púnicos conjuntaran sus fuerzas, como refiere LIVIO (XXVII 20, 3), la verdad es que no llegó a estorbar los planes ideados por Asdrúbal para, sin que el equilibrio militar dentro de la Península sufriera grandes alteraciones, poner en marcha una segunda expedición desde España hasta el norte de Italia.

Y así, según vimos antes, Asdrúbal no tuvo problemas para contratar mercenarios celtíberos y vascones, evitando acercarse a los territorios del medio y bajo Ebro, y cruzó los Pirineos por los pasos occidentales. La causa de que Escipión permaneciera replegado sobre sus bases más seguras quizá deba encontrarse en el hecho de que, conociendo los preparativos y —de forma más inconcreta— los movimientos de Asdrúbal, no sospechaba que aquéllos tuviesen como último objetivo la propia Italia, sino que había calculado que el hermano de Aníbal podía iniciar una ofensiva hacia el Mediterráneo entrando por las comarcas aragonesas. La salida de Asdrúbal de la Península no produjo, en todo caso, un debilitamiento prolongado del ejército cartaginés; los dos cuerpos restantes sumaban un total de tropas incluso superior a las de Escipión, si tenemos en cuenta que no habían cesado de alistar mercenarios (baleares, lusitanos y celtíberos). A ello se añadía la llegada de un nuevo comandante para suplir a Asdrúbal, Hannón, que había traído consigo más unidades de soldados africanos.

Después del invierno del 208/7 los romanos sabían perfectamente que Asdrúbal se encaminaba hacia el Ródano y pretendía repetir la operación de Aníbal, y Escipión había transmitido la noticia al Senado. No es de extrañar, por tanto, que el joven Publio determinara valerse de esta ausencia para organizar una sólida campaña contra el dominio cartaginés en la Hispania meridional. Como Magón estaba ahora instalado entre los celtíberos de la Meseta, Escipión mandó a su encuentro al propretor Junio Silano con órdenes de mantener ocupadas a aquellas unidades del ejército púnico. Silano hostigó a los celtíberos aliados de los púnicos con bastante éxito, y sorprendió en un ataque a Magón y a su colega Hannón, que cayó prisionero de los romanos; sin embargo, no logró retener por mucho tiempo al grueso de la columna cartaginesa, que abandonó con Magón el centro de la Península y descendió hasta Andalucía, reuniéndose con Gisgón en las proximidades de Cádiz. El legado de Escipión siguió también los pasos de su adversario y, después de haber incorporado a

sus filas a bastantes auxiliares indígenas, alcanzó a la expedición de Publio en Cástulo (verano del 207).

Finalmente, Escipión se aventura a penetrar por la vía del Guadalquivir a la búsqueda de las fuerzas cartaginesas, que habían dejado el abrigo de Cádiz y estaban acampadas cerca de la ciudad de Ilipa (probablemente, hacia la parte de Carmona); el general romano capitaneaba un ejército de 45.000 soldados de infantería y tres mil jinetes. Cuando conoció el emplazamiento de los púnicos, no dudó en iniciar las labores de acondicionamiento del campamento romano frente al del enemigo (en el que se alojaban unos 50.000 infantes y cuatro mil jinetes, según las estimaciones más razonables). La caballería cartaginesa, guiada por Magón y por Masinisa, trató de entorpecer la ejecución del atrincheramiento romano, para dar tiempo a la intervención, si parecía oportuno, de la infantería; pero Escipión preparó el contraataque de su propia caballería y obligó a los jinetes púnicos y númidas a desistir. De esta forma, entre el campamento romano y el de los africanos existía un dilatado espacio intermedio en el que, casi cotidianamente, se producían roces de la caballería y de la infantería ligera de ambos bandos; a menudo, los cartagineses iniciaban muy temprano estas evoluciones, colocando en formación a la infantería pesada púnica en el centro, y a los aliados hispanos en los flancos. Los romanos hacían a continuación otro tanto, y disponían a sus legiones en medio, a los auxiliares en las alas.

Debido a la escasez de provisiones y a la dificultad de reabastecerse, Escipión se inclinó a medir definitivamente sus fuerzas con el enemigo. Ordenó, una mañana, salir del campamento en orden de batalla antes de que los púnicos hubieran siquiera tomado algo de alimento, y éstos aceptaron el desafío, formando según habían ensayado en días pretéritos, pues estimaron que se trataba sólo de practicar las clásicas demostraciones matutinas. Pero Escipión había trastocado las posiciones y situó a los auxiliares ibéricos en el centro, mientras que por los flancos atacaban los soldados legionarios de armamento pesado dirigidos, en el ala izquierda, por Junio Silano y Marcio Séptimo, en el ala dere-

cha por el propio Publio. Los aliados de los cartagineses, sorprendidos y debilitados en el esfuerzo contra las mejores tropas de Escipión, se vieron claramente superados y tuvieron que ir cediendo el campo al cabo de unas horas; el centro del ejército púnico, con la infantería pesada, tampoco fue capaz de romper, como ya sucediera a los romanos en Cannas, la débil formación de los auxiliares iberos y celtíberos de Escipión, que combatían en cuña manteniéndose ligeramente retrasados. Fueron, pues, las alas el factor decisivo en la victoria, y en este caso no se produjo ninguna intervención notable de la caballería; y visto el desorden que imperaba en el núcleo de su infantería africana, más atenta a la entrada de los legionarios por los lados que al combate frontal, Gisgón optó por anunciar la retirada, que aún podía efectuarse bajo control.

La superioridad de Escipión en Ilipa no se tradujo, realmente, en un triunfo rotundo, porque los generales púnicos abandonaron oportunamente el campamento y salvaron al grueso del ejército; sólo los indígenas que desertaron fueron fácil presa de los romanos. Gisgón y Magón alcanzaron la costa y condujeron a todos los efectivos, por mar, hasta Cádiz. Sin embargo, la fuga precipitada de los cartagineses dejaba desguarnecida toda la Bética y equivalía, de hecho, a una derrota militar de graves consecuencias. A partir de ahora, y durante el año 206, una serie de poblaciones turdetanas e iberas reconocieron sin lucha la soberanía romana; en otros casos, la sumisión fue resultado del asedio y conquista de las ciudades por parte del ejército de Publio (Iliturgi, ante cuyos muros fue herido Escipión; Cástulo, cuyos habitantes cedieron después de eliminar a la guarnición púnica) o de las tropas confiadas a Marcio (Astapa, que protagonizó una resistencia saguntina, pues sus defensores prefirieron morir en la hoguera antes que entregarse). Hubo incluso algún tímido intento de acercarse a Cádiz, pero Magón, que tenía el mando supremo desde que Gisgón había regresado a Cartago, no se dejó sorprender y permaneció al amparo de esta gran plaza fuerte. En una de las contadas salidas que efectuaron las tropas, mandadas por uno de sus lugartenientes (Hannón), sufrieron un revés

ante las fuerzas de Marcio; sin embargo, las naves de Aderbal lograron impedir que una pequeña escuadra romana, capitaneada por Lelio, cruzase el Estrecho; después de su fracaso, Lelio se retiró a Cartagena. La política de Escipión en Hispania, que reflejaba las instrucciones del Senado, empezaba ya a manifestarse como la del implacable Estado que sistemáticamente tomaba el lugar de los Bárquidas y de Cartago para apropiarse de los recursos de la Península y establecer contribuciones en dinero y hombres tan gravosas como las de sus adversarios.

Los problemas engendrados mediante ese tipo de actuaciones pronto se hicieron evidentes y reclamaron todas las energías de Escipión. Por una parte, el general romano tenía que mantener las exigencias tributarias sobre las ciudades hispanas sujetas —e incluso aliadas— para hacer frente a los gastos militares, y las insuficiencias generadas en tal área ya habían conducido a un motín de los ocho mil legionarios acuartelados cerca del Júcar, que exigían los atrasos de la paga. Mas, por la otra parte, las exacciones efectuadas y el convencimiento de que los comandantes romanos no respetaban, en muchos casos, la autonomía pactada, fomentaron un sinfín de resquemores, aprovechados, como es lógico, por los púnicos. Los reyes ilergetes Indíbil y Mandonio se pusieron a la cabeza de una sublevación que, en poco tiempo, aglutinó a la mayor parte de las tribus iberas al norte y al sur del Ebro y llegó también a recibir la ayuda de algunos pueblos celtíberos; Magón había cooperado, parece ser, al éxito de este movimiento. Escipión tuvo que dedicar su ejército a combatir a los insurrectos, cuyas fuerzas de a pie rondaban los veinte mil hombres (junto con un número algo inferior de jinetes); mediante un golpe táctico, impidió la conjunción de la infantería de Indíbil con la caballería e infligió a sus adversarios iberos, armados a la ligera, una grave derrota. Los jefes de la revuelta se vieron constreñidos a solicitar de nuevo la amistad con Roma, y Escipión obró aquí con más prudencia que en Andalucía, pues no tomó prisioneros ni rehenes, ni devastó los reinos. Permitió que los príncipes y caudillos siguieran ejerciendo su autoridad y teniendo sus propias tropas, aunque debieron pagar una cuan-

tiosa suma por los gastos de la campaña, y ese dinero fue destinado por Publio a los sueldos de las legiones.

Todavía Magón realizó el esfuerzo de lanzar un ataque por sorpresa contra Cartagena en plena noche, pero la guarnición romana se bastó para impedirlo, y el general cartaginés no quiso exponerse a un asedio para el que no contaba con suficientes recursos navales.

La estancia de Escipión en la Península termina, coronando sus éxitos, con la integración de Cádiz en la órbita romana. Desde los días siguientes a la batalla de Ilipa, Publio había tratado, por diversos medios, de ganarse a los gaditanos ofreciendo sustanciosas ventajas en la futura relación con Roma si dejaban de colaborar con los cartagineses. Tales propósitos se vieron favorecidos por el hecho de que Cartago hubiera decidido a su vez abandonar la Península y concentrar los efectivos hispanos en Italia, por lo que ordenó a Magón que preparara el traslado de sus tropas y reuniera la mayor cantidad posible de dinero, y esto le llevó a cometer numerosos excesos con los bienes oficiales y privados de la población gaditana. Cuando el hermano de Aníbal conoció la noticia —después de la fracasada operación contra *Carthago Nova*— de que Cádiz maduraba la defección, regresó de inmediato hacia allí, pero como Magón había cometido el error de retirar a todos los soldados de guarnición en la plaza, la ciudad se negó a acogerlo. Los cartagineses se vengaron en las personas de los magistrados que habían salido a parlamentar; luego, renunciaron al asedio y Magón puso rumbo con la flota a Baleares. Según vimos, al acabar el invierno del 205 navegó hasta Liguria.

Cádiz negoció entonces con Marcio, el lugarteniente de Escipión en el sur, y obtuvo la concesión de un tratado de alianza en condiciones muy favorables (206), puesto que el *foedus* reconocía la autonomía plena de la ciudad y decretaba su exención de todo impuesto. Su estatuto de ciudad federada otorgó a los comerciantes gaditanos grandes ventajas económicas dentro del Mediterráneo, cada vez más controlado por Roma. Antes de partir para Italia, Escipión realizó la fundación de la ciudad de *Itali-*

ca con el objeto de instalar a los veteranos de sus legiones, lo que muestra claramente cuál era el destino que Roma reservaba a los antiguos dominios de los Bárquidas. Cumplida la misión que doce años antes habían proyectado Gneo y Publio Escipión, privar a Aníbal de los auxilios de Hispania y abatir a los ejércitos cartagineses de la Península Ibérica, el Senado romano no querrá desalojar unas nuevas provincias cuya posesión se presumía, con razón, cargada de beneficios.

4. *La campaña africana y el fin de la guerra* (204-201)

Durante su consulado del 205, que pasó entre Sicilia y el sur de Italia, Escipión organizaba ya el futuro traslado del ejército al África, como anteriormente señalamos. Según la tradición, después de la batalla de Ilipa el propio Escipión habría mantenido contactos con Sífax, rey de los númidas masesulios, y habría visitado *Siga* (Orán), capital de sus dominios, para convencerle de las ventajas de establecer una alianza con Roma; su interés por desarrollar una política anticartaginesa en el norte de África seguía vivo cuando llegó a Sicilia, y Publio se propuso explotar esta vez los rencores que separaban a Masinisa y los púnicos. De ahí que en el 205 enviara desde la isla hasta la costa de África una flota, conducida por Lelio, que hostilizó el territorio de Hipona; durante esta incursión el legado de Publio tuvo la oportunidad de ver a Masinisa y sellar una serie de acuerdos que luego influirían directamente en las últimas batallas.

Por fin, en el 204, pudo Escipión conseguir que el Senado le asignase el mando militar en África y dos legiones. Publio se embarcó, con un ejército de unos 25.000 hombres, en cuatrocientas naves de transporte, a las que escoltaban cuarenta barcos de guerra, y tocó tierra en las cercanías de *Utica*. Allí levantaron los romanos el campamento y, sin pérdida de tiempo, iniciaron el asedio de la ciudad por tierra y por mar. Los defensores de Útica resistieron bien todos los ataques hasta la llegada de las tropas númidas y cartaginesas que fueron enviadas, a las órdenes de Asdrúbal Giscón y de Sífax, en su auxilio. Como el número

de fuerzas enemigas, sobre todo de caballería, era bastante superior, Escipión tuvo que replegar su ejército hacia una estrecha lengua de tierra que le garantizaba las imprescindibles comunicaciones con el mar; sobre esta península estableció sus cuarteles de invierno *(Castra Cornelia)*, que fueron perfectamente abastecidos por vía marítima desde Cerdeña, España y Sicilia.

Sin embargo, la situación no era nada propicia para los planes del joven general romano, puesto que se veía reducido a la inactividad, estaba sólidamente vigilado por sus adversarios, podía en cualquier momento encontrarse aislado por mar —si los púnicos desataban una seria ofensiva naval—, y no resultaba fácil ocultar al Senado la ausencia de progresos. Cabía la posibilidad de que la campaña perdiera todo sentido para las autoridades romanas, a la vista de que Cartago la había neutralizado y Aníbal todavía amenazaba el sur de Italia, y se tomara la decisión de retirar las tropas o sustituir a su comandante. Escipión entró, así pues, en tratos con Sífax para atraerlo a la causa romana, sin alcanzar ningún resultado positivo; modificó entonces su estrategia y realizó propuestas de paz a los cartagineses, a resguardo de un armisticio, utilizando como mediador al propio Sífax. Tanto éste como Gisgón creyeron en la seriedad del intento —probablemente Escipión decía obrar en nombre de Roma—, llegando a sugerir determinadas condiciones y concesiones como parte del futuro tratado, pero Publio sólo pretendía distraer su atención. Al acercarse el fin del armisticio, Escipión hizo saber a sus oponentes que él admitía los términos de la propuesta púnica, pero sus consejeros no eran partidarios de ello; mientras tanto, preparaba un golpe súbito contra el ejército cartaginés, que ejecutó en seguida. Sacó a sus hombres durante la noche y los dispuso en torno a los campamentos de Gisgón y de Sífax; con una parte de los soldados y de la caballería, Lelio y Masinisa prendieron fuego a las instalaciones del campamento de los númidas, y cuando los cartagineses abandonaban su campamento para socorrer a los hombres de Sífax, sin sospechar que se trataba de un ataque romano, los legionarios de Publio incendiaron también las tiendas de los púnicos. Escipión deshizo a más de

la mitad de las fuerzas enemigas, aunque los dos generales pudieron escapar con algunos de los suyos (primavera del 203); luego reemprendió el asedio de Útica.

La cercanía del ejército romano respecto a Cartago y la libertad con que podía operar obligó a las autoridades púnicas a extremar su vigilancia, reorganizando nuevos contingentes que oponer a Escipión. La reciente llegada de cuatro mil mercenarios celtíberos y los refuerzos aportados por el reino númida habían permitido reunir al sur de Útica, en una zona del valle del Bágrada conocida como los Llanos Grandes, un cuerpo militar de unos quince mil hombres que esperaban, a cierta distancia del teatro de batalla, recibir su plan de acción. Pero Publio Escipión, que debía poseer informaciones exactas sobre los movimientos de Sífax y Gisgón merced a las gentes de Masinisa, no quiso concederles respiro: tomó consigo a la mitad de sus efectivos y en una rápida marcha de cinco días avistó a las unidades del ejército cartaginés, y ambas partes se aprestaron al combate. Las formaciones de batalla fueron muy similares, con la infantería pesada en el centro y las tropas de caballería distribuidas en las alas. Lelio venció en su flanco a los jinetes númidas de Sífax, y Masinisa derrotó asimismo a la caballería de Gisgón en el otro lado; Escipión encontró gran resistencia en la infantería de los celtíberos, pero acabó aniquilándola por completo gracias a una maniobra táctica, pues sorprendió por los flancos a los mercenarios hispanos, ocupados en rechazar a los legionarios de la línea de choque, con la irrupción repentina de los veteranos de la segunda y tercera fila de los manípulos.

Tras la derrota en los Llanos Grandes del Bágrada, los cartagineses huyeron hacia su capital, y los númidas se retiraron hacia el oeste, para refugiarse en su territorio. Escipión resolvió entonces dividir a su ejército, y envió a la columna compuesta por la infantería ligera y casi toda la caballería en persecución de estos últimos. Lelio y Masinisa, comandantes de la misma, se adentraron en Numidia y no sólo tuvieron la fortuna de hacer prisionero al rey Sífax, sino que además capturaron una de las principales ciudades del reino, *Cirta* (la posterior Constantina),

que les abrió sus puertas. Escipión regresó a la costa, y no pudo evitar que la flota de Cartago atacara a las naves ancladas en la península de *Castra Cornelia,* apoderándose de sesenta embarcaciones; renunció entonces a mantener el cerco de Útica y trasladó todos sus efectivos a *Tunes* (Túnez), a la vista ya de Cartago, en el otoño de ese año.

Por primera vez, el peligro rondaba los muros de la capital del imperio cartaginés. Ausentes Aníbal y Magón, con el ejército de África malparado por los últimos choques con Escipión y privado del importante concurso de la caballería de Sífax, una buena parte de la aristocracia púnica, alentada por los adversarios de los Bárquidas, convenció a la población de la necesidad de negociar. El Consejo de Cartago envió al campamento romano una delegación de treinta miembros, y Escipión acordó con ellos un armisticio, para tratar de la paz, a cambio de que durante ese tiempo abonasen el doble de la soldada a sus legiones. Como Roma autorizó a Publio a fijar las condiciones del tratado, aquél decidió que Cartago quedaría reducida al territorio de las antiguas colonias fenicias, hasta *Leptis Magna,* respetando la autonomía de las tribus y no reclutando mercenarios líbicos; debería renunciar a toda posesión en la Península Ibérica y en la Galia, retirar a sus ejércitos de Liguria y de Italia y reconocer los derechos de Masinisa al reino númida; tendría que pagar una indemnización de guerra de cinco mil talentos y entregar a los prisioneros y desertores romanos, y no podría disponer en el futuro más que de veinte naves (treinta según APIANO, *Lib.* 32).

Cartago dio su visto bueno a tales propuestas y remitió una embajada a Roma para ocuparse de la conclusión de la paz. Durante su estancia en la Urbe, Magón y Aníbal recibieron la orden de regresar y abandonaron con sus últimas tropas, respectivamente, la Liguria y el Brucio. En el invierno del 203-202 el Senado y el pueblo romano ratificaron las condiciones establecidas por Escipión, por considerarlas adecuadas y ventajosas. Aníbal había establecido sus cuarteles en *Hadrumetum,* manteniéndose a una distancia prudencial de Cartago y del campamento romano de *Tunes* (tres días de marcha), y había instalado allí mismo al

ejército de Magón, repatriado desde el país lígur. Fue entonces cuando, mientras regresaban de Roma los embajadores púnicos con las noticias de la confirmación de la paz, se produjo un incidente que condujo a la ruptura de todo lo acordado. Según la única versión que conservamos, una flotilla romana de naves de carga naufragó en el golfo de Cartago y la población púnica se apoderó de las embarcaciones y de todos los víveres que transportaban; del campamento romano salió una delegación para reclamar a las autoridades cartaginesas la devolución de naves y mercancías, pero la mayoría del pueblo, castigado por la escasez, se negó a entregarlas y a punto estuvo de detener a los legados romanos. Escipión no tuvo más remedio, ante esa flagrante contravención de la justicia, que declarar rota la tregua y reanudar las hostilidades. Parece, sin embargo, obvio que esta explicación de los hechos, creada por una fuente romana, es demasiado sencilla y favorable al vencedor como para no levantar sospechas; y por otros indicios cabe presumir que detrás de la reapertura de la guerra se esconden motivos políticos —latentes en ambos bandos: Roma y sus oligarquías, los Bárquidas y el gobierno cartaginés—, que acabaron por generar un desacuerdo final sobre la aplicación de los términos del tratado.

5. *La batalla de Naraggara* (202)

Los dos grandes adversarios, Escipión y Aníbal, se preparan por fin para un enfrentamiento decisivo, que el primero no desea realizar antes de haber recibido los refuerzos prometidos por Masinisa. A la espera de la caballería númida, el general romano se desplazó hasta el valle interior del Bágrada, para expugnar los territorios y ciudades vecinos de Numidia; y al final del verano también Aníbal se puso en marcha desde Adrumeto hacia el oeste, acampando cerca de la ciudad de *Zama*. Ciertamente, el ejército cartaginés tampoco podía contar con la ayuda de Vermina, hijo y sucesor de Sífax al frente de los númidas masesilios, pues ocupado como estaba en la defensa del reino frente a Masinisa no había atendido a los llamamientos de Aníbal; no obstan-

te, el Bárquida capitaneaba un contingente de casi 50.000 hombres y sabía que, en ausencia de los númidas, o si podía evitar que Masinisa se reuniera con Escipión, el triunfo se inclinaría de su parte. No dudó, pues, en seguir desde *Zama* a los romanos cuando aquéllos partieron hacia el territorio de *Naraggara*, entre los ríos Bágrada y Mutul, con la intención de encontrar lo más pronto posible a su valioso aliado númida. Aníbal levantó su campamento cerca del romano, en un punto que desconocemos de la comarca de *Naraggara*, e inició los preparativos del combate, tal vez después de haber fracasado la última negociación (pues se cuenta que Escipión y Aníbal tuvieron una entrevista, en la que el general cartaginés propuso que Roma renunciara a la indemnización a cambio de la Península Ibérica).

Por desgracia para los púnicos, Masinisa ya había hecho acto de presencia con seis mil infantes y cuatro mil jinetes, lo que otorgaba a Escipión una neta superioridad en la caballería, de la que casi carecía su oponente (poseía sólo algunos destacamentos cartagineses y dos mil númidas aportados por un jefe llamado Tiqueo). Publio volvió a colocar a sus legiones como en la batalla de los Llanos Grandes, reservando las dos líneas posteriores de veteranos *(principes* y *triarii)* para atender indistintamente el centro o las alas; y no creó un frente demasiado compacto, sino que situó a los manípulos en columnas, dejando pasillos para que los elefantes atravesaran sin obstáculos el grueso de la formación. La caballería marchaba en los dos flancos, a la derecha los númidas de Masinisa, a la izquierda los jinetes itálicos con Lelio. El orden de batalla planteado por Aníbal pretendía compensar las maniobras tácticas de Escipión, por lo que situó delante a las más aguerridas tropas de Magón, los mercenarios lígures, galos, africanos e hispanos, y en segundo término a la infantería cartaginesa y libia, con la misión de reforzar ligeramente el centro y extender cuanto fuera posible las alas, a fin de imposibilitar que los legionarios veteranos envolvieran al grueso de la infantería pesada. Y contando con que la caballería númida e itálica superaría a los jinetes de Tiqueo y a los púnicos, con los más expertos soldados de las campañas de Italia constituyó una uni-

dad de retaguardia, válida para el ataque o la defensa si la caballería enemiga acometía por cualquier punto del frente o de la espalda, cuya dirección tomó el propio Aníbal.

El primer embate de la batalla se saldó de forma negativa para los púnicos, no sólo porque de los ochenta elefantes puestos en la vanguardia unos se desviaron hacia los propios lados del ejército cartaginés, otros atravesaron las líneas romanas y fueron abatidos a la espalda de la formación por los auxiliares armados a la ligera, sino en particular porque la caballería de Aníbal fue puesta rápidamente en fuga por los escuadrones de Masinisa y Lelio, que persiguieron con saña a los jinetes enemigos. Pero tampoco la infantería pesada fue capaz de contrarrestar el empuje de los legionarios, ya que las heterogéneas tropas mercenarias cedieron muy fácilmente la posición y en su desorden impidieron que los infantes cartagineses y libios cerrasen las brechas abiertas en el centro y fortaleciesen las alas. Estaba todavía la sólida unidad de reserva, a la que Aníbal había mantenido apartada de la refriega; Escipión, sin embargo, no cometió el error de afrontarla sobre la marcha, sino que interrumpió el avance y volvió a ordenar las columnas de manípulos. De este modo, al regresar a la carga, las legiones ya habían reconstruido su clásica formación central, que logró doblegar a los soldados selectos de Aníbal en cuanto la caballería de Lelio y Masinisa se reincorporó al campo de batalla y les atacó por la espalda. Sólo algunos hombres pudieron escapar junto con Aníbal; el último gran ejército de Cartago quedó, en *Naraggara,* eliminado (octubre del 202).

De inmediato, Publio organizó sus fuerzas de tierra y mar para proceder al asedio de Cartago; no fue necesario, pues antes de finalizar el año los cartagineses enviaron embajadores al campamento de Escipión, en *Tunes,* solicitando la paz. El general romano se avino a conceder un armisticio de tres meses, a condición de que los cartagineses podrían remitir delegados sólo a Roma, devolverían el valor de todo el cargamento de las naves que tomaron durante el anterior armisticio, suministrarían el grano y pagarían los sueldos del ejército romano hasta que Roma diese su respuesta al tratado; les exigió asimismo la entrega de rehe-

nes, para garantizar el cumplimiento de los anteriores términos.

Las condiciones fijadas ahora por Escipión para cerrar la paz fueron mucho más duras que un año antes. Cartago podía conservar las ciudades y comarcas que poseía en Libia, pero tenía que evacuar las ciudades indígenas de la costa africana situadas a occidente de las llamadas Fosas Fenicias, que separaban el territorio cartaginés de Numidia; se le otorgaba libertad y autonomía, pero quedaba ligada a Roma como estado amigo y aliado y no se le permitía realizar nunca la guerra fuera de las fronteras de Libia, ni dentro de ellas sin la autorización del Senado romano; además, se vería libre de guarniciones romanas. Debía entregar todos los elefantes y las naves de guerra, excepto diez trirremes, así como los prisioneros y los desertores; se le prohibía reclutar mercenarios entre los pueblos que se hallasen bajo la autoridad de Roma, y tampoco era lícito recibirlos como voluntarios. Tenían, por último, que devolver a Masinisa todas las posesiones que el rey númida reclamaba, pagar una indemnización de guerra de diez mil talentos en el plazo de cincuenta años y permitir que los romanos eligieran cien rehenes, de entre catorce y treinta años, para trasladar a Roma. Las legiones romanas serían retiradas de África en los cinco meses siguientes a la conclusión del tratado.

Las condiciones de paz fueron ratificadas por las autoridades romanas, y aunque algunos de sus oponentes políticos trataron de impedirlo, Escipión fue designado por los comicios en la primavera del 201 representante público para cerrar el tratado con Cartago. Con el fin del armisticio y la firma de la paz, resueltamente apoyada por el propio Aníbal ante el Consejo [12], terminaba la segunda guerra púnica. El antiguo imperio de Cartago había sido desmembrado, en beneficio de Roma, y el radio de acción de los púnicos quedaba ahora confinado a África, desde donde difícilmente podrían repetir el asalto a Italia (pues ésta era la mayor obsesión de los romanos cuando establecían los preliminares del tratado).

[12] Hasta el punto de reclamar la unanimidad de todos los asistentes a la correspondiente sesión (Polib., XV 19).

No cabe duda de que la gran personalidad de Aníbal alumbró brillantes concepciones, novedosas e insólitas, en el terreno de la política y de la estrategia, y supo manejar con destreza tanto el ejército —conglomerado de pueblos y de mercenarios, con grandes problemas a la hora de ejercer el mando para otros generales, pero no para el Bárquida— como la diplomacia (pactos y alianzas con tribus y ciudades de Galia e Italia, acuerdos con los griegos de Italia y Sicilia). Pero el destino de la guerra se fraguó

en España, como muy bien captó Polibio: la incapacidad continua de los generales púnicos fue manifiesta, y todo parece apuntar que prefirieron seguir obteniendo rentas de la Península antes que secundar las directrices ofensivas de Aníbal. Tremendo error, cuyas consecuencias pagaron todos en África por obra de un audaz comandante romano, que no titubeó cuando llegó el momento de devolver a los púnicos todas las lecciones tácticas anteriormente dictadas por Aníbal.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración José Antonio Valdés Gallego.

ÍNDICE GENERAL